Jean-Jacques Rousseau

Emilio, o De la educación

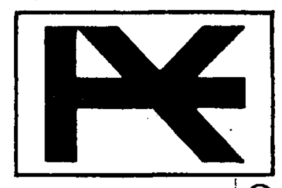


Sección: Clásicos

Jean-Jacques Rousseau:
Emilio,
o De la educación

Prólogo y notas
de Mauro Armiño

El Libro de Bolsillo
Alianza Editorial
Madrid



Título original: *Émile, ou De l'education*
Traductor: Mauro Armiño

Calle Milán, 38; 28043: teléf. 200 00 45
ISBN: 84-206-0465-8
Depósito legal: M. 23.704-1990
Papel fabricado por Sniace, S. A.
Impreso en Lavel. Los Llanos, nave 6. Humanes (Madrid)
Printed in Spain

Prólogo

Cuando Jean-Jacques Rousseau, con treinta años de edad, llega a París en agosto de 1742 para presentar en la Academia de Ciencias un nuevo sistema musical de su invención, hacía más de diez años que se dedicaba a la enseñanza como medio de subsistencia. Durante su etapa de vagabundeo por Lyon, Friburgo, Lausana, Neuchâtel, Berna, etc. (1729-1730), fue la enseñanza de la música lo que le granjeó el alimento; luego, un breve periodo de dos meses como preceptor en París (1731); más tarde, la música otra vez, para señoritas de buenas familias de Chambéry (1732). Por las *Confessions* sabemos que en 1740 aceptó el puesto de preceptor en casa de Jean Bonnot de Mably, a la sazón preboste general de la mariscalía de Lyon, y que tres años más tarde la esposa del recaudador de impuestos y gran financiero Dupin le pidió «vigilar durante ocho o diez días a su hijo», Jacques Armand Dupin de Chenonceaux, de trece años. Además de estas etapas documentadas, alusiones del *Emilio*, puestas en relación con las *Confessions*, parece indicar que, entre 1734 y 1736, Rousseau se dedicó a la pedagogía, que, por un momento, él mismo creyó ejercicio y oficio digno para sus talentos. En carta a su padre de finales de 1735 confiesa su dedicación profesional a la enseñanza: «Veamos ahora qué convendría hacer en la

situación en que me encuentro. En primer lugar, puedo practicar la música, que sé de forma bastante pasable para hacerlo; en segundo lugar, algún talento que tengo para la escritura (hablo del estilo) podría ayudarme a encontrar un empleo de secretario en casa de algún gran señor; por último, dentro de algunos años y con un poco más de experiencia podría servir de ayo a jóvenes de calidad (...); en cuanto al puesto de ayo de algún joven señor, os confieso naturalmente que es el estado hacia el que siento alguna predilección (...). Me he hecho un sistema de estudio que he dividido en dos partes principales: la primera comprende todo lo que sirve para esclarecer el espíritu y para adornarlo con conocimientos útiles y agradables, y la otra abarca los medios para formar el corazón en la sabiduría y en la virtud» (*Correspondance Générale*, t. I, págs. 30-32).

Dada la lamentable situación de la enseñanza de la época, el autodidacta Rousseau se hallaba en condiciones inmejorables para abordar un sistema educativo basado en la naturaleza y en la experiencia, y no en prejuicios, caminos preconcebidos y rutinas. Rousseau apenas asistió a cursos ni siguió estudios; todo su aprendizaje se había basado en las lecturas que su padre le había hecho en la infancia, cuando se metía entre sus rodillas, en los rudimentos que había aprendido con el pastor Lambercier, y en una parcas lecciones de latín con algún otro eclesiástico. Con esa base, y por su cuenta, Rousseau se lanzó a la lectura siguiendo un *método* capaz de contrarrestrar la escasa capacidad para el estudio que él mismo se reconoce[1]. Engolfado en temas, asuntos y autores muy diversos, logró —gracias a ese método que había deducido de *Entretiens sur les sciences*, escrito por un oratoriano, aunque cartesiano acérrimo, Bernard Lamy— evitar el enciclopedismo vacuo y asfixiante del autodidacta que se adentra por enfoques eruditos de mira estrecha: «Quienes mezclaban la devoción a la ciencia me resultaban los más idóneos; eran, en especial, los del Oratorio y de Port-Royal. Me puse a leerlos, o, mejor, a devorarlos. Cayó en mis manos uno del Padre Lami, *Entretiens*

[1] *Confessions*, Pléiade, tomo I, págs. 235. Para los libros citados sumariamente en las notas, véase la bibliografía que remata el texto (págs. 685-686). Y para lo referente a la vida y escritos de Rousseau, en las páginas 687-695 una cronología señala los momentos, hechos y títulos principales.

sur les sciences. Era una especie de introducción al conocimiento de los libros que tratan de ellas. Lo leí y lo releí cien veces; decidí hacer de él mi guía»[2]. Si la historia y la filología eran las bases de las *Entretiens*, Lamy, siguiendo a Descartes, abordaba las ciencias naturales, proponía empezar por las matemáticas y recomendaba encarecidamente, como apoyo de todo el sistema de estudio, la observación de las relaciones existentes entre objetos y conceptos, pero sólo de aquellas relaciones que brotan con nitidez a los ojos más desprevenidos.

A ese libro de *Entretiens* hay que sumar el perseguido *Dictionnaire historique et critique*, de Pierre Bayle, por lo que se refiere a su «enciclopedismo» de base; en cuanto a ensayos y libros de educadores y pedagogos, Rousseau ya conocía el ensayo de Montaigne «De la instrucción de los niños» cuando aceptó el preceptorado de Lyon. Una influencia mayor —porque del concepto bajaban a la experiencia— sacó de otros educadores, hoy olvidados, que en esa primera mitad del siglo XVIII eran tachados de «modernistas»: El *Traité des études*, del jansenista Rollin, citado en el primer intento pedagógico de Rousseau, el *Projet pour l'éducation de M. de Sainte-Marie*; el *Traité du choix et de la méthode des études*, del abate Fleury, opuesto a la escolástica de los jesuitas y, al mismo tiempo, uno de los enemigos más acérrimos de nuestro autor; el *Traité de l'éducation des enfants*, de Jean-Pierre de Crousaz, a quien el *Emilio* califica de «el pedante de Crousaz», etc. De cualquier modo, el libro clave, tanto para la aceptación de influencias como para el rechazo y la discrepancia, es *De l'éducation des enfants*, de Locke, recopilación de consejos prácticos para conseguir disciplina de parte de los educandos.

Con este bagaje, Rousseau tiene que exponer «las condiciones en que podría encargarme de la educación de sus señores hijos», en el citado *Projet*, que supone el primer esbozo —basado en teorías librescas más que en una práctica pedagógica empirista continuada— de su pensamiento futuro, aunque su mira, en ese escrito, esté predeterminada por la condición de los alumnos, los hijos del señor de Mably, el mayor de los cuales estaba destinado a la carrera militar.

---

[2] *Confessions*, *ibid*., pág. 232.

El señor de Mably, preboste general de Lyon, pasaba por ilustrado y filósofo; dos hermanos suyos lo eran en ejercicio: el abate de Mably y el abate de Condillac, autor del *Tratado de las sensaciones*. Sus dos hijos, de cinco años y medio (François-Paul-Marie Bonnot de Mably) y de cuatro y medio (Jean-Antoine Bonnot de Mably) poseían un carácter y unas cualidades muy distintas; el primero, «bastante vivo, aturdido, charlatán y travieso» contrastaba con el menor, «casi estúpido, remolón, terco como una mula, que no podía aprender nada»[3]. Desde luego, esa primera experiencia como preceptor de los jóvenes Mably supuso un desastre tal que Rousseau quedó muy descontento de sí mismo, como manifiesta en las *Confessions*. Sin embargo, el *Projet* analiza con calidad filosófica y nitidez de análisis las circunstancias en que iba a desempeñar su trabajo, basado siempre en el «genio», en el carácter de sus alumnos; desde sus inicios, Rousseau asienta precisamente el método educativo en el conocimiento del genio de cada alumno.

Con posterioridad al preceptorado de los Mably, hubo otro más breve, en 1843, cuando Mme. Dupin le propuso hacerse cargo de una suplencia, de ocho o diez días solamente, del preceptor de su hijo, Armad Dupin de Chenonceaux; también guardará Rousseau un mal recuerdo de esa breve etapa, pese a lo cual no dudó en convertirse en compañero de estudios del mayor de los Dupin, Charles-Louis, de veintisiete años, al que acompañó a Rouelle para seguir allí un curso de química. En el verano del citado año, tras su traslado a Venecia como secretario del conde de Montaigu, embajador de Francia, abandona definitivamente la pedagogía que poco antes consideraba como la más clara de sus salidas profesionales.

Ha comenzado otra etapa para Rousseau, la etapa de madurez, en la que va a escribir sus obras claves. Pero antes, como germen de la nueva orientación de su pensamiento y de su conducta, se produce un hecho decisivo, la «iluminación» de Vicennes, absolutamente determinante para su vida, para su pensamiento y para sus nuevos puntos de vista, que desarrollará en el *Discurso sobre las ciencias y las artes*, en el *Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad*

---

[3] *Confessions, ibid.*, pág. 267.

entre los hombres, en *Del Contrato social*, y también en el *Emilio*. En sus *Cartas a Malesherbes* el propio Rousseau narró el fenómeno y sus consecuencias; en agosto de 1749 «fui a ver a Diderot, entonces prisionero en Vicennes [por un delito de prensa]; tenía en mi bolsillo un *Mercure de France* que me puse a hojear durante el camino. Caí sobre el tema de la Academia de Dijon que dio lugar a mi primer escrito. Si alguna vez algo se ha parecido a una inspiración súbita, fue el movimiento que en mí se produjo ante aquella lectura; de golpe siento mi espíritu deslumbrado por mil luminarias; multitud de ideas vivas se presentaron a la vez con una fuerza y una confusión que me arrojó en un desorden inexpresable; siento mi cabeza tomada por un aturdimiento semejante a la embriaguez. Una violenta palpitación me oprime, agita mi pecho; al no poder respirar mientras camino, me dejo caer bajo uno de los árboles de la avenida, y paso media hora en tal agitación que al levantarme percibo toda la parte delantera de mi traje mojada por mis lágrimas sin haber sentido que las derramaba. ¡Oh, señor, si alguna vez hubiera podido escribir la cuarta parte de lo que vi y sentí bajo aquel árbol, con qué claridad habría hecho ver todas las contradicciones del sistema social, con qué fuerza habría expuesto todos los abusos de nuestras instituciones, con qué sencillez habría demostrado que el hombre es naturalmente bueno y que sólo por las instituciones se vuelven malvados los hombres. Todo cuanto pude retener de aquellas multitudes de grandes verdades que en un cuarto de hora me iluminaron bajo aquel árbol ha sido bien débilmente esparcido en mis tres escritos principales, a saber, ese primer *Discurso*, el que versa sobre la *Desigualdad* y el *Tratado de la educación* [el *Emilio*], obras las tres que son inseparables y que forman un mismo conjunto»[4].

No es el *Emilio*, según la intención del autor, un tratado pedagógico a secas, sino una de las hojas de un tríptico, ensamblada en las otras dos para diseñar al «hombre político»: desde su estancia en Venecia, Rousseau quedó convencido de que «todo atañía radicalmente a la política» y de que el

[4] En *Cartas a Malesherbes*, (12 de enero de 1762), recogida en *Las ensoñaciones del paseante solitario*, Alianza Editorial, Madrid, 1979, páginas 182-183.

hombre del *Contrato social* resultaba impensable sin una labor educadora procedente del Gobierno y que apuntase a un tiempo a la colectividad y al individuo, a la política y a la moral. Por eso, en su punto de partida se aleja de la filosofía de las Luces, para la cual las transformaciones político-sociales derivan, se engendran y brotan del individuo. Rousseau no comparte ese voluntarismo que, a la postre, iba a mostrarse utópico.

El concepto de educación no podía dejar de ser uno de los campos de batalla, si no el eje, del momento ilustrado; de la educación individual y, sobre todo, de la educación pública, piedra angular del edificio que tenía por meta última la estrecha relación ciudadano-patria. No fueron por tanto los pedagogos —Rollin, etc.—, quienes esbozaron las líneas maestras de la enseñanza, sino los filósofos, o, más exactamente, los ideólogos de la filosofía política, como Montesquieu, el abate de Saint-Pierre y los colaboradores de la *Enciclopedia*. Todos ellos —Rousseau incluido— partían del *Traité de l'opinion*, de Legendre de Saint-Aubin, y parecen haber grabado sobre sus cabeceras, en letras de oro, algunos de sus párrafos; por ejemplo el que reza: «Los legisladores se han preocupado mucho de la educación de los niños, fundándose en el principio de que los niños pertenecen mucho más a la república que a sus padres. Es principalmente por la educación por donde ha de grabarse, en los corazones de los jóvenes ciudadanos, el amor a la patria, el respeto por las leyes, un firme apego por todos los deberes, el hábito de la subordinación y de la obediencia; por último, ésa es la única vía para introducir en toda una nación el espíritu del bien público y un carácter general decisivo para su felicidad y para su gloria. Licurgo consideró la educación de los niños como el asunto más importante del Estado, y Platón hace de ella uno de los fundamentos de su política»[5].

El repertorio de beneficios y objetivos educacionales fue ampliado por otros pensadores en ese sentido cívico, patriótico y laico; aunque algunos pedagogos del Oratorio insinúan la necesidad de una base religiosa, la tendencia laica apunta a la

---

[5] *Traité de l'opinion*, Paris, 1741, t. III, págs. 520-521.

«humanidad (...) sentimiento de benevolencia hacia todos los hombres, (...) sublime entusiasmo [que] se atormenta con las penas de los demás y con la necesidad de aliviarlas». Dos frases de Pierre Charles Levesque definen con toda nitidez la trayectoria del pensamiento ilustrado: «El deber del Ciudadano es ser útil a la Sociedad. No basta pues que se prohíba hacer daño alguno a los demás, ser injusto, desobedecer a las leyes; es preciso, además, que haga todo el bien que pueda hacer, que rinda todos los servicios que de él dependen»[6].

Como el resto de los enciclopedistas, Rousseau va a «pensar» en esa dirección, pero ideando un *totum*, una totalidad conceptual para el hombre. Cuando en 1751 abandona todos su trabajos, incluidas sus clases, menos el ganapán de copista de música, con la declarada decisión de vivir pobre y libre, único medio para escribir «grandes y útiles verdades», en su cabeza bullen los proyectos sugeridos por la «iluminación» de Vicennes: además de *La Nouvelle Héloïse* —que no deja de ser un tratado de educación, aunque menos sistematizado—, desde hacía algún tiempo «yo meditaba un sistema de educación, del que me había rogado ocuparme Mme. de Chenonceaux, a quien la de su marido hacía temblar por su hijo».

En el primer «sistema» pedagógico rousseauniano —el *Project pour l'éducation de M. de Sainte-Marie*—, la primacía otorgada a la pureza de corazón del alumno obtenía, como derivación inexcusable, una rectitud de juicio y una integridad de espíritu; pero pronto ha de pasar por el contraste de la realidad. En el segundo acercamiento, cuando corrige ese *Projet* para uso de Mme. Dupin, la influencia de Locke ha comenzado a sembrar la duda en el viejo idealismo sentimentalista. El tercero se despega de ese lastre para ver la educación como una institución política: es en la carta 3.ª de la V parte de *La Nouvelle Héloïse* donde se enfrentan dos concepciones totalmente irreconciliables; la conversación que mantienen Wolmar y su esposa, por un lado, y por otro Saint-Preux: éste, el hombre de la naturaleza, el hijo de un patriota que había luchado por su país, quiere formar ciudadanos; y el ciudadano, según ese momento de Rousseau, se caracteriza por un amor

---

[6] *L'homme moral, ou l'homme consideré tant dans l'état de pure nature que dans la société*, Amsterdam, 1775, cap. XXVII, pág. 182.

propio que tiene como eje de su conducta la colectividad. La sociedad es otra cosa, el conjunto de todas las depravaciones, de todas las corrupciones, de todos los egoísmos, y nada podrá derribar esos muros entre los que reina la hipocresía. Es inútil ejercer la virtud en ese medio.

Frente a Saint-Preux, la ciudad de Wolmar y Julie, regida por el corazón, centrada en la monarquía, rindiendo homenaje a los valores patriarcales y a los impulsos de la naturaleza más primitiva, se basa en el temperamento, en aquello mismo que centraba el *Projet* primero de Rousseau: en el carácter del niño, en el genio particular y peculiar del individuo. La naturaleza en estado puro (Wolmar) o con unas notas de religión (cristiana, de Julie) se opone así a la filosofía plenamente societaria, política, de Saint-Preux, capaz, llegado el caso, de «corregir a la naturaleza».

En esa charla de Saint-Preux y Wolmar se esboza, a grandes rasgos, el *Emilio*; en efecto, el principio materialista del genio peculiar del niño invade los tres primeros libros para volverse hacia el enfoque moralizante del *Projet* en el IV. ¿Dónde quedan los planteamientos de Saint-Preux? Dando una voltereta, Rousseau hace que Wolmar encarge a su oponente, a Saint-Preux, la educación de sus hijos.

Según las *Confessions*, en 1759, una vez acabados durante el año anterior diversos trabajos literarios (la *Lettre à d'Alembert* entre ellos) Rousseau se pone «buenamente» a escribir el *Emilio*, según carta a Madame de Créqui, que le había pedido consejo para la «peste» de su hijo; cinco meses más tarde concluía un manuscrito de 430 páginas, es decir, una breve memoria sobre la educación de tipo doméstico, *ad usum* de una madre —en el mismo caso se encontraban tanto Mme. de Chenonceaux como Mme. de Créqui— que solicitaba pautas de comportamiento para hacer de su hijo un hombre recto y no un libertino. Esa breve memoria no tendrá, por el momento, continuación; Rousseau deja de escribir precisamente en esas fechas, según parece indicar una misiva a Dom Deschamps: «... hace ya tres años que dejé la pluma y estoy más decidido que nunca a no volver a cogerla jamás» (22 de mayo de 1762).

En esta peripecia intelectual que camina hacia un tratado de educación hay, sin embargo, un punto oscuro. Por esas

fechas, el hombre que pretende enseñar a los otros, a la sociedad a educar a los hijos, ha enviado a los suyos, recién nacidos y uno tras otro, al Hospicio. ¿Hay alguna relación entre ese hecho y la escritura del tratado? ¿Un asomo de sentimiento de culpabilidad? Son varias las disculpas que el autor da intentando, si no justificar, al menos expresar un remordimiento del que habla en las *Confessions*: «*Al meditar mi Tratado de la educación*, me di cuenta de que había descuidado deberes de los que nada podía dispensarme. Finalmente, el remordimiento fue tan vivo que casi me arrancó la confesión pública de mi falta al comienzo del *Emilio*». Hay otras excusas más ambiguas, más justificativas en otras páginas.

Esa «breve memoria», que se conoce como el «Manuscrito Favre» del *Emilio*, contiene abundantes diferencias respecto al texto definitivo, mucho más complejo y menos enunciativo de sus esquemas; procediendo mediante una acumulación de materiales, mediante amplificaciones del Manuscrito Favre, Rousseau rellena de carne el esqueleto inicial; no hay, sin embargo, idénticas pulsiones en los dos «Emilios»: los enfoques más materialistas de la primera versión quedan rebajados en la definitiva, que se orienta hacia la vieja perspectiva espiritualista, psicologista, de que hacía gala el *Projet*, y que se asentaba la conversación de Wolmar y Saint-Preux.

En resumidas cuentas, cuando Rousseau se enfrenta a la versión última del *Emilio*[7], tiene a sus espaldas una serie de preceptorados más bien fallidos, el cúmulo de lecturas en que bebieron los enciclopedistas, varios esbozos pedagógicos, una «iluminación» que le permite ver en su globalidad al hombre y una peripecia personal que contrasta de forma sangrante con lo que escribe: en última instancia, en la década de los cincuenta Rousseau ya se había escabullido de sus responsabilidades ante las claves que sus escritos declaraban bases sagradas de la sociedad: como ciudadano, como esposo (en el *Emilio* afirma que si fuera rico permanecería siempre soltero) y como padre (enviando a sus hijos a la Inclusa). Las etapas cronológicas de la redacción —dejando a un lado la *Profesión*

---

[7] El estudio más notable sobre el tema se debe a Peter D. Jimack: *La genèse et la rédaction de l'Émile de Jean-Jacques Rousseau. Étude sur l'histoire de l'ouvrage jusqu'à sa parution*, Ginebra, 1960.

de fe del Vicario Saboyano, algo anterior—, serían: el *Emilio* del manuscrito Favre se habría rematado en casa del mariscal de Luxemburgo, en el Petit Château de Montmorency, donde Rousseau se instala en mayo de 1759; de forma bastante verosímil, Jimack supone que hacia finales de ese año inicia la segunda y definitiva redacción de esta «novela de la naturaleza humana», más que tratado de educación, y que en otoño de 1760 la concluye.

¿Novela, tratado pedagógico, ensayo, o mucho más que todo eso? La larga gestación del libro y sus dos versiones han embarullado la madeja, dejando huellas de las pretensiones iniciales y despistes fáciles de rastrear en el texto. Así, Jimack, al desempolvar el proceso de escritura, encuentra que el nombre de Emilio nace muy tarde en la cabeza de Rousseau, en el tercer libro del *Emilio* (manuscrito Favre). En la versión definitiva ha subsanado esa «tardanza» en la aparición del protagonista; dado que la práctica y la experiencia deben materializarse cuanto antes en un sistema pedagógico, lo mejor es, tras unas breves normativas genéricas introductorias, coger de la mano al niño y empezar a caminar. La redacción se resiente de ese surgimiento tardío de Emilio, que se corporeiza para expulsar a la «tierna y previsora madre» a la que se dirige Rousseau en el tercer párrafo del libro I, ante todo, por necesidades internas, dado que el papel de la madre acaba muy pronto según los planes pedagógicos rousseaunianos; luego, por la conversión, dentro del texto, del escritor en preceptor; personificado éste, es menester la concreción: personificación de un alumno que más adelante terminará siendo bautizado con el nombre del título. Pero así sólo se ha resuelto la mitad del problema, porque ese joven no puede completarse si no es en la pareja, en el matrimonio; y como la educación de los dos sexos no ha de ser la misma, Rousseau, aunque abogue por la identidad de ambos en la infancia, exige prácticas pedagógicas totalmente distintas; de ahí que, en el libro V, cree a Sofía para acompañarla en sus fases de niña, joven y mujer.

De la tesis filosófica al estudio antropológico pasando por aventuras imaginarias, un ensayo de moral religiosa y un apéndice sobre los viajes, además de una apretada síntesis del *Contrato social*, el *Emilio* es una caja de géneros «literarios» y

aleatorios. Pero, ¿le importaban acaso a Rousseau las normas y obligaciones que imponían los géneros? ¿Y en el siglo XVIII? En su cabeza, la literatura apenas tiene cabida. En Rousseau predomina el concepto de escritura global por más que se sepa dueño de un cuidado estilo; aunque la califique de «novela de la naturaleza» o *ensayo pedagógico*, su idea profunda queda patente en una carta a Philibert Cramer de 13 de octubre de 1764: «No puedo creer que toméis el libro que lleva ese título por un verdadero tratado de educación. Es una obra bastante filosófica sobre el principio, adelantado por el autor en otros escritos, de que el hombre es naturalmente bueno. Para concordar ese principio con esta otra verdad no menos cierta de que los hombres son malvados, era preciso mostrar en la historia del corazón humano el origen de todos los vicios. Es lo que he hecho en ese libro».

Por si fuera poco esa amalgama de *filosofía general*, moral, política, religiosa (la «Profesión de fe»), de psicología, pedagogía, etc., el *Emilio* es también encrucijada de avatares personales del autor, que se enmascara de escritor, de preceptor real, de preceptor imaginario, y enmascara a los personajes que crea, desde la tierna y previsora madre hasta Sofía.

El juego de máscaras no impide que los espejos reproduzcan la realidad, y el hecho clave del *Emilio* como encrucijada del autor y sus teorías es, precisamente, el papel real jugado por Rousseau como educador de sus hijos, como padre que si, como teórico, cuando engendra y alimenta a sus vástagos no ha hecho más que un tercio de su tarea, como ser humano engendró para terminar enviando alegremente el producto a la Inclusa. Ese *punto* ha parecido esencial a los estudiosos que se han preguntado por el papel jugado, en la gestación y redacción de un tratado pedagógico, por los remordimientos de Rousseau padre. Pierre Burgelin se basa en el citado análisis de Jimack para zanjar las cuestiones con cierto sentido de aproximación a la realidad:

«Atengámonos ante todo simplemente al siguiente hecho. Rousseau se ve como ayo, substituto de un padre culpable de no haber aceptado educar él mismo a su hijo. Pero no es un mercenario, se hace padre espiritual mientras que el padre según la naturaleza se desvanece. ¿Cómo no adivinar la nostalgia de un Rousseau al que tan fácil le habría sido

convertirse en ello? Es padre frustrado, y frustrado por culpa suya. Sabemos que, en el curso de su obra, ha introducido una alusión precisa sobre el abandono de sus hijos. Incluso pretende, en una carta a Mme. de Luxemburgo, que liberarse de su remordimiento habría sido uno de los móviles de su empresa: en cierto modo se remidiría educando perfectamente a Emilio. En ocasiones se ha sospechado habilidad en esa declaración: su secreto ya se propalaba y había que temer el ridículo de un padre desnaturalizado dictando su ley a unos padres fieles. A este propósito, P. D. Jimack hace algunas observaciones pertinentes. Si Rousseau no se engaña, ciertos pasajes sobre los padres y la paternidad manifiestan una curiosa inconsciencia, o un perfecto cinismo para quien se pretende cargado de remordimientos. ¿Qué le dice al padre que da un ayo a su hijo? '¡Alma venal! ¿Crees dar a tu hijo otro padre con dinero?' ¿Cómo calificar entonces el alma de quien da, incluso gratuitamente, sus hijos a cualquiera, con el futil pretexto de una educación platónica? La hipótesis más generosa sería que Rousseau olvidó su propio crimen, a menos que desde el principio no lo haya juzgado como tal y se haya dejado persuadir por buenas razones: una costumbre muy establecida, una de cuyas víctimas fue d'Alembert, la incapacidad de Thérèse y de los Levasseur. Si los padres son corrompidos, explica Rousseau, la culpa es de las madres. Todo esto sería bastante vil, y P. D. Jimack, apoyándose en una frase del libro XII de las *Confessions*, propone decir que *Emilio* no fue el efecto, sino la causa del remordimiento, la verdadera toma de conciencia de una felicidad de la que Rousseau se privó, libre y torpemente, al renunciar a su paternidad»[8].

Son varios los esquemas que la filología francesa ha hecho de esta obra filosófica que plantea los problemas de la educación. La abundancia de sujetos, temas, partes, sub-partes, modos narrativos o ensayísticos, la inclusión de ensayos enteros como *La Profesión de fe*, o sobre los viajes, el resumen del *Contrato*, confidencias personales, máximas, anécdotas, recurrencia a los clásicos, digresiones, en fin, de todo tipo que pueden dar la impresión de fárrago inaccesible. Sin embargo,

---

[8] P. Burgelin, introducción al *Émile*, (*O. C. de J. J. Rousseau*, Pléiade, tomo IV, págs. CXXIX-CXXX).

un esquema somero demuestra que el plan del autor es nítido y que el esqueleto ensambla perfectamente las partes y las sub-acciones. De aquellos esquemas que los estudiosos han establecido para uso escolar, como índice casi, el más sintético y claro tal vez sea el que Michel Launay elabora en su prólgo a la edición del *Emilio* (Garnier-Flammarion, París, 1966), y que es como sigue:

Libro I: «la edad de naturaleza»: el niño de pecho (infans).

— Introducción: importancia y objeto de la educación.
— «La verdadera nodriza es la madre».
— «El verdadero preceptor es el padre».
— La nodriza de Emilio.
— «Antes de hablar, antes de oír, ya se instruye».

Libro II: «la edad de naturaleza»: de 2 a 12 años (puer).

1. Educ. de la sensibilidad:
   — los gritos y los llantos;
   — «el bienestar de la libertad»;
   — «la dependencia de las cosas».

2. Educ. moral:
   — «máximas generales»;
   — «ejemplos»: propiedad, verdad, caridad.

3. Educ. intelectual:
   — partir del interés sensible.
   — crítica de las palabras;
   — crítica de la historia;
   — crítica de las fábulas de La Fontaine;
   — nada de libros antes de los 12 años.

4. Educ. del cuerpo:
   — ejercicios físicos;
   — preceptos de higiene, natación.

5. Educ. sensorial:
   — el tacto;
   — la vista;
   — el oído;
   — el gusto:
   — el olfato.

Libro III: «la edad de fuerza»: de 12 a 15 años.

1. Educ. intelectual:
   — de la necesidad a la utilidad:
   — experiencias, nada de discursos;
   — construcción de máquinas;
   — importancia del principio de utilidad;
   — un solo libro: Robinsón Crusoe.

2. Educ. manual y social:
   — contra los prejuicios;
   — la jerarquía de los oficios;
   — educación social;
   — necesidad de un oficio manual;
   — elección del oficio: Emilio carpintero.

3. Conclusión: «Emilio tiene pocos conocimientos, pero los que tiene son verdaderamente suyos».

Libro IV: «la edad de razón y de las pasiones» (de 15 a 20 años).

1. Educ. del ser moral:
   — educación sexual;
   — de la piedad a la sociabilidad;
   — estudio de la historia y de las pasiones;
   — la beneficencia;
   — problema de la educación religiosa.

2. Educ. religiosa: *Profesión de fe del Vicario Saboyano.*

a) Primer discurso: la religión natural.
   — la prueba de la duda;
   — las evidencias del corazón;
   — la voz de la conciencia.

b) Segundo discurso: las religiones reveladas.
   — crítica de las religiones reveladas;
   — ante el Evangelio: «ser siempre modesto y circunspecto»;
   — conclusión práctica: ni filósofo, ni intolerante.

3. Recuperación de la educación moral.
   — nuevos medios de educación: la religión, la razón, la amistad;
   — qué hacer ante la llamada de los sentidos y del corazón;
   — entrada de Emilio en el mundo;
   — educación estética;
   — conclusión: «si yo fuera rico...»

Libro V: «la edad de sabiduría y del matrimonio» (20 a 25 años).

1. «Sofía o la mujer»:
   — semejanzas y diferencias de los dos sexos;
   — educ. intelectual y estética de Sofía;
   — educ. religiosa de Sofía;
   — educ. moral de Sofía.
   — Sofía mujer ordinaria;
   — educ. sentimental de Sofía.

2. Emilio ante Sofía:
   — de la elección de una esposa;
   — el encuentro;
   — el desarrollo del amor;
   — la separación.

3. «De los viajes»:
   — de los viajes en general;

— de la educación política previa a los viajes;
— Emilio estudia los pueblos viajando.

4. Epílogo:
— la decisión de Emilio;
— respuesta del preceptor;
— el matrimonio.

Doscientos años después, las críticas que contra este sistema educativo se han hecho resuenan en el vacío: Rousseau crea en Emilio un alumno de laboratorio sobre el que reflexiona, y por tanto experimenta, situándolo y situándose en medio de la sociedad, del movimiento de los seres vivos, sometidos por tanto a variación, y de unas circunstancias sociales concretas. Emilio, eje en el que confluyen los mil hilos de la red que conforma las relaciones sociales y humanas, carece, y no ha dejado de subrayarlo la pedagogía moderna, de afectividad, cuyo papel tanta importancia tiene en la infancia; así, Martin Rang queda estupefacto ante «esa extraña construcción de un niño sin emociones, sin afecto, sin piedad, incluso sin amor, de un niño esencialmente encerrado en sí, en resumen, un niño sin alma, razonable, claro, pero frío e insensible y que —confesémoslo francamente— si nos lo encontráramos en la realidad, nos haría temblar». Junto a esta contradicción, hay otras que no se han dejado de señalar: la total libertad de Emilio frente al mundo contrasta con la esclavitud a que está sometido respecto a su educador, que quiere por él, que manipula el mundo para que cuanta más independencia posea Emilio más sometido esté a él, aunque sea porque quiera estarlo; la manipulación llega incluso a elegir el tutor a la mujer de su alumno y a convertirse en consejero del matrimonio a petición de los propios interesados: «Extraño aprendizaje de la libertad. Emilio corre el riesgo de no volverse nunca autónomo, porque desde el principio las relaciones que con él mantiene el maestro tienen algo de monstruoso. También ahí la experiencia deforma la realidad. Pero recordemos que Rousseau nunca dijo que las relaciones entre Emilio y el preceptor debían ser las relaciones reales entre el maestro y el alumno[9].

[9] Jean-Louis Lecercle: *J. J. Rousseau. Modernité d'un classique*, pág. 117.

¿Por qué, pese a contradicciones y críticas, la pedagogía moderna sigue encontrando en el *Emilio* un texto capital? Desde Makarenko al no-conductismo y al no-directivismo americano y europeo, que deja en manos del alumno la responsabilidad de su educación, todas las escuelas pedagógicas admiten la aportación esencial del principio básico que Rousseau ofrece en su libro: la presencia del yo del niño como elemento autónomo. Mientras Locke trataba de hacer del niño un hombre, Rousseau sienta una base: el niño no es un adulto pequeño, sino un niño, una realidad radicalmente distinta de aquella otra en la que habrá de convertirse; la diferencia entre esas dos entidades, niño y adulto, no es de cantidad ni de volumen ni de años, sino de cualidad, de esencia.

Cuando en 1761 Rousseau decide superar sus miedos —la situación no era para menos— y entregar al impresor el *Emilio* y *Del Contrato social*, tenía las espaldas bien cubiertas; eso creía él al menos: se había granjeado la benevolencia de Mme. de Luxemburgo y del todopoderoso señor de Malesherbes, que ocupaba un cargo comparable al que hoy sería un ministro de Información o Cultura. A última hora, sin embargo, no aceptó los consejos censorios de Malesherbes, haciendo algunas correciones superficiales y no las profundas que Malesherbes le recomendaba. Por otra parte, en el Parlamento, el enfrentamiento de los dos partidos que en ese momento llevaban una enconada lucha, el jansenista y el jesuita (a manos de éste había perecido, durante algún tiempo, el *Tartufo* de Molière), tuvo una secuela: adelantándose en algo más de medio siglo a la política de «palo a la burra blanca, palo a la burra negra» que instaurara en España Fernando VII, el partido jansenista golpeaba a diestro y siniestro; y uno de esos palos alcanzó de lleno a las dos obras y a su autor, contra el que se pronunció orden de captura y prisión, mientras los libros ardían también en Ginebra y Rousseau ponía pies en polvorosa. Si el Parlamento parisino condenaba al *Emilio* el 9 de junio de 1762 a ser *lacéré*, roto y quemado, el Consejo de Ginebra, para no ser menos, condenaba diez días después a ese libro y al *Contrato* «a ser lacerados y quemados por el verdugo, ante la puerta del Ayuntamiento, como temerarios, escandalosos, impíos, tendentes a destruir la religión cristiana y todos los gobiernos». Una de las enseñanzas del *Emilio* indica la necesidad que el hombre

tiene de contar con unas buenas piernas para el ejercicio de la carrera; seguro que Rousseau no pensaba en una fuga provocada por la expresión del pensamiento, pero tuvo que aplicarse a la tarea de moverlas para, tras un recorrido apresurado por Francia, Suiza, el cantón de Berna y el territorio de Neuchâtel —dependiente del rey de Prusia— y sufrir diversos avatares —incluida una lapidación en Motiers—, instalarse en Inglaterra a principios de 1767.

Sobre la traducción

Sigo el texto de la edición original del *Emilio*, publicada por el editor Duchesne, adaptando la chocante puntuación rousseauniana. La edición de Pierre Burgelin (*Oeuvres complètes*, Pléiade, tomo IV) corrige o anota ese texto *princeps* mediante el manuscrito que sirvió a la impresión (manuscrito G.) y las pruebas corregidas por el autor con vistas a una publicación colectiva de sus obras. Burgelin ha utilizado, además, un ejemplar anotado por Rousseau (el ejemplar o manuscrito C.) y una copia de la *Profesión de fe del Vicario Saboyano* que confió a su amigo Moultou (manuscrito M.), que aportan variantes de estilo o de fondo. A pie de página he anotado aquellas que ofrecían cierto interés para el pensamiento rousseauniano. En cuanto al texto y a muchas de las notas, así como a la interpretación de algunos pasajes, soy deudor de esa edición y de varios libros citados en la bibliografía.

Un breve cuadro cronológico, ampliado en los años de escritura del *Emilio* y con especial atención a los momentos «pedagógicos» del autor, podrá encontrarse al final del texto. También al final se hallan las notas de Rousseau, que hemos numerado, mientras las nuestras figuran con asterisco a pie de cada página.

MAURO ARMIÑO

Emilio, o De la educación

Sanabilibus aegrotamus malis; ipsaque nos in rectum genitos natura, si emendari velimus, iuvat.
Sen. *De ira.* L. II, cap. 13*.

* «Curables son los males que padecemos; y la naturaleza misma, que nos ha hecho nacer para el bien, si queremos enmendarnos, nos ayuda.» Séneca. *De la ira,* II, 13.

Prefacio

Esta colección de reflexiones y de observaciones, sin orden y casi sin ilación, fue iniciada para complacer a una buena madre que sabe pensar*. Al principio no había proyectado más que una memoria de unas pocas páginas; mas, arrastrándome mi tema a pesar mío, esa memoria se volvió insensiblemente una especie de obra demasiado gruesa, sin duda, para lo que contiene, pero demasiado pequeña para la materia que trata. He dudado mucho tiempo en publicarla; y a menudo, al trabajarla, ella misma me ha hecho comprender que no basta haber escrito algunos folletos para saber componer un libro. Tras vanos esfuerzos por mejorarlo, creo deber darlo tal cual

* Alusión a Mme. de Chenonceaux, nuera de Mme. Dupin. «Es cierto que emprendí mi libro a instancias de una madre; pero esa madre, muy joven y amable como es, sabe filosofía y conoce el género humano; es por el rostro adorno de su sexo, y por el genio una excepción. Para espíritus del temple del suyo he tomado la pluma» (*Lettres écrites de la montagne, O.C.*, tomo III, pág. 783). Rousseau tomó apuntes, que completaría en 1740, para la educación de M. de Sainte-Marie, hijo de Mably, pero tras las reflexiones de *La Nouvelle Héloïse* recomenzó el trabajo.

En cuanto a esa memoria previa de unas cuantas páginas, en el libro VIII de las *Confesiones*, habla del *Emilio* como fruto de «veinte años de meditación y tres años de trabajo», lo cual remonta su origen, precisamente, a su época de preceptor en casa del señor de Mably (1740-1741). Una carta a Shopie precisa otra fecha, el 23 de noviembre de 1757 le escribe: «Hace algunos días he pensado una nueva empresa a la que trataré de atenerme mejor, y de la que os hablaré cuando haya tomado la decisión de trabajar en ella de veras» (*Correspondance générale*, t. III, pág. 204-205).

está, juzgando que importa volver la atención pública hacia ese lado; y que, aun cuando mis ideas fueran malas, si con ellas las hago nacer buenas en otros, no habré perdido totalmente mi tiempo. Un hombre desde su retiro lanza sus hojas al público, sin predicadores, sin partido que las defienda, sin saber siquiera lo que se piensa o dice de ellas, no debe temer que, si se equivoca, se admitan sin examen sus errores.

Hablaré poco de la importancia de una buena educación; no me detendré tampoco a probar que la que está en uso es mala; mil otros lo han hecho antes que yo, y no me gusta llenar un libro de cosas que todo el mundo sabe. Sólo señalaré que, desde tiempos inmemoriales, no hay otra cosa que un clamor contra la práctica establecida, sin que a nadie se le ocurra proponer otra mejor. La literatura y el saber de nuestro siglo tienden mucho más a destruir que a edificar. Se censura con tono de maestro; para proponer hay que adoptar otro, del que la elevación filosófica gusta menos. Pese a tantos escritos que, según dicen, no tienen más meta que la utilidad pública, la primera de todas las utilidades, que es el arte de formar hombres, todavía está olvidada. Mi tema estaba completamente nuevo después del libro de Locke*, y mucho me temo que lo sigua estando después del mío.

No se conoce nada de la infancia: con las falsas ideas que de ella se tienen, cuanto más se camina más se yerra. Los más sabios se aplican a lo que importa saber a los hombres, sin considerar lo que los niños están en condiciones de aprender. Buscan siempre al hombre en el niño, sin pensar en lo que es antes de ser hombre. Ese es el estudio al que más me he aplicado, a fin de que, aunque todo mi método fuera quimérico y falso, siempre puedan aprovecharse mis observaciones. Puedo haber visto muy mal lo que hay que hacer; pero creo haber

---

* El *Ensayo sobre el entendimiento humano* (1690, traducido al francés por Coste en 1700) ejerció una considerable influencia y marca una fecha importante en la historia de la psicología. Rousseau lo leyó durante su estancia en los Charmettes; asimismo había leído el tratado de Locke *Sobre la educación de los niños*, que le había inspirado el *Projet pour l'éducation de M. de Sainte-Marie*, y que tenía a la vista durante la redacción del *Emilio*. Por tanto, la frase de Rousseau no deja de contener cierta dosis de ingratitud: ¿pensaba que su trabajo sobre la bondad natural era infinitamente más profundo y tenía mayor alcance que el ensayo, de planteamientos más modestos, de su predecesor?

visto bien el tema sobre el que se debe operar. Comenzad pues por estudiar mejor a vuestros alumnos; porque a buen seguro no los conocéis. Y si leéis este libro con esa mira, no lo creo falto de utilidad para vosotros.

Respecto a lo que se denominará parte sistemática, que aquí no es otra cosa que la marcha de la naturaleza, es la que más ha de desconcertar al lector; indudablemente también por ahí han de atacarme, y tal vez anden descaminados*. Creerán estar leyendo menos un tratado de educación que las ensoñaciones de un visionario sobre la educación. ¿Qué hacerle? No es sobre ideas de otro sobre lo que escribo; es sobre las mías. No veo como los demás hombres; hace tiempo que me lo han reprochado. Pero, ¿depende de mí darme otros ojos y adjudicarme otras ideas? No. De mí depende no abundar en mi sentido, no creer ser yo solo más sabio que todo el mundo; de mí depende no cambiar de sentimiento sino desconfiar del mío: eso es cuanto puedo hacer, y cuanto hago. Que si adopto a veces el tono afirmativo, no es para imponerlo al lector; es para hablar como pienso. ¿Por qué habría de proponer en forma de duda aquello de lo que, en mis adentros, no dudo? Digo exactamente lo que pasa en mi mente.

Al exponer con libertad mi sentimiento estoy tan seguro de su escasa autoridad que siempre uno a él mis razonamientos, a fin de que sean sopesados y se me juzgue; pero, aunque no quiera empeñarme en defender mis ideas, no me creo menos obligado a proponerlas; porque las máximas en que soy de opinión contraria a la de los demás, no son indiferentes. Son ésas cuya verdad o falsedad importa conocer, y que causan la dicha o la desdicha del género humano.

Proponed lo que es hacedero, me repiten constantemente.

---

* El «sistema» del *Emilio* está explicado en el comienzo de la *Lettre à Christophe de Beaumont* (*O.C.*, IV, págs. 935-937) y en las *Lettres écrites de la montagne* (*O.C.*, III pág. 783), en que aboga intencionadamente por el *Emilio* como guía «que debe servir a padres y madres: pero esta afirmación no es excusable, puesto que en el prefacio y muchas veces en el libro he manifestado una intención completamente diferente. Se trata de un nuevo sistema de educación cuyo plan ofrezco al examen de los sabios, y no de un método para padres y madres, en el que nunca he pensado. Si algunas veces, por una figura bastante común, parezco dirigirles la palabra, es, o para hacerme comprender mejor, o para expresarme con menos palabras».

Es como si me dijeran: proponed que se haga lo que se hace; o, al menos, proponed algún bien que se alíe con el mal existente. En ciertas materias, un proyecto así es mucho más quimérico que los míos; porque en esa mezcolanza el bien se echa a perder, y el mal no se cura. Antes preferiría seguir en todo la práctica establecida que adoptar una buena a medias: habría menos contradicción en el hombre; no puede tender a la vez a dos metas opuestas. Padres y madres, hacedero es que queráis hacer. ¿Debo responder yo de vuestra voluntad?

En toda clase de proyecto, hay dos cosas a considerar: primeramente, la bondad absoluta del proyecto; en segundo lugar, la facilidad de la ejecución.

Respecto al primer punto, para que el proyecto sea admisible y practicable en sí mismo, basta con que lo que tiene de bueno esté en la naturaleza de la cosa; aquí, por ejemplo, que la educación propuesta sea conveniente al hombre y se adapte bien el corazón humano.

La segunda consideración depende de relaciones dadas en determinadas situaciones; relaciones accidentales a la cosa que, por consiguiente, no son necesarias y pueden variar hasta el infinito. Así, tal educación puede ser practicable en Suiza, y no serlo en Francia; tal otra puede serlo entre los burgueses, y tal otra entre los grandes. La mayor o menor facilidad de ejecución depende de mis circunstancias, que es imposible determinar de modo distinto en una aplicación particular del método a tal o cual país, a tal o cual condición. Ahora bien, por no ser esenciales a mi tema, todas estas aplicaciones particulares no entran en mi plan. Otros podrán ocuparse de ellas, si quieren, cada uno para el país o el Estado que considere. A mí me basta con que, doquiera nazcan hombres, pueda hacerse lo que propongo; y que, habiendo hecho de ellos lo que propongo, se haya hecho lo que hay de mejor, tanto para ellos mismos como para el prójimo. Si no cumplo este compromiso, indudablemente yerro; mas si lo cumplo, se errará también exigiendo más de mí porque sólo prometo eso*.

---

* El prefacio no figura en los manuscritos; fue añadido en el curso de la impresión del libro con la intención, por parte de Rousseau, de defenderse de probables ataques, que no dejaron de menudear.

Explicaciones de las figuras*

I. La Figura que se refiere al primer libro y sirve de frontispicio a la Obra, representa a Tetis sumiendo a su hijo en el Éstige, para hacerlo invulnerable.

II. La Figura que va a la cabecera del libro segundo, representa a Quirón ejercitando al pequeño Aquiles en la carrera.

III. La Figura que va a la cabecera del tercer libro y del segundo tomo representa a Hermes grabando sobre las columnas los elementos de las ciencias.

IV. La Figura que pertenece al libro cuarto, y que va a la cabecera del tomo tercero, representa a Orfeo enseñando a los hombres el culto de los dioses.

V. La Figura que va a la cabecera del quinto libro y del cuarto tomo representa a Circe entregándose a Ulises, al que no pudo transformar.

* Estas Explicaciones aparecen en la edición original al principio del tomo primero, tras el prefacio. Los grabados figuraban al comienzo de los libros I, II, III, la *Profesión de fe,* y del libro V. Fueron grabadas por Martinet, Le Grand, De Longueil y J. J. Pasquier, según dibujos de Eisen. «Le agradezco, señor, las tres buenas pruebas de las figuras que me habéis enviado; no dudo que el público quedará satisfecho de su ejecución; pero no se me ocurre por qué habéis hecho borrar la palabra *Tetis,* que iba sobre la primera, y que convenía dejar ahí, sobre todo cuando cada una de las otras tiene la suya». (Carta a Duchesne, 12 de mayo de 1762, *Correspondance générale,* t. VIII, pág. 213.)

Libro I

Todo está bien al salir de las manos del autor de las cosas: todo degenera entre las manos del hombre. Fuerza a una tierra a nutrir las producciones de otra; a un árbol a llevar los frutos de otro. Mezcla y confunde los climas, los elementos, las estaciones. Mutila a su perro, a su caballo, a su esclavo. Transforma todo, desfigura todo: ama la deformidad, los monstruos; no quiere nada tal como lo ha hecho la naturaleza, ni siquiera al hombre: necesita domarlo para él, como a un caballo de picadero; necesita deformarlo a su gusto como a un árbol de su jardín.

Sin esto, todo iría aún peor, y nuestra especie no quiere ser formada a medias. En el estado en que, en lo sucesivo, se hallarán las cosas, un hombre abandonado a sí mismo desde su nacimiento entre los otros, sería el más desfigurado de todos. Los prejuicios, la autoridad, la necesidad, el ejemplo, todas las instituciones sociales en las que nos hallamos sumergidos, ahogarían en él la naturaleza, y no pondrían nada en su lugar. Ésta sería entonces como un arbolillo que el azar hace nacer en medio de un camino, y que de pronto los transeúntes

hacen perecer sacudiéndolo por todas partes y doblándolo en todos los sentidos*.

¡Es a ti a quien me dirijo, tierna y previsora madre[1], que supiste apartarte de la carretera, y proteger el arbolillo naciente del choque de las opiniones humanas! Cultiva, riega la joven planta antes de que muera: sus frutos harán un día tus delicias. Haz temprano un cercado alrededor del alma de tu hijo: otro puede marcar su circuito, pero sólo tú debes poner ahí la barrera**.

A las plantas se las forma mediante el cultivo, y a los hombres mediante la educación. Si el hombre naciese grande y fuerte, su talla y su fuerza serían inútiles hasta haber aprendido a servirse de ellas; le serían perjudiciales, impidiendo a los demás pensar en ayudarle[2]; y abandonado así mismo, moriría de miseria antes de haber conocido sus necesidades. ¡Suelen quejarse del estado de la infancia! No comprenden que la raza humana habría perecido si el hombre no hubiera empezado por ser niño.

Nacemos débiles, necesitamos fuerzas; nacemos desprovistos de todo, necesitamos asistencia; nacemos estúpidos, necesitamos juicio. Todo cuanto no tenemos en nuestro nacimiento y que necesitamos de mayores, nos es dado por la educación.

Esta educación nos viene de la naturaleza, o de los hombres, o de las cosas. El desarrollo interno de nuestras facultades y

* En un brusco e inesperado giro, Rousseau declara mal menor la desnaturalización; abandonado al crecimiento natural, el niño se corrompe, por lo que la «naturaleza», desde la perspectiva rousseauniana implica un dinamismo, que es precisamente lo que quiere describir el *Emilio,* y que va del estado de naturaleza a la naturaleza humana cumplida, a la perfección del hombre según su naturaleza.

** «*Me aseguran que M. Formey ha creído que yo me refería aquí a mi madre y que lo ha dicho en alguna obra. Eso es burlarse cruelmente de M. Formey o de mí*». (Nota del ejemplar C.). Formey pensó que la «tierna y previsora madre» era la señora Rousseau, y escribió en su *Anti-Emilio* una página sobre ello que hirió a Rousseau. El papel que aquí se concede a la madre en los primeros años se refiere sobre todo a la madre-nodriza. En *La Nouvelle Héloïse* Rousseau será más explícito: la fijación de los principios educativos corresponde a la razón del padre; su aplicación al discernimiento materno. Pero también hay una reivindicación de la autoridad de las madres, muy restringida en la época. No hay que olvidar que Rousseau había colaborado con Mme. Dupin en la preparación de una obra sobre las mujeres, de la que nos han quedado notas que constituyen una reivindicación, fuerte para esos momentos, de la condición femenina. (*O. C.*, I, pág. 1413).

de nuestros órganos es la educación de la naturaleza; el uso que nos enseñan a hacer de tal desarrollo es la educación de los hombres; y la adquisición de nuestra propia experiencia sobre los objetos que nos afectan es la educación de las cosas*.

Así pues, cada uno de nosotros es formado por tres clases de maestros. El discípulo en el que sus lecciones diversas se oponen se halla mal educado, y nunca estará de acuerdo consigo mismo. Aquel en quien todas ellas coinciden en los mismos puntos y tienden a los mismos fines, va solo a su meta y vive consecuentemente. Sólo éste se halla bien educado.

De estas tres educaciones diferentes, la de la naturaleza no depende de nosotros; la de las cosas sólo depende en ciertos aspectos; la de los hombres es la única de la que somos realmente dueños; todavía no lo somos más que por suposición: porque, ¿quién puede esperar dirigir por entero las palabras y acciones de todos cuantos rodean al niño?

Desde el momento en que la educación es un arte, resulta casi imposible que triunfe, puesto que el concurso necesario para su éxito no depende de nadie. Todo lo que puede hacerse a fuerza de cuidados es acercarse más o menos a la meta, pero se necesita suerte para alcanzarla.

¿Cuál es la meta? La misma de la naturaleza: acaba de ser probado. Dado que es necesario el concurso de tres educadores para su perfección, hay que dirigir hacia aquella sobre la que nada podemos las otras dos. Pero quizás esa palabra de naturaleza tenga un sentido demasiado vago. Hemos de tratar de fijarlo aquí.

La naturaleza, nos dicen, no es más que el hábito. ¿Qué significa esto? ¿No hay hábitos que sólo se contraen a la fuerza y que no siempre ahogan a la naturaleza? Tal es, por ejemplo, el hábito de las plantas cuya dirección vertical se entorpece. La planta liberada mantiene la inclinación que se le ha obligado a tomar; pero no por ello la savia ha cambiado su dirección primitiva, y si la planta continúa vegetando, su prolongación vuelve a ser vertical. Lo mismo ocurre con las

---

* Más adelante explicará Rousseau la distinción de las tres educaciones, que parece haberle sido sugerida por Plutarco, que habla «de la naturaleza, de la razón, y de la costumbre» (Cf. P. D. Jimack, *op. cit.*, pág. 267).

inclinaciones de los hombres. Mientras se permanece en el mismo estado, pueden guardarse aquellas que resultan del hábito, y que son las menos naturales para nosotros; pero tan pronto como cambia la situación, el hábito cesa y lo natural reaparece*. La educación no es, desde luego, más que un hábito. Ahora bien, ¿no hay gentes que olvidan y pierden su educación? ¿No hay otras que la conservan? ¿De dónde procede esa diferencia? Si hay que limitar el nombre de naturaleza a los hábitos conformes con la naturaleza, podemos ahorrarnos este galimatías**.

Nacemos sensibles, y desde nuestro nacimiento somos afectados de diversas maneras por los objetos que nos rodean. Tan pronto como poseemos, por así decir, conciencia de nuestras sensaciones, estamos dispuestos a buscar o a rechazar los objetos que las producen, en primer lugar según sean agradables o desagradables, luego según la conveniencia o inconveniencia que encontramos entre nosotros y esos objetos, y, por último, según los juicios que tengamos sobre la idea de felicidad o de perfección que la razón nos da. Estas disposiciones se extienden y afirman a medida que nos volvemos más sensibles y más esclarecidos; pero, coaccionados por nuestros hábitos, se alteran más o menos con nuestras opiniones. Antes de esa alteración, esas disposiciones son lo que yo llamo en nosotros la naturaleza.

Es, por tanto, a esas disposiciones primitivas a lo que

---

* «*Pensáis que a fuerza de mantener a un hombre en prisión le haréis alguna vez contraer el hábito de quedarse en ella por sí mismo*»; primera versión en P, tachada, como también la segunda, que era ésta: «*Ha ocurrido que, a fuerza de permanecer en prisión, un hombre se acostumbre y no quiera salir más, que esté a gusto en ella y la prefiera a la libertad; pero si hubise recuperado quince días el uso de la libertad, jamás habría querido perderla de nuevo*».

Nota al margen del ejemplar C: «*M. Formey nos asegura que no se dice esto precisamente. Sin embargo, me parece dicho con toda precisión en este verso al que yo me proponía responder:*

La naturaleza, créeme, no es más que hábito.

M. Formey, que no quiere enorgullecer a sus semejantes, nos da modestamente la medida de su cerebro como si fuera la del entendimiento humano». El verso alude a otro de la tragedia *Le Fanatisme ou Mahomet prohète*, de Voltaire (acto IV, escena I: «La naturaleza no es a mis ojos más que el hábito»).

** Después de «galimatías»: «*Finalmente si otorgo que el hábito puede ahogar algunas veces la naturaleza, de esto mismo concluiré que el uno no es la otra*» (en P, tachado por Rousseau).

habría que remitir todo, y ello sería posible si nuestras tres educaciones sólo fueran diferentes; pero, ¿qué hacer cuando son opuestas? ¿Cuando en lugar de educar a un hombre para él mismo se le quiere educar para los demás? Entonces el acuerdo es imposible. Forzado a combatir la naturaleza o las instrucciones sociales, hay que optar entre hacer un hombre o un ciudadano; porque no se puede hacer uno y otro al mismo tiempo.

Cuando es compacta y está bien unida, toda sociedad parcial se aparta de la mayor. Todo patriota es duro para los extranjeros: no son más que hombres, a sus ojos no son nada*. Tal inconveniente es inevitable, pero débil. Lo esencial es ser bueno con las gentes con quienes se vive. Para el exterior, el espartano era ambicioso, avaro, inicuo; pero el desinterés, la equidad y la concordia reinaban entre sus muros. Desconfiad de esos cosmopolitas que van a buscar lejos, en sus libros, deberes que desdeñan cumplir a su alrededor. Tal filósofo ama a los tártaros para estar dispensado de amar a sus vecinos.

El hombre natural es todo para sí; él es la unidad numérica, el entero absoluto, que sólo tiene relación consigo mismo o con su semejante. El hombre civil no es más que una unidad fraccionaria que depende del denominador, y cuyo valor está relacionado con el entero, que es el cuerpo social. Las buenas instituciones sociales son aquellas que mejor saben desnaturalizar al hombre, quitarle su existencia absoluta para darle una relativa, y transportar el *yo* a la unidad común; de suerte que cada particular ya no se crea uno, sino parte de la unidad, y no sea sensible más que en el todo. Un ciudadano de Roma no era ni Cayo ni Lucio; era un romano: incluso amaba a la patria exclusivamente en él. Régulo se pretendía cartaginés, por haberse convertido en un bien de sus amos. En su calidad de extranjero se negaba a sentarse en el senado de Roma; fue preciso que un cartaginés se lo ordenara. Se indignaba porque

---

* «*Por eso las guerras de las repúblicas son más crueles que las de las monarquías. Pero si la guerra de los reyes es moderada, es su paz lo que es terrible. Más vale ser su enemigo que su súbdito*». Nota de P y de G, eliminada de la edición original mediante un encarte; sin embargo, en el ejemplar C, que debía servir de base a la nueva edición, no aparece tachada; si en 1762 Rousseau juzgó prudente suprimirla, finalmente trató de mantenerla.

se quiso salvar su vida. Venció y regresó triunfante para morir en el suplicio*. Yo creo que esto tiene muy poca relación con los hombres que conocemos.

El lacedemonio Pedareto se presenta para ser admitido en el consejo de los trescientos; es rechazado. Se marcha muy contento de haber encontrado en Esparta trescientos hombres más valiosos que él. Supongo sincera esta demostración, y hay motivo para creer que lo era: he ahí al ciudadano.

Una mujer de Esparta tenía cinco hijos en el ejército y esperaba noticias de la batalla. Llega un ilota; le pregunta sobre ella temblando: Vuestros cinco hijos han muerto. —Vil esclavo, ¿te he preguntado eso? —¡Hemos obtenido la victoria! La madre corre al templo y da gracias a los dioses. He ahí a la ciudadana**.

Aquel que en el orden civil quiere conservar la primacía de los sentimientos de la naturaleza, no sabe lo que quiere. Siempre en contradicción consigo mismo, siempre flotando entre sus inclinaciones y sus deberes, nunca será ni hombre ni ciudadano; no será bueno ni para sí ni para los demás. Será uno de esos hombres de nuestros días, un francés, un inglés, un burgués: no será nada.

Para ser algo, para ser uno mismo y siempre uno, hay que obrar como se habla; siempre hay que estar resuelto sobre el partido que se debe tomar, tomarlo abiertamente y seguirlo siempre. Espero a que se muestre ese prodigio para saber si es hombre o ciudadano, o cómo se las arregla para ser al mismo tiempo lo uno y lo otro.

De estos objetivos necesariamente opuestos, derivan dos formas de institución contrarias: la una pública y común, la otra particular y doméstica.

¿Queréis tener una idea de la educación pública? Leed *La República* de Platón. No es una obra política, como piensan los

---

* Al nacer de nuevo, el ciudadano sólo es sensible en el todo: por eso Régulo no tiene existencia propia. Su historia la cuenta Tito Livio, *Historia de Roma*, XVIII. Rousseau se expresa con mayor claridad en los *Fragments politiques*, XI, 5 (*O.C.*, III, págs. 536-537) denunciando la «absurda máxima» romana que habría echo de Régulo prisionero un auténtico cartaginés y de su valor romano una traición justamente castigada por sus amos.

** Las dos anécdotas aparecen en Plutarco: *Dichos notables de los Lacedemonios*, 60, y *Vida de Licurgo*, 54; y en *Dichos notables de los Lacedemonios*, 5.

que sólo juzgan los libros por sus títulos. Es el tratado de educación más hermoso que jamás se ha hecho.

Cuando alguien se quiere remitir al país de las quimeras, cita la institución de Platón. Si Licurgo hubiera puesto la suya sólo por escrito, me parecería mucho más quimérica. Platón no hizo otra cosa que depurar el corazón del hombre; Licurgo lo desnaturalizó.

La institución pública no existe ya, no puede existir, porque donde ya no hay patria ya no puede haber ciudadanos. Esas dos palabras, *patria* y *ciudadano*, deben ser borradas de las lenguas modernas. Sé de sobra la razón de esto, pero no quiero decirla: no sirve de nada a mi tema.

No considero una institución pública esos irrisorios establecimientos que se denominan colegios[3]. Tampoco cuento la educación del mundo, porque al tender esa educación a dos fines contrarios, fracasa en los dos; sólo sirve para hacer hombres dobles, que siempre parecen referir todo a los demás, y nunca refieren nada sino a sí mismos solamente. Y estas demostraciones, por ser comunes a todo el mundo, no engañan a nadie. Son otros tantos cuidados perdidos.

De estas contradicciones nace la que constantemente experimentamos en nosotros mismos. Arrastrados por la naturaleza y por los hombres a rutas contrarias, forzados a repartirnos entre esos impulsos diversos, seguimos una compuesta que no nos lleva ni a una meta ni a otra. Así, combatidos y flotantes durante todo el curso de nuestra vida, la acabamos sin poder ponernos de acuerdo con nosotros, y sin haber sido buenos ni para nosotros ni para los demás.

Queda, por último, la educación doméstica o de la naturaleza*. Pero ¿qué será para los demás un hombre educado únicamente para sí? Si el doble objeto que se propone pudiera reunirse acaso en uno solo, eliminando las contradicciones del hombre se eliminaría un gran obstáculo a su felicidad. Para juzgarlo, habría que verlo completamente formado; habría que haber observado sus inclinaciones, visto sus progresos, seguido

---

* Gramaticalmente, según esta frase, la educación doméstica sería la de la naturaleza. Evidentemente no es exacto, porque podría estar llena de prejuicios. Rousseau aboga por una educación que sea a la vez «para él» y «para los otros», sin contradicción, como ideal de sabiduría.

su marcha: en una palabra, habría que conocer al hombre natural. Creo que algunos pasos se habrán dado en esta investigación después de haber leído el presente escrito.

Para formar ese hombre raro, ¿qué hemos de hacer? Mucho, sin duda: impedir que se haga algo. Cuando sólo se trata de ir contra el viento, se voltejea; pero si la mar está gruesa y se quiere permanecer en el sitio, hay que echar el ancla. Joven piloto, ten cuidado para que tu cable no escape o para que tu ancla no garre, y para que el navío no derive antes de que te hayas dado cuenta.

En el orden social, donde todos los puestos están marcados, cada cual debe estar educado para el suyo. Si un particular formado para su puesto se sale de él, ya no sirve para nada. La educación sólo es útil mientras la fortuna concuerda con la vocación de los padres; en cualquier otro caso es perjudicial para el alumno, aunque sólo sea por los prejuicios que le ha dado. En Egipto, donde el hijo estaba obligado a abrazar el estado de su padre, la educación tenía por lo menos un fin asegurado; pero entre nosotros, donde sólo permanecen los rangos, y donde los hombres cambian constantemente en ellos, nadie sabe si educando a su hijo para el suyo está trabajando contra él.

En el orden natural, por ser todos los hombres iguales, su vocación común es el estado de hombre, y quien está bien educado para ése no puede cumplir mal los que se relacionan con él. Poco me importa que destinen a mi alumno a la espada, a la iglesia o a los tribunales. Antes que la vocación de los padres, la naturaleza lo llama a la vida humana. Vivir es el oficio que quiero enseñarle. Lo admito, al salir de mis manos no será ni magistrado, ni soldado, ni sacerdote: será ante todo hombre; todo lo que un hombre debe ser sabrá serlo, llegado el caso, tan bien como cualquier otro, y por más que la fortuna le haga cambiar de puesto, estará siempre en el suyo. *Occupavi te fortuna atque cepi omnesque aditus tuos interclusi, ut ad me aspirare non posses*[4]*.

---

* La cita de Metrodoro, que aparece en *Tusculanas* (V, 9), de Cicerón, procede sin duda de Montaigne, *Essais*, II, 2: «Te he apresado, Fortuna, y te he hecho prisionera: he cerrado todos los pasajes por donde podías deslizarte hasta mí».

Nuestro verdadero estudio es el de la condición humana. Aquel de nosotros que mejor sepa soportar los bienes y los males de esta vida es en mi opinión el mejor educado: de donde se sigue que la verdadera educación consiste menos en preceptos que en ejercicios. Comenzamos a instruirnos al comenzar a vivir; nuestra educación comienza con nosotros; nuestro primer preceptor es nuestra nodriza. Por eso esta palabra de *educación* tenía entre los antiguos un sentido distinto, que nosotros ya no le damos: significaba nutrición. *Educit obstetrix*, dice Varrón; *educat nutrix, instituit pedagogus, docet magister*[5] *. De este modo la educación, la institución y la instrucción son tres cosas tan diferentes en su objeto como el aya, el preceptor y el maestro. Pero estas distinciones son mal entendidas; y para ser bien guiado, el niño sólo debe seguir a un guía.

Hemos de generalizar, pues, nuestras miras, y considerar en nuestro alumno al hombre abstracto, al hombre expuesto a todos los accidentes de la vida humana. Si los hombres nacieran unidos al suelo de un país, si la misma estación durara todo el año, si cada uno mantuviera su fortuna de forma que no pudiese cambiarla jamás, la práctica establecida sería buena en ciertos aspectos; el niño educado para su estado, no saliendo nunca de él, no podría estar expuesto a los inconvenientes de otro. Pero vista la movilidad de las cosas humanas, visto el espíritu inquieto y revoltoso de este siglo que perturba todo en cada generación, ¿puede concebirse un método más insensato que educar a un niño como si nunca fuera a salir de su cuarto, como si constantemente debiera estar rodeado de sus gentes? Si el desventurado da un sólo paso en la tierra, si desciende un sólo escalón, está perdido. Eso no es enseñarle a soportar las dificultades; es ejercitarle en sentirlas.

Sólo se piensa en conservar al niño propio; no es bastante, se le debe enseñar a conservarse siendo hombre, a soportar los golpes del destino, a arrastrar la opulencia y la miseria, a vivir si es preciso en los hielos de Islandia o sobre la ardiente roca de Malta. Por más que toméis precauciones para que no

---

* Cita de Varrón, según Nonio Marcelo: «La comadrona trae al mundo, la nodriza cría, el pedagogo forma, el maestro enseña».

muera, tendrá sin embargo que morir; y aún cuando su muerte no fuera fruto de vuestros cuidados, serían mal entendidos. Se trata menos de impedirle morir que de hacerle vivir. Vivir no es respirar, es obrar; es hacer uso de nuestros órganos, de nuestros sentidos, de nuestras facultades, de todas las partes de nosotros mismos que nos dan el sentimiento de nuestra existencia. El hombre que más ha vivido no es aquel que ha sumado más años, sino aquel que más ha sentido la vida. Fulano se hizo enterrar a los cien años, y estuvo muerto desde su nacimiento. Más hubiera ganado muriendo joven; al menos habría vivido hasta ese momento*.

Toda nuestra sabiduría consiste en prejuicios serviles; todas nuestras costumbres no son más que sujeción, malestar y coacción. El hombre civil nace, vive y muere en la esclavitud: cuando nace se le cose un pañal; a su muerte se le clava en un ataúd; mientras conserva el rostro humano está encadenado por nuestras instituciones.

Se dice que muchas comadronas, manipulando la cabeza de los recién nacidos, pretenden darle una forma más conveniente, ¡y se permite! Nuestras cabezas estarían mal formadas por el autor de nuestro ser: es preciso que por fuera nos las formen las comadronas, y por dentro los filósofos. Los caribes son el doble de felices que nosotros.

«Apenas ha salido el niño del seno de la madre, y apenas goza de la libertad de mover y extender sus miembros, cuando se le dan nuevas ataduras. Se le envuelve en pañales, se le acuesta con la cabeza fija y las piernas estiradas, con los brazos colgando al lado del cuerpo; es rodeado de paños y de vendas de toda clase que no le permiten cambiar de situación. Afortunado si no se le ha apretado hasta el punto de impedirle respirar, y si se ha tenido la precaución de acostarle de lado, a fin de que las aguas que debe echar por la boca puedan caer por sí mismas; porque no tendría la libertad de volver la cabeza hacia un lado para facilitar la salida»[6]**.

---

* Después de *hasta ese tiempo*, en P había escrito: «*Pero vivir es una palabra equívoca*». En el ejemplar C la frase aparece completamente modificada: «*Hubiera ganado yendo a la tumba en su juventud, si hubiera vivido al menos hasta ese tiempo*».

** La cita es de Buffon, no de Plinio, como aparece por error en algunas ediciones del *Emilio*.

El recién nacido necesita extender todos sus miembros para sacarlos del embotamiento en que, hechos un ovillo, han permanecido tanto tiempo. Es cierto que los estiran, pero les impiden moverse; se sujeta incluso su cabeza mediante cabezales. Parece temerse que tenga la apariencia de estar con vida*.

De este modo, el impulso de las partes internas de un cuerpo que tiende al crecimiento encuentra un obstáculo insuperable para los movimientos que aquel exige. El niño hace continuamente esfuerzos inútiles que agotan sus fuerzas o retrasan su progreso. Estaba menos estrecho, menos molesto, menos comprimido en el amnios** de lo que está en sus mantillas; no veo lo que ha ganado con nacer.

La inacción, la coacción en que se retienen los miembros de un niño, no pueden sino perturbar la circulación de la sangre, de los humores, impedir al niño fortalecerse, crecer, y alterar su constitución. En los lugares en que no se toman estas extravagantes precauciones, todos los hombres son altos, fuertes, bien proporcionados[7]***. Los países en que se envuelve a los niños en pañales son aquellos que pululan de jorobados, cojos, patizambos, agarrotados, raquíticos, gentes contrahechas de toda especie. Por miedo a que los cuerpos se deformen con movimientos libres, se apresuran a deformarlos prensándolos. De buena gana los volverían tullidos para impedirles desgraciarse.

Una violencia tan cruel ¿podría dejar de influir sobre su humor, así como sobre su temperamento? Su primera sensación es una sensación de dolor y de malestar: no encuentran más

* En el *Discurso sobre la desigualdad*, (nota 12, ed. cit., pág. 326) hacía ya hincapié en «los cuidados que se toman en entorpecer y envolver todos sus miembros». Desde la antigüedad (tenemos un ejemplo en la *Vida de Licurgo*, de Plutarco, 33) se criticaba la fajadura de los niños. El cabezal [*tetière*] era una especie de venda o fajadura destinada a mantener la cabeza del niño ladeada para que no se ahogase al vomitar las flemas.

** El amnios es la más interna de las membranas que envuelven el embrión; en la primera edición Rousseau escribió *placenta*, que corrigió a mano en el ejemplar C.

*** «*Véase también La Loubère, Voyage de Siam* [Viaje de Siam]. *El Sr. Le Beau, Voyage du Canada* [Viaje del Canadá]; *el Sr. Le Page, Voyage de la Louisiane* [Viaje a la Luisiana]. *Chardin, Pietro della Valle. Llenaría cien páginas de citas si tuviera necesidad de confirmarlo mediante hechos*». (Nota de P).

que obstáculos en todos los movimientos que necesitan hacer. Más desventurados que un criminal encadenado, hacen esfuerzos vanos, se irritan, gritan. Sus primeras voces, decís, son llanto; lo creo, les contrariais desde su nacimiento. Los primeros dones que reciben de vosotros son cadenas; los primeros tratos que conocen son tormentos. Al no tener nada libre sino la voz, ¿cómo no van ha servirse de ella para quejarse? Gritan por el daño que les hacéis; agarrotados de esa forma, vosotros gritaríais más que ellos.

¿De dónde procede esta costumbre ilógica? De una costumbre desnaturalizada. Desde que las madres, despreciando su primer deber, no han querido alimentar ya a sus hijos, han sido confiados a mujeres mercenarias que, al encontrarse de este modo madres de hijos extraños por quienes la naturaleza nada les dice, no han buscado sino ahorrarse trabajo. Hubiera habido que velar constantemente sobre un niño en libertad: pero, cuando está bien atado, se le arroja en un rincón sin apurarse por sus gritos. Con tal que no haya pruebas de la negligencia de la nodriza, con tal que el niño de pecho no se rompa un brazo o una pierna, ¿qué importa, por lo demás, que perezca o quede tullido para el resto de sus días? Se conservan sus miembros a costa de su cuerpo, y, pase lo que pase, la nodriza queda disculpada.

Estas dulces madres que, deshaciéndose de sus hijos, se entregan alegremente a las diversiones de la ciudad, ¿saben sin embargo el trato que recibe en la aldea el niño en mantillas? Al menor alboroto, se le cuelga de un clavo como un paquete de pingajos; y mientras, sin apresurarse, la nodriza se dedica a sus cosas, el desventurado queda crucificado de ese modo. Cuantos han sido hallados en esta situación tenían el rostro violáceo. Al no dejar circular la sangre el pecho por estar fuertemente oprimido, ésta se les subía a la cabeza; y creían al paciente muy tranquilo porque no tenía fuerzas para gritar. Ignoro las horas que puede permanecer un niño en ese estado sin perder la vida, pero dudo que pueda durar mucho. He ahí, en mi opinión, una de las mayores comodidades de las mantillas.

Se pretende que los niños en libertad podrían adoptar malas posturas y hacer movimientos capaces de perjudicar la buena conformación de sus miembros. He ahí uno de los

vanos razonamientos de nuestra falsa sabiduría, y que nunca ha confirmado ninguna experiencia. De esta multitud de niños que, en pueblos más sensatos que nosotros*, se crían con plena libertad de miembros, no vemos uno solo que se hiera ni desgracie; no podrían dar a sus movimientos la fuerza que puede volverlos peligrosos; y cuando adoptan una postura violenta, el dolor les advierte enseguida que la cambien.

Aún no se nos ha ocurrido poner mantillas a las crías de los perros ni de los gatos; ¿ve alguien que de ese descuido resulte para ellos incoveniente alguno? Los niños pesan más, de acuerdo; pero en proporción también son más débiles. Apenas pueden moverse; ¿cómo habían de desgraciarse? Si los tumbaran de espaldas, morirían en esa posición, como la tortuga, por no poder darse la vuelta.

No contentas con haber dejado de amamantar a sus hijos, las mujeres dejan de querer hacerlos. La consecuencia es natural**. Desde el momento en que el estado de madre es oneroso, pronto se encuentra el medio de librarse completamente de él: se quiere hacer una obra útil a fin de recomenzarla siempre, y se convierte en perjuicio de la especie el atractivo dado para multiplicarla. Este uso, añadido a las demás causas de despoblación, nos anuncia el próximo destino de Europa. Las ciencias, las artes, la filosofía y las costumbres que engendra no tardarán en hacer de ella un desierto. Será poblada por bestias feroces: no habrá cambiado mucho de habitantes.

He visto algunas veces el pequeño manejo que se traen las mujeres jóvenes fingiendo querer alimentar a sus hijos. Saben hacer que las presionen para renunciar a esa fantasía: hábilmente se hace que intervengan los esposos, los médicos, sobre todo las madres. Un marido que osara consentir que su mujer

---

* Alusión a los espartanos (Plutarco, *Vida de Licurgo*, 33).

** En Francia, e incluso en Inglaterra, se produce en el XVIII una limitación voluntaria de nacimientos, según confirman los contemporáneos (cf. Ph. Ariès, *Histoire des populations françaises et de leurs attitudes devant la vie*, París, 1948, págs. 499-511; y especialmente Hélène Bergues, *La prévention des naissances dans la famille*, París , 1960, con textos del siglo XVIII). Esta misma cuestión será abordada por Rousseau en la nota IX del *Discurso sobre la desigualdad*: «¿Cuántos medios vergonzosos para impedir el nacimiento de los hombres y falsear la naturaleza?» (*Del Contrato social, ed. cit.* pág. 312 y ss.)

alimente al hijo sería un hombre perdido. Harían de él un asesino que quiere deshacerse de ella. Maridos prudentes, hay que inmolar a la paz el amor paterno. ¡Felices los que encuentran en el campo mujeres más continentes que las vuestras! ¡Más felices si el tiempo que ellas ganan está destinado únicamente a vosotros!

No es dudoso el deber de las mujeres; mas se discute si, en el desprecio que de él hacen, es igual para los niños ser alimentados con su leche o con la de otra. Considero esta cuestión, de la que son jueces los médicos, decidida según el capricho de las mujeres*; y, por lo que a mí se refiere, también pensaría que más vale que el niño chupe la leche de una nodriza con salud que de una madre enferma, si hubiera algún nuevo mal que temer de la misma sangre que se ha formado.

Pero ¿debe considerarse la cuestión sólo por el lado físico? ¿Y tiene el niño menos necesidad de los cuidados de una madre que de su teta? Otras mujeres, incluso animales, podrán darle la leche que ella le niega: la solicitud materna no se suple. La que da de mamar al hijo de otra en lugar de al suyo es una mala madre: ¿cómo ha de ser una buena nodriza? Podrá conseguirlo, pero lentamente; será preciso que el hábito cambie la naturaleza; y el niño mal cuidado tendrá tiempo de morir cien veces antes de que su nodriza le pueda dar ternura de madre.

De esa ventaja misma resulta un inconveniente que por sí solo debería privar a toda mujer sensible del valor de hacer alimentar a su hijo por otra: es el de compartir el derecho de madre, o, más bien, de enajenarlo, el de ver a su hijo amar a otra mujer tanto más que a ella, el de sentir que la ternura que guarda para su propia madre es una gracia, y que la que tiene para su madre adoptiva es un deber; porque ¿no debo yo el cariño de un hijo donde he encontrado los cuidados de una madre?

La forma de remediar este inconveniente es inspirar a los

* «*La liga de las mujeres y de los médicos siempre me ha parecido una de las singularidades más divertidas de París. A través de las mujeres adquieren los médicos su reputación, y a través de los médicos las mujeres hacen su voluntad. Así fácilmente se sospechará cuál es la clase de habilidad que necesita un médico en París para volverse célebre*». (Nota de P. y —tachada— de G).

niños desprecio hacia su nodriza tratándolas como verdaderas sirvientas. Cuando su servicio acaba se les retira el niño o se despide a la nodriza; a fuerza de recibirla mal, se la desanima a volver a su niño de pecho. Al cabo de algunos años, él ya no la ve, ya no la conoce. La madre que cree sustituirla y reparar su negligencia con su crueldad, se equivoca. En lugar de hacer un tierno hijo de un niño de pecho desnaturalizado, lo ejercita en la ingratitud, le enseña a despreciar un día tanto a la que le dio la vida como a la que lo alimentó con su leche.

¡Cuánto insistiría yo sobre este punto si fuera menos desalentador remachar en vano temas útiles! Éste afecta a más cosas de lo que se piensa. ¿Queréis volver a cada uno hacia sus primeros deberes? Comenzad primero por las madres; quedaréis asombrado de los cambios que habéis de producir. Todo deriva sucesivamente de esa primera depravación: todo el orden moral se altera; el natural se extingue en todos los corazones; el interior de las casas adopta un aire menos vivo; el conmovedor espectáculo de una familia naciente ya no atrae a los maridos, ni impone miramientos a los extraños; se respeta menos a la madre cuyos hijos no se ven; no hay residencia en las familias; el hábito ya no refuerza los lazos de la sangre; ya no hay ni padres ni madres, ni hijos, ni hermanos, ni hermanas; si todos ellos apenas se conocen, ¿cómo van a amarse? Cada cual sólo piensa en sí mismo. Cuando la casa es únicamente triste soledad, hay que ir a divertirse a otra parte.

Pero que las madres se dignen alimentar a sus hijos: las costumbres se reformarán por sí mismas, los sentimientos de la naturaleza despertarán en todos los corazones, el Estado se repoblará; este primer punto, este solo punto volverá a reunir todo*. El atractivo de la vida doméstica es el mejor antídoto de las malas costumbres. Molestarse por los hijos, que se cree importuno, se torna agradable; hace al padre y a la madre más necesarios, más queridos uno a otro, estrecha entre ellos el vínculo conyugal. Cuando la familia está viva y animada, las preocupaciones domésticas constituyen la ocupación más preciada de la mujer y el entretenimiento más dulce del marido.

---

* «*Quienes no han hecho otra cosa que reflexionar sobre el corazón del hombre no lo conocen, ignoran los encantos de la vida doméstica, sólo quedan sorprendidos por la importunidad de los niños*». (Frase de P, tachada).

De la corrección de este solo abuso pronto resultaría una reforma general: pronto habría recuperado la naturaleza todos sus derechos. Porque, una vez que las mujeres vuelvan a ser madres, al punto los hombres volverán a ser padres y maridos.

¡Palabras superfluas! El hastío mismo de los placeres del mundo nunca devuelve a éstos. Las mujeres han dejado de ser madres; no lo serán más: ya no quieren serlo. Y si quisieran, apenas si podrían. Hoy que se halla establecida la costumbre contraria, cada una habría de combatir la oposición de todas las que se le acercan, coaligadas contra un ejemplo que las unas no han dado y que las otras no quieren seguir.

Sin embargo, a veces se encuentran jóvenes de buen natural que, osando enfrentarse en este punto al imperio de la moda y a los clamores de su sexo, cumplen con una virtuosa intrepidez ese deber tan dulce que la naturaleza les impone. ¡Ojalá aumente su número con el incentivo de los bienes destinados a quienes a él se entregan! Basándome en consecuencias que proporciona el razonamiento más simple y en observaciones que jamás se han visto desmentidas, me atrevo a prometer a esas dignas madres un cariño sólido y constante de parte de sus maridos, una ternura verdaderamente filial de parte de sus hijos, la estima y el respeto del público, felices partos sin accidentes y sin secuelas, una salud firme y vigorosa, y, por último, el placer de verse un día imitar por sus hijas y citar como ejemplo a las de otros.

Si no hay madre, no hay hijo. Entre ellos, los deberes son recíprocos; y si son mal cumplidos por un lado, serán descuidados por el otro. El hijo debe amar a su madre antes de saber que debe hacerlo. Si la voz de la sangre no se fortalece con el hábito y los cuidados, se apaga en los primeros años, y el corazón muere por así decir antes de nacer. Henos aquí, desde los primeros pasos, fuera de la naturaleza.

También se sale de ella por una ruta opuesta cuando, en vez de desatender los cuidados de la madre, una mujer los lleva hasta el exceso; cuando hace de su hijo su ídolo; cuando aumenta y alimenta su debilidad para impedir que la sienta y cuando, esperando sustraerlo a las leyes de la naturaleza, aparta de él contratiempos penosos, sin pensar cuántos accidentes futuros y peligros acumula sobre su cabeza a cambio de algunas incomodidades de las que le preserva por un

momento, y cuán bárbara precaución es prolongar la debilidad de la infancia bajo las fatigas de los hombre hechos. Para hacer a su hijo invulnerable, Tetis lo sumergió, según dice la fábula, en el agua del Éstige. Esta alegoría es hermosa y clara. Las madres crueles de que hablo actúan de otra forma: a fuerza de sumergir a sus hijos en la blandura, los preparan para el sufrimiento; abren sus poros a males de toda especie, de los que no dejarán de ser presa cuando sean mayores.

Observad la naturaleza y seguid la ruta que os marca. Ella ejercita continuamente a los niños; ella endurece su temperamento mediante pruebas de toda especie; ella los enseña desde temprana hora lo que es pena y dolor. Los dientes cuando salen les dan fiebres; cólicos agudos les dan convulsiones; largas toses los ahogan, las lombrices los atormentan; la plétora corrompe su sangre; gérmenes diversos fermentan en ella y causan erupciones peligrosas. Casi toda la primera edad es enfermedad y peligro: la mitad de los niños que nacen perecen antes del octavo año. Una vez pasadas esas pruebas, el niño ha ganado fuerzas; y tan pronto como puede usar de la vida, su principio se vuelve más seguro.

He ahí la regla de la naturaleza. ¿Por qué la contrariáis? ¿No veis que, pensando en corregirla, destruís su obra e impedís el efecto de sus cuidados? Hacer fuera lo que ella hace dentro es, en vuestra opinión, duplicar el peligro; al contrario, es apartarlo, es extenuarlo. La experiencia enseña que todavía mueren más niños educados con delicadeza que de los otros. Con tal que no se pase la medida de sus fuerzas, hay menos riesgo en emplearlas que en escatimarlas. Ejercitadlos pues en los golpes que habrán de soportar un día. Endureced sus cuerpos con las intemperies de las estaciones, de los climas, de los elementos, con el hambre, la sed y la fatiga; bañadlos en el agua del Éstige. Antes de que esté adquirido el hábito del cuerpo, se le da el que uno quiere sin peligro. Pero una vez que ya está en su consistencia, toda alteración se vuelve peligrosa. Un niño soportará cambios que no soportaría un hombre: las fibras del primero, blandas y flexibles, adoptan sin esfuerzo el pliegue que se les da; las del hombre, más endurecidas, sólo con violencia cambian el pliegue que han recibido. Por tanto, se puede robustecer a un niño sin exponer su vida y su salud; y si hubiera algún riesgo, tampoco

habría que vacilar. Puesto que son riesgos inseparables de la vida humana, ¿puede hacerse algo mejor que afrontarlos en el tiempo de su duración en que son menos desventajosos?

Un niño se vuelve más valioso al avanzar en edad. Al precio de su persona se une el de los cuidados que ha costado; a la pérdida de su vida se une en él el sentimiento de la muerte. Por tanto, es en el porvenir en lo que hay que pensar al velar por su conservación; es contra los males de la juventud contra lo que hay que armarle, antes de que haya llegado a ella: porque si el precio de la vida aumenta hasta la edad de hacerla útil, ¿qué locura no es ahorrar algunos males a la infancia para multiplicarlos en la edad adulta? ¿Son ésas las lecciones del maestro?

El destino del hombre es sufrir en todas las épocas. El cuidado mismo de su conservación está unido a la pena. ¡Afortunado si en su infancia sólo conoce los males físicos! Males mucho menos crueles, mucho menos dolorosos que los otros, y que nos hacen renunciar más raramente a la vida que aquellos. Uno no se mata por los dolores de la gota; apenas hay otros en quienes los del alma no produzcan desesperación. Nos lamentamos del destino de la infancia, y es el nuestro el que habría que lamentar. Nuestros mayores males nos vienen de nosotros.

Cuando nace un niño, grita; su primera infancia se pasa en llanto. Unas veces se le mece, se le mima para aplacarle; otras se le amenaza, se le pega para hacerle callar. O hacemos lo que a él le place, o exigimos de él lo que nos place a nosotros. O nos sometemos a sus fantasías, o lo sometemos a las nuestras. No hay término medio, tiene que dar órdenes o recibirlas. De ahí que sus primeras ideas sean la de dominio y la de servidumbre. Antes de saber hablar, manda; antes de poder obrar, obedece; y a veces se le castiga antes de que pueda conocer sus faltas, o, más bien, de cometerlas. Es así como desde hora temprana se vierten en su corazón pasiones que luego se imputan a la naturaleza, y como después de haberse esforzado por volverlo malvado, se lamentan de encontrarlo tal.

Un niño pasa de esa manera seis o siete años entre manos de mujeres, víctimas del capricho de ellas o del suyo, y, después de haberle hecho aprendar esto o aquello, es decir,

después de haber cargado su memoria de palabras que no puede entender, o de cosas que no le sirven para nada, después de haber ahogado el natural por las pasiones que se han hecho nacer, se coloca ese ser ficticio entre las manos de un preceptor, que acaba de desarrollar los gérmenes artificiales que encuentra ya completamente formados, y que le enseña todo, salvo a conocerse, salvo a sacar partido de sí mismo, salvo a saber vivir y hacerse feliz. Finalmente, cuando ese niño esclavo y tirano lleno de ciencia y falto de sentido, por igual débil de cuerpo y alma, es lanzado al mundo para mostrar en él su inepcia, su orgullo y todos sus vicios, hace deplorar la miseria y la perversidad humanas. Se equivocan: ahí tenemos al hombre de nuestras fantasías: el de la naturaleza está hecho de manera muy distinta.

¿Queréis que guarde su forma original? Conservadla desde el instante en que viene al mundo. Tan pronto como nazca apoderaos de él, y ya no le soltéis hasta que sea hombre: sin eso no triunfaréis nunca. Igual que la verdadera nodriza es la madre, el verdadero preceptor es el padre. Que se pongan de acuerdo en el orden de sus funciones así como en su sistema; que de las manos de la una pase el niño a las del otro. Será mejor educado por un padre juicioso y limitado que por el maestro más hábil del mundo; porque suplirá mejor el celo al talento que el talento al celo.

Pero los negocios, las funciones, los deberes... ¡Ay, los deberes! Sin duda el último es el de padre[8]. No debe asombrarnos que un padre cuya mujer ha desdeñado nutrir al fruto de su unión desdeñe educarle. No hay cuadro más encantador que el de la familia, pero un solo trazo fallido desfigura todos los demás. Si la madre tiene una salud demasiado escasa para ser nodriza, el padre tendrá demasiados negocios para ser preceptor. Los hijos, alejados, dispersos por pensiones, conventos y colegios llevarán a otra parte el amor de la casa paterna, o, mejor dicho, traerán a ella el hábito de no sentir apego por nada. Hermanos y hermanas apenas se conocerán. Cuando todos estén reunidos en fiestas, podrán ser muy corteses entre sí; se tratarán como extraños. Desde el momento en que no hay intimidad entre los parientes, tan pronto como la sociedad de la familia no cree ya la dulzura de la vida, hay que recurrir a las malas costumbres para suplirla. ¿Hay algún hombre

bastante estúpido como para no ver el encadenamiento de todo esto?

Cuando engendra y alimenta a sus hijos, un padre no hace con ello más que la tercera parte de su tarea. Debe hombres a su especie, debe a la sociedad hombres sociales, debe ciudadanos al Estado. Todo hombre que pueda pagar esa triple deuda y no lo haga es culpable, y más culpable tal vez cuando la paga a medias. Quien no puede cumplir los deberes de padre no tiene derecho a serlo. No hay ni pobreza, ni trabajos, ni respeto humano que lo dispensen de alimentar a sus hijos y educarlos por sí mismo. Lectores, podéis creerme: a todo el que posea entrañas y descuide tan santos deberes, le predigo que durante mucho tiempo derramará por su falta lágrimas amargas, y que jamás se consolará de ella*.

Pero ¿qué hace ese hombre rico, ese padre de familia tan atareado, y obligado, según él, a dejar a sus hijos en abandono? Paga a otro hombre para cumplir esos cuidados que están a su cargo. ¡Alma venal! ¿Crees dar a tu hijo otro padre con dinero? No te engañes: no es siquiera un maestro lo que le das, es un criado. Pronto formará un segundo criado**.

Se razona mucho sobre las cualidades de un preceptor. La primera que yo exigiría, y ella sola supone otras muchas, es que no sea un hombre que se venda. Hay oficios tan nobles que no se pueden hacer por dinero sin mostrarse indigno para hacerlos: así es el del hombre de guerra; así el del maestro.

---

* El tema atañía directamente a Rousseau: en una nota sobre este texto (*O.C.*, I, pág. 1164), dice: «*Todo lector se dará cuenta, estoy seguro, de que un hombre que no tiene ningún remordimiento de su falta o que quiera ocultarla al público se guardará de hablar así*». El tema personal era el abandono que de sus propios hijos hizo Rousseau: tema difícil y mal conocido. En el libro VII de las *Confesiones*, tras aludir al tercer embarazo de Thérèse, añade: «*Mi tercer hijo fue enviado al hospicio, e hice lo mismo con los dos siguientes*». Y en *Las ensoñaciones del paseante solitario* (ed. cit. pág. 140): «*Yo había enviado mis hijos al Hospicio; bastó para convertirme en padre desnaturalizado*»... En la *Correspondance Générale*, el 21 de junio de 1761 fecha una carta a la mariscala de Luxemburgo: «*Las ideas con que mi falta ha llenado mi espíritu ha contribuido en gran parte a hacerme meditar el* Tratado de la educación *; y encontraréis en el libro I un pasaje que puede indicaros esa disposición*».

** Rousseau parece recordar a Plutarco: Aristipo responde a un padre que se quejaba de que las lecciones del maestro le costaran tanto como el precio de un esclavo: «Es verdad..., y si lo haces tendrás dos esclavos, tu hijo primero, y luego el que hayas comprado» (*Cómo hay que alimentar a los niños*, 12).

¿Quién educará, pues, a mi hijo? Ya te lo he dicho: tú mismo. No puedo. ¡No puedes!... Hazte entonces un amigo. No veo otra salida.

¡Un preceptor! ¡Oh, qué alma sublime!... en verdad, para hacer un hombre hay que ser o padre o más que hombre uno mismo. He ahí la función que tranquilamente confiáis a mercenarios.

Cuanto más se piensa, más dificultades nuevas advertimos. Sería menester que el preceptor hubiera sido educado por su alumno, que sus criados hubieran sido educados por su amo, que todos los que se acercan hubieran recibido las impresiones que deben comunicarle; de educación en educación habría que remontarse hasta quién sabe dónde. ¿Cómo es posible que un niño sea tan bien educado por quien no ha sido bien educado él mismo?

Ese raro mortal, ¿es inencontrable? Lo ignoro. En estos tiempos de envilecimiento, ¿quién sabe qué punto de virtud puede alcanzar todavía un alma humana? Pero supongamos que se ha encontrado ese prodigio. Considerando lo que debe hacer veremos lo que debe ser. Lo que creo ver por adelantado es que un padre que sintiera el auténtico valor de un buen preceptor adoptaría el partido de prescindir de él; porque le costaría más conseguirlo que serlo él mismo. ¿Quiere, pues, hacerse un amigo? Que eduque a su hijo para serlo: así se ve dispensado de buscarlo en otra parte, y la naturaleza ha hecho ya la mitad del trabajo.

Alguien de quien sólo conozco el rango hizo que me propusieran educar a su hijo. Me hizo un gran honor, sin duda; mas lejos de quejarse por mi negativa, debe felicitarse por mi discreción. Si hubiera aceptado su oferta y hubiera errado en mi método, sería una educación fallida. Si hubiera triunfado, habría sido mucho peor. Su hijo habría renegado del título; no habría querido ser príncipe.

Estoy demasiado convencido de la grandeza de los deberes de un preceptor, siento demasiado mi incapacidad para aceptar nunca empleo semejante, sea quien fuere el que me lo ofrezca, y el interés de la amistad mismo para mí no sería sino nuevo motivo de rechazo. Creo que, después de haber leído este libro, pocas personas sentirán la tentación de hacerme ese ofrecimiento, y ruego a quienes pudieran sentirla que no se

tomen ese trabajo inútil. En otro tiempo hice un intento de ese oficio suficiente para estar seguro de que no soy apto, y mi estado me dispensaría de él si mis talentos me hicieran capaz. He creído que debía esta aclaración pública a los que parecen no otorgarme estima suficiente para creerme sincero y fundado en mis resoluciones.

Incapaz de cumplir la tarea más útil, intentaré al menos probar lo más fácil; a ejemplo de tantos otros, no pondré en la obra las manos sino la pluma, y en lugar de hacer lo que hay que hacer, me esforzaré por decirlo.

Sé que, en empresas semejantes a ésta, el autor, siempre cómodo en sistemas de cuya puesta en práctica está dispensado, da sin ningún esfuerzo muchos preceptos hermosos, imposibles de seguir, y que, a falta de pormenores y ejemplos, incluso lo que dice factible queda sin uso cuando no ha demostrado su aplicación.

He tomado, por tanto, el partido de adjudicarme un alumno imaginario, de suponerme la edad, la salud, los conocimientos y todos los talentos convenientes para trabajar en su educación, y guiarla desde el momento de su nacimiento hasta aquel en que, convertido en hombre hecho, ya no tenga necesidad de otro guía que de sí mismo. Este método me parece útil para impedir extraviarse en sus visiones a un autor que desconfía de sí; porque, en el momento en que se aparta de la práctica ordinaria, no tiene más que probar la suya con su alumno; pronto se dará cuenta, o el lector se la dará por él, de si sigue el progreso de la infancia y la marcha natural del corazón humano.

He ahí lo que he tratado de hacer en todas las dificultades que se han presentado. Para no aumentar inútilmente el libro, me he contentado con plantear principios cuya verdad debían sentir todos y cada uno. Mas, en cuanto a las reglas que podrían necesitar pruebas, he aplicado todas a mi Emilio o a otros ejemplos, y he demostrado mediante detalles muy amplios cómo podría ponerse en práctica lo que yo establecía; tal es, al menos, el plan que me he propuesto seguir. Al lector toca juzgar si lo he conseguido.

De ahí deriva que al principio haya hablado poco de Emilio, porque mis primeras máximas de educación, aunque contrarias a las que se hallan establecidas, son de una evidencia

a la que difícil será a todo hombre razonable negarle su asentimiento. Mas, a medida que avanzo, mi alumno, guiado de forma distinta a los vuestros, ya no es un niño ordinario; necesita un régimen expreso para él. Entonces aparece con más frecuencia en escena, y en los últimos tiempos no le pierdo la vista un momento hasta que, diga lo que diga, no tenga ya la menor necesidad de mí.

No hablaré aquí de las cualidades de un buen ayo, las doy por supuestas, y me supongo a mí mismo dotado de todas esas cualidades. Leyendo esta obra se verá cuanta liberalidad tengo conmigo.

Contra la opinión común, sólo haré notar que el ayo de un niño debe ser joven, e incluso tan joven como pueda serlo un hombre prudente. Querría incluso que fuera el mismo niño, a ser posible, que pudiera convertirse en compañero de su alumno, y captarse su confianza compartiendo sus entretenimientos. No hay suficientes cosas comunes entre la infancia y la edad madura como para que se forme alguna vez un vínculo muy sólido en esa distancia. A veces los niños, halagan a los viejos, pero nunca los aman.

Pretenden que el preceptor ya haya hecho una educación. Es demasiado: un mismo hombre sólo puede hacer una: si se necesitaran dos para aceptar, ¿con qué derecho emprender la primera?

Con más experiencia podría hecerse mejor, pero no se podría hacer más. Quien ha cumplido ese cargo una vez lo suficientemente bien como para sentir todas sus molestias, no intenta reengancharse de nuevo, y si lo ha cumplido mal la primera vez, es un mal prejuicio para la segunda.

Admito que es muy diferente seguir a un joven durante cuatro años o guiarle durante veinticinco. Dais un ayo a vuestro hijo completamente formado; yo quiero que tenga uno antes de nacer. Vuestro hombre puede cambiar de alumno cada lustro; el mío solo tendrá uno. Vosotros distinguís el preceptor del ayo: ¡otra locura! ¿Acaso distinguís entre el discípulo y el alumno? No hay más que una ciencia que enseñar a los niños: es la de los deberes del hombre. Esa ciencia es una y, sea lo que fuere lo dicho por Jenofonte sobre la educación de los persas, no se divide. Por lo demás, yo llamo ayo más que preceptor al maestro de esta ciencia;

porque, para él, se trata menos de instruir que de guiar. No debe dar preceptos, debe hacer que los encuentren*.

Si hay que escoger con tanto cuidado el ayo, también a éste le está permitido escoger a su alumno, sobre todo tratándose de un modelo a proponer. Esa elección no puede recaer ni sobre el genio ni sobre el carácter del niño, que sólo se conoce al fin de la labor, y que yo adopto antes de que haya nacido. Aunque pudiera escoger, no eligiría sino un espíritu común, tal como supongo a mi alumno. Sólo hay necesidad de educar a los hombres vulgares; su educación, por sí sola, debe servir de ejemplo a la de sus semejantes. Los otros se educan a pesar de todo.

No es indiferente el país al cultivo de los hombres; no son cuanto pueden ser más que en los climas templados. En los climas extremados es visible la desventaja. Un hombre no está plantado como un árbol en un país para quedarse allí siempre; y el que parte de uno de los extremos para llegar al otro, se ve obligado a hacer el doble del camino que hace para llegar al mismo término que aquel que parte del término medio.

Si el habitante de un país templado recorre uno tras otro los dos extremos, su ventaja sigue siendo evidente; pues, aunque sea tan modificado como el que va de un extremo a otro, sin embargo se aleja la mitad menos de su constitución natural. Un francés vive en Guinea y en Laponia; pero un negro no vivirá en Turnea siquiera, ni un samoyedo en el Benin. Parece, además, que la organización del cerebro es menos perfecta en los dos extremos. Ni los negros ni los lapones tienen el sentido de los europeos. Por tanto, si quiero que mi alumno pueda ser habitante de la tierra, lo eligiré en una zona templada, en Francia, por ejemplo, mejor que en otra parte**.

---

* La distinción entre ayo y preceptor procedía del abate de Saint-Pierre: el ayo [*gouverneur*] será comparado más adelante con el piloto de una nave. El término castellano no alude al semantismo de la raíz francesa; en la comparación con el piloto, *gobernalle* ayuda a ese semantismo del radical.

** «Habría que observar que, por regla general, los pueblos del Norte son más industriosos que los del Mediodía, porque no pueden dejar de serlo, como si la naturaleza quisiera igualar de este modo las cosas dando a los espíritus la fertilidad que rehúsa a la tierra» (*Discurso sobre la desigualdad, ed. cit.*, pág. 222). Voltaire anotó las dos primeras líneas: «Esto no es cierto, todas las artes vienen de los países cálidos». Rousseau insistirá en la influencia de los climas en

En el norte, los hombres consumen mucho sobre un suelo ingrato; en el mediodía consumen poco sobre un suelo fértil. De ahí nace una nueva diferencia que hace a los unos laboriosos y contemplativos a los otros. La sociedad nos ofrece en un mismo lugar la imagen de esas diferencias entre los pobres y los ricos. Los primeros habitan el suelo ingrato, y los otros la región fértil.

El pobre no tiene necesidad de educación: la de su estado es forzada; no podría tener otra. La educación que el rico recibe de su estado es, por el contrario, la que menos le conviene, tanto para él mismo como para la sociedad. Además, la educación natural debe hacer a un hombre apto para todas las condiciones humanas. Ahora bien, es menos razonable educar a un pobre para ser rico que a un rico para ser pobre; porque, en proporción al número de los dos estados, hay más arruinados que advenedizos. Escojamos, pues, un rico: estaremos seguros, al menos, de haber hecho un hombre más, mientras que un pobre puede hacerse hombre por sí mismo.

Por la misma razón, no me molestará que Emilio sea de cuna. Siempre será una víctima arrancada al prejuicio.

Emilio es huérfano. No importa que tenga padre y madre. Cargado con sus deberes, yo les sucedo en todos sus derechos. Debe honrar a sus padres, pero sólo a mí debe obedecer. Es mi primera, o mejor, mi única condición.

A ésta debo añadir otra que no es sino su secuela: nunca se nos separará al uno del otro sin nuestro consentimiento. Esta cláusula es esencial, y querría incluso que alumno y ayo se considerasen tan inseparables que la suerte de sus días fuera siempre entre ellos un objeto común. Tan pronto como consideren su separación en el futuro, tan pronto como prevean el momento que ha de volverlos extraño el uno al otro, lo son ya: cada uno forma su pequeño sistema aparte, y, aunque juntos, ocupados en la época en que ya no han de estarlo, sólo lo están de mala gana. El discípulo no mira al maestro sino como la enseña y el azote de la infancia; el maestro sólo mira al discípulo como un pesado fardo del que desea ardientemente ser descargado; aspiran de consuno al momento de verse

---

los capítulos VIII, IX y X del *Ensayo sobre el origen de las lenguas*, y en la nota X del *Discurso sobre la desigualdad, ed. cit.*, págs. 316-323).

liberados uno de otro, y como entre ellos nunca hay auténtico apego, el uno debe tener poca vigilancia, el otro poca docilidad.

Mas, cuando se miran como personas que deben pasar juntos sus días, les importa hacerse querer mutuamente, y por eso mismo llegan a quererse. El alumno no se ruboriza por seguir en su infancia al amigo que debe tener cuando sea mayor; el ayo se interesa por cuidados cuyo fruto debe recoger, y todo el mérito que da a su alumno es un fondo* que coloca en provecho de sus días postreros.

Este tratado, hecho previamente, supone un parto feliz, un niño bien formado, vigoroso y sano. Un padre no tiene elección y no debe de haber preferencias en la familia que Dios le da: todos sus hijos lo son por igual; a todos debe los mismos cuidados y el mismo cariño. Estén tullidos o no, sean enfermizos o robustos, cada uno de ellos es un depósito del que debe cuenta a la mano de quien lo recibe, y el matrimonio es un contrato hecho tanto con la naturaleza como entre los cónyuges.

Pero, todo aquel que se impone un deber que la naturaleza no le ha impuesto debe asegurarse antes los medios de cumplirlo; de otro modo se hace responsable, incluso de lo que no haya podido hacer. Quien se encarga de un alumno lisiado y valetudinario trueca su función de ayo por la de enfermero; cuidando una vida inútil pierde el tiempo que destinaba a aumentar su valor; se expone a ver a una madre desconsolada reprocharle un día la muerte de un hijo que él habría conservado para ella durante mucho tiempo.

Yo no me encargaría de un niño enfermizo o cacoquímico, aunque él hubiera de vivir ochenta años. No quiero un alumno siempre inútil para sí mismo y para los demás, que únicamente se ocupa de conservarse, y cuyo cuerpo perjudica la educación del alma. ¿Qué haría yo prodigándole en vano mis cuidados, sino duplicar la pérdida de la sociedad y privarle de dos hombres por uno? Que otro en mi lugar se encargue de ese lisiado, consiento en ello, y apruebo su caridad; pero mi talento no es ése en mí: no puedo enseñar a vivir a quien sólo piensa en no morirse.

* «Fondo» [*fond*]: Caudal o conjunto de bienes que posee una comunidad. [Dicc. Acad.]

Es preciso que el cuerpo tenga vigor para obedecer al alma. Un buen servidor debe ser robusto. Sé que la intemperancia excita las pasiones; también extenúa el cuerpo a la larga; las mortificaciones, los ayunos producen a menudo el mismo efecto por una causa opuesta. Cuanto más débil es el cuerpo, más ordena; cuanto más fuerte, más obedece. Todas las pasiones sensuales se alojan en cuerpos afeminados; se irritan más cuanto menos se pueden satisfacer.

Un cuerpo débil debilita el alma. De ahí el imperio de la medicina, arte más pernicioso para los hombres que todos los males que pretende curar. No sé, por lo que a mí se refiere, de qué enfermedad nos curan los médicos, mas sé que nos las dan muy funestas; la cobardía, la pusilanimidad, la credulidad, el terror a la muerte. Si curan los cuerpos, matan el coraje. ¿Qué nos importa que hagan andar unos cadáveres? Son hombres lo que necesitamos, y no vemos que salgan de sus manos.

Entre nosotros está de moda la medicina; debe estarlo. Es el entretenimiento de gentes ociosas y desocupadas que, no sabiendo qué hacer con su tiempo, lo pasan conservándose. Si hubieran tenido la desgracia de nacer inmortales, serían los más miserables de los seres. Una vida que jamás temieran perder carecería para ellos de todo valor. Esas gentes necesitan médicos que los amenacen para halagarlos, y que les den cada día el único placer de que son susceptibles: el de no estar muertos*.

No tengo intención alguna de extenderme aquí sobre la vanidad de la medicina. Mi objetivo no es otro que considerarla sólo por el lado moral. Sin embargo, no puedo dejar de observar que los hombres hacen sobre su uso los mismos

* La desconfianza hacia la medicina y los médicos, que Rousseau hereda de Montaigne, motiva ataques en el *Discurso sobre la desigualdad;* y en el tercer discurso de *Rousseau juge de Jean-Jacques*. Bernardin de Saint-Pierre, en un esbozo de ensayo biográfico recogido como apéndice en la edición citada de *Las ensoñaciones del paseante solitario*, expone las opiniones de Rousseau y su obstinación en una medicina natural que, para Saint-Pierre, habría sido la causa de su muerte (*ed. cit.*, págs. 209-210). No obstante, tras la enfermedad de 1760, según atestigua Saint-Pierre en el preámbulo de *Arcadie*, nota 8, Rousseau comentaba en sus últimos días: «Si hiciera una nueva edición de mis obras, suavizaría lo que en ellas escribí sobre los médicos. No hay estado que exija tantos estudios como el suyo. En todos los países son los hombres más auténticamente sabios».

sofismas que sobre la búsqueda de la verdad. Siempre suponen que tratando a un enfermo se le cura, y que buscando una verdad se la encuentra: no ven que es preciso contrapesar la ventaja de una curación que el médico opera con la muerte de cien enfermos que ha matado, y la utilidad de una verdad descubierta con el daño que causan los errores que pasan junto con ella. La ciencia que instruye y la medicina que cura son, sin duda, muy buenas; pero la ciencia que engaña y la medicina que mata son malas. Aprended, pues, a distinguirlas. He ahí el nudo de la cuestión. Si supiéramos ignorar la verdad, nunca seríamos víctimas de la mentira; si supiéramos no querer curar a despecho de la naturaleza, nunca moriríamos por mano de médico. Estas dos abstinencias serían prudentes; ganaríamos, por supuesto, sometiéndonos a ellas. No discuto, pues, que la medicina no sea útil a ciertos hombres, pero digo que es funesta para el género humano.

Se me dirá, como sin cesar se hace, que los errores son de los médicos, pero que, en sí misma, la medicina es infalible. Magnífico; pues que venga sin médico; porque mientras vengan juntos habrá cien veces más temor a los errores del artista que esperanza en el socorro del arte.

Este arte mendaz, más hecho para los males del espíritu que para los del cuerpo, no es más útil a unos que a otros; nos cura de nuestras enfermedades, menos del terror a ellas que imprime en nosotros. Aplaza la muerte menos de lo que hace sentirla de antemano; desgasta la vida en lugar de prolongarla; y, aunque la prolongara, sería todavía en perjuicio de la especie, puesto que nos aparta de la sociedad por los cuidados que impone, y de nuestros deberes por los pavores que nos da. Es el conocimiento de los peligros lo que nos hace temerlos: quien se creyera invulnerable no tendría miedo de nada. A fuerza de armar a Aquiles contra el peligro, el poeta le quita el mérito del valor: en su lugar, cualquier otro hubiera sido un Aquiles al mismo precio.

¿Queréis encontrar hombres de verdadero ánimo? Buscadlos en lugares donde no hay médicos, donde se ignoran las consecuencias de las enfermedades, y donde apenas se piensa en la muerte. Por naturaleza, el hombre sabe sufrir constantemente, y muere en paz. Son los médicos con sus recetas, los filósofos con sus preceptos, y los sacerdotes con sus exhorta-

ciones quienes lo envilecen de corazón y le hacen desaprender a morir.

Déseme, pues, un alumno que no tenga necesidad de todas esas gentes, o lo rechazo. No quiero que otros echen a perder mi obra; quiero educarle yo solo o no mezclarme en ello. El sabio Locke, que había pasado una parte de su vida en el estudio de la medicina, recomienda encarecidamente no drogar nunca a los niños, ni como precaución, ni por indisposiciones ligeras*. Yo iré más lejos: declaro que, como jamás llamo a los médicos para mí, jamás los llamaré para mi Emilio, a menos que su vida esté en peligro evidente; porque entonces no pueden hacerla cosa peor que matarle.

Sé de sobra que el médico no dejará de sacar ventaja de esta dilación. Si el niño muere, le habrán llamado demasiado tarde; si se libra, será él quien lo habrá salvado. Sea: que triunfe el médico; pero sobre todo que no lo llamen sino en último extremo.

A falta de saber curarse, que el niño sepa estar enfermo; este arte suple al otro, y con frecuencia da resultados mucho mejores; es el arte de la naturaleza. Cuando el animal está enfermo, sufre en silencio y se mantiene callado: los únicos animales que se ve languidecer son los hombres. ¡Cuántas personas a las que su enfermedad habría tratado con indulgencia y que el tiempo solo habría curado, han matado la impaciencia, el temor, la inquietud y, sobre todo, los remedios! Se me dirá que los animales, por vivir de una forma más conforme con la naturaleza, deben estar sometidos a menores males que nosotros. Pues bien, esa manera de vivir es precisamente la que yo quiero dar a mi alumno; por tanto, debe sacar de ella el mismo provecho.

La única parte útil de la medicina es la higiene. Aunque la higiene es menos una ciencia que una virtud. La templanza y el trabajo son los dos médicos verdaderos del hombre. El trabajo aguza su apetito, y la templanza le impide abusar de él.

Para saber qué régimen es más útil a la vida y a la salud, basta con saber el régimen que observan los pueblos que están más sanos, son más robustos y viven más tiempo. Si de las

* Locke, *De la educación de los niños*, § 30.

observaciones generales no resulta que el uso de la medicina da a los hombres una salud más firme o una vida más larga, por lo mismo que ese arte no es útil, es perjudicial, dado que emplea el tiempo, los hombres y las cosas para nada. El tiempo que pasamos conservando la vida no sólo es tiempo perdido para utilizarlo: hay, además, que deducirlo; y cuando ese tiempo se emplea en atormentarlos, es peor que nulo, es negativo, y para calcular con equidad, hay que restar otro tanto del que nos queda. Un hombre que vive diez años sin médicos vive más para sí mismo y para los demás que quien vive treinta años siendo su víctima. Por haber hecho una y otra prueba, me creo con más derecho que nadie a sacar tal conclusión.

Éstas son mis razones para querer únicamente un alumno robusto y sano, y mis principios para mantenerlo así. No me pararé a probar con todo detalle la utilidad de los trabajos manuales y de los ejercicios corporales para reforzar el temperamento y la salud; eso nadie lo discute: casi todos los ejemplos de vidas más largas se sacan de hombres que han hecho el mayor ejercicio, que han soportado más fatiga y trabajo[9]*. Tampoco entraré en largos detalles sobre los cuidados que he de tomar para este único objetivo. Se verá que entran tan necesariamente en mi práctica que basta captar su espíritu para no necesitar otra explicación.

Con la vida comienzan las necesidades. El recién nacido precisa una nodriza. Si la madre consiente en cumplir su deber, enhorabuena; habrán de dársele las directrices por escrito; porque esa ventaja tiene su contrapartida y mantiene al ayo algo más alejado de su alumno. Pero hemos de creer que el interés del niño y la estima por aquél a quien desea confiar un depósito tan preciado, harán a la madre receptiva a las opiniones del maestro; y cuanto ella quiera hacer es seguro que lo hará mejor que ninguna otra. Si hemos menester de una nodriza extraña, comencemos por elegirla bien**.

---

* La frase *casi todos los ejemplos... fatiga y trabajo* fue añadida al margen de P y G; y la nota 9 fue insertada en pruebas, y sobre ella, en uno de los manuscritos, aparece esta indicación: «*Gacetas y papeles ingleses del 11 de septiembre de 1760. London Chronicle*».

** Según estimaciones de Buffon, la sexta parte de los niños se educaban en el campo con nodrizas. Los padres se desinteresaban frecuentemente de los

Una de las miserias de los ricos consiste en ser engañados en todo. Si juzgan mal de los hombres, ¿hay que asombrarse? Son las riquezas las que los corrompen; y en justa reciprocidad, son los primeros en sentir la imperfección del único instrumento que conocen. En sus casas, todo está mal hecho, salvo lo que hacen por sí mismos; y casi nunca hacen nada. ¿Que hay que buscar una nodriza? Hacen que el partero la elija. ¿Qué se deriva de esto? Que la mejor es siempre la que le ha pagado más. No iré pues a consultar a un partero para la de Emilio; me preocuparé de escogerla yo mismo. Quizá no razone sobre el tema con tanta elocuencia como un cirujano, pero a buen seguro obraré de mejor fe, y mi celo me engañará menos que su codicia.

Esta elección no es tan gran misterio, conocemos las reglas, pero no sé sino debería prestarse un poco más de atención tanto a la edad de la leche como a su calidad. La leche nueva es completamente serosa; casi debe ser aperitivo para purgar el resto del *meconium* espesado en los intestinos del niño que acaba de nacer*. Poco a poco la leche toma consistencia y proporciona un alimento más sólido al niño vuelto más fuerte para digerirla. A buen seguro hay un motivo por el que en las hembras de cualquier especie la naturaleza cambia la consistencia de la leche según la edad del niño de pecho.

Necesitaríamos por tanto una nodriza recién parida para un niño recién nacido. Tiene sus inconvenientes, lo sé, pero desde el momento en que salimos del orden natural, todo tiene

---

niños. Las nodrizas, que no sabían escribir, tampoco avisaban de su muerte; en otros casos, la identidad de los niños no quedaba asegurada. La literatura —novela y teatro en especial— aprovechó los recursos que ofrecían las substituciones y robos de niños para las agniciones de los desenlaces. Según Desessartz sólo uno de cada veinte niños volvía a su casa. Aunque el empleo de nodrizas fue objeto de vivas polémicas pervivió en Francia hasta principios del siglo XX.

* Rousseau emplea aquí una terminología «científica» de la época que parece inspirada en N. Brouzet, *Essai sur l'éducation médicinale des enfants*, París, 1754. *Seroso* es sinónimo de acuoso. *Aperitivo* significa que abre los poros, vuelve los humores más fluidos y facilita la salida de los líquidos. El *meconium* es la materia viscosa que se acumula en los intestinos del feto. *Intemperie*, algo más abajo, es un término médico que designa la mala constitución de los humores.

inconvenientes para hacer bien las cosas. El único expediente cómodo es hacerlas mal; por eso es el que se escoge.

Precisaríamos una nodriza tan sana de corazón como de cuerpo: la intemperie de las pasiones puede, como la de los humores, alterar su leche; además, atenerse únicamente a lo físico, es ver sólo la mitad del problema. La leche puede ser buena, y la nodriza mala; es tan esencial un buen carácter como un buen temperamento. Si tomamos una mujer viciosa, no digo que su hijo de leche haya de contraer sus vicios: digo que los padece. ¿No le debe, junto con su leche, cuidados que exigen celo, paciencia, dulzura y limpieza? Si es glotona e intemperante, pronto habrá echado a perder su leche; si es negligente o iracunda, ¿en qué ha de convertirse, estando a su merced, un pobre desgraciado que no puede ni defenderse ni quejarse? Los malvados nunca pueden servir de nada para nada bueno.

La elección de la nodriza es importante, sobre todo porque su hijo de leche no debe tener más ama que ella, como no debe haber más preceptor que su ayo. Éste era el uso de los antiguos, menos razonadores y más sabios que nosotros. Después de haber amamantado a criaturas de su sexo, las nodrizas ya no las abandonaban. Por tal motivo en sus obras de teatro la mayoría de las confidentes son nodrizas. Es imposible que un niño que pasa sucesivamente por tantas manos distintas sea bien educado. A cada cambio hace secretas comparaciones que siempre tienden a disminuir su estima por los que le gobiernan, y, en consecuencia, su autoridad sobre él. Si llega a pensar una sola vez que hay adultos que no tienen más razón que los niños, toda la autoridad que la edad otorga se pierde y la educación fracasa. Un hijo no debe conocer más superiores que su padre y su madre, o, en su defecto, su nodriza y su ayo; sobra incluso uno de los dos; pero tal partición es inevitable, y cuanto puede hacerse para remediarla es que las personas de ambos sexos que lo gobiernan estén tan perfectamente de acuerdo a su respecto que ambas no sean más que una para él.

Es preciso que la nodriza viva con alguna comodidad más, que tome alimentos algo más sustanciosos, pero no que cambie por completo de manera de vivir; porque un cambio rápido y total, incluso de mal a mejor, siempre resulta peligroso para la

salud; y puesto que su régimen ordinario la ha dejado o vuelto sana y bien constituida, ¿para qué hacerla cambiar?

Las campesinas comen menos carne y más legumbres que las mujeres de la ciudad; ese régimen vegetal parece más favorable que contrario para ellas y sus hijos. Cuando tienen niños de pecho burgueses, les dan cocidos, convencidas de que el potaje y el cocido de carne les hacen mejor quilo y proporcionan más leche. Soy completamente contrario a esa opinión, y a mi favor tengo la experiencia, que nos enseña que los niños así alimentados son más propensos al cólico y a los gusanos que los otros*.

No tiene nada de extraño, porque la substancia animal en putrefacción pulula de gusanos, cosa que no ocurre con la substancia vegetal. La leche, aunque elaborada en el cuerpo del animal, es una substancia vegetal[10]; su análisis lo demuestra: se vuelve ácida con facilidad y, lejos de ofrecer algún vestigio de álcali volátil, como hacen las substancias animales, da, como las plantas, una sal neutra esencial.

La leche de las hembras herbívoras es más dulce y más saludable que la de las carnívoras. Formada de una substancia homogénea a la suya, conserva mejor su naturaleza y se vuelve menos propensa a la putrefacción. Si se considera la cantidad, todos sabemos que las farináceas hacen más sangre que la carne; por tanto, también deben hacer más leche. No puedo creer que un niño destetado antes de tiempo, o destetado sólo con alimentos vegetales, y cuya nodriza no viva más que de vegetales, haya padecido nunca lombrices.

Tal vez los alimentos vegetales den una leche más propensa a agriarse; pero estoy muy lejos de considerar la leche agria alimento malsano; pueblos enteros que no usan otra tienen muy buena salud, y todo ese aparato de absorbentes me parece charlatanería pura**. Hay temperamentos a los que no

---

* En el manuscrito R.18 hay una nota: «*Para el p*[*rime*]*r Libro de Emilio sobre los gusanos engendrados por el uso de la carne*».

«El tigre, el más carnicero de todos los animales y que se abreva de sangre, es también aquel en cuyo estómago se encuentran más gusanos. Se ha encontrado a veces tan gran cantidad que llenaban la tercera parte del ventrículo. "Hist. de la Acad. de ciencias", *Año 1699, pág. 51*».

** Los *absorbentes* son las sustancias que absorben el ácido en el estómago. Después de *charlatanería pura*, P y G incluyen: «*La leche se vuelve menos*

conviene la leche, y entonces ningún absorbente la vuelve soportable; los otros la soportan sin absorbentes. Se teme la leche expurgada o cuajada: es una locura, puesto que sabemos que la leche siempre se cuaja en el estómago. Así es como se vuelve alimento suficientemente sólido para nutrir a los niños y las crías de los animales; si no se cuajase, no haría más que pasar, no los nutriría[11]. Por más que la leche se corte de mil maneras, por más que se usen mil absorbentes, todo el que come hombre es el que menos puede vivir en rebaños. Hombres amontonados como corderos perecerían, todos, en poquísimo tiempo. El aliento del hombre es mortal para sus semejantes: y esto no es menos cierto en sentido propio que en figurado.

Las ciudades son el abismo de la especie humana. Al cabo de algunas generaciones las razas perecen o degeneran; hay que revolverlas, y es siempre el campo el que proporciona esa renovación. Enviad, pues, a vuestros hijos a renovarse, por así decir, por sí mismos, y ha recuperar en medio de los campos el vigor que se pierde en el aire malsano de los lugares demasiado poblados. Las mujeres embarazadas que están en el campo se apresuran a volver a la ciudad para dar a luz: deberían hacer todo lo contrario, en especial aquellas que quieren alimentar a sus hijos. Lo lamentarían menos de lo que piensan, y, en una morada más natural a la especie, los placeres unidos a los deberes de la naturaleza pronto quitarían el gusto de aquellos que no tienen relación con ella.

Después del parto, lo primero es lavar al niño con algún agua tibia a la que de ordinario se mezcla vino*. Esta adición del vino me parece poco necesaria. Cuando la naturaleza no produce fermentado, no debe creerse que el uso de un licor artificial haya de importar a la vida de sus criaturas.

Por igual motivo, la precaución de entibiar el agua tampoco es más indispensable, y, en efecto, multitud de pueblos lavan a los niños recién nacidos en los ríos o en el mar sin más miramientos**. Pero los nuestros, ablandados antes de nacer

---

peligrosa cuando se agría que cuando se alcaliza, y se alcaliza por la utilización de la carne. Se teme la leche»... Las teorías de Rousseau sobre la leche son triviales y comunes en la época.

* El empleo del vino era una prescripción de Licurgo, leída por Rousseau en la *Vida de Licurgo* de Plutarco.

** Locke recomendaba lavar todos los días los pies de los niños en agua

por la molicie de padres y madres, traen al venir al mundo un temperamento ya dañado, que no debe exponerse, al principio, a todas las pruebas que han de restablecerlo. Sólo gradualmente se los puede devolver a su vigor primitivo. Comenzad, pues, ante todo, por seguir la costumbre, y no os apartéis de ella sino poco a poco. Lavad a menudo a los niños; su suciedad muestra la necesidad de hacerlo; cuando no se hace más que enjugarles, se los lastima; pero disminuid gradualmente la tibieza del agua a medida que cobran fuerzas, hasta lavarlos finalmente en invierno y en verano con agua fría e incluso helada. Como resulta importante, para no exponerlos, que tal disminución sea lenta, sucesiva e insensible, podemos servirnos del termómetro para medirla con exactitud.

Una vez establecida esta costumbre del baño ya no debe interrumpirse, e importa conservarla durante toda la vida. La considero no sólo desde el lado de la limpieza y de la salud presente, sino también como precaución saludable para volver más flexible la textura de las fibras y hacerlas ceder sin esfuerzo y sin riesgo a los diversos grados de calor y de frío. Por esto querría que, al crecer, nos acostumbráramos poco a poco a bañarnos, algunas veces en aguas calientes hasta el máximo grado soportable, y a menudo en aguas frías hasta el mínimo posible. Así, tras habernos habituado a soportar las diversas temperaturas del agua, que por ser un fluido más denso nos toca por más puntos y nos afecta más, nos volveríamos casi insensibles a las del aire.

En el momento en que el niño respira al salir de sus envolturas, no permitáis que le den otras que lo mantengan más oprimido. Nada de cabezales, nada de vendas, nada de pañales; mantillas flotantes y amplias que dejen todos sus miembros en libertad y no sean ni bastante pesadas para entorpecer sus movimientos, ni bastante cálidas para impedir que sienta las impresiones del aire[13]. Ponedlo en una gran cuna[14] bien rellena donde pueda moverse a gusto y sin peligro. Cuando empiece a fortalecerse, dejadlo arrastrarse por la habitación; dejadlo desarrollar, extender sus pequeños miembros;

---

fría (*De la educación de los niños*, § 8); su traductor francés, Coste, citaba el prólogo la *Historia de los Incas* de Garcilaso de la Vega el Inca; según cuenta el escritor castellano, los incas se lavaban todas las mañanas con agua fría.

le veréis ganar fuerzas día a día. Comparadlo con un niño envuelto en pañales de la misma edad; os asombraréis de la diferencia de su progreso[15].

Hay que esperar una gran oposición de parte de las nodrizas, a quienes el niño bien agarrotado da menos trabajo que otro al que hay que vigilar constantemente. Por otra parte, su suciedad se torna más sensible en ropas abiertas; hay que limpiarlo más a menudo. Finalmente, la costumbre es un argumento que nunca se refutará en ciertos países a gusto del pueblo de todos los estados.

No razonéis con las nodrizas. Ordenad, ved cómo actúan, y no escatiméis nada para facilitar en la práctica los cuidados que hayáis prescrito. ¿Por qué no habríais de compartirlos? En las crianzas ordinarias, donde sólo se atiende a lo físico, con tal que el niño viva y que no decaiga, apenas si lo demás importa. Pero aquí donde la educación comienza con la vida, el niño ya es discípulo al nacer, no del ayo, sino de la naturaleza. El ayo hace más que estudiar bajo este primer maestro e impedir que sus cuidados sean contrarios. Cuida del niño, le observa, le sigue; espía con atención la primera chispa de su débil entendimiento, como los musulmanes espían, al acercarse la primera vela, el momento del levante de la luna.

Nacemos capaces de aprender, pero sin saber nada, sin conocer nada. El alma encadenada a órganos imperfectos y semiformados, no tiene siquiera sensación de su propia existencia. Los movimientos, los chillidos del niño que acaba de nacer, son efectos puramente mecánicos, carentes de conocimiento y de voluntad.

Supongamos que en su nacimiento un niño tuviera la estatura y la fuerza de un hombre hecho, que saliera, por así decir, completamente armado del seno de su madre como Palas del cerebro de Júpiter; ese hombre-niño sería un perfecto imbécil, un autómata, una estatua inmóvil y casi insensible. No vería nada, nada oiría, no conocería a nadie, no sabría volver los ojos hacia lo que necesitaría ver. No sólo no percibiría ningún objeto fuera de él; tampoco relacionaría ninguno en el órgano del sentido que se lo hiciera percibir; los colores no estarían en sus ojos, ni el sonido en sus oídos, los cuerpos que tocase no existirían sobre el suyo, no sabría siquiera que tiene uno: el contacto de sus manos estaría en su

cerebro; todas sus sensaciones se reunirían en un solo punto; no existiría más que en el común *sensorium*; no tendría más que una sola idea, a saber: la del *yo*, a la que remitiría todas sus sensaciones, y esta idea, o, mejor, este sentimiento, sería lo único en lo que superaría a un niño ordinario.

Este hombre formado de golpe tampoco podría erguirse sobre sus pies, necesitaría mucho tiempo para aprender a mantenerse en equilibrio sobre ellos; quizás, incluso, no hiciera el intento, y veríais a ese cuerpo, fuerte y robusto, permanecer en el sitio como una piedra, o reptar y arrastrarse como un perrillo.

Sentiría el malestar de las necesidades sin conocerlas y sin imaginar medio alguno de darles satisfación. Entre los músculos del estómago y los de brazos y piernas no hay comunicación inmediata alguna que, incluso rodeado de alimentos, le haga dar un paso para acercarse a ellos, o extender la mano con el fin de cogerlos; y como su cuerpo habría alcanzado su crecimiento, como sus miembros estarían completamente desarrollados, como por consiguiente no tendría ni las inquietudes ni los movimientos continuos de los niños, podría perecer de hambre antes de haberse movido para buscar su subsistencia. Por poco que se haya reflexionado sobre el orden y el progreso de nuestros conocimientos, no puede negarse que tal fue, poco más o menos, el estado primitivo de ignorancia y de estupidez natural al hombre, antes de que hubiera aprendido algo de la experiencia o de sus semejantes.

Conocemos, pues, o podemos conocer el punto primero del que cada uno de nosotros parte para llegar al grado común del entendimiento; mas ¿quién conoce el otro extremo? Cada cual avanza más o menos según su genio, su gusto, sus necesidades, sus talentos, su pasión y las ocasiones que tenga de entregarse a ello. No sé de nigún filósofo que haya sido lo bastante audaz para decir: He ahí el término que el hombre puede alcanzar y que no podrá superar. Ignoramos lo que nuestra naturaleza nos permite ser; ninguno de nosotros ha medido la distancia que puede haber entre un hombre y otro hombre. ¿Qué alma inferior será aquélla a la que esta idea no anime nunca y que no se diga a veces en su orgullo: ¡A cuántos he superado ya! ¡A cuántos puedo alcanzar todavía!? ¿Por qué uno igual a mí a de ir más lejos que yo?

Lo repito: la educación del hombre comienza en su nacimiento; antes de hablar, antes de oír, ya se instruye. La experiencia se anticipa a las lecciones; en el momento en que reconoce a su nodriza, ya ha conseguido mucho. Quedaríamos sorprendidos de los conocimientos del hombre más grosero si siguiéramos su progreso desde el momento en que nació hasta aquel al que ha llegado. Si se dividiera toda la ciencia humana en dos partes, una común a todos los hombres, otra particular a los sabios, ésta sería pequeñísima en comparación con aquélla; más apenas pensamos en las adquisiciones generales, porque se hacen sin pensarlo e incluso antes de la edad de razón; porque, además, el saber sólo se hace notar por sus diferencias, y porque, como en las ecuaciones de álgebra, las cantidades comunes cuentan por cero.

Los animales mismos adquieren mucho. Tienen sentidos, es preciso que aprendan a usarlos; tienen necesidades, es preciso que aprendan a satisfacerlas. Es preciso que aprendan a comer, a caminar, a volar. Los cuadrúpedos, que desde su nacimiento se mantienen sobre sus pies, no por ello saben caminar; en sus primeros pasos se ve que son ensayos poco seguros; los canarios escapados de sus jaulas no saben volar, porque jamás han volado; todo es instrucción para los seres animados y sensibles. Si las plantas tuvieran un movimiento progresivo, sería menester que poseyeran sentidos y que adquiriesen conocimientos: de otro modo las especies perecerían pronto.

Las primeras sensaciones de los niños son puramente afectivas, no perciben más que el placer y el dolor*. Como no pueden caminar ni coger, necesitan mucho tiempo para formarse poco a poco las sensaciones representativas que les muestran los objetos fuera de ellos mismos; pero, a la espera de que esos objetos se extiendan, se alejen por así decir de sus ojos, y adopten para ellos dimensiones y figuras, el retorno de las sensaciones afectivas comienza a someterlos al imperio del

* «Nuestras primeras ideas no son más que pena o placer», Condillac, *Tratado de las sensaciones*, I, 7, § 3. Este párrafo y el anterior están influidos por las teorías de Condillac, para quien el instinto es «un hábito privado de reflexión». Sin embargo, más adelante, Rousseau mantiene una teoría contraria al preguntarse sobre el instinto y exponer que el hábito no podría explicar la conducta de su perro. Véase libro IV, nota 21, pág. 674.

hábito, se ve sus ojos volverse sin cesar hacia la luz, y, si les llega de lado, tomar insensiblemente esa dirección; de suerte que debe tenerse la precaución de ponerlos de cara a la luz para que no se vuelvan bizcos ni se acostumbren a mirar de reojo. También es preciso que se habitúen desde hora temprana a las tinieblas; de otro modo lloran y gritan tan pronto como se encuentran en oscuro. El alimento y el sueño medidos con demasiada exactitud se les vuelven necesarios al cabo de los mismos intervalos, y pronto el deseo no procede ya de la necesidad sino del hábito, o mejor, el hábito añade una necesidad nueva a la de la naturaleza: eso es lo que hay que prevenir.

El único hábito que debe dejarse adquirir al niño es no contraer ninguno; no ha de llevársele más sobre un brazo que sobre otro; no ha de acostumbrársele a presentar más una mano que otra, a servirse con más frecuencia de la una que de la otra, a querer comer, dormir y actuar a las mismas horas, a no poder quedarse solo ni de día ni de noche. Preparar con tiempo el reino de su libertad y el empleo de sus fuerzas, dejando a su cuerpo el hábito natural, poniéndolo en condiciones de ser siempre dueño de sí mismo, y de hacer en todo su voluntad tan pronto como tenga una.

Desde el momento en que el niño comienza a distinguir los objetos, importa mucho elegir los que se le muestran. Por naturaleza todos los objetos nuevos interesan al hombre. Se siente tan débil que teme cuanto no conoce: el hábito de ver objetos nuevos sin resultar afectado por ellos destruye ese temor. Los niños educados en casas limpias donde no se permiten arañas tienen miedo a las arañas, y ese miedo les queda a menudo de mayores. Nunca he visto a campesinos, ni hombre, ni mujer, ni niño, tener miedo a las arañas.

¿Por qué, pues, la educación de un niño no ha de comenzar antes de que hable y entienda, si la única selección de objetos que se le presenta como idónea es para volverlo tímido o animoso? Quiero que se le habitúe a ver objetos nuevos, animales feos, repugnantes, extraños, pero poco a poco, despacio, hasta que se acostumbre a ellos, y que a fuerza de verlos manejar a otros, los maneje por fin él mismo. Si durante su infancia ha visto sin temor sapos, serpientes y cangrejos, de mayor verá sin espanto el animal que sea. No hay objetos horrorosos para quien los ve todos los días.

Todos los niños tienen miedo de las máscaras. Empiezo por mostrar a Emilio una máscara de figura agradable; luego alguien se aplica en su presencia esa máscara sobre el rostro: yo me echo a reír, todo el mundo ríe, y el niño ríe como los demás. Poco a poco le acostumbro a máscaras menos agradables, y por último a figuras horribles. Si he hecho con tiento mi gradación, lejos de asustarse ante la última máscara, se reirá de ella como de la primera. Después ya no temo que le asusten con máscaras*.

Cuando, en la despedida de Andrómaca y de Héctor, el pequeño Astianacte, asustado por el penacho que flota sobre el casco de su padre, no le reconoce, se arroja gritando al seno de su nodriza y arranca de su madre una sonrisa mezclada con lágrimas, ¿qué debe hacerse para curar ese espanto? Precisamente lo que hace Héctor: depositar el casco en el suelo y luego acariciar al niño. En un momento más tranquilo no se limitaría uno a eso: se acercaría al casco, jugaría con las plumas, haría que el niño las manipulase; por último, la nodriza cogería el casco y lo pondría, riendo, sobre su propia cabeza, si es que mano de mujer osaba tocar las armas de Héctor**.

¿Se trata de ejercitar a Emilio en el ruido de las armas de fuego? Enciendo primero un fulminante en una pistola. Esta llama brusca y pasajera, esa especie de relámpago le divierte; repito lo mismo con más pólvora: poco a poco añado a la pistola una pequeña carga sin taco, luego una mayor. Finalmente lo acostumbro a los disparos de fusil, a los *boetes****, a los cañones, a las detonaciones más terribles.

He observado que rara vez tienen miedo los niños del trueno, a menos que los relámpagos sean horribles y hieran realmente el órgano del oído. De otro modo ese miedo sólo les viene cuando han sabido que el rayo hiere o mata a veces.

---

* El ejemplo de las máscaras tiene para Rousseau una significación simbólica, porque el hombre social va enmascarado. Véase más adelante, libro IV, pág. [515], y también *Nouvelle Héloïse*, II, 14 (*O. C.*, Pléiade, tomo II, págs. 235-236).

** La historia de Astianacte está sacada del canto IV de la *Ilíada*. Durante la destrucción de Troya, el niño fue arrojado desde lo alto de la ciudadela por Neoptólemo, para que así no quedara con vida ningún descendiente de Príamo.

*** *Boetes*: cajas de metralla, proyectiles huecos que al estallar desparraman la metralla que contienen.

Cuando la razón comience a asustarlos, haced que el hábito los sosiegue. Con una gradación lenta y preparada se hace al hombre y al niño intrépidos en todo.

En el comienzo de la vida, cuando la memoria y la imaginación son todavía inactivas, el niño sólo está atento a lo que en ese momento afecta a sus sentidos. Por ser sus sensaciones los primeros materiales de sus conocimientos, ofrecérselas en un orden conveniente es preparar su memoria para proporcionarlas un día en el mismo orden a su entendimiento: pero como sólo está atento a sus sensaciones, al principio basta mostrarle con claridad la relación de esas mismas sensaciones con los objetos que las causan. Quiere tocar todo, manipular todo: no os opongáis a esa inquietud; les sugiere un aprendizaje muy necesario, así es como aprende a sentir el calor, el frío, la dureza, la blandura, la pesantez, la ligereza de los cuerpos; a juzgar por su tamaño, su forma y todas sus cualidades sensibles, mirando, palpando[16], escuchando sobre todo al comparar la vista con el tacto, al estimar con la mirada la sensación que producirían bajo sus dedos.

Sólo por el movimiento aprendemos que hay cosas que no son nosotros, y sólo por nuestro propio movimiento adquirimos la idea de la extensión. Porque el niño no tiene esa idea, tiende indistintamente la mano para coger el objeto que le toca o el objeto que está a cien pasos de él. Este esfuerzo que hace os parece un signo de dominio, una orden que da al objeto para que se acerque o a vosotros para que se lo traigáis; nada de eso; es sólo que los mismos objetos que veía primero en su cerebro, luego en sus ojos, los ve ahora en la punta de su brazo y no imagina más extensión que la que puede alcanzar. Preocupaos, pues, de pasearlo a menudo, de llevarlo de un lugar a otro, de hacerle sentir el cambio de lugar, a fin de enseñarle a juzgar sobre distancias. Cuando empiece a conocerlas habrá que cambiar de método, y llevarle sólo como os plazca a vosotros y no como le plazca a él, porque tan pronto como no lo engañe el sentido, su esfuerzo cambia de causa. Este cambio es notable, y requiere explicación.

El malestar de las necesidades se expresa por signos cuando se necesita la ayuda de otros para satisfacerlas. De ahí los gritos de los niños. Lloran mucho, y así debe ser. Puesto que todas sus sensaciones son afectivas, cuando son agradables

gozan de ellas en silencio; cuando son penosas lo dicen en su lenguaje y exigen alivio. Pero miéntras están despiertos casi no pueden permanecer en un estado de indiferencia; duermen o se ven afectados.

Todas nuestras lenguas son obras del arte. Durante mucho tiempo se ha investigado si había una lengua natural y común a todos los hombres; indudablemente hay una, y es la que los niños hablan antes de saber hablar. Esa lengua no es articulada, pero sí acentuada, sonora, inteligible. El uso de las nuestras nos ha hecho descuidarla al punto de olvidarla por completo. Estudiemos a los niños y pronto volveremos a aprenderla a su lado. Las nodrizas son nuestras maestras en esa lengua, entienden todo lo que dicen sus críos, les responden, tienen con ellos diálogos muy seguidos, y aunque pronuncien palabras, esas palabras son perfectamente inútiles: no es el sentido de la palabra lo que ellos entienden, sino el acento que las acompaña.

Al lenguaje de la voz se une el del gesto, no menos enérgico. Ese gesto no está en las manos débiles de los niños, está en sus rostros. Es sorprendente cuánta expresión tienen ya esas fisonomías mal formadas: sus rasgos cambian de un instante a otro con una rapidez inconcebible. En ellos véis nacer y pasar, como otros tantos relámpagos, la sonrisa, el deseo, el espanto; cada vez creéis ver una cara distinta. Desde luego, tienen los músculos de la cara más móviles que nosotros. En cambio, sus ojos apagados no dicen casi nada; así debe ser el género de sus signos en una edad en que sólo se tienen necesidades corporales; la expresión de las sensaciones está en las muecas, la expresión de los sentimientos en las miradas.

Así como el primer estado del hombre es la miseria y la debilidad, sus primeras voces son la queja y el llanto. El niño siente sus necesidades y no puede satisfacerlas, implora la ayuda de los demás mediante gritos. Si tiene hambre o sed llora, si tiene demasiado frío o demasiado calor llora, si quiere dormir y se le agita, llora. Cuanto menos dispone de su manera de estar, más a menudo pide que se la cambien. Sólo tiene un lenguaje porque, por así decir, no tiene más que una clase de malestar; en la imperfección de sus órganos no distingue sus impresiones diversas, todos los males no forman para él más que una sensación de dolor.

De esos llantos, que podrían creerse tan poco dignos de atención, nace la primera relación del hombre con cuanto le rodea: ahí se forja el primer anillo de esa larga cadena de que está formado el orden social.

Cuando el niño llora está a disgusto; tiene alguna necesidad que no podría satisfacer: se examina, se busca esa necesidad, se encuentra, se satisface. Cuando no se la encuentra o no se la puede satisfacer, los llantos siguen, nos importunan, se acaricia al niño para hacerlo callar, se le acuna, se le canta para adormecerle: si él se obstina, uno se impacienta, le amenazamos: nodrizas brutales le pegan a veces. ¡Extrañas lecciones para su entrada en la vida!

Nunca olvidaré haber visto a uno de esos incómodos llorones pegado así por su nodriza. Se calló inmediatamente, yo lo creí intimidado. Me decía: será un alma servil de la que no se obtendrá nada sino por el rigor. Me equivocaba; el pobre se ahogaba de cólera, había perdido la respiración, le vi volverse violeta. Un momento después vinieron los chillidos agudos: todos los síntomas del resentimiento, de la desesperación de esa edad estaban en sus acentos. Temí que expirase en medio de aquella agitación. Si yo hubiera puesto en duda que el sentimiento de lo justo y de lo injusto es innato en el corazón del hombre, este solo ejemplo me habría convencido. Seguro que un tizón ardiendo, caído por azar sobre la mano de aquel niño, hubiera sido menos sensible para él que aquel azote bastante ligero, pero dado con la intención manifiesta de ofenderle.

Esta disposición de los niños para el arrebato, el despecho y la cólera, exige miramientos excesivos. Boerhaave* piensa que sus enfermedades son, en su mayoría, de la clase de las convulsivas, porque siendo la cabeza proporcionalmente más gruesa y más extenso el sistema de los nervios que en los adultos, la especie nerviosa es más susceptible de irritación. Alejad de ellos con el mayor cuidado a los criados que los

* Profesor de medicina de Leyde, Boerhaave (1668-1738) había publicado unas *Institutiones medicae in usum annuae exercitationis* (1708), y unos *Aphorismi de cognoscendis et curandis morbis* (1709), además de un *Traité des maladiès des enfans*, (aparecido en 1759 en traducción francesa), donde explica (pág. 29) que los recién nacidos tienen un sistema nervioso particularmente móvil.

molestan, que los irritan, que los impacientan; les son cien veces más peligrosos y más funestos que las injurias del aire y de las estaciones. Mientras los niños encuentren resistencia sólo en las cosas y nunca en las voluntades, no se volverán ni rebeldes ni coléricos y tendrán mejor salud. Es ésa una de las razones por la que los hijos del pueblo, más libres, más independientes, son por lo general menos achacosos, menos delicados, más robustos que los que se pretenden educar mejor contrariándolos sin cesar: pero siempre hemos de pensar que hay mucha diferencia entre obedecerlos y no contrariarlos.

Los primeros llantos de los niños son ruegos: si no nos ocupamos de ellos pronto se vuelven órdenes; comienzan por hacerse asistir, terminan por hacerse servir. Así, de su propia debilidad, de donde se deriva primero el sentimiento de su dependencia, nace luego la idea del ascendiente y de la dominación; pero al ser menos excitada esa idea por sus necesidades y por nuestros servicios, comienzan a dejarse ver entonces efectos morales cuya causa inmediata no está en la naturaleza, y ya se ve por qué importa discernir, desde esa primera edad, la intención secreta que dicta el gesto o el grito.

Cuando el niño tiende la mano con esfuerzo sin decir nada, cree alcanzar el objeto porque no estima su distancia; está equivocado; pero cuando se queja y chilla tendiendo la mano, entonces no se engaña sobre la distancia, ordena al objeto que se acerque, o a vosotros que se lo llevéis. En el primer caso, llevadle el objeto lentamente y pasito a paso. En el segundo, no hagáis semblante siquiera de oírle; cuanto más grite, menos debéis escucharle. Importa acostumbrarle desde hora temprana a no ordenar, ni a los hombres, porque no es su amo, ni a las cosas, porque no le oyen. Así, cuando un niño desea algo que ve y que se le quiere dar, más vale llevar el niño al objeto que llevar el objeto al niño: de esta práctica él saca una conclusión propia de su edad, y no hay ningún otro medio de sugerírsela.

El abate de Saint-Pierre llamaba a los hombres niños grandes; a la recíproca podría denominarse a los niños hombres pequeños. Estas proposiciones son verdaderas como sentencias; como principios necesitan aclaración; pues cuando Hobbes

denominaba al malvado un niño robusto, decía una cosa absolutamente contradictoria. Toda maldad procede de debilidad: el niño sólo es malvado porque es débil; hacedlo fuerte, será bueno: quien puede todo jamás hará el mal. De todos los atributos de la divinidad todopoderosa, la bondad es aquel sin el cual menos se la puede concebir. Todos los pueblos que han admitido dos principios siempre han considerado lo malo como inferior a lo bueno; en caso contrario habrían hecho una suposición absurda. Ved más adelante la profesión de fe del Vicario Saboyano*.

Sólo la razón nos enseña a conocer el bien y el mal. Aunque independiente de la razón, la conciencia que nos hace amar el uno y odiar el otro no puede, pues, desarrollarse sin ella. Antes de la edad de razón hacemos el bien y el mal sin conocerlos, y no hay moralidad en nuestras acciones aunque la haya a veces en el sentimiento de acciones de otro que tienen relación con nosotros. Un niño quiere descomponer cuanto ve, rompe y destroza cuanto puede alcanzar, empuña un pájaro como empuñaría una piedra y lo ahoga sin saber lo que hace.

¿Por qué esto? La filosofía ante todo va a explicarlo primero por vicios naturales: el orgullo, el espíritu de dominación, el amor propio, la maldad del hombre; el sentimiento de su debilidad, podrá añadir, agudiza en el niño la avidez de cometer actos de fuerza y probarse a sí mismo su propio poder. Mas ved a ese viejo achacoso y tullido, devuelto por el círculo de la vida humana a la debilidad de la infancia; no sólo se queda inmóvil y tranquilo, quiere incluso que todo permanezca así a su alrededor; el menor cambio lo turba y le inquieta, querría ver reinar una calma universal. La misma impotencia unida a las mismas pasiones, ¿cómo produciría efectos tan diferentes en las dos edades si no hubiera cambiado la causa primitiva? Y ¿dónde puede buscarse esa diversidad de causas sino en el estado físico de los dos individuos? El principio activo común a los dos se desarrolla en el uno y se extingue en el otro, el uno se forma y el otro se destruye, el

---

* A Diderot, sin embargo, la fórmula de Hobbes le parece sublime. Rousseau la atacaba ya en el *Discurso sobre la desigualdad*, (*ed. cit.*, págs. 234-235). En cuanto a la remisión a la «Profesión de fe del Vicario Saboyano», véase *supra*, págs. 380-381.

uno tiende a la vida y el otro a la muerte. La actividad claudicante se concentra en el corazón del viejo; en el niño es superabundante y se extiende afuera; siente en sí, por así decir, vida suficiente para animar todo cuanto le rodea. Haga o deshaga no importa, basta que él cambie el estado de las cosas, y todo cambio es acción. Que si parece tener más inclinación a destruir, no es por maldad, es que la acción que construye es siempre más lenta, y la que destruye, por ser más rápida, conviene mejor a su vivacidad.

Al tiempo que el autor de la naturaleza da a los niños ese principio activo, se preocupa de que sea poco perjudicial, dejándoles poca fuerza para entregarse a él. Pero tan pronto como pueden considerar a las gentes que los rodean instrumentos cuya acción depende de ellos, los utilizan para seguir su inclinación y suplir su propia debilidad. Así es como se vuelven incómodos, tiranos, dominantes, malvados, indomables; progreso que no deriva de un espíritu natural de dominación sino que se les da; porque no es menester una larga experiencia para sentir lo agradable que es obrar por las manos de otro, y necesitar únicamente mover la lengua para lograr que se mueva el universo.

Al crecer se adquieren fuerzas, se vuelve uno menos inquieto, menos bullicioso, se encierra uno más en sí mismo. Por así decir, alma y cuerpo se equilibran, y la naturaleza sólo nos exige el movimiento necesario a nuestra conversación; mas el deseo de mandar no se extingue con la necesidad que lo ha hecho nacer; el dominio despierta y halaga el amor propio, y el hábito lo fortifica: la fantasía sucede así a la necesidad, y así echan sus primeras raíces los prejuicios de la opinión.

Una vez conocido el principio, vemos claramente el punto en que se abandona el camino de la naturaleza; veamos lo que hay que hacer para mantenerse en él.

Lejos de tener fuerzas superfluas, los niños no las tienen suficientes siquiera para todo cuanto la naturaleza exige de ellos: hay que dejarles por tanto el uso de todas las que les da y de las que no podrían abusar. Primera máxima.

Hay que ayudarles, y suplir lo que les falta bien en inteligencia bien en fuerza en todo lo que es necesidad física. Segunda máxima.

En la ayuda que se les da hay que limitarse únicamente a lo útil real sin conceder nada a la fantasía o al deseo sin razón, porque la fantasía no los atormentará si no se la ha hecho nacer, dado que no deriva de la naturaleza. Tercera máxima.

Hemos de estudiar con cuidado su lenguaje y sus signos, a fin de que, en una edad en que no saben disimular, distingamos en sus deseos lo que procede directamente de la naturaleza y lo que procede de la opinión. Cuarta máxima.

El espíritu de estas reglas es conceder a los niños más libertad verdadera y menos dominio, dejarles más obrar por ellos mismos y exigir menos de otro. Así, acostumbrados desde temprana edad a limitar sus deseos a sus fuerzas, sentirán poco la privación de lo que no esté en su poder.

He ahí pues una razón nueva e importantísima para dejar los cuerpos y los miembros de los niños absolutamente libres, con la sola precaución de alejarlos del peligro de caídas y de apartar de sus manos cuanto pueda herirles.

Infaliblemente, un niño cuyo cuerpo y cuyos brazos están libres ha de llorar menos que un niño enfajado en mantillas. Quien no conoce más que las necesidades físicas sólo llora cuando sufre, y eso es una gran ventaja; porque entonces sabemos a ciencia cierta cuándo necesita ayuda, y no debemos tardar un momento en dársela si es posible. Mas si no podéis aliviarlo, estad tranquilo, y no lo acariciéis para aplacarle: vuestras caricias no han de curar su cólico; en cambio se acordará lo que hay que hacer para que lo acaricien, y si una vez sabe hacer que os ocupéis de él a su voluntad, ya lo tenéis convertido en vuestro amo; todo está perdido.

Menos contrariados en sus movimientos, los niños llorarán menos; menos importunados por sus llantos, nos atormentaremos menos para hacer que callen; amenazados o acariciados con menos frecuencia, serán menos temerosos y menos obstinados, y permanecerán mejor en su estado natural. Se les hace ganar menos hernias* dejando llorar a los niños que apresurándose a aplacarlos, y la prueba es que los más abandonados

* *Descentes* (bajadas) son las quebraduras o descensos de un órgano, es decir, las hernias. Rousseau ataca en este pasaje una idea expuesta por Buffon en su *Histoire naturelle générale et particulière.*

están menos sujetos a ellas que los otros. Muy lejos estoy de querer por eso que se los descuide: al contrario, importa mucho anticiparse, y no tener que enterarse de sus necesidades por sus gritos. Pero tampoco quiero que los cuidados que con ellos se tienen sean mal entendidos. ¿Por qué dejarían de llorar cuando ven que su llanto sirven para tantas cosas? Sabedores del precio que se pone a su silencio, se guardan mucho de prodigarlo. A la postre lo hacen valer de tal modo que ya no se puede pagar, y es entonces cuando, a fuerza de llorar sin éxito, se esfuerzan, se agotan y se matan.

Las prolongadas lloreras de un niño que no está fajado ni enfermo, y al que no se permite que le falte nada, no son más que lloreras de hábito y de obstinación. No son obra de la naturaleza sino de la nodriza que, por no saber aguantar la molestia, la multiplica sin pensar que, haciendo callar hoy al niño, se le excita a llorar más mañana.

El único medio de curar o prevenir ese hábito es no hacerle ningún caso. A nadie le gusta tomarse una molestia inútil, ni siquiera a los niños. Son obstinados en sus tentativas; pero si vos tenéis más constancia que ellos obstinación, se cansan y no vuelven a las andadas. Así se les ahorran lloreras y se les acostumbra a derramar lágrimas únicamente cuando el dolor los fuerza a ello.

Por lo demás, cuando lloran por fantasía o por obstinación, un medio seguro para impedirles seguir es distraerlos con algún objeto agradable y sorprendente que les haga olvidar que querían llorar. La mayoría de las nodrizas descuellan en ese arte, y bien llevado es utilísimo; pero es de la mayor importancia que el niño no capte la intención de distraerle, y que se entretenga sin creer que se piensa en ello: y en esto, todas las nodrizas son torpes.

Se desteta a los niños demasiado pronto*. El tiempo en que debe destetárselos viene indicado por la erupción de los dientes, y esa erupción es por lo común dolorosa y penosa. Por un instinto maquinal, el niño en ese momento lleva a su boca a menudo cuanto tiene a mano para masticarlo. Se cree facilitar

* Se destetaba a los niños a los quince, dieciocho e incluso a los veinte meses. En su *Histoire naturelle générale et particulière*, Buffon aboga por objetos duros para favorecer la dentición.

la operación dándole por sonajero algún cuerpo duro como el marfil o el diente de lobo. Creo que se equivocan. Esos cuerpos duros aplicados sobre la encías, lejos de reblandecerlas, las vuelven callosas, las endurecen, preparan un desgarramiento más penoso y más doloroso. Tomemos siempre el instinto por ejemplo. No vemos que las crías de perros ejerciten sus dientes cuando nacen sobre guijarros, sobre hierro, sobre huesos, sino sobre madera, cuero o trapos, materias blandas que ceden y donde el diente se imprime.

Ya no se sabe ser sencillo en nada; ni siquiera con los niños. Cascabeles de plata, de oro, de coral, cristales de facetas, sonajeros de cualquier precio y cualquier clase. ¡Cuántos aderezos inútiles y perniciosos! Nada de todo eso. Nada de cascabeles, nada de sonajeros; ramitas de árbol con sus frutos y sus hojas, una cabeza de adormidera en la que se oigan sonar las granas, un trozo de paloduz que se pueda chupar y masticar le divertirán tanto como esas magníficas baratijas y no tendrán el inconveniente de acostumbrarlo al lujo desde su nacimiento.

Se ha reconocido que los puches no son alimento muy sano*. La leche cocida y la harina cruda hacen mucha saburra** y van mal a nuestro estómago. En los puches la harina está menos cocida que en el pan, y además no ha fermentado; me parecen preferibles la sopa de pan y la crema de arroz. Si de cualquier modo se desea hacer puches, conviene tostar antes un poco la harina. En mi tierra, con la harina así torrefactada se hace una sopa muy agradable y muy sana. El cocido de carne y el potaje también son un alimento mediocre que deben utilizarse lo menos posible. Importa mucho que los niños se acostumbren a masticar desde el principio; es el verdadero medio de facilitar la erupción de los dientes, y cuando comienzan a tragar, los jugos salivares mezclados con los alimentos facilitan su digestión.

Por tanto, al principio yo les haría masticar frutos secos,

* Entre los varios regímenes existentes en la época para la alimentación infantil, solían prepararse unos puches de leche de vaca y harina, a los que la nodriza daba vueltas en su boca y aguaba con saliva. Tal preparado se lo daban a los niños con los dedos antes del pecho.

** *Saburra*: secreción mucosa espesa que se acumula en las paredes del estómago.

mendrugos. Les daría para jugar pequeñas barras de pan duro o galleta semejante al pan de Piamonte, que en la región se llaman *grisses**. A fuerza de ablandar ese pan en la boca, terminarían tragando algo, sus dientes acabarían por salir y estarían destetados antes casi de que nos diéramos cuenta. Los aldeanos tienen, por lo general, muy bueno el estómago, y no se los desteta con más miramientos.

Los niños oyen hablar desde su nacimiento; se les habla no sólo antes de que comprendan lo que se les dice, sino antes de que puedan devolver las voces que oyen. Todavía entumecido, su órgano sólo poco a poco se presta a la imitación de los sonidos que se les dicta, y ni siquiera es seguro todavía que esos sonidos lleguen al principio a su oído con tanta nitidez como al nuestro. No desapruebo que la nodriza entretenga al niño con cantos y aires muy alegres y variados; pero sí que le aturda incesantemente con una multitud de palabras inútiles de las que sólo comprende el tono que se pone en ellas. Querría que las primeras articulaciones que se le hagan oír fuesen pocas, fáciles, nítidas, repetidas a menudo, y que las palabras que expresan se refieran sólo a objetos sensibles que se puedan mostrar al niño. La malhadada facilidad que tenemos para contentarnos con palabras que no entendemos comienza antes de lo que se piensa. El escolar escucha en la clase la verborrea de su regente, igual que escuchaba en mantillas el parloteo de su nodriza. Me parece que sería muy útil instrucción educarlo en no comprender una palabra de él.

Las reflexiones nacen en tropel cuando queremos ocuparnos de la formación del lenguaje y de las primeras palabras de los niños. Se haga lo que se haga, siempre aprenderán a hablar de la misma manera, y todas las especulaciones filosóficas son, en este punto, de la mayor inutilidad.

Ante todo tienen, por así decir, una gramática de su edad, cuya sintaxis posee reglas más generales que la nuestra, y si se le presta atención quedaríamos pasmados de la exactitud con que siguen ciertas analogías, muy viciadas, si se quiere, pero muy regulares, y que sólo chocan porque su dureza o el uso no las admite. Acabo de oír a un pobre niño reñido por su padre

---

* Término saboyano que designaba una barra delgada y alargada de pan fácilmente desmenuzable.

por haberle dicho: *Mon père, irai-je-t-y*? Vemos qué ese niño seguía mejor la analogía que nuestros gramáticos; porque si se le dice *Vas-y*, ¿por qué no va a decir él *irai-je-t-y*? Observad, además, con qué destreza evitaba el hiato de *irai-je-y*, o *y irai-je*. ¿Es culpa del pobre niño si, con bastante despropósito, nosotros hemos suprimido de la frase ese adverbio determinante, *y*, porque no sabíamos lo qué hacer con él*? Es una pedantería insoportable y cuidado de los más superfluos dedicarse a corregir en los niños esas pequeñas faltas contra el uso, dado que nunca dejan de corregirse por sí mismos con el tiempo. Hablad siempre correctamente en su presencia, haced que con nadie se diviertan tanto como con vosotros, y estad seguros de que, insensiblemente, su lenguaje se depurará por el vuestro sin que jamás le hayáis reprendido.

Pero un abuso de importancia completamente distinta, y no menos fácil de prevenir, es presionarlos demasiado para hacerles hablar, como si se temiera que no aprendan a hablar por ellos mismos. Esa diligencia indiscreta produce un efecto directamente contrario al que se busca. Hablan más tarde y de modo más confuso; la atención extrema que se pone en cuanto dicen los dispensa de articular bien, y, como apenas se dignan abrir la boca, muchos de ellos conservan toda su vida un vicio de pronunciación y un hablar confuso que los hace casi ininteligibles.

He vivido mucho entre aldeanos, y nunca he visto *grasseyer*** a nadie, ni hombre, ni mujer, ni chico, ni chica. ¿De dónde procede eso? Los órganos de los aldeanos, ¿están construidos de forma distinta a los nuestros? No, sino que están ejercitados de otro modo. Frente a mi ventana hay un cerro en el que se reúnen para jugar los muchachos del

* El ejemplo de incorrección analógica ofrecido por Rousseau tiene equivalentes de todos conocidos en el habla infantil castellana: *sabo* como presente del verbo *saber*, *cabo* de *caber* y otros semejantes formados de manera analógica.

** La *r grasseyé* es la vibrante uvular producida por la vibración de la campanilla contra la pared posterior del dorso de la lengua; su notación es R en el Alfabeto Fonético Internacional. La diferencia entre la *r roulé* y la *r grasseyé* consiste en la distinta posición de la lengua: «con la punta de la lengua aplicada hacia adelante sobre los alvéolos (*r* llamada *roulé* del francés), o, hacia atrás, con la parte posterior de la lengua (*r grasseyé*)». [Véase Ferdinand de Saussure, *Curso de lingüística general*, *ed. cit.*, pág. 77, y nuestra nota número 35 a ese punto].

pueblo. Aunque están bastante lejos de mí, distingo a la perfección cuanto dicen, y a menudo saco de ello buenas notas para este escrito. Todos los días mi oído se engaña sobre su edad; oigo voces de niños de diez años; miro y veo la estatura y los rasgos de niños de tres a cuatro. No limito esta experiencia únicamente a mi persona: todos los urbanos que vienen a verme, y a los que consulto al respecto, caen en el mismo error.

Lo que lo produce es que hasta los cinco o seis años, los niños de las ciudades, educados en una habitación y bajo el ala de un ama, sólo necesitan mascullar para hacerse entender; en cuanto mueven los labios, se preocupan de escucharlos; les dictan palabras que emiten mal, y, a fuerza de prestarles atención, las mismas personas, estando constantemente a su alrededor, adivinan lo que han querido decir más que lo que han dicho.

En el campo es totalmente distinto. Una aldeana no está alrededor de su hijo de forma incesante, y él se ve forzado a aprender a decir con nitidez y muy alto lo que precisa hacerle oír. En los campos, los niños, dispersos, alejados del padre, de la madre y de los demás niños, se ejercitan en hacerse oír a distancia y en medir la fuerza de la voz por el intervalo que los separa de aquellos de quienes quieren ser oídos. Así es como se aprende verdaderamente a pronunciar, y no tartamudeando algunas vocales al oído de una ama atenta. Por eso, cuando se interroga al niño de un aldeano, la vergüenza puede impedirle responder, pero lo que dice lo dice nítidamente; mientras que al niño de la ciudad es menester que la criada le sirva de intérprete; sin eso no se entiende nada de lo que farfulla entre dientes[17].

Al crecer, los chicos deberían corregirse de ese defecto en los colegios, y las chicas en los conventos; en efecto, unos u otras hablan por lo general con más nitidez que quienes siempre se han educado en la casa paterna. Pero lo que les impide adquirir una pronunciación tan nítida como la de los aldeanos es la necesidad de aprender de memoria muchas cosas, y recitar en voz alta lo que han aprendido; porque, estudiando, se acostumbran a farfullar, a pronunciar con negligencia y mal; cuando recitan todavía es peor: buscan las palabras con esfuerzo, arrastran y alargan las sílabas: es

imposible que cuando la memoria vacila no balbucee también la lengua. Así se contraen o se conservan los vicios de la pronunciación. Más adelante veremos que mi Emilio no tiene ésos, o que al menos no los ha contraído por las mismas causas.

Admito que el vulgo y los aldeanos caen en otro extremo, que casi siempre hablan más alto de lo necesario, que al pronunciarlas con demasiada exactitud hacen las articulaciones fuertes y rudas, que tienen demasiado acento, que escogen mal sus términos, etc.

Pero, en primer lugar, ese extremo me parece mucho menos vicioso que el otro: dado que la primera ley del discurso es hacerse oír, la mayor falta es hablar sin ser oído. Jactarse de no tener acento es jactarse de privar a la frase de su gracia y su energía. El acento es el alma del discurso; él le presta el sentimiento y la verdad. El acento miente menos que la palabra; tal vez por eso le temen tanto las gentes bien educadas*. De la costumbre de decir todo en el mismo tono ha derivado la de burlarse de las gentes sin que se den cuenta. Al acento proscrito le suceden unas maneras de pronunciar ridículas, afectadas y sujetas a la moda, tal como se observa sobre todo en los jóvenes de la corte. Esta afectación de palabra y de actitud es lo que por regla general vuelve repelente y desagradable a las demás naciones el acceso al francés. En lugar de poner acento en su habla, el francés pone ínfulas**. No es ése el medio de disponer en favor de uno.

Todos esos pequeños defectos de lenguaje que tanto tememos permitir que contraigan los niños nada significan, se previenen o se corrigen con la mayor facilidad. Pero los que se les hace contraer volviendo su habla sorda, confusa y tímida, criticando de modo incesante su tono y espulgando todas sus palabras, no se corrigen jamás. Un hombre que sólo aprende a hablar en las alcobas se hará oír mal a la cabeza de un batallón, y apenas logrará imponerse al pueblo en un motín.

---

* El acento es para Rousseau «la naturaleza», según el *Ensayo sobre el origen de las lenguas*: «en una lengua acentuada, son los sonidos, los acentos, las inflexiones de toda clase los que producen la mayor energía del lenguaje» (*ed. cit.*, cap. V, pág. 46).

** *Mettre de l'air dans son parler*: «expresarse de modo afectado, tratando de dar a entender lo que no se testimonia». [Littré]

Enseñad primero a los niños a hablar a los hombres; ya sabrán hablar a las mujeres cuando haga falta.

Criados en la aldea en medio de la rusticidad campestre, vuestros hijos adquirirán una voz más sonora y no contraerán el confuso balbuceo de los niños de la ciudad; tampoco contraerán las expresiones y el tono de la aldea, o al menos lo perderán fácilmente cuando el maestro que vive con ellos desde su nacimiento, y que vive allí día a día de modo más exclusivo, prevenga o borre mediante la corrección de su lenguaje la huella del lenguaje de los aldeanos. Emilio hablará un francés tan puro como el que yo pueda saber, pero lo hablará con mayor nitidez y lo articulará mucho mejor que yo.

El niño que quiere hablar sólo debe escuchar las palabras que puede entender, y decir sólo las que puede articular. Los esfuerzos que hace para ello lo llevan a duplicar la misma sílaba, como si se ejercitara en pronunciarlas con mayor nitidez. Cuando empieza a balbucear, no os atormentéis demasiado para adivinar lo que dice. Pretender ser escuchado siempre, sigue siendo una forma de dominio, y el niño no debe ejercer ninguno. Básteos atender con solicitud a lo necesario; a él le corresponde tratar de haceros oír lo que no lo es. Y menos todavía debéis apresuraros a exigir que hable: sabrá hablar de sobra por sí mismo a medida que sienta la utilidad de hacerlo.

Es verdad que en los que empiezan a hablar muy tarde observamos que nunca hablan con tanta nitidez como los otros; pero no es por haber hablado tarde por lo que su órgano está torpe, al contrario, es por haber nacido con un órgano torpe por lo que empiezan a hablar tarde; pues, de no ser así, ¿por qué habían de hablar más tarde que los otros? ¿Tienen menos ocasión de hablar? ¿Se los impulsa menos a ello? Al contrario: la inquietud que proporciona ese retraso, tan pronto como se percibe hace que nos atormentemos mucho más haciéndoles balbucear que a los que han articulado antes; y esta prisa mal entendida puede contribuir mucho a volver confusa su habla: con menos precipitación habrían tenido tiempo de perfeccionarla más.

Los niños a los que se presiona demasiado para que hablen no tienen tiempo ni de aprender a pronunciar bien ni de cap-

tar bien lo que se les hace decir. Mientras que, cuando se les deja caminar por sí mismos, se ejercitan primero en las sílabas más fáciles de pronunciar, y uniendo a ellas poco a poco alguna significación que comprendemos por sus gestos, os dan sus palabras antes de recibir las vuestras; esto hace que no reciban éstas sino después de haberlas oído; al no tener prisa para utilizarlas, comienzan por observar detenidamente el sentido que les dais vosotros, y cuando están seguros de él las adoptan.

El mayor mal de la precipitación con que se hace hablar a los niños antes de la edad no es que las primeras frases que se les dice y las primeras palabras que ellos dicen carezcan de sentido para ellos, sino que poseen un sentido distinto al nuestro sin que sepamos darnos cuenta; de suerte que, pareciéndonos que responden con exactitud, nos hablan sin entendernos y sin que los entendamos. Por regla general, a equívocos semejantes se debe la sorpresa en que a veces nos sumen sus frases, a las que nosotros prestamos ideas que ellos no han unido. Esta falta de atención, por nuestra parte, al verdadero sentido que las palabras tienen para los niños me parece la causa de sus primeros errores, y estos errores, incluso una vez enmendados, influyen en el giro que adopta su espíritu para el resto de su vida. Más adelante tendré nueva ocasión de aclarar esto con ejemplos*. Abreviad pues cuanto podáis el vocabulario del niño. Es grandísimo inconveniente que tenga más palabras que ideas, que sepa decir más cosas de las que puede pensar. Creo que una de las razones por la que los aldeanos tienen generalmente el espíritu más justo que las gentes de la ciudad, estriba en que su diccionario es menos extenso. Tienen menos ideas, pero las comparan bien.

Casi todos los primeros desarrollos de la infancia se hacen a la vez. El niño aprende a hablar, a comer, a caminar más o menos al mismo tiempo. Ésa es propiamente la primera época de su vida. Hasta entonces no es nada más de lo que era en el

---

* La observación procede de Condillac, aunque no sólo él la formulara: «El número de palabras que tenemos en la memoria es superior al de nuestras ideas» (*Essai sur l'origine des connoisances humaines*, I, iv, i, § 10). En cuanto a los ejemplos, Rousseau expondrá palabras que designan realidades morales (*supra*, pág. 143), cosas (*supra*, págs. 140-141), palabras como Dios y espíritu (*supra*, págs. 344-346), etc.

seno de su madre, no tiene ningún sentimiento, ninguna idea, apenas posee sensaciones; no siente siquiera su propia existencia:

Vivit, et est vitae nescius ipse suae[18]*.

FIN DEL LIBRO PRIMERO

* «Vive, y no tiene conciencia de su propia vida», Ovidio, *Tristes*, I, 3, 12.

Libro II*

Aquí se trata del segundo término de la vida y de aquel en que propiamente acaba la infancia; porque las palabras *infans* y *puer* no son sinónimas. La primera está comprendida en la otra y significa *que no puede hablar:* de ahí viene que en Valerio Máximo encontremos *puerum infantem***. Pero continúo sirviéndome de esa palabra según el uso de nuestra lengua, hasta la edad para la que tiene otros nombres.

Cuando los infantes empiezan a hablar, lloran menos. Ese progreso es natural; un lenguaje es substituido por otro. Tan pronto como pueden decir que sufren con palabras, ¿por qué van a decirlo a gritos, a no ser cuando el dolor es demasiado vivo para que pueda expresarlo la palabra? Si entonces siguen llorando es culpa de las gentes que están a su alrededor. Desde el momento en que Emilio ha dicho una vez: *Me duele,* serán precisos dolores muy vivos para forzarlo a llorar.

---

* En la primera redacción del *Emilio,* los libros I y II formaban uno solo, abarcando la infancia hasta los doce años. La división no deja claro el corte en la edad del niño. El I se referiría a una primera época de aprendizaje; el II a un «segundo término», que va a «comenzar» en cierto modo. Al principio del libro III, Rousseau dice «la duración de esta primera edad», refiriéndose a los libros I y II como un todo por lo que respecta a la etapa primera de la educación.

** Valerio Máximo, *Hechos y dichos memorables,* I, 6, 5.

Si el niño es delicado, sensible, de esos que por naturaleza se ponen a gritar por nada, volviendo sus gritos inútiles e inefectivos, pronto agoto yo su fuente. Pronto su forma de llamarme será callarse, o lanzar todo lo más un solo grito. Es por el efecto sensible de los signos como los niños juzgan sobre sus sentidos; para ellos no hay otra convención: sea el que fuere el daño que un niño se haga, es muy raro que llore cuando está solo, a menos que tenga la esperanza de ser oído.

Si se cae, si se hace un chichón en la cabeza, si sangra por la nariz, si se corta los dedos, en lugar de mostrarme solícito con aire alarmado, me quedaré tranquilo, al menos durante breve tiempo. El mal está hecho, es necesidad que lo soporte; mi solicitud toda sólo serviría para asustarle más y aumentar su sensibilidad. En el fondo es menos el golpe que el temor lo que atormenta cuando uno se ha herido. Al menos le ahorraré esta última angustia; porque muy probablemente juzgará de su daño según vea que juzgamos nosotros: si me ve acudir inquieto, consolarle, compadecerle, se sentirá perdido; si me ve conservar mi sangre fría, pronto recuperará la suya, y creerá curado el mal cuando ya no lo sienta. Es a esa edad cuando se toman las primeras lecciones de valor y cuando, sufriendo sin pavor dolores ligeros, se aprende gradualmente a soportar los grandes.

Lejos de estar atento a evitar que Emilio se hiera, me molestaría mucho que no se hiriese nunca, y que creciese sin conocer el dolor. Sufrir es lo primero que debe aprender, y lo que mayor necesidad tendrá de saber. Parece que los niños sólo son pequeños y débiles para tomar estas importantes lecciones sin peligro. Si el niño se cae en redondo no se romperá la pierna; si se golpea con un bastón no se romperá el brazo; si coge un hierro cortante apretará apenas y no se cortará muy profundamente. No sé que nadie haya visto nunca a un niño en libertad matarse, lisiarse ni hacerse un daño considerable, a menos que lo hayan expuesto de forma imprudente en lugares elevados o lo hayan dejado solo junto al fuego, o haya instrumentos peligrosos a su alcance. ¿Qué decir de esos almacenes de aparatos que se acumulan en torno a un niño para armarle de toda clase de piezas contra el dolor, hasta que, ya adulto, queda a su merced, sin valor ni experiencia,

que se cree muerto al primer pinchazo y que se desvanece al ver la primera gota de su sangre?

Nuestra manía enseñante y pedantesca consiste siempre en enseñar a los niños lo que aprenderían mucho mejor por sí mismos, y en olvidar lo que sólo nosotros habríamos podido enseñarles. ¿Hay algo más necio que el trabajo que se toman para enseñarlos a andar, como si se hubiera visto alguno que de mayor no supiera caminar por la negligencia de su nodriza? ¿Cuántas personas, por el contrario, vemos caminar mal toda su vida porque los enseñaron mal a caminar?

Emilio no tendrá ni chichoneras ni cestos rodantes ni carretillas ni andadores; o, por lo menos, desde que empiece a saber dónde poner un pie delante de otro, sólo le sostendremos en los lugares adoquinados, y se los haremos cruzar deprisa[1]. En vez de dejarlo corromperse en el aire viciado de una habitación llévesele diariamente en medio de un prado. Allí, que corra, que retoce, que se caiga cien veces al día, mejor: antes aprenderá a levantarse. El bienestar de la libertad redime de muchas heridas. Mi alumno tendrá a menudo contusiones; a cambio estará siempre alegre; aunque los vuestros tengan menos, siempre son contrariados, siempre están encadenados, siempre tristes. Dudo que la ventaja esté de su lado.

Hay otro progreso que vuelve menos necesaria la queja de los niños, el de sus fuerzas. Como pueden más por sí mismos, necesitan recurrir a otros con menos frecuencia. Con su fuerza se desarrolla el conocimiento, que los pone en condición de dirigirla. Es en este segundo escalón donde comienza propiamente la vida del individuo: es entonces cuando toma conciencia de sí mismo. La memoria extiende el sentimiento de la identidad a todos los momentos de su existencia, se vuelve verdaderamente uno, él mismo, y por consiguiente capaz ya de felicidad o de miseria. Importa, pues, empezar a considerarle aquí como un ser moral.

Aunque se determine de modo aproximado el término máximo de la vida humana, y las probabilidades que tenemos de alcanzar ese término en cada época, nada hay más incierto que la duración de la vida de cada hombre en particular; muy pocos llegan a ese término máximo. Los mayores riesgos de la vida están en su comienzo; cuanto menos se ha vivido menos debemos esperar vivir. De los niños que nacen, a lo sumo la

mitad llega a la adolescencia, y es probable que vuestro alumno no alcance la edad adulta*.

¿Qué hemos, pues, de pensar de esa educación bárbara que sacrifica el presente a un futuro incierto, que carga a un niño de cadenas de toda clase y empieza por volverlo miserable, para prepararle de antemano no sé qué pretendida dicha de la que hemos de creer que no se gozará nunca? Aunque suponga razonable en su objetivo esa educación, ¿cómo ver sin indignación a pobres infortunados sometidos a un yugo insoportable y condenados a trabajos continuos como galeotes, sin estar seguro de que tantos cuidados les serán útiles alguna vez? La edad de la alegría transcurre en medio de llantos, de castigos, de amenazas, de esclavitud. Se atormenta al desventurado por su bien y no se ve la muerte a la que se llama, y que va a cogerlo en medio de ese triste aparato. ¿Quién sabe cuántos niños perecen víctimas de la extravagante sabiduría de un padre o de un maestro? Afortunadamente, si escapan a su crueldad, el único provecho que sacan de los males que se les ha hecho sufrir es morir sin lamentar la vida, de la que no han conocido más que los tormentos.

Hombres, sed humanos, es vuestro primer deber; sedlo para todas las condiciones, para todas las edades, para todo lo que no es extraño al hombre. ¿Qué sabiduría hay para vosotros fuera de la humanidad? Amad la infancia, favoreced sus juegos, sus placeres, su amable instinto. ¿Quién de vosotros no ha echado de menos a veces esa edad en que la risa está siempre en los labios y en que el alma está siempre en paz? ¿Por qué queréis privar a esos pequeños inocentes del goce de un tiempo tan breve que se les escapa, y de un bien tan precioso del que no podrían abusar? ¿Por qué queréis colmar de amargura y de dolores esos primeros años tan raudos que ya no volverán para ellos como no pueden volver para vosotros? ¿Sabéis, padres, el momento en que la muerte espera a vuestros hijos? No os preparéis pesadumbres quitándoles los pocos

* Las estadísticas —en las que empezaron a interesarse a mediados del siglo XVIII— evaluaban la mortalidad infantil en un 43% durante los tres primeros años de edad; en París, la duración media de la vida era de 23 años y 6 meses. En Lyon, sin embargo, la mortalidad de niños abandonados en hospicios alcanzaba el 70 por ciento.

instantes que la naturaleza les da: tan pronto como puedan sentir el placer de ser, haced que lo gocen; haced que sea cual fuere la hora en que Dios los llame, no mueran sin haber saboreado la vida.

¡Cuántas voces van a levantarse contra mí! Oigo de lejos los clamores de esa falsa prudencia que sin cesar nos arroja fuera de nosotros, que nunca tiene en cuenta para nada el presente y que, persiguiendo sin descanso un futuro que huye a medida que avanzamos, a fuerza de trasladarnos a donde no estamos, nos trasladamos a donde no estaremos jamás.

Me responderéis que ésa es la época de corregir las malas inclinaciones del hombre; es en la edad de la infancia, pues en ella son menos sensibles las penas, cuando hay que multiplicarlas para ahorrárnoslas en la edad de razón. Mas ¿quién nos dice que todos esos planes están a vuestro alcance, y que todas esas bellas enseñanzas con que abrumáis el débil espíritu de un niño no han de resultarle más perniciosas que útiles? ¿Quién os asegura que evitáis algo mediante los pesares que le prodigáis? ¿Por qué le dais más males de los que implica su condición, sin estar seguro de que esos males presentes son en descargo del porvenir, y cómo probaréis que esas malas inclinaciones de que pretendéis curarle no le vienen de vuestros cuidados mal entendidos antes que de la naturaleza? ¡Malhadada previsión que hace miserable ahora a un ser con la esperanza, bien o mal fundada, de hacerlo feliz un día! Si esos razonadores vulgares confunden la licencia con la libertad, y el niño al que se hace feliz con el niño al que se malea, aprendamos a distinguirlos.

Para no correr tras quimeras, no olvidemos lo que conviene a nuestra condición. La humanidad tiene su puesto en el orden de las cosas; la infancia tiene el suyo en el orden de la vida humana: hay que considerar al hombre en el hombre, y al niño en el niño. Asignar a cada cual su puesto y fijarlo en él, ordenar las pasiones humanas según la constitución del hombre es cuanto podemos hacer por su bienestar. El resto depende de causas ajenas que no están en nuestras manos.

No sabemos qué sean la felicidad o la desgracia absolutas. Todo está mezclado en esta vida, en ella no se saborea ningún sentimiento puro, nunca estamos dos momentos en el mismo estado. Las afecciones de nuestras almas, como las modifica-

ciones de nuestros cuerpos, están en un flujo continuo. El bien y el mal nos son comunes a todos, pero en medidas diferentes. El más feliz es aquel que sufre menos penas; el más miserable, quien siente menos placeres. Siempre más sufrimientos que goces; ésa es la diferencia común a todos. La felicidad del hombre en este mundo no es, pues, más que un estado negativo; hay que medirla por la menor cantidad de males que sufren*.

Todo sentimiento de pesar es inseparable del deseo de liberarse de él; toda idea de placer es inseparable del deseo de gozarlo; todo deseo supone privación, y todas las privaciones que se sienten son penosas; por tanto nuestra miseria consiste en la desproporción de nuestros deseos y de nuestras facultades. Un ser sensible en quien las facultades igualaran a los deseos sería un ser absolutamente feliz.

¿En qué consiste, pues, la sabiduría humana o la ruta de la verdadera felicidad? No precisamente en disminuir nuestros deseos; porque si estuvieran por debajo de nuestro poder, una parte de nuestras facultades permanecería inactiva, y no gozaríamos de todo nuestro ser. Tampoco en ampliar nuestras facultades, porque si nuestros deseos creciesen más al mismo tiempo, únicamente nos volveríamos más miserables: consiste en disminuir el exceso de los deseos sobre las facultades, y en poner en igualdad perfecta el poder y la voluntad. Sólo entonces será cuando, estando todas las fuerzas en acción, el alma permanecerá tranquila y el hombre se encontrará bien ordenado.

Así fue como la naturaleza, que dispone todo para lo mejor, lo instituyó desde el principio. De modo inmediato sólo le da los deseos necesarios para su conservación, y las facultades suficientes para satisfacerlas. Todos los demás los ha puesto como en reserva en el fondo de su alma para que allí se

---

* La definición que Rousseau da de la felicidad es, en última instancia, negativa: por el menor mal. Sin embargo, este negro cuadro de la existencia humana no parece pintado así en el *Discurso sobre el origen de la desigualdad*: «Mas, si entiendo bien ese término de *miserable*, es una palabra que no tiene ningún sentido, o que sólo significa una privación dolorosa y el sufrimiento del cuerpo o del alma. Ahora bien, me gustaría que me explicasen cual puede ser el género de miseria de un ser libre cuyo corazón está en paz y el cuerpo en salud» (ed, cit., pág. 232).

desarrollen llegado el caso. Sólo en ese estado primitivo se encuentra el equilibrio del poder y del deseo, y sólo en él no es el hombre desgraciado. Tan pronto como sus facultades virtuales se ponen en acción, la imaginación, la más activa de todas, despierta y lás adelanta. Es la imaginación la que nos amplía la medida de lo posible, sea para bien, sea para mal, y la que por consiguiente excita y alimenta los deseos con la esperanza de satisfacerlos. Pero el objeto que al principio parecía al alcance de la mano huye más deprisa de lo que podemos perseguirlo; cuando queremos alcanzarlo, se transforma y reaparece lejos delante de nosotros. Al no ver más la zona ya recorrida, la tenemos en nada; la que queda por recorrer se agranda, se amplía sin cesar, y así nos agotamos sin llegar al término; y cuanto más ganamos en goce, más se aleja de nosotros la felicidad.

Por el contrario, cuanto más cerca se queda el hombre de su condición natural, menor es la diferencia entre sus facultades y sus deseos, y está por consiguiente menos lejos de ser feliz. Nunca es menos miserable que cuando parece carente de todo: porque la miseria no consiste en la privación de las cosas, sino en la necesidad que de ellas se hace sentir.

El mundo real tiene sus límites, el imaginario es infinito; ya que no podemos ensanchar el primero, recortemos el segundo; porque sólo de su diferencia nacen todas las penas que nos vuelven realmente desgraciados. Quitad la fuerza, la salud y el buen testimonio de sí: todos los bienes de esta vida radican en la opinión; quitad los dolores del cuerpo y los remordimientos de la conciencia: todos nuestros males son imaginarios. Dirán que este principio es común, y lo admito. Pero no es común su aplicación práctica, y aquí sólo tratamos de la aplicación práctica.

Cuando se dice que el hombre es débil, ¿qué se quiere decir? Esa palabra de debilidad indica una relación. Una relación del ser al que se aplica. Aquel cuya fuerza sobrepasa las necesidades, aunque sea un insecto, un gusano, es un ser fuerte. Aquel cuyas necesidades sobrepasan su fuerza, aunque sea un elefante, un león, aunque sea un conquistador, un héroe, aunque sea un dios, es un ser débil. El Ángel rebelde que ignoró su naturaleza era más débil que el afortunado mortal que vive en paz según la suya. El hombre es muy fuerte

cuando se contenta con ser lo que es, muy débil cuando quiere elevarse por encima de la humanidad. No vayáis, pues, a figuraros que ampliando vuestras facultades ampliáis vuestras fuerzas; al contrario, las disminuís si vuestro orgullo se extiende más que ellas. Midamos el radio de nuestra esfera y quedémonos en el centro como el insecto en el centro de su tela; siempre nos bastaremos a nosotros mismos y no tendremos que lamentarnos de nuestra debilidad, porque nunca la sentiremos.

Todos los animales tienen exactamente las facultades necesarias para conservarse. Sólo el hombre las tiene superfluas. ¿No es bien extraño que ese superfluo sea el instrumento de su miseria? En cualquier país valen más los brazos de un hombre que su subsistencia. Si fuera lo bastante prudente para no hacer caso de lo superfluo, tendría siempre lo necesario porque nunca tendría nada en demasía. Decía Favorin[2] que las grandes necesidades nacen de los grandes bienes, y a menudo el mejor medio de alcanzar las cosas de que uno carece es privarse de las que tiene. A fuerza de atormentarnos para aumentar nuestra felicidad la trocamos en miseria*. Cualquier hombre que sólo quisiera vivir, viviría feliz; por consiguiente, viviría bueno; porque ¿qué ventaja habría para él en ser malvado?

Si fuéramos inmortales seríamos muy miserables. Indudablemente, es duro morir; pero es dulce esperar que no viviremos siempre y que una vida mejor acabará con las penas de ésta. Si nos ofrecieran la inmortalidad sobre la tierra, ¿quién querría aceptar ese triste don**? ¿Qué recurso, qué esperanza, qué consuelo nos quedaría contra los rigores del destino y contra las injusticias de los hombres? El ignorante, que nada prevé, siente poco el valor de la vida y teme poco perderla; el hombre esclarecido ve bienes de mayor valor, que prefiere a ése. Sólo el semisaber y la falsa sabiduría, que prolongan nuestras miras hasta la muerte y no más allá, nos causan el peor de los males. Para el hombre sabio, la necesidad de morir

---

* En P, Rousseau señala: «*buscar el pasaje de Aulio Gelio*». A continuación lo ha copiado: «*Enimvero qui decem millibus et quinque millibus vestimentorum egeat, is quo minus indigeat fieri non potest. Quun enim plus quam habeo, egeo, detrahens ex iis quae habeo, acquiesco. Aulu-G: L. 9.c.8*».

** En el ejemplar C figura la siguiente nota: «*Como se supondrá hablo aquí de los hombres que reflexionan, y no de todos los hombres*».

no es sino un motivo para soportar las penas de la vida. Si no estuviéramos seguros de perderla una vez, costaría demasiado conservarla.

Todos nuestros males morales están en la opinión, salvo uno sólo, que es el crimen, y éste depende de nosotros: nuestros males físicos se destruyen o nos destruyen. El tiempo o la muerte son nuestros remedios: pero sufrimos más cuanto menos sabemos sufrir, y nos atormentamos más para curar nuestras enfermedades que lo que sufriríamos soportándolas. Vive según la naturaleza, sé paciente, y expulsa a los médicos; no evitarás la muerte, pero sólo la sentirás una vez, mientras que ellos la llevan cada día a tu imaginación perturbada, mientras que su arte mendaz en lugar de prolongar tus días te priva de su disfrute. Siempre preguntaré cuál es el verdadero bien que ese arte ha hecho a los hombres. Algunos de los que cura morirían, cierto, pero millones que mata quedarían con vida. Hombre sensato, no te metas en esa lotería donde hay demasiadas probabilidades contra ti. Sufre, muere o sana; pero, sobre todo, vive hasta tu última hora.

En las instituciones humanas no es todo más que locura y contradicción. Nos inquietamos más por nuestra vida a medida que pierde su valor. Los ancianos la echan de menos más que los jóvenes; no quieren perder los preparativos que han hecho para gozarla; a los sesenta años es muy cruel morir antes de haber comenzado a vivir. Se cree que el hombre tiene un vivo amor por su conservación, y es verdad, pero no se ve que, tal como lo sentimos, ese amor es en gran parte obra de los hombres. Por naturaleza el hombre sólo se preocupa de conservarse mientras tiene en su poder los medios; tan pronto como esos medios se le escapan, se tranquiliza y muere sin atormentarse inútilmente. La primera ley de la resignación nos viene de la naturaleza. Los salvajes, como los animales, se debaten muy poco contra la muerte y la aguantan sin quejarse apenas. Destruida esa ley, él se forma otra que procede de la razón; pero pocos saben deducirla, y esa resignación ficticia jamás es tan plena y completa como la primera.

¡La previsión! La previsión que nos lleva constantemente más allá de nosotros y nos sitúa a menudo donde no llegaremos; ésa es la verdadera fuente de todas nuestras miserias. ¡Qué manía, en un ser tan pasajero como el hombre, la de mirar

siempre a lo lejos un futuro que raramente llega y la de descuidar el presente del que se está seguro! Manía más funesta sobre todo porque aumenta de modo incesante con la edad, y porque los viejos, siempre desconfiados, previsores, avaros, prefieren negarse hoy lo necesario a carecer de ello dentro de cien años. Así nos agarramos a todo, nos aferramos a todo; tiempos, lugares, hombres, cosas, todo lo que es y todo lo que será, importa a cada uno de nosotros: nuestro individuo no es ya sino la menor parte de nosotros mismos. Cada cual se extiende, por así decir, sobre la tierra entera y se vuelve sensible en toda esa gran superficie. ¿Puede sorprender que nuestros males se multipliquen en todos los puntos por donde pueden herirnos? ¿Cuántos príncipes se desuelan por la pérdida de un país que nunca vieron? ¿A cuántos mercaderes les basta con que toquen las Indias para que pongan el grito en el cielo en París?

¿Es la naturaleza la que de esta forma lleva a los hombres tan lejos de sí mismos? ¿Es ella la que quiere que cada cual conozca su destino por los demás y a veces lo conozca el último, de suerte que fulano muere feliz o miserable sin haberlo sabido nunca? Veo un hombre lozano, alegre, vigoroso, de buena salud, su presencia inspira alegría, sus ojos anuncian contento y bienestar, lleva consigo la imagen de la dicha. Llega una carta de la posta; el hombre feliz la mira; va dirigida a sus señas; la abre, la lee. Su aspecto cambia en el acto: palidece, cae desfallecido. Vuelto en sí llora, se agita, gime, se mesa los cabellos, hace resonar el aire con sus gritos, parece atacado por horribles convulsiones. ¡Qué insensato! ¿Qué mal te ha hecho, pues, ese papel? ¿Qué miembro te ha quitado? ¿Qué crimen te ha hecho cometer? Por último, ¿qué ha cambiado en ti mismo para ponerte en el estado en que te veo?

Si la carta se hubiera perdido, si una mano caritativa la hubiera arrojado al fuego, el destino de este mortal feliz e infeliz a la vez habría sido, en mi opinión, un extraño problema. Diréis que su desgracia es real. De acuerdo, pero no la sentía: ¿dónde estaba entonces? Su felicidad era imaginaria. Quiero decir que la salud, la alegría, el bienestar, el contento de espíritu no son más que visiones. No existimos ya donde estamos, sólo existimos donde no estamos. ¿Merece la pena

tener un miedo tan grande a la muerte, si no muere aquello en que vivimos?

¡Oh, hombre! Encierra tu existencia dentro de ti, y ya no serás miserable. Quédate en el lugar que la naturaleza te asigna en la cadena de los seres, nada te podrá hacer salir de ella: no forcejees contra la dura ley de la necesidad, y no agotes, queriendo resistirte a ella, las fuerzas que el cielo no te ha dado para aumentar o prolongar tu existencia, sino sólo para conservarla como a él le place y durante al tiempo que a él le place. Tu libertad, tu poder, sólo se extienden lo que tus fuerzas naturales, no más allá; el resto es sólo esclavitud, ilusión, prestigio. La dominación misma es servil cuando atañe a la opinión : porque dependes de los prejuicios de aquellos a quienes gobiernas mediante prejuicios. Para guiarlos como te place, tienes que conducirte como les place. Basta que ellos cambien de manera de pensar para que te veas forzado a cambiar de modo de obrar. A los que están a tu lado les basta con saber gobernar las opiniones del pueblo que tú crees gobernar o las de los favoritos que te gobiernan o las de tu familia, o las tuyas propias: esos visires, esos cortesanos, esos sacerdotes, esos soldados, esos criados, esas cotorras, y hasta los niños, aunque seas un Temístocles[3] en genio, van a llevarte como a un niño en medio de tus legiones. Por más que hagas, tu autoridad real nunca irá más allá de tus facultades reales. Tan pronto como uno tiene que ver por los ojos de los demás, ha de querer por sus voluntades. Mis pueblos son mis súbditos, dices con orgullo. De acuerdo, pero tú ¿qué eres? El súbdito de tus ministros, y tus ministros a su vez ¿qué son? Súbditos de sus comisionados, de sus amantes, criados de sus criados. Tomad todo, usurpad todo, y derramad luego dinero a manos llenas, levantad baterías de cañones, alzad horcas y ruedas, dad leyes, edictos, multiplicad los espías, los soldados, los verdugos, las prisiones, las cadenas; pobres hombrecitos, ¿de qué os sirve todo eso? No por ello seréis mejor servidos, ni menos robados, ni menos engañados, ni más absolutos. Siempre diréis: nosotros queremos, y siempre haréis lo que los demás quieran.

Sólo hace su voluntad quien, para hacerla, no necesita poner los brazos de ningún otro al extremo de los suyos: de donde se sigue que el primero de todos los bienes no es la

autoridad sino la libertad. El hombre verdaderamente libre no quiere más que lo que puede y hace lo que le place. Ésta es mi máxima fundamental. No se trata más que de aplicarla a la infancia, y todas las reglas de la educación derivarán de ella.

La sociedad ha hecho al hombre más débil, no sólo privándole del derecho que tenía sobre sus propias fuerzas, sino, sobre todo, volviéndoselas insuficientes. He ahí por qué con su debilidad se multiplican sus deseos, y he ahí lo que constituye la de la infancia comparada con la edad adulta. Si el hombre es un ser fuerte y si el niño es un ser débil no es porque el primero tenga más fuerza absoluta que el segundo, sino porque el primero puede bastarse naturalmente a sí mismo y el otro no puede. Por eso el hombre ha de tener más voluntades, y el niño más fantasías, palabra con la que me refiero a todos los deseos que no son verdaderas necesidades y que sólo pueden contentarse con la ayuda de otros.

Ya he dicho la razón de ese estado de debilidad. La naturaleza lo atiende mediante el cariño de padres y madres; pero ese cariño puede tener su exceso, su defecto, sus abusos. Padres que viven en el estado civil transportan a él a su hijo antes de la edad. Dándole más necesidades de las que tienen, no alivian su debilidad, la aumentan. La aumentan también exigiendo de él lo que la naturaleza no exigía; sometiendo a sus voluntades las pocas fuerzas que el niño posee para servir a las suyas, cambiando de una parte o de otra en esclavitud la dependencia recíproca en que a él le mantiene su debilidad y a ellos su cariño.

El hombre sabio sabe permanecer en su sitio; pero el niño que no conoce el suyo no podría mantenerse en él. Hay entre nosotros mil formas para salirse; a quienes le gobiernan corresponde retenerle en él, y ésa tarea no es fácil. No debe ser ni animal ni hombre, sino niño; es preciso que sienta su debilidad y no que la sufra, es preciso que dependa y no que obedezca; es preciso que pida y no que ordene. Sólo está sometido a los demás por sus necesidades, y porque ellos ven mejor que él lo que le es útil, lo que puede contribuir o perjudicar a su conservación. Nadie tiene derecho, ni siquiera el padre, a mandar al niño algo que no le sirve para nada.

Antes de que los prejuicios y las instituciones humanas hayan alterado nuestras inclinaciones naturales, la felicidad de

los niños, así como la de los hombres, consiste en el uso de su libertad; pero esta libertad se halla limitada en los primeros por su debilidad. Quien hace lo que quiere es feliz si se basta a sí mismo; es el caso del hombre que vive en el estado de naturaleza. Quien hace lo que quiere no es feliz si sus necesidades superan sus fuerzas; es el caso del niño en el mismo estado. Los niños no gozan, ni siquiera en el estado de naturaleza, más que una libertad imperfecta, semejante a la que gozan los hombres en el estado civil. Al no poder ya prescindir de los demás, cada uno de nosotros se vuelve en este punto débil y miserable. Estábamos hechos para ser hombres, las leyes y la sociedad han vuelto a sumirnos en la infancia. Los ricos, los grandes, los reyes, son todos niños que, viendo que se apresuran a aliviar su miseria, sacan de eso mismo una vanidad pueril, y se sienten muy orgullosos de los cuidados que no se les prodigarían si fueran hombres hechos.

Estas consideraciones son importantes y sirven para resolver todas las contradicciones del sistema social. Hay dos clases de dependencia. La de las cosas, que dependen de la naturaleza; la del hombre, que depende de la sociedad. Por no tener ninguna moralidad, la dependencia de las cosas no perjudica a la libertad ni engendra vicios. Por ser desordenada[4], la dependencia de los hombres los engendra todos, y por ella se depravan mutuamente el amo y el esclavo. Si hay algún medio para remediar este mal en la sociedad, consiste en substituir la ley por el hombre, y en armar las voluntades generales con una fuerza real superior a la acción de toda voluntad particular.

Si las leyes de las naciones pudieran tener, como las de la naturaleza, una inflexibilidad que nunca pudo vencer ninguna fuerza humana, la dependencia de los hombres se volvería entonces la de las cosas, en la república se reunirían todas las ventajas del estado natural con las del estado civil, se uniría a la libertad que mantiene al hombre exento de vicios la moralidad que lo educa en la virtud.

Mantened al niño en una sola dependencia de las cosas; habréis seguido el orden de la naturaleza en el progreso de su educación. Nunca ofrezcáis a sus voluntades indiscretas más obstáculos que los físicos o castigos que nazcan de las acciones mismas y de los que, llegado el caso, se acuerde. Sin prohibirle hacer el mal, basta con impedírselo. La experiencia o la

impotencia son las únicas que deben servirle de ley. No concedáis nada a sus deseos porque lo pida, sino porque lo necesite. Que no sepa lo que es obediencia cuando actúa, ni lo que es dominio cuando se actúa por él. Que sienta igualmente su libertad en sus acciones y en las vuestras. Suplid la fuerza que le falta, tanta precisamente como necesite para ser libre y no imperioso; que, al recibir vuestros servicios con una especie de humillación, aspire al momento en que pueda prescindir de ellos y en que tenga el honor de servirse por sí mismo.

Para fortificar el cuerpo y crecer, la naturaleza tiene medios que nunca deben contrariarse. No hay que forzar a un niño a quedarse cuando quiere irse, ni a irse cuando quiere quedarse en un sitio. Cuando la voluntad de los niños no se echa a perder por culpa nuestra, no quieren nada en vano. Es preciso que salten, que corran, que griten cuando tienen ganas. Todos sus movimientos son necesidades de su constitución que busca fortalecerse; pero debemos desconfiar de lo que desean sin poder hacerlo por sí mismos y que otros están obligados a hacer por ellos. Entonces, hay que distinguir cuidadosamente la verdadera necesidad, la necesidad natural, de la necesidad de fantasía que comienza a nacer, o de aquella que sólo procede de la superabundancia de vida de que he hablado.

Ya he dicho lo que hay que hacer cuando un niño llora para tener esto o aquello*. Sólo añadiré que, cuando puede pedir hablando lo que desea, y cuando para obtener antes o para vencer una negativa, apoya con lágrimas su demanda, debe serle irrevocablemente negada. Si la necesidad le ha hecho hablar, debéis saberlo y hacer inmediatamente lo que pide; pero ceder algo a sus lágrimas es animarle a derramarlas, es enseñarle a dudar de vuestra buena voluntad, y a creer que en vosotros la importunidad puede más que la benevolencia. Si no os cree bueno, pronto será malvado; si os cree débil, pronto será obstinado; importa conceder siempre a la primera señal lo que no se quiere negar. No seáis pródigo en negativas, pero no las revoquéis jamás.

Guardaos sobre todo de dar al niño vanas fórmulas de cortesía que, llegado el caso, le sirven como palabras mágicas

* Véase *supra*, págs. 75-76 y 78-80.

para someter a su capricho cuanto le rodea, y obtener al momento lo que le place. En la educación ceremoniosa de los ricos nunca dejan de volverlos cortésmente imperiosos, prescribiéndoles los términos que deben utilizar para que nadie se atreva a resistírseles: sus hijos no tienen ni tonos ni giros suplicantes, son tan arrogantes, más incluso, cuando piden que cuando mandan, por estar mucho más seguros de ser obedecidos. Se ve enseguida que *si os place*, en su boca significa *me place*, y que *os suplico* significa *os ordeno*. Admirable cortesía, que los lleva únicamente a cambiar el sentido de las palabras, y a no poder hablar nunca sino con imperiosidad. En cuanto a mí, temo menos que Emilio sea grosero que arrogante, prefiero que diga rogando *haced esto* a que diga *os ruego* mandando. No es el término que utiliza lo que me importa, sino la acepción que a él une.

Hay un exceso de rigor y un exceso de indulgencia que deben ser evitados por igual. Si dejáis sufrir a los niños, exponéis su salud, su vida, los hacéis en el momento presente miserables; si les ahorráis con un cuidado excesivo toda especie de malestar, les preparáis grandes miserias; los hacéis delicados, sensibles, los sacáis de su estado de hombres al que volverán a pesar vuestro un día. Para no exponerlos a algunos males de la naturaleza os convertís en el artesano de lo que ella nunca les ha dado. Me diréis que me pongo en el caso de esos malos padres a los que yo reprochaba sacrificar la felicidad de sus hijos a la consideración de un tiempo lejano que puede no llegar jamás*.

No. Porque la libertad que doy a mi alumno le resarce ampliamente de las leves incomodidades a que le dejo expuesto. Veo unos pequeños bribonzuelos jugando en la nieve, violáceos, transidos y sin poder mover apenas los dedos. Sólo de ellos depende ir a calentarse, no lo hacen; si les obligaran, sentirían cien veces más los rigores de la coacción que los que sienten por el frío. ¿De qué, pues, os quejáis? ¿Haré miserable a vuestro hijo no exponiéndole sino a incomodidades que él quiere sufrir? Hago su bien en el momento presente dejándolo libre; hago su bien para el futuro armándolo contra los males

* La doctrina sobre el tema queda fijada en las cuatro máximas de las págs. 78-79.

que debe soportar. Si pudiera elegir ser mi alumno o el vuestro, ¿pensáis que vacilaría un instante?

¿Concebís posible alguna felicidad verdadera para un ser fuera de su constitución? ¿Y no es sacar al hombre de su constitución querer eximirlo igualmente de todos los males de su especie? Sí, lo sostengo: para sentir los grandes bienes es preciso conocer los pequeños males; tal es su naturaleza. Si lo físico va demasiado bien, lo moral se corrompe. El hombre que no conociera el dolor no conocería ni la ternura de la humanidad ni la dulzura de la conmiseración; su corazón no se conmovería por nada, no sería sociable, sería un monstruo entre sus semejantes.

¿Sabéis cuál es el medio más seguro para hacer miserable a vuestro hijo? Acostumbrarlo a obtener todo; porque, al crecer de modo incesante sus deseos por la facilidad de satisfacerlos, antes o después la impotencia os obligará, a pesar vuestro, a llegar a la negativa, y esa negativa insólita lo atormentará más que la privación misma de lo que desea. Primero querrá el bastón que tenéis; pronto querrá vuestro reloj; luego querrá el pájaro que vuela; querrá la estrella que ve brillar, querrá todo lo que vea; a menos de ser Dios ¿cómo lo contentaréis?

Es una disposición natural al hombre mirar como suyo cuanto está en su poder. En este sentido el principio de Hobbes es verdadero hasta cierto punto; multiplicad con nuestros deseos los medios de satisfacerlos: cada uno se hará dueño de todo*.Así pues, el niño que sólo tiene que querer para conseguir, se cree propietario del universo; mira a todos los hombres como esclavos suyos, y cuando finalmente nos vemos forzados a negarle algo, él, creyendo posible todo cuando manda, toma esa negativa por un acto de rebelión; en una edad incapaz de razonamiento, todas las razones que se le dan no son, para su capricho, sino pretextos; ve por doquier mala voluntad; al agriar su natural el sentimiento de una pretendida injusticia,

---

* Rousseau se refiere al principio enunciado por Hobbes en *De cive*, I, 10: «*Natura dedit unicuique in omnia*» y «*Natura dedit omnia omnibus*»: «La naturaleza ha dado derecho a cada uno en todo» y «La naturaleza ha dado todas las cosas a todos».

siente odio por todo el mundo, y, sin agradecer jamás la complacencia, se indigna ante cualquier oposición.

¿Cómo he de concebir yo que un niño así dominado por la cólera y devorado por las pasiones más irascibles pueda ser nunca feliz? ¡Feliz, él! Es un déspota; es a la vez el más vil de los esclavos y la más miserable de las criaturas. He visto niños educados de esa manera que querían que se derribara la casa con una carga de hombros, que se les diera el gallo que veían sobre un campanario, que se detuviera a un regimiento en marcha para oír los tambores más tiempo, y que atronaban el aire con sus gritos sin querer escuchar a nadie tan pronto como tardaban en obedecerlos. Todos se afanaban en vano para complacerles; excitados sus deseos por la facilidad para obtener, se obstinaban con cosas imposibles y por doquiera no encontraban sino contradicciones, obstáculos, penas, dolores. Siempre gruñones, siempre rebeldes, siempre furiosos, se pasaban el día gritando, quejándose: ¿Eran seres muy afortunados? La debilidad y la dominación reunidas no engendran sino locura y miseria. De dos niños mimados, uno golpea la mesa y el otro manda latigar al mar; mucho tendrán que latigar y golpear antes de vivir contentos*.

Si estas ideas de imperio y de tiranía los vuelven miserables desde su infancia, ¿qué será cuando crezcan y cuando sus relaciones con los demás hombres comiencen a extenderse y multiplicarse? Acostumbrados a ver doblegarse todo ante ellos, ¡qué sorpresa, al entrar en el mundo, sentir que todo les resiste y encontrarse aplastados por el peso de ese universo que pensaban mover a su capricho! Sus aires insolentes y su pueril vanidad no les atraerán más que mortificaciones, desdenes, burlas; beben las afrentas como el agua; pruebas crueles les enseñan pronto que no conocen ni su estado ni sus fuerzas; al no poderlo todo, creen no poder nada; tantos obstáculos inusitados los desalientan, tantos desprecios los envilecen; se vuelven cobardes, temerosos, rastreros, y caen por debajo de sí mismos tanto como se habían elevado por encima.

Volvámos a la regla primitiva. La naturaleza ha hecho a los niños para ser amados y socorridos, pero ¿los ha hecho

* Refencia a Jerjes, que ordenó dar trescientos latigazos al mar por haberse llevado un puente (Plutarco, *De cómo hay que refrenar la cólera*, 9).

para ser obedecidos y temidos? ¿Les ha dado un aire imponente, una mirada severa, una voz ruda y amenazadora para hacerse temer? Comprendo que el rugido de un león espante a los animales y que tiemblen al ver su terrible testuz; pero si alguna vez se vio espectáculo indecente, odioso y risible, es un cuerpo de magistrados, con su jefe a la cabeza y en traje de ceremonia, prosternados ante un niño en pañales al que arengan en términos pomposos, y que grita y babea por toda respuesta*.

Considerando la infancia misma, ¿hay un ser más débil, más miserable, más a merced de cuanto le rodea, que tenga tanta necesidad de piedad, de cuidados, de protección, que un niño? ¿No parece que no muestra un rostro tan dulce y un aire tan conmovedor sino sólo para que todo el que se le acerque se interese por su debilidad y se apresure a socorrerlo? ¿Qué hay, pues, más chocante, más contrario al orden que ver a un niño imperioso y rebelde mandar a todo el que le rodea, y adoptar impunemente el tono de amo con aquellos que no tienen más que abandonarlo para hacerle perecer?

Por otra parte, ¿quién no ve que la debilidad de la primera edad encadena a los niños de tantas maneras que es bárbaro añadir a ese sometimiento el de nuestros caprichos, quitándoles una libertad tan limitada, de la que tan poco pueden abusar, y de la que tan poco útil es, para ellos y para nosotros, privarles? Si no hay objeto tan digno de burla como un niño altanero, no hay objeto tan digno de piedad como un niño temeroso. Dado que con la edad de razón comienza la servidumbre civil, ¿por qué prevenirla mediante la servidumbre privada? Permitamos que un momento de la vida esté exento de ese yugo que la naturaleza no nos ha impuesto, y dejemos a la infancia el ejercicio de la libertad natural, que la aleja, al menos por un tiempo, de los vicios que se contraen con la esclavitud. Que esos institutores severos, que esos padres sometidos a sus hijos vengan, pues, unos y otros, con sus frívolas objeciones, y que

* Crítica de la monarquía hereditaria, relacionada con la que hace en *Del Contrato social*: «y se ha preferido correr el riesgo de tener por jefes a niños, a monstruos, a imbéciles, que tener que disputar por la elección de buenos reyes» (*ed. cit.*, III, vi, pág. 81).

antes de jactarse de sus métodos, aprendan una vez el de la naturaleza.

Vuelvo a la práctica. Ya he dicho que vuestro hijo no debe obtener nada porque lo pida, sino porque lo necesite[5], ni hacer nada por obediencia sino sólo por necesidad; así, las palabras obedecer y mandar quedarán proscritas de su diccionario, y más aún las de deber y de obligación; pero las de fuerza, necesidad, impotencia y coacción deben ocupar un lugar importante. Antes de la edad de razón, no podríamos tener ninguna idea de seres morales ni de relaciones sociales; hay, pues, que evitar cuanto sea posible el empleo de palabras que los expresan, por temor a que el niño una inmediatamente a esas palabras ideas falsas que no se sabrán o no se podrán ya destruir. La primera idea falsa que entra en su cabeza es, en él, el germen del error y del vicio; a ese primer paso, sobre todo, es al que hay que prestar atención. Haced que, mientras sólo sea impresionado por cosas sensibles, todas sus ideas se detengan en las sensaciones; haced que por todas partes no vea a su alrededor más que el mundo físico: sin eso, podéis estar seguro de que no os escuchará, o que del mundo moral de que le habláis se hará nociones fantásticas que no borraréis en la vida.

Razonar con los niños era la gran máxima de Locke; es la más en boga hoy día; su éxito no me parece, sin embargo, muy propio para acreditarla, y por lo que a mí se refiere no veo nada más estúpido que esos niños con los que se ha razonado tanto. De todas las facultades del hombre, la razón, que por así decir no es más que un compuesto de todas las demás, es la que se desarrolla con mayores dificultades y más tarde; ¡y de ésa quieren servirse para desarrollar las primeras! La obra maestra de una buena educación es hacer un hombre razonable: ¡y pretenden educar a un niño mediante la razón! Es empezar por el final, es querer hacer de la obra el instrumento. Si los niños entendieran la razón, no necesitarían ser educados; y hablándoles desde su edad más temprana una lengua que no entienden, se los acostumbra a contentarse con palabras, a controlar cuanto se les dice, a creerse tan sabios como sus maestros, a volverse discutidores y rebeldes, y cuanto se cree lograr de ellos mediante motivos razonables, no se logra

nunca sino por motivos de codicia, o de temor, o de vanidad, que siempre nos vemos obligados a unir a los otros.

He aquí la fórmula a que pueden reducirse, poco más o menos, todas las lecciones de moral que se hacen y que pueden hacerse a los niños.

El maestro: No hay que hacer eso.

El niño: ¿Y por qué no hay que hacerlo?

El maestro: Porque está mal hecho.

El niño: ¡Mal hecho! ¿Qué es lo que está mal hecho?

El maestro: Lo que se os prohíbe.

El niño: ¿Qué mal hay en hacer lo que se me prohíbe?

El maestro: Se os castiga por haber desobedecido.

El niño: Actuaré de forma que nada se sepa.

El maestro: Os espiarán.

El niño: Me esconderé.

El maestro: Os interrogarán.

El niño: Mentiré.

El maestro: No hay que mentir.

El niño: ¿Por qué no hay que mentir?

El maestro: Porque está mal hecho, etc.

He ahí el círculo inevitable. Salid de él; el niño ya no os entiende. ¿No hay en él instrucciones muy útiles? Siento curiosidad por saber qué podría substituir a ese diálogo. A buen seguro que el propio Locke se vería en grandes apuros. Conocer el bien y el mal, sentir la razón de los deberes de los hombres no es asunto de un niño.

La naturaleza quiere que los niños sean niños antes de ser hombres. Si queremos pervertir ese orden, produciremos frutos precoces que no tendrán ni madurez ni sabor, y que no tardarán en corromperse: tendremos jóvenes doctores y viejos niños. La infancia tiene maneras de ver, de pensar, de sentir que le son propias; no hay nada menos sensato que pretender substituirlas por las nuestras, y me gustaría tanto exigir que un niño tuviera cinco pies de alto como juicio a los diez años. En efecto, ¿para qué le serviría a esa edad la razón? La razón es el freno de la fuerza, y el niño no tiene necesidad de ese freno.

Al tratar de persuadir a vuestros alumnos del deber de la obediencia, unís a esa pretendida persuasión la fuerza y las amenazas, o, lo que es peor, la lisonja y las promesas. Así pues, seducidos por el interés u obligados por la fuerza, fingen

ser convencidos por la razón. Ven de sobra que la obediencia les resulta ventajosa y nociva la rebelión tan pronto como vosotros os dais cuenta de una o de otra. Mas como no exigís de ellos nada que no les sea desagradable, y como siempre es penoso hacer la voluntad de otro, se ocultan para hacer la suya, persuadidos de que hacen bien si se ignora su desobediencia, pero dispuestos a conceder que hacen mal si son descubiertos, por temor a un mal mayor. Como no es propia de su edad la razón del deber, no hay hombre en el mundo que consiga hacérsela verdaderamente sensible: pero el temor al castigo, la esperanza del perdón, la inoportunidad, el embarazo de responder les arrancan todas las confesiones que les exigen, y se cree haberlos convencido cuando sólo se les ha aburrido o intimidado.

¿Qué se deriva de eso? En primer lugar, que al impornerles un deber que no sienten los indisponéis contra vuestra tiranía y los apartáis de amaros; que los enseñáis a volverse disimulados, falsos, mentirosos, para arrancar recompensas o sustraerse a los castigos; que por último, al acostumbrarlos a encubrir siempre con un motivo aparente un motivo secreto, vosotros mismos les dais el medio de engañaros sin cesar, de privaros del conocimiento de su verdadero carácter, y de contentaros a vosotros y a los demás con vanas palabras llegado el caso. Las leyes, diréis, aunque obligatorias para la conciencia, utilizan la misma coacción con los adultos. Lo admito; pero ¿qué son esos adultos sino niños echados a perder por la educación? Precisamente eso es lo que hay que prevenir. Emplead la fuerza con los niños y la razón con los hombres: ése es el orden natural: el sabio no necesita leyes.

Tratad a vuestro alumno según su edad. Ponedle primero en su sitio, y mantenedlo en él, tan bien que ya no trate de salir. Así, antes de saber lo que es prudencia, practicará su lección más importante. No le ordenéis nunca nada, sea lo que fuere, absolutamente nada. No le dejéis siquiera imaginar que pretendéis tener ninguna autoridad sobre él. Que sepa sólo que él es débil y vos fuerte, que por su estado y el vuestro está necesariamente a vuestra merced; que lo sepa, que lo aprenda, que lo sienta: que desde hora temprana sienta sobre su cabeza altanera el duro yugo que la naturaleza impone al hombre, el pesado yugo de la necesidad bajo el que es preciso que todo

ser termine doblegado. Que vea esa necesidad en las cosas, nunca en el capricho[6] de los hombres; que el freno que lo retenga sea la fuerza y no la autoridad; no le prohibáis aquello de lo que debe abstenerse, impedídselo hacer sin explicaciones, sin razonamientos: lo que le otorguéis, otorgádselo a su primera palabra, sin solicitaciones, sin ruegos, sobre todo sin condiciones. Otorgad con placer, no neguéis sino con repugnancia; pero que todas vuestras negativas sean irrevocables, que ninguna inoportunidad os haga vacilar, que el *no* pronunciado sea un muro de bronce contra el cual agote el niño cinco o seis veces sus fuerzas: después no intentará derribarlo.

Así es como lo volveréis paciente, uniforme, resignado, apacible, incluso aunque no tenga lo que ha querido; porque es propio de la naturaleza del hombre soportar con paciencia la necesidad de las cosas, pero no la mala voluntad de otro. Esta palabra, *basta*, es una respuesta contra la que nunca se ha rebelado ningún niño, salvo que creyese que era mentira. Por lo demás, aquí no hay término medio: es preciso o no exigir nada de él o plegarlo desde el principio a la obediencia más perfecta. La peor educación es dejarle flotando entre sus voluntades y las vuestras y discutir sin cesar con él sobre quién de los dos ha de ser el maestro: preferiría cien veces que lo fuera él siempre.

Resulta muy extraño que desde que se comenzó a educar niños, no se haya imaginado otro instrumento para guiarlos que la emulación, los celos, la envidia, la vanidad, la avidez, el vil temor, todas las pasiones más peligrosas, las más propias para fermentar y las más idóneas para corromper el alma, incluso antes de que el cuerpo esté formado. Por cada instrucción precoz que se quiere matar en su cabeza, se planta un vicio en el fondo de su corazón; ayos insensatos piensan que hacen maravillas volviéndolos malvados para enseñarles lo que es la bondad; y luego nos dicen gravemente: así es el hombre. Sí, así es el hombre que habéis hecho.

Se han probado todos los instrumentos menos uno. Precisamente el único que puede tener éxito; la libertad bien regulada. No hay que tratar de educar a un niño cuando no se sabe llevarlo a donde uno quiere por las únicas leyes de lo posible y de lo imposible. Por ser igualmente desconocida la esfera de uno y otro, se la extiende, y se la estrecha a su

alrededor como se quiere. Se le encadena, se le empuja, se le contiene con el solo lazo de la necesidad sin que él murmure por ello. Se le vuelve flexible y dócil por la sola fuerza de las cosas, sin que ningún vicio tenga ocasión de germinar en él: porque las pasiones nunca se animan mientras su efecto sea nulo.

No deis a vuestro alumno ninguna clase de lección verbal, sólo debe recibirlas de la experiencia; no le infligáis ninguna especie de castigo, porque no sabe lo que es estar en falta; nunca le hagáis pedir perdón, porque no podría ofenderos. Desprovisto de toda moralidad en sus acciones, no puede hacer nada que sea moralmente malo, ni que se merezca castigo o reprimenda.

Veo ya al asustado lector juzgar a este niño por los nuestros: se equivoca. El tormento perpetuo en que tenéis a vuestros alumnos irrita su vivacidad; cuanto más atados están ante vuestros ojos, más turbulentos son en el momento en que se escapan; es preciso que se resarzan cuando pueden de la dura coacción en que los tenéis. Dos escolares de la ciudad harán más estragos en una región que la juventud de toda una aldea. Encerrad a un señorito y a un pequeño aldeano en una habitación; el primero habrá revuelto todo, habrá roto todo antes de que el segundo se haya movido de su sitio. ¿Por qué? Porque uno se apresura a abusar de un momento de licencia, mientras el otro, siempre seguro de su libertad, nunca siente prisa por usarla. Y sin embargo, los niños de los aldeanos, acariciados o contrariados a menudo, están todavía muy lejos del estado en que yo quiero que se los tenga.

Pongamos por máxima irrefutable que los primeros movimientos de la naturaleza son siempre rectos: no hay perversidad original en el corazón humano. No se encuentra en él un solo vicio del que no pueda decirse cómo y por dónde ha entrado. La única pasión natural al hombre es el amor de sí mismo o el amor propio tomado en un sentido lato. Esta amor propio en sí o relativo a nosotros es bueno y útil, y, como no tiene relación necesaria con los demás, es a este respecto naturalmente indiferente; sólo se vuelve bueno o malo por la aplicación que de él hagamos y las relaciones que les demos. Hasta que pueda nacer el guía del amor propio, que es la razón, importa que un niño no haga nada porque es visto u oído, nada, en una

palabra, por relación a los demás, sino lo que la naturaleza le pide, y entonces no hará nada más que bien*.

No quiero decir que nunca haya de causar ningún estrago, que no haya de herirse, que no haya de romper quizás un mueble de valor si lo encuentra a su alcance. Podría hacer mucho mal sin hacer el mal, porque la mala acción depende de la intención de hacer daño, y él nunca tendrá esa intención. Si la tuviera una sola vez, ya todo estaría perdido; sería malvado casi sin remisión.

Tal cosa que es mala a los ojos de la avaricia, no lo es a los ojos de la razón. Al dejar a los niños la plena libertad de ejercer su atolondramiento, conviene apartar de ellos todo aquello que podría hacerla costosa, y no dejar a su alcance nada frágil y precioso. Que su cuarto esté provisto de muebles toscos y sólidos: nada de espejos, nada de porcelanas, nada de objetos de lujo. En cuanto a mi Emilio, al que educo en el campo, su habitación no ha de tener nada que la diferencie de la de un aldeano. ¿Para qué adornarla con tanto esmero si debe permanecer tan poco en ella? Pero me equivoco: la adornará él mismo, y pronto veremos con qué.

Y si a pesar de vuestras preocupaciones el niño llega a causar algún desorden, a romper alguna pieza útil, no lo castiguéis por vuestra negligencia, no lo riñáis, que no oiga ni una sola palabra de reproche, no le dejéis entrever siquiera que os ha causado pesadumbre, actuad igual que si el mueble se hubiera roto solo; por último, estad seguro de que habéis hecho mucho si lográis no decir nada.

¿Me atreveré a exponer aquí la regla mayor, la más importante, la más útil de toda educación? No es ganar tiempo, sino perderlo. Lectores vulgares, perdonadme mis paradojas. Hay que hacerlas cuando se reflexiona, y sea lo que fuere lo que podáis decir, prefiero ser hombre de paradojas que hombre de prejuicios. El intervalo más peligroso de la vida humana es el del nacimiento a la edad de doce años. Es

* El tema del amor propio y del amor de sí será casi obsesivo en Rousseau, que vuelve sobre él en varios pasajes de distintas obras. Véase especialmente, por su tono de confesión personal, *Las ensoñaciones del paseante solitario*, (*ed. cit.*, págs, 131 y ss.), el primero de los diálogos de *Rousseau, juge de Jean-Jacques*, y la nota n.º 15 del *Discurso sobre el origen de la desigualdad*, (*ed. cit.*, págs. 329 y ss.).

la época en que germinan los errores y los vicios, sin que aún se tenga instrumento alguno para destruirlos; y cuando el instrumento llega, son tan profundas las raíces que ya no hay tiempo de arrancarlas. Si los niños saltaran de golpe de la teta a la edad de razón, la educación que se les da podría convenirles; pero, según el progreso natural, necesitan una completamente contraria. Sería menester que no hicieran nada de su alma hasta que esta poseyera todas sus facultades; porque es imposible que perciba la antorcha que le presentáis mientras está ciega, y que siga en la inmensa llanura de las ideas una ruta que la razón traza levísima incluso para los mejores ojos.

Por tanto, la primera educación debe ser puramente negativa. Consiste, no en enseñar la virtud ni la verdad, sino en proteger al corazón del vicio y al espíritu del error. Si pudierais no hacer nada y no dejar hacer nada; si pudierais llevar a vuestro alumno sano y robusto hasta la edad de doce años sin que supiera distinguir su mano derecha de su mano izquierda, desde vuestras primeras lecciones los ojos de su entendimiento se abrirían a la razón; sin prejuicios, sin hábitos, no habría en él nada que pudiese contrariar el efecto de vuestros cuidados. Pronto se volvería entre vuestras manos el más sabio de los hombres y, empezando por no hacer nada, habríais hecho un prodigio de educación.

Actuad a contracorriente de la costumbre y casi siempre obraréis bien. Como no se quiere hacer de un niño un niño sino un doctor, los padres y los maestros nunca han increpado, corregido, reprendido, halagado, amenazado, prometido, instruido y hablado razonablemente con bastante antelación. Haced algo mejor: sed razonable, y no razonéis con vuestro alumno, sobre todo para hacerle aprobar lo que le desagrada; porque llevar siempre de este modo la razón a las cosas desagradables, no es sino volvérsela enojosa y desacreditarla desde hora temprana en un espíritu que todavía no está en condiciones de entenderla. Ejercitad su cuerpo, sus órganos, sus sentidos, sus fuerzas, pero mantened su alma inactiva todo el tiempo que sea posible. Temed todos los sentimientos anteriores al juicio que los aprecia. Retened, detened las impresiones extrañas y para impedir que el mal nazca no os apresuréis a hacer el bien; porque nunca es tal sino cuando la razón lo ilumina. Considerar ventajosas todas las demoras:

avanzar hacia el término sin perder nadda es ganar mucho; dejad que la infancia madure en los niños; por último, cuando una lección se vuelva necesaria para ellos, guardaos de dársela hoy si podéis diferirla hasta mañana sin peligro.

Otra consideración que confirma la utilidad de este método es la del genio particular del niño, que hay que conocer bien para saber qué régimen moral le conviene. Cada espíritu tiene forma propia, según la cual necesita ser gobernado, e importa, para el éxito de los desvelos que uno se toma, que sea gobernado por esa forma y no por otra. Hombre prudente, espiad durante largo tiempo a la naturaleza, observad bien a vuestro alumno antes de decirle la primera palabra; dejad primero que se manifieste en plena libertad el germen de su carácter, no lo coaccionéis en nada para así verlo mejor por entero. ¿Pensáis que ese tiempo de libertad es tiempo perdido para él? Todo lo contrario, será mejor; porque así aprenderéis a no perder un solo momento en un tiempo más precioso: mientras que si comenzáis a obrar antes de saber lo que hay que hacer, obraréis al azar; sujeto a equivocaros, tendréis que volver sobre vuestros pasos; estaréis más lejos de la meta que si hubierais tenido menos prisa por alcanzarla. No hagáis, pues, como el avaro que pierde mucho por no querer perder nada. Sacrificad en la primer edad un tiempo que volveréis a ganar con usura en una edad más avanzada. El médico sabio no da atolondradamente recetas a primera vista, sino que estudia primero el temperamento del enfermo antes de prescribirle nada: comienza a tratarle tarde, pero lo cura, mientras que el médico demasiado presuroso lo mata.

Mas ¿dónde situaremos a ese niño para educarlo como un ser insensible, como un autómata? ¿Lo mantendremos en el globo de la luna, en una isla desierta? ¿Lo apartaremos de todos los humanos? ¿No tendrá continuamente en la sociedad el espectáculo y el ejemplo de las pasiones de otros? ¿No verá nunca a otros niños de su edad? ¿No verá a sus padres, a sus vecinos, a su nodriza, a su ama, a su criado, a su ayo incluso, el cual, después de todo, no será un ángel?

Esta objeción es fuerte y sólida, Pero ¿os he dicho yo que fuese empresa fácil de una educación natural? ¡Oh, hombres!, ¿es culpa mía si habéis vuelto más difícil todo lo que está bien? Me doy cuenta de estas dificultades, las admito: quizá

son insuperables. Pero lo cierto es que, aplicándonos a prevenirlas, las prevenimos hasta cierto punto. Yo muestro la meta que hay que proponerse; no digo que se pueda llegar a ella; pero sí digo que quien más se acerque será quien habrá triunfado mejor.

Recordad que antes de atreverse a emprender la formación de un hombre, es menester haberse hecho hombre uno mismo; hay que encontrar en uno el ejemplo que se debe proponer. Mientras el niño carece de conocimiento, hay tiempo de preparar todo cuanto le rodea para no herir sus primeras miradas sino con objetos que le conviene ver. Haceos respetable a todo el mundo, comenzad por haceros amar a fin de que todos traten de complaceros. No seréis dueño del niño si no lo sois de cuanto le rodea, y esa autoridad jamás será suficiente si no está fundada en la estima de la virtud. No se trata de agotar la bolsa y derramar el dinero a manos llenas; nunca he visto que el dinero hiciese amar a nadie. No es preciso ser avaro y duro, ni compadecer la miseria que se puede aliviar; pero, por más que abráis vuestros cofres, si no abrís también vuestro corazón, el de los demás permanecerá siempre cerrado para vosotros. Es vuestro tiempo, son vuestros cuidados, vuestros afectos, vos mismo lo que habéis de dar; porque, por más que podáis dar, siempre se nota que vuestro dinero no sois vos. Hay testimonios de interés y de benevolencia que causan más efecto y son realmente más útiles que todos los dones. ¡Cuántos desgraciados, cuántos enfermos tienen más necesidad de consuelos que de limosnas! ¡Cuántos oprimidos hay a quienes la protección sirve más que el dinero! Reconciliad a personas que se pelean, prevenid los procesos, guiad a los niños hacia el deber, a los padres hacia la indulgencia, favoreced matrimonios felices, impedid las vejaciones, emplead, prodigad el crédito de los padres de vuestro alumno en favor del débil al que se niega justicia y al que el poderoso abruma. Declaraos en voz alta protector de los desgraciados. Sed justo, humano, bienhechor. No hagáis sólo limosna, haced caridad; las obras de misericordia alivian más males que el dinero; amad a los demás y los demás os amarán; servidlos y os servirán; sed su hermano y serán vuestros hijos.

Ésa es también una de las razones por las que quiero educar a Emilio en el campo lejos de la canalla de los criados,

los últimos de los hombres depués de sus amos, lejos de las negras costumbres de las ciudades, que el barniz con que se las cubre vuelven seductoras y contagiosas para los niños; mientras que los vicios aldeanos, sencillos y en toda su rusticidad, son más aptos para desanimar que para seducir cuando no se tiene ningún interés en imitarlos.

En la aldea, un ayo será mucho más dueño de los objetos que quiera presentar al niño; su reputación, sus palabras y su ejemplo tendrán una autoridad que no podrían tener en la ciudad: siendo útil a todo el mundo, todos se apresurarán a complacerle, a ser estimados por él, a mostrarse ante el discípulo tal como el maestro quisiera que fuesen en efecto, y si no se corrigen del vicio, se abstendrán del escándalo; es cuanto necesitamos para nuestro objetivo.

Dejad de echar la culpa a los demás de vuestras propias faltas: el mal que los niños ven los corrompe menos que el que vos les enseñáis. Sermoneadores siempre, siempre moralistas, siempre pedantes, por cada idea que les dais creyéndola buena, les dais al mismo tiempo otras veinte que no valen nada; pensando únicamente en lo que pasa por vuestra cabeza no veis el efecto que producís en la suya. Entre este largo flujo de palabras con que incesantemente los agobiáis, ¿pensáis que no hay ninguna que no toman en falso? ¿Pensáis que no comentan a su manera vuestras explicaciones difusas, y que no encuentran en ellas materia con que hacerse un sistema a su alcance que sabrán oponernos cuando llegue el momento?

Escuchad a un hombrecillo al que se acaba de adoctrinar; dejadle charlar, preguntar, decir extravagancias a su gusto, y quedaréis sorprendidos por el extraño giro que han tomado vuestros razonamientos en su espíritu; lo confunde todo, lo trastoca todo, os impacienta, os deja desolado en ocasiones con objeciones imprevistas. No os deja otra salida que callaros o hacerle callar, y, ¿qué puede pensar de ese silencio un hombre al que le gusta tanto hablar? Si alguna vez logra esa ventaja y se da cuenta, adiós educación; desde ese momento todo está acabado, ya no trata de instruirse, trata de refutaros.

Maestros celosos de vuestra misión, sed sencillos, discretos, contenidos, no os apresuréis nunca a obrar salvo para impedir que obren los otros; no me cansaré de repetirlo: aplazad, si es posible, una buena instrucción por miedo a dar una mala. En

esta tierra, de la que la naturaleza hubiera hecho el primer paraíso del hombre, debéis temer ejercer el empleo del tentador queriendo dar a la inocencia el conocimiento del bien y del mal; al no poder impedir que el niño se instruya fuera con ejemplos, limitad toda vuestra vigilancia a imprimir en su espíritu esos ejemplos bajo la imagen que le conviene.

Las pasiones impetuosas producen un gran efecto sobre el niño que es su testigo, porque tiene signos muy sensibles que le sorprenden y le obligan a prestarles atención. La cólera, sobre todo, es tan ruidosa en sus arrebatos que resulta imposible no percibirlos estando cerca. No hay que preguntar si es ésa la ocasión de iniciar un bello discurso para un pedagogo. ¡Nada de bellos discursos! Pero nada, ni una sola palabra. Dejad venir al niño: asombrado por el espectáculo, no dejará de preguntaros. La respuesta es sencilla; se saca de los objetos mismos que sorprenden sus sentidos. Ve un rostro inflamado, unos ojos centelleantes, un gesto amenazador, oye gritos: signos todos de que el cuerpo no se halla en su verdadero estado. Decidle tranquilamente, sin afectación, sin misterio: Ese pobre está enfermo, tiene un acceso de fiebre. Ahí podéis encontrar ocasión para darle, pero en pocas palabras, una idea de las enfermedades y de sus efectos: porque también entran en la naturaleza y son una de las ataduras de la necesidad a las que debe sentirse sometido.

¿Es posible que movido por esta idea, que no es falsa, no contraiga desde edad temprana cierta repugnancia a entregarse a los excesos de las pasiones, que mirará como enfermedades? ¿Y creéis que semejante noción, dada a propósito, no ha de producir un efecto tan saludable como el más enojoso sermón de moral? ¡Mas ved en el futuro las consecuencias de esa noción! Así estáis autorizado, si alguna vez os veis obligado a ello, a tratar a un niño rebelde como a un niño enfermo; a encerrarlo en su cuarto, en su cama si es preciso, a mantenerlo a régimen, a asustarlo con sus vicios nacientes, a volvérselos odiosos y temibles, sin que nunca pueda mirar como un castigo la severidad que quizá os veáis obligados a usar para curarle de ellos. Y si os acontece a vos mismo, en algún momento de irritabilidad, saliros de la sangre fría y de la moderación que deben constituir vuestro estudio, no tratéis de

ocultarle vuestra falta; decidle francamente con un tierno reproche: Amigo mío, me habéis hecho daño.

Por lo demás, importa que todas las ingenuidades que puede producir en un niño la sencillez de las ideas en que está alimentado, nunca se pongan de manifiesto en su presencia, ni sean citadas de manera que pueda captarlas. Una carcajada indiscreta puede echar a perder el trabajo de seis meses y causar un perjuicio irreparable para toda la vida. Nunca repetiré bastante que para ser amo del niño, hemos de ser nuestro propio amo. Me imagino a mi pequeño Emilio, en medio de una pelea entre dos vecinas, adelantándose hacia la más furiosa y diciéndole en tono de conmiseración: «*Amiga mía, estáis enferma, lo lamento mucho*». A buen seguro esta salida no dejará de causar su efecto en los espectadores y tal vez en las mismas protagonistas. Sin reír, sin reprenderle, sin alabarle, me lo llevo de allí de grado o por fuerza, antes de que pueda captar ese efecto, o al menos antes de que piense en él, y me apresuro a distraerle con otras cosas que se lo hagan olvidar muy pronto.

No es mi designio entrar en todos los detalles, sino sólo exponer las máximas generales y dar ejemplos en las ocasiones difíciles. Considero imposible que en el seno de la sociedad se pueda guiar a un niño, a la edad de doce años, sin darle alguna idea de las relaciones de hombre a hombre y de la moralidad de las acciones humanas. Basta con que nos apliquemos a hacerle necesarias estas nociones humanas. Basta con que nos apliquemos a hacerle necesarias estas nociones lo más tarde posible y que cuando se vuelvan inevitables las limitemos a la utilidad presente, sólo para que no se crea el dueño de todo y no haga daño a otros sin escrúpulo y sin darse cuenta. Hay caracteres dulces y tranquilos que pueden llevarse lejos , y sin peligro, en su inocencia primera; pero también hay naturales violentos cuya ferocidad se desarrolla desde hora temprana, y a los que es forzoso apresurarse a hacerlos personas para no verse obligado a encadenarlos.

Nuestros primeros deberes son para con nosotros; nuestros sentimientos primitivos se concentran en nosotros mismos; todos nuestros movimientos naturales se refieren primero a nuestra conservación y a nuestro bienestar. Así, el primer sentimiento de la justicia no nos viene de la que debemos, sino

de la que nos es debida; y todavía, uno de los contrasentidos de las educaciones comunes es que, hablando primero a los niños de sus deberes, nunca de sus derechos, se empieza por decirles lo contrario de lo que es preciso, lo que no podrían entender, y lo que no puede interesarles.

Por tanto, si tuviera que guiar a uno de esos que acabo de imaginar, yo me diría: un niño nunca ataca a las personas[7], sino a las cosas; y pronto aprende por la experiencia a respetar a todo el que le supera en edad y en fuerza; pero las cosas no se defienden por sí mismas. Por tanto la primera idea que hay que darle es menos la de la libertad que la de la propiedad, y para que pueda tener esa idea es menester que posea algo propio*. Citarle sus ropas, sus muebles, sus juguetes es no decirle nada, porque, aunque dispone de esas cosas, no sabe ni por qué ni cómo las tiene. Decirle que las tiene porque se las han dado apenas si es avanzar, porque para dar hay que tener: he ahí pues una propiedad anterior a la suya, y es el principio de la propiedad lo que queremos explicarles; sin contar con que el don es una convención, y con que el niño aún no puede saber lo que es convención[8]. Lectores, observad, por favor, en este ejemplo y en cien mil más, de qué forma, cuando atiborramos la cabeza de los niños con palabras que no tienen sentido alguno para su capacidad, creemos, sin embargo, haberlos instruido muy bien.

Se trata, pues, de remontarse al origen de la propiedad; porque es de ahí de donde debe nacer la primera idea de ella. Viviendo en el campo, el niño habrá adquirido alguna noción de los trabajos campestres; para eso no se necesitan más que

---

* Anteriormente Rousseau ha escrito que el primero de todos los bienes «no es la autoridad sino la libertad». Aquí el primero de todos ellos pasa a ser la propiedad. En el artículo *Économie politique* desarrolla más esta teoría: «Es cierto que el derecho de propiedad es el más sagrado de todos los derechos de los ciudadanos, y más importante en ciertos aspectos que la libertad misma... Hay que recordar aquí que el fundamento del pacto social es la propiedad, y su primera condición que cada cual sea mantenido en el disfrute de lo que le pertenece». Así pues, la propiedad aparece como «el verdadero fundamento de la sociedad civil, y el verdadero garante de los ciudadanos» (*O.C.*, t. III, pág. 263). Véase también *Del Contrato social* (*ed. cit.*, I, 9, págs., 29-31). Otro problema distinto es el de la institución y límites de la propiedad, el de su legitimidad, que Rousseau examina en el *Discurso sobre el origen de la desigualdad* (*Del Contrato social. Discursos, ed. cit.*, págs. 248-260).

ojos, tiempo disponible, y él tendrá ambos. Corresponde a cualquier edad, sobre todo a la suya, querer crear, imitar, producir, dar señales de poder y de actividad. No habrá visto dos veces labrar un huerto, sembrar, brotar, crecer las legumbres sin que también él quiera trabajarlo.

Por los principios anteriormente establecidos, no me opongo a su deseo; al contrario, lo favorezco, comparto su gusto, trabajo con él, no para placer suyo sino para el mío, al menos eso cree él; me convierto en su hortelano: a la espera de que tenga brazos, labro para él la tierra; toma posesión de ella plantando un haba, y seguramente esa posesión es más sagrada y respetable que la que tomaba Núñez de Balboa de la América meridional en nombre del rey de España plantando su estandarte en las costas del mar del Sur*.

Todos los días vamos a regar las habas, las vemos crecer en medio de transportes de alegría. Yo aumento esa alegría diciéndole: esto os pertenece, y, explicándole entonces ese término de pertenecer, le hago sentir que ha puesto ahí su tiempo, su trabajo, su esfuerzo, y finalmente su persona; que en esa tierra hay algo de sí mismo que puede reclamar contra cualquiera, igual que podría retirar su brazo de la mano de otro hombre que quisiera retenerla a pesar suyo.

Un buen día llega corriendo y con la regedera en la mano. ¡Oh espectáculo! ¡Oh dolor! Todas las habas están arrancadas, todo el terreno revuelto, ni el lugar mismo se reconoce siquiera. Ay, ¿qué ha sido de mi trabajo, de mi obra, del dulce fruto de mis cuidados y de mis sudores? ¿Quién me ha arrebatado mi hacienda? ¿Quién me ha cogido mis habas? Ese joven corazón se subleva; el primer sentimiento de la injusticia viene a derramar en él su triste amargura. Las lágrimas corren en arroyuelos; el niño desolado llena el aire de gemidos y de gritos. Participamos de su pena, de su indignación; buscamos, nos informamos, hacemos pesquisas. Por fin descubrimos que ha sido el hortelano el autor del desaguisado. Le mandamos venir.

---

* Núñez de Balboa, cuyo nombre Rousseau escribe «Nuñés Balbao», fue el primero en llegar al Océano Pacífico en 1513, descubrirlo y tomar posesión de él en nombre de los reyes de Castilla. Por el mismo hecho lo cita Rousseau en *Del Contrato social* (*ed. cit.*, págs. 248-260).

Mas henos aquí muy lejos de la verdad. Al enterarse del motivo de nuestra queja, el hortelano comienza a quejarse en voz más alta que nosotros. ¡Cómo, señores! ¿Sois vosotros quienes así habéis echado a perder mi labor? Yo había sembrado allí unos melones de Malta cuya grana me habían dado como si fuera un tesoro, y con los que esperaba regalaros cuando estuvieran maduros; y por plantar allí vuestras miserables habas ¿habéis destruido mis melones que ya habían nacido y que jamás podré reemplazar? Me habéis causado un perjuicio irreparable, y os habéis privado del placer de comer unos melones exquisitos.

Jean-Jacques: Perdónanos, mi pobre Robert. Habíais puesto en ello vuestro trabajo, vuestro esfuerzo. Comprendo que hemos hecho mal estropeando vuestra labor; pero haremos traer más granas de Malta, y no volveremos a trabajar la tierra sin saber si alguien ha puesto la mano en ella antes que nosotros.

Robert: Muy bien, señores, pero por ahora podéis descansar, porque apenas hay ya tierra en el río. Yo trabajo la que heredé de mi padre; cada cual hace otro tanto, y todas las tierras que veis están ocupadas hace mucho tiempo.

Emilio: Señor Robert, ¿se pierde con frecuencia la grana de melón?

Robert: Perdonadme, joven amigo, pero no nos llegan a menudo señoritos tan atolondrados como vos. Nadie toca la huerta de su vecino; todos respetan el trabajo de los demás a fin de que el suyo quede a salvo.

Emilio: Pero yo no tengo huerto.

Robert: ¿Y qué me importa a mí? Si estropeáis el mío no os volveré a dejar pasear por él; porque no quiero echar a perder mi esfuerzo.

Jean-Jacques: ¿No podríamos proponer un arreglo al buen Robert? Que nos conceda, a mi pequeño y a mí, una esquina de su huerto para cultivarlo, a condición de que él reciba la mitad del producto.

Robert: Os lo concedo sin condición. Pero recordad que yo iré a trabajar vuestras habas si vos tocáis mis melones.

En este ensayo de la manera de inculcar a los niños nociones primitivas, vemos que la idea de la propiedad remonta naturalmente al derecho de primer ocupante por el trabajo.

Esto es claro, nítido, simple, y siempre está al alcance del niño. De ahí al derecho de propiedad y a los intercambios no hay más que un paso, tras el que hay que detenerse en seco.

También se ve que una explicación que yo pongo aquí en dos páginas de escritura tal vez sea cosa de un año en la práctica: porque en la carrera de las ideas morales no se puede avanzar con demasiada lentitud, ni afirmarse demasiado bien a cada paso. Jóvenes maestros, pensad, por favor, en este ejemplo, y acordaos de que, en todo, vuestras lecciones deben estar más en hechos que en palabras; poque los niños olvidan fácilmente lo que han dicho y lo que se les dice, pero no lo que han hecho ni lo que se les hace.

Como he dicho, enseñanzas semejantes deben darse antes o después, según que el carácter pacífico o turbulento del alumno acelere o demore su necesidad; su uso es de una evidencia que salta a la vista; pero para no omitir nada importante en las cosas difíciles, demos todavía otro ejemplo.

Vuestro díscolo muchacho estropea cuanto toca: no os enfadéis; poned fuera de su alcance lo que pueda estropear. Que rompe los muebles que utiliza, no corráis a darle otros; dejadle sentir el perjuicio de la privación. Que rompe los cristales de su cuarto, dejad que el viento sople sobre él noche y día sin preocuparos de catarros; porque más vale que esté constipado que loco. Nunca os lamentéis de las molestias que os causa, pero haced que él sea el primero en sentirlas. Por último mandáis arreglar los cristales, siempre sin decir nada, ¿Que vuelve a romperlos? Cambiad entonces de método; decidle secamente pero sin cólera: Los cristales son míos; se han puesto ahí por mis cuidados; quiero protegerlos. Luego lo encerraréis en la oscuridad de un cuarto sin ventana. Ante este procemiento tan nuevo, él empieza por gritar y vociferar; nadie le escucha. Pronto se cansa y cambia de tono. Se queja, gime; se presenta un criado, el rebelde le pide que lo suelte. Sin buscar pretextos para no hacerlo, el criado responde: «*También yo tengo cristales que conservar*», y se marcha. Finalmente, después de que el niño haya permanecido allí varias horas, el tiempo suficiente para aburrirse y acordarse, alguien le sugerirá que os proponga un acuerdo por el cual vos le devolveríais la libertad y él no rompería más cristales: no está pidiendo otra cosa. Os hará rogar que vayáis a verle, vos

iréis, os hará su propuesta, y vos la aceptaréis al instante diciéndole: «Está muy bien pensado, así saldremos ganando los dos. ¡Qué pena que no hayáis tenido antes esa buena idea!» Y luego, sin pedirle ni protesta ni confirmación de su promesa, lo abrazaréis con alegría y lo llevaréis inmediatamente a su cuarto, considerando ese acuerdo sagrado e inviolable como si hubiera habido juramento. Con semejante método, ¿qué idea pensáis que tendrá, por este proceder, de la palabra de los compromisos y de su utilidad? O estoy equivocado o no hay en la tierra un solo niño, no ya mimado, a prueba de esta conducta, y al que tras esto se le ocurra romper adrede unos cristales[9]. Seguid la cadena de todo esto. Al hacer un agujero para plantar su haba, el pequeño malvado apenas si pensaba en cavar un calabozo en el que su ciencia no tardaría en encerrarle.

Ya estamos en el mundo moral; he ahí abierta la puerta al vicio. Con las convenciones y los deberes nacen el engaño y la mentira. Desde que se puede hacer lo que no se debe, se quiere ocultar lo que no se ha debido hacer. Desde que un interés hace prometer, un interés mayor puede hacer violar la promesa; sólo se trata de violarla impunemente. El recurso es natural, uno se esconde y miente. No habiendo podido prevenir el vicio, henos aquí ya en el caso de castigarlo: he ahí las miserias de la vida humana que comienzan con sus errores.

Ya se ha dicho suficiente para hacer comprender que nunca se debe inflingir a los niños el castigo como castigo, sino que ha de llegarles siempre como una secuela natural de su mala acción. Así, no haréis discursos contra la mentira, ni los castigaréis precisamente por haber mentido; pero sí haréis que todos los malos efectos de la mentira, como no ser creído cuando se dice la verdad, ser acusado del mal que no se ha cometido aunque se niegue, recaigan sobre su cabeza cuando han mentido. Mas expliquemos lo que significa mentir para los niños.

Hay dos clases de mentira; la de hecho, que afecta al pasado, y la de derecho, que afecta al futuro. La primera ocurre cuando se niega haber hecho lo que se ha hecho, o cuando se afirma haber hecho lo que no se ha hecho, y, en general, cuando se habla a sabiendas contra la verdad de las cosas. La otra ocurre cuando se promete lo que no se tiene

intención de cumplir, y, en general, cuando se muestra una intención contraria a la que se tiene. Estas dos mentiras pueden reunirse a veces en una sola[10]; pero las considero aquí por lo que tienen de diferente*.

Quien siente la necesidad que tiene de la ayuda de los demás y no cesa de experimentar su benevolencia, no tiene ningún interés en engañarlos; al contrario, tiene un sensible interés en que los otros vean las cosas tal como son, por miedo a que se equivoquen en perjuicio suyo. Por tanto, resulta evidente que la mentira de hecho no es natural en los niños, sino que es la ley de la obediencia la que produce la necesidad de mentir, porque siendo costosa la obediencia, uno se libra de ella en secreto cuanto puede, y porque el interés presente de evitar el castigo o el reproche predomina sobre el interés lejano de exponer la verdad. En la educación natural y libre, ¿por qué habrá de mentiros vuestro hijo? ¿Qué tiene que ocultaros? No le reprendéis, no le castigáis por nada, no exigís nada de él. ¿Por qué no había de deciros cuanto ha hecho tan ingenuamente como a su camarada? En esa confesión no puede ver más peligro en un lado que en otro.

La mentira de derecho es menos natural todavía porque las promesas de hacer o de abstenerse son actos convencionales que se salen del estado de naturaleza y derogan la libertad. Hay más: todos los compromisos de niños son nulos por sí, dado que, no pudiendo extenderse su limitada visión más allá del presente, al comprometerse no saben lo que hacen. El niño apenas puede mentir cuando se compromete; porque no pensando sino en salir del apuro en el momento presente, cualquier medio que no tenga un efecto presente es igual para él; prometiendo para el futuro no promete a nada, y su imaginación, todavía adormecida, no sabe extender su ser a dos

* Véase sobre la mentira el examen de conciencia que Rousseau hace en torno a un episodio de su juventud, en el cuarto paseo de *Las ensoñaciones del paseante solitario* (*ed. cit.*, págs. 64 y ss.). Cuando tenía dieciséis años y trabajaba como lacayo en Turín, Rousseau robó una cinta, acusando luego, una vez descubierto el robo, a una joven criada , Marion: «Esta carga —comenta al final del libro II de las *Confesiones*— ha [...] permanecido hasta el día de hoy sin disminuir sobre mi conciencia, y puedo decir que el deseo de librarme de alguna forma de ella ha contribuido mucho a la resolución que he tomado de escribir mis confesiones».

tiempos diferentes. Si pudiera evitar el látigo o conseguir un cucurucho de peladillas con la promesa de tirarse al día siguiente por la ventana, lo prometería al instante. He ahí por qué las leyes no toman en consideración los compromisos de los niños; y cuando los padres y los maestros más severos exigen que los cumplan, es sólo en aquello que el niño debería hacer aun cuando no lo haya prometido.

Como el niño no sabe lo que hace cuando se compromete, no puede mentir comprometiéndose. No ocurre lo mismo cuando falta a su promesa, que también es una especie de mentira retroactiva, porque recuerda muy bien haber hecho esa promesa, pero lo que no ve es la importancia de cumplirla. Al no poder leer el futuro, no puede prever las consecuencias de las cosas, y cuando viola sus compromisos, nada hace contra la razón de su edad.

De donde se sigue que todas las mentiras de los niños son obra de los maestros, y que pretender enseñarlos a decir la verdad no es otra cosa que enseñarlos a mentir. En la solicitud que se pone en regularlos, gobernarlos e instruirlos, jamás se encuentran instrumentos suficientes para lograrlo. Se quieren conseguir nuevos asideros sobre su espíritu con máximas sin fundamento, con preceptos sin razón, y se prefiere que sepan sus lecciones y mientan a que permanezcan ignorantes y verdaderos.

En cuanto a nosotros, que sólo damos a nuestros alumnos lecciones prácticas y que preferimos que sean buenos a sabios, no exigimos de ellos la verdad por miedo a que la disfracen, y no les hacemos prometer nada que estén tentados a no cumplir. Si en mi ausencia se ha cometido algún mal cuyo autor ignoro, me guardaré de acusar a Emilio o de decirle: «¿Habéis sido vos"?». Porque ¿haría con ello algo distinto a enseñarle a negarlo? Que si su carácter difícil me obliga a hacer con él algún pacto, tomaré también mis medidas que la proposición siempre proceda de él, nunca de mí; tan bien que, una vez que se haya comprometido, siempre tenga un interés presente y sensible en cumplir su compromiso; y tan bien que, si alguna vez falta a él, esa mentira le acarree males que vea derivar del orden mismo de las cosas y no de la venganza de su ayo. Pero, lejos de necesitar recurrir a expedientes tan crueles, estoy casi seguro de que Emilio sabrá muy tarde lo que es mentir, y de

que cuando se entere quedará muy sorprendido por ser incapaz de concebir para qué puede servir la mentira. Está clarísimo que cuanto más independiente hago su bienestar, bien de las voluntades, bien de los juicios de los demás, más suprimo en él todo interés por mentir.

Cuando uno no se ve acuciado por instruir, tampoco se ve acuciado por exigir, y nos tomamos el tiempo necesario para no exigir nada sino en momento oportuno. Entonces el niño se forma en aquella parte en que no se echa a perder. Pero cuando un preceptor atolondrado, no sabiendo cómo arreglárselas, le hace prometer a cada instante esto o aquello sin distinción, sin elección, sin mesura, el niño, aburrido, sobrecargado con todas esas promesas, las descuida, las olvida, las desprecia por último y mirándolas como otras tantas fórmulas vanas, convierte en juego el cumplirlas o el violarlas. ¿Queréis pues que sea fiel en mantener su palabra? Sed discreto al exigirla.

El detalle sobre la mentira en que acabo de entrar puede aplicarse en muchos aspectos a todos los demás deberes, que únicamente se prescriben a los niños haciéndoselos no sólo odiosos sino impracticables. Creyendo predicarles la virtud, se les hace amar todos los vicios. Al prohibirles que los tengan, se les dan. ¿Se quiere hacerlos piadosos? Se les lleva a la iglesia a aburrirse; haciéndoles murmurar oraciones constantemente, se les fuerza a aspirar a la dicha de no rezar más a Dios. Para inspirarles caridad, se les hace dar limosna, como si se despreciara darla uno mismo. ¡Eh!, no es el niño quien debe dar, es el maestro; por más apego que tenga hacia su alumno, debe disputarle ese honor, debe hacerle juzgar que a su edad aún no se es digno de hacerlo. La limosna es una acción de hombre que conoce el valor de lo que da, y la necesidad que su semejante tiene de ello. El niño, que no sabe nada de esto, no puede tener ningún mérito; da sin caridad, sin beneficencia; casi siente vergüenza dar cuando, fundado en su ejemplo y el vuestro, cree que sólo dan los niños, y que de mayor ya no se hace limosna.

Observad que nunca se hace dar al niño cosas cuyo valor ignora, monedas de metal que tiene en el bolsillo, y que sólo le sirven para eso. Antes daría un niño cien luises que un pastel. Pero inducid a ese pródigo distribuidor a dar las cosas que le

son queridas, juguetes, caramelos, su merienda, y pronto sabremos si lo habéis hecho verdaderamente liberal.

Todavía existe otro medio para esto; consiste en devolver rápidamente al niño lo que ha dado, de modo que se acostumbre a dar todo lo que sabe que ha de volver a él. Sólo he visto en los niños dos especies de generosidad: dar lo que no les sirve para nada, o dar lo que están seguros de que se les va a devolver. Haced de suerte, dice Locke*, que estén convencidos por experiencia que el más liberal es siempre el mejor correspondido. Eso es hacer a un niño liberal en apariencia, y avaro en efecto. Añade que de este modo los niños contraerán el hábito de la liberalidad; sí, de una liberalidad usurera, que da un huevo para tener un buey. Pero cuando simplemente se trate de dar a secas, adiós hábito; cuando dejen de devolverles, pronto dejarán de dar. Hay que atender al hábito del alma antes que al de las manos. Todas las demás virtudes que se enseñan a los niños se parecen a ésta, y es predicándoles sólidas virtudes como se consumen los años de su juventud en medio de la tristeza. ¡Sabia educación!

Maestros, dejaos de remilgos, sed virtuosos y buenos; que vuestros ejemplos se graben en la memoria de vuestros alumnos, a la espera de poder entrar en sus corazones. En vez de darme prisa en exigir del mío actos de caridad, prefiero hacerlos en presencia suya, y privarle incluso del medio de imitarme en eso como un honor que no corresponde a su edad; porque importa que no se acostumbre a mirar los deberes de los hombres sólo como deberes de niños. Que si, viéndome asistir a los pobres, me pregunta sobre ello, y es tiempo de responderle[12], le diré: «Amigo mío, es que cuando los pobres quisieron que hubiera ricos, los ricos prometieron alimentar a todos los que no tuvieran de qué vivir, ni con su hacienda ni con su trabajo». «¿También vos habéis prometido eso?», preguntará. «Sin duda; soy dueño de los bienes que pasan por mis manos sólo con la condición que está unida a su propiedad».

Después de haber oído estas palabras, (y ya hemos visto cómo puede ponerse a un niño en condiciones de comprenderlas), alguien que no sea Emilio se vería tentado a imitarme y a comportarse como hombre rico; en semejante caso, yo impediría

* Locke, *De la educación de los niños*, § 112.

por lo menos que lo hiciese con ostentación; antes preferiría que me privara de mi derecho y se escondiera para dar. Es un fraude propio de su edad, el único que yo le perdonaría.

Sé que todas estas virtudes por imitación son virtudes de mono, y que ninguna buena acción es moralmente buena sino cuando se hace como tal y no porque otros la hagan. Pero en una edad en que el corazón aún no siente nada, hay que hacer que los niños imiten los actos cuyo hábito se quiere que adopten, a la espera de que puedan hacerlos por discernimiento y por amor al bien. El hombre es imitador, hasta el animal lo es: el gusto por la imitación es propio de la naturaleza bien ordenada, pero degenera en vicio en la sociedad. El mono imita al hombre al que teme, y no imita a los animales que desprecia; juzga bueno aquello que hace un ser mejor que él. Por el contrario, entre nosotros, nuestros arlequines de toda laya imitan lo bello para degradarlo, para ridiculizarlo; sintiendo su bajeza tratan de igualarse a lo que vale más que ellos, o, si se esfuerzan por imitar lo que admiran, en la elección de los objetos se ve el falso gusto de los imitadores; quieren imponerse a los otros o buscar el aplauso de su talento antes que volverse mejores o más sabios. El fundamento de la imitación procede entre nosotros del deseo de salir siempre fuera de uno mismo. Si triunfo en mi empresa, es seguro que Emilio no tendrá tal deseo. Por tanto hemos de prescindir del bien aparente que puede producir.

Profundizad en todas las reglas de vuestra educación y encontraréis que todas van a contrapelo, sobre todo en lo que concierne a virtudes y costumbres. La única lección de moral que conviene a la infancia, y la más importante en toda edad, es no hacer nunca mal a nadie. El precepto mismo de hacer el bien, si no está subordinado a aquel, es peligroso, falso, contradictorio. ¿Quién no hace el bien? Todo el mundo lo hace, tanto el malvado como los otros; hace feliz a uno a expensas de cien miserables, y de ahí derivan todas nuestras calamidades. Las virtudes más sublimes son negativas: son también las más difíciles, porque carecen de ostentación y están por encima incluso de ese placer tan dulce para el corazón del hombre: que otro se vaya contento con nosotros. ¡Oh, qué bien hace necesariamente a sus semejantes aquel de nosotros, si es que hay alguno, que jamás les hace daño! ¡Qué

intrepidez de alma, qué vigor de carácter necesita para eso! ¡No es razonando sobre esta máxima, sino tratando de practicarla, como se siente lo grande y penoso que resulta conseguirlo[13]!

He aquí algunas ligeras ideas de las precauciones con que yo querría que se diese a los niños las instrucciones que a veces no se les puede negar sin exponerlos a perjudicarse a sí mismos y a los demás, y sobre todo a contraer malos hábitos de los que luego costaría mucho corregirlos: pero estemos seguros de que tal necesidad se presentará en raras ocasiones con niños educados como deben serlo; porque es imposible que se vuelvan indóciles, malvados, mentirosos, ávidos, cuando en sus corazones no se ha sembrado los vicios que los vuelven tales. Así, lo que he dicho sobre este punto sirve más a las excepciones que a las reglas; pero excepciones son más frecuentes a medida que los niños tienen más ocasiones de salir de su estado y contraer los vicios de los hombres. Quienes se educan en medio de la sociedad necesitan, por fuerza, instrucciones más precoces que quienes son educados en el retiro. Esta educación solitaria sería, pues, preferible, aunque no hiciera más que dar a la infancia el tiempo de madurar.

Hay otro género de excepciones contrarias para aquellos a quienes un natural feliz educa adelantándose a su edad. Lo mismo que hay hombres que nunca salen de la infancia, los hay que, por así decir, prescinden de ella y son hombres casi al nacer. Lo malo consiste en que esta última excepción es muy rara, muy difícil de conocer, y en que cada madre, pensando que un niño puede ser un prodigio, no tiene dudas de que el suyo lo es. Van más lejos todavía: toman por indicios extraordinarios los mismos que señalan el orden acostumbrado: la vivacidad, las ocurrencias, el aturdimiento, la penetrante ingenuidad, signos todos ellos característicos de la edad y que muestran de modo inmejorable que un niño no es más que un niño. ¿Qué tiene de extraño que aquel a quien se hace hablar mucho y al que se permite decir todo, que no se ve sujeto por ningún miramiento ni decoro, haga por azar algún descubrimiento feliz? Mucho más extraño sería que no lo hiciera nunca, como también lo sería que con mil mentiras un astrólogo nunca predijese alguna verdad. Mentirán tanto, decía Enri-

que IV, que al final dirán la verdad*. Quien desee encontrar algunas frases ingeniosas no tiene más que decir muchas tonterías. ¡Dios libre de mal a las gentes a la moda que no tienen otro mérito para ser festejados!

Los pensamientos más brillantes pueden caer en el cerebro de los niños, o mejor, las mejores palabras en su boca, lo mismo que los diamantes del mayor valor bajo sus manos sin que por ello les pertenezcan ni los pensamientos ni los diamantes; a esa edad no hay verdadera propiedad de ningún género. Las cosas que dice un niño no son para él lo que para nosotros, no une a ellas las mismas ideas. Esas ideas, siempre que las haya, no tienen en su cabeza ni ilación ni relación; no hay nada fijo, nada seguro en todo lo que piensa. Examinad a vuestro pretendido prodigio. En ciertos momentos encontraréis en él un resorte de extremada actividad, una claridad de ingenio capaz de abrir brecha en las nubes. Con la mayor frecuencia ese mismo ingenio os parece flojo, húmedo, y como rodeado de espesa bruma. Tan pronto se adelanta a vosotros como queda inmóvil. Un momento diréis: es un genio, y al momento siguiente: es un estúpido; os engañaréis en ambos casos: es un niño. Es un aguilucho que hiende el aire un instante y vuelve a caer al instante siguiente en su aguilera.

Tratadlo, pues, según su edad a pesar de las apariencias y procurad no agotar sus fuerzas por haberlas querido ejercitar demasiado. Si ese joven cerebro se calienta, si veis que comienza a hervir, al principio dejadlo fermentar en libertad, pero no lo excitéis nunca, no vaya a ser que todo se exhale, y, una vez se hayan evaporado los primeros espíritus, retened y comprimid los otros, hasta que con los años todo se vuelva calor y verdadera fuerza. De otro modo perderéis vuestro tiempo y vuestros cuidados, destruiréis vuestra propia obra, y después de haberos embriagado de modo indiscreto con todos esos vapores inflamables, sólo os quedará un aguardiente sin fuerza.

De niños aturdidos salen los hombres vulgares; no conozco

---

* La frase de Enrique IV procede probablemente de Legendre de Saint-Aubin (*Mémoires* de Bassompierre): cuando los astrólogos predijeron su muerte, «dirán verdad a la postre, dijo un día ese monarca al mariscal de Bassompierre, y se prestará más atención a la única vez en que habrán encontrado la verdad que a tantas otras ocasiones en que se habrán equivocado».

observación más general y certera que ésta. Nada hay más difícil que distinguir en la infancia la estupidez real de esa aparente y falaz estupidez que es el anuncio de las almas fuertes. Al principio parece extraño que los dos extremos tengan signos tan semejantes, y así debe ser sin embargo; porque a una edad en que el hombre todavía no tiene verdaderas ideas, toda la diferencia entre quien tiene genio y quien no lo tiene estriba en que el último sólo admite falsas ideas, mientras el primero, no encontrándolas sino tales, no admite ninguna; el uno se parece por tanto al necio en que no es capaz de nada, y el otro en que nada le conviene. El único signo capaz de distinguirlos depende del azar que puede ofrecer el último alguna idea a su alcance, mientras el primero es siempre el mismo en todas partes. Durante su infancia, Catón el joven parecía un imbécil en su casa. Era taciturno y obstinado: ese juicio se tenía de él. No fue sino en la antecámara de Sila donde su tío aprendió a conocerle. Si no hubiera estado en esa antecámara, tal vez habría pasado por un bruto hasta la edad de razón. Si César no hubiera vivido, tal vez se habría tratado siempre de visionario a ese mismo Catón que vislumbró su funesto genio y previó con tanta antelación todos sus proyectos. ¡Oh, cuán sujetos a engaño están los que juzgan tan precipitadamente a los niños! Son a menudo más niños que ellos. He visto a un hombre que me honraba con su amistad, pasar a edad bastante avanzada entre su familia y sus amigos por un espíritu limitado. Esa excelente cabeza maduraba en silencio. De pronto se acreditó como filósofo, y no dudo que la posteridad ha de adjudicarle un puesto honorable y distinguido entre los mejores razonadores y los más profundos metafísicos de su siglo*.

Respetad la infancia, y no os apresuréis a juzgarla ni para bien ni para mal. Dejad que las excepciones se muestren, que se prueben, que se confirmen largo tiempo antes de adoptar para ellas métodos particulares. Durante largo tiempo dejad

* El ejemplo de Catón está sacado de la *Vida de Catón de Útica*, de Plutarco (2 y 66-67); Rousseau lo cuenta de modo inexacto. En cuanto al hombre de edad avanzada que se revela como profundo metafísico, se trata de Condillac, con quien Rousseau trabó amistad cuando escribía el *Essai sur l'origine des connoissances humaines*; Condillac lo publicó a los treinta y un años; nuestro autor tenía entonces treinta y cuatro.

obrar a la naturaleza antes de entrometeros a obrar en su lugar, no vaya a ser que contrariéis sus operaciones. Conocéis el precio del tiempo, me diréis, ¿y queréis que lo perdamos? ¿No veis que es perderlo mucho más emplearlo mal que no hacer nada, y que un niño mal instruido está más lejos de la sabiduría que aquel al que no se ha instruido en absoluto? Os alarmáis viéndole consumir sus primeros años sin hacer nada. ¡Cómo! ¿No es nada ser dichoso? ¿No es nada saltar, jugar correr todo el día? En su vida estará tan ocupado. En su república, Platón, a quien se cree tan austero, sólo educa a los niños en fiestas, juegos, canciones y pasatiempos; se diría que ha cumplido con todo una vez que les ha enseñado bien a divertirse; y Séneca, hablando de la antigua juventud romana, dice: Estaba siempre de pie, no se le enseñaba nada que tuviera que aprender sentada*. ¿Y valía menos una vez llegada a la edad viril? Así pues, no os preocupéis demasiado por esa pretendida ociosidad. ¿Qué diríais de un hombre que para aprovechar completamente la vida no quisiera dormir nunca? Diríais: ese hombre es insensato; no goza del tiempo, se priva de él: por huir del sueño, corre a la muerte. Pensad, pues, que aquí es lo mismo, y que la infancia es el sueño de la razón.

La aparente facilidad de aprender es causa de la pérdida de los niños. No se ve que esa facilidad misma es la prueba de que no aprenden nada. Su cerebro liso y pulido devuelve como un espejo los objetos que se le presentan; pero nada queda, nada penetra. El niño retiene las palabras, las ideas se reflejan; quienes lo escuchan las entienden, sólo él no las entiende.

Aunque la memoria y el razonamiento sean dos facultades en esencia diferentes, la una sólo se desarrolla verdaderamente al lado de la otra. Antes de la edad de razón el niño no recibe ideas sino imágenes, y entre unas y otras hay la siguiente diferencia: que las imágenes no son más que pinturas absolutas de objetos sensibles, y que las ideas son nociones de objetos, determinadas por unas relaciones. Una imagen puede estar sola en el espíritu que se la representa, pero toda idea supone otras. Cuando uno imagina no hace más que ver, cuando uno

* El pasaje y la referencia platónica están sacados de Montaigne (*Essais*, I, 26); también se cita a Séneca como educador, con la misma frase empleada por Rousseau, en *Essais*, II, 21.

concibe, compara. Nuestras sensaciones son puramente pasivas, mientras que todas nuestras percepciones o ideas nacen de un principio activo que juzga. Esto lo demostraremos luego*.

Digo, pues, que, por no ser capaces de juicio, los niños no tienen ninguna memoria verdadera. Retienen sonidos, figuras, sensaciones, raramente ideas, más raramente sus relaciones. Objetándome que aprenden algunos elementos de geometría se cree probar algo contra mí, y, por el contrario, se prueba algo a mi favor. Se muestra que, lejos de saber razonar por sí mismos, no saben siquiera retener los razonamientos de otros; porque seguid a esos pequeños geómetras en su método: pronto veréis que únicamente han retenido la exacta impresión de la figura y los términos de la demostración. A la menor objeción nueva, ya no dan con ellos; invertid la figura, ya no comprenden. Todo su saber está en la sensación, nada ha pasado hasta el entendimiento. Su memoria misma apenas es más perfecta que sus restantes facultades, puesto que casi siempre es menester que de mayores aprendan de nuevo las cosas cuyas palabras han aprendido en la infancia.

Estoy sin embargo muy lejos de pensar que los niños carezcan de alguna especie de razonamiento[14]. Veo, por el contrario, que razonan muy bien sobre todo aquello que conocen y que se refiere a su interés presente y sensible. Es sobre sus conocimientos sobre lo que uno se equivoca, prestándoles los que no tienen y haciéndoles razonar sobre lo que no podrían comprender. También se engaña uno queriendo volverles atentos a consideraciones que en nada les afectan, como la de su interés futuro, su felicidad cuando sean hombres, la estima que se tendrá hacia ellos cuando sean mayores; palabras que, dichas a seres carentes de toda previsión, no significan absolutamente nada para ellos. Y todos los estudios forzados de estos pobres desventurados tienden a esos temas completamente ajenos a sus espíritus. ¡Júzguese la atención que pueden prestarles!

Los pedagogos que con gran aparato nos presentan las

---

* En el *Manuscrito Favre* (*O.C.*, Pléiade, IV, pág. 133) Rousseau indica de forma expresa que el párrafo va dirigido contra Helvetius. En el texto definitivo, no queriendo atacar a un hombre perseguido (*Lettres écrites de la montagne*, *O.C.*, III, pág. 693), elimina la alusión directa.

instrucciones que dan a sus discípulos son pagados para emplear otro lenguaje; sin embargo, por su propia conducta vemos que piensan exactamente como yo; porque, en última instancia, ¿qué les enseñan? Palabras y palabras, siempre palabras. Entre las diversas ciencias que se glorían de enseñarles, mucho se guardan de escoger las que realmente les serían útiles, porque se trataría de ciencias de cosas y no lograrían nada; heráldica, geografía, cronología, lenguas, etc., estudios todos ellos tan lejos del hombre, y en especial del niño, que es maravilla si algo de todo eso puede serle útil una vez en su vida.

Ha de sorprender que yo cuente el estudio de las lenguas en el número de las inutilidades de la educación; pero debe recordarse aquí que sólo hablo de los estudios de la primera edad, y, se diga lo que se quiera, no creo que hasta la edad de doce o quince años ningún niño, dejando a un lado los prodigios, haya aprendido nunca verdaderamente dos lenguas.

Convengo en que si el estudio de las lenguas no fuera más que el de las palabras, es decir, de las figuras o sonidos que los expresan, tal estudio podría convenir a los niños: pero las lenguas, al cambiar los signos, modifican también las ideas que representan. Las cabezas se forman sobre los lenguajes, los pensamientos adoptan el tinte de los idiomas, sólo la razón es común, en cada lengua el espíritu tiene forma particular; diferencia que bien podría ser en parte la causa o el efecto de los caracteres nacionales, y lo que parece confirmar esa conjetura es que en todas las naciones del mundo la lengua sigue las vicisitudes de las costumbres y se conserva o altera como ellas.

De estas formas diversas, el uso proporciona una al niño, y ésa es la única que conserva hasta la edad de razón. Para tener dos, sería preciso que supiera comparar ideas, y ¿cómo va a compararlas si apenas se halla en estado de concebirlas? Cada cosa puede tener para él mil signos diferentes; pero cada idea no puede tener más que una forma: por tanto sólo puede aprender a hablar una lengua. Aprende sin embargo varias, me dicen: lo niego. He visto alguno de esos pequeños prodigios que creían hablar cinco o seis lenguas. Les he oído hablar sucesivamente alemán en términos latinos, en términos franceses, en términos italianos; se servían, de verdad, de cinco o seis

diccionarios; pero nunca hablaban otra cosa que alemán. En una palabra: dad a los niños tantos sinónimos como os plazca: cambiaréis las palabras, no la lengua: nunca conocerán más que una.

Para ocultar en este punto su falta de aptitud se les ejercita preferentemente en las lenguas muertas, de las que no existen jueces irrecusables. Perdido hace mucho tiempo el uso familiar de estas lenguas, se contentan con imitar lo que de ellas se haya escrito en los libros, y a eso llaman hablarlas. Si tal es el griego y el latín de los maestros, ¡Júzguese el de los niños! Apenas han aprendido de memoria sus rudimentos, de los que no entienden absolutamente nada, y ya se les enseña primero a traducir un discurso francés en palabras latinas; luego, cuando están más avanzados, a hilvanar en prosa frases de Cicerón y en verso centones de Virgilio. Entonces creen hablar latín: ¿quién irá a contradecirlos?

Sea el estudio que fuere, sin la idea de las cosas representadas los signos que las representan no significan nada. Sin embargo, siempre limitan al niño a esos signos, sin lograr hacer que comprenda nunca ninguna de las cosas que representan. Pensando en enseñarle la descripción de la tierra sólo se le enseña a conocer mapas; se le enseñan nombres de ciudades, de países, de ríos que no concibe que existan en otra parte más que sobre el papel en que se le muestran. Recuerdo haber visto en alguna parte una geografía que empezaba así: *¿Qué es el mundo? Es un globo de cartón.* Precisamente así es la geografía de los niños. Afirmo como un hecho que después de dos años de esfera y de cosmografía no hay un solo niño de diez años que, con las reglas que le han dado, sepa dirigirse de París a Saint-Denis. Afirmo como un hecho que no hay uno que, sobre un plano del jardín de su padre, esté capacitado para seguir sus vueltas sin extraviarse. Ahí tenéis a esos doctores que saben exactamente dónde están Pekín, Ispahán, México y todos los países de la tierra.

Oigo decir que conviene ocupar a los niños en estudios que sólo precisen ojos: podría ser si hubiera algún estudio donde sólo hicieran falta ojos; pero no conozco ninguno semejante.

Por un error todavía más ridículo les hacen estudiar historia: se piensa que la historia está a su alcance porque no es más que una colección de hechos; pero ¿qué se entiende por ese

término de hechos? ¿Se cree que las relaciones que determinan los hechos históricos son tan fáciles de captar que las ideas se forman sin esfuerzo en la mente de los niños? ¿Se piensa que el verdadero conocimiento de los sucesos puede separarse del conocimiento de sus causas, del de sus efectos, y que lo histórico atañe tan poco a la moral que puede conocerse uno sin la otra? Si en las acciones de los hombres veis los movimientos exteriores y puramente físicos, ¿qué aprendéis en la historia? Absolutamente nada, y ese estudio, carente de todo interés, no os da más placer que instrucción. Si queréis apreciar esas acciones por sus relaciones morales, tratad de hacer comprender esas relaciones a vuestros alumnos y entonces veréis si la historia es apropiada a su edad.

Lectores, recordad siempre que quien os habla no es ni un sabio ni un filósofo, sino un hombre sencillo, amigo de la verdad, sin partido ni sistema; un solitario que, viviendo poco con los hombres, tiene menos ocasiones de imbuirse de sus prejuicios, y más tiempo para reflexionar sobre lo que le sorprende cuando trata con ellos. Mis razonamientos se fundan menos sobre principios que sobre hechos, y creo que no puedo poneros en mejor situación para juzgarlos que contándoos a menudo algún ejemplo de las observaciones que me los sugieren.

Había ido yo a pasar unos días al campo, a casa de una buena madre de familia que ponía gran cuidado en sus hijos y en su educación. Una mañana que yo estaba presente en las lecciones del mayor, su ayo, que le había instruido muy bien en historia antigua, al repetirle la de Alejandro llegó a la conocida anécdota del médico Filipo, llevada a la pintura con todo merecimiento. El ayo, hombre de valía, hizo varias reflexiones que no me agradaron sobre la intrepidez de Alejandro, peero evité discutirlas para no desacreditarle en el espíritu de su alumno. En la mesa, no dejaron, según el método francés, de hacer parlotear al pequeño hombrecito*.

* Aunque Rousseau critica este hábito «francés» (en la *Nouvelle Héloïse, O.C.*, II, pág. 574), Sofía será educada especialmente en el arte de agradar, como veremos luego.

Esa estancia de varios días en el campo podría evocar el tiempo que pasó Rousseau en casa de Madame d'Espinay, cuyo hijo tenía nueve años cuando el filósofo se instala en l'Ermitage.

La vivacidad natural de su edad, y la esperanza de un aplauso seguro, le hicieron soltar mil tonterías entre las que de vez en cuando salían algunas frases afortunadas que hacían olvidar el resto. Por fin llegó la historia del médico Filipo: la contó con mucha claridad y mucha gracia. Tras el ordinario tributo de elogios que exigía la madre y el hijo esperaba, se discutió sobre lo que había dicho. La mayoría censuró la temeridad de Alejandro; algunos, siguiendo al ayo, admiraban su firmeza, su valor; lo cual me hizo comprender que ninguno de los presentes veía en qué consistía la verdadera belleza de la anécdota. En cuanto a mí, les dije, me parece que si hay el menor valor, la menor firmeza en la acción de Alejandro, no es más que una extravagancia. Iba yo a responder y acalorarme cuando una mujer que estaba a mi lado, y que no había abierto la boca, se inclinó a mi oído y me dijo muy bajo: Cállate, Jean-Jacques, no te entenderán. La miré, quedé sorprendido, y me callé*.

Después de la comida, sospechando por varios indicios que mi joven doctor no había comprendido nada de toda la historia que tan bien había contado, le cogí de la mano, di con él una vuelta por el parque, y, habiéndole interrogado a mis anchas, llegué a la conclusión de que admiraba más que nadie el valor tan alabado de Alejandro: pero ¿sabéis dónde veía él ese valor? Únicamente en el hecho de beberse de un solo trago un brebaje de mal sabor, sin vacilar, sin dejar traslucir la menor repugnancia. El pobre niño, al que le habían hecho tomar una medicina no hacía quince días y que la había tomado con un sufrimiento infinito, aún tenía el amargor en la boca. La muerte, el envenenamiento sólo eran en su espíritu sensaciones desagradables, y no concebía para él otro veneno que el sen. Sin embargo, hemos de confesar que la firmeza del

Montaigne cuenta la historia del médico de Alejandro en *Essais*, I, 24: «Cosa que Alejandro demostró con mayor viveza y con mayor rigor cuando, habiendo sabido por una carta de Parmenión que Filipo, su médico más querido, había sido corrompido por el dinero de Darío para envenenarle, al mismo tiempo que daba a leer su carta a Filipo tragó el brebaje que éste le había presentado. ¿Fue para expresar la resolución de que si sus amigos querían matarle, consentía en que pudiesen hacerlo?» Quinto Curcio (*Historia de Alejandro*, III, 6) y Plutarco (*Vida de Alejandro el Grande*, 33) refieren la anécdota.

* El texto resulta confuso. Para Pierre Burgelin, anotador de la edición del *Emilio* (*O.C.*, Pléiade) aduce: «Hay que entender que el auditorio se puso de acuerdo contra Rousseau y lo trató de extravagante».

héroe había causado gran impresión sobre su joven corazón, y que había decidido ser otro Alejandro cuando tuviera que tragase la próxima medicina. Sin entrar en aclaraciones que evidentemente superaban sus alcances, lo animé en estas loables disposiciones, y me volví riéndome para mis adentros de la alta sabiduría de padres y maestros que creen enseñar historia a los niños.

Es fácil poner en sus bocas las palabras reyes, imperios, guerras, conquistas, revoluciones, leyes; pero cuando haya que unir a esas palabras ideas claras se necesitará, y mucho, la conversación del jardinero Robert para todas esas explicaciones.

Estoy seguro de que algunos lectores, descontentos con el *cállate, Jean-Jaques,* preguntarán qué es lo que me parece tan hermoso, en última instancia, en la acción de Alejandro. ¡Desventurados! Si hay que decíroslo, ¿cómo vais a comprenderlo? Es que Alejandro creía en la virtud; es que creía en ella por encima de todo, por encima de su propia vida; es que su alma grande estaba hecha para creer en ella. ¡Qué hermosa profesión de fe esa medicina tragada! No, jamás mortal alguno hizo otra más sublime. Si hay algún moderno Alejandro, que me lo muestren por unos rasgos semejantes.

Si no hay ciencia de palabras, tampoco hay estudio propio de los niños. Si no tienen verdaderas ideas, tampoco tienen verdadera memoria; porque no llamo así a la que no retiene más que sensaciones. ¿De qué sirve inscribir en su cabeza un catálogo de signos que nada representan para ellos? Al aprender las cosas, ¿no aprenderán los signos? ¿Por qué darles el trabajo inútil de aprender las dos veces? Y, sin embargo, ¡qué peligrosos prejuicios no se empieza inspirándoles al hacerles aprender como ciencia palabras que no tienen ningún sentido para ellos! De la primera palabra con que el niño se contenta, de la primera cosa que aprende fiado en la palabra de otro sin ver su utilidad por sí mismo, deriva la perdición de su juicio: brillará mucho tiempo a ojos de los necios antes de que él repare en semejante pérdida[15].

No, si la naturaleza da al cerebro de un niño esa flexibilidad que lo vuelve idóneo para recibir toda clase de impresiones no es para que en él se graben nombres de reyes, fechas, términos de heráldica, de esfera, de geografía, y todas esas palabras sin

ningún sentido para su edad ni utilidad alguna para cualquier otra con que se abruma su triste y estéril infancia; sino para que todas las ideas que puede concebir y que le son útiles, todas las que se refieren a su felicidad y deben ilustrarle un día sobre sus deberes se marquen desde hora temprana con caracteres imborrables, y le sirvan para conducirse durante su vida de manera conveniente a su ser y a sus facultades.

Aunque no estudie en los libros, la especie de memoria que puede tener un niño no por eso permanece ociosa; todo lo que ve, todo lo que oye le sorprende y se acuerda de ello; en sí mismo lleva un registro de las acciones, de las palabras de los hombres, y todo cuanto le rodea es el libro en el que, sin pensar en ello, enriquece continuamente su memoria a la espera de que su juicio pueda aprovecharlo. Es en la elección de esos objetos, en el cuidado de presentarle sin cesar los que puede conocer y ocultarle los que debe ignorar donde estriba el verdadero arte de cultivar en él esa primera facultad; y por esa vía hay que tratar de formarle un almacén de conocimientos que sirva a su educación durante la juventud y a su conducta en todo tiempo. Cierto que este método no forma pequeños prodigios ni hace brillar a ayos ni preceptores; pero forma hombres juiciosos, robustos, sanos de cuerpo y de entendimiento que, sin haberse hecho admirar de jóvenes, se hacen honrar de mayores*.

Emilio nunca aprenderá nada de memoria, ni siquiera fábulas, ni siquiera las de La Fontaine, por más ingenuas y encantadoras que sean; porque las palabras de las fábulas no son las fábulas, lo mismo que las palabras de la historia no son la historia. ¿Cómo se puede ser tan ciego para llamar a las fábulas la moral de los niños? Sin pensar en que el apólogo, al divertirles, los engaña; en que, seducidos por la mentira, dejan escapar la verdad, y en que lo que se hace para volverles agradable la instrucción les impide aprovecharla**. Las fábulas

---

* Tanto este párrafo como el anterior están calcados de *La Nouvelle Héloïse* (*O.C.*, Pléiade, t. II, pág. 580), con ligeras variantes y correcciones adaptadas al tema de la memoria de los niños.

** Las *Fábulas* de La Fontaine habían sustituido en las escuelas a los *Quatrains* de Pibrac (1574), originando una fuerte polémica. En contra de las fábulas como método de enseñanza estaban La Condamine y Rousseau, por ejemplo; a su favor, Coste en su traducción de Locke sobre *La educación de los*

pueden instruir a los hombres, pero a lo niños hay que decirles la verdad desnuda; tan pronto como se la cubre con un velo, ellos no se molestan ya en alzarlo.

Se hace aprender las fábulas de La Fontaine a todos los niños, y no hay uno solo que las entienda; si las entendieran sería peor aún, porque la moral está tan mezclada en ellas y es tan desproporcionada para su edad que los llevaría más al vicio que a la virtud. Diréis: ya estamos otra vez con las paradojas; de acuerdo; pero veamos si son verdades.

Digo que un niño no entiende las fábulas que le hacen aprender, porque, por más esfuerzos que hagamos para volverlas sencillas, la instrucción que se quiere sacar obliga a meter en ellas ideas que él no puede captar, y que el giro mismo de la poesía, al hacerlas más fáciles de retener, se las vuelve más difíciles de concebir; de suerte que se compra su agrado a expensas de la claridad. Para no citar esa multitud de fábulas que no tienen nada de inteligible ni de útil para los niños, y que de modo imprudente les hacen aprender junto con las otras porque están todas mezcladas, limitémonos a las que el autor parece haber hecho especialmente para ellos.

En todo el volumen de La Fontaine sólo conozco cinco o seis fábulas donde brilla de forma eminente la ingenuidad pueril: de esas cinco o seis tomo como ejemplo la primera de todas, por ser aquella cuya moral es más propia de cualquier edad, aquella que los niños captan mejor, la que aprenden con mayor placer, aquella, en fin, que, por eso mismo, el autor ha puesto al comienzo de su libro. Suponiéndole realmente el objetivo de ser entendido por los niños, de agradarles e instruirles, esta fábula es, con toda seguridad, su obra maestra. Permítaseme, pues, seguirla y examinarla en pocas palabras.

LE CORBEAU ET LE RENARD
[EL CUERVO Y EL ZORRO]

Fábula

Maître corbeau, sur un arbre perché
[Maese cuervo, sobre un árbol encaramado]

---

niños. En *La Nouvelle Héloïse* (*O.C.* Pléiade, t. II. pág. 581) y en *Las ensoñaciones del paseante solitario* (*ed. cit.*, pág. 70) vuelve sobre el tema; en el primer libro con dura crítica; en *Las ensoñaciones* con mayor indiferencia por referirse a fábulas destinadas a adultos.

Maître! ¿Qué significa esa palabra en si misma? ¿Qué significa ante un nombre propio? ¿Qué sentido tiene en esta ocasión*?

¿Qué es un cuervo?

¿Qué es *un arbre perché*. No se dice *sur un arbre perché*, se dice *perché sur un arbre*. Por consiguiente, hay que hablar de las inversiones de la poesía; hay que decir lo que es prosa y lo que es verso.

Tenait dans son bec un fromage
[Tenía en su pico un queso]

¿Qué queso? ¿Era un queso de Suiza, de Brie o de Holanda? Si el niño no ha visto cuervos, ¿qué ganáis hablándole de ellos? Si los ha visto, ¿cómo concebirá que sostenga un queso en el pico? Hagamos siempre imágenes del natural.

Maître Renard, par l'odeur alleché
[Maese Zorro, por el olor seducido]

¡Otro *maître* más! Pero éste lo es por buenos motivos: es maestro consumado en las jugarretas de su oficio. Hay que decir qué es un zorro y distinguir su verdadero natural del carácter convencional que tiene en las fábulas.

Alleché. Esta palabra está en desuso. Hay que explicarla; hay que decir que sólo se utiliza en verso. El niño preguntará por qué se habla de modo distinto en verso que en prosa. ¿Qué le responderéis?

Alleché par l'odeur d'un fromage! Ese queso, sostenido por un cuervo encaramado en un árbol debía tener mucho olor para ser olfateado por el zorro desde un tallar o desde su madriguera. ¿Así es como ejercitáis a vuestro alumno en ese espíritu de crítica juiciosa que sólo se deja imponer por buenas señales, y sabe discernir la verdad de la mentira en las narraciones de otro?

---

* Para algunos críticos, hay un error de Rousseau: los niños comprenderían la palabra *Maître*: «Delante de un nombre propio es un título que se da a los artesanos: *Maître Jean el Zapatero*. Es algo menos que *monsieur* que se une al apellido y que se da a las personas de más calidad» (Gerdil, *Réflexions sur la théorie et la practique de l'education, contre les principes de Mr. Rousseau*, Turín, 1763). Pero Rousseau, como puede verse más abajo, cuando habla de Maese Zorro alude a otro empleo del término.

Lui tint à peu près ce langage:
[Le dijo más o menos estas palabras]

Ce langage! Entonces, ¿hablan los zorros? ¿Hablan la misma lengua que los cuervos? Sabio preceptor, ten cuidado; sopesa bien tu respuesta antes de darla. Tiene más importancia de lo que supones.

Eh! bonjour, monsieur le Corbeau!
[¡Eh!, buenos días, señor cuervo]

Monsieur!, título que el niño ve convertir en irrisión, incluso antes de saber que es un título honorífico. Quienes digan *Monsieur du Corbeau* [Señor del Cuervo] tendrán muchos problemas para explicar ese *du*.

*Que vous êtes charmant! que vous me semblez beau!**
[¡Qué encantador sois! ¡Qué bello me parecéis!]

Ripio, redundancia inútil. Viendo repetir lo mismo en otros términos, el niño aprende a hablar de forma descuidada. Si decís que esa redundancia es un artificio del autor y entra en el designio del Zorro que quiere aparentar que multiplica los elogios con las palabras, tal excusa será buena para mí, pero no para mi alumno.

Sans mentir, si votre ramage
[Sin mentir, si vuestro gorjeo]

Sans mentir! ¿Entonces algunas veces se miente? ¿Qué pensará el niño si le enseñáis que el Zorro sólo dice *sans mentir* porque miente?

Répondoit à votre plumage,
[Respondiese a vuestro plumaje]

Répondoit! ¿Qué significa esa palabra? Enseñad al niño a comparar cualidades tan diferentes como la voz y el plumaje; veréis cómo os entenderá.

Vous seriez le Phénix des hôtes de ces bois
[Seríais el Fénix de los huéspedes de estos bosques]

* Rosseau cita de memoria; el verso de La Fontaine dice: «Que vous êtes joli«! [¡Qué lindo sois!].

Le Phénix! ¿Qué es un Fénix? Henos aquí arrojados de golpe en la falaz antigüedad; casi en la mitología.

Les hôtes de ces bois! ¡Qué discurso figurado! El zalamero ennoblece su leguaje y le da más dignidad para volverlo más seductor. ¿Entenderá un niño esa sutileza? ¿Sabe, puede saber siquiera lo que es un estilo noble y un estilo bajo?

A ces mots le Corbeau ne se sent pas de joye.
[Ante estas palabras el cuervo no se tiene de alegría]

Hay que haber experimentado previamente pasiones muy vivas para comprender esa expresión proverbial.

Et pour montrer sa belle voix
[Y para mostrar su bella voz]

No olvidéis que para entender este verso y toda la fábula, el niño debe saber lo que es la bella voz del cuervo.

Il ouvre un large bec, laisse tomber sa proye.
[Abre un ancho pico, deja caer su presa]

Este verso es admirable; la armonía sola es ya imagen. Veo un grande y vil pico abierto; oigo caer el queso a través de las ramas: pero este tipo de bellezas carecen de sentido para los niños.

Le Renard s'en saisit, et dit: mon bon monsieur,
[El Zorro lo cogió, y dijo: mi buen señor]

He ahí pues la bondad transformada en tontería: con toda seguridad no se pierde tiempo para instruir a los niños.

Apprenez que tout flatteur
[Aprended que todo halagüeño]

Máxima general: ya no nos afecta.

Vit aux dépends de celui qui l'écoute.
[Vive a expensas de aquel que le escucha]

Jamás un niño de diez años entendió ese verso.

Cette leçon vaut bien un fromage, sans doute.
[Esta lección bien vale un queso, sin duda]

Esto se entiende, y el pensamiento es buenísimo. Sin embargo habrá muy pocos niños que sepan comparar una

lección con un queso y que no prefieran el queso a la lección. Por tanto hay que hacerles comprender que esas palabras no son más que un sarcasmo. ¡Cuánta sutileza para niños!

Le Corbeau, honteux et confus,
[El Cuervo, avergonzado y confuso]

Otro pleonasmo; pero éste es inexcusable.

Jura, mais un peu tard, qu'on ne l'y prendroit plus.
[Juró, pero algo tarde, que en otra no volverían a cogerle.]

Jura! ¿Hay maestro tan necio que ose explicar al niño lo que es un juramento?

He ahí muchos detalles; muchos menos, sin embargo, de los necesarios para analizar todas las ideas de esta fábula, y reducirlas a las ideas simples y elementales de que cada una de ellas está compuesta. Pero ¿quién cree tener necesidad de semejante análisis para hacerse entender de la juventud? Ninguno de nosotros es bastante filósofo para saber ponerse en el lugar de un niño. Pasemos ahora a la moral.

Pregunto si es a niños de seis años a quienes hay que enseñar que hay hombres que halagan y mienten en beneficio propio. Todo lo más se les podría enseñar que hay bromistas que se burlan de los niños y se ríen en secreto de su necia vanidad; pero el queso echa todo a perder; se les enseña menos a no dejarlo caer de su pico que a hacerlo caer del pico de otro. He ahí mi segunda paradoja, y no es la menos importante.

Seguid a los niños que aprenden sus fábulas, y veréis que cuando están en situación de aplicarlas casi siempre hacen lo contrario de la intención del autor, y que en vez de vigilarse sobre el defecto de que se les quiere curar o preservar se inclinan a amar el vicio con que se saca partido de los defectos de otros. En la fábula precedente, los niños se burlan del cuervo, pero todos se sienten atraídos por el zorro. En la fábula siguiente, creéis darles la cigarra por ejemplo; nada de eso: elegirán la hormiga. A nadie le gusta humillarse: siempre adoptarán el papel bueno; es lo que elige el amor propio, y es una elección muy natural. Y ¡qué horrible lección para la infancia! El más odioso de todos los monstruos sería un niño avaro y duro que supiese lo que se le pide y lo que él niega. La hormiga hace más todavía, le enseña a burlarse de sus negativas.

En todas las fábulas en que el león es uno de los personajes, como de ordinario es el más brillante el niño no deja de hacerse león, y cuando preside algún reparto, bien instruido por su modelo, su mayor cuidado es apoderarse de todo. Pero cuando el mosquito derriba al león, es otro cantar; entonces el niño ya no es león, es mosquito. Aprende a matar un día a golpes de aguijón a quienes no se atrevería a atacar a pie firme.

En la fábula del lobo flaco y del perro gordo, en vez de la lección de moderación que se le pretende dar, toma una de licencia. Jamás olvidaré haber visto llorar mucho a una niñita a la que habían desolado con esa fábula a la vez que le predicaban docilidad. Costó mucho saber la causa de su llanto, por fin se supo. La pobre niña se enojaba por hallarse encadenada: sentía su cuello pelado; lloraba por no ser lobo.

Así pues, la moral de la primera fábula citada es para el niño una lección de la más baja adulación, la de la segunda una lección de inhumanidad, la de la tercera una lección de injusticia, la de la cuarta una lección de sátira, la de la quinta una lección de independencia. Esta última lección, aunque superflua para mi alumno, tampoco conviene más a los vuestros. Cuando les dais preceptos que se contradicen, ¿qué fruto esperáis de vuestros cuidados? Pero quizá toda esta moral que me sirve de objeción contra las fábulas proporciona otras tantas razones para conservarlas. En sociedad se precisa una moral en palabras y otra en acciones, y esas dos morales no se parecen. La primera está en el catecismo donde se la deja; la otra está en las fábulas de La Fontaine para los niños y en sus cuentos para las madres. El mismo autor basta para todo*.

Lleguemos a un acuerdo, señor de La Fontaine. Por lo que a mí respecta, prometo leeros con gusto, amaros, instruirme en vuestras fábulas; porque espero no equivocarme sobre su sentido. Pero en cuanto a mi alumno, permitid que no le deje estudiar una sola, hasta que me hayáis probado que le conviene

---

* En el quinto libro del *Emilio* se hace la crítica del catecismo. Rousseau alude aquí la inutilidad de las «palabras» para la acción, y a la doble moral que proponía La Fontaine: como en España a Félix María de Samaniego (*El jardín de Venus*), al didáctico autor francés de las *Fables* se debían también unos *Contes* licenciosos.

aprender cosas de las que no ha de comprender la cuarta parte, que en las que pueda comprender jamás se engañará, y que en lugar de enmendarse fijándose en la víctima no ha de formarse fijándose en el bribón.

Eliminando de esta suerte todos los deberes de los niños, elimino los instrumentos de su mayor miseria, a saber, los libros. La lectura es el azote de la infancia y casi la única ocupación que saben darle. A los doce años Emilio apenas sabrá lo que es un libro. Pero, al menos, se me dirá, que sepa leer. Lo admito: es preciso que sepa leer cuando la lectura le sea útil; hasta entonces sólo es buena para aburrirle.

Si no se tiene derecho a exigir nada de los niños por obediencia se sigue que no pueden aprender nada cuya ventaja actual y presente, bien de agrado, bien de utilidad, no sientan; de otro modo, ¿qué motivo les llevaría a aprenderlo? El arte de hablar a los ausentes y de entenderlos, el arte de comunicarles desde lejos y sin mediador nuestros sentimientos, nuestras voluntades, nuestros deseos es un arte cuya utilidad puede hacerse sensible a todas las edades. ¿Por qué prodigio este arte tan útil y tan agradable se ha convertido en un tormento para la infancia? Porque se la obliga a aplicarse a él a pesar suyo y se la somete a usos de los que nada comprende. Un niño no siente demasiada curiosidad por perfeccionar el instrumento con que se le atormenta; pero haced que ese instrumento sirva a sus placeres y muy pronto se aplicará a él a pesar vuestro.

Han convertido en asunto fundamental la búsqueda de los mejores métodos para aprender a leer, se inventan escritorios, mapas, se hace de la habitación de un niño un taller de imprenta: Locke pretende que aprendan a leer con dados. ¿No es ésa una invención feliz? ¡Qué lástima! Un medio más seguro que todos esos, y que siempre se olvida, es el deseo de aprender. Dad al niño ese deseo, luego olvidaos de vuestros escritorios y vuestro dados: cualquier método será bueno para él*.

El interés presente: he ahí el gran móvil, el único que lleva con seguridad y lejos. A veces Emilio recibe de su padre, de su

---

* En cambio, en sus *Considérations sur le gouvernement de Pologne*, los jóvenes polacos saben leer desde hora temprana. En el siglo XVIII los pedagogos pusieron de moda diversos sistemas para enseñar a niños y jóvenes el aprendizaje

madre, de sus parientes, de sus amigos, billetes de invitación para una comida, para un paseo, para una excursión en barca, para ver alguna fiesta pública. Esos billetes son breves, claros, nítidos, están bien escritos. Tiene que encontrar alguien que se los lea; ese alguien, o no se encuentra siempre en el momento oportuno, o devuelve al niño la escasa complaciencia que el niño tuvo la víspera con él. De este modo, la ocasión, el momento, pasa. Le leen finalmente el billete, pero ya es tarde. ¡Ah, si hubiera sabido leer por mí mismo! Recibe otros: ¡son tan breves! ¡El asunto es tan interesante! Querría descifrarlos; encuentra unas veces ayuda, y otras, negativas. Se esfuerza, descifra por fin la mitad de un billete; se trata de ir mañana a comer natillas... no se sabe ni dónde ni con quién... ¡Cuántos esfuerzos para leer el resto! No creo que Emilio necesite escritorio. ¿Hablaré ahora de la escritura? No, me da vergüenza entretenerme con esas necedades en un tratado sobre la educación.

Añadiré sólo lo siguiente, que es de la máxima importancia: que por regla general se consigue con seguridad y muy rápido lo que uno tiene prisa por conseguir. Estoy casi seguro de que Emilio sabrá leer y escribir a la perfección antes de la edad de diez años, precisamente porque me importa muy poco que lo sepa antes de los quince; pero preferiría que no supiera jamás leer antes que comprar esa ciencia al precio de todo lo que puede hacerla útil: ¿de qué le servirá la lectura cuando con ella se le haya desanimado para siempre? «*Id in primis cavere opportebit, ne studia, qui mare nondum posterit, oderit, et*

---

de la lectura mediante juegos. Locke proponía un poliedro de marfil de treinta y cinco caras en las que iban inscritas las letras. Loius Dumas (1676-1744), musicógrafo y literato, había inventado el escritorio tipográfico, descrito así por al abate Pluche: «Este escritorio es un pequeño armario más ancho que alto que contiene cuatro o cinco filas de pequeñas casillas donde se ponen en buen orden diferentes paquetes de cartas, en cuyo dorso están escritos los caracteres de las letras, de las sílabas, y de todos los sonidos simples y compuestos que se necesitan. Cada casilla lleva una etiqueta que anuncia lo que en ella se guarda. La puerta que cubre toda la parte delantera de ese armario se abre arriba y abajo, con ayuda de una doble bisagra, y abatida sobre un apoyo presenta una mesa al niño. Él se coloca de pie ante esa mesa para ordenar, como haría un compositor de imprenta, los caracteres de todos los sonidos que se le piden y que saca de las diferentes casillas en que las ve ordenadas» (*Spectacle de la nature*, París, 1732-1746, t. VI, pág. 137).

amaritudinem semel perceptam etiam ultra rudes annos reformidet» [16] *.

Cuanto más insisto en mi método inactivo, más siento crecer las objeciones. Si vuestro alumno no aprende nada de vos, aprenderá de otros. Si no prevenís el error con la verdad aprenderá mentiras; los prejuicios que vos teméis darle, los recibirá de cuanto le rodea; entrarán por todos sus sentidos; o corromperán su razón misma antes incluso de que esté formada, o su espíritu abotargado por una larga inacción se absorberá en la materia. La falta de costumbre de pensar en la infancia elimina esa facultad para el resto de la vida.

Me parece que podría responder fácilmente a eso; pero ¿por qué siempre respuestas? Si mi método responde por sí mismo a las objeciones es bueno; si no responde, nada vale. Prosigo.

Si sobre el plano que he comenzado a trazar según reglas directamente contrarias a las que se han establecido, si en lugar de llevar a lo lejos el espíritu de vuestro alumno, si en lugar de extraviarle constantemente por otros lugares, por otros climas, por otros siglos, por las extremidades de la tierra y hasta por los cielos, os aplicáis a mantenerlo siempre en sí mismo y atento a cuanto le afecta de forma inmediata, entonces le encontraréis capaz de percepción, de memoria e incluso de razonamiento; tal es el orden de la naturaleza. A medida que el ser sensitivo se vuelve activo, adquiere un discernimiento proporcional a sus fuerzas en otros usos. ¿Queréis pues cultivar la inteligencia de vuestro alumno? Cultivad las fuerzas que esa inteligencia debe gobernar. Ejercitad continuamente su cuerpo, hacedlo robusto y sano para hacerlo sabio y razonable; que trabaje, que actúe, que corra, que grite, que esté siempre en movimiento; que sea hombre por el vigor y pronto lo será por la razón.

Cierto que mediante este método lo embruteceréis si vais siempre dirigiéndolo y siempre diciéndole: Ven, vete, quédate, haz esto, no hagas eso. Si vuestra cabeza guía siempre sus

---

* «Habrá que velar sobre todo para volverle odiosos los estudios que todavía no puede amar, y para impedir que tal aversión, una vez declarada, no lo aleje de ellas, una vez pasado el tiempo en que era ignorante». Quintiliano, *Instituciones oratorias*, I, 1, 20.

brazos, la suya se le vuelve inútil. Pero acordaos de nuestros convenios: si sólo sois un pedante, no merece la pena leerme.

Es un error muy lamentable pensar que el ejercicio corporal daña las operaciones del espíritu; ¡como si esas dos acciones no debieran marchar de consuno, y como si la una no debiera dirigir siempre a la otra!

Hay dos clases de hombres cuyos cuerpos están en un ejercicio continuo, y que con toda seguridad piensan tan poco unos como otros en cultivar su alma, a saber: los campesinos y los salvajes. Los primeros son rústicos, groseros, torpes; los otros, conocidos por su gran sentido, lo son también por la sutileza de su espíritu; generalmente no hay nada más pesado que un campesino, ni nada más fino que un salvaje. ¿De dónde procede esta diferencia? De que el primero, que hace siempre lo que se le ordena, o lo que ha visto hacer a su padre, o lo que ha hecho él mismo desde su juventud, no va nunca sino por rutina, y en su vida casi autómata, ocupado sin cesar de los mismos trabajos, el hábito y la obediencia desempeñan en él el papel de razón.

En cuanto el salvaje, es distinto; no estando atado a ningún lugar, no teniendo ninguna tarea prescrita, no obedeciendo a nadie, sin otra ley que su voluntad, se ve obligado a razonar en cada acto de su vida; no hace un movimiento, ni da un paso sin haber considerado de antemano las consecuencias. De este modo, cuanto más se ejercita su cuerpo, más se esclarece su espíritu, su fuerza y su razón crecen a la vez y se extienden la una mediante la otra.

Sabio preceptor, ¿vemos cuál de nuestros alumnos se parece al salvaje y cuál al campesino? Sometido en todo a una autoridad siempre enseñante, el vuestro no hace nada sino mediante palabras; no se atreve a comer cuando tiene hambre, ni a reír cuando está alegre, ni a llorar cuando está triste, ni a presentar una mano por otra, ni a mover el pie sino como le ha sido ordenado; pronto no se atreverá a respirar más que por vuestras reglas. ¿En qué queréis que piense cuando vos pensáis en todo por él? Seguro de vuestra previsión, ¿qué necesidad tiene él de prever? Viendo que vos os encargáis de su conservación, de su bienestar, él se siente libre de ese cuidado; su juicio descansa en el vuestro; todo lo que vos no le prohibís lo hace sin reflexión, sabiendo que lo hace sin riesgo. ¿Qué necesidad tiene de aprender a prever la lluvia? Sabe que vos

miráis al cielo por él. ¿Qué necesidad tiene de regular su paseo? No teme que vos dejéis que se le pase la hora de la cena. Mientras no le prohibáis comer, come; cuando se lo prohibís, no come; ya no escucha los avisos de su estómago sino los vuestros. Por más que ablandéis su cuerpo en la inacción, no hacéis más flexible su entendimiento. Todo lo contrario, acabáis por desacreditar en su espíritu la razón, haciéndole usar la poca que tiene en las cosas que le parecen las más inútiles. No viendo nunca para qué sirve la razón, juzga al fin que no sirve para nada. Lo peor que puede ocurrirle por razonar mal será ser reprendido, y lo es tan a menudo que apenas piensa en ello; un peligro tan común ya no le asusta.

Encontraréis en él, sin embargo, ingenio, y lo tiene para parlotear con las mujeres en el tono de que ya he hablado; pero que se encuentre en situación de tener que exponerse, de tomar una decisión en algún lance difícil: lo veréis cien veces más estúpido y más bruto que el hijo del más grosero patán.

En cuanto a mi alumno, o mejor dicho, al de la naturaleza, ejercitado desde hora temprana en bastarse cuanto es posible a sí mismo, no suele recurrir constantemente a los demás, y menos aún mostrarles su gran saber. En cambio juzga, prevé, razona en todo aquello que se refiere a él de forma inmediata. No parlotea jamás, actúa; no sabe una palabra de lo que se hace en el mundo, pero sabe hacer muy bien lo que le conviene. Como está constantemente en movimiento, se ve obligado a observar muchas cosas, a conocer muchas secuelas, adquiere desde hora temprana una gran experiencia, toma sus lecciones de la naturaleza y no de los hombres; se instruye mejor porque no ve en ninguna parte la intención de instruirle. De este modo su cuerpo y su espíritu se ejercitan a la vez. Actuando siempre según su pensamiento y no por el de algún otro, une continuamente dos operaciones; cuanto más fuerte y robusto se hace, más sensato y juicioso se vuelve. Es el medio de tener un día eso que se cree incompatible y que casi todos los hombres han reunido: la fuerza del cuerpo y la del alma; la razón del sabio y el vigor de un atleta.

Joven preceptor, os predico un arte difícil: dirigir sin preceptos y hacer todo sin hacer nada. Admito que este arte no corresponde a vuestra edad; no es idóneo para hacer brillar al principio vuestros talentos ni para daros a valer ante los pa-

dres; pero es el único idóneo para triunfar. Jamás conseguiréis hacer sabios si no hacéis primero pilluelos: ésa era la educación de los espartanos*: en vez de hacer que se comieran los libros comenzaban enseñándoles a robar su comida. No por eso los espartanos eran, de mayores, rudos. ¿Quién no conoce la fuerza y la sal de sus réplicas? Siempre hechos para vencer, aplastaban a sus enemigos en toda clase de guerra, y los charlatanes atenienses temían tanto sus palabras como sus golpes.

En las educaciones más esmeradas, el maestro manda y cree dirigir: en realidad es el niño el que dirige. Se sirve de lo que exigís de él para obtener de vos lo que le place, y siempre sabe haceros pagar una hora de asiduidad por ocho días de complacencia. Hay que pactar con él a cada instante. Estos tratados que vos proponéis a vuestro modo y que él cumple al suyo siempre terminan resultando provechosos para sus fantasías; sobre todo cuando se comete la torpeza de poner como condición en provecho suyo, lo que él está totalmente seguro de conseguir, cumpla o no cumpla la condición que se le impone a cambio. Por regla general el niño lee mucho mejor en el espíritu del maestro que el maestro en el corazón del niño, y así debe ser; porque toda la sagacidad que hubiera empleado el niño entregado a sí mismo para subvenir a la conservación de su persona la emplea para salvar su libertad natural de las cadenas de su tirano. Mientras que éste, no teniendo un interés tan acuciante por calar en el otro, a veces encuentra más conveniente para él dejarle su pereza o su vanidad.

Tomad un camino opuesto con vuestro alumno; que siempre crea él ser el maestro, y que siempre lo seáis vos. No hay sometimiento tan perfecto como el que conserva la apariencia de la libertad; de este modo se cautiva la voluntad misma. El pobre niño que no sabe nada, que no puede nada, que no conoce nada, ¿no está a vuestra merced? ¿No disponéis, en relación a él, de todo cuanto le rodea? ¿No sois vos dueño de influirle como os place? Sus trabajos, sus juegos, sus placeres, sus penas, ¿no está todo en vuestras manos sin que él lo sepa?

* Gran admirador de Esparta, Rousseau hablará en otros pasajes de su obra del robo, cometido por los niños como sistema de enseñanza. La anécdota procede de la *Vida de Licurgo*, 36, de Plutarco. Robar también fue una de las costumbres del pilluelo ginebrino que fue Rousseau; como puede verse en *Confessions*, (*O.C.*, I, págs. 32-38) nunca abandonó del todo ese hábito.

Indudablemente, no debe hacer más que lo que quiere; pero sólo debe querer lo que vos queréis que haga; no debe dar un paso que vos no le hayáis previsto, no debe abrir la boca sin que vos sepáis lo que va a decir.

Será entonces cuando pueda entregarse a los ejercicios corporales que le pide su edad sin embrutecer su espíritu; será entonces cuando en lugar de aguzar su astucia para eludir un incómodo dominio, le veréis ocuparse únicamente de sacar de cuanto le rodea el partido más ventajoso para su bienestar actual; será entonces cuando quedaréis asombrados de la sutileza de sus invenciones para apropiarse de todos los objetos que puede alcanzar y para gozar verdaderamente de las cosas sin ayuda de la opinión.

Dejándole de este modo dueño de su voluntad, no fomentaréis sus caprichos. Al no hacer nunca sino lo que le conviene, pronto no hará sino lo que debe hacer y aunque su cuerpo esté en continuo movimiento, mientras se trate de su interés presente y sensible, veréis toda la razón de que es capaz desarrollarse mucho mejor y de manera mucho más apropiada para él que en estudios de pura especulación.

Así, no viéndoos atento a contrariarle, sin desconfiar de vosotros, sin tener que ocultaros nada, no os engañará, no os mentirá, se mostrará tal cual es sin temor, podréis estudiarlo a vuestro gusto, y disponer a su alrededor las lecciones que queráis darle sin que nunca piense en recibir ninguna.

Tampoco espiará vuestras costumbres con envidia curiosa ni convertirá en placer secreto el hecho de cogeros en falta. Este inconveniente que prevenimos es grandísimo. Como he dicho, uno de los primeros cuidados de los niños es descubrir la parte débil de quienes los dirigen*. Tal inclinación lleva a la maldad, pero no procede de ella. Procede de la necesidad de eludir una autoridad que los importuna. Sobrecargados por el yugo que se les impone, tratan de sacudirlo y los defectos que encuentran en los maestros les proporcionan buenos medios

---

* La idea procede de La Bruyère (*Caractères*, XI, «De l'homme», 54), a quien Rousseau cita puntualmente en el *Projet pour l'education de M. de Sainte-Marie:* «El único cuidado de los niños es encontrar el punto débil, tanto de sus maestros como de todos aquellos a quienes están sometidos; cuando han logrado captarlos, se imponen y adquieren sobre ellos un ascendiente que ya no pierden».

para ello. Sin embargo, se adquiere el hábito de observar a las gentes por sus defectos y de divertirse encontrándolos. Es evidente que ahí tenemos, una vez más, una fuente de vicios obstruida en el corazón de Emilio; como no tiene ningún interés en encontrarme defectos, no los buscará en mí y se verá poco tentado a buscarlos en otros.

Todas estas prácticas parecen difíciles porque no se piensa en ellas, pero en el fondo no deben serlo. Hay derecho a suponer en vosotros las luces necesarias para ejercer el oficio que habéis escogido; se debe presumir que conocéis la marcha natural del corazón humano, que sabéis estudiar al hombre y al individuo, que sabéis de antemano a qué se plegará la voluntad de vuestro alumno ante todos los objetos interesantes para su edad que haréis pasar ante sus ojos. Y ¿no es ser dueño de la operación tener los instrumentos y conocer su uso?

Ponéis como objeción los caprichos del niño, y os equivocáis. El capricho de los niños nunca es obra de la naturaleza sino de una mala disciplina. Es que han obedecido o mandado, y he dicho cien veces que no era preciso ni lo uno ni lo otro. Por tanto vuestro alumno no tendrá más caprichos que los que vos le hayáis dado; justo es que sufráis el castigo de vuestras culpas. Pero, diréis, ¿cómo remediarlo? Todavía es posible con una conducta mejor y mucha paciencia.

Durante algunas semanas me encargué de un niño acostumbrado no sólo a hacer su voluntad, sino también a obligársela a hacer a todo el mundo, un niño, por consiguiente, lleno de fantasías*. Desde el primer día, para poner a prueba mi complacencia, quiso levantarse a media noche. En lo más profundo de mi sueño, salta de su lecho, coge su bata y me llama. Yo me levanto y enciendo la vela; él no quería más; al cabo de un cuarto de hora el sueño le gana y vuelve a

---

* En las *Confessions* (*O.C.*, t. I, pág. 293) el anotador remite al *Emilio* cuando Rousseau refiere su experiencia como un educador en casa de Mme, Dupin, Cuando nuestro autor conoció a ésta, su hijo, el señor de Chenonceaux, tenía trece años (1730), por lo que no coincide con lo narrado en el *Emilio*. Para Spink, este pasaje debería relacionarse con Madame de Warens y una estancia de Rousseau en Chambéry hacia 1734-1736. Tampoco hay datos para remitir obligatoriamente este pasaje a un hecho autobiográfico estricto, sin invención literaria.

acostarse contento con su prueba. Dos días más tarde la repite con el mismo éxito, sin el menor signo de impaciencia por mi parte. Cuando me abrazaba al volver a acostarse, le dije muy pausadamente: Amiguito, todo esto está muy bien, pero no lo repitáis más. Esa frase excitó su curiosidad y al día siguiente, queriendo ver un tanto cómo me atrevería yo a desobedecerle, no dejó de levantarse a la misma hora y llamarme. Yo le pregunté qué quería. Él me dijo que no podía dormir. *Tanto peor*, contesté yo, y permanecí callado. Él me rogó que encendiera la vela. *¿Para qué?*, y seguí callado. Ese tono lacónico comenzaba a ponerlo en apuros. Fue a tientas en busca del eslabón que fingió golpear, y yo no podía dejar de reirme oyéndole darse golpes en los dedos. Por fín, completamente convencido de que no lograría su propósito, me trajo el encendedor a mi cama; le dije que yo no tenía nada que hacer con él, y me volví de otro lado. Entonces se puso a correr de forma aturdida por la habitación, gritando, cantando, haciendo mucho ruido, dándose con la mesa y las sillas golpes que él mismo se cuidaba mucho de moderar, y por los que no dejaba de gritar fortísimamente, esperando provocar mi inquietud. Pero de nada le sirvió y vi que, contando con hermosas reconvenciones o con mi cólera, en modo alguno estaba preparado para aquella sangre fría.

Sin embargo, resuelto a vencer mi paciencia a fuerza de obstinación, prosiguió su alboroto con tal éxito que al fin me enfadé y, presintiendo que iba a echar todo a perder con un arrebato fuera de lugar, decidí actuar de otra manera. Me levanté sin decir nada, fuí a por el eslabón, que no encontré; se lo pido, él me lo da chispeante de alegría por haber triunfado finalmente de mí. Golpeo el eslabón, enciendo la vela, cojo a mi hombrecito de la mano, lo llevo tranquilamente a un cuarto vecino cuyos postigos estaban bien cerrados y en el que no había nada que romper; lo dejo allí sin luz y, luego, cerrando tras él la puerta con llave, vuelvo a acostarme sin haberle dicho una sola palabra. No hay que preguntar si al principio hubo alboroto; me lo esperaba, no me moví. Por fin el ruido se aplaca: escucho, le oigo que se acomoda, me tranquilizo. Al día siguiente entro al alba en el cuarto y encuentro a mi pequeño rebelde acostado sobre una tumbona y durmiendo

con sueño profundo, del que debía tener gran necesidad tras tanta fatiga.

El asunto no terminó ahí. La madre supo que el niño había pasado dos tercios de la noche fuera de su cama. Al instante todo estuvo perdido: el niño estaba ya poco menos que muerto. Viendo buena la ocasión para vengarse, se hizo el enfermo sin prever que con ello no ganaría nada. Llamaron al médico. Por desgracia para la madre, aquel médico era un bromista, que para burlarse de sus terrores se dedicaba a aumentarlos. Sin embargo, me dijo al oído: Dejadme hacer, os prometo que el niño quedará curado por algún tiempo de la fantasía de estar enfermo; en efecto, le prescribió una dieta y el cuarto, y fue encomendado al boticario. Yo suspiraba viendo a aquella pobre madre víctima de cuanto la rodeaba, salvo de mí, al que tomó odio, precisamente porque no la engañaba.

Después de reproches bastante duros, me dijo que su hijito estaba delicado, que era el único heredero de su familia, que había que conservarlo al precio que fuese y que no quería que se le contrariase. En esto yo me hallaba completamente de acuerdo; pero ella entendía por contrariarle no obedecerle en todo. Vi que con la madre era menester adoptar el mismo tono que con el hijo. Señora, le dije con bastante frialdad, no sé cómo se educa a un heredero, y, lo que es más, no quiero aprenderlo; podéis decidir como mejor os parezca. Me necesitaban todavía durante algún tiempo, el padre calmó todo, la madre escribió al preceptor para que acelerara su vuelta y el niño, viendo que no ganaba nada perturbando mi sueño ni estando enfermo, tomó, por fin, la decisión de dormir y portarse bien.

Sería imposible imaginar cuantos caprichos semejantes había esclavizado el pequeño tirano a su desventurado ayo; porque la educación se hacía a la vista de la madre, que no sufría que el heredero fuera desobedecido en nada. Fuese cual fuese la hora a la que quisiera salir, había que estar dispuesto para llevarle, o mejor para seguirle, y siempre tenía mucho cuidado de escoger el momento en que veía a su ayo más ocupado. Quiso emplear conmigo el mismo poder, y vengarse de día por el descanso que se veía obligado a dejarme de noche. Me presté de buena gana a todo, y comencé por hacer

patente a sus propios ojos el placer que tenía yo en complacerle. Tras esto, cuando llegó el momento de curarle de su fantasía, me comporté de otra manera.

Ante todo, hubo que hacerle comprender su error, y no fue difícil. Sabiendo que los niños sólo piensan en el presente, me adelanté fácilmente a él con previsión; me ocupé de procurarle en casa una diversión que yo sabía muy de su gusto, y en el momento en que le vi metido en ella fui a proponerle un paseo; me rechazó; yo insistí, él no me escuchó; tuve que rendirme, y para sus adentros anotó cuidadosamente esta señal de sometimiento.

Al día siguiente llegó mi turno. Se aburría, yo ya lo había previsto; por el contrario yo parecía profundamente ocupado. No hacía falta otra cosa para decidirle. No dejó de venir a arrancarme de mi trabajo para que lo llevase a pasear cuanto antes. Yo me negué; él se obstinó. No, le dije: al hacer vuestra voluntad me habéis enseñado a hacer la mía; no quiero salir. Pues bien, replicó él vivamente, saldré completamente solo. Como queráis; y reanudo mi trabajo.

Él se viste, algo inquieto viendo que yo le dejaba hacer, y que no lo imitaba. Dispuesto a salir, viene a saludarme, yo le saludo; trata de alarmarme con el relato de las correrías que va a iniciar; al oírle se hubiera creído que iba al fin del mundo. Sin convencerme le deseo buen viaje. Su apuro aumenta. Sin embargo, pone buena cara y, dispuesto para salir, dice a su lacayo que le siga. El lacayo, ya prevenido, responde que no tiene tiempo y que, ocupado por órdenes mías, debe obedecerme a mí antes que a él. De pronto el niño deja de existir. ¿Cómo imaginar que se le deje salir solo, él, que se cree el ser importante para todo los demás, y piensa que el cielo y la tierra están interesados en su conservación? Mientras tanto, empieza a sentir su debilidad; comprende que va a encontrarse solo en medio de gentes que no le conocen; ve de antemano los riesgos que va a correr: sólo la obstinación lo sostiene todavía; baja la escalinata lentamente y muy desconcertado. Por fin llega a la calle, consolándose algo del mal que le puede ocurrir con la esperanza de hacerme a mí responsable.

Ahí era donde yo le esperaba. Todo estaba preparado de antemano, y como se trataba de una especie de escena pública, yo me había provisto del consentimiento del padre. Apenas

había dado algunos pasos cuando oye a derecha e izquierda diferentes frases que le aluden. ¡Vaya con el señorito del vecino! ¿A dónde va así, completamente solo? Se perderá; voy a rogarle que entre en nuestra casa. Vecina, no lo hagáis. ¿No veis que es un pequeño libertino* al que han echado de casa de su padre porque no quería hacer nada? No hay que dar asilo a los libertinos; dejadle ir donde quiera. Bueno, que Dios le guíe, me molestaría mucho que le ocurriera alguna desgracia. Algo más lejos encuentra a unos mozalbetes poco más o menos de su edad, que le importunan y se burlan de él. Cuanto más avanza más apuro siente. Solo y sin protección se ve juguete de todo el mundo, y con gran sorpresa ve que sus charreteras y su bocamanga de oro no imponen respeto a los demás.

Mientras tanto, uno de mis amigos a quien él no conocía y a quien yo había encargado velar por él le seguía paso a paso sin que se diera cuenta, y cuando llegó el momento se le acercó. Este papel, que se parecía al de Sbrigani en *Pourceaugnac***, exigía un hombre ingenioso y fue desempeñado a la perfección. Sin volver al niño tímido y asustadizo causándole un terror excesivo, le hizo sentir tan bien la imprudencia de su calaverada que al cabo de media hora me lo devolvió dócil, confundido y sin atreverse a levantar los ojos.

Para completar el desastre de su expedición, precisamente en el momento en que él entraba, bajaba su padre para salir y lo encontró en la escalinata. Tuvo que decir de dónde venía y por qué no estaba yo con él[17]. El pobre niño hubiera deseado que se lo tragara la tierra. Sin entretenerse en reprenderle mucho, el padre le dijo con más sequedad de la que yo hubiera esperado: Si queréis salir solo, podéis hacerlo; pero como no quiero un bandido en mi casa, cuando eso os ocurra, tened la delicadeza de no volver a entrar.

Por lo que a mí se refiere, le acogí sin reproche ni burla, sólo con cierta gravedad, y para que no sospechase que todo

---

* Debe entenderse *libertino* en su sentido débil de amigo de la libertad, de aventurero, referido como está a un niño desobediente.

** Alusión a la obra de Molière *Monsieur de Pourceaugnac* (I, iii, final de la escena), donde Sbrigani consigue abordar a Monsieur de Pourceaugnac fingiendo ser partidario suyo; tras obtener la confianza del abogado, éste caerá en las redes de un enredo burlesco cuyo actor principal es Sbrigani.

lo que le había pasado era únicamente un juego, no quise llevarle de paseo aquel mismo día. Al siguiente vi con gran placer que pasaba a mi lado con aire de triunfo ante las mismas personas que se habían burlado de él la víspera por haberlo encontrado totalmente solo. Como se supondrá, no volvió a amenazarme con salir sin mí.

Fue por estos medios y otros semejantes como durante el poco tiempo que estuve con él, conseguí que hiciera cuanto yo quería sin ordenarle nada, sin prohibirle nada, sin sermones, sin exhortaciones, sin aburrirle con lecciones inútiles. Por eso, mientras yo hablaba él estaba contento, pero mi silencio le causaba temor; comprendía que algo no iba bien, y la lección siempre se desprendía para el de la cosa misma. Mas prosigamos.

Estos ejercicios continuos, dejados así a la sola dirección de la naturaleza, al fortificar el cuerpo no sólo no embrutecen el espíritu sino que, por el contrario, forman en nosotros la única especie de razón de que es susceptible la primera edad, y la más necesaria en cualquier época de la vida. Nos enseñan a conocer bien el uso de nuestras fuerzas, las relaciones de nuestros cuerpos con los cuerpos circundantes, el empleo de los instrumentos naturales que están a nuestro alcance y que convienen a nuestros órganos. ¿Hay estupidez semejante a la de un niño siempre educado en la habitación y a la vista de la madre que, ignorante de lo que es peso y resistencia, pretende arrancar un gran árbol o levantar una roca? La primera vez que salí de Ginebra, quería seguir un caballo al galope, tiraba piedras contra la montaña de Saleve que estaba a dos leguas de mí; juguete de todos los niños de la aldea, yo era un verdadero idiota para ellos. A los dieciocho años se aprende en filosofía lo que es una palanca: no hay niño campesino de doce años que no sepa utilizar una palanca mejor que el primer mecánico de la Academia. Las lecciones que los escolares aprenden entre sí en el patio del colegio son cien veces más útiles que cuanto se les pueda decir nunca en clase.

Fijaos en un gato entrando por primera vez en un cuarto: inspecciona, mira, olfatea, no se queda en reposo un momento, no se fía de nada hasta después de haber examinado todo y reconocido todo. Así hace un niño al empezar a caminar y al entrar, por así decir, en el espacio del mundo. La única

diferencia es que, a la vista, común al niño y al gato, el primero une, para su observación, las manos que le dio la naturaleza, y el otro el olfato sutil con que ella le dotó. Esta disposición, bien o mal cultivada, es lo que hace a los niños hábiles o torpes, pesados o ágiles, aturdidos o prudentes.

Así pues, consistiendo los primeros movimientos naturales del hombre en medirse con cuanto le rodea y en experimentar en cada objeto que percibe todas las cualidades sensibles que pueden referirse a él, su primer estudio es una especie de física experimental relativa a su propia conservación y de la que se le aleja mediante estudios especulativos antes de que haya reconocido su sitio en este mundo. Mientras sus órganos delicados y flexibles pueden ajustarse a los cuerpos sobre los que han de actuar, mientras sus sentidos aún puros están exentos de ilusión, es el momento de ejercitar unos y otros en las funciones que les son propias; es el momento de aprender a conocer las relaciones sensibles que las cosas mantienen con nosotros. Como todo lo que entra en el entendimiento humano le llega por los sentidos, la primera razón del hombre es una razón sensitiva; es ella la que sirve de base a la razón intelectual: nuestros primeros maestros de filosofía son nuestros pies, nuestras manos, nuestros ojos. Substituir por libros todo esto no es enseñarnos a razonar, es enseñarnos a servirnos de la razón de otros; es enseñarnos a creer mucho, y a no saber nunca nada.

Para ejercer un arte, hay que empezar procurándose sus instrumentos, y para poder emplear con utilidad esos instrumentos hay que hacerlos bastante sólidos para que resistan su uso. Para aprender a pensar hay que ejercitar, por tanto, nuestros miembros, nuestros sentidos, nuestros órganos, que son los instrumentos de nuestra inteligencia, y para sacar todo el partido posible de esos instrumentos, es preciso que el cuerpo que los proporciona esté robusto y sano. Así, lejos de que la verdadera razón del hombre se forme con independencia del cuerpo, es la buena constitución del cuerpo lo que vuelve fáciles y seguras las operaciones del espíritu.

Al mostrar en qué debe emplearse la prolongada ociosidad de la infancia, entro en un detalle que parecerá ridículo. ¡Valientes lecciones, me dirán, que dependiendo de vuestra propia crítica se limitan a enseñar lo que nadie necesita

aprender! ¿Por qué consumir el tiempo en instrucciones que siempre vienen por sí mismas y no cuestan ni esfuerzos ni cuidados? ¿Qué niño de doce años no sabe todo cuanto vos queréis enseñar al vuestro, y además lo que sus maestros le han enseñado?

Señores, os equivocáis: enseño a mi alumno un arte muy largo, muy penoso, y que seguramente no tienen los vuestros, el de ser ignorante: porque la ciencia de quien no cree saber más que lo que sabe se reduce a muy poca cosa. Vos dais la ciencia, enhorabuena; yo me ocupo del instrumento propio para adquirirla. Dicen que, cierto día, mostrando los venecianos con gran pompa su tesoro de san Marcos a un embajador de España, éste, por todo cumplido, habiendo mirado debajo de la mesas, les dijo: *quì non c'è la radice**. Nunca veo a un preceptor haciendo alardes del saber de su discípulo sin sentir la tentación de decirle otro tanto.

Cuantos han reflexionado sobre la manera de vivir de los antiguos atribuyen a los ejercicios de la gimnasia ese vigor de cuerpo y de alma que los distingue más sensiblemente de los modernos. La manera en que Montaigne apoya esta opinión muestra que estaba fuertemente convencido; vuelve en él una y otra vez y de mil maneras cuando habla de la educación de un niño. Para curtir el alma, dice, es preciso endurecerle los músculos; acostumbrándole al trabajo se le acostumbra al dolor; hay que domeñarlo en la aspereza de los ejercicios para adiestrarlo en la aspereza de la luxación, del cólico y de todos los males. El prudente Locke, el buen Rollin, el sabio Fleury y el pedante de Crousaz, tan diferentes entre sí en todo lo demás, coinciden todos en este único punto; ejercitar mucho los cuerpos de los niños. Es el más juicioso de sus preceptos, y también el que siempre es y será más descuidado. Ya he hablado sobradamente de su importancia, y, como sobre este punto no pueden darse mejores razones ni reglas más sensatas que las que figuran en el libro de Locke, me contentaré con remitirme a él tras tomarme la libertad de añadir algunas observaciones a las suyas**.

---

* «Aquí no está la raíz».

** El texto de Montaigne, muy semejante incluso en los términos al de Rousseau, figura en *Essais*, I, 26. Los demás autores citados apenas insisten en

Los miembros de un cuerpo que crece deben estar holgados dentro de su vestimenta; nada debe entorpecer su movimiento ni su crecimiento; nada debe estar demasiado ajustado, nada ha de pegarse al cuerpo, no deben existir ataduras. El ropaje francés, molesto y malsano para los hombres, es pernicioso sobre todo para los niños. Los humores, estancados y detenidos en su circulación se pudren en un reposo que aumenta la vida inactiva y sedentaria, se corrompen y causan el escorbuto, enfermedad más común cada día entre nosostros y casi ignorada de los antiguos, a quienes su forma de vestir y de vivir libraba de ella. Lejos de remediar este inconveniente, el traje de húsar* lo aumenta, y por privar a los niños de algunas ataduras los oprime por todo el cuerpo. Lo mejor que puede hacerse es dejarlos en jaquetas** el mayor tiempo posible, luego de darles una ropa muy ancha, y no preocuparse por marcar el talle, cosa que sólo sirve para deformarlo. Casi todos los defectos del cuerpo y del espíritu proceden de la misma causa; se los quiere hacer hombres antes de tiempo

Hay colores alegres y colores tristes; los primeros son más del gusto de los niños; también les sientan mejor, y no veo por qué no puede consultarse en este punto conveniencias tan naturales; pero, desde el momento en que prefieren un paño porque es rico, sus corazones ya están entregados al lujo, a todas las fantasías de la opinión, y a buen seguro que tal gusto no deriva de ellos mismos. No podríamos decir cuanto influyen sobre la educación la elección de los vestidos y los motivos de esa elección. No sólo ciegas madres prometen a sus hijos aderezos por recompensa; vemos incluso ayos insensatos ame-

---

los ejercicios corporales; Locke lo hace en *De la educación de los niños*, §§ 205-206; el abate Fleury en el *Traité du choix et de la méthode des études*, cuyo capítulo XX está consagrado enteramente a los cuidados corporales. Por lo demás, para todo este párrafo Rousseau tiene a la vista el citado libro de Locke.

* El traje de húsar estaba formado por un pantalón muy amplio en la zona de los muslos, pero estrechado en la espinilla y plisado en la parte inferior.

** La jaqueta (*jacquette*) era una especie de vestido que alcanzaba hasta las rodillas o hasta media pierna; lo llevaban antiguamente los niños antes de alcanzar la edad de los pantalones. En su origen, las voces castellanas *jaque* y *jaco* designaron la cota de malla usada por los soldados y que llegaba hasta la rodilla aproximadamente. De ahí que sea preferible hacer una derivación de la voz castellana, desusada, a una simplificación con algún derivado de falda, sayete, mantillas, etc.

nazando a sus alumnos con una vestimenta más tosca y más simple como con un castigo. Si no estudiáis mejor, si no cuidáis mejor vuestras ropas, os vestirán como a ese niño aldeano. Es como si les dijese: Sabed que el hombre sólo es algo por su ropa, que todo vuestro valor está en la vuestra. ¿Hemos de asombrarnos si tan prudentes lecciones aprovechan a la juventud, que no estima más que el ornato, y que juzga del mérito únicamente por la apariencia externa?

Si tuviera que arreglar la cabeza de un niño así echado a perder, me cuidaría de que sus ropas más ricas fueran las más incómodas, que siempre se sintiera molesto, siempre constreñido, siempre sujetado por ellas de mil maneras: haría que la libertad y la alegría desaparecieran ante su magnificencia; si quisiera participar en los juegos de otros niños vestidos con mayor sencillez, todo cesaría, todo desaparecería al instante. Por último, lo aburriría, lo hartaría de su fasto de tal modo, lo volvería tan esclavo de su traje dorado que lo convertiría en el azote de su vida, y él vería con menos espanto el más negro de los calabozos que los aderezos de sus galas. Mientras no hayamos esclavizado a nuestros prejuicios al niño, estar a sus anchas y libre será siempre su primer deseo; el vestido más sencillo, el más cómodo, el que menos lo ata será siempre el más precioso para él.

Hay un hábito del cuerpo conveniente para los ejercicios y otro más conveniente a la inacción. Éste, dejando a los humores un curso igual y uniforme, debe proteger el cuerpo de las alteraciones del aire; aquél, haciéndolo pasar constantemente de la agitación al reposo y del calor al frío, debe acostumbrarlo a las mismas alteraciones. De donde se sigue que las personas caseras y sedentarias deben vestirse cálidamente en todo tiempo, a fin de mantener el cuerpo en una temperatura uniforme, más o menos idéntica en todas las estaciones y a todas las horas del día. Por el contrario, quienes van y vienen, con viento, con sol, con lluvia, quienes son muy activos y pasan la mayor parte de su tiempo *sub dio** siempre deben estar poco vestidos, para habituarse a todas las vicisitudes del aire y a todos los grados de temperatura sin ser incomodados por ellas. A unos y otros yo les aconsejaría no cambiar de

* «Al aire libre».

ropas con las estaciones, y ésa será la práctica constante de mi Emilio, con lo cual no insinúo que durante el verano lleve las ropas de invierno, como las personas sedentarias, sino que lleve en invierno sus ropas de verano, como las personas laboriosas. Esta última costumbre fue la del caballero Newton durante toda su vida y vivió ochenta años.

En cualquier estación, ningún tocado en la cabeza; o casi ninguno. Los antiguos egipcios siempre la llevaban desnuda; los persas la cubrían con gruesas tiaras y aún la cubren con gruesos turbantes cuyo uso, según Chardin, vuelve necesario el aire del país. En otro lugar[18] he subrayado la distinción que Heródoto hace, sobre un campo de batalla, entre los cráneos de los persas y de los egipcios. Por tanto, como importa que los huesos de la cabeza se vuelvan más duros, más compactos, menos frágiles y menos porosos, para mejor armar al cerebro no sólo contra las heridas, sino contra los resfriados, las fluxiones y todas las impresiones del aire, acostumbrad a vuestros hijos a permanecer en verano y en invierno, día y noche, con la cabeza desnuda; y si, por limpieza y para mantener los cabellos en orden, queréis darles un tocado por la noche, que sea un ligero gorro calado y semejante a la redecilla con que los vascos envuelven su pelo. Sé de sobra que la mayoría de las madres, más impresionadas por la observación de Chardin que por mis razones, creerán encontrar en todos lados el aire de Persia, pero yo no he escogido a mi alumno europeo para hacer de él un asiático*.

Por regla general, se pone demasiada ropa a los niños,

---

* Rousseau sigue aquí a Locke (*Sobre la educación de los niños*). En cuanto a Jean Chardin (1643-1713), había publicado en 1711 los célebres *Voyages de Monsieur le chevalier Chardin, en Perse, et autres lieux de l'Orient*, donde habla de los turbantes persas. La fuente de la cita de Heródoto (*Historias*, III, 12), es Montaigne (*Essais*, I, 36). La recomendación de no usar tocado ninguno la llevó Rousseau a la práctica, como Bernardin de Saint-Pierre testifica, hasta el punto de considerarse una de las causas probables de su muerte: «Luego iba a herborizar por los campos, el sombrero bajo el brazo a pleno sol, incluso en la canícula. Pretendía que la acción del sol le hacía bien. Sin embargo yo le decía que todos los pueblos meridionales cubrían sus cabezas con tocados tanto más altos cuanto más se acercaban al ecuador; le citaba los turbantes de turcos y persas, los altos bonetes puntiagudos de chinos y siameses, las mitras elevadas de los árabes, que buscan, todos ellos, dejar entre sus cabezas y sus tocados un gran volumen de aire [...]. Sin embargo, atribuyo a estos paseos abrasadores una enfermedad que sufrió en el verano de 1777 [...]. Su última enfermedad,

sobre todo durante la primera edad. Habría que endurecerlos más bien al frío que al calor: el mucho frío jamás los incomoda cuando se los ha dejado expuestos a él desde temprana edad; mientras que el tejido de su piel, demasiado tierno y demasiado flojo todavía, al dejar un paso demasiado libre a la transpiración, los entrega, con el calor extremado, a un agotamiento inevitable. Obsérvese tembién que se muere más en el mes de agosto que en cualquier otro mes. Además, parece comprobado, si comparamos los pueblos del Norte con los del Mediodía, que se vuelve uno más robusto soportando el exceso de frío que el exceso de calor; a medida que el niño crece y que sus fibras se fortalecen, acostumbradlo poco a poco a desafiar los rayos del sol; si vais gradualmente, lo endureceréis sin peligro ante los ardores de la zona tórrida.

En medio de los viriles y sensatos preceptos que nos da, Locke cae en contradicciones que no esperaríamos de un razonador tan preciso. El mismo hombre que quiere que los niños se bañen en verano en el agua helada, no quiere que cuando están acalorados beban nada frío ni se acuesten en el suelo en sitios húmedos[19]. Mas, puesto que se quiere que los zapatos de los niños se empapen de agua en toda época, ¿han de empaparse menos cuando el niño tiene calor? ¿Y no pueden hacerse sobre el cuerpo, por relación a los pies, las mismas deducciones que él hace sobre los pies por relación a las manos, y sobre el cuerpo por relación al rostro? Si queréis que el hombre sea todo rostro, le diría yo, ¿por qué me reprocháis pretender que sea todo pies?*

Para impedir que los niños beban cuando tienen calor,

---

acaecida al año siguiente, en la misma estación, a consecuencia de los mismos ejercicios muy bien podría haber tenido la misma causa» (Bernardin de Saint-Pierre, *La vida y las obras de J.-J. Rousseau*, recogido en *Las ensoñaciones del paseante solitario, ed. cit.*, págs. 209-210).

* Locke pretendía que los niños se bañaran en agua fría, que llevaran zapatos tan delgados «que cuando pusieran los pies en el agua ésta entrara a través de ellos». «*Sobre el cuerpo por relación al rostro*» alude a una anécdota contada por Locke en el mismo libro (*De la educación de los niños*, § 6): el filósofo escita encuentra a un ateniense que «se extrañaba por verle caminar desnudo en medio del hielo y de la nieve. Y vos. le dice el filósofo, ¿cómo podéis permitir que vuestro rostro esté expuesto al aire durante el rigor del invierno? Mi rostro está hecho a ello, dijo al ateniense. Imaginad, pues, contestó al punto el escita, que soy todo rostro».

prescribe acostumbrarlos a comer previamente un trozo de pan antes de beber. Bien extraño es que cuando el niño tiene sed haya que darle de comer; antes preferiría darle de comer cuando tiene hambre. Nunca se me persuadirá de que nuestros primeros apetitos son tan desordenados que no puedan satisfacerse sin exponernos a perecer. Si así fuera, el género humano se habría destruido cien veces antes de haber aprendido lo que hay que hacer para conservarlo.

Siempre que Emilio tenga sed, quiero que se le dé de beber. Quiero que se le dé agua pura y sin ninguna preparación, ni siquiera la necesaria para entibiarla, aunque esté sudando a mares y aunque sea en el rigor del invierno. El único cuidado que recomiendo es distinguir la calidad de las aguas. Si es agua de río, dádsela en el acto tal como sale del río. Si es agua de manantial, hay que dejarla algún tiempo al aire antes de que la beba. En las estaciones cálidas, los ríos están calientes; no ocurre lo mismo con los manantiales, que no han recibido el contacto del aire. Hay que esperar que estén a la temperatura de la atmósfera. En invierno, por contra, el agua de manantial es menos peligrosa en este aspecto que el agua del río. Mas no es ni natural ni frecuente que nos pongamos a sudar en invierno, sobre todo al aire libre. Porque el aire frío que golpea de modo incesante sobre la piel, repercute el sudor hacia dentro e impide a los poros abrirse lo bastante para dejarle libre el paso. Ahora bien, yo no pretendo que Emilio se ejercite en invierno al amor de un buen fuego, sino fuera, en pleno campo, en medio de los hielos. Mientras sólo se acalore haciendo y lanzando bolas de nieve, dejémosle beber cuando tenga sed, que siga ejercitándose después de haber bebido y no temamos accidente alguno. Y si, por algún otro ejercicio, se pone a sudar y tiene sed, que beba agua fría incluso en ese tiempo. Basta con que hagáis de suerte que vaya desde lejos y despacio en busca de su agua. Dado el frío que se supone, al llegar se habrá refrescado lo bastante para beberla sin ningún peligro. Sobre todo, tomad estas precauciones sin que él se dé cuenta. Antes preferiría que estuviera alguna vez enfermo que atento sin cesar a su salud.

Los niños necesitan dormir mucho porque hacen un ejercicio extraordinario. Lo uno sirve de correctivo a lo otro; por eso se ve que necesitan de los dos. El tiempo del reposo es el de la

noche, así lo marca la naturaleza. Es observación comprobada que el sueño es más tranquilo y dulce cuando el sol está bajo el horizonte, y cuando el cálido aire de sus rayos no mantiene nuestros sentidos en una calma tan grande. Así, el hábito más saludable es, desde luego, levantarse y acostarse con el sol. De donde se sigue que, en nuestros climas, el hombre y todos los animales necesitan, por regla general, dormir más tiempo en invierno que en verano. Pero la vida civil no es lo bastante simple, lo bastante natural, ni está lo bastante exenta de revoluciones, de accidentes, para que el hombre deba acostumbrarse a esa uniformidad hasta el punto de volvérsela necesaria. Indudablemente, hay que someterse a las reglas; pero la primera es poder infringirlas sin riesgo cuando la necesidad lo quiere. No vayáis, pues, a reblandecer de forma imprudente a vuestro alumno en la continuidad de un sueño apacible que jamás se vea interrumpido. Entregadle primero, sin miramientos, a la ley de la naturaleza, mas no olvidéis que, entre nosotros, debe estar por encima de esa ley; que debe poder acostarse tarde, levantarse temprano, ser despertado de forma brusca, pasar las noches en pie sin sentirse incomodado. Si se hace así desde hora temprana, avanzando siempre suave y gradualmente, el temperamento se forma en las mismas cosas que lo destruyen cuando se lo somete a ellas ya completamente formado.

Importa acostumbrarse desde el principio a dormir incómodos; es el medio de no encontrar nunca una mala cama. Por regla general, la vida dura, una vez vuelta hábito, multiplica las sensaciones agradables, mientras que la vida muelle prepara una infinidad de sensaciones desagradables. Las gentes criadas con excesiva delicadeza sólo encuentran el sueño sobre plumones; las gentes acostumbradas a dormir sobre tablas lo encuentran en todas partes: no hay cama dura para quien se duerme en ellas nada más acostarse.

Una cama blanda, en la que uno se entierra en la pluma o en el edredón, derrite y disuelve, por así decir, el cuerpo. Los riñones envueltos en demasiado calor se calientan. De ahí resultan a menudo la piedra u otras incomodidades, e infaliblemente una complexión delicada que nutre a todas.

La mejor cama es la que procura un sueño mejor. Ésa es la que Emilio y yo nos preparamos durante toda la jornada. No

necesitamos que nos traigan esclavos de Persia para hacer nuestras camas: cuando labramos la tierra mullimos nuestro colchón.

Sé por experiencia que, cuando un niño está sano, podemos hacerle dormir y permanecer en vela casi à voluntad. Cuando el niño está acostado y su cháchara aburre a la criada, ella dice: *Dormid.* Es como si le dijera: *Curaos* cuando está enfermo. El verdadero medio de hacerle dormir es aburrirlo, hablad tanto que se vea forzado a callar y pronto dormirá: los sermones siempre sirven para algo; tanto da predicarle como acunarle; mas si empleáis de noche ese narcótico, guardaos de emplearlo de día.

Alguna vez despertaré a Emilio, menos por miedo a que coja el hábito de dormir demasiado que para acostumbrarle a todo, incluso a ser despertado bruscamente. Además, poco talento tendría yo para mi cometido si no supiera forzarlo a despertarse por sí mismo y a levantarse, por así decir, a capricho mío sin que yo le diga una sola palabra.

Si no duerme bastante, le dejo entrever para el día siguiente una mañana ajetreada, y él mismo mirará como ganado todo el tiempo que pueda dar al sueño; si duerme demasiado, le brindo para cuando despierte un entretenimiento de su agrado. ¿Que quiero que se levante a una hora precisa? Le digo: Mañana a las seis salimos de pesca, vamos a pasear a tal lugar, ¿queréis venir? Él acepta, me ruega que lo despierte: yo prometo, o no prometo, según el caso; si se despierta demasiado tarde, se encuentra con que yo ya he salido. Raro será que no aprenda enseguida a despertarse por sí mismo.

Por lo demás, si ocurriera, cosa rara, que algún niño indolente siente inclinación a corromperse en la pereza, no hay que dejarlo entregado a esa inclinación, en la que se embotaría por completo, sino administrarle algún estimulante que lo despierte. Debe comprenderse que no se trata de hacerle obrar por la fuerza, sino de motivarlo mediante algún apetito que lo excite a ello, y ese apetito, elegido cuidadosamente en el orden de la naturaleza, nos lleva a la vez a dos fines.

No imagino nada cuyo gusto, y hasta el furor incluso, no pueda inspirarse en los niños sin vanidad, sin estimulación, sin celos. Su vivacidad, su espíritu de imitación bastan; y, sobre

todo, su alegría natural, instrumento que siempre se puede utilizar y en cuya cuenta no ha caído preceptor alguno. En todos los juegos en que están completamente persuadidos de que sólo se trata de un juego, sufren sin quejarse, e incluso riéndose, lo que de otro modo nunca sufrirían sin derramar torrentes de lágrimas. Los largos ayunos, los golpes, las quemaduras, las fatigas de toda clase son las diversiones de los jóvenes salvajes; prueba de que hasta el mismo dolor tiene un aliño propio que puede quitarle el amargor; mas no a todos los maestros pertenece saber preparar ese guiso, ni quizás a todos los discípulos saborearlo sin muecas. Si no tengo cuidado, heme aquí perdido de nuevo en las excepciones.

Lo que en cambio no se soporta es la sujección del hombre al dolor, a los males de su especie, a los accidentes, a los peligros de la vida, a la muerte finalmente; cuanto más nos familiaricemos con todas estas ideas, más lo curaremos de la importuna sensibilidad que añade al mal la impaciencia de sufrirlo; cuanto más lo acostumbremos a los sufrimientos que pueden alcanzarle, más lo privaremos, como hubiera dicho Montaigne*, de la picadura de la rareza; y más invulnerable y dura se volverá también su alma; su cuerpo será la coraza que rechazará todos los dardos que podrían alcanzarlo en lo vivo. La cercanía misma de la muerte, por no ser la muerte apenas la sentirá como tal; por así decir, no morirá, estará vivo o muerto; nada más. De él es de quien el mismo Montaigne habría podido decir, como dijo de un rey de Marruecos, que ningún hombre vivió tan adelante en la muerte. Como las demás virtudes, la constancia y la firmeza son aprendizajes de la infancia: pero no es haciendo aprender sus nombres a los niños como se les enseña, es haciéndoselas gustar sin que apenas sepan lo que es.

Pero, a propósito de morir, ¿cómo nos comportaremos con nuestro alumno sobre el peligro de la viruela? ¿Se la haremos inocular a temprana edad, o esperaremos a que la coja naturalmente? El primer partido, más conforme con nuestra práctica, garantiza del peligro a esa edad en que la vida es más

* Rousseau piensa en un texto de Montaigne sobre la muerte (*Essais*, I, 20). También de este pensador (*Essais*, II, 21) toma la referencia al rey marroquí que hasta en su agonía siguió dirigiendo una batalla.

preciosa, con riesgo para aquella en que lo es menos, caso de que podamos dar el nombre de riesgo a la inoculación bien administrada*.

Pero el segundo está más conforme con nuestros principios generales: dejar obrar en todo a la naturaleza, en los cuidados que gusta tomar sola, y que abandona en cuanto el hombre quiere mezclarse a ellos. El Hombre de la naturaleza siempre está preparado: dejémosle inocular por el maestro, él escogerá el momento mejor que nosotros.

No vayáis a deducir de ahí que censuro la inoculación: porque el razonamiento por el que eximo de ella a mi alumno iría muy mal con los vuestros. Vuestra educación los prepara a no escapar a la viruela en el momento en que sean atacados; si permitís que llegue al azar, es probable que perezcan de viruela. Veo que en los diversos países, cuanto más necesaria se vuelve la inoculación, más se resisten a ella, y la razón es fácilmente comprensible. A duras penas me dignaría yo tratar esta cuestión en el caso de mi Emilio. Será inoculado, o no lo será, según las épocas, los lugares y las circunstancias: para él es casi indiferente. Si le inoculamos la viruela, tendremos la ventaja de prever y conocer su mal de antemano; algo es; mas si la coge naturalmente, lo habremos preservado del médico, que todavía es más.

Una educación exclusiva que sólo tiende a distinguir del pueblo a quienes la han recibido, siempre prefiere las instrucciones más costosas a las más comunes, y por lo mismo a las más útiles. Así, todos los jóvenes educados con esmero aprenden a montar a caballo porque cuesta caro; pero casi ninguno aprende a nadar, porque no cuesta nada y porque un artesano puede nadar tan bien como cualquiera. Y, no obstante, un viajero monta a caballo sin haber ido a ninguna academia, se sostiene en él y de él se sirve lo suficiente para cubrir sus necesidades; pero en el agua, si uno no nada se ahoga, y no se

* Este fragmento y los dos siguientes fueron añadidos en pruebas. Las discusiones entre científicos sobre la inoculación, que venían de las primeras décadas del siglo XVIII, no habían zanjado de forma definitiva el problema; en junio de 1763, el Parlamento prohibió provisionalmente las inoculaciones, ordenando una investigación médica y teológica sobre si estaba permitido provocar una enfermedad que se podía no tener. Sobre la inoculación trata la undécima de las *Lettres philosophiques* de Voltaire.

nada sin haber aprendido. Finalmente, no estamos obligados a montar a caballo so pena de la vida, mientras que nadie está seguro de evitar un peligro al que tan a menudo nos encontraremos expuestos. Emilio estará en el agua como en tierra; ¡ojalá pueda vivir en todos los elementos! Si se le pudiera enseñar a volar por los aires, yo haría de él un águila; y una salamandra, si se le pudiera endurecer al fuego*.

Temen que un niño se ahogue aprendiendo a nadar; si se ahoga cuando aprende o por no haber aprendido, siempre la culpa será vuestra. Sólo la vanidad nos vuelve temerarios; ninguno lo somos cuando nadie nos ve. Emilio no lo sería aunque fuera visto por todo el universo. Como el ejercicio no depende del riesgo, aprendería a cruzar el Helesponto en un canal del parque de su padre; pero hay que acostumbrarse al riesgo mismo, para aprender a no temblar; es ésa una parte esencial del aprendizaje de que hablaba hace un momento. Por lo demás, atento a medir el peligro con sus fuerzas y a compartirlo siempre con él, no tendré que temer ninguna imprudencia mientras yo regule el cuidado de su conservación por el que debo a la mía.

Un niño es menos alto que un hombre: no tiene ni su fuerza ni su razón; mas ve y oye tan bien como él, o poco menos; tiene el gusto igual de sensible, aunque lo tenga menos delicado, y distingue igual de bien los aromas, aunque no ponga en ellos la misma sensualidad. Las primeras facultades que se forman y perfeccionan en nosotros son los sentidos. Son éstos, pues, los primeros que habría que cultivar; y son los únicos que se olvidan o los que más se descuidan.

Ejercitar los sentidos no es sólo hacer uso de ellos, es aprender a juzgar bien a través suyo, es aprender, por así decir, a sentir; porque sólo sabemos tocar, ver y oír como hemos aprendido.

Hay un ejercicio puramente natural y mecánico que sirve para robustecer el cuerpo sin que participe el juicio: nadar,

---

* Según antiquísimas supersticiones, latentes todavía hoy, las salamandras sobrevivían en el fuego. Sin embargo, Marco Polo había refutado la creencia ofreciendo sus ojos por testigos y demostrando que no se trataba del animal, sino del amianto o asbesto, material fibroso usado en la actualidad para revestimientos por ser incombustible. (Cf. Marco Polo, *Libro de las Maravillas*, LX, «Donde se habla de la provincia de Ghinghin Talas», E.G. Anaya, Madrid, 1983, pág. 117).

correr, saltar, bailar una peonza, lanzar piedras; todo esto está muy bien; pero ¿sólo tenemos brazos y piernas? ¿No tenemos también ojos y orejas? Y estos órganos ¿son superfluos para el uso de los primeros? No ejercitéis, pues, sólo las fuerzas, ejercitad todos los sentidos que las dirigen, sacad todo el partido posible de cada uno de ellos, verificad luego la impresión del uno por el otro. Medid, contad, pesad, comparad. No empleéis la fuerza sino después de haber estimado la resistencia; obrad siempre de modo que la estimación del efecto preceda al uso de los medios. Interesad al niño en que no haga nunca esfuerzos insuficientes o superfluos. Si lo acostumbráis a prever así el efecto de todos sus movimientos y a corregir sus errores mediante la experiencia, ¿no es evidente que ha de volverse más juicioso cuanto más actúe?

¿Que se trata de mover una masa? Si coge una palanca demasiado larga gastará demasiado movimiento, si demasiado corta no tendrá fuerza bastante: la experiencia puede enseñarle a escoger exactamente la barra que necesita. Tal sabiduaría no está, pues, por encima de su edad. ¿Que se trata de llevar un peso? Si quiere coger uno tan pesado como pueda llevarlo sin haber intentado levantarlo, ¿no se verá forzado a estimar su peso con los ojos? ¿Sabe comparar masas de igual materia y diferentes grosores? Que escoja entre masas de igual grosor y de materias diferentes; habrá de dedicarse a comparar sus pesos específicos. He visto a un joven muy bien educado que no quiso creer, sino después de comprobarlo, que un cubo lleno de gruesas virutas de madera de encina era menos pesado que el mismo cubo lleno de agua.

No somos dueños del uso de todos nuestros sentidos por igual. Hay uno, el tacto, cuya acción jamás está en suspenso durante la vigilia; ha sido distribuido por la superficie entera de nuestro cuerpo como una guardia permanente, para avisarnos de cuanto puede ofenderle. Es también aquel cuya experiencia, querámoslo o no, adquirimos antes debido a ese ejercicio continuo; por consiguiente, no necesitamos cultivarlo de modo tan particular. Observamos, sin embargo, que los ciegos tienen el tacto más seguro y fino que nosotros, porque al no guiarse por la vista se ven forzados a sacar del primer sentido únicamente los juicios que nos proporciona el otro. ¿Por qué, pues, no nos ejercitamos en caminar como ellos en la oscuridad,

en conocer los cuerpos que podemos alcanzar, en juzgar los objetos que nos rodean, en hacer, en una palabra, de noche y sin luz cuanto ellos hacen de día y sin ojos? Mientras brilla el sol, nosotros los aventajamos; en las tinieblas, ellos son a su vez nuestros guías. Nosotros estamos ciegos la mitad de la vida; con la diferencia de que los verdaderos ciegos siempre saben guiarse, mientras que nosotros no osamos dar un paso en el corazón de la noche. Está la luz, se me dirá. ¡Vaya! ¡Siempre máquinas! ¿Quién os asegura que os seguirán a todas partes llegado el caso? Por mi parte, prefiero que Emilio tenga los ojos en la punta de los dedos que en la tienda de un velero.

¿Que estáis encerrado en un edificio en medio de la noche? Batid palmas; por la resonancia del lugar percibiréis si el espacio es grande o pequeño, si estáis en el centro o en una esquina. A medio pie de una pared, el aire menos envolvente y más reflejado os da otra sensación en el rostro. Quedaos en el sitio y girad sucesivamente hacia todos los lados; si hay una puerta abierta, una ligera corriente de aire os la indicará. ¿Que estáis en un barco? Por el modo en que el aire os golpea la cara conoceréis no sólo en qué sentido vais, sino si el hilo del río os arrastra despacio o deprisa. Estas observaciones y otras mil semejantes sólo pueden hacerse bien de noche: por más atención que quisiéramos prestarles en pleno día, seremos ayudados o distraídos por la vista, y se nos escaparán. Sin embargo, aquí todavía no tenemos ni manos ni bastón: ¡cuántos conocimientos oculares pueden adquirirse mediante el tacto, incluso sin tocar nada de nada!

Muchos juegos nocturnos. Este consejo es más importante de lo que parece. La noche asusta naturalmente a los hombres y a veces a los animales[20]. La razón, los conocimientos, el espíritu y el valor liberan a pocas personas de ese tributo. He visto a pensadores, a descreídos, a filósofos y a militares intrépidos en pleno día temblar de noche como mujeres por el ruido de una hoja de árbol. Se atribuye ese espanto a los cuentos de las nodrizas; es un error: tiene una causa natural*.

* A lo largo de toda su obra, Rousseau confesará repetidas veces su miedo a la oscuridad: «Mi inclinación natural es tener miedo a las tinieblas» (*O.C.*, Pléiade, t. I. pág. 566). «Siempre he odiado a las tinieblas, me inspiran por naturaleza un horror que aquellas con que me han rodeado desde hace tantos años no han debido disminuir» (*Ensoñaciones del paseante solitario*, ed. cit., pág. 42).

¿Cuál es esa causa? La misma que vuelve desconfiados a los sordos y supersticioso al pueblo, la ignorancia de las cosas que nos rodean y de lo que pasa a nuestro alrededor[21]. Acostumbrado a percibir de lejos los objetos y a prever sus impresiones de antemano, ¿cómo, sin ver nada de lo que me rodea, no voy a suponer mil seres, mil movimientos que pueden dañarme, y de los que me resulta imposible defenderme? Por más que sepa que estoy a salvo en el lugar en que me encuentro, nunca lo sabré tan bien como si lo veo en el momento; por tanto tendré siempre un motivo de temor que no tenía en pleno día. Cierto que sé que un cuerpo extraño no puede actuar sobre el mío sin anunciarse mediante algún ruido; por eso, ¡cuán alerta tengo sin cesar el oído! Al menor ruido cuya causa no puedo discernir, el interés de mi conversación me hace suponer primero aquello que más debe obligarme a mantenerme en guardia y, por consiguiente, todo lo que es más propio para asustarme.

¿Que no oigo absolutamente nada? No por eso estoy tranquilo; porque, en última instancia, sin ruido todavía pueden sorprenderme. Es necesario que suponga las cosas tal como eran antes, tal como deben seguir siendo, que vea lo que no veo. Forzado así a poner en juego mi imaginación, pronto dejo de ser su dueño, y lo que he hecho para tranquilizarme sólo sirve para alarmarme más. Si oigo ruido, oigo ladrones; si no oigo nada, veo fantasmas; la vigilancia que me inspira el cuidado de conservarme sólo me da motivos de temor. Lo que debe tranquilizarme no está más que en mi razón; el instinto, más fuerte, me habla de forma muy distinta. ¿De qué sirve pensar que no hay nada que temer porque entonces no hay nada que hacer?

La causa del mal, una vez hallada, indica el remedio. El hábito mata, en todo, la imaginación, sólo los objetos nuevos la despiertan. En los que se ven cada día, ya no es la imaginación la que obra, es la memoria: de ahí la razón del axioma *ab assuetis non fit passio**; porque sólo al fuego de la imaginación se encienden las pasiones. No razonéis, pues, con aquel a quien queréis curar del horror a las tinieblas; metedlo en ellas a menudo, y estad seguros de que todos los argumentos

* «De los hábitos no nace la pasión».

de la filosofía no valdrán lo que ese hábito. La cabeza no les da vueltas a los retejadores en los tejados, y tampoco se ve que tengan miedo en la oscuridad los que se han acostumbrado a estar en ella.

He ahí pues, para nuestros juegos nocturnos, otra ventaja añadida a la primera; pero para que esos juegos tengan éxito, nunca habrá exceso en recomendar la alegría. Nada hay tan triste como las tinieblas: no vayáis a encerrar a vuestro hijo en un calabozo. Que ría al entrar en la oscuridad; que la risa vuelva a dominarlo antes de salir; que, mientras esté allí, la idea de las diversiones que deja y de las que va a encontrar, le preserve de imaginaciones fantásticas que podrían ir hasta allí a buscarlo.

Hay un término en la vida pasado el cual se retrocede al avanzar. Siento que he pasado ese término. Recomienzo, por así decir, otra carrera. El vacío de la edad madura, que se ha dejado sentir en mí, me remite a la dulce época de la primera edad. Al envejecer me vuelvo niño y recuerdo más a gusto lo que hice a los diez años que a los treinta. Perdonadme, pues, lectores, que a veces saque algunos ejemplos de mí mismo, porque para hacer bien este libro es preciso que lo haga con placer.

Vivía yo en el campo como pensionista en casa de un ministro* llamado Lambercier. Por compañero tenía a un primo más rico que yo, y al que trataban como a heredero, mientras que, alejado de mi padre, yo sólo era un pobre huérfano. Mi primo Bernard era singularmente cobarde, sobre todo de noche. Me burlaba yo tanto de su espanto que el señor Lambercier, harto de mis jactancias, quiso poner a prueba mi valor. Una noche muy oscura de otoño me dio la llave del templo y me dijo que fuera a buscar al púlpito la Biblia que había olvidado allí. Añadió, para picarme en mi amor propio, algunas palabras que me impidieron negarme.

Salí sin luz; si la hubiera tenido, tal vez habría sido peor aún. Había que pasar por el cementerio; y alegremente lo crucé porque, mientras me sintiese al aire libre, jamás tuve terrores nocturnos.

Al abrir la puerta, oí en la bóveda cierta resonancia que

* Ministro protestante, pastor.

me pareció como de voces y que comenzó a minar mi firmeza romana. Abierta la puerta, quise entrar: pero apenas hube dado algunos pasos me detuve. Al percibir la oscuridad profunda que reinaba en aquel vasto lugar, fui dominado por tal terror que se me erizaron los cabellos; retrocedo, salgo y echo a correr temblando todo. En el patio encontré un perrito llamado Sultán, cuyas caricias me tranquilizaron. Avergonzado de mi miedo volví sobre mis pasos, tratando, sin embargo, de llevar conmigo a Sultán, que no quiso seguirme. Franqueo bruscamente la puerta y entro en la iglesia. Apenas hube entrado, el terror volvió a dominarme, pero con tanta fuerza que me desorienté, y aunque el púlpito estaba a la derecha, cosa que sabía de sobra, habiéndome dado la vuelta sin darme cuenta, lo busqué largo tiempo a la izquierda; tropecé en los bancos, ya no sabía donde estaba, y, no pudiendo encontrar ni el púlpito ni la puerta, caí en una turbación indescriptible. Diviso por fin la puerta, consigo salir del templo y me alejo como la primera vez, completamente decidido a no entrar nunca solo sino a plena luz.

Vuelvo hasta la casa. A punto de entrar distingo la voz del señor Lambercier entre grandes carcajadas. Las tomo como dedicadas a mí de antemano y, confuso por verme expuesto a ellas, vacilo en abrir la puerta. En ese intervalo, oigo a la señorita Lambercier inquietarse por mí, decir a la sirvienta que coja la linterna, y al señor Lambercier disponerse a ir en mi busca escoltado por mi intrépido primo, a quien luego no habrían dejado de otorgar todo el honor de la expedición. Al instante cesan todos mis terrores y sólo me queda el de ser sorprendido en mi huida: corro, vuelo al templo sin perderme, sin tantear, llego al púlpito, subo a él, cojo la Biblia, me lanzo hacia abajo, en tres saltos estoy fuera del templo cuya puerta olvidé cerrar incluso, entro en la habitación sin aliento y dejo la Biblia sobre la mesa, asustado pero palpitando de gusto por haberme adelantado a la ayuda que me estaba destinada.

Se me preguntará si ofrezco este rasgo como modelo a seguir, y como ejemplo de la alegría que exijo en esta clase de ejercicios. No, lo ofrezco como prueba de que no hay nada más idóneo para tranquilizar a quien está asustado por las sombras de la noche que oír en una habitación vecina a un grupo reír y hablar tranquilamente. Querría que, en lugar de

entretenerse a solas con su alumno, reuniese por las noches a muchos niños de buen humor; que al principio no los enviase a casa por separado, sino a varios juntos, y que ninguno se aventurase completamente sólo hasta no estar bien seguro de antemano de que no ha de asustarse demasiado.

No imagino nada tan agradable y tan útil como este tipo de juegos, a poca habilidad que se quiera emplear en ordenarlos. Yo haría en un gran salón una especie de laberinto con mesas, sillones, sillas y biombos. En las inextricables tortuosidades de ese laberinto dispondría, en medio de ocho o diez cajas con trampa, otra caja casi semejante, bien surtida de caramelos; en términos claros, pero sucintos, indicaría el lugar preciso en que se encuentra la caja buena; para distinguirla, daría información, suficiente para gentes más atentas y menos atolondradas que los niños[22]; después de haber echado a suertes el orden entre los pequeños competidores, los enviaría uno tras otro hasta que la caja buena fuese hallada; cosa que yo habría procurado hacer difícil en proporción a su habilidad.

Figuraos un pequeño hércules llegando con una caja en la mano todo orgulloso de su expedición. Se pone la caja sobre la mesa, la abrimos con toda ceremonia. Desde aquí oigo las carcajadas, los abucheos de la alegre banda cuando, en lugar de las confituras que esperaban, encuentren, perfectamente dispuestos sobre musgo o sobre algodón un abejorro, un caracol, carbón, bellotas, un nabo u otra cosa semejante. Otras veces, en una habitación recientemente blanqueada colgaremos cerca de la pared algún juguete, algún pequeño mueble que habrá que buscar sin tocar el muro. Apenas haya regresado el que lo traiga, a poco que haya incumplido la condición, la punta de su sombrero blanqueado, la punta de sus zapatos, el faldón de su traje o su manga denunciarán su torpeza. Esto es suficiente, quizá demasiado, para hacer comprender el espíritu de estas clases de juegos. Si tengo que decíroslo todo, no me leáis.

¿Qué ventajas no tendrá sobre los demás hombres un hombre así educado de noche? Sus pies, acostumbrados a pisar firme en las tinieblas, y sus manos, ejercitadas en aplicarse fácilmente a todos los cuerpos circundantes, lo guiarán sin esfuerzo en la oscuridad más espesa. Difícilmente su imaginación, llena con los juegos nocturnos de su juventud, se volverá hacia objetos espantosos. Si cree oír carcajadas, en lugar de

las de duendes, serán las de sus antiguos compañeros; si imagina una reunión, no será para él el *sabbat*, sino el cuarto de su ayo. Al recordarle sólo ideas alegres, la noche nunca le resultará horrible; en lugar de temerla, la amará. ¿Que se trata de una expedición militar? Estará dispuesto en todo momento, tanto solo como acompañado de su tropa. Entrará en el campamento de Saúl, lo recorrerá sin perderse, irá hasta la tienda del rey sin despertar a nadie, regresará sin ser visto. ¿Que hay que robar los caballos de Reso? Dirigíos a él sin temor: difícilmente encontraréis un Ulises entre personas educadas de otro modo*.

He visto a gentes que, mediante sorpresas, intentaban acostumbrar a los niños a no asustarse de nada por la noche. Muy malo es este método; produce un efecto totalmente contrario al que se busca y sólo sirve para volverlos cada vez más temerosos. Ni la razón ni el hábito pueden tranquilizar sobre la idea de un peligro presente cuyo grado y especie no pueden conocerse, ni sobre el temor a sorpresas que se han experimentado a menudo. Sin embargo, ¿cómo estar seguro de mantener a vuestro alumno exento siempre de accidentes semejantes? En mi opinión, el mejor consejo para prevenirle es el siguiente: Os encontráis ahora, le diría a mi Emilio, en el caso de una justa defensa**; porque el agresor no os permite juzgar si quiere haceros daño o causaros miedo, y como ha tomado sus precauciones, ni siquiera la huida es un refugio para vos. Apoderaos pues, con audacia, de quien os sorprende de noche, hombre o animal no importa; sujetadlo, agarradlo con toda vuestra fuerza; si se debate, golpead, nos escatiméis los golpes, y, diga o haga lo que sea, no soltéis nunca la presa antes de saber bien lo que es: lo más probable es que saberlo os enseñe que no había mucho que temer, pero esta manera de tratar a los bromistas debe impedirles naturalmente volver a las andadas.

---

* La historia de David penetrando en el campamento de Saúl figura en *Samuel*, I, 26; en cuanto a los caballos del rey Reso que Ulises roba sigilosamente aparece en la *Ilíada*, X, versos 465-525.

** Las imprecisiones del sujeto en este fragmento y de los posesivos, "*vuestro* alumno... le diría *yo* a mi Emilio... etc" (la mención a Emilio fue añadida) serían una de las pruebas de la corrección del *Emilio*, que en la primera redacción fue escrito en segunda persona (P.D. Jimack).

Aunque el tacto sea, de todos nuestros sentidos, aquel del que hacemos ejercicio más continuo, sus juicios sin embargo siguen siendo, como ya he dicho, más imperfectos y groseros que los de cualquier otro, porque a su uso mezclamos continuamente el de la vista, y porque, como el ojo llega al objeto antes que la mano, el espíritu juzga sin él casi siempre. Los juicios del tacto, en cambio, son los más seguros, precisamente porque son los más limitados; pues como se extienden sólo hasta donde nuestras manos pueden alcanzar, rectifican la torpeza de los demás sentidos que se abalanzan desde lejos sobre objetos que apenas perciben, mientras que cuanto percibe el tacto lo percibe bien. Añadid que, juntando cuando nos place la fuerza de los músculos a la acción de los nervios, unimos, mediante una sensación estimulante, al juicio de la temperatura, de los tamaños y de las figuras, el juicio del peso y de la solidez. De este modo, por ser de todos los sentidos el que mejor nos instruye sobre la impresión que los cuerpos extraños pueden hacer sobre el nuestro, resulta ser aquel cuyo uso es más frecuente y que nos proporciona del modo más inmediato el conocimiento necesario para nuestra conservación.

Si el tacto ejercitado suple a la vista, ¿por qué no podría suplir también hasta cierto punto al oído, dado que los sonidos excitan estremecimietos sensibles al tacto en los cuerpos sonoros? Poniendo una mano sobre el cuerpo de un violonchelo, sin ayuda de los ojos ni de los oídos se puede distinguir, por el solo modo en que la madera vibra y se estremece, si el sonido que emite es grave o agudo, si está sacado de la prima cantarela o del bordón. Ejercítense los sentidos en estas diferencias: no dudo que con el tiempo podrá uno volverse sensible hasta el punto de oír una melodía entera por los dedos. Y dando esto por supuesto, resulta evidente que fácilmente podríamos hablar a los sordos en música, porque como los sonidos y los tiempos no son menos susceptibles de combinaciones regulares que las articulaciones y las voces, pueden tomarse del mismo modo por los elementos del discurso.

Hay ejercicios que embotan el sentido del tacto y lo vuelven más obtuso. Otros, por el contrario, lo aguzan y lo hacen más delicado y más fino. Los primeros, que unen mucho movimiento y fuerza a la continua impresión de los cuerpos duros, vuelven la piel ruda y callosa, y la privan de su

sensación natural; los segundos son los que varían esa misma sensación mediante un tacto ligero y frecuente, de suerte que el espíritu, atento a impresiones incesantemente repetidas, adquiere la facilidad de juzgar todas sus modificciones. Esta diferencia es sensible en el uso de los instrumentos musicales; el tacto duro y por golpes del violonchelo, del contrabajo, del violín incluso, hace los dedos más flexibles y más sensibles al mismo tiempo. En esto, por tanto, es preferible el clavecín.

Importa que la piel se endurezca con las impresiones del aire y pueda arrostrar sus alteraciones; porque es ella la que defiende todo lo demás. Salvo esto, no querría yo que la mano aplicada con demasiado servilismo a los mismos trabajos, llegase a endurecerse, ni que su piel vuelta casi ososa pierda esa sensación exquisita que permite conocer los cuerpos sobre los que la pasamos, y según la clase de contacto nos hace a veces estremecernos en la oscuridad de diversas maneras.

¿Por qué ha de verse obligado mi alumno a tener siempre bajo sus pies una piel de buey? ¿Qué mal habría en que la suya propia pudiese, llegado el caso, servirle de suela? Es evidente que, en esa parte, la delicadeza de la piel nunca puede ser útil para nada, y a menudo puede resultar muy nociva. Despertados a medianoche en el corazón del invierno por el enemigo en su ciudad, los ginebrinos encontraron antes sus fusiles que sus zapatos. Si ninguno hubiera sabido caminar a pie descalzo, ¿sabe alguien si Ginebra no habría sido tomada*?

Armemos siempre al hombre contra los accidentes imprevistos. Que Emilio corra por las mañanas con los pies desnudos en cualquier estación por el cuarto, por la escalera, por el jardín; lejos de reñirle por ello, lo imitaré; me bastará con tener cuidado de apartar los cristales. Pronto hablaré de los trabajos y de los juegos manuales; por lo demás, que aprenda a dar cuantos pasos favorezcan las evoluciones del cuerpo, a adoptar, en cualquier actitud, una posición cómoda y sólida; que sepa saltar distancias, alturas, trepar a un árbol, franquear una tapia, que encuentre siempre su equilibrio, que todos sus movimientos y sus gestos estén ordenados según las leyes de

* Alusión a la Escalade; en 1602, los ginebrinos rechazaron de noche un ataque por sorpresa de las tropas saboyanas.

la ponderación* mucho antes de que la estética tenga que explicárselos. Por la manera en que su pie se posa en tierra y en que su cuerpo camina sobre su pierna debe sentir si está bien o mal. Un equilibrio seguro siempre tiene gracia, y las posturas más firmes son tambien las más elegantes. Si yo fuera maestro de danza, no haría todas las monerías de Marcel[23], buenas para el país en que las hace; en lugar de ocupar eternamente a mi alumno en brincos, lo llevaría al pie de un roquedo: allí le mostraría la actitud que se debe tomar, cómo hay que llevar el cuerpo y la cabeza, qué movimiento hay que hacer, de qué manera hay que colocar unas veces el pie, otras la mano, para seguir con agilidad los senderos escarpados, ásperos y rudos, y lanzarse de punta en punta tanto al subir como al bajar. Haría de él el émulo de un cabritillo antes que un bailarín de la Ópera**.

Así como el tacto concentra sus operaciones en torno al hombre, así extiende la vista las suyas mucho más allá de él. Es lo que hace a ésta engañosas; de una ojeada un hombre abarca la mitad de su horizonte. En esa multitud de sensaciones simultáneas y de juicios que provocan, ¿cómo no equivocarse en ninguno? Así, la vista es de todos nuestros sentidos el más falible, precisamente porque es el más amplio y porque, adelantándose mucho a todos los demás, sus operaciones son demasiado rápidas y demasiado amplias para poder ser rectificadas por ellos. Hay más: las ilusiones mismas de la perspectiva no son necesarias para llegar a conocer la extensión y comparar sus partes. Sin las falsas apariencias, no veríamos nada a lo lejos; sin las gradaciones de tamaño y de luz no podríamos estimar ninguna distancia, o mejor, para nosotros no habría nada en ella. Si de dos árboles iguales el que está a cien pasos nos pareciese tan grande y tan nítido como el que está a diez, los colocaríamos uno al lado del otro. Si percibiéramos todas las dimensiones de los objetos en su verdadera medida, no veríamos ningún espacio, y nos parecería que todo se encuentra encima de nuestros ojos.

Para juzgar el tamaño de los objetos y su distancia, el

---

* *Ponderación*: aquí «ciencia del equilibrio de los cuerpos».

** Alusión al bailarín Marcel, a quien más adelante volverá a citar Rousseau [pág. 456]; murió en 1759.

sentido de la vista sólo tiene una misma medida, a saber, la abertura del ángulo que forman en nuestro ojo; y como esa abertura es un efecto simple de una causa compuesta*, el juicio que provoca en nosotros deja indeterminada cada causa particular, o se vuelve necesariamente falible. Porque, ¿cómo distinguir a simple vista si el ángulo por el que veo un objeto más pequeño que otro es tal porque ese primer objeto es más pequeño en efecto, o porque está más alejado?.

Aquí hemos de seguir, por tanto, un método contrario al precedente; en lugar de simplificar la sensación, duplicarla, verificarla siempre por otra; someter el órgano visual al órgano táctil y reprimir, por así decir, la impetuosidad del primer sentido por la marcha pesada y regular del segundo. Si no nos sometemos a esta práctica, nuestras medidas por estimación son muy inexactas. Carecemos de toda precisión en la ojeada para juzgar las alturas, las longitudes, las profundidades, las distancias; y la prueba de que no es culpa del sentido tanto como de su uso es que los ingenieros, los agrimensores, los arquitectos, los albañiles y los pintores tienen por regla general el golpe de vista mucho más seguro que nosotros, y aprecian las medidas de la extensión con mayor exactitud; porque, por darles en esto su oficio la experiencia que nosotros descuidamos adquirir, rectifican el equívoco del ángulo por las apariencias que lo acompañan y que determinan con mayor exactitud a sus ojos la relación de las dos causas de este ángulo.

Siempre es fácil conseguir de los niños cuanto da movimiento al cuerpo sin violentarlo. Hay mil medios para interesarlos en medir, en conocer, en estimar las distancias. He aquí un cerezo muy alto; ¿cómo haremos para coger las cerezas? ¿Sirve para eso la escala del granero? He ahí un río muy ancho; ¿cómo lo atravesaremos? ¿Se apoyará una de las tablas del patio en las dos orillas? Querríamos pescar desde nuestras ventanas en los fosos del castillo; ¿cuántas brazas debe tener nuestra caña? Querría hacer un balancín entre esos dos árboles; ¿nos bastará una cuerda de dos toesas? Me dicen que en la otra casa nuestro cuarto tendrá veinticinco pies cuadrados; ¿creéis que nos conviene? ¿Será mayor que ésta? Tenemos

* Rousseau califica de compuesta a la causa cuando el ángulo está determinado por dos elementos: la altura del objeto y la distancia.

mucho hambre, he ahí dos aldeas; ¿a cuál de las dos llegaremos antes para comer?, etc.

Se trataba de ejercitar en la carrera a un niño indolente y perezoso que por sí mismo no se dedicaba a ese ejercicio ni a ningún otro, aunque estuviera destinado al estado militar; no sé cómo se había persuadido de que un hombre de su rango no debía hacer nada ni saber nada, y que su nobleza debía servirle de brazos, de piernas, así como de cualquier clase de mérito. Para hacer de tal gentilhombre un Aquiles de pies ligeros no habría bastado la habilidad de Quirón*. Y todo resultaba más difícil porque yo no quería prescribirle absolutamente nada. Había desterrado de mis derechos las exhortaciones, las promesas, las amenazas, la emulación, el deseo de brillar: ¿cómo darle el de correr sin decirle nada? Correr yo mismo hubiera sido un medio poco seguro y sujeto a inconvenientes. Además, también había que sacar de ese ejercicio algún motivo de instrucción para él, a fin de acostumbrar a caminar siempre de consuno a las operaciones de la máquina y a las del juicio. He aquí cómo yo me las apañé; y cuando digo yo señalo a aquel que habla en este ejemplo.

Cuando por la tarde salía de paseo con él, algunas veces metía en mi bolso dos pasteles de una clase que le gustaba mucho; durante el paseo[24] comíamos uno cada uno y regresábamos muy contentos. Un día se dio cuenta de que yo tenía tres pastelillos; él habría podido comer seis sin enfermar: despacha rápidamente el suyo para pedirme el tercero. No, le digo, de buena gana me lo comería yo mismo o lo repartiríamos; pero prefiero ver como se lo disputan en una carrera aquellos dos niñitos que hay allí. Los llamé, les mostré el pastel y les propuse la condición. No pedían otra cosa. El pastel fue depositado sobre una gran piedra que servía de meta. Se señaló el recorrido y nosotros fuimos a sentarnos; dada la señal, los niños echaron a correr: el vencedor cogió el pastel y se lo comió sin misericordia ante los ojos de los espectadores y del vencido.

Aquella diversión valía más que el pastel, pero él no lo

* Aquiles educado por Quirón es el tema de uno de los grabados elegidos por Rousseau para ilustrar la edición original, véase pág. 31.

comprendió al principio y no surtió efecto. No me desanimé ni me apresuré: educar a los niños es un oficio en el que hay que saber perder tiempo para ganarlo. Seguimos con nuestros paseos; a menudo llevaba tres pasteles, otras veces cuatro y de vez en cuando había uno, dos incluso, para los corredores. Si el premio no era grande, quienes lo disputaban tampoco eran ambiciosos; el que lo conseguía era elogiado y festejado, todo se hacía con cierta solemnidad. Para dar lugar a las revoluciones* y aumentar el interés, señalaba una carrera más larga y a ella admitía a varios corredores. Apenas comenzaba la liza, todos los transeúntes se detenían para verlos; las aclamaciones, los gritos y los aplausos los animaban; algunas veces veía a mi hombrecito vibrar, levantarse, gritar cuando alguno estaba a punto de alcanzar o pasar a otro: para él eran los juegos olímpicos.

Pero los competidores a veces hacían trampas; se agarraban unos a otros, o se zancadilleaban, o tiraban piedras al pasarse. Esto me proporcionó ocasión de separarlos y hacer que salieran de puntos diferentes, aunque a la misma distancia de la meta; pronto se verá el motivo de tal previsión, pues debo tratar este importante asunto con todo detalle.

Cansado de ver siempre comer ante sus ojos los pasteles que tanto le gustaban, a mi caballerito se le ocurrió sospechar, por fin, que correr podía servir de algo, y viendo que también él tenía dos piernas comenzó a prepararse en secreto. Yo me guardé mucho de ver nada; pero comprendí que mi estrategia había triunfado. Cuando se creyó con fuerzas bastantes, y yo leí antes que él su pensamiento, fingió importunarme para obtener el pastel que quedaba. Yo se lo niego; él se obstina, y con aire despechado me dice al fin: pues bien, ponedlo sobre la piedra, señalad el campo y ya veremos. Bueno, le digo riendo, un caballero ¿sabe correr acaso? Sólo sacarás tener más apetito y nada para satisfacerlo. Picado por mi burla se esfuerza y alcanza el premio con gran facilidad, sobre todo porque yo había hecho la liza muy corta y había tomado la precaución de apartar al mejor corredor. Dado este primer paso, resultará difícil imaginar que no me costó mucho mante-

* «Revolución» tiene aquí el sentido de peripecia, de cambio en el orden de los corredores.

nerlo en vilo. Pronto tomó tal gusto por este ejercicio que sin ayuda ninguna estaba casi seguro de vencer a mis briboncillos corriendo, por larga que fuera la carrera.

Logrado este avance se produjo otro en el que yo no había pensado. Cuando eran pocas las veces que conseguía el premio, lo comía casi siempre solo, como hacían sus competidores; pero al acostumbrarse a la victoria se volvió generoso y a menudo lo repartía con los vencidos, proporcionándome a mí mismo una observación moral: por ella aprendí cuál era el verdadero principio de la generosidad.

Mientras marcaba con él, en distintos lugares, los puntos de los que cada uno debía partir al mismo tiempo, sin que se diera cuenta hice distancias desiguales, de suerte que teniendo que hacer uno más camino que otro para llegar a la misma meta, estaba en notoria desventaja; mas aunque yo dejaba elegir a mi discípulo, él no sabía aprovecharse. Sin preocuparse por la distancia, prefería siempre el camino bonito, de modo que previendo fácilmente su elección, yo era casi dueño de hacerle perder o ganar el pastel a voluntad; y esta artimaña servía para más de un fin. Sin embargo, como mi designio era que comprendiese la diferencia, intentaba hacérsela sensible; pero, aunque indolente en la calma, era tan vivo en sus juegos y desconfiaba tan poco de mí que me costó muchísimo hacerle darse cuenta de que lo engañaba. Por fin lo logré a pesar de su aturdimiento; me lo reprochó. Y le dije: ¿De qué os quejáis? Es un regalo que yo quiero hacer, ¿no soy dueño de mis condiciones? ¿Quién os obliga a correr? ¿Os he prometido hacer iguales las lizas? ¿No teníais la posibilidad de elegir? Tomad el camino más corto, nadie os lo impide. ¿Cómo no veis que es a vos a quien favorezco, y que la desigualdad que criticáis es una ventaja para vos si supiérais aprovecharla? Como estaba claro, lo comprendió, y para elegir tuvo que fijarse más. Al principio se intentó contar los pasos; pero la medida de los pasos de un niño es lenta y falible; además, me cuidé de multiplicar las carreras en un mismo día, y entonces, volviéndose el entretenimiento una especie de pasión, sentía perder, midiendo las lizas, el tiempo destinado a recorrerlas. La vivacidad de la infancia se acomoda mal con esas dilaciones; se ejercitaron por tanto en ver mejor, en estimar mejor una distancia con la vista. Por eso aumentar y alimentar ese gusto

me costó poco trabajo. Finalmente, tras algunos meses de pruebas y de errores corregidos formaron de tal modo su compás visual que cuando le ponía con el pensamiento un pastel sobre algún objeto alejado, su golpe de vista era casi tan seguro como la cadena de un agrimensor.

Como de todos los sentidos la vista es aquel del que menos pueden separarse los juicios del espíritu, se precisa mucho tiempo para aprender a ver; hay que haber comparado muchas veces la vista con el tacto para acostumbrar al primero de esos dos sentidos a hacernos un informe fiel de las figuras y las distancias; sin el tacto, sin el movimiento progresivo, los ojos más penetrantes del mundo no podrían darnos ninguna idea de la extensión. Para una ostra el universo entero no debe ser más que un punto; y si un alma humana informara esa ostra, no le parecería nada más*; sólo a fuerza de caminar, de palpar, de enumerar y de medir las dimensiones se aprende a estimarlas; pero si midiésemos siempre, el sentido que se apoya sobre el instrumento tampoco adquiriría ninguna precisión. Ni es preciso que el niño pase de golpe de la medida a la estimación; primero es menester que, comparando por partes lo que no podría comparar de golpe, substituya las alícuotas exactas por alícuotas de apreciación y que, en lugar de aplicar la medida siempre con la mano, se acostumbre a aplicarla sólo con los ojos**. Quisiera, sin embargo, que se verificasen sus primeras operaciones con medidas reales a fin de que corrija sus errores y de que, si en el sentido queda alguna apariencia falsa, aprenda a rectificarla con un juicio mejor. Hay medidas naturales que son más o menos las mismas en todas partes; los pasos de un hombre, la extensión de su brazo, su estatura. Cuando el niño estime la altura de un campanario, que las toesas sean las casas. Si quiere saber las leguas de camino, que cuente las horas de marcha; y, sobre todo, que nadie haga nada de todo esto por él, que lo haga él mismo.

No se podría aprender a juzgar bien la extensión y el tamaño de los cuerpos sin aprender a conocer también sus

* «Informar» tiene aquí sentido religioso: el alma como forma de una materia que sería el cuerpo. El ejemplo lo toma Rousseau de Buffon.

** Las alícuotas son los elementos iguales cuya suma constituye exactamente un todo, sin dejar resto.

figuras e incluso a imitarlas; porque, en el fondo, esa imitación sólo se atiene a las leyes de la perspectiva y no puede estimar la extensión por apariencias quien no tenga alguna noción de esas leyes. Todos los niños, grandes imitadores, intentan dibujar; quisiera que el mío cultivara ese arte, no precisamente por el arte mismo, sino para volver la mirada precisa y la mano flexible; y, en general, importa muy poco que sepa tal o cual ejercicio, con tal que adquiera la perspicacia del sentido y el buen hábito corporal que se logra con ese ejercicio. Me guardaré mucho, por tanto, de darle un maestro de dibujo, que no le presentaría a imitar otra cosa que imitaciones y que sólo le haría dibujar sobre dibujos: quiero que no tenga más maestro que la naturaleza ni más modelo que los objetos. Quiero que tenga ante los ojos el original mismo y no el papel que lo representa, que bosqueje una casa sobre una casa, un árbol sobre un árbol, un hombre sobre un hombre para que se acostumbre a observar bien los cuerpos y sus apariencias, y no a tomar imitaciones falsas y convencionales por verdaderas imitaciones. Le disuadiré incluso de trazar nada de memoria, en ausencia de los objetos, hasta que, mediante observaciones frecuentes, sus figuras exactas se impriman bien en su imaginación, no vaya a ser que, substituyendo la verdad de las cosas por figuras extravagantes y fantásticas, pierda el conocimiento de las proporciones y el gusto por las bellezas de la naturaleza.

De sobra sé que de este modo pintarrajeará durante mucho tiempo sin hacer nada reconocible, que captará tarde la elegancia de los contornos y el trazo ligero de los dibujantes, y quizá nunca el discernimiento de los efectos pictóricos y el buen gusto del dibujo; en compensación, su golpe de vista será, desde luego, más exacto, su mano más segura, logrará el conocimiento de las verdaderas relaciones de tamaño y figura que hay entre los animales, las plantas y los cuerpos naturales, así como una experiencia más rápida del juego de la perspectiva: he ahí, precisamente, lo que yo pretendía hacer, pues mi intención no es tanto que sepa imitar los objetos como conocerlos; prefiero que me muestre una planta de acanto, y que dibuje peor el follaje de un capitel.

Por lo demás, en este ejercicio, como en todos los restantes, no pretendo que mi alumno tenga diversión únicamente. Quiero volvérselo más agradable todavía compartiéndolo sin cesar

con él. No quiero que tenga más émulo que yo, pero seré su émulo sin tregua ni riesgo; esto volverá interesantes sus ocupaciones sin provocar celos entre nosotros. A ejemplo suyo tomaré el lápiz; al principio lo utilizaré con tanta torpeza como él. Aunque fuera yo un Apeles, nadie vería en mí más que un pintarrajeador. Comenzaré dibujando un hombre como el que los lacayos pintan en las paredes: un palote para cada brazo, un palote para cada pierna, y los dedos más gruesos que los brazos. Tiempo después, uno u otro se dará cuenta de esta desproporción; observaremos que una pierna tiene espesor, que ese espesor no es en todas partes el mismo, que el brazo tiene su longitud determinada por relación al cuerpo, etc. En estos avances caminaré siempre a su lado, o le adelantaré tan poco que siempre le será fácil alcanzarme y a menudo superarme. Tendremos colores, pinceles; trataremos de imitar el colorido de los objetos y toda su apariencia tanto como su figura. Iluminaremos, pintaremos, pintarrajearemos; pero en todos nuestros pintarrajos no cesaremos de espiar a la naturaleza; nunca haremos nada sino ante los ojos del maestro.

¿Qué necesitábamos adornos para nuestra habitación? Ya los hemos encontrado. Hago enmarcar nuestros dibujos; mando cubrirlos de hermosos cristales para que no los toquen y para que, viéndolos permanecer en el estado en que los hemos puesto, ambos estemos interesados en no despreocuparse de los suyos. Los coloco por orden en torno a la habitación, cada dibujo repetido veinte, treinta veces y mostrando en cada ejemplar los progresos del autor, desde el momento en que la casa no es más que un cuadrado casi informe hasta aquel en que su fachada, su perfil, sus proporciones y sus sombras se hallan en la más exacta verdad. Tales gradaciones no pueden dejar de ofrecernos constantemente cuadros interesantes para nosotros, curiosos para los demás, y de excitar cada vez más nuestra emulación. A los primeros, a los más groseros de esos dibujos, les pongo marcos muy brillantes, muy dorados que los realzan; y cuando la imitación se vuelve más exacta y el dibujo es verdaderamente bueno, sólo le doy un marco negro muy simple; no necesita más adorno que él mismo, y sería una lástima que el marco compartiese la atención que merece el objeto. Así, cada uno de nosotros aspira al honor del marco liso, y cuando uno quiere despreciar un dibujo del otro lo

condena al marco dorado. Quizás un día esos marcos dorados se vuelvan proverbiales para nosotros y quedemos admirados ante tantos hombres que se hacen justicia enmarcándolos así.

He dicho que la geometría no estaba al alcance de los niños; pero la culpa es nuestra. No comprendemos que su método no es el nuestro, y que lo que para nosotros se convierte en el arte de razonar, para ellos no debe ser sino el arte de ver. En vez de darles nuestro método, mejor haríamos tomando el suyo. Porque nuestra manera de aprender geometría es tanto un asunto de imaginación como de razonamiento. Una vez enunciada la proposición hay que imaginar su demostración, es decir, encontrar de qué proposición ya sabida debe ser ésta una consecuencia, y de todas las consecuencias que pueden extraerse de esa misma proposición escoger precisamente aquella de que se trata.

De este modo el razonador más exacto, si no es inventivo, ha de quedarse corto. ¿Qué ocurre entonces? Que en lugar de hacernos encontrar las demostraciones, se nos dictan; que en lugar de enseñarnos a razonar, el maestro razona por nosotros y sólo ejercita nuestra memoria.

Haced figuras exactas, combinadlas, poned una sobre otra, examinad sus relaciones; encontraréis toda la geometría elemental yendo de observación en observación, sin que sea cuestión de definiciones, de problemas, ni de más forma demostrativa que la simple superposición. Por lo que a mí respecta, no pretendo enseñar geometría a Emilio, es él quien ha de enseñármela; yo buscaré las relaciones y él las encontrará; porque yo las buscaré de forma que se las haga encontrar. Por ejemplo, en lugar de servirme de un compás para trazar un círculo, lo trazaré con una punta al final de un hilo girando sobre un eje. Tras esto, cuando yo pretenda comparar los radios entre sí, Emilio se burlará de mí y me hará comprender que el mismo hilo siempre tenso no puede haber trazado distancias desiguales.

Si quiero medir un ángulo de sesenta grados, describo desde el vértice de este ángulo no un arco, sino un círculo entero; porque con los niños nunca hay que sobreentender nada. Hallo que la porción del círculo comprendida entre los dos lados del ángulo es la sexta parte del círculo. Tras esto, describo desde el mismo vértice otro círculo mayor, y hallo

que este segundo arco vuelve a ser la sexta parte de su círculo; describo un tercer círculo concéntrico sobre el que hago la misma prueba y la continúo sobre nuevos círculos hasta que Emilio, sorprendido por mi estupidez, me advierte que cada arco, grande o pequeño, comprendido por el mismo ángulo será siempre la sexta parte de su círculo, etc. Ha llegado el momento de usar el transportador.

Para probar que los ángulos continuos son iguales a dos rectos se describe un círculo; yo, en cambio, actúo de modo que Emilio lo observe antes en el círculo, y luego le digo: Si se quitase el círculo y se dejasen las líneas rectas, ¿habrían cambiado de tamaño los ángulos?, etc.

Se descuida la exactitud de las figuras, se la supone y se la adscribe a la demostración. Entre nosotros, por el contrario, nunca habrá demostración. Nuestra tarea más importante será trazar líneas muy rectas, muy exactas, muy iguales; hacer un cuadrado muy perfecto, trazar un círculo muy redondo. Para verificar la exactitud de la figura, la examinaremos por todas sus propiedades sensibles y ello nos dará ocasión de descubrir a diario nuevas propiedades. Plegaremos por el diámetro los dos semicírculos, por la diagonal las dos mitades del cuadrado: compararemos nuestras dos figuras para ver aquella cuyos bordes coinciden con mayor exactitud y, por consiguiente, cuál está mejor hecha; discutiremos si esa igualdad de partición debe producirse siempre en los paralelogramos, en los trapecios, etc. A veces, intentaremos prever el éxito de la experiencia antes de hacerla, trataremos de encontrar las razones, etc.

Para mi alumno, la geometría sólo es el arte de servirse bien de la regla y del compás; no debe confundirla con el dibujo, en el que no empleará ninguno de esos instrumentos. La regla y el compás estarán cerrados bajo la llave y no se le concederá sino rara vez su uso, y por poco tiempo, a fin de que no se acostumbre a pintarrajear; aunque, a veces, podremos sacar nuestras figuras de paseo y hablar de lo que hayamos hecho o de lo que queramos hacer.

Nunca olvidaré haber visto en Turín a un joven a quien en su infancia le habían enseñado las relaciones de los perímetros y de las superficies dándole a elegir a diario, entre todas las figuras geométricas, cucuruchos isoperímetros. El pequeño

goloso había agotado el arte de Arquímedes para saber en cuál había más de comer.

Cuando el niño juega al volante ejercita en precisión la vista y el brazo; cuando baila una peonza aumenta su fuerza utilizándola, pero no aprende nada. A veces he preguntado por qué no se ofrecía a los niños los mismos juegos de destreza de los hombres: la pelota, el mallo, el billar, el arco, el balón, los instrumentos de música. Se me ha respondido que algunos de esos juegos estaban por encima de sus fuerzas y que sus miembros y sus órganos se hallaban suficientemente formados para otros. Me parecen malas tales razones: un niño no tiene la talla de un hombre, y sin embargo no deja de llevar un traje hecho igual al suyo. No pretendo que juege con nuestras bolas sobre un billar de tres pies de alto, ni pretendo que vaya a jugar a la pelota a nuestros frontones, ni que cargue su pequeña mano con una raqueta; pretendo que juege en una sala cuyas ventanas estén a salvo, que al principio sólo se sirva de bolas blandas, que sus primeras palas sean de madera, luego de pergamino y, por último, de cuerda de tripa atirantada en proporción a su progreso. Preferís el volante porque fatiga menos y carece de peligro. Os equivocáis por dos razones. El volante es un juego de mujeres; pero no hay ninguna a la que no haga huir un zoquetillo en movimiento. Sus blancas pieles no deben endurecerse con magulladuras, y no son contusiones lo que esperan sus caras. En cambio, nosotros, hechos para ser vigorosos, ¿creemos que hemos de lograrlo sin esfuerzo? ¿Y qué defensa seremos capaces si nunca somos atacados? Siempre se practican de forma descuidada aquellos juegos en que se puede ser torpe sin riesgo: un volante que cae no hace daño a nadie; pero nada desentumece el brazo como tener que cubrirse la cabeza, nada hace tan precisa la mirada como tener que proteger los ojos. Lanzarse de un extremo de la sala al otro, juzgar el salto de una pelota todavía en el aire, devolverla con mano fuerte y segura: juegos como ésos convienen más al hombre porque sirven para formarle.

Se dice que las fibras de un niño son demasiado blandas; tienen menos resorte, pero son más flexibles; su brazo es débil, pero en última instancia es un brazo; guardando las proporciones, se debe hacer con él todo lo que se hace con otra máquina semejante. Los niños no tienen en las manos ninguna destreza;

por eso quiero que se les dé: un hombre tan poco ejercitado como ellos no tendría más; no podemos conocer el uso de nuestros órganos sino después de haberlos empleado. Sólo una larga experiencia nos enseña a sacar partido de nosotros mismos, y esta experiencia es el verdadero estudio al que nunca podremos aplicarnos demasiado pronto.

Todo cuanto se hace es hacedero. Por eso no hay nada más común que ver a niños diestros y vigorosos tener en los miembros la misma agilidad que puede tener un hombre. En casi todas las ferias se les ve hacer equilibrios, caminar sobre las manos, saltar, bailar sobre la cuerda. ¿Durante cuánto tiempo las *troupes* de niños han atraído espectadores a la comedia italiana con sus ballets? ¿Quién no ha oído hablar en Alemania y en Italia de la *troupe* pantomima del célebre Nicolini*? ¿Ha observado alguien alguna vez en esos niños movimientos menos desarrollados, actitudes menos graciosas, un oído menos preciso, un baile menos ligero que en los bailarines completamente formados? Que al principio se tengan los dedos gordos, cortos, pocos móviles, y las manos regordetas y escasamente capaces de empuñar nada, ¿impide que muchos niños sepan escribir o dibujar a la edad en que otros todavía no saben sostener el lápiz ni la pluma? Todo París recuerda aún a la pequeña inglesa que a los diez años hacía prodigios en el clavecín[25]. En casa de un magistrado he visto a su hijo, un hombrecito de ocho años al que ponían encima de la mesa a los postres, como una estatua en medio de las bandejas, tocar allí un violín casi tan grande como él, y sorprender con su ejecución a los artistas mismos**.

Todos estos ejemplos y cien mil más prueban, en mi opinión, que la ineptitud que se supone a los niños para nuestros ejercicios es imaginaria, y que si no les vemos

* La *troupe* de Nicolini aparece citada por Diderot y Lessing; éste llegó a verla en 1747; su opinión es despectiva; trata a los niños de «pequeños monos» y se declara asqueado por su éxito.

** Alusión a Paul-Louis Roualle de Boisgelou (1734-1806) que más tarde se encargaría de reorganizar la sección musical de la Biblioteca real francesa. Rousseau mantuvo relaciones con su padre, que le había comunicado una teoría de los intervalos analizado por nuestro autor en su *Dictionnaire de musique*, (artículo «Système»).

triunfar en algunos es porque nunca se los ha ejercitado en ellos.

Se me dirá que, en relación al cuerpo, caigo aquí en el defecto de la cultura prematura que yo mismo censuro en los niños por relación al espíritu. La diferençia es grandísima: porque uno de esos progresos es sólo aparente y el otro real. He probado que el espíritu que parecen tener no lo tienen, mientras que hacen todo cuanto parecen hacer. Además, debe pensarse siempre que todo esto no es ni debe ser otra cosa que juego, dirección fácil y voluntaria de los movimientos que la naturaleza les pide, arte de variar sus entretenimientos para hacérselos más agradables sin que nunca la menor coacción los convierta en trabajo; porque, en última instancia, ¿con qué se entretendrán que yo no pueda convertir en objeto de instrucción para ellos? Y cuando yo no pueda, con tal que se entretengan sin inconveniente y que pase el tiempo, su progreso en cualquier cosa no importa de momento, dado que cuando hay que enseñarles necesariamente esto o aquello, sea cual fuere la manera en que se consiga, siempre resulta imposible llegar al final sin coacción, sin enfado y sin aburrimiento.

Lo que he dicho sobre los dos sentidos cuyo uso es más continuo e importante puede servir como ejemplo del modo de ejercitar los otros. La vista y el tacto se aplican por igual sobre los cuerpos en reposo y sobre los cuerpos que se mueven; pero lo mismo que sólo el estremecimiento del aire puede mover el oído, sólo un cuerpo en movimiento hace ruido o sonido, pues si todo estuviera en reposo nunca oiríamos nada. Por tanto, de noche, durante la cual moviéndonos nosotros mismos cuanto nos place sólo hemos de temer a los cuerpos que se mueven, nos importa tener el oído alerta, poder juzgar por la sensación que nos afecta si el cuerpo que la causa es grande o pequeño, si está lejos o cerca, si su agitación es violenta o débil. El aire estremecido está sujeto a repercusiones que lo reflejan, las cuales al producir ecos repiten la sensación y hacen oír el cuerpo ruidoso o sonoro en un lugar distinto de aquel donde está. Si en una llanura o en un valle se pone la oreja en tierra, se oye la voz de los hombres y la pisada de los caballos desde mucho más lejos que cuando estamos de pie.

Así como hemos comparado la vista con el tacto, conviene compararla con el oído y saber cuál de las dos impresiones,

partiendo a la vez del mismo cuerpo, llega antes a su órgano. Cuando se ve el fogonazo de un cañón, todavía puede uno protegerse del disparo; pero en cuanto se oye el ruido no hay tiempo, la bala ya está encima. Puede juzgarse a qué distancia se produce el trueno por el intervalo de tiempo que transcurre entre el relámpago y el ruido. Haced de forma que el niño sepa todas estas experiencias; que haga las que están a su alcance, y que halle las otras por inducción; pero antes prefiero cien veces que las ignore a que sea necesario que vos se las digáis.

Tenemos un órgano que responde al oído, a saber, el de la voz; no tenemos, en cambio, el que responde a la vista y no transmitimos los colores como los sonidos. Otro medio para cultivar el primer sentido consiste en ejercitar el órgano activo y el órgano pasivo mutuamente.

El hombre tiene tres clases de voz; a saber, la voz parlante o articulada, la voz cantante o melodiosa, y la voz patética o acentuada, que sirve de lenguaje a las pasiones y que anima el canto y el habla. El niño tiene esas tres clases de voz, igual que el hombre, sin saber aliarlas de la misma forma; tiene, como nosotros, la risa, los gritos, las quejas, la exclamación, los gemidos, pero no sabe mezclar sus inflexiones a las otras dos voces. Una música perfecta es la que reúne lo mejor de esas tres voces. Los niños son incapaces de esa música, y su canto nunca posee alma. Asimismo, en la voz parlante su lenguaje carece de acento: gritan, pero no acentúan, y lo mismo que en su discurso hay poco acento hay poca energía en su voz. Nuestro alumno tendrá el habla más uniforme, más simple todavía, porque sus pasiones, al no hallarse despiertas, no mezclarán al de él su lenguaje. No vayáis, pues, a darle a recitar papeles de tragedia y de comedia, ni a querer enseñarle, como se dice, a declamar. Tendrá sobrado sentido para saber dar tono a cosas que no puede entender, y expresión a sentimientos que no experimentó jamás.

Enseñadle a hablar sencilla, claramente, a articular bien, a pronunciar con exactitud y sin afectación, a conocer y a seguir el acento gramatical y la prosodia, a emitir siempre suficiente voz para ser oído, pero nunca a emitir más de la necesaria; defecto ordinario de los niños educados en colegios: evitad, en todo, lo que sea superfluo.

Del mismo modo, en el canto haced su voz precisa, igual, flexible, sonora, su oído sensible a la medida y a la armonía, pero nada más. La música imitativa y teatral no corresponden a su edad. No querría siquiera que cantara la letra; si quisiera cantarla, yo trataría de hacerle canciones adecuadas, interesantes para su edad y tan sencillas como sus ideas.

Como es lógico, sin prisa ninguna para enseñarle a leer la escritura, tampoco la tendré para enseñarle a leer la música. Alejemos de su cerebro cualquier atención demasiado penosa y no nos apresuremos a fijar su espíritu sobre signos convencionales. Confieso que esto parece algo difícil; aunque el conocimiento de las notas no parece en principio más necesario para saber cantar que el de las letras para saber hablar, hay, sin embargo, la siguiente diferencia: al hablar emitimos nuestras propias ideas, y al cantar no emitimos sino las ajenas, y para emitirlas hay que leerlas.

Pero, primero, en vez de leerlas se pueden oír, y un canto se expresa al oído con mayor fidelidad aún que a la vista. Además, para conocer bien la música, no basta con repetirla, hay que componerla, y lo uno debe aprenderse junto con lo otro, porque, si no, nunca se la conoce bien. A vuestro pequeño músico ejercitadlo, primero, en hacer frases muy regulares, muy cadenciadas; luego, en unirlas entre sí mediante una modulación simplísima; por último, en marcar sus diferentes relaciones con una puntuación correcta, cosa que se consigue con la buena elección de las cadencias y de las pausas. Sobre todo, nunca canto extraño, nunca patetismo ni expresión. Una melodía siempre cantable y sencilla, siempre derivada de las cuerdas esenciales del tono, y que siempre indique la base, de tal modo que él sienta y acompañe sin esfuerzo; porque para formarse la voz y el oído, nunca debe cantar sino al clavecín.

Para marcar mejor los sonidos se los articula pronunciándolos; de ahí la costumbre de solfear con ciertas sílabas. Para distinguir los grados, hay que dar nombre tanto a esos grados como a sus diferentes términos fijos: de ahí los nombres de los intervalos y también las letras del alfabeto con que se marcan las teclas del teclado y las notas de la escala. C y A designan sonidos fijos, invariables, que siempre emiten las mismas teclas. *Ut* y *la* son otra cosa. *Ut* es constantemente la tónica de un modo mayor o la mediante de un tono menor. *La* es

constantemente la tónica de un modo menor o la sexta nota de un tono mayor. De esa forma las letras marcan los términos inmutables de las relaciones de nuestro sistema musical, y las sílabas marcan los términos homólogos de las relaciones semejantes en diversos tonos. Las letras indican las teclas del teclado, y las sílabas los grados del modo. Los músicos franceses han embrollado extrañamente esas distinciones; han confundido el sentido de las sílabas con el sentido de las letras y, al duplicar inútilmente los signos de las teclas, no han dejado ninguna para expresar las cuerdas de los tonos; de suerte que para ellos *ut* y C son siempre lo mismo, lo cual no es cierto y no debe ser, porque entonces, ¿de qué serviría C? Por eso su forma de solfear es de una dificultad excesiva sin ser de ninguna utilidad, sin aportar al espíritu ninguna idea clara, puesto que con tal método, esas dos sílabas, *ut* y *mi*, por ejemplo, pueden significar igualmente una tercera mayor, menor, superflua o disminuida. ¿Por qué extraña fatalidad el país del mundo en que se escriben los libros más hermosos sobre música es precisamente aquel en que se aprende con mayor dificultad?

Sigamos con nuestro alumno una práctica más simple y más clara; que para él sólo haya dos modos cuyas relaciones sean siempre las mismas y siempre estén indicadas por las mismas sílabas. Cante o toque un instrumento, sepa establecer su modo en cada uno de los doce tonos que pueden servirle de base, o se module en D, en C, en G, etc., la final siempre será *ut* o *la*, según el modo. De esta manera os entenderá siempre, siempre estarán presentes en su espíritu las relaciones esenciales del modo para cantar y tocar de manera precisa, su ejecución será más nítida y su progreso más rápido. Nada hay más extravagante que lo que los franceses llaman solfear al natural; es alejar las ideas de la cosa para substituirlas por rarezas que no hacen sino confundir. Nada es más natural que solfear por transposición cuando el modo está transportado. Pero basta sobre música: enseñadla como queráis con tal que nunca sea otra cosa que un entretenimiento.

Henos ya bien informados del estado de los cuerpos extraños en relación al nuestro, de su peso, de su figura, de su color, de su solidez, de su tamaño, de su distancia, de su temperatura, de su reposo y de su movimiento. Estamos instruidos sobre

aquellos que conviene acercar o alejar de nosotros, sobre la forma en que hemos de cogerlos para vencer su resistencia o para oponerles una que nos libre de ser ofendidos por ellos; pero no es bastante; nuestro propio cuerpo se agota sin cesar, necesita ser constantemente renovado. Aunque tengamos la facultad de cambiar otras substancias en la nuestra propia, la elección no resulta indiferente; no todo es alimento para el hombre, y de las substancias que pueden serlo, las hay más o menos convenientes, según la constitución de su especie, según el clima que habite, según su temperamento particular, y según la forma de vivir que le prescribe su estado.

Moriríamos hambrientos o envenenados si para elegir los alimentos que nos convienen fuera necesario esperar a que la experiencia nos hubiera enseñado a conocerlos y a escogerlos: pero la suprema bondad que ha hecho del placer de los seres sensibles el instrumento de su conservación nos advierte, por lo que place a nuestro paladar, de lo que conviene a nuestro estómago. Para el hombre, no hay por naturaleza médico más seguro que su propio apetito, y considerándolo en su estado primitivo no dudo que, entonces, los alimentos que le resultaban más agradables eran también los más sanos.

Hay más. El autor de las cosas no subviene sólo a las necesidades que nos da, sino también a las que nos damos a nosotros mismos, y, para poner siempre el deseo al lado de la necesidad, hace que nuestros gustos cambien y se alteren con nuestras maneras de vivir. Cuanto más nos alejamos del estado de naturaleza, más perdemos nuestros gustos naturales; mejor dicho, el hábito nos crea una segunda naturaleza con la que sustituimos de tal modo la primera que ninguno de nosotros conoce ya esta última.

De donde se sigue que los gustos más naturales deben ser también los más simples; porque son los que se transforman con más facilidad; en cambio, al aguzarse, al irritarse con nuestras fantasías adoptan una forma que ya no cambia. El hombre que todavía no es de ningún país se amoldará sin esfuerzo a las costumbres de cualquiera, pero el hombre de un país no se vuelve ya de otro.

Esto me parece cierto en todos los sentidos y mucho más aplicado al gusto propiamente dicho. Nuestro primer alimento es la leche; sólo gradualmente nos acostumbramos a los

sabores fuertes, que al principio nos repugnan. Frutas, legumbres, hierbas y, por último, algunas carnes asadas sin aliño ni sal hicieron los festines de los primeros hombres[26]. La primera vez que un salvaje bebe vino, hace una mueca y lo rechaza, e incluso entre nosotros quien ha vivido hasta los veinte años sin probar licores fermentados ya no puede acostumbrarse a ellos; todos seríamos abstemios si no nos hubieran dado vino en nuestros años mozos. En fin, cuanto más simples son nuestros gustos, más universales son; las repugnancias más comunes recaen sobre platos compuestos. ¿Se vio nunca a alguien sentir repugnancia ante el agua o el pan? He ahí la huella de la naturaleza, he ahí también nuestra regla. Conservemos cuanto sea posible en el niño su gusto primitivo, que su alimento sea común y simple, que su paladar sólo se familiarice con sabores poco picantes, y que no se forme un gusto exclusivo.

No examino aquí si esta forma de vivir es más o menos sana, no es así como la considero. Para preferirla me basta con saber que es la más conforme con la naturaleza y aquella que con mayor facilidad puede plegarse a cualquier otra. Quienes dicen que hay que acostumbrar a los niños a los alimentos que utilizarán de mayores no razonan bien en mi opinión. ¿Por qué ha de ser su alimento el mismo cuando su forma de vivir es tan diferente? Un hombre agotado por el trabajo, las preocupaciones y las penas necesita alimentos suculentos que le aporten nuevas energías al cerebro; un niño que acaba de retozar y cuyo cuerpo crece necesita un alimento abundante que le haga mucho quilo*. Además, el hombre hecho tiene ya su estado, su empleo, su domicilio; pero ¿quién puede estar seguro de lo que la fortuna reserva al niño? En todo no debemos darle una forma determinada que le cueste demasiado cambiar, llegado el caso. No hagamos que muera de hambre en otros países si no lleva tras de sí a todas partes un cocinero francés, ni que diga un día que sólo sabe comer en

* «Linfa de aspecto lechoso por la gran cantidad de grasa que acarrea, y que circula por los vasos linfáticos intestinales durante la digestión» (Dicc. Acad.). Diderot, en sus *Éléments de physiologie*, lo define como un «jugo blanco exprimido de los alimentos para ser llevado a la sangre. Parece ser de una naturaleza acuosa y oleaginosa. Blanco, dulce, acescente; está completamente relacionado con una emulsión, está hecho de la harina de los vegetales y de la linfa y del aceite de los animales».

Francia. Entre paréntesis, ¡vaya elogio! Por lo que a mí se refiere diría, por el contrario, que los únicos que no saben comer son los franceses, puesto que se necesita un arte tan particular para hacerles comestibles los platos.

De nuestras diversas sensaciones, el gusto ofrece las que por regla general más nos afectan. Por eso tenemos más interés en juzgar bien las substancias que deben formar parte de la nuestra que aquellas que no hacen más que rodearla. Mil cosas son indiferentes al tacto, al oído, a la vista; pero no hay casi nada indiferente al gusto. Además, la actividad de ese sentido es completamente física y material, él es el único que no dice nada a la imaginación; al menos, es aquel en cuyas sensaciones ésta participa menos, mientras que la imitación y la imaginación mezclan a menudo lo moral con la impresión de todos los demás. Por eso, generalmente, los corazones tiernos y voluptuosos, los caracteres apasionados y verdaderamente sensibles, fáciles de conmover por los demás sentidos son bastante tibios con éste. De la misma razón que parece poner el gusto por debajo de los demás y hacer más despreciable la inclinación que a él nos entrega, deduciré por el contrario que el medio más conveniente para gobernar a los niños es guiarlos por su boca. El móvil de la gula es preferible sobre todo al de la vanidad, porque la primera es un apetito de la naturaleza, que atañe de modo inmediato al sentido, mientras que la segunda es obra de la opinión, sujeta al capricho de los hombres y a toda clase de abuso. La gula es la pasión de la infancia; esa pasión no resiste ante ninguna otra; a la menor competencia desaparece. ¡Eh, creedme! El niño siempre dejará de pensar demasiado pronto en lo que come, y cuando su corazón esté muy lleno apenas se preocupará de su paladar. Cuando sea mayor mil sentimientos impetuosos engañarán la gula, y no harán sino excitar la vanidad; porque esta última pasión se aprovecha de las demás y al final las engulle a todas. Algunas veces he observado a esas personas que daban importancia a las buenas tajadas, que al despertar pensaban en lo que comerían durante la jornada y que describirían una comida con más exactitud de la que pone Polibio en describir un combate. Y he llegado a la conclusión de que todos estos pretendidos hombres no eran más que niños de cuarenta años

sin vigor ni consistencia, *fruges consumere nati**. La glotonería es el vicio de corazones que no tienen madera. El alma de un glotón está toda en su paladar, sólo está hecho para comer; en su estúpida incapacidad sólo en la mesa está en su sitio, no sabe juzgar más que de platos; dejémosle sin pena ese empleo; más vale ése que otro, tanto para nosotros como para él.

Temer que la gula arraigue en un niño capaz de algo es una precaución de espíritu mezquino. En la infancia sólo se piensa en lo que se come; en la adolescencia ya no se piensa en ello; todo nos parece bueno, y hay muchas otras cosas en qué pensar. No querría, sin embargo, que se hiciera uso indiscreto de un recurso tan bajo ni apuntalar con un buen plato el honor de hacer una bella acción. Pero no siendo o no debiendo ser toda la infancia otra cosa que juegos y diversiones alegres, no veo por qué unos ejercicios puramente corporales podrían no tener un premio material y sensible. Si un pequeño mallorquín que ve un cesto en lo alto de un árbol lo abate con la honda, ¿no es muy justo que lo aproveche y que un buen desayuno repare la fuerza que gasta en ganarlo[27]? Si un joven espartano, corriendo el riesgo de cien latigazos, se desliza hábilmente en una cocina, si roba en ella un zorrillo vivo, si por llevárselo entre sus ropas es arañado, mordido y ensangrentado por él, y si, por no sentir la vergüenza de ser sorprendido, el niño se deja desgarrar las entrañas sin pestañear, sin lanzar un solo grito, ¿no es justo que se aproveche finalmente de su presa y que se la coma después de haber sido comido? Una buena comida nunca debe ser una recompensa, pero ¿por qué no sería el fruto de los trabajos realizados para procurársela? Emilio no mira el pastel que he puesto sobre la piedra como premio por no haber corrido bien; sólo sabe que el único medio de conseguir el pastel es llegar antes que cualquier otro.

Esto no contradice las máximas que hace un momento adelantaba sobre la sencillez de los platos; porque para halagar el apetito de los niños no hay que excitar su sensualidad, basta satisfacerla; y eso se logrará con las cosas más vulgares del mundo si no se trabaja por refinarles el gusto. Su continuo apetito que excita la necesidad de crecer es un condimento

---

* Horacio, *Epístolas*, I, 2, 27: «Nacidos para consumir los frutos de la tierra».

seguro que suple a muchos otros. Frutas, leche, algún bollo, algo más delicado que el pan común; y, sobre todo, el arte de dispensar sobriamente todo esto, he ahí la forma de llevar ejércitos de niños al fin del mundo sin darles el gusto de los sabores vivos ni correr el riesgo de hartarles el paladar.

Una de las pruebas de que el gusto por la carne no es natural en el hombre es la indiferencia que los niños sienten hacia estos platos y la preferencia que todos dan a alimentos vegetales como la leche, las pastas, las frutas, etc. Importa sobremanera no desnaturalizar ese gusto primitivo y no volver carnívoros a los niños: si esto no es por su salud es por su carácter; porque sea cual fuere la forma en que se explique la experiencia, lo cierto es que los grandes comedores de carne son, por lo general, más crueles y feroces que los demás hombres; esta observación corresponde a todos los lugares y a todos los tiempos: es de sobra conocida la barbarie inglesa[28]; los gauros*, por el contrario, son los más dulces de los hombres[29]. Todos los salvajes son crueles; y no les impulsan a serlo sus costumbres, esa crueldad procede de sus alimentos. Van a la guerra como a la caza y tratan a los hombres como a los osos. En Inglaterra incluso, los carniceros no son aceptados como testigos[30], como tampoco los cirujanos; los grandes malvados se endurecen para el crimen bebiendo sangre. Homero hace de los cíclopes comedores de carne unos hombres horribles, y de los lotófagos** un pueblo tan amable que una vez entablado trato con ellos se olvidaba uno hasta del propio país para vivir en su compañía.

«Me preguntas, decía Plutarco, por qué Pitágoras se abstenía de comer la carne de los animales; mas yo te pregunto, a mi vez, qué valor viril tuvo el primero que acercó a su boca una carne sanguinolenta, que rompió con sus dientes los huesos de un animal moribundo, que hizo hervir ante él cuerpos muertos, cadáveres, y engulló en su estómago miembros que un momento antes balaban, mugían, caminaban y veían. ¿Cómo pudo su

* Los gauros aquí citados son los guebros o parsis, de la secta de Zoroastro, que adoraban a Dios por mediación del sol; de ahí que Rousseau califique su culto de más razonable que el de los banianos.

** Los cíclopes y los lotófagos protagonizan dos episodios del canto IX de la *Odisea*.

mano hundir un hierro en el corazón de un ser sensible? ¿Cómo pudieron sus ojos soportar un crimen? ¿Cómo pudo ver sangrar, despellejar, desmembrar a un pobre animal indefenso? ¿Cómo pudo soportar la visión de carnes palpitantes? ¿Cómo su olor no hizo rebelarse su corazón? ¿Cómo no se sintió asqueado, repelido, estremecido de horror cuando llegó a manipular la inmundicia de esas heridas y a limpiar la sangre negra y cuajada que las cubría?

«Las pieles reptaban sobre la tierra desolladas,
las carnes al fuego mugían ensartadas;
no pudo el hombre comerlas sin temblar,
y dentro de su seno oyó que se quejaban*.

«He aquí lo que debió imaginar y sentir la primera vez que se sobrepuso a la naturaleza para hacer esa horrible comida, la primera vez que tuvo hambre de un animal con vida, que quiso nutrirse de un animal que aún pastaba, y que dijo cómo debía degollar, despedazar y cocer la oveja que le lamía las manos. Es de quienes comenzaron estos crueles festines y no de quienes los abandonan de los que hemos de asombrarnos: todavía esos primitivos podrían justificar su barbarie con excusas que faltan a la nuestra, y cuya carencia nos hace cien veces más bárbaros que ellos.

«Mortales bien amados de los dioses, nos dirían esos primeros hombres, comparad los tiempos; ved cuán felices sois vosotros y cuán miserables éramos nosotros. La tierra recién formada y el aire cargado de vapores eran indóciles todavía al orden de las estaciones; el curso incierto de los ríos deterioraba sus orillas por todas partes: estanques, lagos, profundas marismas inundaban las tres cuartas partes de la superficie del mundo, la otra cuarta parte estaba cubierta de bosques y de selvas estériles. Ningún fruto bueno producía la tierra; carecíamos de instrumentos de labranza, ignorábamos el arte de utilizarlos, y el tiempo de las cosechas nunca llegaba para quien no había sembrado. De este modo, el hambre no nos abandonaba. En

* Al margen de P., Rousseau ha anotado la referencia: *Odyss. XII.* Se trata, efectivamente, de una adaptación de la traducción de Amyot de los versos 395-396 del canto XII de la *Odisea.*

invierno, el musgo y la corteza de los árboles eran nuestros platos habituales. Algunas raíces verdes de grama y brezo eran para nosotros un regalo, y cuando los hombres conseguían encontrar hayucos, nueces y bellotas, danzaban de alegría en torno de un roble o de una haya al son de alguna canción rústica, llamando a la tierra su nodriza y su madre; ésa era su única fiesta, ésos sus únicos juegos: el resto de la vida humana no era más que dolor, pena y miseria.

«Por último, cuando la tierra despojada y desnuda no nos ofrecía nada más, forzados a ultrajar a la naturaleza para conservarnos, comimos a los compañeros de nuestra miseria antes que perecer con ellos. Pero a vosotros, hombres crueles, ¿quién os obliga a derramar la sangre? ¡Ved qué afluencia de bienes os rodea! ¡Cuántos frutos os produce la tierra! ¡Cuántas riquezas os dan los campos y viñedos! ¡Cuántos animales os ofrecen su leche para nutriros y su vellón para vestiros! ¿Qué más le pedís y qué ira os lleva a cometer tantos asesinatos, saciados de bienes y rebosantes de víveres? ¿Por qué mentís contra nuestra madre acusándola de no poder alimentaros? ¿Por qué pecáis contra Ceres, inventora de santas leyes, y contra el gracioso Baco, consolador de los hombres como si sus prodigados dones no bastaran a la conservación del género humano? ¿Cómo tenéis el valor de mezclar con sus dulces frutos osamentas en vuestras mesas, y de beber junto con la leche la sangre de los animales que os la dan? Las panteras y los leones, que vosotros llamáis bestias feroces, siguen su instinto por fuerza y matan a los otros animales para vivir. Pero vosotros, cien veces más feroces que ellas, combatís el instinto sin necesidad para entregaros a vuestras crueles delicias; los animales que coméis no son los que comen a otros; a esos animales carniceros no los coméis, los imitáis. Sólo tenéis hambre de animales inocentes y dulces que no hacen mal a nadie, que están vinculados a vosotros, que os sirven y a los que devoráis como premio a sus servicios.

«¡Oh asesino contra natura! Si te obstinas en sostener que ella te ha hecho para devorar a tus semejantes, a seres de carne y hueso, sensibles y vivos como tú, ahoga el horror que ella te inspira por esas horribles comidas; mata a los animales tú mismo, es decir, con tus propias manos, sin herramientas, sin cuchillos; desgárralos con tus uñas como hacen los leones

y los osos; muerde ese buey y trocéalo, hunde tus garras en su piel; come ese cordero completamente vivo, devora sus carnes calientes todavía, bebe su alma con su sangre. ¿Tiemblas, no te atreves a sentir palpitar bajo tus dientes una carne viva? ¡Hombre lamentable! Comienzas matando al animal y luego lo comes, como para hacerle morir dos veces. No es bastante: la carne muerta te repugna todavía, tus entrañas no pueden soportarla, hay que transformarla mediante el fuego, cocerla, asarla, sazonarla con drogas que la disimulen; necesitas charcuteros, cocineros, asadores, gentes para liberarte del horror del asesinato y vestirte con cuerpos muertos, a fin de que el sentido del gusto engañado por esos disfraces no rechace lo que es extraño y saboree con placer unos cadáveres cuya vista a los mismos ojos les costaría soportar».

Aunque este fragmento sea ajeno a mi tema, no he podido resistir la tentación de transcribirlo, y creo que pocos lectores dejarán de agradecérmelo.

Por lo demás, sea cual fuere el régimen que deis a los niños, con tal que no los acostumbréis más que a platos comunes y sencillos, dejadles comer, correr y jugar cuanto les plazca, y estad seguros de que nunca comerán demasiado ni tendrán indigestiones; pero si los matáis de hambre la mitad del tiempo y encuentran el medio de escapar a vuestra vigilancia, se resarcirán con toda su fuerza, comerán hasta hartarse, hasta reventar. Nuestro apetito es desmesurado sólo porque queremos darle reglas distintas a las de la naturaleza. Siempre regulando, prescribiendo, añadiendo, suprimiendo, nunca hacemos nada sino con la balanza en la mano; mas esa balanza está hecha a medida de nuestras fantasías y no a la de nuestro estómago. Siempre vuelvo a mis ejemplos. En las casas campesinas, la artesa y el frutero están siempre abiertos, y, como los hombres, los niños nunca saben lo que son las indigestiones.

Si, no obstante, ocurriera que un niño comiese demasiado, cosa que no creo posible con mi método, es tan fácil distraerle con entretenimientos de su gusto que llegaríamos a agotarle de inanición sin que lo sospechara. ¿Cómo medios tan seguros y tan fáciles escapan a todos los ayos? Herodoto cuenta que a los lidios, acuciados por una extremada carestía, se les ocurrió inventar los juegos y otras diversiones con que engañaban su hambre y pasaban días enteros sin pensar en comer[31]. Quizá

vuestros sabios ayos hayan leído cien veces ese pasaje sin ver la aplicación que de él puede hacerse con los niños. Tal vez alguno me diga que un niño no deja voluntariamente su comida para ir a estudiar sus lecciones. Maestro, tenéis razón; pero yo no pensaba en ese pasatiempo.

El sentido del olfato es al gusto lo que el de la vista al tacto; le previene, le advierte de la manera en que tal o cual substancia debe afectarle, y predispone a buscarla o rehuirla, según la impresión que de ella se recibe de antemano. He oído decir que los salvajes tenían el olfato afectado de forma completamente distinta al nuestro, y que juzgaban de modo diferente sobre los buenos y los malos olores. Por lo que a mí se refiere, de buena gana lo creo. Por sí mismos los olores son sensaciones débiles; sacuden más la imaginación que el sentido y no afectan tanto por lo que ofrecen como por lo que hacen esperar. Supuesto esto, los gustos de unos, vueltos tan diferentes de los gustos de otros por sus formas de vivir, deben hacerles tener juicios completamente opuestos de los sabores y por consiguiente de los olores que los anuncian. Un tártaro debe olfatear con tanto placer un cuarto hediondo de caballo muerto como uno de nuestros cazadores una perdiz semipodrida.

Nuestras sensaciones ociosas, como la fragancia de las flores de un parterre, deben ser insensibles para hombres que caminan demasiado para gustar del paseo y que no trabajan lo suficiente para hacer una voluptuosidad del reposo. Gentes siempre hambrientas no podrían sacar gran placer de aromas que no anuncien nada de comer.

El olfato es el sentido de la imaginación. Dando a los nervios un tono más fuerte, debe agitar mucho el cerebro; por eso reanima un instante el temperamento, y a la larga lo agota. Hay en el amor efectos bastante conocidos. El dulce perfume de un tocador no es una trampa tan débil como se supone, y no sé si hay que felicitar o compadecer al hombre prudente y poco sensible a quien nunca hizo palpitar el aroma de las flores que su amada tiene sobre el seno.

El olfato no debe ser muy activo en la primera edad, cuando la imaginación, que pocas pasiones han animado todavía, apenas es susceptible de emociones, y cuando aún no se tiene experiencia suficiente para prever con un sentido lo que nos promete otro. Además, esta consecuencia queda per-

fectamente confirmada por la observación, y es cierto que ese sentido es aún obtuso y se halla casi embotado en la mayoría de los niños. No porque la sensación no sea en ellos tan fina, y quizá más que en los hombres, sino porque, como no unen a él ninguna otra idea, no se ven fácilmente afectados por un sentimiento de placer o de pena y porque no son ni halagados ni heridos por ella como nosotros. Creo que sin salir del mismo sistema, y sin recurrir a la anatomía comparada de los dos sexos, fácilmente daríamos con la razón por la que las mujeres sienten los aromas más vivamente por regla general que los hombres.

Dicen* que los salvajes del Canadá hacen desde su juventud tan sutil su olfato que aunque tengan perros no se dignan emplearlos para cazar, y se sirven de sí mismos como perros. En efecto, imagino que si se enseñara a los niños a olfatear su comida como el perro olfatea la caza, tal vez se llegara a perfeccionar el olfato hasta ese punto; aunque en el fondo no veo que de tal sentido pueda sacarse un uso de mucha utilidad para ellos, a no ser el de hacerles conocer sus relaciones con el del gusto. La naturaleza ha tenido cuidado de obligarnos a estar al corriente de esas relaciones. Ha hecho la acción de este último sentido inseparable casi del otro, volviendo vecinos sus órganos y poniendo en la boca una comunicación inmediata entre ambos, de suerte que no gustemos nada sin olerlo. Sólo quisiera que no se alterasen esas relaciones naturales para engañar a un niño, cubriendo, por ejemplo, de un aroma agradable el sinsabor de una medicina; porque la discordia de los dos sentidos es entonces demasiado grande para poder disimularla; aunque el sentido más activo absorba el efecto del otro, no por ello toma la medicina con menos desagrado; y ese desagrado se extiende a todas las sensaciones que al mismo tiempo le afectan; ante la presencia de la más débil, su imaginación le recuerda también la otra; un perfume muy suave no es para él más que un olor desagradable, y es así

* En las *Aventures du Sr. C. Le Beau, avocat en Parlement, ou Voyage curieux et nouveau, parmi les sauvages de l'Amérique septentrionale* (Amsterdam, 1738). «Bien puedo decir aquí, con verdad, que esos bárbaros tienen el olfato tan fino como podría tenerlo uno de nuestros mejores perros de caza. Encuentran vestigios de personas que han pasado en lugares donde a un europeo le sería imposible percibir el menor rastro».

como nuestras indiscretas precauciones aumentan la suma de las sensaciones desagradables a expensas de las agradables.

En los siguientes libros me queda por hablar del cultivo de una especie de sexto sentido llamado sentido común, menos por ser común a todos los hombres que por resultar del uso bien regulado de los demás sentidos, y por instruirnos sobre la naturaleza de las cosas mediante el concurso de todas sus apariencias. Este sexto sentido no tiene, por consiguiente, un órgano particular; reside sólo en el cerebro, y sus sensaciones, puramente internas, se llaman percepciones o ideas. Por el número de esas ideas se mide la amplitud de nuestros conocimientos; es su nitidez, su claridad, lo que forma la justeza de la mente; es el arte de compararlas entre sí lo que se llama razón humana. Así, lo que yo llamo razón sensitiva o pueril consiste en formar ideas simples mediante el concurso de varias sensaciones, y lo que llamo razón intelectual o humana consiste en formar ideas complejas mediante el concurso de varias ideas simples.

Suponiendo, pues, que mi método sea el de la naturaleza y que yo no me haya equivocado en la aplicación, hemos llevado a nuestro alumno a través del país de las sensaciones hasta los confines de la razón pueril: el primer paso que vamos a dar hacia adelante debe ser un paso de hombre. Pero antes de entrar en esa nueva carrera, lancemos un momento la vista sobre lo que acabamos de recorrer. Cada edad, cada estado de la vida tiene su perfección conveniente, una especie de madurez que le es propia. A menudo oímos hablar de un hombre hecho, pero consideramos un niño hecho; para nosotros ese espectáculo será más nuevo, y tal vez no sea menos agradable.

La existencia de seres acabados es tan pobre y tan limitada que cuando sólo vemos lo que es nunca nos emocionamos. Son las quimeras las que adornan los objetos reales: si la imaginación no añade encanto a lo que nos sorprende, el estéril placer que se consigue se limita al órgano, y siempre deja el corazón frío. La tierra adornada con los tesoros del otoño despliega una riqueza que la vista admira, pero esa admiración no es conmovedora; antes procede de la reflexión que del sentimiento. En primavera, el campo casi desnudo aún no está cubierto de nada, los árboles no ofrecen sombra, el verdor no hace más que apuntar, y el corazón se conmueve

con su aspecto. Viendo renacer así a la naturaleza, uno mismo se siente reanimado: la imagen del placer nos rodea. Esas compañeras de la voluptuosidad, las dulces lágrimas siempre prestas a unirse a cualquier sentimento delicioso, están ya al borde de nuestros párpados; pero, por más animado, vivo y agradable que sea, el aspecto de las vendimias siempre se contempla con los ojos secos.

¿Por qué esa diferencia? Porque al espectáculo de la primavera la imaginación une el de las estaciones que deben seguirle; a esos tiernos brotes que la vista percibe añade las flores, los frutos, las umbrías, y a veces los misterios que pueden cubrir. Reúne en un punto tiempos que deben sucederse, y ve menos cómo serán los objetos que como los desea, porque de ella depende escogerlos. En otoño, por el contrario, no tiene que ver más que lo que es. Si se quiere llegar a la primavera el invierno nos detiene, y la imaginación helada expira sobre la nieve y las escarchas.

Tal es la fuente del encanto que hallamos al contemplar una hermosa infancia, con preferencia a la perfección de la edad madura. ¿Cuándo gustamos verdadero placer viendo a un hombre? Cuando la memoria de sus acciones nos hace retroceder sobre su vida y lo rejuvenece, por así decir, a nuestros ojos. Si quedamos reducidos a considerarlo tal cual es o a suponerle tal cual será en su vejez, la idea de la naturaleza declinante borra todo nuestro placer. No lo hay en ver a un hombre avanzar a zancadas hacia su tumba, y la imagen de la muerte lo afea todo.

Mas cuando imagino a un niño de diez a doce años, sano, vigoroso, bien formado para su edad, no provoca en mí ninguna idea que no sea agradable, bien sobre el presente, bien sobre el futuro: le veo ardoroso, vivo, animado, sin preocupación que lo atormente, sin larga ni penosa previsión, todo entero en su ser actual y gozando de una plenitud de vida que parece querer extenderse fuera de él. Le veo de antemano en otra edad ejerciendo el sentido, la mente, las fuerzas que en él se desarrollan día a día, y de las que en todo instante da nuevos indicios. Lo contemplo niño, y me agrada; lo imagino hombre, y me agrada más; su sangre ardiente parece reanimar la mía; creo vivir de su vida, y su vivacidad me rejuvenece.

Suena la hora, ¡qué cambio! Al instante su vista se apaga,

su alegría se borra; adiós la alegría, adiós los retozos. Un hombre severo y enfadado le agarra de la mano, le dice muy serio: *Vamos, señor*, y se lo lleva. En la habitación en que entran percibo libros. ¡Libros! ¡Qué triste mobiliario para su edad! El pobre niño se deja arrastrar, dirige una pesarosa mirada a cuanto le rodea, se calla y parte, con los ojos henchidos de lágrimas que no se atreve a derramar y con el corazón lleno de suspiros que no osa exhalar.

¡Oh tú que no tienes nada parecido que temer, tú para quien ninguna época de la vida es época de molestia y de hastío, tú que ves llegar el día sin inquietud, la noche sin impaciencia, y sólo cuentas las horas por tus placeres, ven, alumno mío feliz y amable, a consolarnos con tu presencia de la partida de ese infortunado!, ven... Llega él y cuando se acerca siento un movimiento de alegría que le veo compartir. Es a su amigo, a su camarada, es al compañero de sus juegos al que se acerca, al verme está completamente seguro de que no ha de permanecer mucho tiempo sin entretenimiento; nunca dependemos el uno del otro, pero siempre estamos de acuerdo, y con nadie nos sentimos también como juntos.

Su cara, su porte, su actitud, anuncian seguridad y contento; la salud brilla en su rostro; sus pasos firmes le dan un aire de vigor, su tez, delicada aún sin ser insulsa, no tiene nada de blandura afeminada, el aire y el sol ya han puesto ahí la huella honorable de su sexo; sus músculos, todavía redondeados, comienzan a marcar algunos rasgos de una fisonomía naciente; sus ojos, que el fuego del sentimiento aún no anima, tienen por lo menos toda su serenidad nativa[32]; no los han oscurecido largas penas, ni llantos sin fin han surcado sus mejillas. En sus movimientos raudos, pero seguros, veis la viveza de su edad, la firmeza de la independencia, la experiencia de los ejercicios numerosos. Su aire es abierto y suelto, pero no insolente ni vano: su rostro, que no se ha pegado a los libros, no cae sobre su estómago; no hay necesidad de decirle: *Levantad la cabeza*; nunca se la hicieron bajar la vergüenza ni el temor.

Hagámosle sitio en medio de la asamblea; señores, examinadlo, interrogadle con toda confianza; no temáis ni sus importunidades ni su blableo ni sus preguntas indiscretas. No temáis que se apodere de vosotros, que pretenda que os

ocupéis exclusivamente de él y no podáis deshaceros de su presencia.

Tampoco esperéis de él palabras agradables, ni que os diga lo que yo le haya dictado; no esperéis más que la verdad ingenua y simple, sin ornato, sin pretensiones, sin vanidad. Os dirá el mal que ha hecho o el que piensa con tanta libertad como el bien, sin apurarse en modo alguno por el efecto que en vosotros haga cuanto diga: utilizará el habla en toda la llaneza de su primera institución.

Suelen hacerse de grado buenos augurios de los niños y siempre se lamenta ese flujo de inepcias que muchas veces viene a echar por tierra las esperanzas deducibles de alguna feliz ocurrencia que por azar le viene a la boca. Aunque el mío rara vez proporciona tales esperanzas, nunca causa ese pesar; porque jamás dice una palabra inútil, y no se agota con un blableo que sabe que nadie escucha. Sus ideas son limitadas pero claras; si no sabe nada de memoria sabe mucho por experiencia. Si lee peor que cualquier otro niño en nuestros libros, lee mejor en el de la naturaleza; su espíritu no está en su lengua, sino en su cabeza; tiene menos memoria que juicio; no sabe hablar más que un lenguaje pero entiende lo que dice; y si no dice tan bien como los otros dicen, en cambio obra mejor que lo hacen los demás.

No sabe lo que es rutina, constumbre, hábito; lo que hizo ayer no influye sobre lo que hace hoy[33]; nunca sigue fórmulas, no cede a la autoridad ni al ejemplo, y no actúa ni habla sino como le conviene. Por eso no esperéis de él discursos dictados ni maneras estudiadas, sino siempre la expresión fiel de sus ideas y la conducta que nace de sus inclinaciones.

Encontráis en él un pequeño número de nociones morales que se refieren a su estado actual, ninguna sobre el estado relativo de los hombres: ¿y de qué le servirían si un niño no es todavía un miembro activo de la sociedad? Habladle de libertad, de propiedad, de convención incluso, puede saber hasta ahí; sabe por qué lo que es suyo es suyo, y por qué lo que no es suyo no es suyo. Y no sabe nada más. Habladle de deber, de obediencia, no sabe lo que queréis decir; ordenadle alguna cosa, no os entenderá; pero decidle: si me hacéis tal favor, os lo devolveré cuando se presente la ocasión: al instante se apresurará a complaceros; porque no pide otra cosa

que ampliar su dominio, y adquirir sobre vosotros unos derechos que sabe inviolables. Tal vez no se sienta molesto por ocupar un lugar, por hacer número, por ser tenido en cuenta para algo; mas si tiene este último motivo ya está fuera de la naturaleza, y vos no habréis taponado bien de antemano todas las puertas de la vanidad.

Por su parte, si tiene necesidad de alguna ayuda, la pedirá indistintamente al primero que encuentre; se la pediría lo mismo al rey que a su lacayo: todos los hombres son, todavía, iguales a sus ojos. Por la forma en que pide veis que siente que no se le debe nada. Sabe que lo que pide es una gracia, sabe también que la humanidad impulsa a concederla. Sus expresiones son simples y lacónicas. Su voz, su mirada, su gesto son los de un ser acostumbrado a la complacencia igual que a la negativa. No es ni la rastrera y servil sumisión de un esclavo, ni el imperioso acento de un amo; es una modesta confianza en su semejante, es la noble y conmovedora dulzura de un ser libre pero fuerte y bienhechor. Si le otorgáis lo que os pide, no os dará las gracias, pero sentirá que ha contraído una deuda. Si se lo negáis, no se quejará, no insistirá, sabe que sería inútil. No se dirá: se me ha negado; sino que se dirá: no podía ser, y, como ya he dicho, no nos rebelamos contra una necesidad perfectamente reconocida.

Dejadle solo en libertad, vedle actuar sin decirle nada; considerad lo que ha de hacer y cómo se comportará. Al no necesitar demostrarse que es libre, nunca hace nada por aturdimiento, sino sólo por realizar un acto de poder sobre sí mismo; ¿no sabe que siempre es dueño de sí? Está alerta, es ligero, dispuesto, sus movimientos tienen toda la vivacidad de su edad, pero no veréis ni uno que no tenga un fin. Sea lo que fuere lo que quiera hacer, nunca emprenderá nada que esté por encima de sus fuerzas, porque las ha probado bien y las conoce; sus medios siempre son apropiados a sus designios y raramente obrará sin estar seguro del éxito. Tendrá la mirada atenta y juiciosa; no irá neciamente preguntando a los demás sobre todo lo que ve, sino que lo examinará él mismo y se fatigará para dar con lo que quiere aprender antes de preguntarlo. Si cae en obstáculos imprevistos se turbará menos que cualquier otro, si hay riesgo también se asustará menos. Como su imaginación aún sigue inactiva y no se ha hecho nada para

animarla, no ve más que lo que es, no estima los peligros sino en lo que valen, y siempre conserva su sangre fría. La necesidad pesa con demasiada frecuencia sobre él para que se oponga aún a ella; lleva su yugo desde su nacimiento y se halla bien acostumbrado; siempre está dispuesto a todo.

Esté ocupado o se divierta, cualquiera de las dos cosas es lo mismo para él, sus juegos son sus ocupaciones, no nota la diferencia. En cuanto hace pone un interés que causa risa y una libertad que agrada, mostrando a la vez el carácter de su espíritu y la esfera de sus conocimientos. ¿No es el espectáculo de esa edad, un espectáculo encantador y dulce, ver a un hermoso niño de mirada viva y alegre, de aspecto contento y sereno, de fisonomía abierta y risueña, hacer jugando las cosas más serias, o profundamente ocupado en las diversiones más frívolas?

¿Queréis ahora juzgarle por comparación? Ponedle con otros niños y dejadle hacer. Pronto veréis cuál está más formado realmente, cuál se acerca más a la perfección de su edad. Entre los niños de la ciudad ninguno es más diestro que él, pero él es más fuerte que cualquier otro. Entre jóvenes campesinos, los iguala en fuerza y los supera en destreza. En cuanto está al alcance de la infancia, juzga, razona y prevé mejor que todos ellos. ¿Qué se trata de actuar, de correr, de saltar, de mover cuerpos, de levantar masas, de estimar distancias, de inventar juegos, de ganar premios? Se diría que la naturaleza está a sus órdenes por la facilidad con que sabe plegar cualquier cosa a su voluntad. Está hecho para guiar, para gobernar a sus iguales: el talento y la experiencia le sirven de derecho y de autoridad. Dadle el hábito y el nombre que os plazca, poco importa; será el primero en todo, en todas partes se convertirá en jefe de los demás, que siempre sentirán su superioridad sobre ellos. Sin querer mandar, será el amo; sin creer que obedecen, ellos obedecerán.

Ha llegado a la madurez de la infancia, ha vivido la vida de un niño; no ha comprado su perfección a costa de su felicidad: al contrario, la una ha contribuido a la otra. Mientras adquirió toda la razón de su edad, ha sido tan feliz y libre como su constitución le permitía serlo. Si la fatal guadaña viene a segar en él la flor de nuestras esperanzas, no tendremos que llorar a un tiempo su vida y su muerte, no amargaremos

nuestros dolores con el recuerdo de los que nosotros le hayamos causado; nos diremos: Al menos ha gozado de su infancia; no le hicimos perder nada de cuanto la naturaleza le había dado.

El gran inconveniente de esta primera educación consiste en que sólo la aprecian los hombres clarividentes y que, en un niño educado con tanto esmero, ojos vulgares no ven más que un pilluelo. Un preceptor piensa más en su interés que en el de su discípulo, se afana por probar que no pierde el tiempo y que gana bien el dinero que le dan; le provee de una experiencia de fácil ostentación y que pueda mostrarse cuando se quiera; no importa que lo que le enseñe sea útil con tal que se vea fácilmente. Acumula sin elección y sin discernimiento cien fárragos en su memoria. Cuando se trata de examinar al niño, se le hace desplegar su mercancía, él la muestra, todos quedan contentos, luego vuelve a recoger su fardo y se va. Mi alumno no es tan rico, no tiene fardo que desplegar, no tiene nada que mostrar sino él mismo. Pero ni un niño ni un hombre se conocen en un momento. ¿Dónde están los observadores que saben captar a la primera ojeada los rasgos que lo caracterizan? Los hay, pero son pocos, y de cien mil padres no se encontrará uno de esa clase.

Las preguntas demasiado multiplicadas hastían y repelen a todo el mundo, con mayor motivo a los niños. Al cabo de unos minutos su atención se cansa, ya no escuchan lo que un obstinado preguntón les inquiere, y no responden sino al azar. Esta manera de examinarlos es vana y pedante; a menudo una frase cazada al vuelo pinta su sentido y su ingenio mejor que lo harían largos discursos: pero hay que estar en guardia para que esa frase no esté dictada ni sea fortuita. Hay que tener mucho juicio para apreciar el de un niño.

Oí contar al difunto milord Hyde* que uno de sus amigos, vuelto de Italia tras tres años de ausencia, quiso examinar los

---

* Vizconde de Cornbury y barón de Hyde (1710-1753), que murió a consecuencia de una caída de caballo en París. Este político y escritor inglés fue autor de una comedia y de varios escritos anónimos. Gran viajero y espíritu selecto, Bolingbroke le dedicó sus *Cartas sobre la historia*. Rousseau lo citará en *La Nouvelle Héloïse* como amigo de Saint-Preux. En cuanto al amigo, es el mariscal de Belle-Isle, cuyo hijo, Louis-Marie Fouquet, conde de Gisors (1732-1758), murió de una herida en Crefeld. También se le alude en el quinto libro del *Emilio*, (*supra*, pág. 619).

progresos de su hijo que tenía entre nueve y diez años. Una tarde va de paseo, con su ayo y con él, a un llano donde unos escolares se entretenían guiando cometas. Al pasar, dijo el padre a su hijo: *¿Dónde está la cometa de esa sombra?* Sin vacilar, sin alzar la cabeza, el niño dijo: *En el camino real.* Y en efecto, añadía milord Hyde, el camino real estaba entre el sol y nosotros. Ante esa respuesta, el padre abraza a su hijo y, concluyendo allí su examen, se fue sin decir nada. Al día siguiente envió al ayo el acta de una pensión vitalicia además de sus honorarios.

¡Qué hombre ese padre! ¡Y qué hijo le estaba prometido! La pregunta es propia de la edad: la respuesta es muy simple; mas ved qué nitidez de juicio infantil supone. Así era como el alumno de Aristóteles domesticaba aquel célebre corcel que ningún escudero había podido domar*.

FIN DEL LIBRO SEGUNDO

* Alusión a Alejandro el Grande y su caballo Bucéfalo (Plutarco, *Vida de Alejandro*, 9).

Libro III

Aunque, hasta la adolescencia, todo el curso de la vida sea un tiempo de debilidad, hay un punto en la duración de esa primera edad en que, habiendo superado el progreso de las fuerzas al de las necesidades, el animal que crece, absolutamente débil todavía, se vuelve fuerte por comparación. Al no estar desarrolladas todas sus necesidades, sus fuerzas actuales son más que suficiente para atender a las que tiene. Como hombre sería muy débil, como niño es muy fuerte.

¿De dónde procede la debilidad del hombre? De la desigualdad existente entre su fuerza y sus deseos. Son nuestras pasiones las que nos vuelven débiles, porque para contentarlas se necesitarían más fuerzas de las que la naturaleza nos dio. Disminuid sus deseos: es como si aumentárais las fuerzas: a quien puede más de lo que desea, le sobran. Es desde luego un ser fortísimo: he ahí el tercer estado* de la infancia, del que hablaré ahora. Sigo llamándolo infancia a falta de término

* En una nota anterior hemos puesto de manifiesto la incertidumbre de Rousseau para la clasificación de los periodos de la infancia: un tercer periodo se añade ahora a la clasificación. Según P.D. Jimack (*La genèse et la rédaction de l'Émile*, pág. 171), tales disparidades indicarían las variaciones de Rousseau sobre la ordenación de su obra.

propio para expresarlo; porque esa edad se acerca a la adolescencia sin ser todavía la de la pubertad.

A los trece años las fuerzas del niño se desarrollan con mucha mayor rapidez que sus necesidades. La más violenta, la más terrible aún no se ha dejado sentir en él; el órgano mismo de ella sigue en la imperfección y para salir de ahí parece esperar a que su voluntad lo apremie. Poco sensible a las inclemencias del aire y de las estaciones, las arrostra sin esfuerzo: su calor naciente le sirve de ropa; su apetito de aliño; cuanto puede nutrir es bueno para su edad; si tiene sueño, se tiende sobre la tierra y duerme; por doquier se ve rodeado de cuanto precisa; ninguna necesidad imaginaria le atormenta; la opinión nada puede sobre él; sus deseos no van más allá de sus brazos: no sólo puede bastarse a sí mismo, sino que tiene más fuerzas de las que precisa; es el único periodo de su vida en que se hallará en ese caso.

Presiento una objeción*. No dirán que el niño tiene más necesidades de las que le adjudico, pero negarán que tenga la fuerza que le atribuyo: no piensan que hablo de mi alumno, y no de esas muñecas ambulantes que viajan de un cuarto a otro, que cavan en una maceta y llevan fardos de cartón. Se me dirá que la fuerza viril sólo se manifiesta con la virilidad; que los espíritus vitales, elaborados en los vasos convenientes y diseminados por todo el cuerpo son los únicos que pueden dar a los músculos la consistencia, la actividad, el tono y el nervio de los que resulta una verdadera fuerza. Esa es filosofía de gabinete, mientras que yo apelo a la experiencia. Veo en nuestros campos a grandes mozancones labrar, binar, llevar el arado, cargar un tonel de vino, guiar el vehículo igual que su padre; los tomaríamos por hombres si el sonido de su voz no los traicionase. En nuestras ciudades mismas, jóvenes obreros, forjadores, herreros**, herradores, son casi tan robustos como sus maestros, y apenas serían menos diestros si se los hubiera

---

* Rousseau escribe al margen del manuscrito P: «*en nota. La pubertad es constantemente más tardía en ambos sexos en los países donde viven más inocentemente*».

** El término francés *taillandier* designa al artesano que hace toda clase de herramientas y útiles de labranza, de construcción, de carretería, como hoces, hachas, llantas de hierro, etc. Derivado de *tailler*, "cortar", el término llegó a tener el sentido de "cortador de trajes", sastre en el siglo XV; *tailleur*, "sastre".

ejercitado con tiempo. Si hay diferencia, y convengo en que la hay, repito que es mucho menor que la existente entre los deseos fogosos de un hombre y los deseos limitados de un niño. Además, aquí no se trata sólo de fuerzas físicas, sino, sobre todo, de la fuerza y capacidad del espíritu que las suple o que las dirige.

Ese intervalo en que el individuo puede más de lo que desea, aunque no sea el periodo de su mayor fuerza absoluta, es, como he dicho, el de su mayor fuerza relativa. Es el periodo más precioso de la vida, periodo que sólo llega una vez; periodo muy breve, y por ser tan breve como se verá a continuación le importa más emplearlo bien.

¿Qué hará, pues, de ese excedente de facultades y de fuerzas que ahora tiene en exceso y que le faltará en otra edad? Tratará de emplearlo en cuidados que puedan aprovecharle llegada la necesidad. Lanzará, por así decir, al futuro lo superfluo de su ser actual; el niño robusto hará provisiones para el hombre débil; mas no dispondrá sus almacenes ni en cofres que pueden robarle ni en trojes que le son ajenas; para apropiarse realmente de su adquisición, será en sus brazos, en su cabeza, en él mismo donde la alojará. He ahí, pues, el tiempo de los trabajos, de la instrucción, de los estudios; y observad que no soy yo quien hace arbitrariamente esa elección, es la naturaleza misma la que lo indica.

La inteligencia humana tiene sus límites; y no sólo no puede un hombre saber todo, ni siquiera puede saber por entero lo poco que saben los demás hombres. Puesto que el antónimo de cada proposición falsa es una verdad, el número de verdades es inagotable, lo mismo que el de errores. Hay pues una elección en las cosas que debe enseñarse, así como del tiempo idóneo para aprenderlas. De los conocimientos que están a nuestro alcance, unos son falsos, otros inútiles, otros sirven para alimentar el orgullo de quien los posee. El pequeño número de los que realmente contribuyen a nuestro bienestar es el único digno de búsquedas por parte de un hombre prudente, y, por tanto, de un niño al que se quiere hacer tal. No se trata de saber lo que es, sino sólo de saber lo que es útil*.

* El elogio de la ignorancia y de la vanidad de las ciencias —tema frecuente en los enciclopedistas (D'Alembert en el *Discours préliminaire* de la

De ese pequeño número aún hay que quitar en este momento aquellas verdades que para ser comprendidas exigen un entendimiento completamente formado; aquellas que suponen el conocimiento de las relaciones del hombre, que un niño no puede adquirir; aquellas que, aunque verdaderas en sí mismas, predisponen a un alma sin experiencia a pensar erróneamente sobre otros temas.

Henos ya reducidos a un pequeñísimo círculo relativo a la existencia de las cosas; pero ¡qué esfera inmensa forma todavía ese círculo para la dimensión del espíritu de un niño! Tinieblas del entendimiento humano, ¿qué mano temeraria osó tocar vuestro velo? ¡Cuántos abismos he visto abrir a nuestras vanas ciencias alrededor de ese joven desventurado! Oh tú que vas a guiarle por esos peligrosos senderos y a correr ante sus ojos la cortina sagrada de la naturaleza, tiembla. Asegúrate bien primero de su cabeza y de la tuya, cuida que no se transtorne la una o la otra, y quizá las dos. Teme el señuelo especioso de la mentira y los embriagadores vapores del orgullo. Acuérdate, acuérdate siempre de que la ignorancia no ha hecho nunca el mal, que sólo el error es funesto, y que no nos extraviamos por lo que no sabemos, sino por lo que creemos saber.

Sus progresos en geometría podrían servirnos de prueba y de medida segura para el desarrollo de su inteligencia; pero, tan pronto como pueda discernir lo que es útil de lo que no lo es, importa emplear muchas precauciones y arte para llevarlo a los estudios especulativos; ¿queréis, por ejemplo, que busque una media proporcional entre dos líneas? Empezad por hacer de forma que necesite encontrar un cuadrado igual a un rectángulo dado; si se tratare de dos medias proporcionales, primero habría que hacerle interesante el problema de la duplicación del cubo, etc. ¡Ya veis cómo nos vamos aproxi-

---

Enciclopedia)—, es expresado aquí por Rousseau en términos semejantes a los del *Discurso sobre las ciencias y las artes*: «He ahí cómo el lujo, la disolución y la esclavitud han sido desde siempre el castigo de los esfuerzos orgullosos que hemos hecho para salir de la feliz ignorancia en que la eterna sabiduría nos había colocado. El espeso velo con que cubrió todas sus operaciones parecía advertirnos sobradamente que no nos ha destinado a vagas búsquedas... Pueblos, sabed pues de una vez que la naturaleza ha querido preservarnos de la ciencia como una madre arranca un arma peligrosa de las manos de su hijo... (*Del Contrato Social. Discursos, ed. cit.*, pág. 159).

mando gradualmente a las nociones morales que distinguen el bien y el mal! Hasta aquí no habíamos conocido más ley que la ley de la necesidad; ahora hemos de vérnoslas con lo que es útil; pronto llegaremos a lo que es conveniente y bueno.

El mismo instinto anima las diversas facultades del hombre. A la actividad del cuerpo, que trata de desarrollarse, sucede la actividad del espíritu, que trata de instruirse. Al principio los niños sólo son revoltosos; luego son curiosos, y esa curiosidad bien dirigida es el móvil de la edad a que hemos llegado. Distingamos siempre las inclinaciones que proceden de la naturaleza de las que proceden de la opinión. Hay un ardor por saber que sólo se funda en el deseo de ser considerado sabio; hay otro que nace de una curiosidad connatural al hombre por todo lo que puede interesarle de cerca o de lejos. El deseo innato del bienestar y la imposibilidad de contentar plenamente ese deseo le hacen buscar sin cesar nuevos medios de contribuir a él. Tal es el primer principio de la curiosidad; principio connatural al corazón humano, pero cuyo desarrollo sólo se efectúa de modo proporcional a nuestras pasiones y a nuestras luces. Suponed un filósofo retirado en una isla desierta con instrumentos y libros, seguro de pasar allí el resto de sus días; no volverá a preocuparse por el sistema del mundo, por las leyes de la atracción, por el cálculo diferencial; tal vez no abra en su vida un solo libro, pero nunca dejará de inspeccionar su isla hasta el último rincón, por grande que pueda ser. Rechacemos pues, de nuestros primeros estudios, aquellos conocimientos cuyo gusto no es natural en el hombre, y limitémonos a aquellos que el instinto nos inclina a buscar.

La isla del género humano es la tierra; el objeto más sorprendente para nuestros ojos es el sol. Tan pronto como empezamos a alejarnos de nosotros, nuestras primeras observaciones deben recaer sobre la una y sobre el otro. Por eso la filosofía de casi todos los pueblos salvajes gira únicamente sobre imaginarias divisiones de la tierra y sobre la divinidad del sol.

¡Qué desvío!, dirá alguien tal vez. Hace un momento sólo nos ocupábamos de aquello que nos afecta, de lo que nos rodea de modo inmediato; y de pronto, ¡henos aquí recorriendo el globo y saltando a los extremos del universo! Ese desvío es efecto del progreso de nuestras fuerzas y de la inclinación de

nuestro espíritu. En el estado de debilidad y de insuficiencia, el cuidado de conservarnos nos concentra en nuestro interior; en el estado de poder y de fuerza, el deseo de extender nuestro ser nos lleva más allá y nos hace lanzarnos tan lejos como nos es posible; pero como el mundo intelectual aún nos resulta desconocido, nuestro pensamiento no va más allá de nuestros ojos y nuestro entendimiento sólo se extiende con el espacio que mide.

Transformemos nuestras sensaciones en ideas, mas no saltemos de golpe de los objetos sensibles a los objetos intelectuales. Es por los primeros por los que debemos llegar a los segundos. Que en las primeras operaciones del espíritu los sentidos sean siempre sus guías. Que no haya más libro en el mundo ni más instrucción que los hechos. El niño que lee no piensa, no hace más que leer; no se instruye, aprende palabras.

Volved a vuestro alumno atento a los fenómenos de la naturaleza, pronto lo volveréis curioso; pero, para alimentar su curiosidad, no os apresuréis nunca a satisfacerla. Poned las cuestiones a su alcance, y dejádselas resolver. Que no sepa nada porque se lo hayáis dicho, sino porque lo ha comprendido por sí mismo: que no aprenda la ciencia, que la invente. Si alguna vez substituís en su espíritu la autoridad por la razón, nunca razonará sólo; será juguete de la opinión de los demás.

Queréis enseñar geografía a ese niño, y vais a buscarle globos, esferas, mapas; ¡cuánto aparato! ¿Por qué todas esas representaciones? ¡Y que no empecéis por mostrarle el objeto mismo, a fin de que al menos sepa de qué le habláis!

Un hermoso atardecer vamos a pasear a un lugar propicio, donde el horizonte, muy abierto, deja ver con claridad el sol poniente, y observamos los objetos que hacen reconocible el lugar de su puesta. Al día siguiente, para respirar el fresco volvemos al mismo lugar antes de que el sol salga. Lo vemos anunciarse a lo lejos por los rayos de fuego que lanza delante de sí. El incendio aumenta, el oriente aparece completamente en llamas; por su resplandor esperamos al astro mucho tiempo antes de que se muestre; a cada instante creemos verlo aparecer; por fin lo vemos. Un punto brillante sale como un relámpago y llena al punto todo el espacio; el velo de las tinieblas se desvanece y cae. El hombre reconoce su morada y la encuentra embellecida. El verdor ha tomado durante la noche nuevo

vigor; la naciente luz que lo ilumina y los primeros rayos que lo doran lo muestran cubierto de una brillante red de rocío que refracta a la vista la luz y los colores. A coro los pájaros se reúnen y saludan de consuno al padre de la vida; en ese momento ni uno solo calla; su gorjeo débil todavía es más lento y más suave que en el resto de la jornada, se resiente del langor de un pacífico despertar. La concurrencia de todos estos objetos trae a los sentidos una impresión de frescor que parece penetrar hasta el alma. Hay ahí media hora de encantamiento al que ningún hombre resiste: un espectáculo tan grande, tan hermoso, tan delicioso, no deja a nadie indiferente.

Lleno del entusiasmo que experimenta, el maestro quiere comunicarlo al niño; cree emocionarlo volviéndole atento a las sensaciones que a él mismo le emocionan. ¡Pura tontería! Es en el corazón del hombre donde está la vida del espectáculo de la naturaleza; para verlo, hay que sentirlo. El niño percibe los objetos, mas no puede recibir las relaciones que los unen, no puede oír la dulce armonía de su concierto. Se precisa una experiencia que él no ha adquirido, se precisan unos sentimientos que no ha experimentado para sentir la impresión compleja que resulta a la vez de todas esas sensaciones. Si durante mucho tiempo no ha recorrido áridas llanuras, si arenas ardientes no han quemado sus pies, si la reverberación sofocante de unas rocas heridas por el sol nunca le han oprimido, ¿cómo saboreará el aire fresco de una hermosa albada? ¿Cómo el perfume de las flores, el encanto del verdor, el húmedo vapor del rocío, el caminar muelle y suave sobre el césped encantarán sus sentidos? ¿Cómo causará en él emoción voluptuosa el canto de los pájaros si todavía le son desconocidos los acentos del amor y del placer? ¿Con qué transportes verá nacer una jornada tan hermosa si su imaginación no sabe pintarle aquéllos con que puede llenarla? Finalmente, ¿cómo se enternecerá con la belleza del espectáculo de la naturaleza si ignora qué mano se preocupó de adornarlo?

No hagáis al niño discursos que no puede entender. Nada de descripciones, nada de elocuencia, nada de figuras, nada de poesía. No se trata ahora de sentimiento ni de gusto. Seguid siendo claro, sencillo y frío; demasiado pronto llegará el tiempo de adoptar otro lenguaje.

Educado en el espíritu de nuestras máximas, acostumbrado

a sacar todos sus instrumentos de sí mismo y a no recurrir nunca a otro sino después de haber admitido su insuficiencia, cada nuevo objeto que ve él lo examina largo tiempo sin decir nada. Es pensativo y no preguntón. Contentaos con presentarle adrede los objetos; luego, cuando veáis su curiosidad suficientemente ocupada, hacedle alguna pregunta lacónica que lo ponga en el camino de resolverla.

En esta ocasión, tras haber contemplado con él el sol levante, tras haberle hecho observar del mismo lado las montañas y demás objetos vecinos, tras haberle dejado hablar de esto a su gusto, guardad algunos instantes de silencio como hombre que piensa, y luego decidle: Creo que anoche el sol se puso por allá, y que esta mañana ha salido por allí. ¿Cómo es posible? No añadáis más: si os hace preguntas, no respondáis; hablad de otra cosa. Dejadle consigo mismo, y estad seguro de que lo pensará.

Para que un niño se acostumbre a ser atento y quede impresionado por alguna verdad sensible, es menester que esa verdad le dé algunos días de inquietud antes de descubrirla. Si de este modo no la comprende suficientemente, hay un medio de hacérsela más sensible todavía, y ese medio es darle la vuelta a la pregunta. Si no sábe cómo llega el sol de su puesta a su levante, sabe al menos cómo llega de su levante a su puesta: sus propios ojos se lo enseñan. Aclaradle pues la primera cuestión con la otra: o vuestro alumno es absolutamente estúpido, o la analogía es demasiado clara para que pueda escapársele. He ahí su primera lección de cosmografía.

Como siempre procedemos lentamente, de idea sensible en idea sensible, como nos familiarizamos mucho tiempo con la misma antes de pasar a otra, y como, finalmente, nunca forzamos a nuestro alumno a estar atento, hay mucho trecho desde esta primera lección al conocimiento del curso del sol y de la figura de la tierra; pero, como todos los movimientos aparentes de los cuerpos celestes se atienen al mismo principio, y como la primera observación lleva a todas las demás, se necesita menos esfuerzo, aunque se precise más tiempo, para llegar desde una revolución diurna al cálculo de los eclipses que para comprender bien el día y la noche.

Puesto que el sol gira alrededor del mundo, describe un círculo, y todo círculo debe tener un centro, ya lo sabemos.

Ese centro no puede verse, porque está en el corazón de la tierra, pero en la superficie podemos marcar dos puntos opuestos que se correspondan con él. Un espetón que pase por los tres puntos y se prolongue hasta el cielo por una y otra parte será el eje del mundo y del movimiento diario del sol. Una perinola redonda que gire sobre su punta representa al cielo girando sobre su eje; las dos puntas de la perinola son los dos polos: al niño le resultará muy fácil conocer uno; yo se lo muestro en la cola de la Osa Menor. Ya tiene entretenimiento por la noche; poco a poco se familiarizará con las estrellas, y de ahí nace el primer gusto por conocer los planetas y observar las constelaciones.

Hemos visto salir el sol el día de san Juan; vamos a verlo salir también en Navidad o en algún otro día hermoso de invierno; porque ya se sabe que no somos perezosos, y que para nosotros es un juego arrostrar el frío. Me cuido mucho de hacer esta segunda observación en el mismo lugar que hicimos la primera, y, con cierta habilidad para que se fije, uno u otro no dejará de exclamar: ¡Oh, oh, qué divertido! ¡El sol ya no sale por el mismo sitio! Aquí están nuestras viejas referencias, y ahora ha salido por allí, etc... Hay, pues, un oriente de verano y un oriente de invierno, etc... Joven maestro, estáis en el buen camino. Estos ejemplos deben bastaros para enseñar con toda claridad la esfera, tomando al mundo por mundo y al sol por sol.

En general, nunca debéis substituir el signo por la cosa salvo cuando os sea imposible mostrarla. Porque el signo absorbe la atención del niño, y le hace olvidar la cosa representada.

La esfera armilar me parece una máquina mal compuesta y realizada con malas proporciones. Esa confusión de círculos y las extrañas figuras en él marcadas le dan un aire de grimorio que asusta al espíritu de los niños. La tierra es demasiado pequeña, los círculos son demasiado grandes, demasiado numerosos; algunos, como los coluros, son perfectamente inútiles; cada círculo es más ancho que la tierra; el espesor del cartón les da un aire de solidez que les hace ser tomados por masas circulares realmente inexistentes, y cuando

decís al niño que tales círculos son imaginarios, no sabe lo que ve, ya no entiende nada*.

Nunca sabemos ponernos en el lugar de los niños; no entramos en sus ideas, les prestamos las nuestras, y, siguiendo siempre nuestros propios razonamientos, con cadenas de verdades no acumulamos sino extravagancias y errores en su cabeza.

Se discute sobre la elección del análisis o de la síntesis para estudiar las ciencias**; no siempre es preciso elegir. A veces se puede resolver y componer en las mismas búsquedas, y guiar al niño por el método docente cuando se cree no hacer otra cosa que analizar. Empleando entonces a la vez uno y otra, se servirían mutuamente de pruebas. Partiendo a la vez de dos puntos opuestos, sin pensar que hacemos el mismo camino quedaría muy sorprendido de volver a encontrarse, y esa sorpresa no sería sino agradabilísima. Por ejemplo, yo querría tomar la geografía por sus dos términos, y unir al estudio de las revoluciones del globo la medida de sus partes, empezando por el lugar donde vivimos. Mientras el niño estudia la esfera y se transporta de ese modo a los cielos, devolvedlo a la división de la tierra y mostradle primero su propia morada.

Sus dos primeros puntos de geografía serán el pueblo en que vive y la casa de campo de su padre; luego los lugares intermedios, luego los ríos de las cercanías, finalmente el aspecto del sol y la forma de orientarse. Aquí está el punto de reunión. Que él mismo haga el mapa de todo eso; mapa muy sencillo y formado, primero, por dos únicos objetos, a los que paulatinamente añadirá los otros a medida que sepa o que

---

* La esfera armilar, a la que también hará alusión Rousseau en las *Confessions*, es un recuerdo de infancia y de las lecciones que tomaba con su padre. Era una esfera cosmográfica que representaba el mundo como lo imaginaban los antiguos; los círculos señalaban las longitudes y las latitudes; las «extrañas figuras» eran los signos tradicionales para las constelaciones del zodíaco; y los «coluros», los dos círculos, situados en planos perpendiculares, que se cortan en los polos.

** Alude Rousseau a la crítica hecha por Descartes a Condillac (*Traité des systèmes*). El método analítico parte del todo para llegar a los elementos, mientras la síntesis —método de exposición más que de búsqueda, como el anterior— sigue el orden inverso.

estime su distancia y su posición. Ya veis la ventaja que le procuramos por adelantado al ponerle un compás en los ojos.

Indudablemente, a pesar de esto habrá que guiarle un poco; pero muy poco, y sin que lo parezca. Si se equivoca, dejadle actuar, no corrijáis sus errores, esperad en silencio a que esté en condiciones de verlos y de corregirlos por sí mismos, o, todo lo más, llevadlo en ocasión propicia a una operación que se los haga sentir. Si nunca se equivocara no aprendería tan bien. Además, no se trata de que sepa exactamente la topografía de la región, sino el medio de instruirse en ella; poco importa que tenga mapas en la cabeza con tal de que conciba lo que representan y de que tenga una idea nítida del arte que sirve para hacerlos. ¡Ya veis la diferencia que hay entre el saber de vuestros alumnos y la ignorancia del mío! Ellos se saben los mapas y él los hace. Ahí tenéis nuevos adornos para su habitación.

Recordad siempre que el espíritu de mi institución no es enseñar al niño muchas cosas, sino no dejar que entren nunca en su cerebro más que ideas justas y claras. Aunque no supiera nada, poco me importa con tal que nunca se equivoque; porque sólo meto verdades en su cabeza para protegerlo de los errores que aprendería en su lugar. La razón, el juicio, vienen lentamente; los prejuicios acuden en tropel; de ellos es de los que hay que preservarle. Mas si consideráis la ciencia en sí misma entráis en un mar sin fondo ni orillas, todo lleno de escollos; nunca saldréis de ahí. Cuando veo a un hombre prendado por el amor de los conocimientos dejarse seducir por su encanto y correr de uno a otro sin saber detenerse, creo ver a un niño que recoge conchas en la orilla y que empieza cargándose de ellas; tentado luego por las que sigue viendo, las tira, las vuelve a coger, hasta que, abrumado por su multitud y no sabiendo ya qué elegir, acaba por tirar todo y vuelve de vacío.

Durante la primera edad, el tiempo era largo: no buscábamos otra cosa sino en qué perderlo por miedo a emplearlo mal. Aquí es todo lo contrario, y no tenemos suficiente para hacer todo cuanto sería útil. Pensad que las pasiones se acercan y que tan pronto como llamen a la puerta, sólo para ellas tendrá oídos vuestro alumno. La edad pacífica de inteligencia es tan corta, pasa tan rápidamente, tiene tantos otros

usos necesarios que es locura querer que baste para hacer sabio a un niño*. No se trata de enseñarle las ciencias, sino de darle el gusto de amarlas y unos métodos para aprenderlas cuando ese gusto esté mejor desarrollado. Ése es, a todas luces, un principio fundamental de toda buena educación.

También es éste el momento de acostumbrarle poco a poco a prestar atención continuada al mismo objeto; mas nunca es la coacción, siempre es el placer o el deseo los que deben producir esa atención; hay que tener muchísimo cuidado de que no lo abrume y no llegue hasta el hastío. Tened pues el ojo avizor; y, pase lo que pase, abandonad todo antes de que se aburra; porque nunca importa tanto que aprenda cuanto que no haga nada a pesar suyo.

Si él mismo os pregunta, responded cuanto haga falta para alimentar su curiosidad, no para saciarla; sobre todo, cuando veáis que en lugar de preguntar para instruirse se pone a delirar y a abrumaros a preguntas tontas, deteneos al instante; seguro que entonces ya no se preocupa de la cosa, sino sólo de esclavizaros a sus preguntas. Hay que atender menos a las palabras que pronuncia que al motivo que le hace hablar. Esta advertencia, hasta ahora menos necesaria, se vuelve de la mayor importancia tan pronto como el niño empieza a razonar.

Hay una cadena de verdades generales por la cual todas las ciencias se atienen a unos principios comunes y se desarrollan de forma sucesiva**: esa cadena es el método de los filósofos. No es de ella de la que aquí tratamos. Hay otra completamente diferente por la que cada objeto particular atrae a otro y muestra siempre el que le sigue. Este orden, que

---

* Rousseau vuelve a sus clasificaciones: a la segunda edad la denomina ahora «edad de inteligencia», mientras que el plan primitivo hablaba de una «edad de razón» hasta los quince años, y otra «edad de fuerza» hasta los veinte.

** A partir del siglo XVIII los filósofos empiezan a criticar las cadenas de verdades generales que constituyen los sistemas. Condillac las había atacado en su *Traité des systèmes*, pero admitía una: «Así es como la naturaleza guiaba a los hombres, y así es como se instruían, sin observar que iban de conocimientos en conocimientos, por una serie de hechos bien observados» (*Traité des systèmes*, cap. I). La influencia de Condillac iba a notarse en la *Enciclopedia*, hasta el punto de que Diderot define la palabra «enciclopedia» como un «encadenamiento de ciencias»: «El objetivo de una *Enciclopedia* es reunir los conocimientos diseminados sobre la superficie de la tierra; exponer su sistema general» (artículo *Encyclopédie*).

alimenta mediante una curiosidad continua la atención que todos exigen, es el que sigue la mayoría de los hombres, y sobre todo el que los niños necesitan. Al orientarnos para alzar nuestros mapas, ha sido preciso trazar meridianos. Dos puntos de intersección entre las sombras iguales de la mañana y de la noche proporcionan un meridiano excelente para un astrónomo de trece años. Pero esos meridianos se borran; se precisa tiempo para trazarlos; obligan a trabajar siempre en el mismo lugar: tantos cuidados, tantas molestias le aburrirán al fin. Nosotros lo hemos previsto; y nosotros lo prevenimos de antemano.

Heme aquí de nuevo en mis largos y minuciosos detalles. Lectores, oigo vuestros murmullos, y los afronto: no quiero sacrificar a vuestra impaciencia la parte más útil de este libro. Tomad vuestra decisión sobre mis dilaciones, poque yo he tomado la mía sobre vuestras quejas.

Hacía tiempo que mi alumno y yo nos habíamos dado cuenta de que el ámbar, el vidrio, la cera, diversos cuerpos frotados, atraían las pajas, y que otros no las atraían. Por casualidad encontramos uno que tiene una virtud más sigular aún; la de atraer desde cierta distancia y sin ser frotado la limalla y otras virutas de hierro. ¡Cuánto tiempo nos divierte esa cualidad sin que podamos ver nada más en ella! Por fin encontramos que se comunica al hierro mismo imantado en cierto sentido. Cierto día vamos a la feria[1]; un cubiletero atrae con un trozo de pan un pato de cera que flota en un barreño de agua. Muy sorprendidos, no decimos sin embargo: es un brujo; porque no sabemos lo que es un brujo. Constantemente impresionados por efectos cuyas causas ignoramos, no nos apresuramos a juzgar de nada, y permanecemos tranquilos en nuestra ignorancia hasta que encontremos ocasión de salir de ella.

De vuelta al hogar, a fuerza de hablar del pato de la feria se nos mete en la cabeza imitarlo: cogemos una buena aguja bien imantada, la rodeamos de cera blanca que modelamos lo mejor que podemos en forma de pato, de suerte que la aguja atraviese el cuerpo y que la cabeza haga de pico. Ponemos en el agua el pato, acercamos al pico un ojo de llave y vemos, con una alegría fácil de comprender, que nuestro pato sigue a la llave precisamente como el de la feria seguía el trozo de

pan. Observar en qué dirección se detiene el pato en el agua cuando lo dejamos en reposo es lo que podemos hacer en otra ocasión. Por ahora, completamente absorbidos por nuestro objeto, no queremos más.

Desde esa misma noche volvemos a la feria con pan preparado en nuestros bolsillos, y tan pronto como el cubiletero hace su truco, mi pequeño doctor, que a duras penas podía contenerse, le dice que el truco no es tan difícil y que hasta él puede hacerlo: le toman la palabra. Al instante saca de su bolsillo el pan en que está escondido el trozo de hierro; al acercarse a la mesa, el corazón le palpita; presenta el pan casi temblando; el pato se acerca y le sigue; el niño grita y se estremece de placer. Con los aplausos y las aclamaciones de la gente reunida le da vueltas la cabeza, está fuera de sí. El prestidigitador, cortado, se acerca sin embargo a abrazarle, a felicitarle, y le ruega que le honre al día siguiente con su presencia, añadiendo que se ocupará de reunir más gente todavía para que aplaudan su habilidad. Mi pequeño naturalista, enorgullecido, quiere hablar, pero inmediatamente le cierro la boca, y me lo llevo colmado de elogios.

Hasta el día siguiente el niño cuenta los minutos con risible inquietud. Invita a todo el que encuentra, quisiera que todo el género humano fuera testigo de su gloria; espera la hora a duras penas, la adelanta; volamos a la cita; la sala ya está llena. Al entrar, su joven corazón se dilata. Antes hay otros juegos; el cubiletero se supera y hace cosas sorprendentes. El niño no ve nada de todo esto: se agita, suda, respira a duras penas; pasa su tiempo dando vueltas en el bolsillo al trozo de pan con mano temblorosa de impaciencia. Por fin le toca el turno; el maestro le anuncia al público con pompa. Él se acerca algo avergonzado, saca su pan. ¡Nueva vicisitud de las cosas humanas!... El pato, tan manso la víspera, se ha vuelto hoy salvaje; en lugar de presentar el pico, enseña la cola y huye; evita el pan y la mano que lo presenta con tanto cuidado como lo seguía antes. Tras mil ensayos inútiles y siempre abucheados, el niño se queja, dice que lo engañan, que es otro pato que han cambiado por el primero, y desafía al cubiletero a atraer a éste.

Sin responder, el cubiletero coge un trozo de pan, lo presenta al pato; y al instante el pato sigue al pan y va hacia la

mano que lo aleja. El niño coge el mismo trozo de pan; pero lejos de tener más éxito que antes, ve al pato burlarse de él y hacer piruetas por todo el barreño; finalmente, se aleja completamente confundido y ya no se atreve a exponerse a los abucheos.

Entonces el cubiletero coge el trozo de pan que el niño había traído y lo utiliza con tanto éxito como con el suyo: saca el hierro delante de todo el mundo, y otra risotada a nuestra costa; luego, con ese pan así vaciado, atrae al pato como antes. Hace lo mismo con otro trozo cortado delante de todo el mundo por mano de un tercero; hace otro tanto con su guante, con la punta de su dedo. Finalmente se aleja al centro de la habitación, y, con el tono enfático propio de esas gentes, tras declarar que su pato no obedecerá menos a su voz que a su gesto, le habla y el pato obedece; le dice que vaya a la derecha, y va a la derecha; que vuelva, y vuelve; que gire, y gira: el movimiento se hace nada más recibir la orden. Los redoblados aplausos son otras tantas afrentas para nosotros; escapamos sin ser vistos y nos encerramos en nuestro cuarto sin ir a contar nuestro resultado a todo el mundo como habíamos proyectado.

A la mañana siguiente llaman a nuestra puerta y abro: es el cubiletero. Se queja modestamente de nuestra conducta: ¿qué nos había hecho él para que pretendiéramos desacreditar sus juegos y privarle de su sustento? ¿Qué hay, pues, tan maravilloso en el arte de atraer un pato de cera, para comprar ese honor a costa de la subsistencia de un hombre honrado? Palabra, señores, que si yo tuviera otro talento para vivir, apenas me gloriaría de éste. Deberíais creer que un hombre que ha pasado su vida ejercitándose en esa pobre industria sabe sobre ella más que vosotros, que sólo os ocupáis de ella unos momentos. Si al principio no os mostré mis trucos de maestro es porque no hay que apresurarse a mostrar aturdidamente lo que uno sabe; siempre he procurado conservar mis mejores trucos para cuando se presente la ocasión, y después de éste tengo todavía otros para parar los pies a jóvenes indiscretos. Además, señores, vengo de buena gana a enseñaros ese secreto que os ha puesto en tanto apuro, rogándoos que no abuséis de él en perjuicio mío y que seáis más contenidos otra vez.

Nos enseña entonces su aparato, y vemos con la mayor sorpresa que sólo consiste en un imán fuerte y bien armado que un niño escondido bajo la mesa hacía mover sin que nadie se diera cuenta.

El hombre recoge su aparato, y, tras haberle dado las gracias y presentado nuestras excusas, queremos hacerle un regalo; él lo rechaza. «No, señores, no estoy lo bastante satisfecho de vosotros como para aceptar vuestros dones; os dejo obligados a mí a pesar vuestro; es mi única venganza. Sabed que hay generosidad en todos los estados; hago que paguen mis trucos, no mis lecciones».

Al salir me dirige, a mí particularmente, y en voz alta, una reprimenda. Perdono de buen grado, me dice, a ese niño; sólo ha pecado por ignorancia. Pero vos, señor, que deberíais conocer su falta, ¿por qué se la habéis dejado cometer? Puesto que vivís juntos, por ser de más edad le debéis vuestros cuidados, vuestros consejos; vuestra experiencia es la autoridad que debe guiarle. Al reprocharse de mayor los errores de su juventud, os reprochará sin duda lo que no le hayáis advertido[2].

Se marcha y nos deja a los dos muy confusos. Yo me censuro por mi blanda facilidad; prometo al niño sacrificarla en otra ocasión a su interés y advertirle sus faltas antes de que las cometa; porque se acerca la época en que nuestras relaciones van a cambiar y en que la severidad del maestro debe suceder a la complaciencia del camarada; este cambio debe realizarse gradualmente: hay que prever todo, y prever todo desde muy lejos.

Al día siguiente volvemos a la feria para ver de nuevo el truco cuyo secreto habíamos aprendido. Abordamos con profundo respeto a nuestro predistigitador-Sócrates; apenas si osamos alzar los ojos hacia él: nos colma de atenciones y nos coloca con una distinción que nos humilla más todavía. Hace sus trucos como de costumbre; pero se divierte y complace más tiempo en el del pato, mirándonos a menudo con un aire bastante orgulloso. Nosotros lo sabemos todo y no decimos palabra. Si mi alumno osara sólo abrir la boca, sería un niño digno de ser aplastado.

Todos los detalles de este ejemplo importan más de lo que parece. ¡Cuántas lecciones en una sola! ¡Cuántas secuelas mortificantes atrae el primer movimiento de vanidad! Joven

maestro, espiad este primer movimiento con cuidado. Si sabéis hacer salir así de él la humillación y las desgracias[3], estad seguro de que en mucho tiempo no volverá a presentarse otro. ¡Cuántos preparativos!, diréis. De acuerdo, y todo para hacernos una brújula que nos sirva de meridiano.

Habiendo aprendido que el imán actúa a través de los demás cuerpos, nuestra única urgencia es hacer un aparato semejante al que hemos visto. Una mesa vacía, un barreño muy llano ajustado sobre esa mesa y lleno de algunas líneas* de agua, un pato hecho con algo más de cuidado, etc. Atentos con frecuencia en torno al barreño, observamos por fin que el pato en reposo toma casi siempre la misma dirección: seguimos la experiencia, examinamos esa dirección, hallamos que es de sur a norte; no hace falta más: nuestra brújula está hallada, o su equivalente; henos ahí en la física.

Hay diversos climas en la tierra y diversas temperaturas en esos climas. Las estaciones varían más sensiblemente a medida que nos acercamos al polo; todos los cuerpos se contraen con el frío y se dilatan con el calor; este efecto es mucho más mensurable en los licores, y más sensibles en los licores espirituosos; de ahí el termómetro. El viento hiere el rostro, el aire es, por tanto, un cuerpo, un fluido; se lo siente, aunque no haya ningún medio de verlo. Invertid un vaso en el agua, el agua no lo llenará a menos que dejéis al aire una salida; el aire es, por tanto, capaz de resistencia; hundid más el cristal, el agua ganará aire en el espacio sin poder llenar por completo ese espacio; el aire es pues, capaz de comprensión hasta cierto punto. Un balón lleno de aire comprimido bota mejor que lleno de cualquier otra materia; el aire es, por tanto, un cuerpo elástico. Tendido en el baño, alzad horizontalmente el brazo fuera del agua; lo sentiréis cargado de un peso terrible**; el aire es, por tanto, un cuerpo pesado. Al poner el aire en equilibrio con otros fluidos se puede medir su peso: de ahí el barómetro, el sifón, la caña de viento***, la máquina neumática.

---

* La *línea* era la duodécima parte de la pulgada, unos 2,25 mm.

** «El "peso terrible" es interpretado de forma inexacta. No se siente el brazo, apenas sostenido por el aire, como un fardo porque el cuerpo es llevado por la presión del agua» (Nota de P. Burgelin).

*** «La caña de viento es el antepasado de nuestra carabina de aire comprimido» (Nota de P. Burgelin).

Todas las leyes de la estática y de la hidrostática se encuentran mediante experiencias no menos toscas. No quiero que se entre, para nada de todo esto, en un gabinete de física experimental: todo ese aparato de instrumentos y de máquinas me desagrada. El aire científico mata la ciencia. O todas esas máquinas asustan a un niño, o sus figuras distraen y apartan la atención que él debería a sus efectos.

Quiero que hagamos nosotros mismos todas nuestras máquinas, y no quiero empezar haciendo el instrumento antes que la experiencia; lo que quiero es que, después de haber entrevisto la experiencia como por casualidad, inventemos poco a poco el instrumento que debe verificarla. Prefiero que nuestros instrumentos no sean tan perfectos ni tan exactos, y que tengamos ideas más nítidas de cómo deben ser, y de las operaciones que de ellos deben resultar. Para mi primera lección de estática, en lugar de ir a buscar balanzas pongo un bastón de través en el respaldo de una silla, mido la longitud de las dos partes del bastón en equilibrio, añado a uno y otro lado pesos, unas veces iguales, otras desiguales, y, tirando de él o empujándolo cuando sea necesario, encuentro finalmente que el equilibrio resulta de una proporción recíproca entre la cantidad de los pesos y la longitud de las palancas. Ahí tenemos ya a mi pequeño físico en situación de rectificar balanzas antes de haberlas visto.

Indiscutiblemente se toman nociones mucho más claras y mucho más seguras de las cosas que se aprenden así, por uno mismo, que de aquellas que derivan de las enseñanzas de otros; y además de no acostumbrar su razón a someterse servilmente a la autoridad, uno se vuelve más ingenioso para encontrar relaciones, para ligar ideas, para inventar instrumentos que cuando, adoptando todo eso tal cual se nos da, dejamos debilitarse nuestro espíritu en la indolencia, como el cuerpo de un hombre que, siempre vestido, calzado, servido por sus criados y llevado por sus caballos, pierde a la postre la fuerza y el uso de sus miembros. Boileau se jactaba de haber enseñado a Racine a versificar con dificultad; entre tantos métodos admirables para abreviar el estudio de las ciencias, sería muy necesario que alguien nos diese uno para aprenderlas con esfuerzo.

La ventaja más sensible de estas lentas y laboriosas bús-

quedas es mantener en medio de los estudios especulativos el cuerpo en su actividad, los miembros en su agilidad, y formar sin cesar las manos en el trabajo y en los usos útiles para el hombre. Tantos instrumentos inventados para guiarnos en nuestras experiencias y suplir la exactitud de los sentidos, hacen descuidar su ejercicio. El grafómetro dispensa de estimar la magnitud de los ángulos; el ojo que medía con precisión las distancias se fía en la cadena que los mide por él; la romana me exime de juzgar a mano el peso que por ella conocía; cuanto más ingeniosas son nuestras herramientas, más toscos y torpes se vuelven nuestros órganos; a fuerza de amontonar máquinas a nuestro alrededor, no las encontramos ya en nosotros mismos.

Pero cuando en fabricar esas máquinas ponemos la destreza que nos ahorrábamos con ellas, cuando empleamos en hacerlas la sagacidad que se necesitaba para prescindir de ellas, ganamos sin perder nada, añadimos el arte a la naturaleza y nos hacemos más ingeniosos sin volvernos menos hábiles. En lugar de poner a un niño sobre los libros, si le ocupo en un taller sus manos trabajan en provecho de su espíritu, se vuelve filósofo y cree no ser más que un obrero. Finalmente, este ejercicio tiene otros usos de que hablaré a continuación y entonces se verá cómo de los juegos de la filosofía podemos elevarnos a las verdaderas funciones del hombre.

Ya he dicho que los conocimientos puramente especulativos apenas convenían a los niños, ni siquiera cuando se acercan a la adolescencia; pero sin hacerles progresar mucho en la física sistemática, haced no obstante que todas sus experiencias se unan entre sí por alguna especie de deducción, a fin de que, con la ayuda de este encadenamiento, puedan colocarlas por orden en su mente y recordarlas llegado el caso; porque es muy difícil que hechos e incluso razonamientos aislados permanezcan mucho tiempo en la memoria cuando falta asidero para retenerlos en ella.

En la búsqueda de las leyes de la naturaleza comenzad siempre por los fenómenos más comunes y más sensibles, y acostumbrad a vuestro alumno a no tomar esos fenómenos por razones, sino por hechos. Cojo una piedra, finjo depositarla en el aire; abro la mano y la piedra cae. Miro a Emilio, atento a lo que hago, y le digo: ¿Por qué se ha caído esa piedra?

¿Qué niño se quedará cortado ante esta pregunta? Ninguno, ni siquiera Emilio por más cuidado que haya puesto yo en prepararle a no saber responder. Todos dirán que la piedra cae porque pesa. ¿Y qué es lo que pesa? Lo que cae. ¿La piedra cae entonces porque cae? Aquí mi pequeño filósofo se para en seco. He ahí su primera lección de física sistemática, y, le aproveche o no en este género, siempre será una lección de sensatez.

A medida que el niño avanza en inteligencia, otras consideraciones importantes nos obligan a mayor selección en sus ocupaciones. Tan pronto como llega a conocerse bastante a sí mismo como para concebir en que consiste su bienestar, tan pronto como puede captar relaciones lo bastante amplias como para juzgar sobre lo que le conviene y lo que no le conviene, a partir de entonces está capacitado para sentir la diferencia del trabajo y del entretenimiento, y no considerar a éste más que como solaz del otro. Entonces pueden entrar en sus estudios objetos de utilidad real y comprometerlo a darles una aplicación más constante de la que daba a simples entretenimientos. La ley de la necesidad, siempre renaciente, enseña desde hora temprana al hombre a hacer lo que no le agrada para prevenir un mal que le desagradaría más. Tal es el uso de la previsión, y de esta previsión bien o mal regulada nace toda la sabiduría o toda la miseria humana.

Todo hombre quiere ser feliz, pero para llegar a serlo tendría que empezar por saber lo que es la felicidad. La felicidad del hombre natural es tan sencilla como su vida; consiste en no sufrir: la salud, la libertad y lo necesario lo constituyen. La felicidad del hombre moral es otra cosa; pero no es de ésta de la que aquí tratamos. Nunca repetiré demasiado que sólo los objetos puramente físicos pueden interesar a los niños, sobre todo a aquellos cuya vanidad no se ha despertado y a los que el veneno de la opinión no ha corrompido de antemano.

Cuando antes de sentir sus necesidades las prevén, su inteligencia ya está muy adelantada y comienzan a conocer el precio del tiempo. Importa entonces acostumbrarlos a dirigir su empleo sobre objetos útiles, pero de una utilidad sensible a su edad y al alcance de sus luces. Cuanto atañe al orden moral y al uso de la sociedad no debe serles presentado inmediata-

mente, porque no están en situación de entenderlo. Es una inepcia exigirles que se apliquen a cosas que vagamente se les dice por su bien sin que ellos sepan cuál es ese bien, y del que se les asegura que sacarán provecho de mayores sin que por el momento tengan ningún interés en ese presunto provecho que no podrían comprender.

Que el niño no haga nada bajo palabra: nada está bien para él sino lo que siente que lo es. Proyectándole siempre por delante de sus luces, creéis emplear la previsión, y os equivocáis. Por armarle de algunos vanos instrumentos que no utilizará jamás, le quitáis el instrumento más universal del hombre, que es la sensatez; lo acostumbráis a dejarse conducir siempre, a no ser nunca más que una máquina entre las manos de otro. Queréis que sea dócil de pequeño; es querer que sea crédulo y víctima de mayor. Constantemente le decís: «*Cuanto os pido es en provecho vuestro; pero no estáis en condiciones de conocerlo. ¿Qué me importa a mí que hagáis o no hagáis lo que exijo? Sólo para vos trabajáis*». Con todos estos hermosos discursos que ahora le hacéis para volverle prudente, preparáis el éxito de los que un día le dirigirá un visionario, un follador*, un charlatán, un bribón, o un loco de cualquier especie, para cogerlo en su trampa o para hacerle adoptar su locura.

Importa que un hombre sepa muchas cosas cuya utilidad no podría comprender un niño; pero ¿es preciso y posible que un niño aprenda todo cuanto importa saber a un hombre? Tratad de enseñar al niño cuanto es útil a su edad, y veréis cómo todo su tiempo está más lleno. ¿Por qué queréis, en perjuicio de los estudios que hoy le convienen, aplicarle a los de una edad a la que tan poco seguro está de llegar? Pero, diréis, ¿será tiempo de saber lo que se debe saber cuando haya llegado el momento de utilizarlo? Lo ignoro: sólo sé que me es imposible aprenderlo antes; porque nuestros auténticos maestros son la experiencia y el sentimiento, y jamás el hombre percibe bien lo que conviene al hombre salvo en las relaciones en que se ha encontrado. Un niño sabe que está hecho para volverse

* El término francés *souffleur* indica al alquimista en el sentido práctico de la palabra: aquel que soplando en sus hornos esperaba encontrar la piedra filosofal. *Follador* designa en castellano al que afuella en una fragua: traduzco por tanto el término por la actividad que ejerce de soplar mediante un fuelle.

hombre; todas las ideas que pueda tener del estado de hombre son para él ocasiones de instrucción; pero, respecto a las ideas de ese estado que no están a su alcance, debe permanecer en una ignorancia absoluta. Todo mi libro no es más que una prueba continua de este principio de educación.

Tan pronto como hayamos conseguido dar a nuestro alumno una idea de la palabra *útil*, tenemos un buen asidero para guiarle; porque esa palabra le afecta mucho, dado que para él sólo tiene un sentido relativo a su edad, y dado que ve claramente la relación con su bienestar actual. A vuestros niños no les afecta esa palabra porque no os habéis molestado en darles de ella una idea que esté a su alcance, y porque, encargándose siempre otros de proveer a lo que les es útil, jamás han necesitado pensar en ello por sí mismos y no saben lo que es utilidad.

Y esto ¿para qué sirve? A partir de ahora ahí tenéis la frase sagrada, la frase determinante entre él y yo en todas las acciones de nuestra vida: he ahí la pregunta que por mi parte sigue infaliblemente a todas sus cuestiones, y que sirve de freno a esa multitud de interrogaciones tontas y fastidiosas con que los niños fatigan sin descanso y sin fruto a cuantos los rodean, más para ejercer sobre ellos una especie de imperio que para sacar algún provecho. Aquel a quien, como lección más importante, se le enseña a querer saber únicamente lo útil, interroga como Sócrates: no hace una pregunta sin darse a sí mismo la razón que sabe van a pedirle antes de resolverla.

Ya veis el poderoso instrumento que pongo entre vuestras manos para actuar sobre vuestro alumno. Como no sabe las razones de nada, lo tenéis casi reducido a silencio cuanto os plazca; en cambio, a vos, ¿qué ventaja no os dan vuestros conocimientos y vuestra experiencia para mostrarle la utilidad de cuanto le proponéis? Porque, no os engañéis, hacerle esa pregunta es enseñarle a hacérosla a su vez, y debéis contar con que, a ejemplo vuestro, a cuanto le propongáis en adelante no dejará de decir: *Y esto, ¿para qué sirve?*

Quizá sea ésa la trampa más difícil de evitar para un preceptor. Si ante la pregunta del niño, tratando únicamente de salir del paso, le dais una sola razón que él no pueda comprender, viendo que razonáis sobre vuestras ideas y no sobre las suyas, creerá lo que le decís bueno para vuestra edad

y no para la suya; no volverá a fiarse de vos, y todo está perdido. Pero ¿dónde está el maestro que quiere quedarse cortado y aceptar sus errores ante el alumno? Todos hacen ley de no admitir siquiera los que cometen, y yo, en cambio, haría una de admitir incluso los que no cometo cuando no pueda poner mis razones a su alcance; así mi conducta, siempre nítida en su espíritu, nunca le resultaría sospechosa, y yo conservaría más crédito arrogándome faltas que otros ocultando las suyas.

En primer lugar, pensad que raramente os toca proponerle lo que debe aprender; es a él a quien corresponde desearlo, buscarlo, hallarlo; a vosotros, ponerlo a su alcance, hacer nacer con habilidad ese deseo y proporcionarle los medios de satisfacerlo. De ahí se sigue que vuestras preguntas deben ser poco frecuentes, pero muy escogidas, y que, como él tendrá muchas más que haceros que vosotros a él, siempre estaréis menos en descubierto y más a menudo en el caso de decirle: *¿Para qué es útil saber lo que me preguntáis?*

Además, como importa poco que aprenda esto o aquello con tal que capte bien lo que aprende y el uso de lo que aprende, tan pronto como sobre lo que le decís no tengáis que darle una aclaración que le valga, no le dais nada de nada. Decidle sin escrúpulo: No tengo una respuesta buena que daros; estaba equivocado: dejemos eso. Si vuestra enseñanza estaba realmente fuera de lugar, no hay ningún mal en abandonarla por completo; si no lo estaba, con un poco de cuidado pronto encontraréis ocasión de hacerle sensible su utilidad.

No me gustan nada las explicaciones por medio de discursos; los jóvenes les prestan poca atención y apenas las retienen. ¡Cosas! ¡Cosas! Nunca repetiré suficiente que concedemos demasiado poder a las palabras; con nuestra educación parlanchina no hacemos más que parlanchines.

Supongamos que mientras estudio con mi alumno el curso del sol y la forma de orientarse, me interrumpe de pronto preguntándome para qué sirve todo eso. ¡Qué hermoso discurso voy a soltarle! ¡Cómo aprovecho la ocasión de enseñarle tantas cosas respondiendo a su pregunta, sobre todo si tenemos testigos de nuestra conversación[4]! Le hablaré de la utilidad de los viajes, de las ventajas del comercio, de los productos particulares de cada clima, de las costumbres de los diferentes

pueblos, del uso del calendario, del cálculo del retorno de las estaciones para la agricultura, del arte de la navegación, de la forma de guiarse en el mar y de seguir exactamente una ruta sin saber dónde está. La política, la historia natural, la astronomía, la moral misma y el derecho de gentes entrarán a formar parte de mi explicación para dar a mi alumno una gran idea de todas esas ciencias y un gran deseo de aprenderlas. Cuando le hubiera dicho todo, habría hecho alardes de verdadero pedante, en los que él no habrá comprendido una sola idea. Tendría ganas de preguntarme, como antes, para qué sirve orientarse; pero no se atreve, por miedo a que me enfade. Sabe que le trae más cuenta fingir entender lo que se le ha obligado a escuchar. Así se forjan las brillantes educaciones.

Pero nuestro Emilio más rústicamente educado y a quien con tanto esfuerzo damos una concepción dura, no escuchará nada de todo esto. A la primera palabra que no entienda escapará, irá a retozar por la habitación dejándome perorar completamente solo. Busquemos una solución más rudimentaria: mi aparato científico no vale para él.

Observábamos la posición del bosque al norte de Montmorency cuando me interrumpió con su importuna pregunta: *Y esto ¿para qué sirve?* Tenéis razón, le digo, hay que pensárselo despacio, y si resulta que este trabajo no sirve para nada lo abandonaremos, porque no son entretenimientos útiles los que nos faltan. Nos ocupamos de otra cosa, y no volvemos a hablar de geografía el resto de la jornada.

A la mañana siguiente le propongo un paseo antes de comer: no desea otra cosa; para correr, los niños siempre están dispuestos, y éste tiene buenas piernas. Subimos al bosque, recorremos los prados, nos extraviamos, ya no sabemos dónde estamos, y cuando hemos de volver no podemos encontrar nuestro camino. El tiempo pasa, el calor arrecia; tenemos hambre, nos apresuramos, vagamos en vano de un lado para otro, por todas parte no encontramos más que bosques, canteras, llanos, ninguna indicación que nos señale dónde estamos. Muy acalorados, muy rendidos, muy hambrientos, con nuestras carreras no hacemos sino extraviarnos más. Por fin nos sentamos para descansar, para deliberar. Emilio, al que supongo educado como cualquier otro niño, no delibera, llora; no sabe que estamos a las puertas de Montmorency y que un simple

tallar nos lo oculta; pero ese tallar es un bosque para él, un hombre de su estatura queda enterrado en matorrales.

Tras unos momentos de silencio, le digo con aire inquieto: Mi querido Emilio, ¿qué haremos para salir de aquí?

Emilio, sudando y llorando a lágrima viva: Yo no sé nada. Estoy cansado; tengo hambre; tengo sed; no puedo más.

Jean-Jacques: ¿Creéis que me encuentro en mejores condiciones que vos? ¿Y pensáis que no lloraría si pudiera comer mis lágrimas? No se trata de llorar, se trata de saber dónde estamos. Veamos vuestro reloj: ¿qué hora es?

Emilio: Las doce, y estoy en ayunas.

Jean-Jacques: Eso es cierto; son las doce y estoy en ayunas.

Emilio: ¡Cuánta hambre debéis tener!

Jean-Jacques: Lo peor es que mi comida no vendrá a buscarme aquí. Son las doce: la hora, precisamente, en que ayer observábamos desde Montmorency la posición del bosque. ¡Si del mismo modo pudiéramos observar desde el bosque la posición de Montmorency!...

Emilio: Sí; pero ayer veíamos el bosque, y desde aquí no vemos la ciudad.

Jean-Jacques: Ésa es la pena... Si pudiéramos prescindir de verla para hallar su posición...

Emilio: ¡Oh, amigo mío!

Jean-Jacques: ¿No decíamos que el bosque estaba?...

Emilio: Al norte de Montmorency.

Jean-Jacques: Por consiguiente, Montmorency debe estar...

Emilio: Al sur del bosque.

Jean-Jacques: Tenemos un medio para encontrar el norte al mediodía.

Emilio: Sí, por la dirección de la sombra.

Jean-Jacques: Pero ¿y el sur?

Emilio: ¿Cómo?

Jean-Jacques: El sur es lo opuesto al norte.

Emilio: Es cierto; basta con buscar lo opuesto a la sombra. ¡Oh, ahí está el sur, ahí está el sur! Con toda seguridad Montmorency está hacia ese lado, busquemos por ese lado.

Jean-Jacques: Podéis tener razón; cojamos ese sendero a través del bosque.

Emilio palmoteando y lanzando un grito de alegría: ¡Ah, ya veo Montmorency! Ahí está, delante mismo de nosotros, total-

mente al descubierto. Vamos a almorzar, vamos a comer, corramos: la astronomía sirve para algo.

Tened por cierto que, si no dice esta última frase, la pensará; poco importa, con tal que no sea yo quien la diga. Pero estad seguro de que en toda su vida no olvidará la lección de esta jornada; mientras que si yo no hubiera hecho otra cosa que suponer todo esto en su cuarto, mi discurso habría caído en el olvido al día siguiente. Hay que hablar cuanto se pueda mediante hechos, y decir sólo lo que no se pueda hacer.

No ha de esperar el lector que le menosprecie lo bastante para darle un ejemplo de cada clase de estudio; mas de aquélla de que se trate, nunca exhortaré suficiente al preceptor a que mida bien su prueba sobre la capacidad del alumno; porque, repitámoslo una vez más, el mal no está en lo que no entiende, sino en lo que cree entender.

Recuerdo que, queriendo dar a un niño gusto por la química, tras haberle mostrado diversas precipitaciones metálicas, yo le explicaba cómo se hacía la tinta. Le decía que su negror no procedía sino de un hierro muy dividido, separado del vitriolo y precipitado por un licor alcalino. En medio de mi docta explicación, el pequeño traidor me paró en seco con la pregunta que yo le había enseñado, y me puso en un buen aprieto.

Tras pensar un poco, adopté mi decisión. Envié a buscar vino a la bodega del dueño de la casa, y a por otro vino de ocho sueldos a la tienda de un vinatero. Puse en un frasquito la disolución de álcali fijo; luego, teniendo delante de mí, en dos vasos, los dos vinos diferentes[5], le hablé así:

«Se falsifican muchos géneros para hacerles parecer mejores de lo que son. Esas falsificaciones engañan la vista y el gusto, pero son perjudiciales y vuelven la cosa falsificada peor, con su bella apariencia, de lo que eran antes».

«Se falsifican sobre todo las bebidas y especialmente los vinos; porque el engaño es más difícil de conocer y proporciona más beneficio al que engaña».

La falsificación de los vinos verdes o ácidos se hace con litargirio: el litargirio es una preparación de plomo. El plomo unido a los ácidos produce una sal muy suave que corrige al gusto la agrura del vino, pero que es un veneno para quienes

lo beben. Antes de beber un vino sospechoso importa, pues, saber si está o no litargirizado. Y la forma que tengo de razonar para descubrirlo, es la siguiente:

«El licor del vino no contiene sólo alcohol, como habéis visto por el aguardiente que de él se saca; también contiene ácido, como podéis advertir por el vinagre y el tártaro que también se sacan de él».

«El ácido tiene afinidad con las substancias metálicas y se une a ellas mediante disolución para formar una sal compuesta, como, por ejemplo, la herrumbre, que no es más que hierro disuelto por el ácido contenido en el aire o en el agua, y también como el cardenillo, que no es más que un cobre disuelto por el vinagre».

«Pero este mismo ácido tiene más afinidad aún con las substancias alcalinas que con las substancias metálicas, de suerte que, por intervención de las primeras, en las sales compuestas de que acabo de hablaros, el ácido se ve forzado a soltar el metal al que está unido para combinar con el álcali».

«Entonces, la substancia metálica separada del ácido que la tenía disuelta se precipita y vuelve opaco el licor».

«Por tanto, si uno de estos dos vinos está litargirizado su ácido contiene el litargirio en disolución. Si vierto en él licor alcalino, éste forzará al ácido a desprenderse para que se le una; al no estar mantenido el plomo en disolución, reaparecerá, enturbiará el licor, y se precipitará finalmente en el fondo del vaso».

«Si no hay plomo[6] ni ningún otro metal en el vino, el álcali se unirá tranquilamente[7] con el ácido, el conjunto quedará disuelto y no se producirá ninguna precipitación».

A continuación vertí sucesivamente mi licor alcalino en los dos vasos: el del vino de la casa se mantuvo claro y diáfano, el otro se enturbió en un momento, y al cabo de una hora se vio con toda nitidez el plomo precipitado en el fondo del vaso.

«He aquí, continué yo, el vino natural y puro del que se puede beber, y he ahí el vino falsificado que envenena. Esto se descubre mediante esos mismos conocimientos cuya utilidad me preguntabais. Quien sabe cómo se hace la tinta también sabe conocer los vinos adulterados».

Estaba yo muy contento de mi ejemplo, y sin embargo advertí que al niño no le impresionaba. Hubiera necesitado

algún tiempo más para darme cuenta de que no había hecho sino una tontería. Porque, para no hablar de la imposibilidad de que a los doce años un niño pueda seguir mi explicación, la utilidad de esta experiencia no entraba en su espíritu, porque habiendo probado los dos vinos y encontrado buenos los dos, no unía idea alguna a esa palabra de falsificación que yo pensaba haberle explicado tan bien; estas otras palabras, *malsano, veneno,* carecían igualmente de cualquier sentido para él, que se encontraba en ese punto en el caso del historiador del médico Filipo*: es el caso de todos los niños.

Las relaciones de efectos a causas cuya conexión no percibimos, los bienes y los males de los que no tenemos ninguna idea, las necesidades que nunca hemos sentido, no suponen nada para nosotros; es imposible que, por ellos, nos interesemos en realizar algo que con ellos se relacione. A los quince años se ve la felicidad de un hombre sabio igual que a los treinta la gloria del paraíso. Si no concebimos bien ni una ni otra, poco haremos por conseguirlas, e, incluso concibiéndolas, poco haríamos todavía si no las deseáramos, si no las sintiéramos convenientes por sí mismas. Es fácil convencer a un niño de que lo que se le quiere enseñar es útil: pero convencerle nada significa si no se sabe persuadirle. En vano la tranquila razón nos hace aprobar o censurar, sólo la pasión nos hace obrar, y ¿cómo apasionarse por intereses que uno no tiene todavía?

Nunca mostréis al niño nada que no pueda ver. Mientras la humanidad le sea casi extraña, como no podéis elevarlo al estado del hombre, rebajad para él al hombre al estado de niño. Pensando en lo que puede resultarle útil en otra edad, no le habléis sino de aquello cuya utilidad ve él desde ahora. Además, nada de comparaciones con otros niños, nada de rivales, nada de competidores, ni siquiera en la carrera, tan pronto como empiece a razonar: antes prefiero cien veces que no aprenda a que sólo aprenda por envidia o por vanidad. Sin embargo, anotaré cada año los progresos que haya hecho, los compararé con los que hará al año siguiente, le diré: habéis crecido en tantos centímetros, ése es el foso que saltábais, el peso que llevábais, ésta es la distancia a que alcanzábais una

* Sobre el médico de Alejandro, véanse las páginas 136-138.

piedra, la carrera que recorríais de un tirón, etc., veamos ahora que hacéis. Así le animo sin hacerlo celoso de nadie; querrá superarse, debe hacerlo: no veo ningún inconveniente en que sea émulo de sí mismo.

Odio los libros: sólo enseñan a hablar de lo que no se sabe. Se dice que Hermes grabó sobre sus columnas los elementos de las ciencias para poner sus descubrimientos a resguardo de un diluvio*. Si los hubiera impreso bien en la cabeza de los hombres, se habrían conservado ahí por tradición. Cerebros bien preparados son los monumentos en que se graban con mayor seguridad los conocimientos humanos.

¿No habrá medio de agrupar tantas lecciones diseminadas en tantos libros, reunirlas bajo un objeto común que resulte fácil de ver, interesante de seguir, y que pueda servir de estimulante incluso a esta edad? Si pudiera inventarse una situación en que todas las necesidades naturales del hombre se muestren de modo sensible al espíritu de un niño y en que los medios de atender esas mismas necesidades se desarrollen sucesivamente con la misma facilidad, sería la pintura viva e ingenua de ese estado el primer ejercicio que habría que dar a su imaginación.

Filósofo ardiente, ya veo inflamarse la vuestra. No os rompáis la cabeza; esa situación ya está hallada, ya está descrita, y, sin pretender agraviaros, mucho mejor de lo que vos mismo la describiríais; al menos con mayor verdad y sencillez. Dado que los libros nos son absolutamente necesarios, existe uno que, para mi gusto, proporciona el tratado de educación natural más logrado. Ese libro será el primero que ha de leer mi Emilio; sólo él formará durante mucho tiempo toda su biblioteca, y siempre tendrá en ella un lugar distinguido. Será el texto al que todas nuestras conversaciones naturales no servirán sino de comentario. Servirá de prueba, durante nuestros progresos, al estado de nuestro juicio, y, mientras nuestro gusto no se eche a perder, su lectura siempre nos agradará.

---

* Para los griegos, Hermes, identificado con el dios egipcio Toth, era el inventor de la escritura. Rousseau alude a ambas divinidades en el *Discurso sobre las ciencias y las artes*, (*ed. cit.*, pág. 160, y nota 5, pág. 298). Pese al odio manifestado por Rousseau hacia los libros, pocos autores han leído tanto como él. Sobre su afición personal a ellos puede verse *Confessions*, (*O.C*, Pléiade, I, págs. 232-242), y el prólogo al *Narcisse*, (*O.C.*, II, pág. 967).

¿Cuál es ese maravilloso libro? ¿Es Aristóteles? ¿Es Plinio? ¿Es Buffon? No: es *Robinsón Crusoe.*

Robinsón Crusoe en su isla, solo, desprovisto de la asistencia de sus semejantes y de los instrumentos de todas las artes, proveyendo sin embargo a su subsistencia, a su conservación, y procurándose incluso una especie de bienestar: he ahí un tema interesante para cualquier edad y que hay mil medios de volver agradable a los niños. Así es como realizamos la isla desierta que al principio me servía de comparación. Convengo en que ese estado no es el del hombre social; verosímilmente no debe ser el de Emilio; pero precisamente por ese mismo estado debe apreciar todos los demás. El medio más seguro de alzarse por encima de los prejuicios y de ordenar los juicios de uno por las verdaderas relaciones de las cosas es ponerse en el lugar de un hombre aislado, y juzgar todo como ese mismo hombre debe juzgar con vistas a su utilidad propia.

Liberada de todo su fárrago*, esta novela, que comienza con el naufragio de Robinsón cerca de su isla, y termina con la llegada del bajel que viene a sacarle de ella, será al mismo tiempo la diversión y la instrucción de Emilio durante la época de que aquí tratamos. Quiero que pierda la cabeza, que se ocupe sin cesar de su castillo, de sus cabras, de sus siembras, que aprenda detalladamente, no en unos libros sino sobre las cosas, cuanto hay que saber en semejante caso; que piense que él mismo es Robinsón, que se vea vestido de pieles, con un gran gorro, un gran sable, todo el grotesco atavío de la figura**, menos el quitasol que no ha de necesitar. Quiero que se inquiete por las medidas a adoptar si esto o aquello llegara a faltarle, que examine la conducta de su héroe; que investigue si no omitió nada, si no había nada mejor que hacer; que señale atentamente sus errores, y que los aproveche para no incurrir él mismo en un caso semejante: porque no os quepa duda de que proyectará hacerse un habitáculo parecido; es el verdadero castillo en el aire de esa bienaventurada edad, cuando no se conoce otra dicha que lo necesario y la libertad.

---

* Con «fárrago», Rousseau alude a la parte de vida de Robinsón Crusoe que no pasa en la isla, es decir, antes del naufragio y después de su regreso a la civilización.

** El disfraz de Robinsón.

¡Qué recurso esta locura para un hombre hábil que no ha sabido hacerla nacer más que para aprovecharla! El niño, urgido a hacerse un almacén para su isla, pondrá más ardor en aprender que el maestro en enseñar. Querrá saber todo lo que es útil, y sólo eso; ya no tendréis necesidad de guiarle, sólo tendréis que contenerle. Por lo demás, démonos prisa a establecerlo en esa isla mientras limite a eso su felicidad, porque se acerca el día en que si todavía quiere vivir en ella, ya no querrá vivir solo, y en que *Viernes*, que ahora apenas le impresiona, no le bastará por mucho tiempo.

La práctica de las artes naturales, para las que puede bastar un solo hombre, lleva a la búsqueda de las artes de la industria, que precisan del concurso de varias manos. Las primeras pueden ser ejercitadas por solitarios, por salvajes; pero las otras sólo pueden nacer en la sociedad y la vuelven necesaria. Mientras sólo se conozca la necesidad física, cada hombre se basta a sí mismo; la introducción de lo superfluo vuelve indispensable el reparto y la distribución del trabajo; porque, aunque un hombre que trabaje solo no gane más que la subsistencia de un hombre, cien hombres trabajando de consuno ganarán suficiente para hacer subsistir a doscientos. Tan pronto como una parte de los hombres descanse, se precisa que el concurso de los brazos de quienes trabajan supla el trabajo de los que no hacen nada*.

Vuestro mayor cuidado debe ser apartar del espíritu de vuestro alumno toda noción de las relaciones sociales que no están a su alcance; pero cuando el encadenamiento de los conocimientos os fuerce a mostrarle la mutua dependencia de los hombres, en lugar de mostrársela por el lado moral, antes que nada volved toda su atención hacia la industria y las artes mecánicas, que vuelven útiles unos a otros. Al pasearlo de taller en taller, nunca permitáis que vea ningún trabajo sin ponerse él mismo manos a la obra, ni que salga de ellos sin saber perfectamente la razón de cuanto allí se hace o al menos de cuanto ha observado. Para eso, trabajad vos mismo, dadle en todas partes ejemplo; para volverlo maestro, sed en todas partes aprendiz, y tened en cuenta que una hora de trabajo le

* La misma idea está ya en el *Discurso sobre la desigualdad*, (*ed. cit.*, págs. 258 y 260).

enseñará más cosas de las que retrendría de un día de explicaciones.

Hay una estimación pública vinculada a las diferentes artes en razón inversa a su utilidad real. Tal estimación se mide directamente por su inutilidad misma y así debe ser. Las artes más útiles son las que menos ganan porque el número de obreros está en proporción a la necesidad de los hombres, y porque el trabajo necesario a todo el mundo ha de tener por fuerza un precio que pueda pagar el pobre. Por el contrario, esos importantes que no se llaman artesanos sino artistas, al trabajar únicamente para los ociosos y los ricos, ponen un precio arbitrario a sus fruslerías, y, como el mérito de estos vanos trabajos sólo está en la opinión, su precio mismo forma parte de ese mérito y se los estima en proporción a lo que cuestan. El caso que de ellos hace el rico no procede de su uso, sino de que el pobre no puede pagarlos. *Nolo habere bona nisi quibus populus inviderit*[8]*.

¿Qué llegarán a ser vuestros alumnos si les dejáis adoptar ese necio prejuicio, si vos mismo lo favorecéis, si os ven, por ejemplo, entrar con más miramientos en la tienda de un orfebre que en la de un cerrajero? ¿Qué idea se harán del verdadero mérito de las artes y del verdadero valor de las cosas cuando por todas partes vean el precio del capricho en contradicción con el precio derivado de la utilidad real, y que cuanto más cuesta una cosa menos vale? Desde el primer momento en que dejéis entrar esas ideas en su cabeza abandonad el resto de su educación; a pesar vuestro serán educados como todo el mundo; habéis perdido catorce años de cuidados.

Pensando en amueblar su isla Emilio tendrá otras maneras de ver. Robinsón habría hecho más caso de la tienda de un herrero que de todas las chulerías de Saide**. El primero le habría parecido un hombre muy respetable, y el otro un pequeño charlatán.

«Mi hijo está hecho para vivir en el mundo; no vivirá con

---

* «No quiero tener otros bienes que los que el pueblo pueda envidiar» (Petronio, *Satiricón*, 100).

** Saide podría ser la villa fenicia de Sidón, cuyas riquezas aparecen aludidas en la Biblia (*Isaías*, XXIII, 2; *Joel*, III, 4-5), pero el contexto indica que se trata de una persona que no ha podido ser identificada por los estudiosos.

personas sensatas sino con locos; por tanto es preciso que conozca sus locuras, puesto que quieren ser guiados por éstas. El conocimiento real de las cosas puede ser bueno, pero el de los hombres y sus juicios vale más aún; porque en la sociedad humana el mayor instrumento del hombre es el hombre, y el más sabio es quien mejor se sirve de ese instrumento. ¿Para qué dar a los niños la idea de un orden imaginario completamente contrario al que encontrarán establecido y por el que necesariamente habrán de regularse? Dadles primero lecciones para que sean sensatos, y luego se las daréis para que juzgen en qué son los locos los demás».

He ahí las especiosas máximas sobre las que trabaja la falsa prudencia de los padres para hacer a los hijos esclavos de los prejuicios con que los alimentan, y juguetes ellos mismos de la turba insensata que piensan convertir en instrumento de sus pasiones. Para llegar a conocer el hombre, ¡cuántas cosas hay que conocer antes que a él! ¡El hombre es el estudio último del sabio y vos pretendéis convertirlo en el primero de un niño! Antes de instruirlo en nuestros sentimientos, comenzad por enseñarle a apreciarlos; ¡con que conocer una locura es tomarla por la razón! Para ser sabio hay que discernir lo que no lo es. ¿Cómo conocerá vuestro hijo a los hombres si no sabe juzgar sus juicios ni discernir sus errores? Es un mal saber lo que piensan cuando se ignora si lo que piensan es verdadero o falso. Enseñadles, pues, primero, lo que son las cosas en sí mismas, y después les enseñaréis lo que son a nuestros ojos; así sabrá comparar la opinión con la verdad y elevarse por encima del vulgo; porque no se conocen los prejuicios cuando se adoptan, ni se conduce al pueblo cuando uno se le parece. Mas si empezáis por instruirlo sobre la opinión pública antes de enseñarle a apreciarla, estad seguros de que, sea lo que fuere lo que podáis hacer, esa opinión se volverá la suya y ya no la destruiréis. Concluyo que para hacer juicioso a un joven, hay que formar bien sus juicios en lugar de dictarle los nuestros.

Ya veis que hasta ahora no he hablado de los hombres a mi alumno, que habría tenido demasiado sentido común para entenderme; sus relaciones con la especie todavía no le resultan lo bastante sensibles para que pueda juzgar de los otros por él. No conoce más ser humano que él, e incluso está muy lejos de

conocerse; pero si hace pocos juicios sobre su persona, al menos sólo los hace justos. Ignora cuál es el lugar de los otros, pero comprende el suyo y a él se atiene. En vez de atarle con las leyes sociales que no puede conocer, lo hemos atado con las cadenas de la necesidad. Todavía casi no es más que un ser físico; continuemos tratándole como tal.

Es mediante su relación sensible con su utilidad, con su seguridad, con su conservación y con su bienestar, como debe apreciar todos los cuerpos de la naturaleza y todos los trabajos de los hombres. Así, el hierro debe ser a sus ojos de mucho mayor precio que el oro, y el vidrio que el diamante. Asímismo, honra mucho más a un zapatero, a un albañil que a un Lempereur*, que a un Le Blanc y a todos los joyeros de Europa; un pastelero es, sobre todo a sus ojos, un hombre importantísimo, y daría toda la academia de ciencias por el menor confitero de la calle de los Lombards. Los orfebres, los grabadores y los doradores no son en su opinión sino holgazanes que se entretienen en juegos perfectamente inútiles; no presta siquiera mucha atención a la relojería. El niño feliz goza del tiempo sin ser su esclavo; lo aprovecha y no conoce su precio. La calma de las pasiones que para él vuelve su sucesión siempre igual, le sirve de instrumento para medirlo llegado el caso[9]. Cuando le suponía un reloj, lo mismo que cuando le hacía llorar, yo me otorgaba como alumno un Emilio vulgar, por ser útil y para hacerme entender; porque, en cuanto al verdadero, un niño tan distinto de los otros no serviría de ejemplo a nada.

Hay un orden no menos natural y más juicioso todavía por el que se consideran las artes según las relaciones de necesidad que las vinculan, poniendo en primera fila las más independientes, y en la última las que dependen de un mayor número de otras. Tal orden, que proporciona importantes consideraciones sobre el de la sociedad general, es semejante al anterior y está sometido a la misma inversión en la estima de los hombres. De suerte que el empleo de las materias primas se

* Jean-Daniel Lempereur, orfebre joyero que sirvió a las grandes familias del reino, se estableció entre 1734 y 1775 en la Cour Neuve du Palais. Sébastien-Louis Leblanc, también joyero, abrió su establecimiento en el Quai des Orfevres hacia 1760.

hace en oficios sin honor, casi sin provecho, y que, cuanto más cambian de manos, más aumenta de precio la mano de obra y más honorable se vuelve. No examino si es cierto que la industria sea mayor y merezca más recompensa en las artes minuciosas que dan la forma última a estas materias, que en el primer trabajo que las convierte para uso de los hombres; lo que digo es que, en todo, el arte cuyo uso es más general y más indispensable es, de forma irrefutable, el que más estima merece, y que el que menos necesita de otras artes la merece por encima de las subordinadas, porque es más libre y está más cerca de la independencia. He ahí las verdaderas reglas de la apreciación de las artes y de la industria; todo lo demás es arbitrario y depende de la opinión.

La primera y más respetable de todas las artes es la agricultura: yo pondría la forja en el segundo rango, la carpintería de armazones en el tercero, y así sucesivamente. El niño que no haya sido seducido por los prejuicios vulgares pensará precisamente así. ¿Cuántas reflexiones importantes sobre el tema no sacará nuestro Emilio de su *Robinsón*? ¿Qué pensará al ver que las artes sólo se perfeccionan al subdividirse, al multiplicar hasta el infinito los instrumentos de unas y otras? Se dirá: todas estas gentes son estúpidamente ingeniosas. ¡Se creería que temen que sus brazos y sus dedos no les sirvan para nada, por la cantidad de instrumentos que inventan para prescindir de ellos! Por ejercitar un solo arte se han esclavizado a mil otros, cada obrero necesita una ciudad. En cuanto a mi compañero y a mí, ponemos nuestro genio en nuestra habilidad; nos hacemos herramientas que podemos llevar a todas partes con nosotros. Todas estas gentes tan orgullosas de sus talentos en París no sabrían hacer nada en nuestra isla y, llegado el caso, serían nuestros aprendices.

Lector, no os detengáis en ver aquí el ejercicio del cuerpo y la destreza de las manos de nuestro alumno; considerad, en cambio, la dirección que damos a sus curiosidades infantiles; considerad el sentido, el espíritu inventivo, la previsión, considerad qué cabeza vamos a formarle. En todo cuanto vea, en cuanto haga, querrá conocerlo todo, querrá saber la razón de todo; de instrumento en instrumento, siempre querrá remontarse hasta el primero; no admitirá nada por suposición; se negará a aprender lo que exija un conocimiento anterior que no posea;

si ve hacer un muelle, querrá saber cómo se ha sacado el acero de la mina; si ve unir las piezas de un arca, querrá saber cómo se ha cortado el árbol. Si trabaja él mismo, a cada herramienta que utilice no dejará de decirse: Si no tuviera esta herramienta, ¿cómo me las arreglaría para hacer una semejante o para prescindir de ella?

Por otra parte, un error difícil de evitar en las ocupaciones por las que se apasiona el maestro es suponer siempre el mismo gusto en el niño; cuando la diversión del trabajo os arrastre, tened cuidado no vaya a ser que, sin embargo, él se aburra sin atreverse a decirlo. El niño debe estar por entero en lo que hace; mas vos debéis estar por entero en el niño, observarlo, espiarlo sin descanso y sin que lo parezca, presentir todos sus sentimientos de antemano, y prevenir los que no debe tener; ocuparlo, por último, de modo que no sólo se sienta útil en lo que haga, sino que se complazca en ello a fuerza de comprender bien para qué sirve lo que hace.

La sociedad de las artes consiste en intercambios de industria, la del comercio en intercambios de cosas, la de los bancos en intercambios de signos y de dinero; todas estas ideas ya se poseen, y ya hemos captado las nociones elementales; hemos puesto los cimientos de todo eso desde la primera edad con la ayuda del hortelano Robert. Ahora sólo nos queda hacer generales esas mismas ideas y ampliarlas a más ejemplos para hacerle comprender el juego del tráfico considerado en sí mismo y hecho sensible por los detalles de historia natural que afectan a las producciones particulares de cada país, por los detalles de artes y ciencias que afectan a la navegación, y, finalmente, por la mayor o menor dificultad de transporte según la distancia de los lugares, según la situación de tierras, mares, ríos, etc.

Ninguna sociedad puede existir sin intercambio, ningún intercambio sin medida común, y ninguna medida común sin igualdad. Por eso, toda sociedad tiene por ley primera alguna igualdad convencional, bien en los hombres, bien en las cosas.

La igualdad convencional entre los hombres, muy distinta de la igualdad natural, vuelve necesario el derecho positivo, es decir el gobierno y las leyes. Los conocimientos políticos de un niño deben ser nítidos y limitados: no debe conocer del

gobierno, en general, sino lo que se refiere al derecho de propiedad, del que ya tiene alguna idea.

La igualdad convencional entre las cosas hizo inventar la moneda; porque la moneda no es más que un término de comparación para el valor de cosas de diferentes especies, y en ese sentido la moneda es el verdadero lazo de la sociedad; pero todo puede ser moneda; antiguamente era el ganado, unas conchas lo son aún en varios pueblos, el hierro fue moneda en Esparta, el cuero lo ha sido en Suecia, el oro y la plata lo son entre nosotros.

Por su facilidad para el transporte, se han escogido generalmente los metales como términos medios de todos los intercambios, y se ha convertido esos metales en moneda, para ahorrar la medida o el peso en cada intercambio; porque la marca de la moneda no es más que una atestación de que la pieza así marcada es de tal peso, y sólo el príncipe tiene derecho a acuñar moneda, dado que sólo él tiene derecho a exigir que su testimonio sea autoridad entre todo un pueblo.

El uso de esta invención así explicada se deja entender por el más necio. Resulta difícil comparar de inmediato cosas de naturaleza diferente, por ejemplo tela con trigo; pero cuando se ha encontrado una medida común, a saber, la moneda, le es fácil al fabricante y al labrador referir el valor de las cosas que quieren cambiar a esa medida común. Si tal cantidad de paño vale tal suma de dinero y tal cantidad de trigo vale también la misma suma de dinero, se sigue que el mercader que recibe ese trigo por su paño hace un intercambio equitativo. De este modo, por la moneda los bienes de especies diversas se vuelven conmensurables y pueden compararse.

No vayáis más adelante ni entréis tampoco en la explicación de los efectos morales de esa institución. En todo, importa exponer bien los usos antes de mostrar los abusos. Si pretendierais explicar a los niños cómo los signos hacen descuidar las cosas, cómo de la moneda han nacido todas las quimeras de la opinión, cómo los países ricos en dinero deben ser pobres en todo, trataríais a esos niños no sólo como a filósofos sino como a hombres sabios, y pretenderíais hacerles entender lo que pocos filósofos incluso han logrado comprender bien.

De este modo, ¡sobre qué abundancia de objetos interesantes no puede volverse la curiosidad de un alumno sin abandonar

nunca las relaciones reales y materiales que están a su alcance, ni permitir que se alce en su mente una sola idea que no pueda concebir! El arte del maestro no consiste en dejar que sus observaciones se acumulen sobre minucias sin importancia, sino en aportarle constantemente grandes relaciones que debe conocer un día para juzgar sobre el buen y el mal orden de la sociedad civil. Hay que saber adecuar las charlas con que se le entretiene con la forma que se ha dado a su espíritu. Tal cuestión, que ni siquiera podría rozar la atención de otro ha de atormentar a Emilio durante seis meses

Vamos a comer a una casa opulenta; encontramos los preparativos de un festín, mucha gente, muchos criados, muchos platos, un servicio elegante y fino. Todo este aparato de placer y de fiesta tiene algo de embriagador que se sube a la cabeza cuando no estamos acostumbrados. Presiento el efecto de todo esto sobre mi joven alumno. Mientras la comida se prolonga, mientras se suceden los platos, mientras alrededor de la mesa reinan mil conversaciones ruidosas, me acerco a su oído y le digo: ¿Por cuántas manos pensáis que ha pasado todo lo que veis sobre esta mesa antes de llegar aquí? ¡Qué multitud de ideas despierto en su cerebro con estas pocas palabras! Al instante todos los vapores del delirio se desvanecen. Piensa, reflexiona, calcula, se inquieta. Mientras los filósofos, animados por el vino, quizá por sus vecinas, dicen tonterías y se ponen como niños, ahí lo tenéis a él filosofando solo en su rincón; él me interroga, yo me niego a responder, remito la conversación a otro momento; él se impacienta, se olvida de comer y beber, arde por estar fuera de la mesa para hablar conmigo a gusto. ¡Qué tema para su curiosidad! ¡Qué texto para su instrucción! Con un juicio sano que nada ha podido corromper. ¿qué pensará del lujo cuando sepa que todas las regiones del mundo han sido puestas a contribución, que quizá veinte millones de manos han trabajado durante mucho tiempo, que tal vez haya costado la vida a millares de hombres, y todo para presentarle con pompa a mediodía lo que ha de deponer por la noche en su excusado?

Espiad con cuidado las conclusiones secretas que saca en su corazón de todas estas observaciones. Si lo habéis guiado menos bien de lo que supongo, puede verse tentado a orientar sus reflexiones en otro sentido, y a mirarse como un personaje

importante en el mundo, viendo concurrir tantos cuidados a la preparación de su comida. Si presentís este razonamiento, fácilmente podéis prevenirlo antes de que lo haga, o al menos borrar al punto su impresión. No sabiendo aún apropiarse de las cosas sino por un goce material, no puede juzgar de su conveniencia o inconveniencia con él más que por relaciones sensibles. La comparación de una comida sencilla y rústica preparada por el ejercicio, sazonada por el hambre, por la libertad, por la alegría, con su festín tan magnífico y tan sometido a etiqueta, bastará para hacerle sentir que, no habiéndole aportado todo el aparato del festín ningún provecho real, y saliendo su estómago igual de contento de la mesa del campesino que de la mesa del financiero, no había nada mejor en el uno que en el otro que pudiera llamar verdaderamente suyo.

Imaginemos lo que en semejante caso podrá decirle un preceptor. Recordad bien esas dos comidas, y decidid en vuestro interior cuál habéis hecho con mayor placer; ¿en cuál habéis observado mayor alegría? ¿En cuál se ha comido con mejor apetito, bebido con mayor euforia, reído de mejor gana? ¿Cuál ha durado más tiempo sin aburrimiento y sin que fuera preciso renovarla por otros servicios? Sin embargo, ved la diferencia: ese pan moreno que os parece tan bueno procede del trigo recogido por ese campesino; su vino tinto y espeso, pero refrescante y sano, es de la cosecha de su viña; la ropa procede de su cáñamo, hilado en invierno por su mujer, por sus hijas, por su criada; ninguna mano que no sea de su familia ha preparado la mesa; el molino más próximo y el mercado vecino son para él los límites del universo. ¿En qué habéis disfrutado realmente de cuanto dieron de superfluo la tierra lejana y la mano de los hombres en la otra mesa? Si todo eso no os permite hacer una comida mejor, ¿qué ganasteis con esa abundancia? ¿Qué había allí que estuviera hecho para vos? Si hubierais sido el dueño de la casa, podrá añadir, todo eso os hubiera resultado más extraño aún; porque el cuidado de mostrar a las miradas de los demás vuestro disfrute hubiera acabado por quitároslo: vos habríais tenido el trabajo y ellos el placer.

Este discurso puede ser muy bello, pero nada vale para Emilio, cuyo alcance él rebasa, y a quien nadie dicta sus

reflexiones. Habladle, pues, con mayor sencillez. Después de estas dos pruebas, decidle una mañana: ¿dónde comeremos hoy? ¿Alrededor de esa montaña de plata que cubre tres cuartas partes de la mesa, y de esos parterres de flores de papel que sirven a los postres sobre espejos? ¿Entre esas mujeres de gran miriñaque que os tratan como a una marioneta, y quieren que hayáis dicho lo que no sabéis? ¿O en esa aldea a dos leguas de aquí, en casa de esas buenas gentes que nos reciben con tanta alegría y nos dan tan buena nata? La elección de Emilio no es dudosa; porque no es ni charlatán ni vano; no puede soportar la incomodidad y todas nuestras finas salsas no le agradan; pero siempre está dispuesto a correr por el campo, y gusta sobremanera de las buenas frutas, las buenas hortalizas, la buena crema y las buenas gentes[10]. De camino, la reflexión viene por sí sola. Veo que esa multitud de hombres que trabajan para estas grandes comilonas gastan en balde muchos de sus esfuerzos, o que apenas piensan en nuestros placeres.

Mis ejemplos, buenos quizá para algún individuo, serán malos para otros mil. Si se capta su espíritu, podrán variarse en cada caso, la elección depende del estudio del genio propio de cada uno, y ese estudio de las ocasiones que se les ofrece para mostrarse. No se piense que en el espacio de tres o cuatro años que hemos de cubrir aquí, podamos dar siquiera al niño nacido con la mejor de las fortunas una idea de todas las artes y de todas las ciencias naturales, suficiente para que las aprenda en un día por sí solo; pero haciendo pasar así por delante suyo todos los temas que le importa conocer, le ponemos en situación de desarrollar su gusto, su talento, de dar los primeros pasos hacia el objeto a que le encamina su genio, y de indicarnos la ruta que hay que abrirle para secundar a la naturaleza.

Otra ventaja de este encadenamiento de conocimientos limitados, pero justos, es mostrárselos en sus vinculaciones, en sus relaciones, poner todos en su verdadero sitio en su estimación, y prevenir en él los prejuicios que la mayoría de los hombres sienten por los talentos que cultivan, frente a aquellos que han descuidado. Quien ve con claridad el orden de todo, ve el lugar en que cada parte debe estar; quien ve bien una parte, y quien la conoce a fondo, puede ser un hombre sabio;

el otro hombre es juicioso y, como recordaréis, lo que nos proponemos adquirir no es tanto la ciencia como el juicio.

Sea como fuere, mi método es independiente de mis ejemplos; está fundado en la medida de las facultades del hombre en sus distintas edades, y en la elección de las ocupaciones que convienen a esas facultades. Creo que sería fácil encontrar otro método con el que parecería hacerse mejor; pero si fuera menos adecuado a la especie, a la edad y al sexo, dudo que tenga el mismo éxito.

Al iniciar este segundo periodo, hemos aprovechado la superabundancia de nuestras fuerzas sobre nuestras necesidades para salir fuera de nosotros: nos hemos lanzado a los cielos; hemos medido la tierra; hemos recorrido la isla entera; ahora volvamos a nosotros; nos acercamos insensiblemente a nuestro habitáculo. ¡Muy contentos, al entrar de nuevo en él, de no hallar todavía encastillado al enemigo que nos amenaza y que se apresta a tomarlo!

¿Qué nos queda por hacer después de haber observado cuanto nos rodea? Convertir a uso nuestro cuanto podamos apropiarnos, y sacar partido de nuestra curiosidad en provecho de nuestro bienestar. Hasta ahora hemos hecho provisión de instrumentos de todo tipo, sin saber de cuáles habríamos menester. Quizás inútiles para nosotros, los nuestros puedan servir a otros; y quizás, a la recíproca, tengamos nosotros necesidad de los suyos. Así hallaríamos ventajas en estos intercambios; pero para hacerlos hemos de conocer nuestras necesidades mutuas, cada cual ha de saber lo que los demás tienen para uso suyo, y lo que puede ofrecerles a cambio. Supongamos diez hombres, cada uno de los cuales tiene diez clases de necesidades. Es menester que cada uno se aplique, para lo indispensable, a diez clases de trabajo; pero, dada la diferencia de genio y de talento, al uno le saldrá menos bien alguno de estos trabajos, al otro, otro. Todos ellos, aptos para diversas cosas, harán las mismas y estarán mal servidos. Formemos una sociedad con esos diez hombres, y que cada uno se aplique, para él solo y para los otros nueve, al género de ocupación que mejor le vaya; cada uno aprovechará los talentos de los otros como si él solo los tuviera todos; cada uno perfeccionará el suyo mediante un ejercicio continuo y como resultado a los diez, perfectamente provistos, les sobrará para

los demás. He ahí el principio aparente de todas nuestras instituciones. Examinar aquí sus consecuencias no es mi propósito; ya lo hice en otro escrito*.

Partiendo de este principio, un hombre que quiera considerarse como un ser aislado, sin conexión ninguna con nada y bastándose a sí mismo, no podría ser sino miserable. Le sería imposible subsistir; porque al encontrar la tierra entera cubierta de lo tuyo y de lo mío, y sin nada propio salvo su cuerpo, ¿de dónde sacaría lo indispensable? Saliendo del estado de naturaleza, forzamos a nuestros semejantes a salir también; nadie puede permanecer en él a pesar de los demás, y sería realmente salir querer quedarse en la imposibilidad de vivir en él. Porque la primera ley de la naturaleza es el cuidado de conservarse.

Así van formándose poco a poco en el espíritu de un niño las ideas de las relaciones sociales, incluso antes de que realmente pueda ser miembro activo de la sociedad. Emilio ve que, para tener instrumentos para uso propio, los necesita también para uso de los demás; con ellos podrá obtener, en intercambio, las cosas que le son necesarias, y que poseen los otros. No me cuesta mucho hacerle comprender la necesidad de esos intercambios, ni que debe hallarse en condición de aprovecharlos.

Monseñor, tengo que vivir, decía un desventurado autor satírico al ministro que le reprochaba la infamia de ese oficio. *No veo la necesidad*, le replicaba friamente el poderoso**. Esta respuesta, excelente para un ministro, hubiera sido bárbara y falsa en cualquier otra boca. Todo hombre tiene que vivir. Tal argumento al que cada cual presta mayor o menor fuerza, en proporción a la mayor o menor humanidad que tenga, me parece irrefutable para quien lo hace, referido a sí mismo. Puesto que de todas las aversiones que nos da la naturaleza, la

---

* Una nota en el ejemplar C. completa la alusión: «*Disc*[*urso*] sobre la desigual[dad]. Véase *ed. cit.*, págs. 260-261, donde, apoyándose en Platón (*República*, II, 369 y ss), comienza por constituir un Estado de cuatro o cinco miembros.

** «Fue el abate Guyot-Desfontaines quien dio esta respuesta al señor conde de Argenson, más tarde secretario de estado de la guerra (1769). A lo que el conde de Argenson replicó: 'No veo la necesidad'». Voltaire, que salvó de galeras al abate Guyot (1685-1745) y que fue pagado por él con la ingratitud, escribe esas líneas en una nota de la edición de Kehl al «Discours preliminaire» de *Alzire ou les Américains* (1736).

más fuerte es la de morir, se sigue que todo está permitido por ella a quien no tenga ningún otro medio posible para vivir. Los principios por los que el hombre virtuoso aprende a despreciar su vida y a inmolarla a su deber están muy lejos de esa sencillez primitiva. ¡Dichosos los pueblos en que se puede ser bueno sin esfuerzo y justo sin virtud! Si hay en el mundo un Estado miserable en el que nadie pueda vivir sin obrar mal, y en el que los ciudadanos sean bribones por necesidad, no será al malhechor a quien haya que colgar, sino a quien le fuerza a serlo.

Tan pronto como Emilio sepa lo que es la vida, mi primer cuidado será enseñarle a conservarla. Hasta ahora no he distinguido la condición, los rangos, las fortunas, y apenas los distinguiré de ahora en adelante, porque el hombre es el mismo en toda condición; porque el rico no tiene el estómago mayor que el pobre, ni digiere mejor que él; porque el amo no tiene los brazos más largos ni más fuertes que su esclavo; porque un hombre no es más grande que un hombre del pueblo; y porque, en fin, siendo idénticas en todas partes las necesidades naturales, los medios de atenderlas deben ser en todas partes iguales. Adecuad la educación del hombre al hombre, y no a quien no lo es. ¿No veis que al trabajar por formarle exclusivamente para un estado lo volvéis inútil para cualquier otro, y que si a la fortuna le place no habréis trabajado sino para hacerlo desgraciado? ¿Qué hay más ridículo que un gran señor, vuelto pordiosero, que lleva en su miseria los prejuicios de su nacimiento? ¿Qué hay más vil que un rico empobrecido que, recordando el desprecio que se debe a la pobreza, se siente convertido en el último de los hombres? El uno tiene por todo recurso el oficio de bribón público, el otro el de criado rastrero, con esta hermosa frase: *Tengo que vivir.*

Confiáis en el orden actual de la sociedad sin pensar que ese orden está sujeto a revoluciones inevitables, y que os es imposible prever ni prevenir la que puede afectar a vuestros hijos. El grande se vuelve pequeño, el rico pobre, el monarca súbdito: los golpes del destino ¿son tan raros que podáis contar con quedar exentos de ellos? Nos acercamos al estado de crisis y al siglo de las revoluciones[11]*. ¿Quién puede respon-

* Suele citarse este pasaje como profecía de la Revolución que tendrá lugar 25 años más tarde. Rousseau está convencido de que se acerca el final

dernos de lo que será entonces de vosotros? Todo cuanto han hecho los hombres, los hombres pueden destruirlo: no hay más caracteres indelebles que los que imprime la naturaleza, y la naturaleza no hace ni príncipes, ni ricos, ni grandes señores. ¿Qué hará, pues, en la bajeza, ese sátrapa al que sólo habéis educado para la grandeza? ¿Qué hará, en la pobreza, ese publicano* que sólo sabe vivir de oro? ¿Que hará, desprovisto de todo, ese fastuoso imbécil que no sabe usar de sí mismo, y no pone su ser sino en lo que es extraño a él? ¡Dichoso aquel que sabe abandonar entonces el estado que le abandona, y seguir siendo hombre a pesar del destino! ¡Que alaben cuanto quieran a ese rey vencido, que quiere enterrarse lleno de cólera bajo los despojos de su trono; yo lo desprecio; veo que sólo existe por su corona, y que no es nada de nada si no es rey; mas quien la pierde y prescinde de ella está entonces por encima de ella. Del rango de rey, que un cobarde, un malvado, un loco pueden cumplir igual que cualquier otro, asciende al estado de hombre, que tan pocos hombres saben cumplir. Entonces triunfa de la fortuna, se enfrenta a ella, no debe nada sino así mismo; y cuando no le quede nada que mostrar sino él, no es un hombre nulo; es alguien. Sí, prefiero cien veces al rey de Siracusa, maestro de escuela de Corinto, y al rey de Macedonia, escribano en Roma, que a un desdichado Tarquino que no sabe qué ha de ser de él si no reina; o que al heredero y al hijo de un rey de Reyes[12]**, juguete de quien ose insultar su miseria, errando de corte en corte, buscando en todas partes ayudas, y encontrando en todas afrentas, por no saber hacer otra cosa que un oficio que ya no está en sus manos***.

El hombre y el ciudadano, quienquiera que sea, no tiene

---

porque «todo estado que brilla está en su declive»; también había descrito el advenimiento de ese final y sus causas en el *Discurso sobre la desigualdad* (*ed. cit.*, pág. 284).

* Con *publicano* Rousseau designa no al cobrador de impuestos, sino al financiero.

** El Tirano de Siracusa, Dionisio el joven (siglo IV), terminó sus días como maestro en Corinto. Alejandro, hijo de Perseo de Macedonia, derrotado por los romanos en Pidna en el año 168, acabó como escribano en Alba. Tarquino el Soberbio, último rey de los romanos, trató de reconquistar su trono siendo derrotado en la batalla del Lago Regilo, y muriendo en Cumas en 494.

*** Por último se alude a Vonones I°, rey de los partos, hijo de Fraates IV, que murió en Roma en el año 19.

otro bien que aportar a la sociedad que él mismo, todos sus demás bienes están en ella a pesar suyo; y cuando un hombre es rico, o no goza de su riqueza o también la disfruta el público. En el primer caso, roba a los demás aquello de que se priva; y en el segundo, no les da nada. Así su deuda social subsiste íntegra, mientras no pague con sus bienes. Pero mi padre, al ganarla, ha servido a la sociedad... De acuerdo; él pagó su deuda, pero no la vuestra. Debéis más a los otros que si hubierais nacido sin hacienda, puesto que habéis nacido favorecido. No es justo que lo que un hombre ha hecho por la sociedad exima a otro de lo que éste le debe: porque, debiéndose cada uno todo entero, sólo puede pagar por él, y ningún padre puede transmitir a su hijo el derecho a ser inútil para sus semejantes; y eso es, sin embargo, lo que hace, según vos, al transmitirle sus riquezas, que son la prueba y el precio del trabajo. Quien come en la ociosidad lo que no ha ganado por sí mismo, le roba; y un rentista al que el Estado paga por no hacer nada, apenas se diferencia, a mis ojos, de un bandido que vive a expensas de los viajeros. Fuera de la sociedad, el hombre aislado que no debe nada a nadie tiene derecho a vivir como le plazca; pero dentro de la sociedad, donde necesariamente vive a expensas de los demás, les debe en trabajo el precio de su mantenimiento; y esto sin excepción. Trabajar es, pues, indispensable para el hombre social. Rico o pobre, poderoso o débil, todo ciudadano ocioso es un bribón.

Y de todas las ocupaciones que pueden proporcionar al hombre la subsistencia, la que más lo acerca al estado de naturaleza es el trabajo de las manos: de todas las condiciones, la más independiente de la fortuna y de los hombres es la del artesano. El artesano sólo depende de su trabajo; es tan libre como esclavo es el labrador: porque éste depende de su campo, cuya cosecha está a discreción de otros. El enemigo, el príncipe, un vecino poderoso, un proceso pueden quitarle ese campo; por ese campo se le puede vejar de mil maneras; pero en cualquier parte en que se quiera vejar al artesano, poco tarda su equipaje en hacerse; coge sus brazos y se va. No obstante, la agricultura es el primer oficio del hombre; es el más honesto, el más útil, y, por consiguiente, el más noble que puede ejercerse. No le digo a Emilio: aprende agricultura. La sabe. Todos los trabajos rústicos le son familiares; por ellos

comenzó y a ellos vuelve sin cesar. Así pues le digo: cultiva la heredad de tus padres. Pero, ¿qué hacer si pierdes esa herencia, o si no la tienes? Aprende un oficio*.

¡Un oficio para mi hijo! ¿Artesano mi hijo? Pero, ¿qué os pensáis, señor? Pienso mejor que vos, señora, que queréis reducirlo a no poder ser nunca otra cosa que lord, marqués o príncipe, y tal vez un día menos que nada: yo quiero darle un rango que no pueda perder, un rango que le honre en todo tiempo; quiero elevarlo al estado de hombre; y digáis lo que digáis, tendrá menos iguales con ese título que con todos esos que recibirá de vos.

La letra mata, el espíritu vivifica. Se trata menos de aprender un oficio para saber un oficio que para vencer los prejuicios que lo menosprecian. ¿Que jamás os veréis obligado a trabajar para vivir? ¡Pues peor, tanto peor para vos! Pero no importa; no trabajéis por necesidad, trabajad por gloria. Rebajaos al estado de artesano para estar por encima del vuestro. Para someter a vos la fortuna y las cosas, empezad por haceros independiente de ellas. Para reinar por la opinión, empezad por reinar sobre ella.

Recordad que no es un talento lo que os pido; es un oficio, un auténtico oficio, un arte puramente mecánico, en que las manos trabajan más que la cabeza, y que no lleva a la fortuna, pero con el que se puede prescindir de ella. En casas que no corren ningún peligro de que les falte el pan, he visto a padres llevar la previsión hasta el punto de unir al cuidado de instruir a sus hijos el de dotarles de conocimientos de los que, a todo evento, pudieran sacar provecho para vivir. Estos previsores padres creen hacer mucho; no hacen nada, porque los recursos que creen proporcionar a sus hijos dependen de esa misma fortuna sobre la que quieren ponerlos. De suerte que con todos esos hermosos talentos, si quien los tiene no se encuentra en circunstancias favorables para usarlos, perecerá de miseria como si no tuviera ninguno.

Desde el momento en que se trata de maniobras e intrigas, tanto da emplearlas para mantenerse en la abundancia como para recuperar, desde el seno de la miseria, algo con lo que

---

* «Un gentilhombre debería aprender su oficio, quiero decir un oficio en el que haya que obrar con las manos» (Locke, *De la educación de los niños*, § 208).

remontarse a su primer estado. Si cultiváis artes cuyo éxito depende de la reputación del artista; si os volvéis aptos para empleos que sólo se obtienen por el favor, ¿de qué os serviría todo eso cuando, justamente asqueado del mundo, desdeñéis los medios sin los que no se puede triunfar en él? Habéis estudiado la política y los intereses de los príncipes: está muy bien, pero, ¿qué haréis de esos conocimientos si no podéis llegar a los ministros, a las mujeres de la corte, a los jefes de gabinete, si no tenéis el secreto de agradarles, si ninguno encuentra en vos el bribón que les conviene? Sois arquitecto o pintor; de acuerdo, pero hay que dar a conocer vuestro talento. ¿Pensáis en ir de buenas a primeras a exponer una obra en el Salón? ¡Quién pudiera hacerlo así! Hay que ser de la Academia; hay que estar, incluso, protegido para obtener en el rincón de la pared algún lugar oscuro. Dejad la regla y el pincel, tomad un fiacre y corred de puerta en puerta; así es como se adquiere la celebridad. Y debéis saber que todas esas ilustres puertas tienen suizos* o porteros que sólo entienden por gestos, y cuyos oídos están en sus manos. ¿Queréis enseñar lo que habéis aprendido y volveros maestro de geografía, o de matemáticas, o de lengua, o de música, o de dibujo? Incluso para eso hay que encontrar alumnos, y, por consiguiente, gentes que os alaben. Tened en cuenta que importa más ser charlatán que hábil, y que, si no sabéis más oficio que el vuestro, nunca seréis otra cosa que un ignorante.

¿Veis, pues, cuán poco sólidos son todos esos brillantes recursos, y cuán necesarios os son otros para sacar partido de éstos? Además, ¿qué será de vos en ese cobarde rebajamiento? Los reveses, sin instruiros, os envilecen; más juguete que nunca de la opinión pública, ¿cómo os elevaréis por encima de los prejuicios, árbitros de vuestro destino? ¿Cómo despreciaréis la bajeza y los vicios que necesitáis para subsistir? No dependíais más que de las riquezas, y ahora dependéis de los ricos; no habéis hecho sino empeorar vuestra esclavitud y sobrecargarla con vuestra miseria. Heos ahí pobre sin ser libre; es el peor estado en que el hombre puede caer.

Mas, en lugar de recurrir, para vivir, a esos altos conoci-

* En esa época, según la reputación que los suizos tenían en Francia, éstos carecían de valor y de ánimo y se empleaban en funciones subalternas.

mientos que están hechos para nutrir el alma y no el cuerpo, si llegada la necesidad recurrís a vuestras manos y al uso que de ellas sabéis hacer, todas las dificultades desaparecen, todas las maniobras se vuelven inútiles; el recurso está siempre dispuesto para el momento de usarlo; la probidad y el honor ya no son obstáculos para la vida; ya no necesitáis ser cobarde y mentiroso ante los grandes, dócil y rastrero ante los bribones, vil contentador de todo el mundo, deudor o ladrón, cosa que es casi lo mismo cuando no se tiene nada: la opinión de los demás no os afecta; no tenéis que hacer la corte a nadie, ningún tonto que halagar, ningún suizo que doblegar, ninguna cortesana que pagar y, lo que es peor, que incensar. Que unos pillos gestionan los grandes negocios, poco os importa, no os impedirá ser honrado y tener pan en vuestra vida oscura. Entráis en el primer taller del oficio que habéis aprendido: Maestro, necesito trabajo; compañero, poneos ahí, trabajad. Antes de que llegue la hora de comer, os habéis ganado vuestra comida; si sois diligente y sobrio, antes de que pasen ocho días tendréis para vivir otros ocho días. Habréis vivido libre, sano, sincero, laborioso y justo: no perder el tiempo es ganarlo de esta forma.

Quiero absolutamente que Emilio aprenda un oficio. ¡Un oficio honroso al menos, diréis! ¿Qué significa esa palabra? ¿No es honroso todo oficio útil al público? No quiero que sea bordador, ni dorador, ni barnizador como el gentilhombre de Locke; no quiero que sea ni músico, ni comediante, ni hacedor de libros*. Menos estas profesiones y las que se les parecen, que coja la que quiera; no pretenderé prohibirle nada. Prefiero que sea zapatero a poeta; prefiero que pavimente los caminos reales a que haga flores de porcelana. Pero, diréis, los arqueros, los espías, los verdugos son personas útiles. Sólo del gobierno depende que no lo sean; pero, admitámoslo; estaba equivocado: no basta escoger un oficio útil, todavía es preciso que no exija

---

* «Vos lo sois, se me dirá. Lo soy para desgracia mía, lo confieso; y mis errores que pienso haber expiado bastante no son para los demás motivos para acometer otros semejantes. No escribo para excusar mis faltas, sino para impedir a mis lectores imitarlas» (Nota del ejemplar C.). La queja de Rousseau contra su actividad literaria, que sería, según él, el origen de sus desgracias, aumenta con el paso de los años; en el inicio del libro VIII de las *Confessions* (*O.C.*, Pléiade, I, pág. 349), repite esa convicción.

de las gentes que lo ejercen cualidades de alma odiosas e incompatibles con la humanidad. De este modo, volviendo a la primera frase, tomemos un oficio honroso; pero recordemos siempre que no hay honradez sin utilidad.

Un célebre autor de este siglo, cuyos libros están llenos de grandes proyectos y de pequeñas miras, había hecho voto, como todos los sacerdotes de su comunión, de no tener mujer en propiedad; pero, más escrupuloso que los demás sobre el adulterio, se dice que decidió tener hermosas sirvientas, con las que reparaba como mejor podía el ultraje que había hecho a su especie con ese temerario compromiso. Consideraba como un deber del ciudadano dar otros a la patria y con el tributo que le pagaba en esa especie poblaba la clase de los artesanos*. Tan pronto como esos niños alcanzaban la edad, a todos les hacía aprender un oficio de su gusto, excluyendo sólo las profesiones odiosas, fútiles o sujetas a la moda, como por ejemplo la de peluquero**, que nunca es necesaria y que puede resultar inútil de un día para otro mientras la naturaleza no se niegue a darnos pelo.

Ese es el espíritu que debe guiarnos en la elección del oficio de Emilio; o, mejor dicho, no nos corresponde a nosotros esa elección, sino a él; porque conservando en él las máximas de que está imbuido el desprecio natural por las cosas inútiles,

* El abate Charles-Irénée Castel de Saint-Pierre (1658-1743), limosnero de la duquesa de Orleans, se inició en política siguiendo al cardenal de Polignac al congreso de Utrecht en 1712. Propuso al gobierno varios proyectos de reforma como el *Projet de paix perpétuelle*, en tres volúmenes, abogando por una organización política de Europa, y un *Discours sur la polysynodie*, en el que discutía a Luis XIV el título de Grande, por lo que fue excluido de la Academia francesa. Amigo de Madame Dupin, conoció en casa de ésta a Rousseau un año antes de su muerte, en 1742 (*Confessions, O.C.*, I, pág. 407-409). Con esta anécdota, Rousseau critica el celibato eclesiástico, tema que tratará más adelante, en el "Vicario Saboyano". Castel de Saint-Pierre había escrito además unas *Observations politiques sur le celibat des prêtres*, cuyas conclusiones resume el artículo *Celibat* de la *Encyclopédie*; para Castel de Saint-Pierre, el celibato «no puede ser contrario a la propagación de la especie sin ser nocivo para la sociedad», porque empobrece en súbditos al estado y corrompe a la sociedad, dado que el matrimonio es regla sacada de la naturaleza.

** Exactamente, el que hace pelucas; la moda de la peluca se había impuesto hacía un siglo en Francia con furia descabellada. Rousseau, que usaba una reonda, la más sencilla que había, llega a atribuir —sin base real— ese oficio a Wintzenried, que le había substituido en el corazón de Madame de Warens (*Confessions, O.C.*, I, pág. 261).

jamás querrá gastar su tiempo en trabajos de ningún valor, y no reconocerá a las cosas otro valor que el de su utilidad real; necesita un oficio que pueda servir a Robinsón en su isla.

Pasando revista delante de un niño a las producciones de la naturaleza y del arte; excitando su curiosidad, siguiéndole allí donde le lleva, tenemos la ventaja de estudiar sus gustos, sus inclinaciones, sus tendencias, y de ver brillar la primera chispa de su genio, si tiene alguno que esté bien determinado. Pero un error común, y del que habéis de preservaros, es atribuir al ardor del talento el efecto de la ocasión, y tomar por una inclinación marcada hacia tal o cual arte el espíritu imitativo común al hombre y al mono, y que impulsa maquinalmente a uno y otro a querer hacer cuanto ve hacer, sin saber demasiado bien para qué sirve. El mundo está lleno de artesanos, y sobre todo de artistas, que no tienen el talento natural del arte que ejercen, y al que se les ha empujado desde su edad más temprana, ya sea determinados por otras conveniencias, ya sea engañados por un celo aparente que los hubiera llevado igual hacia cualquier otro arte si lo hubieran visto practicar antes. Hay quien oye un tambor y se cree general; y quien ve construir y quiere ser arquitecto. Cada cual se ve tentado por el oficio que ve hacer, cuando lo cree estimado.

Conocí a un lacayo al que, viendo pintar y dibujar a su amo, se le metió en la cabeza ser pintor y dibujante. Desde el instante en que hubo tomado esa resolución, cogió el lápiz, que ya no abandonó sino para coger el pincel, que no dejará en su vida. Sin lecciones ni reglas, se puso a dibujar todo lo que caía ante su vista. Pasó tres años enteros pegado a sus garabatos, sin que nada pudiera nunca arrancarle de ellos a no ser su servicio, y sin desalentarse jamás por el escaso progreso que mediocres disposiciones le permitían hacer. Durante seis meses de un verano calurosísimo le vi en una pequeña antecámara que daba al mediodía, donde uno se ahogaba al pasar, sentado, o mejor dicho clavado todo el día en su silla delante de un globo, dibujar ese globo, volverlo a dibujar, comenzar y recomenzar constantemente con una obstinación invencible, hasta que hubo copiado el altorrelieve lo bastante bien para estar contento con su trabajo. Finalmente, favorecido por su amo y guiado por un artista, consiguió dejar la librea y vivir

de su pincel. La perseverancia suple al talento hasta cierto punto; alcanzado ese término no lo sobrepasará jamás. La constancia y la emulación de este honesto muchacho son loables. Siempre se hará estimar por su constancia, por su fidelidad, por sus costumbres; pero nunca pintará otra cosa que dinteles. ¿Quién no hubiera sido engañado por su celo y no le habría tomado por un verdadero talento? Hay mucha diferencia entre complacerse en un trabajo y ser apto para él. Se necesitan observaciones más sutiles de lo que se piensa para estar seguro del verdadero genio y del verdadero gusto de un niño, que muestra mucho más sus deseos que sus disposiciones, y al que siempre se juzga por los primeros, por falta de saber estudiar las segundas. Querría que un hombre juicioso nos diese un tratado sobre el arte de observar a los niños. Sería muy importante conocer ese arte: los padres y los maestros no tienen aún sus elementos*.

Pero quizá demos aquí demasiada importancia a la elección de un oficio. Puesto que sólo se trata de un trabajo de las manos, tal elección no supone nada para Emilio, y tenemos hecho más de la mitad de su aprendizaje con los ejercicios en que lo hemos ocupado hasta ahora. ¿Qué queréis que haga? Está dispuesto a todo: ya sabe manejar la laya y la azada; sabe servirse del torno, del martillo, de la garlopa, de la lima; ya le son familiares las herramientas de todos los oficios. Sólo se trata de adquirir de alguna de esas herramientas un uso lo bastante rápido y lo bastante fácil para igualar en diligencia a los buenos obreros que de ellas se sirven, y en este punto tiene una gran ventaja sobre todos los demás: la de tener el cuerpo ágil y los miembros flexibles para adoptar sin trabajo toda suerte de actitudes y prolongar sin esfuerzo toda clase de movimientos. Además tiene los órganos precisos y bien ejercitados; y toda la mecánica de las artes le es conocida. Para saber trabajar como un maestro sólo le falta el hábito, y el hábito sólo se consigue con el tiempo. ¿A cuál de los oficios cuya elección aún hemos de hacer dedicará pues el tiempo

* Esta misma anécdota, pero adjudicada no a un lacayo sino a un jardinero, aparece en *La Nouvelle Héloïse* (*O.C.*, II, libro V, 2, pág. 537), al hablar sobre la dificultad de discernir los talentos.

suficiente para volverse diligente en él? Únicamente se trata de eso.

Dad al hombre un oficio que convenga a su sexo, y al joven un oficio que convenga a su edad, una profesión sedentaria y casera que afemine y ablande el cuerpo no le agrada ni le conviene. Jamás aspirará un joven por sí mismo a ser sastre; se necesita mañana para llevar este oficio de mujeres al sexo para el que no está hecho[13]. Las mismas manos no podrían manejar la aguja y la espada. Si yo fuera soberano, sólo permitiría la costura y los oficios de la aguja a las mujeres, y a los cojos, reducidos a ocuparse como ellas. Suponiendo necesarios los eunucos, me parece una locura de los orientales hacerlos expresamente. ¿Por qué no contentarse con los que ha hecho la naturaleza, con esa multitud de hombres cobardes cuyo ánimo ha mutilado? Habría de sobra para las necesidades. Todo hombre débil, delicado y temeroso es condenado por ella a la vida sedentaria; está hecho para vivir con las mujeres o a su manera. Que ejerza cualquiera de los oficios que le son propios, enhorabuena; y si se necesitan absolutamente auténticos eunucos, que se reduzca a tal estado a los hombres que deshonran su sexo adoptándo empleos que no le convienen. Su elección anuncia el error de la naturaleza: corregid ese error de una forma o de otra, y habréis obrado el bien*.

Prohíbo a mi alumno los oficios malsanos, pero no los oficios penosos, ni siquiera los oficios peligrosos. Ejercitan a un tiempo la fuerza y el valor, sólo son propios de hombres, las mujeres no los pretenden; ¿cómo entonces no sienten ellos vergüenza de invadir los que ellas hacen?

Luctantur paucae, comedunt colliphia paucae.
Vos lanam trahitis, calathisque peracta refertis
Vellera...[14]**.

---

* Contra los eunucos, y en particular contra los castrados italianos a los que así se preparaba para el canto, Rousseau reacciona en el artículo *Castrato* de su *Dictionnaire de musique*, y en la nota IX del *Discurso sobre la desigualdad*, (*ed. cit.*, págs. 311-313), que también habla de los oficios malsanos y peligrosos.

** Juvenal, Sátira II, versos 53-55: «Pocas mujeres luchan, pocas conocen el pan de los atletas. Vosotras hiláis la lana, y terminando el trabajo lo lleváis en cestillos»...

En Italia no se ven mujeres en las tiendas, y no puede imaginarse nada más triste que la vista de las calles de ese país para quien está acostumbrado a las de Francia e Inglaterra. Viendo a los mercaderes de modas vender a las señoras cintas, pompones, redecillas, felpilla, esos delicados adornos me parecían muy ridículos en unas manos bastas, hechas para soplar la forja y golpear sobre el yunque. Me decía: en represalia, en este país las mujeres deberían montar tiendas de bruñidores y de armeros. ¡Vamos, que cada cual haga y venda las armas de su sexo! Para conocerlas hay que emplearlas.

Joven, imprime a tus trabajos la mano del hombre. Aprende a manejar con brazo vigoroso el hacha y la sierra, a escuadrar una viga, a subir sobre el armazón de un tejado, a poner el techo, a fijarlo con jabalcones y tirantes; luego grita a tu hermana que venga a ayudarte en tu obra como ella te decía que trabajaras en su punto cruz.

Noto que digo demasiado para mis agradables contemporáneos. Pero a veces me dejo arrastrar por la fuerza de las consecuencias. Si algún hombre, sea quien fuere, tiene vergüenza de trabajar en público armado de una azuela y ceñido con un delantal de piel, no veo en él más que un esclavo de la opinión, presto a ponerse colorado por obrar bien tan pronto como se rían de él las honradas gentes. Y no obstante, cedemos al prejuicio de los padres todo lo que puede perjudicar el juicio de los niños. No es necesario ejercer todas las profesiones útiles para honrarlas todas; basta con no estimar ninguna por debajo de uno mismo. Cuando se puede elegir y nada fuera de nosotros nos decide, ¿por qué no consultar el agrado, la inclinación, la conveniencia entre profesionales de igual rango? El trabajo de los metales es útil, el más útil incluso de todos; sin embargo, a menos que una razón particular me empuje hacia él, no haré de vuestro hijo un herrador, un cerrajero, un herrero; no me gustaría verlo en su forja con figura de cíclope. Ni siquiera haría de él un albañil, y menos todavía un zapatero. Es preciso que se ejerzan todos los oficios; pero quien pueda escoger debe tener presente la limpieza, porque ahí no manda la opinión; en este punto los sentidos nos deciden. En fin, no me agradarían esas estúpidas profesiones en que los obreros, sin industria y casi autómatas, sólo ejercitan sus manos en el mismo trabajo. Los tejedores,

los medieros, los cortadores de piedra: ¿para qué sirve emplear en esos oficios a hombres de sentido? Es una máquina que guía a otra.

Bien considerado todo, el oficio que más me agradaría que fuera del gusto de mi alumno es el de carpintero. Es limpio, útil, puede ejercerse en casa; mantiene en vilo suficientemente el cuerpo, exige en el obrero habilidad e industria, y en la forma de las obras que la utilidad determina no están excluidos ni la elegancia ni el gusto.

Y si por casualidad el genio de vuestro alumno estuviera firmemente orientado hacia las ciencias especulativas, no censuraría yo entonces que se le diera un oficio conforme con sus inclinaciones, que aprenda, por ejemplo, a hacer instrumentos de matemáticas, anteojos, telescopios, etcétera.

Cuando Emilio aprenda su oficio, yo quiero aprenderlo con él; porque estoy convencido de que nunca aprenderá otra cosa que lo que aprendamos juntos. Nos meteremos pues los dos de aprendices, y no pretenderemos que nos traten como señores, sino como verdaderos aprendices, que no lo son en broma; ¿por qué no habíamos de serlo de veras? El zar Pedro era carpintero de obras en el astillero, y tambor en sus propias tropas*; ¿pensáis que ese príncipe no fue equiparable a vos por el nacimiento o por el mérito? Comprenderéis que no es a Emilio a quien digo esto, sino a vos, quien quiera que podáis ser.

Por desgracia, no podemos pasar todo nuestro tiempo en blanco. No somos sólo aprendices de obreros, somos aprendices de hombres, y el aprendizaje de este último oficio es más trabajoso y más largo que el otro. ¿Cómo haremos, pues? ¿Tomaremos un maestro de garlopa una hora al día como se toma un maestro de baile? No, no seríamos aprendices, sino discípulos, y nuestra ambición no es tanto aprender carpintería como educarnos en la condición de carpintero. Soy de la opinión de que vayamos una o dos veces, al menos, por

---

* Pedro el Grande trabajó en Amsterdam en la construcción de barcos. Rousseau no siempre se muestra tan bien dispuesto hacia ese príncipe, cuyas reformas atacó mientras Voltaire las alababa en su *Historie de l'Empire de Russie sous Pierre le Grand* (1759). Véase *Del Contrato social*, (*ed. cit.*, págs. 51-52, y nota**).

semana a pasar la jornada entera a casa del maestro, de que nos levantemos a su hora, de que estemos en la obra antes que él, de que comamos en su mesa, de que trabajemos a sus órdenes, y de que, después de haber tenido el honor de cenar con su familia, volvamos, si queremos, a acostarnos en nuestras duras camas. Así es como se aprenden varios oficios a la vez, y como se ejercita uno en el trabajo de las manos sin descuidar el otro aprendizaje.

Seamos sencillos al obrar bien. No vayamos a reproducir la vanidad por nuestros cuidados para combatirla. Enorgullecerse de haber vencido los prejuicios es someterse a ellos. Se dice que, por una antigua costumbre de la casa otomana, el Gran Señor está obligado a trabajar con sus manos, y todos saben que las obras de una mano regia no pueden ser sino obras maestras. Por eso distribuye magnánimamente esas obras maestras entre los grandes de La Puerta*, y la obra es pagada según la calidad del obrero. Lo que me parece mal en esto no es esa pretendida vejación; porque, al contrario, es un bien. Forzando a los grandes a repartir con él los despojos del pueblo, el príncipe no tiene tanta obligación de saquear directamente al pueblo. Es un alivio necesario para el despotismo, sin el que ese horrible gobierno no podría subsistir.

El verdadero mal de semejante costumbre es la idea que da a ese pobre hombre su mérito: como el rey Midas, ve trocarse en oro todo cuanto toca, pero no se da cuenta de que eso hace crecer las orejas**. Para conservárselas cortas a nuestro Emilio, preservemos sus manos de ese rico talento; que cuanto hace no recibe su precio por el obrero, sino por la obra. No permitamos nunca que se juzge el suyo sino por comparación con el de los buenos maestros; que su trabajo sea tomado por el trabajo mismo, y no porque es suyo. De lo que

---

* *La Puerta*: la corte del Sultán de Turquía. Rousseau toma la anécdota de la *Nouvelle rélation de l'intérieur du sérail du Grand Seigneur*, de Tavernier (París, 1675).

** Fabuloso rey de Frigia al que Dionisos otorgó el privilegio de trocar en oro todo lo que tocaba, por lo que, no pudiendo comer ni beber —todo se convertía a su contacto en el precioso metal—, encontró el fin a su suplicio en las aguas del Pactolo. Rousseau mezcla esta leyenda mitológica con otra: por haber dado a Marsias el premio en un concurso que enfrentaba a este sátiro con Apolo, el dios dio a Midas unas orejas de burro.

está bien hecho decid: *Eso está bien hecho*; pero no añadáis: *¿Quién lo ha hecho*? Si él mismo dice con aire orgulloso y contento de sí: *Soy yo quien lo ha hecho*, añadid fríamente: *Vos o cualquier otro, no importa; no deja de ser un trabajo bien hecho*.

Buena madre, líbrate sobre todo de las mentiras que se te preparan. Si tu hijo sabe muchas cosas, desconfía de todo lo que sabe: si tiene la desgracia de ser educado en París y de ser rico, está perdido. Mientras encuentre artistas hábiles, tendrá todos sus talentos; pero lejos de ellos no los tendrá. En París el rico sabe todo; sólo el pobre es ignorante. Esa capital está llena de aficionados y sobre todo de aficionados que hacen sus obras como M. Guillaume* inventaba sus colores. Entre los hombres, conozco a esto tres excepciones honrosas; no puede haber más; pero entre las mujeres, no conozco ninguna y dudo que las haya. En general, en las artes se adquiere fama como en la toga; se vuelve uno artista y juez de artistas igual que se vuelve uno doctor en derecho y magistrado**.

Por tanto, si quedara establecido de una vez que es hermoso saber un oficio, vuestros hijos lo sabrían pronto sin aprenderlo: serían maestros como los consejeros de Zurich***. Nada de todo ese ceremonial para Emilio; nada de apariencias, siempre la realidad. Que no se diga que sabe, sino que aprenda en silencio. Que haga siempre su obra maestra, y que nunca sea maestro, que no se muestre obrero por su título sino por su trabajo.

Si hasta aquí me he hecho entender, debe comprenderse cómo con el hábito del ejercicio del cuerpo y del trabajo de las manos, doy insensiblemente a mi alumno el gusto por la

---

* M. Guillaume es un personaje de *L'avocat Patelin* (1706), adaptación de la célebre farsa del abate D.-A. de Brueys *Maistre Pierre Pathelin*. En la adaptación hay una pregunta de Pathelin: «Apuesto, monsieur Guillaume, que ese color os lo habéis inventado». A lo que responde éste: «Sí, sí, con mi tintorero».

** Los cargos de magistrado se compraban; y Rousseau insinúa, además, que los doctores en derecho pagaban a alguien por escribirles sus tesis. En cuanto a las tres excepciones señaladas, se supone que una puede ser Helvetius, ignorándose las otras dos.

*** El consejo de Zurich elegía a sus representantes entre las corporaciones artesanas, según legislación que databa de Hans Waldmann, burgomaestre de 1483 a 1489. Por tanto, para ejercer cualquier poder, había que ser maestro en alguno de los gremios artesanos.

reflexión y la meditación para compensar en él la pereza que resultaría de su indiferencia por los juicios de los hombres y de la calma de sus pasiones. Es menester que trabaje como campesino y que piense como filósofo para no ser tan holgazán como un salvaje. El gran secreto de la educación es hacer que los ejercicios del cuerpo y los del espíritu se sirvan siempre mutuamente de descanso.

Pero librémonos de anticiparnos a instrucciones que exigen un espíritu más maduro. Emilio no será obrero mucho tiempo sin sentir por sí mismo la desigualdad de las condiciones, que al principio sólo había vislumbrado. Sobre las máximas que le doy y que están a su alcance, querrá examinarme a mi vez. Al saber por qué yo estoy tan lejos. Tal vez me haga de improviso preguntas escabrosas: «*Vos sois rico, vos me lo habéis dicho, y yo lo veo. Un rico también debe su trabajo a la sociedad, puesto que es hombre. Mas vos, ¿qué hacéis vos por ella?*» ¿Qué diría a esto un lindo preceptor? Lo ignoro. Quizá sea lo bastante necio para hablar al niño de los cuidados que le proporciona. Por lo que a mí se refiere, el taller me saca del apuro: «*Querido Emilio, ésa es una pregunta excelente; os prometo responder a ella por mí cuando por vos mismo deis una respuesta de la que estéis contento. Mientras, me ocuparé de devolveros a vos y a los pobres lo que tengo de más, y de hacer una mesa o un banco a la semana para no ser completamente inútil*».

Henos aquí reducidos a nosotros mismos. He ahí a nuestro niño presto a dejar de serlo vuelto hacia su individualidad. Helo ahí sintiendo más que nunca la necesidad que lo vincula a las cosas. Después de haber empezado por ejercitar su cuerpo y sus sentidos, hemos ejercitado su espíritu y su juicio. Finalmente hemos unido el uso de sus miembros al de sus facultades; hemos hecho un ser actuante y pensante; para acabar el hombre sólo nos queda hacer un ser amante y sensible; es decir, perfeccionar la razón mediante el sentimiento. Pero antes de entrar en este nuevo orden de cosas, echemos una ojeada sobre aquel del que salimos, y veamos con la mayor exactitud posible hasta dónde hemos llegado.

Nuestro alumno no tenía al principio más que sensaciones, ahora tiene ideas; no hacía más que sentir, ahora juzga. Porque de la comparación de varias sensaciones sucesivas o

simultáneas, y del juicio que uno lleva a ellas nace una especie de sensación mixta o compleja que yo llamo idea.

Es la manera de formar las ideas lo que da un carácter al espíritu humano. El espíritu que sólo forma sus ideas sobre relaciones reales es un espíritu sólido; el que se contenta con relaciones aparentes es un espíritu superficial; el que ve las relaciones tal cual son es un espíritu justo; el que las aprecia mal es un espíritu falso; el que erróneamente encuentra relaciones imaginarias que no tienen ni realidad ni apariencia es un loco; el que no compara es un imbécil. La aptitud mayor o menor para comparar ideas y encontrar relaciones es lo que causa mayor o menor espíritu en los hombres, etc.

Las ideas simples no son sino sensaciones comparadas. Hay juicios en las simples sensaciones igual que en las sensaciones complejas, que yo denomino ideas simples. En la sensación, el juicio es puramente pasivo, afirma que se siente lo que se siente. En la percepción o idea, el juicio es activo; acerca, compara, determina relaciones que el sentido no determina. Ésa es la diferencia; pero es grande. La naturaleza nunca nos engaña; siempre somos nosotros quienes nos engañamos.

Veo servir a un niño de ocho años un queso helado. Se lleva la cucharilla a la boca sin saber lo que es y, sobrecogido de frío, exclama: *¡Ay, me quema!* Experimenta una sensación vivísima; no conoce nada más vivo que el calor del fuego, y cree sentirlo. Sin embargo se engaña; el sobrecogimiento del frío le daña, pero no le quema, y estas dos sensaciones no son semejantes, puesto que quienes han experimentado una y otra no las confunden. No es por tanto la sensación la que lo engaña, sino el juicio que se forma de ella.

Lo mismo ocurre con quien ve por primera vez un espejo o un aparato de óptica, o con quien entra en una cueva profunda en el corazón del invierno o del verano, o quien mete en el agua tibia una mano muy caliente o muy fría, o con quien hace rodar entre dos dedos cruzados una bolita, etc. Si se contenta con decir lo que percibe, lo que siente, al ser su juicio puramente pasivo, no puede equivocarse nunca; pero cuando juzga la causa por la apariencia es activo, compara, establece por inducción relaciones que no percibe, y entonces se engaña

o puede engañarse. Para corregir o prevenir el error, precisa de la experiencia.

Mostrad de noche a vuestro alumno unas nubes pasando entre la luna y él; creerá que es la luna la que pasa en sentido contrario, y que las nubes están paradas. Lo creerá por una inducción precipitada, porque de ordinario ve los objetos pequeños moverse con preferencia a los grandes, y las nubes le parecen más grandes que la luna, cuya distancia no puede estimar. Cuándo un barco que boga mira desde cierta distancia la ribera, cae en el error contrario y cree ver correr la tierra porque, no sintiéndose en movimiento, mira el barco, el mar o el río y todo su horizonte como un todo inmóvil cuya orilla, que ve correr, sólo le parece una parte.

La primera vez que un niño ve un bastón metido a medias en el agua ve el bastón quebrado: la sensación es cierta; y no dejaría de serlo aún cuando no supierámos la razón de esa apariencia. Por tanto, si le preguntáis lo que ve, dice: un bastón roto, y dice la verdad, porque está muy seguro de tener la sensación de un bastón roto. Pero cuando, engañado por su juicio, va más lejos y tras haber afirmado que ve un bastón roto aún afirma que lo que ve es en efecto un bastón roto, entonces dice mentira: ¿por qué? Porque entonces se vuelve activo, y no juzga por inspección sino por inducción, afirmando lo que no siente, a saber, que el juicio que recibe por un sentido queda confirmado por el otro.

Puesto que todos nuestros errores proceden de nuestros juicios, resulta evidente que si nunca tuviéramos necesidad de juzgar no tendríamos ninguna necesidad de aprender; jamás estaríamos en el caso de equivocarnos; seríamos más felices con nuestra ignorancia de lo que podemos serlo con nuestro saber. ¿Quién niega que los sabios sepan mil cosas verdaderas que los ignorantes nunca sabrán? ¿Están por ello los sabios más cerca de la verdad? Todo lo contrario, se alejan de ella al avanzar, porque, como la vanidad de juzgar hace todavía más progresos que las luces, cada verdad que aprenden no viene acompañada sino de cien juicios falsos. Es de toda evidencia que las asociaciones doctas de Europa no son más que escuelas públicas de mentiras; y con toda seguridad hay más errores en la Academia de ciencias que en todo un pueblo de hurones.

Cuanto más saben los hombres, más se equivocan, el único

medio de evitar el error es la ignorancia. No juzguéis, y no os equivocaréis nunca. Ésa es la lección de la naturaleza, igual que de la razón. Fuera de las relaciones inmediatas que en número reducidísimo y muy sensible tienen las cosas con nosotros, por naturaleza sólo tenemos hacia todo lo demás una profunda indiferencia. Un salvaje no movería un pie para ir a ver el funcionamiento de la más hermosa máquina y todos los prodigios de la electricidad. *¿Qué me importa?* es la frase más familiar del ignorante y la más conveniente al sabio.

Pero por desgracia esa frase no nos sirve. Todo nos importa desde el momento en que dependemos de todo, y nuestra curiosidad se extiende necesariamente con nuestras necesidades. Por eso concedo una grandísima al filósofo y ninguna al salvaje. Éste no necesita de nadie; el otro necesita de todo el mundo, y sobre todo de admiradores.

Dirán que me salgo de la naturaleza; no lo creo. Ella escoge sus instrumentos y los regula, no por la opinión, sino por la necesidad. Ahora bien, las necesidades cambian según la situación de los hombres. Hay mucha diferencia entre el hombre natural que vive en el estado de naturaleza, y el hombre natural que vive en el estado de sociedad. Emilio no es un salvaje que haya que relegar a los desiertos; es un salvaje hecho para vivir en ciudades. Es preciso que sepa encontrar ahí lo indispensable, sacar partido de sus habitantes, y vivir, si no como ellos, al menos con ellos.

Dado que, en medio de tantas relaciones nuevas de las que va a depender será preciso, a pesar suyo, que juzgue, enseñémosle a juzgar bien.

La mejor manera de aprender a juzgar bien es la que más tiende a simplificar nuestras experiencias y a poder, incluso, prescindir de ellas sin caer en el error. De donde se sigue que después de haber verificado durante mucho tiempo las relaciones de los sentidos unos por otros, todavía hay que aprender a verificar las relaciones de cada sentido por sí mismo, sin necesidad de recurrir a otro sentido. Entonces cada sensación se volverá para nosotros una idea, y esta idea siempre será conforme con la verdad. Tal es la clase de adquisición con que he intentado llenar esa tercera edad de la vida humana.

Este modo de proceder exige una paciencia y una circunspección de que pocos maestros son capaces, y sin la cual el

discípulo nunca aprenderá a juzgar. Si, por ejemplo, cuando éste se engaña con la apariencia del bastón roto, para mostrarle su error os apresuráis a sacar el bastón fuera del agua, quizá le demostréis su error; pero ¿qué le enseñáis? Nada que él mismo no habría aprendido pronto por sí solo. ¡No es eso lo que hay que hacer! Se trata menos de enseñarle una verdad que de mostrarle cómo hay que proceder para descubrir siempre la verdad. Para instruirle mejor no hay que desengañarlo tan pronto. Tomemos a Emilio y a mí como ejemplo.

En primer lugar, a la segunda de las dos preguntas planteadas, cualquier niño educado de forma común no dejará de responder afirmativamente. Con toda certeza, dirá, es un bastón roto. Dudo mucho que Emilio me dé la misma respuesta. No viendo la necesidad de ser sabio ni parecerlo, nunca tiene premura para juzgar; sólo juzga por la evidencia y está muy lejos de encontrarla en esta ocasión, él, que sabe cuán sometidos están nuestros juicios basados en las apariencias a la ilusión, aunque sólo sea por la perspectiva.

Por otro lado, como sabe por experiencia que mis preguntas más frívolas siempre tienen algún objetivo que al principio no capta, no ha tomado el hábito de responder a ellas de forma atolondrada. Al contrario, desconfía, presta mayor atención, las examina con gran cuidado antes de responder. Nunca me da una respuesta de la que no esté contento él mismo, y es difícil de contentar. Finalmente, ni él ni yo nos preciamos de saber la verdad de las cosas, sino sólo de no caer en el error. Quedaríamos mucho más confusos por contentarnos con una razón que no es buena que por no encontrar ninguna. *No sé* es una frase que nos va tan bien a los dos y que repetimos tan a menudo que no nos cuesta nada a ninguno. Pero, sea que se le escape esa ligereza, o que la evite con nuestro cómodo *no sé*, mi réplica es la misma: veamos, examinemos.

Ese palo que está metido hasta la mitad en el agua está fijo en una situación perpendicular. Para saber si está roto, como parece, ¿cuántas cosas no hemos de hacer antes de sacarlo del agua o antes de poner en él la mano?

1.º Ante todo damos vueltas alrededor del palo y vemos que la rotura gira como nosotros. Por tanto es nuestra vista sólo la que la cambia, y las miradas no mueven los cuerpos.

2.º Miramos a plomo sobre el extremo del palo que está

fuera del agua; entonces el palo ya no está curvo, la punta cercana a nuestros ojos nos oculta exactamente la otra punta*. ¿Ha enderezado nuestro ojo el palo?

3.º Agitamos la superficie del agua; vemos que el palo se pliega en varias piezas, que se mueve en zig-zag, y sigue las ondulaciones del agua. El movimiento que damos a esa agua, ¿basta para romper, ablandar y fundir así el palo?

4.º Hacemos correr el agua y vemos que el palo se endereza poco a poco a medida que el agua baja. ¿No es esto más que suficiente para aclarar el hecho y hallar la refracción? No es verdad, por tanto, que la vista nos engañe, pues nos basta con ella para rectificar los errores que le atribuimos.

Supongamos al niño lo bastante estúpido para no captar el resultado de esta experiencias; es entonces cuando hay que apelar al tacto en ayuda de la vista. En lugar de sacar el palo del agua, dejadlo donde está, y que el niño pase por él la mano de un extremo al otro; no sentirá ningún ángulo. Por tanto, el palo no está roto.

Me diréis que ahí no hay sólo juicios, sino razonamientos formales. Cierto; pero ¿no veis que tan pronto como el espíritu ha llegado hasta las ideas, todo juicio es un razonamiento? La conciencia de cualquier sensación es una proposición, un juicio. Así pues, tan pronto como se compara una sensación con otra se razona. El arte de juzgar y el arte de razonar son exactamente el mismo.

Emilio no ha de saber nunca dióptrica, o quiero que la aprenda en torno a ese bastón. No habrá disecado insectos**;

* Nota del ejemplar C.: «Mediante una experiencia más exacta, he comprobado lo contrario. La refracción actúa de forma circular, y el palo parece más grueso por el extremo que está en el agua que por el otro; pero esto no cambia para nada la fuerza del razonamiento, y en consecuencia no deja de ser menos precisa».

** La repugnancia de J.-J Rousseau por la disección, tanto de animales como de personas, queda patente en las *Ensoñaciones del paseante solitario* (*ed. cit.*, págs. 117-118): «El estudio de los animales de nada vale sin la anatomía; con ella se aprende a clasificarlos, a distinguir los géneros, las especies. (...) Habría que estudiarlos muertos, desgarrarlos, deshuesarlos, hurgar a placer en sus entrañas palpitantes. ¡Qué horrible aparato un anfiteatro anatómico: cadáveres hediondos, carnes babosas y lívidas, sangre, intestinos repugnantes, esqueletos horribles, vapores pestilentes! Palabra que no es ahí donde Jean-Jacques irá a buscar sus distracciones».

no habrá contado las manchas del sol; no sabrá lo que es un microscopio ni un telescopio. Vuestros doctos alumnos se burlarán de su ignorancia. No irán descaminados: porque antes de servirse de esos instrumentos pretendo que los invente, y sabéis de sobra que eso no es cosa de un día.

Tal es el espíritu de todo mi método en esta parte. Si el niño hace rodar una canica entre dos dedos cruzados y cree sentir dos canicas, no le permitiré mirar hasta que él no quede convencido de que sólo hay una.

Pienso que estas aclaraciones bastarán para marcar nítidamente el progreso que hasta ahora ha hecho el espíritu de mi alumno, y la ruta por la que ha seguido ese progreso. Mas quizás os asuste la cantidad de cosas que he hecho pasar ante sus ojos. Teméis que aplaste su espíritu bajo ese tropel de conocimientos. Todo lo contrario: le enseño más a ignorarlos que a saberlos. Le muestro el camino de la ciencia fácil, dicha sea la verdad; pero largo, inmenso, lento de recorrer. Le hago dar los primeros pasos para que conozca la entrada, pero nunca le permito ir lejos.

Forzado a aprender por sí mismo, usa su razón y no la de otro; porque para no dar nada a la opinión no hay que dar nada a la autoridad, y la mayoría de nuestros errores proceden menos de nosotros que de los demás. De este ejercicio continuo debe resultar un vigor de espíritu semejante al que se proporciona al cuerpo con el trabajo y la fatiga. Otra ventaja es que sólo se avanza en proporción a las fuerzas propias. Como el cuerpo, el espíritu sólo lleva lo que puede llevar. Cuando el entendimiento se apropia de las cosas antes de depositarlas en la memoria, lo que luego se saca de él le pertenece. Mientras que, sobrecargando la memoria sin su conocimiento, nos exponemos a no sacar nunca de ella nada que le sea propio.

Emilio tiene pocos conocimientos, pero los que tiene son realmente suyos; no sabe nada a medias. Del pequeño número de cosas que sabe y que sabe bien, la más importante es que hay muchas que ignora y que puede saber un día, muchas más que otros hombres saben y que él no sabrá en su vida, y una infinidad de otras que ningún hombre sabrá jamás. Hay un espíritu universal, no por las luces, sino por la facultad de adquirirlo; un espíritu abierto, inteligente, dispuesto a todo, y,

como dice Montaigne*, si no instruido al menos instruible. Me basta con que sepa encontrar el *para qué sirve* en todo lo que hace, y el *por qué* en todo lo que cree. Porque, lo repito una vez más, mi meta no es proporcionarle la ciencia, sino enseñarle a adquirirla llegado el caso, hacérsela estimar exactamente en lo que vale, y hacerle amar la verdad por encima de todo. Con este método se avanza poco, pero jamás se da un paso inútil, y nunca se ve obligado uno a retroceder.

Emilio no tiene más que conocimientos naturales y puramente físicos. No conoce siquiera el nombre de historia, ni lo que es metafísica y moral. Conoce las relaciones esenciales del hombre con las cosas, pero nada de las relaciones morales del hombre con el hombre. Sabe poco generalizar ideas, y poco hacer abstracciones. Ve cualidades comunes a ciertos cuerpos sin razonar sobre esas cualidades de sí mismas. Conoce la extensión de la geometría, conoce la cantidad abstracta con ayuda de los signos del álgebra. Esas figuras y esos signos son los soportes de esas abstracciones sobre las que se apoyan sus sentidos. No se trata de conocer las cosas por su naturaleza, sino sólo por las relaciones que le interesan. Sólo estima lo que le es extraño por relación a sí mismo; pero esta estimación es exacta y segura. El capricho y la convención nunguna cabida tienen aquí. Hace más caso de lo que le es más útil, y no apartándose nunca de esta forma de apreciar, nada concede a la opinión.

Emilio es laborioso, moderado, paciente, firme, lleno de valor. Su imaginación, nada arrebatada, nunca acrecienta los peligros; es sensible a pocos males, y sabe sufrir con constancia, porque no ha aprendido a disputar contra el destino. Respecto a la muerte, todavía no sabe bien lo que es, pero, acostumbrado a sufrir sin resistencia la ley de la necesidad, cuando haya que morir morirá sin gemir ni debatirse; eso es cuanto la naturaleza permite en ese momento aborrecido por todos. Vivir libre y tener en poco las cosas humanas es el mejor medio de aprender a morir.

En una palabra, Emilio tiene de la virtud todo aquello que se relaciona consigo mismo. Para tener también las virtudes

* «Las almas hermosas son las almas universales, abiertas y dispuestas a todo, si no instruidas al menos instruibles» (*Essais*, II, 27).

sociales, sólo le falta conocer las relaciones que las exigen, sólo le faltan unas luces que su espíritu está completamente dispuesto a recibir.

Se considera sin miramientos para con los demás y acepta que los demás no piensen en él. Nada exige de nadie y no cree deber nada a nadie: está solo en la sociedad humana, sólo cuenta consigo mismo. También tiene más derecho que cualquier otro a contar consigo, porque es todo lo que se puede ser a su edad. Carece de errores, o sólo tiene los que nos son inevitables; carece de vicios, o sólo tiene aquellos de los que ningún hombre puede librarse. Tiene el cuerpo sano, los miembros ágiles, el espíritu justo y sin prejuicios, el corazón libre y sin pasiones. El amor propio, la primera y más natural de todas, apenas si está exaltado todavía. Sin turbar el reposo de nadie ha vivido contento, feliz y libre, hasta donde la naturaleza lo ha permitido. ¿Os parece que un niño, llegado así a sus quince años, ha perdido los precedentes?

FIN DEL LIBRO TERCERO

Libro IV

¡Qué rápidamente pasamos por esta tierra! El primer cuarto de la vida ha pasado antes de que conozcamos su uso; el último cuarto pasa todavía después de haber cesado de gozarla. Al principio no sabemos vivir, pronto ya no podemos, y en el intervalo que separa esos dos extremos inútiles, las tres cuartas partes del tiempo que nos queda son consumidas por el sueño, el trabajo, el dolor, las obligaciones y por dificultades de toda especie. La vida es corta, menos por el poco tiempo que dura que, porque de ese poco tiempo, apenas lo tenemos para saborearla. Por más alejado que esté el instante de la muerte del instante del nacimiento, siempre la vida es demasiado corta cuando ese espacio se llena mal.

Nacemos, por así decir, en dos veces: una para existir, y otra para vivir; una para la especie, y otra para el sexo. Quienes miran a la mujer como un hombre imperfecto yerran sin duda; mas la analogía exterior está de su parte. Hasta la edad núbil, los niños de ambos sexos no tienen nada aparente que los distinga: el mismo rostro, la misma figura, la misma tez, la misma voz, todo es igual; las chicas son niños, los chicos son niños; el mismo nombre basta para seres tan semejantes. Los varones en quienes se impide el desarrollo ulterior del sexo conservan esa conformidad toda su vida, son

siempre niños grandes, y las mujeres que no pierden esa misma conformidad, parecen en muchos aspectos no ser nunca otra cosa.

Pero el hombre en general no está hecho para permanecer siempre en la infancia. Sale de ella en el tiempo prescrito por la naturaleza, y ese momento de crisis, aunque bastante corto, tiene larga influencia.

Lo mismo que el bramido del mar precede de lejos a la tempestad, esa tormentosa revolución se anuncia mediante el murmullo de las pasiones que nacen: una sorda fermentación advierte de la proximidad del peligro. Un cambio en el humor, arrebatos frecuentes, una continua agitación de espíritu, hacen al niño casi indisciplinable. Se vuelve sordo a la voz que lo hacía dócil: es un león enfurecido, desconoce a su guía, ya no quiere ser gobernado.

A los signos morales de un humor que se altera se unen cambios sensibles en la figura. Su fisionomía se desarrolla y se impregna de un carácter; la pelusilla rala y suave que crece en la parte inferior de sus mejillas se oscurece y toma consistencia. Su voz muda o, mejor dicho, la pierde: no es niño ni hombre y no puede adoptar el tono de ninguno de los dos. Sus ojos, esos órganos del alma que hasta ahora nada han dicho, encuentran un lenguaje y la expresión; un fuego naciente los anima, sus miradas más vivas aún tienen una santa inocencia, pero carecen ya de su primera imbecilidad, él mismo siente que pueden decir demasiado, comienza a saber bajarlos y a ruborizarse; se vuelve sensible antes de saber lo que siente, está inquieto sin razón para estarlo. Todo esto puede venir despacio y dejaros tiempo todavía; pero si su vivacidad se vuelve demasiado impaciente, si su arrebato se trueca en furia, si se irrita y se enternece de un instante a otro, si derrama lágrimas sin motivo, si junto a objetos que comienzan a volverse peligrosos para él su pulso se acelera y su vista se enciende, si la mano de una mujer que se posa en la suya le hace estremecerse, si se turba o se intimida a su lado, Ulises, oh sabio Ulises*, ten cuidado; los odres que con tanta solicitud

* Rousseau compara a su preceptor con el Ulises del canto X de la *Odisea,* donde se cuenta que la tripulación del héroe soltó imprudentemente los vientos encerrados en odres.

cerrabas están abiertos; los vientos ya se han desencadenado: no dejes un solo momento el gobernalle, o todo se ha perdido.

Aquí está el segundo nacimiento de que he hablado; aquí es donde el hombre nace verdaderamente a la vida y donde nada humano le es ajeno. Hasta ahora nuestros cuidados no han sido más que juegos de niño; sólo al presente toman verdadera importancia. Esa época en la que concluyen las educaciones habituales es propiamente aquélla en que la nuestra debe empezar. Pero, para exponer bien este nuevo plan, tomemos de más arriba el estado de cosas que a él se refieren.

Nuestras pasiones son los principales instrumentos de nuestra conservación; por tanto, es una empresa tan vana como ridícula querer destruirlas; eso sería controlar a la naturaleza, reformar la obra de Dios. Si Dios ordenase al hombre aniquilar las pasiones que le da, Dios querría y no querría, se contradiría a sí mismo. Nunca ha dado esa orden insensata; nada semejante está escrito en el corazón humano; y lo que Dios quiere que haga un hombre, no se lo hace decir por otro hombre, se lo dice él mismo, lo escribe en el fondo de su corazón.

Quien quisiere impedir el nacimiento de las pasiones me parecería casi tan loco como quien quisiere aniquilarlas, y quienes crean que hasta ahora ése ha sido mi proyecto, a buen seguro que me han comprendido muy mal.

Pero ¿razonarían bien si, del hecho de pertenecer a la naturaleza del hombre tener pasiones, concluyeran que todas las pasiones que sentimos en nosotros y que vemos en los otros son naturales? Su fuente es natural, cierto; pero mil riachuelos extraños la han engrosado: es un gran río que se acrece sin cesar, y en el que a duras penas encontraríamos algunas gotas de sus primeras aguas. Nuestras pasiones naturales son muy limitadas, son los instrumentos de nuestra libertad, tienden a conservarnos. Todas las que nos subyugan y nos destruyen nos vienen de otra parte; la naturaleza no nos las da, nosotros nos las apropiamos en perjuicio suyo.

La fuente de nuestras pasiones, el origen y el principio de todas las demás, la única que nace con el hombre y nunca le abandona mientras vive, es el amor de sí: pasión primitiva, innata, anterior a cualquier otra, y de la que todas las demás no son en cierto modo más que modificaciones. En ese sentido

todas, si se quiere, son naturales. Pero la mayoría de esas modificaciones tienen causas extrañas sin las cuales jamás se producirían; y esas mismas modificaciones lejos de resultar ventajosas, nos son perjudiciales, mudan su primer objetivo y van contra su principio; es entonces cuando el hombre se encuentra fuera de la naturaleza y se pone en contradicción consigo mismo.

El amor de sí es siempre bueno y siempre conforme al orden. Dado que cada cual está especialmente encargado de su propia conservación, el primero y más importante de sus cuidados es y debe ser velar por ella constantemente, y ¿cómo velaría si no se tomara en ella el mayor interés?

Preciso es, pues, que nos amemos para conservarnos y, por una consecuencia inmediata del mismo sentimiento, amamos lo que nos conserva. Todo niño se encariña con su nodriza: Rómulo debía sentir apego por la loba que lo había amamantado. Al principio ese apego es puramente maquinal. Lo que favorece el bienestar de un individuo, le atrae, lo que le perjudica le repele; no hay aquí más que un instinto ciego. Lo que transforma ese instinto en sentimiento, el apego en amor, la aversión en odio, es la intención manifiesta de perjudicarnos o de sernos útil. No nos apasionamos por los seres insensibles que sólo siguen el impulso que se les da; pero aquellos de quienes se espera el bien o el mal por su disposición interior, por su voluntad, aquellos a los que vemos actuar libremente a favor o en contra, nos inspiran sentimientos semejantes a los que nos muestran. Buscamos lo que nos sirve, mas a lo que quiere servirnos, lo amamos. Rehuimos lo que nos perjudica, pero a lo que quiere perjudicarnos, lo odiamos.

El primer sentimiento de un niño es amarse a sí mismo, y el segundo, que deriva del primero, es amar a quienes están cerca; porque en el estado de debilidad en que se halla, no conoce a nadie sino por la ayuda y los cuidados que recibe. Al principio el apego que tiene por su nodriza y su aya no es más que hábito. Las busca porque necesita de ellas y se encuentra bien teniéndolas; se trata más de conocimiento que de bienquerencia. Necesita mucho tiempo para comprender que no sólo le son útiles, sino que quieren serlo; y es entonces cuando empieza a amarlas.

Así pues, un niño está inclinado por naturaleza a la

bienquerencia, porque ve que cuanto le rodea está destinado a ayudarle, y de esa observación recibe el hábito de un sentimiento favorable a su especie; pero a medida que amplía sus relaciones, sus necesidades, sus dependencias activas o pasivas, se despierta el sentimiento de sus relaciones con otros y produce el de los deberes y las preferencias. Entonces el niño se vuelve imperioso, celoso, engañador, vindicativo. Si se le somete a obediencia, al no ver la utilidad de lo que se le ordena, lo atribuye al capricho, a la intención de atormentarle, y se rebela. Si se le obedece a él, tan pronto como algo se le resiste ve en ello una rebelión, una intención de resistirle, golpea la silla o la mesa por haber desobedecido. El amor de sí, que sólo nos afecta a nosotros, se contenta cuando nuestras verdaderas necesidades son satisfechas; pero el amor propio, que se compara, nunca está contento y no podría estarlo, porque ese sentimiento, al preferirnos a los demás, exige también que los demás nos prefieran a sí mismos, lo cual es imposible. Así es como las pasiones suaves y afectuosas nacen del amor de sí, y como las pasiones rencorosas e irascibles nacen del amor propio. De esta forma, lo que hace al hombre esencialmente bueno es tener pocas necesidades y compararse poco con los demás; lo que lo hace esencialmente malo es tener muchas necesidades y atenerse mucho a la opinión. Basados en este principio, fácil es comprender cómo pueden dirigirse al bien o al mal todas las pasiones de los niños y de los hombres. Cierto que, como no pueden vivir siempre solos, a duras penas lograrán vivir siempre buenos: esta dificultad misma ha de aumentar necesariamente con sus relaciones, y es en esto sobre todo donde los peligros de la sociedad nos proporcionan el arte y los cuidados más indispensables para prevenir en el corazón humano la depravación que nace de sus nuevas necesidades.

El estudio que conviene al hombre es el de sus relaciones. Mientras él sólo se conozca por su físico, debe estudiarse por sus relaciones con las cosas; ésa es la tarea de su infancia; cuando empieza a sentir su ser moral, debe estudiarse por sus relaciones con los hombres; ésa es la tarea de su vida entera, empezando por el punto a que hemos llegado.

Tan pronto como el hombre tiene necesidad de una compañera, ya no es un ser aislado; su corazón no está solo. Todas sus relaciones con su especie, todas las afecciones de su alma

nacen con ésta. Su primera pasión pronto hace fermentar las otras.

La inclinación del instinto es indeterminada. Un sexo es atraído hacia el otro, he ahí el movimiento de la naturaleza. La elección, las preferencias, el apego personal son obra de las luces, de los prejuicios, del hábito; se necesitan tiempo y conocimientos para volvernos capaces de amor; sólo se ama después de haber juzgado, sólo se prefiere después de haber comparado. Hacemos estos juicios sin darnos cuenta, pero no por ello son menos reales. El verdadero amor, digan lo que digan, siempre será honrado por los hombres; porque, aunque sus arrebatos nos extravíen, aunque no excluya del corazón que lo siente cualidades odiosas e incluso aunque las produzca, siempre supone sin embargo otras estimables, sin las que ese amor no podría sentirse. Tal elección, que se opone a la razón, no viene de la razón; pintan al amor ciego porque tiene mejores ojos que nosotros, y porque ve relaciones que nosotros no podemos percibir. Para quien no tenga idea alguna de mérito ni de belleza, toda mujer será igualmente buena, y la que primero llegue será siempre la más digna de amor. El amor no procede de la naturaleza, al contrario, él es la regla y el freno de las inclinaciones de ésta: gracias a él, salvo el objeto amado, un sexo no es nada para el otro.

La preferencia que uno concede, quiere obtenerla; el amor debe ser recíproco. Para ser amado, hay que hacerse amable; para ser preferido, hay que hacerse más amable que otro, más amable que cualquier otro, al menos a ojos del objeto amado. De ahí las primeras miradas sobre nuestros semejantes; de ahí las primeras comparaciones con ellos; de ahí la emulación, las rivalidades, la envidia. A un corazón lleno de un sentimiento que desborda le gusta expansionarse; de la necesidad de una amada nace pronto la de un amigo; quien siente cuán dulce es ser amado querría serlo de todo el mundo, y cuando todos aspiran a la preferencia no puede dejar de haber muchos descontentos. Con el amor y la amistad hacen las disensiones, la enemistad, el odio. Veo que del seno de tantas pasiones diversas la opinión eleva un trono inquebrantable, y que los estúpidos mortales sometidos a su imperio no fundan su propia existencia sino sobre los juicios ajenos.

Ampliad estas ideas y veréis de dónde le viene a nuestro

amor propio la forma que creíamos natural en él, y cómo el amor de sí, dejando de ser un sentimiento absoluto, se vuelve orgullo en las grandes almas, vanidad en las pequeñas, y en todas se nutre sin cesar a expensas del prójimo. Al no tener la especie de estas pasiones su germen en el corazón de los niños, no puede nacer allí por sí misma; sólo nosotros la llevamos a él, y nunca arraiga sino por culpa nuestra; mas no es así como ocurre en el corazón del joven: sea lo que fuere lo que podamos hacer, nacerán allí a pesar nuestro. Es hora, por tanto, de cambiar de método.

Empecemos por algunas reflexiones importantes sobre el estado crítico de que aquí se trata. El paso de la infancia a la pubertad no está tan determinado por la naturaleza que no varíe en los individuos según los temperamentos, y en los pueblos según los climas. Todo el mundo conoce las distinciones observadas en este punto entre los países cálidos y los países fríos, y todos ven que los temperamentos ardientes se forman antes que los otros: pero podemos equivocarnos sobre las causas y atribuir con frecuencia a lo físico lo que debe imputarse a lo moral: es uno de los abusos más frecuentes de la filosofía de nuestro siglo. Las instrucciones de la naturaleza son tardías y lentas, las de los hombres casi siempre son prematuras. En el primer caso, los sentidos despiertan la imaginación; en el segundo, la imaginación despierta los sentidos; les da una actividad precoz que no puede dejar de enervar, de debilitar primero a los individuos; luego, a la especie misma a la larga. Una observación más general y más segura que la del efecto de los climas consiste en que la pubertad y el poder del sexo es siempre más precoz entre los pueblos instruidos y educados que entre los pueblos ignorantes y bárbaros[1]. Los niños tienen una sagacidad singular para discernir a través de todas las monerías de la decencia las malas costumbres que ésta encubre. El lenguaje depurado que les dictan, las lecciones de honestidad que les dan, el velo de misterio que se finge tender ante sus ojos son otros tantos aguijones para su curiosidad. Por la forma como se comportan ante ellos, resulta claro que lo que se finge ocultarles no tiene otro fin que enseñárselo, y de todas las instrucciones que se les dan, ésa es la que mejor les aprovecha.

Consultad a la experiencia, comprenderéis hasta qué punto

acelera la obra de la naturaleza y arruina el temperamento ese método insensato. He ahí una de las principales causas que hacen degenerar las razas en las ciudades. Los jóvenes, agotados desde hora temprana, se quedan pequeños, débiles, mal hechos, envejecen en lugar de crecer, como la vid a la que se hace llevar fruto en primavera languidece y muere antes del otoño*.

Hay que haber vivido entre pueblos toscos y simples para conocer hasta qué edad puede prolongar entre ellos una feliz ignorancia la inocencia de los niños. Es un espectáculo conmovedor y risible a la vez ver allí a ambos sexos entregados a la seguridad de sus corazones, prolongar en la flor de la edad y de la belleza los ingenuos juegos de la infancia, y mostrar mediante su familiaridad misma la pureza de sus placeres. Cuando al fin esta amable juventud llega a casarse, los dos esposos, dándose mutuamente las primicias de su persona, son más queridos el uno para el otro; multitudes de niños sanos y robustos se vuelven prenda de una unión que nada altera y fruto de la prudencia de sus primeros años.

Si la edad en que el hombre adquiere la conciencia de su sexo difiere tanto por el efecto de la educación como por la acción de la naturaleza, de ello se deduce que puede acelerarse y retardarse esa edad mediante la forma en que ha de educarse a los niños, y si el cuerpo gana o pierde consistencia a medida que se retrasa o acelera ese progreso, también se sigue que cuanto más se aplica uno a retrasarlo, más vigor y fuerza adquiere un joven. Todavía no hablo más que de efectos puramente físicos; pronto veremos que no se limitan a eso.

De estas reflexiones extraigo la solución a esa cuestión, con tanta frecuencia debatida, de si conviene instruir a los niños desde hora temprana sobre los objetos de su curiosidad, o si vale más engañarlos mediante modestos errores. Pienso

* Para Rousseau la causa de la ruina del temperamento es la precocidad sexual, y también probablemente, como dice en *Confessions* (*O.C.*, I, pág. 109), «ese peligroso suplemento que engaña a la naturaleza y salva a los jóvenes de mi humor de muchos desórdenes a expensas de su salud, de su vigor y a veces de su vida». Rousseau, que admiraba el libro de Tissot *L'onanisme* (1760), tema que aborda en las *Confessions* (en especial en el libro III), confiesa en 1756 no estar curado todavía de «ese vicio que la vergüenza y la timidez encuentran tan cómodo y que además tiene un gran atractivo para las imaginaciones vivas» (*ed. cit.*, págs. 109 y 445).

que no hay que hacer ni lo uno ni lo otro. En primer lugar, esa curiosidad no les viene sin que se haya dado lugar a ella. Hay que obrar, pues, de suerte que no la tengan. En segundo lugar, preguntas que uno no está obligado a resolver no exigen que se engañe a quien las hace; más vale imponerle silencio que responderle mintiendo. Le sorprenderá poco esta ley si se ha tenido la precaución de someterlo a ella en las cosas indiferentes. Finalmente, si adoptamos la decisión de responder, que sea con la mayor sencillez, sin misterios, sin apuro, sin sonrisa. Hay mucho menos peligro en satisfacer la curiosidad del niño que en excitarla.

Que vuestras respuestas sean siempre serias, breves, decididas, y sin dar nunca la apariencia de duda. No necesito añadir que deben ser verdaderas. No puede enseñarse a los niños el peligro de mentir a los hombres, sin sentir, de parte de los hombres, el peligro mucho mayor de mentir a los niños. Una sola mentira comprobada del maestro al alumno echaría a perder para siempre todo el fruto de la educación.

Sobre ciertas materias tal vez lo más conveniente para los niños sea una ignorancia absoluta; pero que aprendan desde hora temprana lo que resulta imposible ocultarles siempre. Es preciso, o que su curiosidad no se despierte de ninguna manera, o que sea satisfecha antes de la edad en que carece de peligro. Vuestra conducta con vuestro alumno depende mucho, en esto, de su situación particular, de las compañías que le rodean, de las circunstancias en que se prevé que podrá encontrarse, etc. Importa en este punto no dejar nada en manos del azar, y si no estáis seguros de hacerle ignorar hasta los diecisiete años la diferencia de los sexos, preocupaos de que la aprenda antes de los diez.

No me gusta que se finja con los niños un lenguaje demasiado depurado, ni que se hagan largos rodeos, de los que se dan cuenta, para evitar dar a las cosas un verdadero nombre. En estas materias, las buenas costumbres siempre tienen mucho de sencillez; pero unas imaginaciones mancilladas por el vicio vuelven delicado el oído, y obligan a afinar constantemente las expresiones. Los términos groseros no tienen secuelas; son las ideas lascivas las que es menester apartar.

Aunque el pudor sea natural a la especie humana, los niños

no lo tienen naturalmente. El pudor sólo nace con el conocimiento del mal; y los niños, que ni tienen ni deben tener ese conocimiento, ¿cómo tendrían el sentimiento que es su efecto? Darles lecciones de pudor y de honestidad es enseñarles que hay cosas vergonzosas y deshonestas; es darles un deseo secreto de conocer esas cosas. Antes o después llegan a ellas, y la primera chispa que alcanza su imaginación acelera sin duda alguna el abrasamiento de los sentidos. Todo el que se ruboriza es ya culpable: la verdadera inocencia no tiene vergüenza de nada.

Los niños no tienen los mismos deseos que los hombres, pero, sometidos como ellos a la suciedad que hiere los sentidos, por ese solo sometimiento pueden recibir las mismas lecciones de decencia. Seguid el espíritu de la naturaleza que, colocando en los mismos lugares los órganos de los placeres secretos y los de las necesidades repugnantes, nos inspira los mismos cuidados a diferentes edades, tan pronto por una idea como por otra; al hombre por la modestia, al niño por la limpieza.

Sólo veo un buen medio para conservar a los niños su inocencia: que cuantos los rodean la respeten y la amen. Sin eso, todo el comedimiento que tratemos de usar con ellos queda desmentido tarde o temprano; una sonrisa, un guiño, un gesto que se escapa les dicen cuanto tratamos de ocultarles; para comprender, les basta ver que ha querido ocultárselе. La delicadeza de giros y expresiones que utilizan entre sí las gentes corteses, suponiendo luces que los niños no deben tener, está completamente fuera de lugar con ellos, pero cuando se honra realmente su sencillez, es fácil captar, al hablarles, la de los términos que les convienen. Hay cierta ingenuidad de lenguaje que conviene y agrada a la inocencia: he ahí el verdadero tono que aparta a un niño de la curiosidad peligrosa. Hablándoles sencillamente de todo no se les deja sospechar que queda algo más por decir. Uniendo a las palabras groseras las ideas desagradables que le convienen, se ahoga el primer fuego de la imaginación; no se le prohíbe pronunciar esas palabras y tener esas ideas, sino que se le hace sentir, sin que se dé cuenta, repugnancia hacia su recuerdo, y ¡de cuántos apuros no saca esa ingenua libertad a quienes extrayéndola de su propio corazón dicen siempre lo que hay que decir, y siempre lo dicen como lo han sentido!

¿Cómo se hacen los niños? Pregunta embarazosa que se ocurre de forma bastante natural a los jóvenes y cuya respuesta indiscresta o prudente decide a veces sobre sus costumbres y su salud para toda la vida. La forma más corta que una madre imagina para desembarazarse de ella sin engañar a su hijo es imponerle silencio: eso estaría bien si desde mucho tiempo atrás se le hubiera acostumbrado a ese silencio en cuestiones indiferentes y él no sospechara misterio en ese nuevo tono. Pero rara vez se comporta así la madre. *Es el secreto de las personas casadas,* le dirá; *los niños pequeños no deben ser tan curiosos.* Eso está muy bien para que la madre salga del apuro; pero ha de saber que, picado por ese aire despectivo, el niño no parará hasta conocer el secreto de las personas casadas, y que no tardará en saberlo.

Permítaseme referir una respuesta muy distinta que oí dar a la misma pregunta y que me sorprendió, sobre todo porque partía de una mujer tan modesta en sus palabras como en sus modales, pero que, llegado el caso, sabía pisotear por el bien de su hijo y por la virtud el falso temor a la censura y las vanas palabras de los graciosos. No hacía mucho tiempo el niño había arrojado en los orines una piedrecilla que le había desgarrado la uretra, pero el pasado mal ya estaba olvidado. *Mamá,* dijo el pequeño atolondrado, *¿Cómo se hacen los niños? Hijo mío,* responde la madre sin dudar, *las mujeres los orinan con dolores que a veces les cuestan la vida.* Que los locos rían y los necios se escandalicen: pero que los sabios busquen si alguna vez hallaron una respuesta más juiciosa, y que mejor vaya a sus fines.

En primer lugar, la idea de una necesidad natural y conocida del niño aparta la de una operación misteriosa. Las ideas accesorias al dolor y la muerte cubren aquella con un velo de tristeza que amortigua la imaginación y reprime la curiosidad; todo induce al espíritu hacia las secuelas del parto y no a sus causas. Enfermedades de la naturaleza humana, objetos repugnantes, imágenes de sufrimiento, he ahí las aclaraciones a que lleva esa respuesta, si la repugnancia que inspira permite al niño preguntarlas. En conversaciones así orientadas, ¿por dónde tendrá ocasión de nacer la inquietud de los deseos? Y, sin embargo, veis que la verdad no ha sido

alterada, ni ha habido necesidad de engañar al alumno en lugar de instruirle.

Vuestros hijos leen; reciben en sus lecturas conocimientos que no tendrían si no hubieran leído. Si estudian, la imaginación se enciende y agudiza en el silencio del gabinete; si viven en sociedad, oyen una jerga extraña, ven ejemplos que les sorprenden; se les ha persuadido tan bien de que eran hombres que, en cuanto los hombres hacen en presencia suya, buscan inmediatamente cómo puede convenirles aquello; es menester que las acciones de otros les sirvan de modelo cuando los juicios de otros les sirven de ley. Los criados a quienes se hace depender de ellos, interesados por consiguiente en agradarles, les hacen la corte a expensas de las buenas costumbres; ayas risueñas les dicen a los cuatro años palabras que la más desvergonzada no osaría decirles a los quince. Ellas olvidan pronto lo que han dicho, más ellos no olvidan lo que han oído. Las conversaciones licenciosas preparan las costumbres libertinas; el criado bribón hace disoluto al niño, y el secreto de uno sirve de garantía al otro.

El niño educado según su edad está solo. No conoce más afectos que los del hábito; ama a su hermana como a su reloj, y a su amigo como a su perro. No se siente de ningún sexo, de ninguna especie; el hombre y la mujer le son igualmente extraños; no refiere a sí mismo nada de lo que hacen ni de lo que dicen; no lo ve ni lo entiende, o no le presta ninguna atención; sus palabras no le interesan más que sus ejemplos; todo eso no está hecho para él. No es un error artificioso el que se le da mediante tal método, es la ignorancia de la naturaleza. Llega el momento en que la misma naturaleza se cuida de ilustrar a su alumno, y sólo entonces le ha puesto ella en condiciones de aprovechar sin riesgo las lecciones que le da. Ése es el principio; no es de mi incumbencia dar las reglas en detalle; los medios que propongo para alcanzar otros objetivos todavía sirven de ejemplo para éste.

¿Queréis poner orden y regla en las pasiones nacientes? Ampliad el espacio durante el que se desarrollan, para que tengan tiempo de disponerse a medida que nacen. Entonces no es el hombre quien las ordena, es la naturaleza misma; vuestro único cuidado consiste en dejarle preparar su trabajo. Si vuestro alumno estuviera solo, no tendríais nada que hacer;

pero cuanto le rodea inflama su imaginación. El torrente de los prejuicios lo arrastra: para retenerle hay que empujarlo en sentido contrario. Es menester que el sentimiento encadene la imaginación, y que la razón acalle la opinión de los hombres. La fuente de todas las pasiones es la sensibilidad, la imaginación determina su inclinación. Todo ser que siente sus relaciones debe quedar afectado cuando sus relaciones se alteran, y cuando las imagina o cree imaginarlas más convenientes a su naturaleza. Son los errores de la imaginación los que transforman en vicios las pasiones de todos los seres limitados, incluso de los ángeles, si las tienen*; porque tendrían que conocer la naturaleza de todos los seres para saber qué relaciones convienen mejor a la suya.

He aquí, pues, el sumario de toda sabiduría humana en el uso de las pasiones: 1º Sentir las verdaderas relaciones del hombre tanto en la especie como en el individuo; 2º Ordenar todos los afectos del alma según esas relaciones.

Pero, ¿es el hombre dueño de ordenar sus afectos según tales o cuales relaciones? Desde luego, siempre que sea dueño de dirigir su imaginación hacia tal o cual objeto, o de darle tal o cual hábito. Por otra parte, aquí se trata menos de lo que un hombre puede hacer sobre sí mismo que de lo que nosotros podemos hacer sobre nuestro alumno mediante la elección de las circunstancias en que lo situamos. Exponer los medios propios para mantenerle en el orden de la naturaleza supone decir bastante sobre cómo puede salir de él.

Mientras su sensibilidad quede limitada a su individuo, no hay nada moral en sus acciones; sólo cuando empieza a salir fuera de él, capta primero los sentimientos, luego las nociones del bien y del mal, que le constituyen verdaderamente hombre y parte integrante de su especie. Por tanto es en este primer punto en el que hemos de centrar primero nuestras observaciones.

Resulta difícil, porque para hacerlas hay que rechazar los ejemplos que están ante nuestros ojos, y buscar aquellos en

* Esta última frase es una corrección hecha por Rousseau en pruebas; en el original había escrito: «si los hay». Más adelante, en la *Profesión de fe del Vicario Saboyano* se planteará el problema de la existencia de los ángeles.

que los desarrollos sucesivos se producen según el orden de la naturaleza.

Un niño formado, cortés, civilizado, que sólo espera el poder de poner en práctica las instrucciones prematuras que ha recibido, nunca se engaña sobre el momento en que ese poder le llega. Lejos de esperarlo, lo acelera; da a su sangre una fermentación precoz; sabe cuál ha de ser el objeto de sus deseos, mucho antes incluso de experimentarlos. No es la naturaleza lo que le excita, es él quien la fuerza: ella ya no tiene nada que enseñarle al hacerle hombre. Lo era por el pensamiento mucho antes de serlo en efecto.

La verdadera marcha de la naturaleza es más gradual y más lenta. Poco a poco la sangre se inflama, los espíritus se elaboran y el temperamento se forma. El prudente obrero que dirige la fábrica se preocupa de perfeccionar todos sus instrumentos antes de ponerlos a funcionar; una larga inquietud precede a los primeros deseos, una larga ignorancia los engaña, se desea sin saber qué: la sangre fermenta y se agita; una superabundancia de vida trata de extenderse hacia fuera. La vista se anima y recorre los demás seres; se empieza a tomar interés por aquellos que nos rodean; se empieza a sentir que uno no está hecho para vivir solo; así es como se abre el corazón a los afectos humanos y se vuelve capaz de apego.

El primer sentimiento de que es susceptible un joven cuidadosamente educado no es el amor, es la amistad. El primer acto de su imaginación naciente es enseñarle que tiene semejantes, y la especie lo afecta antes que el sexo. Ahí tenemos, pues, otra ventaja de la inocencia prolongada; consiste en aprovechar la sensibilidad naciente para echar en el corazón del joven adolescente las primeras semillas de la humanidad. Ventaja más preciosa sobre todo por ser el único período de la vida en que los mismos cuidados pueden lograr un auténtico éxito.

Siempre he visto que los jovenes corrompidos desde hora temprana, y entregados a las mujeres y al desenfreno, eran inhumanos y crueles; la fogosidad del temperamento los volvía impacientes, vengativos, furiosos: su imaginación, consagrada a un objetivo único, rechazaba todo lo demás, no conocían ni piedad ni misericordia; habrían sacrificado padre, madre y el universo entero al menor de sus placeres. Por el contrario, un

joven educado en una dichosa simplicidad es llevado por los primeros movimientos de la naturaleza hacia las pasiones tiernas y afectuosas; su corazón compasivo se conmueve ante las penas de sus semejantes; se estremece de contento cuando vuelve a ver a su camarada, sus brazos saben encontrar abrazos cariñosos, sus ojos derramar lágrimas de ternura; es sensible a la vergüenza de desagradar, al pesar de haber ofendido. Si el ardor de una sangre que se inflama lo vuelve vivaz, arrebatado, colérico, al momento siguiente vemos toda la bondad de su corazón en la efusión de su arrepentimiento; llora, gime sobre la herida que ha causado, querría rescatar al precio de su sangre la que ha derramado; todo su arrebato se extingue, todo su orgullo se humilla ante el sentimiento de su falta. ¿Que es él el ofendido? En el colmo de su furor una excusa, una palabra lo desarma; perdona los errores de los otros de tan buen corazón como repara los suyos. La adolescencia no es la edad ni de la venganza ni del odio, es la edad de la conmiseración, de la clemencia, de la generosidad. Sí, lo sostengo, y no temo que la experiencia me desmienta, un niño que no es mal nacido y que hasta los veinte años ha conservado su inocencia, a esa edad es el más generoso, el mejor, el más amante y más amable de los hombres. Nunca os han dicho nada semejante; lo creo: vuestros filósofos educados en toda la corrupción de los colegios no se preocupan de saber esto.

Es la debilidad del hombre la que lo vuelve sociable: son nuestras miserias comunes las que llevan nuestros corazones hacia la humanidad, nada le deberíamos si no fuéramos hombres. Todo apego es un signo de insuficiencia: si cada uno de nosotros no tuviéramos ninguna necesidad de los demás, apenas pensaríamos en unirnos a ellos. Asi, de nuestra enfermedad misma nace nuestra endeble dicha. Un ser verdaderamente feliz es un ser solitario: sólo Dios goza de una dicha absoluta; mas ¿quién de nosostros se forma siquiera idea de ella? Si algún ser imperfecto pudiera bastarse a sí mismo, ¿de qué gozaría, en nuestra opinión? Estaría solo, sería miserable. No concibo que quien nada necesita pueda amar algo; no concibo que quien no ama nada pueda ser feliz.

De donde se sigue que nos vinculamos a nuestros semejantes menos por el sentimiento de sus placeres que por el de sus pesares; porque en éstos captamos mucho mejor la identidad

de nuestra naturaleza y las garantías de su apego hacia nosotros. Si nuestras necesidades comunes nos unen por interés, nuestras miserias comunes nos unen por afección. El aspecto de un hombre feliz inspira a los demás menos amor que envidia; de buen grado le acusaríamos de usurpar un derecho que no tiene al gozar de una felicidad exclusiva, y el amor propio sufre todavía, al hacernos sentir que ese hombre no tiene ninguna necesidad de nosotros. Mas ¿quién no compadece al desgraciado al que ve sufrir? ¿Quién no querría liberarlo de sus males si bastara para ello un deseo? La imaginación nos pone en el lugar del miserable mucho más que el hombre feliz; sentimos que uno de esos estados nos afecta más de cerca que el otro. La piedad es dulce, porque al ponernos en el lugar del que sufre sentimos el placer, sin embargo, de no sufrir como él. La envidia es amarga, porque el aspecto de un hombre feliz, lejos de colocar al envidioso en su lugar le proporciona el pesar de no estar en él. Parece que el uno no exime de los males que sufre el otro y el otro nos quita los bienes de que goza.

¿Queréis pues excitar y alimentar en el corazón de un joven lo primeros movimientos de la sensibilidad naciente y orientar su carácter hacia la beneficencia y hacia la bondad? No hagáis germinar en él el orgullo, la vanidad, la envidia con la engañosa imagen de la felicidad de los hombres; no expongáis primero a sus ojos la pompa de las cortes, el fasto de los palacios, el atractivo de los espectáculos; no lo paseéis por los círculos, por las brillantes asambleas. No le mostréis el exterior de la buena sociedad sino después de haberle puesto en situación de apreciarla en sí misma. Mostarle el mundo antes de que conozca a los hombres no es formarlo, es corromperlo; no es instruirlo, es engañarlo.

Los hombres no son por naturaleza ni reyes, ni grandes, ni cortesanos, ni ricos. Todos han nacido desnudos y pobres, todos sometidos a las miserias de la vida, a los pesares, a los males, a las necesidades, a los dolores de toda especie; finalmente, todos están condenados a la muerte. He ahí lo que es realmente el hombre; he ahí eso de lo que ningún mortal está exento. Empezad, pues, por estudiar de la naturaleza humana lo más inseparable a ella, lo que mejor constituye la humanidad.

A los dieciséis años el adolescente sabe lo que es sufrir, porque ha sufrido él mismo; pero apenas sabe que también otros seres sufren; verlo sin sentirlo no es saberlo, y, como he repetido cien veces, al no imaginar el niño lo que sienten los otros no conoce más males que los suyos; pero cuando el primer desarrollo de los sentidos enciende en él el fuego de la imaginación, empieza a sentirse en sus semejantes, a conmoverse con sus quejas y a sufrir con sus dolores. Es entonces cuando el triste cuadro de la humanidad doliente debe llevar a su corazón el primer enternecimiento que haya experimentado jamás.

Si ese momento no es fácil de observar en vuestros niños, ¿a quién culparéis? Les enseñáis desde hora tan temprana a disimular el sentimiento, les instruís tan pronto en su lenguaje que hablando siempre en el mismo tono vuelven vuestras lecciones contra vosotros mismos, y no os dejan medio alguno de distinguir cuándo, dejando de mentir, empiezan a sentir lo que dicen. Pero ved a mi Emilio: a la edad a que le he llevado no ha sentido ni mentido. Antes de saber qué sea amar no ha dicho a nadie: *Os amo.* No se le ha prescrito la compostura que debía adoptar al entrar en el cuarto de su padre, de su madre, o de su preceptor enfermo; no se le ha enseñado el arte de fingir la tristeza que no tenía. No ha fingido llorar por la muerte de nadie, porque no sabe lo que es morir. La misma insensibilidad que tiene en el corazón está también en sus modales. Indiferente a todo salvo a sí mismo, como todos los demás niños, no se toma interés por nadie; lo único que le distingue es que no quiere parecer que lo toma, y que no es falso como ellos.

Habiendo reflexionado poco sobre los seres sensibles, Emilio sabrá tarde lo que es sufrir y morir. Las quejas y los gritos comenzarán a agitar sus entrañas, la vista de la sangre que corre le hará apartar los ojos, las convulsiones de un animal que expira le darán no sé qué angustia, antes de que sepa de dónde le vienen esos nuevos movimientos. Si hubiera permanecido estúpido y bárbaro, no los tendría, si fuera más instruido conocería su fuente; ya ha comparado demasiadas ideas para no sentir nada, pero no las suficientes para concebir lo que siente.

Así nace la piedad, primer sentimiento relativo que afecta

al corazón humano según el orden de la naturaleza. Para volverse sensible y compasivo es preciso que el niño sepa que hay seres semejantes a él, que sufren lo que él ha sufrido, que sienten los dolores que él ha sentido, y otros de los que debe tener idea porque también puede sentirlos. En efecto, ¿cómo nos dejamos conmover por la piedad si no es trasladándonos fuera de nosostros e identificándonos con el animal sufriente? ¿Abandonando por así decirlo nuestro ser para tomar el suyo? Sólo sufrimos cuando juzgamos que él sufre; no es en nosotros, es en él donde sufrimos. De este modo, nadie se vuelve sensible cuando su imaginación se anima y empieza a transportarle fuera de él.

Para excitar y nutrir esta sensibilidad naciente, para guiarla o seguirla en su inclinación natural, ¿que hemos de hacer, si no es ofrecer al joven objetos sobre los que pueda obrar la fuerza expansiva de su corazón, que lo dilaten, que lo saquen hacia los demás seres, que le hagan encontrarse por doquier fuera de sí, apartar con cuidado aquellos que lo constriñen, lo concentran y tensan el resorte del yo humano? Lo cual equivale, en otros términos, a excitar en él toda la bondad, la humanidad, la conmiseración, la beneficencia, todas las pasiones atractivas y dulces que agradan naturalmente a los hombres, y a impedir que nazca la envidia, la codicia, el odio, todas las pasiones repugnantes y crueles que, por así decir, no sólo anulan la sensibilidad sino que además la vuelven negativa, y constituyen el tormento de quien las experimenta.

Creo poder resumir todas las reflexiones anteriores en dos o tres máximas precisas, claras y fáciles de captar.

PRIMERA MÁXIMA

No es propio del corazón humano ponerse en el lugar de personas que son más felices que nosotros, sino sólo de aquellas que son más de compadecer.

Si se encuentran excepciones a esta máxima, son más aparentes que reales. Así, no nos ponemos en el lugar del rico o del grande al que nos unimos; aunque esa unión sea sincera, no hacemos más que apropiarnos de una parte de su bienestar.

A veces se le ama en sus desgracias, pero mientras prospera no hay más amigo verdadero que aquel que no es víctima de las apariencias y que le compadece más que lo envidia, a pesar de su prosperidad.

Nos conmueve la felicidad de ciertos estados, por ejemplo de la vida campestre y pastoril. El encanto de ver a esas buenas gentes felices no lo envenena la envidia, nos interesamos verdaderamente por ellas; ¿por qué? Porque nos sentimos capaces de bajar a ese estado de paz y de inocencia, y de disfrutar de la misma felicidad: es un mal menor que no sugiere sino ideas agradables, dado que basta con querer gozarlos para poder hacerlo. Siempre es placentero ver los recursos de uno, contemplar el propio bien, aún cuando no se quiera usarlo.

De donde se deduce que para llevar un joven a la humanidad, lejos de hacerle admirar el destino brillante de los demás, hay que mostrárselo por los lados tristes, hay que hacérselo temer. Luego, por una consecuencia evidente, debe abrirse una ruta hacia la felicidad que no camine sobre las huellas de nadie.

SEGUNDA MAXIMA

Nunca se compadecen en los demás sino los males de los que no nos creemos exentos.

«*Non ignara mali, miseris sucurrere disco*»*.

No conozco nada tan hermoso, tan profundo, tan conmovedor, tan verdadero como ese verso.

¿Por qué los reyes son despiadados con sus súbditos? Porque cuentan con no ser nunca hombres. ¿Por qué los ricos son tan duros con los pobres? Porque no temen volverse pobres. ¿Por qué la nobleza siente un desprecio tan grande por el pueblo? Porque un noble nunca será pechero. ¿Por qué los turcos son generalmente más humanos, más hospitalarios que

* «Porque no ignoro las desgracias, sé socorrer a los miserables» (Virgilio, *Eneida*, I, 630).

nosotros? Porque, en su gobierno completamente arbitrario, por ser siempre la grandeza y la fortuna de los particulares precarias y vacilantes, no consideran el envilecimiento y la miseria un estado extraño a ellos[2]; todos y cada uno puede ser mañana lo que hoy es la persona a la que socorre. Esta reflexión, que constantemente se repite en las novelas orientales, da a su lectura un no sé qué de enternecedor que no tiene toda la afectación de nuestra seca moral.

No acostumbréis, pues, a vuestro alumno a mirar desde lo alto de su gloria las penas de los infortunados, los trabajos de los miserables, ni esperéis enseñarle a compadecerlos si los considera como extraños a él. Hacedle comprender bien que la suerte de esos desgraciados puede ser la suya, que todos sus males están bajo sus pies, que mil acontecimientos imprevistos e inevitables pueden sumirlo en ellos de un momento a otro. Enseñadle a no contar ni con el nacimiento, ni con la salud, ni con las riquezas, mostradle todas las vicisitudes de la fortuna, buscadle los ejemplos, siempre demasiado frecuentes, de gentes que, desde un estado más alto que el suyo han caído por debajo de esos desventurados: que sea por culpa suya o no, no es ésa ahora la cuestión; ¿sabe incluso lo que es culpa? Nunca hagáis intrusiones en el orden de sus conocimientos, y no lo aclaréis sino por las luces que están a su alcance: no necesita ser muy sabio para comprender que toda la prudencia humana no puede responderle sobre si dentro de una hora estará vivo o muerto; si los dolores de la nefritis no le harán rechinar los dientes antes de la noche, si dentro de un mes será rico o pobre, si dentro de un año tal vez no remará bajo el vergajo en las galeras de Argel. No vayáis a decirle todo esto fríamente como su catecismo: que vea, que sienta las calamidades humanas: conmoved, atemorizad su imaginación con los peligros de que todo hombre está constantemente rodeado; que vea a su alrededor todos esos abismos, y que al oíros describírselos se arrime a vos por miedo a caer en ellos. Lo volveremos tímido y cobarde, diréis. Luego veremos eso, por ahora empecemos por hacerle humano; eso es, sobre todo, lo que nos importa.

TERCERA MÁXIMA

La piedad que tenemos del mal de otros no se mide por la cantidad de ese mal, sino por el sentimiento que atribuimos a quienes lo sufren.

Sólo se compadece a un desgraciado mientras lo creemos digno de compasión. El sentimiento físico de nuestros males es más limitado de lo que parece; pero las que nos vuelven verdaderamente dignos de compasión son la memoria, que nos hace sentir su continuidad, y la imaginación, que los extiende al futuro. Ésa es, en mi opinión, una de las causas que nos endurecen frente a los males de los animales más que frente a los hombres, aunque la sensibilidad común debiera identificarnos igualmente con ellos. Apenas compadecemos a un caballo de carretero en su cuadra, porque no presumimos que mientras come su heno piense en los golpes que ha recibido y en las fatigas que le esperan. Tampoco nos compadecemos de un cordero que vemos pastar, aunque sepamos que pronto será degollado; porque juzgamos que él no prevé su destino. Por extensión nos endurecemos igual con el destino de los hombres, y los ricos se consuelan del mal que hacen a los pobres suponiéndoles lo bastante estúpidos para no sentir nada de ellos. En general, juzgo el precio que cada uno pone a la felicidad de sus semejantes por el caso que parece hacer de ellos. Es natural que se haga poco caso de la felicidad de gentes que se desprecian. No os asombréis, pues, si los políticos hablan del pueblo con tanto desdén, ni si la mayoría de los filósofos fingen hacer al hombre tan malvado.

Es el pueblo el que compone el género humano; lo que no es pueblo es tan poca cosa que no merece la pena tenerlo en cuenta. El hombre es el mismo en todos los estados: si esto es así, los estados más numerosos merecen el mayor respeto. Ante quien piensa, todas las distinciones civiles desaparecen: ve las mismas pasiones, los mismos sentimientos en el patán y en el hombre ilustre; en ellos no discierne sino su lenguaje, sino un colorido más o menos afectado, y si alguna diferencia esencial los distingue es en perjuicio de los más disimulados. El pueblo se muestra tal cual es, y no es digno de estima; pero

es menester que las gentes de mundo se disfracen; si se mostraran tal cual son, causarían horror.

También dicen nuestros sabios que hay igual dosis de felicidad y de pena en todos los estados: máxima tan funesta como insostenible; porque si todos son igualmente felices, ¿que necesidad tengo de molestarme por nadie? Que cada cual se quede como está; que el esclavo sea maltratado, que el enfermo sufra, que el pordiosero perezca; nada ganan cambiando de estado. Enumeran las penas del rico y muestran la inanidad de sus vanos placeres: ¡qué burdo sofisma! Las penas del rico no le vienen de su estado, sino sólo de él, que abusa de ese estado. Aunque fuera más desventurado que el pobre mismo, no hay que compadecerle, porque sus males son todos obra suya, y sólo de él depende ser feliz. Mas la pena del miserable le viene de las cosas, del rigor del destino que sobre él pesa. No hay hábito que le pueda quitar el sentimiento físico de la fatiga, del agotamiento, del hambre: ni las buenas intenciones ni la prudencia sirven de nada para eximirle de los males de su estado. ¿Qué gana Epicteto previendo que su amo va a romperle la pierna? ¿Deja de rompérsela por eso? Tiene, además de su mal, el mal de la previsión*. Aún cuando el pueblo fuera tan sensato como estúpido lo suponemos, ¿qué podría ser además de lo que es, qué podría hacer además de lo que hace? Estudiad a las gentes de ese orden, veréis que bajo otro lenguaje tienen tanto ingenio y más sensatez que vos. Respetad, pues, vuestra especie; pensad que está compuesta esencialmente de la colección de los pueblos, que, aun cuando todos los reyes y todos los filósofos fueran suprimidos, se notaría poco y las cosas no irían peor. En una palabra, enseñad a vuestro alumno a amar a todos los hombres, e incluso a aquellos que los desprecian; haced de modo que no se sitúe en ninguna clase, sino que esté en todas; delante de él hablad del género humano con ternura, con piedad incluso, nunca con desprecio. Hombre, no deshonres al hombre.

Por estas rutas y otras semejantes, muy contrarias a las que

---

* Orígenes cuenta (*Contra Celso*, VII, 53) que cierto día en que su amo Epafrodita le golpeaba en la pierna, Epicteto le dijo: «Ya verás como me la rompes». Cosa que ocurrió. Epicteto se limitó a constatar: «Ya te lo había dicho».

hay abiertas, es por donde conviene penetrar en el corazón de un joven adolescente para animar en él los primeros movimientos de la naturaleza, desarrollarlo y sacarlo hacia sus semejantes; a lo cual añado que importa mezclar a esos movimientos el menor interés personal posible; sobre todo nada de vanidad, nada de emulación, nada de gloria, nada de esos sentimientos que nos fuerzan a compararlos a los demás; porque esas comparaciones nunca se hacen sin alguna impresión de odio contra quienes nos disputan la preferencia, aunque sólo fuera en nuestra propia estima. Entonces hay que taparse los ojos o irritarse, ser un malvado o un necio; tratemos de evitar esta alternativa. Esas pasiones tan peligrosas nacerán antes o después, me dicen, a pesar nuestro. No lo niego; cada cosa a su tiempo y en su lugar; sólo digo que no hay que ayudarlas a nacer.

He ahí el espíritu del método que hay que prescribirse. Ahí son inútiles los ejemplos y los detalles, porque ahora empieza la división casi infinita de los caracteres, y porque cada ejemplo que yo diese tal vez sólo convendría a uno de cien mil. En el maestro hábil, es a esa edad también cuando empieza la verdadera función del observador y del filósofo que conoce el arte de sondar los corazones cuando trabaja para formarlos. Mientras el joven no piense todavía en fingir, y aún no haya aprendido, a cada objeto que se le presente se ve en su aire, en sus ojos y en su gesto la impresión que de él recibe: en su rostro se leen todos los movimientos de su alma; a fuerza de espiarlos consigue preverlos y en última instancia a dirigirlos.

Por regla general se observa que la sangre, las heridas, los gritos, los gemidos, el aparato de las operaciones dolorosas, y todo cuanto lleva a los sentidos objetos de sufrimiento, capta antes y más generalmente a todos los hombres. Al ser más compleja la idea de destrucción, no sorprende igual; la imagen de la muerte conmueve más tarde y más debilmente, porque nadie tiene ante sí la experiencia de morir; hay que haber visto cadáveres para sentir las angustias de los agonizantes. Mas una vez que esa imagen se ha formado bien en nuestro espíritu, no hay espectáculo más horrible a nuestros ojos; sea a causa de la idea de destrucción total que entonces ofrece por los sentidos, sea porque, sabiendo inevitable ese momento

para todos los hombres, nos sentimos afectados más vivamente por una situación a la que estamos seguros de que no podremos escapar.

Estas impresiones diversas tienen sus modificaciones, sus grados, que dependen del carácter particular de cada individuo y de sus hábitos anteriores; pero son universales, y nadie está del todo exento de ellas. Las hay más tardías y menos generales, que son más propias de las almas sensibles. Son las que recibimos de las penas morales, de los dolores internos, de las aflicciones, de las languideces, de la tristeza. Hay gentes que no pueden ser conmovidas más que a gritos y con llantos; los largos y sordos gemidos de un corazón acongojado de angustia nunca les han arrancado suspiros; nunca la visión de un continente abatido, de un rostro macilento y plomizo, de una mirada apagada y que ya no puede llorar, les hizo llorar a ellos mismos; los males del alma nada son para ellos; están juzgados, la suya no siente nada: no esperéis de ellos otra cosa que rigor inflexible, dureza, crueldad. Podrán ser íntegros y justos, nunca clementes, generosos ni compasivos. Digo que podrán ser justos si es que puede serlo un hombre cuando no es misericordioso.

Mas no os apresuréis a juzgar a los jóvenes por esta regla, sobre todo a los que, habiendo sido educados como debían serlo, no tienen idea alguna de las penas morales que jamás se les ha hecho experimentar, porque, repitámoslo una vez más, sólo pueden compadecer los males que conocen; y esa aparente insensibilidad, que sólo procede de la ignorancia, se trueca pronto en enternecimiento cuando empiezan a sentir que en la vida humana hay mil dolores que no conocían. En cuanto a mi Emilio, si ha sido sencillo y sensato en su infancia, estoy seguro de que tendrá alma y sensibilidad en su juventud; porque la verdad de los sentimientos tiene mucho que ver con la rectitud de las ideas.

Pero ¿por qué recordarlo aquí? Más de un lector me reprochará, sin duda, el olvido de mis primeras resoluciones, y de la dicha constante que había prometido a mi alumno. ¡Desgraciados, moribundos, espectáculos de dolor y de miseria! ¡Qué dicha, qué goce para un joven corazón que nace a la vida! Su triste preceptor, que le preparaba una educación tan dulce, sólo le hace nacer para sufrir. Se dirá lo siguiente: ¿qué

me importa? He prometido hacerle feliz, no hacer que parezca que lo es. ¿Es culpa mía si, víctima siempre de la apariencia, la tomáis por la realidad?

Tomemos dos jóvenes saliendo de la primera educación y entrando en el mundo por dos puertas directamente opuestas. El uno sube de golpe al Olimpo, y se muestra en la más brillante sociedad. Lo llevan a la corte, entre los grandes, entre ricos, entre mujeres hermosas. Lo supongo festejado en todas partes, y no examino el efecto de esa acogida sobre su razón; supongo que lo resiste. Los placeres vuelan delante de él, cada día nuevos objetos lo divierten, se entrega a todo con un interés que os seduce. Lo veis atento, diligente, curioso; su primera admiración os impresiona; lo creéis contento; mas ved el estado de su alma; vosotros creéis que goza; yo creo que sufre.

¿Qué es lo primero que percibe al abrir los ojos? Multitud de pretendidos bienes que no conocía, que en su mayor parte, por no estar más que un momento a su alcance, sólo parecen mostrarse a él para darle el pesar de estar privado de ellos. ¿Que se pasea por un palacio? En su inquieta curiosidad le veis preguntarse por qué su casa paterna no es así. Todas su preguntas os dicen que constantemente se compara con el dueño de la casa; y cuanto de mortificante para él encuentra en esa comparación agudiza su vanidad sublevándola. Si tropieza con un joven mejor vestido que él, lo veo murmurar en seceto contra la avaricia de sus padres. ¿Que va él mejor arreglado que otro? Sufre viendo a ese otro oscurecerlo por su nacimiento y por su ingenio, y todos sus dorados quedan humillados ante un sencillo traje de paño. ¿Brilla solo en una asamblea? ¿Se alza de puntillas para ser mejor visto? ¿Quién no tiene una secreta disposición a rebajar el aire soberbio y vano de un joven fatuo? Todo se une pronto como de consuno; las miradas inquietantes de un hombre grave, las frases burlonas de un cáustico no tardan en llegar hasta él; y aunque sólo sea despreciado por un solo hombre, el desprecio de ese hombre envenena al instante los aplausos de los otros.

Concedámosle todo; prodiguémosle los encantos, el mérito; que esté bien formado, que sea ingenioso, amable: será buscado por las mujeres; pero al buscarlo ellas antes de que él las ame, lo volverán más loco que enamorado: gozará de buenas

ocasiones, mas no tendrá ni transportes ni pasión para saborearlas. Siempre prevenidos sus deseos al no tener nunca tiempo de nacer, en el seno de los placeres no siente más que el hastío de la incomodidad; el sexo hecho para la dicha del suyo le asquea y le harta antes incluso de conocerlo; si sigue viéndolo es sólo por vanidad; y aunque se uniera a él por un gusto verdadero, no será el único joven, el único brillante, el único amable, y no siempre encontrará en sus amantes prodigios de fidelidad.

No quiero hablar de los enredos, de las traiciones, de las perfidias, de los arrepentimientos de toda clase inseparables de semejante vida. La experiencia del mundo aburre de él, ya se sabe; sólo hablo de las desilusiones inherentes a la primera ilusión.

¡Qué contraste, para aquel que, encerrado hasta ahora en el seno de su familia y de sus amigos, se ha visto el objeto único de todas sus atenciones, entrar de golpe en un orden de cosas en que es tenido en tan poco, encontrarse como ahogado en una esfera extraña, él, que tanto tiempo fue el centro de la suya! ¡Cuántas afrentas, cuantas humillaciones no ha de enjugar antes de perder, entre desconocidos, los prejuicios de su importancia aprendidos y alimentados entre los suyos! De niño, todo cedía a él, todo era solicitud a su alrededor; de joven, es menester que ceda a todo el mundo; o, a poco que lo olvide y conserve sus pasados aires, ¡cuántas duras lecciones van a hacerle replegarse en sí mismo! El hábito de obtener fácilmente los objetos de sus deseos lo lleva a desear mucho, y le hacer sentir privaciones continuas. Todo lo que le halaga, le tienta; cuanto otros tienen, querría tenerlo: ambiciona todo, siente envidia por todo el mundo, querría dominar en todas partes; la vanidad le roe, el ardor de los deseos desenfrenados inflama su joven corazón; los celos y el ocio nacen con ellos; todas las pasiones devoradoras arrancan de ahí a un tiempo: él lleva su agitación al tumulto del mundo; la vuelve a traer consigo todas las noches; regresa descontento de sí y de los otros; se duerme lleno de mil proyectos vanos, turbado por mil fantasías; y su orgullo le pinta hasta en sueños los quiméricos bienes cuyo deseo le atormenta, y que no poseerá en su vida. ¡Ahí tenéis a vuestro alumno! Veamos el mío.

Si el primer espectáculo que le sorprende es un objeto de

tristeza, el primer repliegue sobre sí mismo es un sentimiento de placer. Al ver de cuántos males está exento, se siente más feliz de lo que pensaba ser. Comparte las penas de sus semejantes; mas esa acción de compartir es voluntaria y dulce. Disfruta a la vez de la piedad que tiene por sus males, y de la felicidad que lo exime de ellos; se siente en ese estado de fuerza que nos saca fuera de nosotros mismos, y nos hace llevar a otra parte la actividad superflua a nuestro bienestar. Para compadecer el mal de otro, hay que conocerlo sin duda, pero no hay que sentirlo. Cuando se ha sufrido, o cuando se teme sufrir, se compadece a los que sufren; pero mientras uno sufre, no se compadece más que de sí mismo. Mas si, sometidos todos a las miserias de la vida, ninguno concede a los demás sino la sensibilidad que no necesita para sí mismo en el momento, se sigue que la conmiseración debe ser un sentimiento muy dulce, puesto que declara en favor nuestro, y que, al contrario, un hombre duro es siempre desgraciado, puesto que el estado de su corazón no le deja ningún sobrante de sensibilidad que pueda ofrecer a las penas de otro.

Sobre la felicidad juzgamos demasiado por las apariencias; la suponemos donde menos está; la buscamos donde no podría estar: la alegría no es más que un signo equívoco. Un hombre alegre no es a menudo más que un infortunado que trata de engañar a los demás y aturdirse a sí mismo. Esas personas tan risueñas, tan abiertas, tan serenas en su círculo, son casi todas tristes y gruñonas en su casa, y sus criados sufren la pena del entretenimiento que ellos ofrecen a sus amistades. El verdadero contento no es ni alegre ni juguetón; celoso de un sentimiento tan dulce, cuando se disfruta se piensa en él, se lo saborea, se teme que se evapore. Un hombre realmente feliz no habla apenas y apenas se ríe; por así decir, cierra la felicidad alrededor de su corazón. Los juegos ruidosos, la alegría turbulenta velan los disgustos y el hastío. Pero la melancolía es amiga de la voluptuosidad: el enternecimiento y las lágrimas acompañan a los más dulces gozos y la excesiva alegría misma arranca más lágrimas que risas.

Si al principio la multitud y variedad de diversiones parecen contribuir a la felicidad, si la uniformidad de una vida igual parece enojosa al principio, mirándola mejor encontramos, por el contrario, que el hábito más dulce del alma consiste en una

moderación de goce que deja poco lugar al deseo y al disgusto. La inquietud de los deseos produce la curiosidad, la inconstancia; el vacío de los turbulentos placeres produce el hastío. Nunca se hastía de un estado quien no lo conoce más agradable. De todos los hombres del mundo, los salvajes son los menos curiosos y los menos hastiados; todo les es indiferente: no gozan de las cosas, sino de ellos mismos; pasan su vida sin hacer nada y no se aburren jamás.

El hombre de mundo está todo entero en su máscara. Como casi nunca está en él, se es siempre ajeno y se siente a disgusto cuando se ve forzado a replegarse a su interior. Lo que es no es nada, lo que parece es todo para él.

No puedo dejar de imaginarme, sobre la cara del joven de quien antes he hablado, un no sé qué de impertinente, de empalagoso, de afectado, que desagrada, que repele a las personas llanas; y en la del mío, una fisonomía interesante y sencilla que muestra el contento, la verdadera serenidad del alma, que inspira estima, confianza, y que parece no esperar sino la efusión de la amistad para dar la suya a quienes se le acercan. Se cree que la fisonomía no es más que un simple desarrollo de rasgos ya marcados por la naturaleza. Por lo que a mí se refiere, pensaría que además de ese desarrollo los rasgos del rostro de un hombre llegan insensiblemente a formarse y a adoptar la fisonomía por la impresión frecuente y habitual de ciertas afecciones del alma. Esas afecciones se marcan sobre el rostro, no hay nada más cierto; y cuando se vuelven hábitos, deben dejar en él impresiones duraderas. Así concibo yo que la fisonomía anuncie el carácter, y que a veces pueda juzgarse del uno por la otra, sin ir a buscar explicaciones misteriosas que suponen conocimientos que no tenemos.

Un niño no tiene más que dos afecciones bien marcadas, la alegría y el dolor: ríe o llora, las intermedias carecen de sentido para él; pasa sin cesar de uno de estos movimientos al otro. Esa alternativa continua impide que sobre su rostro se forme una impresión constante, y que la fisonomía la adopte; pero a la edad en que, vuelto más sensible, se ve más viva o más constantemente afectado, las impresiones más profundas dejan huellas más difíciles de destruir, y del estado habitual del alma resulta una disposición de rasgos que el tiempo vuelve imborrables. Sin embargo no es raro ver a hombres

cambiar de fisonomía a diferentes edades. He visto muchos en ese caso, y siempre he encontrado que aquellos que yo había podido observar y seguir de cerca también habían cambiado de pasiones habituales. Esta sola observación bien confirmada me parecería decisiva, y no está fuera de lugar en un tratado de educación, donde importa aprender a juzgar los movimientos del alma por los signos externos.

No sé si, por no haber aprendido a imitar unas maneras convencionales, ni a fingir sentimientos que no tiene, mi joven será menos amable; no es eso de lo que aquí se trata: sólo sé que será más amoroso, y me cuesta mucho creer que alguien que sólo se ama a sí mismo pueda disfrazarse tan bien para agradar como quien saca de su afecto por los demás un nuevo sentimiento de dicha. Por lo que a ese sentimiento mismo se refiere, creo haber dicho bastante para guiar sobre este punto a un lector razonable, y demostrar que no me he contradicho.

Vuelvo, pues, a mi método, y digo: cuando la edad crítica se acerca, ofreced a los jóvenes espectáculos que los contengan, y no espectáculos que los exciten; engañad su imaginación naciente con objetos que, lejos de inflamar sus sentidos, repriman su actividad. Alejadlos de las grandes ciudades, donde el ornato y la inmodestia de las mujeres aceleran y previenen las lecciones de la naturaleza, donde todo presenta a sus ojos placeres que sólo deben conocer cuando sepan escogerlos. Devolvedlos a sus primeros habitáculos, donde la sencillez campestre deja que las pasiones de su edad se desarrollen con menos rapidez; o si su gusto por las artes los vincula todavía a la ciudad, prevenid en ellos, mediante ese mismo gusto, una ociosidad peligrosa. Elegid con cuidado sus compañías, sus ocupaciones, sus placeres: no les mostréis más que cuadros conmovedores, pero recatados, que los conmuevan sin seducirlos, y que nutran su sensibilidad sin conmover sus sentidos. Pensad también que en todas partes hay excesos que temer, y que las pasiones inmoderadas siempre hacen más mal del que se quiere evitar. No se trata de hacer de vuestro alumno un enfermero, un hermano de la caridad, de afligir sus miradas continuamente con temas de dolor y sufrimiento, de pasearlo de enfermo en enfermo, de hospital en hospital, y de

la Grève* a las prisiones. Hay que conmoverlo y no endurecerlo con el aspecto de las miserias humanas. Cuando a uno le impresionan mucho tiempo con los mismos espectáculos, no se siente impresión alguna; el hábito acostumbra a todo; lo que se ve demasiado, no se imagina, y sólo la imaginación nos hace sentir los males de otro; así es como a fuerza de ver morir y sufrir se vuelven despiadados los curas y los médicos. Que vuestro alumno conozca, pues, la suerte del hombre y las miserias de sus semejantes; pero que no sea con demasiada frecuencia su testigo. Un solo hecho bien escogido, y mostrado a una luz conveniente, le dará para un mes de enternecimiento y reflexión. No es tanto lo que ve como su vuelta sobre lo que ha visto lo que determina el juicio que sobre ello tiene; y la duradera impresión que recibe de un hecho le viene menos del hecho mismo que del punto de vista desde el que se le induce a recordarlo. Así es como, escatimando los ejemplos, las lecciones y las imágenes, embotaréis mucho tiempo el aguijón de los sentidos, y engañaréis a la naturaleza siguiendo sus propias direcciones.

A medida que adquiere luces, elegid ideas que se refieran a ellas; a medida que sus deseos se enciendan, elegid cuadros apropiados para reprimirlos. Un viejo militar, que se ha distinguido por sus costumbres tanto como por su valor, me contó que, en su primera juventud, su padre, un hombre sensato pero muy devoto, viendo que su temperamento naciente lo entregaba a las mujeres, no ahorró nada para contenerlo; pero finalmente, sintiéndole a punto de escapársele a pesar de todos sus cuidados, se le ocurrió llevarlo a un hospital de sifilíticos, y sin avisarle de nada le hizo entrar en una sala donde una tropa de esos desgraciados expiaban mediante un tratamiento espantoso el desorden que allí los había expuesto. Ante aquella horrible visión, que revolvía a la vez todos los sentidos, el joven estuvo a punto de marearse: «*Ve, miserable disoluto,* le dijo entonces el padre en tono vehemente, *sigue la vil inclinación que te arrastra; pronto serás demasiado dichoso si te admiten en esta sala, donde, víctima de los dolores más infames, obligarás a tu padre a dar gracias a Dios por tu muerte*».

* Lugar de París donde se reunían las gentes sin trabajo y donde se realizaban las ejecuciones capitales.

Estas pocas palabras, unidas al enérgico cuadro que conmovía al joven, le causaron una impresión que jamás se borró. Condenado, por su estado, a pasar su juventud en guarniciones, prefirió soportar todas las befas de sus camaradas antes que imitar su libertinaje. «*He sido hombre*, me dijo, *he tenido debilidades; pero llegado a la edad que tengo, nunca he podido ver una mujer pública sin horror*». ¡Maestro!, pocos discursos; pero aprended a escoger los lugares, los tiempos, las personas; luego, dad todas vuestras lecciones como ejemplos, y podéis estar seguro de su efecto.

El papel de la infancia es poca cosa. El mal que en ella se desliza es irremediable y el bien que se le hace puede venir más tarde; pero no ocurre así con la primera edad en que el hombre comienza verdaderamente a vivir. Esa edad nunca dura suficiente para el uso que de ella debe hacerse, y su importancia exige una atención sin descanso: por eso insisto en el arte de prolongarla. Uno de los mejores preceptos de la buena cultura es retrasar todo cuanto se pueda. Haced lentos y seguros los progresos; impedid que el adolescente se vuelva hombre cuando nada le queda por hacer para serlo. Mientras el cuerpo crece se forman y elaboran los espíritus destinados a dar bálsamo a la sangre y fuerza a las fibras*. Si les hacéis tomar un curso diferente, y lo que está destinado a perfeccionar a un individuo sirve a la formación de otro, los dos se quedan en un estado de debilidad y la obra de la naturaleza permanece imperfecta. Las operaciones del espíritu se resienten a su vez de esa alteración, y el alma, tan débil como el cuerpo, sólo tiene funciones débiles y lánguidas. Unos miembros gruesos y robustos no hacen ni el valor ni el genio, y concibo que la fuerza de alma no acompañe a la del cuerpo cuando, además, los órganos de comunicación de las dos substancias están mal

* Nota de Pierre Burgelin a este párrafo (*O.C.*, IV, pag. 1475): «Los *espíritus* son los cuerpos ligeros y sutiles que se consideraban como los principios de la vida y de la consciencia. El *bálsamo* es un calmante. El texto no es muy claro. El sentido parece ser: si en lugar de ir a la sangre y a los músculos los espíritus sirven a la generación, el niño así engendrado y su progenitor quedan débiles. Esta debilidad se extiende del cuerpo al alma. Si la comunicación se hace mal, las fuerzas del cuerpo y las fuerzas del alma no se acoplan. Finalmente, la sangre sin su bálsamo y las fibras sin fuerza no tendrán ya vigor para obrar. En resumen, el vigor del alma está ligado a la continencia».

dispuestos. Pero por mejor dispuestos que puedan estar, siempre actuarán debilmente si no tienen otro principio que una sangre agotada, empobrecida y carente de esa substancia que da fuerza y juego a todos los muelles de la máquina. Por regla general se percibe más vigor de alma en aquellos hombres cuyos años jóvenes han sido preservados de una corrupción prematura, que en aquellos otros cuyo desorden ha empezado en el momento de poder entregarse a él; y ésa es sin duda una de las razones por la que los pueblos que tienen costumbres superan de ordinario en sentido común y valor a los pueblos que no las tienen. Éstos sólo brillan por no sé qué pequeñas cualidades sutiles, que ellos llaman ingenio, sagacidad, sutileza; pero esas grandes y nobles funciones de sabiduría y de razón que distinguen y honran al hombre con hermosas acciones, con virtudes, con preocupaciones verdaderamente útiles, apenas se encuentran sino en los primeros.

Los maestros se quejan de que el fuego de esa edad vuelve a la juventud indisciplinable, y lo veo; pero, ¿no es culpa suya? Cuando han dejado de tomar a ese fuego su curso a través de los sentidos, ¿ignoran que ya no se puede darle otro? Los largos y fríos sermones de un pedante, ¿borrarán en el espíritu de su alumno la imagen de los placeres que ha imaginado? ¿Desterrarán de su corazón los deseos que le atormentan? ¿Amortiguarán el ardor de un temperamento cuyo uso conoce? ¿No se irritará contra los obstáculos que se oponen a su sola dicha, cuya idea tiene? Y en la dura ley que se le prescribe sin poder hacérsela entender, ¿que verá sino el capricho y el odio de un hombre que trata de atormentarle? ¿Resulta extraño que se subleve y le odie a su vez?

Concibo, desde luego, que hacerse fácil, pueda volverse más soportable y conservar una aparente autoridad. Pero no veo claro para qué sirve la autoridad que sólo se conserva sobre el alumno fomentando los vicios que esa autoridad debería reprimir; es como si para calmar a un caballo fogoso el mozo de cuadra lo hiciera saltar a un precipicio.

Lejos de que ese fuego del adolescente sea un obstáculo para la educación, ésta se consume y acaba gracias a él; ese fuego es el que nos da un asidero sobre el corazón de un joven cuando deja de ser menos fuerte que vos. Sus primeras afecciones son las riendas con que dirigís todos sus movimientos;

él era libre, y yo lo veo sometido. Mientras no amaba nada, sólo dependía de sí mismo y de sus necesidades; tan pronto como ama, depende de sus afectos. Así se forman los primeros vínculos que lo unen a su especie. No creáis que al dirigir hacia ella su sensibilidad naciente, ésta abarcará primero a todos los hombres, ni que esas palabras de género humano significan algo para él. No, esa sensibilidad se limitará primero a sus semejantes, y sus semejantes no serán para él desconocidos, sino aquellos con los que mantiene relaciones, aquellos que el hábito le ha hecho queridos y necesarios, aquellos en los que ve de modo evidente maneras de pensar y de sentir comunes, aquellos que ve expuestos a las penas que él ha sufrido, y sensibles a los placeres que él ha gustado; aquellos, en una palabra, en quienes la identidad de naturaleza más manifiesta le da una disposición mayor para amarse. Sólo después de haber cultivado su carácter de mil maneras, después de muchas reflexiones sobre sus propios sentimientos, y sobre lo que observe en los demás, podrá llegar a generalizar sus nociones individuales, bajo la idea abstracta de humanidad, y unir a sus afecciones particulares las que pueden identificarle con su especie.

Al volverse capaz de apego, se vuelve sensible al de los demás[3], y, por eso mismo, atento a los signos de ese apego. ¿Veis qué nuevo imperio vais a adquirir sobre él? ¡Cuántas cadenas habéis puesto en torno a su corazón antes de que se diera cuenta! ¡Qué no sentirá cuando, al abrir los ojos sobre sí mismo, vea lo que habéis hecho por él, cuando pueda compararse a los demás jóvenes de su edad, y compararos a vos con otros preceptores! Digo cuando *lo vea*; guardaos vos de decírselo; si se lo decís, ya no lo verá. Si exigís de él obediencia a cambio de los cuidados que le habéis prestado, creerá que le habéis tendido una trampa: se dirá que, fingiendo complacerle gratuitamente, habéis pretendido cargarlo con una deuda y ligarlo por un contrato que él no ha consentido. En vano añadiréis que cuanto de él exigís sólo es por él mismo: en última instancia exigís; y exigís en virtud de lo que habéis hecho sin su consentimiento. Cuando un desgraciado coge el dinero que fingen darle, y se encuentra alistado a pesar suyo*,

* El Cándido de Voltaire es alistado de esa forma en el ejército de los búlgaros.

clamáis: ¡injusticia! ¿No sois vos más injusto exigiendo de vuestro alumno el precio de unos cuidados que él no ha aceptado?

Más rara sería la ingratitud si los beneficios usurarios fueran menos comunes. Se ama lo que nos hace bien; ¡es un sentimiento tan natural! La ingratitud no está en el corazón del hombre, pero el interés sí: hay menos obligados ingratos que benefactores interesados. Si me vendéis vuestros dones, regatearé en el precio; pero si fingís darme para vender luego a vuestro capricho, cometéis fraude. Ser gratuitos es lo que los hace inestimables. El corazón no recibe leyes más que de sí mismo; al querer encadenarlo se lo libera, se lo encadena dejándolo libre.

Cuando el pescador ceba el agua, el pez viene, permanece alrededor sin desconfianza; pero cuando, cogido en el anzuelo oculto bajo el cebo, siente que retiran la caña, trata de huir. El pescador ¿es el bienhechor? ¿Es el ingrato el pez? ¿Se ha visto alguna vez que un hombre olvidado por su bienhechor lo olvide? Al contrario, siempre habla de él con placer, no piensa en él sin ternura: si encuentra ocasión de mostrarle mediante algún servicio inesperado que recuerda los suyos, ¡con qué contento interior no satisface entonces su gratitud! ¡Con qué dulce alegría se da a conocer! ¡Con qué entusiasmo le dice: Ahora me toca a mí! He ahí realmente la voz de la naturaleza; un verdadero beneficio jamás hizo un ingrato.

Por tanto si la gratitud es un sentimiento natural, y no lo destruís por efecto de vuestros errores, estad seguro de que vuestro alumno, empezando a ver el precio de vuestros cuidados, será sensible a ellos con tal que vos mismo no les hayáis puesto precio, y os darán sobre su corazón una autoridad que nada podrá destruir. Pero antes de haberos asegurado esa ventaja, guardaos de quitárosla haciéndoos valer de él. Ponderarle vuestros servicios es volvérselos insoportables; olvidarlos, es hacer recordarlos. Hasta que llegue el momento de tratarle como hombre, que nunca se hable de lo que él os debe, sino de lo que él se debe. Para volverlo dócil, dejadle toda su libertad, escondeos para que os busque, educad su alma en el noble sentimiento de la gratitud, no hablándole nunca de otra cosa que de su interés. No he querido que le dijesen que lo que hacía era por su bien antes de hallarse en situación de

entenderlo; en esas palabras no habría visto más que vuestra dependencia, no os habría tomado más que por su criado. Pero ahora que empieza a sentir lo que es amar, siente también el dulce vínculo que puede unir un hombre a lo que ama; y en el celo que os hace ocuparos constantemente de él, no ve ya el apego de un esclavo, sino el afecto de un amigo. Y nada tiene tanto peso en el corazón humano como la voz de una amistad bien reconocida; porque se sabe que nunca nos habla más que por nuestro propio interés. Se puede creer que un amigo se engaña, pero no que quiera engañarnos. A veces se resiste uno a sus consejos, pero nunca se desprecian.

Entramos por fin en el orden moral: acabamos de dar un segundo paso de hombre. Si éste fuera el lugar, trataría de mostrar cómo de los primeros impulsos del corazón se alzan las primeras voces de la conciencia; y cómo de los sentimientos de amor y de odio nacen las primeras nociones del bien y del mal. Haría ver que *justicia* y *bondad* no son sólo palabras abstractas, puros seres morales formados por el entendimiento, sino verdaderas afecciones primitivas; que por la razón sólo, independientemente de la conciencia, no puede establecerse ninguna ley natural; y que todo el derecho de la naturaleza no es más que una quimera si no está basado en una necesidad natural del corazón humano[4]. Mas pienso que no tengo que hacer aquí tratados de metafísica y de moral, ni cursos de estudios de ninguna especie; me basta con señalar el orden y el progreso de nuestros sentimientos y de nuestros conocimientos, relativos a nuestra constitución. Tal vez otros demuestren lo que yo no hago más que apuntar aquí.

Como mi Emilio hasta ahora sólo se ha mirado a sí mismo, la primera mirada que arroja sobre sus semejantes lo lleva a compararse con ellos; y el primer sentimiento que esta comparación excita en él es desear el primer puesto. He ahí el punto en que el amor de sí se trueca en amor propio, y en que empiezan a nacer todas las pasiones que atañen a ésa. Pero para decidir si las pasiones que dominarán en su carácter serán humanas y suaves, o crueles y malhechoras, si serán pasiones de beneficencia y de conmiseración, o de envidia y de codicia, hay que saber en qué lugar se sentirá entre los hombres y qué clase de obstáculos podrá creer tener que vencer para llegar al que quiere ocupar.

Para guiarle en esa investigación, después de haberle mostrado los hombres por los accidentes comunes a la especie, hay que mostrárselos ahora por sus diferencias. Aquí aparece la medida de la desigualdad natural y civil, y el cuadro de todo el orden social.

Hay que estudiar la sociedad por los hombres, y los hombres por la sociedad: quienes quieran tratar por separado la política y la moral nunca entenderán nada en ninguna de las dos. Aplicándonos primero a las relaciones primitivas, vemos cómo deben verse afectados los hombres y qué pasiones deben nacer de ellas: vemos que esas relaciones se multiplican y estrechan recíprocamente por el progreso de las pasiones. Es menos la fuerza de los brazos que la moderación de los corazones lo que hace a los hombres independientes y libres. Quien desea pocas cosas con pocas personas se relaciona; confundiendo siempre nuestros vanos deseos con nuestras necesidades físicas, quienes han hecho de estas últimas los fundamentos de la sociedad humana, siempre han tomado los efectos por las causas, y no han hecho otra cosa que extraviarse en todos sus razonamientos.

En el estado de naturaleza hay una igualdad de hecho real e indestructible, porque es imposible en ese estado que la única diferencia de hombre a hombre sea bastante grande para volver a uno dependiente de otro. En el estado civil hay una igualdad de derecho quimérica y vana, porque los medios destinados a mantenerla son los mismos que sirven para destruirla; y porque la fuerza pública agregada al más fuerte para oprimir al débil, rompe la especie de equilibrio que la naturaleza había puesto en ellos[5]. De esta primera contradicción derivan todas las que se observa en el orden civil entre la apariencia y la realidad. La multitud siempre será sacrificada a la minoría, y el interés público al interés particular. Esos nombres especiosos de justicia y de subordinación siempre servirán de instrumentos a la violencia y de armas a la iniquidad: de donde se sigue que los órdenes distinguidos que se pretenden útiles para los demás, en efecto sólo son útiles para ellos mismos a expensas de los otros; por lo cual debemos juzgar sobre la consideración que les es debida según la justicia y la razón. Queda por ver si el rango que se han dado resultan más ventajosos para la felicidad de quienes lo ocupan,

para saber el juicio que cada uno de nosotros debe hacerse sobre su propio destino. Éste es ahora el estudio que nos importa; pero para hacerlo bien, hay que empezar por conocer el corazón humano.

Si sólo se trata de mostrar a los jóvenes al hombre por su máscara, no habría necesidad de mostrárselo, siempre lo verían de sobra; pero, puesto que la máscara no es el hombre, y que no se necesita que su barniz lo seduzca, cuando le pintéis a los hombres pintádselos tal cual son; no para que los odien, sino para que los compadezcan y no quieran parecérseles. Es, en mi opinión, el sentimiento mejor entendido que el hombre puede tener sobre su especie.

Con esta mira, importa aquí tomar un camino opuesto al que hemos seguido hasta el presente, e instruir al joven más por la experiencia del otro que por la suya. Si los hombres lo engañan, los odiará; pero si, respetado por ellos, los ve engañarse mutuamente, los compadecerá. El espectáculo del mundo se parece al de los juegos olímpicos, decía Pitágoras. En ellos unos tienen tienda y no piensan más que en su provecho; otros se exponen y buscan la gloria; otros se contentan con ver los juegos, y no son éstos los peores*.

Yo querría que se eligieran las compañías de un joven de tal modo que pensara bien de los que viven con él, y que se le enseñe a conocer el mundo tan bien que pensara mal de cuanto en él se hace. Que sepa que el hombre es naturalmente bueno, que lo sienta, que juzgue de su prójimo por sí mismo; pero que vea cómo la sociedad deprava y pervierte a los hombres, que encuentre en sus prejuicios la fuente de todos sus vicios; que se vea inducido a estimar a cada individuo, pero que desprecie a la multitud, que vea que todos los hombres llevan más o menos la misma máscara, pero que también sepa que hay rostros más hermosos que la máscara que los cubre.

Hay que confesar que este método tiene sus inconvenientes y no es fácil en la práctica; porque si se vuelve observador a hora demasiado temprana, si lo ejercitáis en espiar muy de cerca las acciones de los demás, lo volveréis maledicente y

* Rousseau había leído esa frase de Pitágoras en Montaigne (*Essais*, I, 26), quien a su vez la había tomado de Cicerón (*Tusculanas*, V, 3).

satírico, tajante y rápido de juicio; se hará un placer odioso de buscar en todo interpretaciones siniestras, y no verá el bien siquiera en lo que está bien. Se acostumbrará menos al espectáculo del vicio, y a ver a los malvados sin horror igual que nos acostumbramos a ver sin piedad a los desventurados. Pronto la perversidad general le servirá menos de lección que de ejemplo; se dirá que si el hombre es así, él no debe querer ser de otro modo.

Si pretendéis instruirle por principios, y hacerle conocer junto con la naturaleza del corazón humano la aplicación de las causas externas que convierten nuestras inclinaciones en vicios, transportándole así, de golpe, de los objetos sensibles a los objetos intelectuales, empleáis una metafísica que él no está en situación de comprender; volvéis a caer en el inconveniente, tan cuidadosamente evitado hasta aquí, de darle lecciones que se parecen a lecciones, de substituir en su espíritu su propia experiencia y el progreso de su razón por la experiencia y la autoridad del maestro.

Para evitar a un tiempo ambos obstáculos, y para poner el corazón humano a su alcance sin correr el riesgo de estropear el suyo, yo querría mostrarle los hombres de lejos, mostrárselos en otros tiempos o en otros lugares, y de suerte que pudiera ver la escena sin actuar nunca en ella. He aquí el momento de la historia: por ella leerá en los corazones sin las lecciones de la filosofía; por ella los verá, simple espectador, sin interés ni pasión, como su juez, no como su cómplice ni como su acusador*.

Para conocer a los hombres hay que verles actuar. En sociedad se les oye hablar; muestran sus palabras y ocultan sus acciones; pero en la historia éstas quedan al descubierto, y se los juzga por los hechos. Sus palabras mismas ayudan a valorarlas. Porque, comparando lo que hacen con lo que dicen, se ve a un tiempo lo que son y lo que quieren parecer; cuanto más se disfrazan, mejor se los conoce.

Por desgracia, tal estudio tiene sus peligros, sus inconvenientes de más de una especie. Es difícil situarse en un punto

---

* Anteriormente, en el *Discurso sobre la desigualdad*, Rousseau había descartado «los hechos», negándose a recurrir «a los testimonios inciertos de la historia» (*Ed. cit.*, pág. 222).

de vista desde donde se pueda juzgar a sus semejantes con equidad. Uno de los grandes vicios de la historia es que pinta mucho más a los hombres por sus lados malos que por los buenos; como sólo es interesante por las revoluciones, por las catástrofes, mientras un pueblo crece y prospera en la calma de un gobierno tranquilo ella nada dice; sólo empieza a hablar cuando, no pudiendo bastarse a sí mismo ese pueblo, se mete en los asuntos de sus vecinos, o les deja meterse en los suyos; la historia sólo lo ilustra cuando ya está en su declive, todas nuestras historias empiezan por donde deberían terminar. Poseemos con toda exactitud la de los pueblos que se destruyen, la que nos falta es la de los pueblos que se multiplican; son lo bastante felices y lo bastante sensatos para que nada haya que decir de ellos; y en efecto, incluso en nuestros días vemos que los gobiernos que mejor se conducen son aquellos de los que menos se habla. No conocemos pues más que el mal: el bien apenas hace época. Sólo los malvados son célebres, los buenos son olvidados o ridiculizados; y he ahí cómo la historia, igual que la filosofía, calumnia sin cesar al género humano.

Además, es menester que los hechos descritos en la historia no sean la pintura exacta de los mismos hechos tal como han ocurrido. Cambian de forma en la cabeza del historiador, se amoldan a sus intereses, adoptan el tinte de sus prejuicios. ¿Quién sabe poner exactamente al lector en el lugar de la escena para ver un acontecimiento tal como pasó? La ignorancia o la parcialidad disfrazan todo. Incluso sin alterar un solo rasgo histórico, ampliando o reduciendo las circunstancias a él referidas, ¡cuántas caras diferentes pueden dársele! Poned un mismo objeto bajo diversos puntos de vista, a duras penas parecerá el mismo, y sin embargo sólo habrá cambiado la mirada del espectador. Para el honor de la verdad, ¿basta con contarme un hecho verdadero, haciéndomelo ver de forma completamente distinta a como ha ocurrido? ¿Cuántas veces un árbol más o menos, una roca a la derecha o a la izquierda, un torbellino de polvo levantado por el viento han decidido el resultado de un combate sin que nadie se haya dado cuenta? ¿Impide esto que el historiador os diga la causa de la derrota o de la victoria con tanta seguridad como si hubiera estado en todas partes? Y ¿qué me importan los hechos en sí mismos, cuando su razón me resulta desconocida? ¿Qué lecciones

puedo sacar yo de un hecho cuya verdadera causa ignoro? El historiador me da una, pero la falsea, y la crítica misma, de la que tanto se habla, no es más que un arte de conjeturar, el arte de escoger entre muchas mentiras la que más se parece a la verdad.

¿No habéis leído nunca *Clèopâtre* o *Cassandre*, u otros libros de esta especie? El autor escoge un acontecimiento conocido, luego, acomodándolo a sus miras, adornándolo con detalles de su invención, con personajes que nunca han existido y con retratos imaginarios, amontona ficción sobre ficción para hacer agradable su lectura. Veo poca diferencia entre esas novelas y vuestras historias, salvo la de que el novelista se entrega más a su propia imaginación, y el historiador se somete más a la de otros; a lo que agregaré, si se quiere, que el primero se propone un objeto moral, bueno o malo, que al otro apenas le preocupa*.

Se me dirá que la fidelidad de la historia interesa menos que la verdad de las costumbres y de los caracteres; con tal que el corazón humano esté bien pintado, importa poco que los acontecimientos sean referidos con fidelidad; porque, después de todo, añaden, ¿qué nos importan hechos ocurridos hace dos mil años? Tienen razón si los retratos se han hecho bien del natural; pero si la mayor parte sólo tienen su modelo en la imaginación del historiador, ¿no es volver a caer en el inconveniente que se quería evitar, y otorgar a la autoridad de los escritores lo que se quiere quitar a la del maestro? Si mi alumno no ha de ver más que cuadros de fantasía, prefiero que sean trazados por mi mano que por la de otro; al menos serán más apropiados para él.

Para un joven los peores historiadores son los que juzgan. ¡Hechos! Y que él mismo juzgue. Así es como aprende a conocer a los hombres. Si el juicio de un autor lo guía constantemente, no hace más que ver por los ojos de otro; y cuando esos ojos le falten, no verá nada.

Dejo a un lado la historia moderna; no sólo porque ya no tiene fisonomía y porque nuestros hombres se parecen todos, sino porque nuestros historiadores, sólo atentos a brillar, no

---

* *Cléopâtre, Cassandre*: largas novelas de La Calpendre, que Rousseau leyó de niño.

piensan sino en hacer retratos fuertemente coloreados, y que con precuencia no representan nada[6]. Generalmente los antiguos hacen menos retratos, ponen menos ingenio y más sentido en sus juicios; y aún entre ellos hay que elegir con mucho cuidado y al principio no debemos ocuparnos de los más juiciosos sino de los más sencillos. No desearía poner en manos de un joven ni Polibio ni Salustio; Tácito es el libro de los viejos, los jóvenes no están hechos para entenderle; hay que aprender a ver en las acciones humanas los primeros rasgos del corazón del hombre, antes de pretender sondar las profundidades; hay que saber leer bien en los hechos antes que en las máximas. La filosofía en máximas sólo conviene a la experiencia. La juventud no debe generalizar nada: toda su instrucción debe estar en reglas particulares.

Tucídides es, para mi gusto, el auténtico modelo de historiadores. Refiere los hechos sin juzgarlos, pero no omite ninguna de las circunstancias idóneas para hacernos juzgar a nosostros mismos. Pone todo lo que cuenta ante los ojos del lector; lejos de interponerse entre los sucesores y los lectores, se esconde; parece como si no estuviéramos leyendo sino viendo. Por desgracia, siempre habla de guerra, y en sus relatos vemos casi únicamente las cosas menos instructivas del mundo, a saber, los combates. La *Retirada de los Diez Mil* y los *Comentarios de César* tienen poco más o menos la misma sabiduría y el mismo defecto. El buen Herodoto, sin retratos, sin máximas, pero fluido, ingenuo, lleno de los detalles con mayor capacidad para interesar y agradar, quizá sería el mejor de los historiadores si esos mismos detalles no degeneraran a menudo en simplezas pueriles, más propias para estragar el gusto de la juventud que para formarlo; se necesita discernimiento para leerle. Nada digo de Tito Livio, ya le llegará su turno; pero es político, es rétor, es todo lo que no conviene a esa edad.

En general, la historia es defectuosa dado que sólo registra hechos sensibles y notorios que pueden señalarse mediante nombres, lugares y fechas; pero las causas lentas y progresivas de esos hechos, que no pueden asignarse de igual modo, permanecen siempre escondidas. En una batalla ganada o perdida se encuentra con frecuencia la razón de una revolución que, incluso antes de esa batalla, ya se había vuelto inevitable.

La guerra apenas hace otra cosa que poner de manifiesto sucesos ya determinados por causas morales que los historiadores rara vez saben ver.

El espíritu filosófico ha vuelto hacia ese lado las reflexiones de varios escritores de este siglo; mas dudo que la verdad gane con su trabajo. Habiéndose apoderado de todos ellos el furor por los sistemas, ninguno trata de ver las cosas como son, sino como se acomodan a su sistema.

Añadid a todas estas reflexiones que la historia muestra más las acciones que los hombres, porque sólo capta a éstos en ciertos momentos escogidos, con sus galas de parada; sólo expone al hombre público que se ha preparado para ser visto. No le sigue a su casa, a su gabinete, en medio de su familia, de sus amigos, sólo lo pinta cuando él representa; es más su traje que su persona lo que pinta.

Yo preferiría la lectura de las vidas particulares para empezar el estudio del corazón humano; porque entonces, por más que el hombre se esconda, el historiador lo persigue a todas partes; no le deja un momento de descanso, ningún recoveco para evitar la mirada penetrante del espectador, y cuando el uno cree ocultarse mejor que el otro lo da a conocer mejor: «*De los que escriben vidas*, dice Montaigne, *aquellos que se entretienen más en los consejos que en los acontecimientos, más en lo que pasa dentro que en lo que ocurre en el exterior, son los que más me gustan; por ese motivo, mi hombre es Plutarco**.

Cierto que el genio de los hombres reunidos o de los pueblos es muy diferente del carácter del hombre particular, y que no examinarlo también en la multitud sería conocer de modo muy imperfecto al ser humano; pero no es menos cierto que hay que comenzar por estudiar al hombre para juzgar a los hombres, y que quien conociese perfectamente las inclinaciones de cada individuo podría prever todos sus efectos combinados en el cuerpo del pueblo.

Una vez más en este punto hay que recurrir a los antiguos, por las razones que ya he dicho, y además porque, desterrados

---

* Rousseau cita de memoria a Montaigne (*Essais*, II, 10): «más en lo que pasa dentro» es «más en lo que sale de dentro» en Montaigne, que remata su frase así: «Por eso, en todo, Plutarco es mi hombre».

del estilo moderno todos los detalles familiares y bajos aunque verdaderos y característicos, nuestros autores también adornan a los hombres tanto en sus vidas privadas como sobre el escenario del mundo. La decencia, no menos severa en los escritos que en los hechos, ya no permite decir en público lo que ante él permite hacer, y como sólo se puede mostrar a los hombres siempre representando, no se los reconoce más en nuestros libros que en nuestros teatros. Aunque se haga y rehaga cien veces la vida de los reyes, no tendremos más Suetonios[7].

Plutarco destaca por esos mismos detalles en los que no nos atrevemos a entrar. Tiene una gracia inimitable para pintar a los grandes hombres en las cosas menudas, y es tan afortunado en la selección de sus rasgos que a menudo una palabra, una sonrisa, un gesto, le bastan para caracterizar a su héroe. Con una frase graciosa Aníbal tranquiliza a su ejército asustado, y le hace avanzar riendo a la batalla que le entregó Italia; Agesilao a caballo sobre un bastón me hace amar al vencedor del gran Rey; César cruzando una pobre aldea y hablando con sus amigos descubre sin pensarlo al pícaro que decía no querer ser otra cosa que el par de Pompeyo; Alejandro traga una medicina, y no dice una palabra; es el momento más hemoso de su vida; Arístides escribe su propio nombre en una concha, y justifica así sus sobrenombre; Filopemenes, despojado de su capa, corta leña en la cocina de su huésped*. He ahí el verdadero arte de pintar. La fisonomía no se muestra en los grandes rasgos, ni el carácter en las grandes acciones: es en las bagatelas donde se descubre el natural. Las cosas públicas o son demasiado comunes o están demasiado aderezadas, y es casi únicamente en éstas donde la dignidad moderna permite a nuestros autores detenerse.

Uno de los mayores hombres del siglo pasado fue sin género de duda M. de Turenne. Han tenido el coraje de hacer interesante su vida mediante pequeños detalles que lo dan a conocer y amar; pero ¡cuántos otros que le habrían hecho conocer y amar más han tenido que ser suprimidos! Sólo citaré uno que conozco de buena fuente, y que Plutarco se hubiera

* Todas las alusiones están sacadas de las *Vidas* de Plutarco, de las de Fabio Máximo, Agesilao, Julio César, Alejandro, Arístides, Filopemenes, etc.

guardado mucho de omitir pero que Ramsay no se habría atrevido a escribir aunque lo hubiera conocido.

Cierto día de verano en que hacía muchísimo calor, el vizconde de Turenne, en jubón blanco y con gorro, estaba en la ventana de su antecámara. Llega uno de sus criados y, engañado por la ropa, lo toma por un mozo de cocina amigo de ese sirviente. Se acerca despacio por detrás y con mano nada ligera le aplica un gran azote en las nalgas. El hombre golpeado se vuelve al instante. El criado ve, temblando, la cara de su amo. Se arroja de rodillas completamente confuso: *¡Monseñor, creí que era George! —Aunque hubiera sido George*, exclama Turenne frotándose el trasero, *no era necesario pegar tan fuerte.* ¿Eso es lo que no os atrevéis a decir? ¡Miserables! Sed, pues, por siempre sin carácter, sin entrañas: templad, endureced vuestros corazones de hierro en vuestra vil decencia; haceos despreciables a fuerza de dignidad. Pero tú, buen joven que lees este rasgo, y que sientes con enternecimiento toda la dulzura de alma que muestra, incluso al primer impulso, lee también las miserias de este gran hombre en punto a nacimiento y apellido. Piensa que es ése mismo Turenne que en todas partes fingía ceder el paso a su sobrino, para que se viera bien que aquel niño era el jefe de una casa soberana. Relaciona estos contrastes, ama la naturaleza, desprecia la opinión y conoce al hombre*.

Hay muy pocas personas capaces de concebir los efectos que lecturas así dirigidas pueden operar sobre el espíritu fresco de un joven. Volcados sobre libros desde nuestra infancia, acostumbrados a leer sin pensar, lo que leemos nos sorprende menos porque, llevando ya en nosotros mismos las pasiones y los prejuicios que llenan la historia y las vidas de los hombres, todo cuanto hacen nos parece natural porque estamos fuera de la naturaleza y porque juzgamos a los demás por nosotros. Pero imagínese un hombre educado según mis máximas. Imagínese a mi Emilio, en quien dieciocho años de cuidados

* En la *Histoire du vicomte de Turenne*, de Ramsay (1755), no figura esta anécdota; tampoco en *La Vie du vicomte de Turenne*, de Courtilz de Sandras (1685). Turena pertenecía a la casa de La Tour de Auvergne, cuyo jefe era príncipe soberano de Sedán. Obsérvese que Rousseau, olvidando la «tierna y previsora madre» a la que dedica el libro en las primeras páginas del *Emilio*, interpela ahora directamente al «buen joven».

asiduos no han tenido más objeto que conservar un juicio íntegro y un corazón sano; imagínesele al levantarse el telón, lanzando por primera vez la vista sobre el escenario del mundo; o mejor dicho, situado detrás del teatro, viendo a los actores ponerse y quitarse los trajes, y contando las cuerdas y las poleas cuyo grosero prestigio engaña los ojos de los espectadores. Pronto a su primera sorpresa sucederán impulsos de vergüenza y desdén hacia su especie; se indignará al ver así, a todo el género humano, víctima de sí mismo, envilecerse en esos juegos de niños; se afligirá al ver a sus hermanos desgarrarse entre sí por sueños, y volverse bestias feroces por no haber sabido contentarse con ser hombres.

Desde luego, con las disposiciones naturales del alumno, a poca prudencia y selección en las lecturas que el maestro aporte, a poco que lo ponga en la vía de las reflexiones que de ellas debe sacar, este ejercicio será para él un curso de filosofía práctica, mejor a buen seguro, y mejor comprendido, que todas las vanas especulaciones con que embrollan el espíritu de los jóvenes en nuestras escuelas. Que después de haber seguido los proyectos de Pirro, Cineas le pregunte qué bien real le procurará la conquista del mundo, de la que no podrá disfrutar a partir de ese instante sino al precio de numerosos tormentos; ahí nosotros no vemos más que una frase ingeniosa, pero Emilio verá una reflexión muy prudente, que él habría sido el primero en hacer, y que jamás se borrará de su espíritu porque no encuentra en ella ningún prejuicio contrario capaz de impedir su impresión*. Cuando, leyendo luego la vida de ese insensato, compruebe que todos sus grandes proyectos no tuvieron otro fin que ir a hacerse matar por mano de una mujer, en lugar de admirar ese pretendido heroísmo, ¿qué verá en todas las hazañas de un capitán tan grande, en todas las intrigas de un tan gran político, sino otros tantos pasos para ir en busca de esa desgraciada teja que había de acabar con su vida y sus proyectos mediante una muerte ignominiosa?

No todos los conquistadores han sido muertos; no todos los usurpadores han fracasado en sus empresas; muchos parecerán

---

* La frase está sacada de la *Vida de Pirro* (30), de Plutarco. Pirro moriría en Argos, víctima del golpe de una teja caída de un techo.

afortunados a los espíritus prevenidos de las opiniones vulgares; pero quien, sin detenerse en las apariencias, sólo juzgue de la felicidad de los hombres por el estado de sus corazones, verá sus miserias en sus mismos éxitos, verá sus deseos y sus acuciantes preocupaciones extenderse y acrecentarse con su fortuna; les verá jadear mientras avanzan, sin llegar nunca a sus metas. Los verá semejantes a esos viajeros sin experiencia que, adentrándose por primera vez en los Alpes, piensan franquearlos a cada montaña y, cuando están en la cumbre, encuentran desalentados montañas más altas ante ellos.

Después de haber sometido a sus conciudadanos y destruido a sus rivales, Augusto rigió durante cuarenta años el mayor imperio que haya existido; pero todo ese inmenso poder ¿le impedía darse de cabezadas contra las paredes y llenar su vasto palacio con sus gritos, preguntando a Varo una y otra vez por sus legiones exterminadas*? Aunque hubiera vencido a todos sus enemigos, ¿de qué le habrían servido sus vanos triunfos cuando pesares de toda especie nacían constantemente a su alrededor, cuando sus amigos más queridos atentaban contra su vida y cuando se veía reducido a llorar la vergüenza o la muerte de todos sus allegados? ¡El desventurado quiso gobernar el mundo y no supo gobernar su casa! ¿Qué ocurrió por esa negligencia? Vio perecer en la flor de la edad a su sobrino, a su hijo adoptivo, a su yerno. Su nieto se vio reducido a comerse la borra de su cama para prolongar unas horas su miserable vida; su hija y su nieta, tras haberle cubierto con su infamia murieron, una de miseria y de hambre en una isla desierta, la otra en prisión por mano de un arquero. Finalmente, él mismo, último resto de su desventurada familia, fue reducido por su propia mujer a no dejar tras sí más que un monstruo para sucederle. Tal fue el destino de ese amo del mundo, tan celebrado por su gloria y su felicidad: ¿debo creer que uno solo de cuantos las admiran quiera adquirirlas a igual precio**?

---

* Suetonio, *Vida de Augusto,* 23, citado por Montaigne (*Essais,* I, 4).

** Augusto perdió sucesivamente a su sobrino Marcellus (en 23 a.C.), a su yerno Agrippa (en el año 12 a.C.), a su hijastro Druso (en 9 a.C.), a su hijo adoptivo Cayo Agrippa (en 4 a.C.). Rousseau comete un error en el caso de la primera Julia, que tras su relegación en la isla de Pandataria durante años murió en Reghium; la segunda Julia sí murió en una isla, en Trimere, pero de muerte

He tomado la ambición por ejemplo: pero el juego de todas las pasiones humanas ofrece lecciones semejantes a quien quiere estudiar la historia para conocerse y hacerse sensato a expensas de los muertos. Se acerca el momento de que la vida de Antonio tenga para el joven una enseñanza más inmediata que la de Augusto*. En los extraños objetos que sorprenderán su vista durante sus nuevos estudios, Emilio apenas se reconocerá; pero sabrá apartar de antemano la ilusión de las pasiones antes de que nazcan, y viendo que en todo tiempo han cegado a los hombres, estará prevenido sobre la forma en que podrán cegarle a su vez si en alguna ocasión se entrega a ellas**. Sé que estas lecciones no son apropiadas para él; tal vez llegado el caso sean tardías, insuficientes; pero recordad que no son ésas las que yo quise sacar de este estudio. Al empezarlo me proponía una meta distinta, y si mi objetivo se ha cumplido mal, la culpa será a buen seguro del maestro.

Pensad que tan pronto como se ha desarrollado el amor propio, el *yo* relativo se pone en juego constantemente, y que el joven nunca observa a los demás sin volverse sobre sí mismo y compararse con ellos. Se trata, pues, de saber en qué rango se situará entre sus semejantes tras haberlos examinado. Por la forma en que se hace leer historia a los jóvenes, veo que, por así decir, se los transforma en todos los personajes que ven; que se esfuerzan por hacerles convertirse unas veces en Cicerón, otras en Trajano, otras en Alejandro, por desanimarlos cuando se vuelven hacia sí mismos, por dar a cada cual la pena de no ser más que él. Este método tiene ciertas ventajas de las que no discrepo; pero por lo que se refiere a mi Emilio, si en estas comparaciones ocurre una sola vez que prefiere ser otro que él, aunque ese otro fuese Sócrates, aunque fuese Catón, todo ha fracasado: quien empieza volviéndose ajeno a sí mismo no tarda en olvidarse del todo.

---

natural. La tercera y última mujer de Augusto, Livia, tenía de un matrimonio anterior al «monstruo» Tiberio.

* Porque le enseña el envilecimiento a qué conduce la pasión, a ejemplo de Antonio.

** «Es siempre el prejuicio el que fomenta en nuestros corazones la impetuosidad de las pasiones. Quien no ve más que lo que es y no estima más que lo que conoce apenas se apasiona. Los errores de nuestros juicios producen el ardor de todos nuestros deseos» (Nota de P.).

No son los filósofos quienes mejor conocen a los hombres; no los ven sino a través de los prejuicios de la filosofía, y no sé de ningún estado en que haya tantos. Un salvaje nos juzga más sanamente que un filósofo. Éste siente sus vicios, se indigna de los nuestros y dice en su interior: todos somos malvados. El otro nos mira sin conmoverse y dice: estáis locos. Tiene razón, porque nadie hace el mal por el mal. Mi alumno es ese salvaje, con la diferencia de que Emilio, habiendo reflexionado más, habiendo comparado mis ideas y visto nuestros errores de más cerca, está más en guardia contra sí mismo y sólo juzga de lo que conoce.

Son nuestras pasiones las que nos irritan contra las de los demás; es nuestro interés el que nos hace odiar a los malvados; si no nos hicieran ningún mal, tendríamos para ellos más piedad que odio. El mal que nos hacen los malvados nos hace olvidar el que se hacen a sí mismos. Les perdonaríamos con mayor facilidad sus vicios si pudiéramos conocer cuánto los castiga por ellos su propio corazón. Sentimos la ofensa y no vemos el castigo; las ventajas son aparentes, la pena es interior. Quien cree gozar del fruto de sus vicios no está menos atormentado que si no hubiera triunfado: la meta ha cambiado, la inquietud es la misma; por más que muestren su fortuna y oculten su corazón, su conducta lo demuestra a pesar suyo; pero para verlo, no hay que tener uno semejante.

Las pasiones que compartimos nos seducen; las que chocan con nuestros intereses nos sublevan, y por una inconsecuencia que nos viene de ellas, censuramos en los demás lo que querríamos imitar. La aversión y la ilusión son inevitables cuando uno es forzado por otro a sufrir el mal que uno haría si se estuviera en su lugar.

¿Qué sería menester, por tanto, para observar bien a los hombres? Un gran interés por conocerlos, una gran imparcialidad al juzgarlos, un corazón lo bastante sensible para concebir todas las pasiones humanas, y lo bastante calmo para no experimentarlas. Si en la vida hay un momento favorable para ese estudio es el que yo he escogido para Emilio: antes le hubieran resultado extraños, más tarde hubiera sido su semejante. La opinión con que ve el juego aún no ha conseguido imperio sobre él. Las pasiones cuyo efecto siente no han agitado su corazón. Es hombre, se interesa por sus hermanos;

es equitativo, juzga a sus pares. Ahora bien, con toda seguridad si los juzga bien no querrá estar en el lugar de ninguno de ellos: porque fundado el objeto de todos los tormentos que se dan en prejuicios que él no tiene, le parece una meta en las nubes. Para él, cuanto desea está a su alcance. Bastándose a sí mismo y libre de prejuicios, ¿de quién dependería? Tiene brazos, salud[8], moderación, pocas necesidades, y lo suficiente para satisfacerlas. Criado en la libertad más absoluta, el peor de los males que concibe es la servidumbre. Compadece a esos miserables reyes, esclavos de todo lo que les obedece; compadece a esos falsos sabios encadenados a su vana reputación; compadece a esos ricos necios, mártires de su fasto; compadece a esos voluptuosos de parada que entregan su vida toda al aburrimiento para aparentar placer. Compadecería al enemigo que le hiciese mal a él mismo, porque en sus maldades vería su miseria. Se diría: imponiéndose la necesidad de hacerme daño, este hombre ha hecho depender su suerte de la mía.

Un paso más aún, y alcanzamos nuestra meta. El amor propio es un instrumento útil, pero peligroso; a menudo hiere la mano que lo emplea, y raramente hace el bien sin mal. Al considerar su rango en la especie humana y verse tan felizmente situado en ella, Emilio se verá tentado a honrar su razón con la obra de la vuestra, y atribuir a su mérito el efecto de su dicha. Se dirá: Soy sensato y los hombres son locos. Compadeciéndolos los despreciará, felicitándose se estimará más; y sintiéndose más afortunado que ellos, se creerá más digno de serlo. He ahí el error más de temer, por ser el más difícil de destruir. Si permaneciera en ese estado poco habría ganado con todos nuestros cuidados, y si hubiera que optar, no sé si no preferiría yo la ilusión de los prejuicios a la del orgullo.

Los grandes hombres no se engañan sobre su superioridad, la ven, la sienten, y no por ello son menos modestos. Cuanta más tienen, más saben todo lo que les falta. Están menos envanecidos de su elevación sobre nosotros que humillados por el sentimiento de su miseria, y en medio de los bienes exclusivos que poseen son demasiado sensatos para envanecerse de un don que ellos no se han forjado. El hombre de bien puede estar orgulloso de su virtud, porque es suya; pero ¿de

qué está orgulloso el hombre de ingenio? ¿Qué hizo Racine para no ser Pradon? ¿Qué Boileau para no ser Cotin*?

También aquí las cosas son distintas. Permanezcamos siempre en el orden común. No he supuesto en mi alumno ni un genio transcendente ni un entendimiento obtuso. Lo he elegido entre los espíritus vulgares para mostrar lo que puede la educación sobre el hombre. Todos los casos raros están fuera de las reglas. Por tanto, cuando a consecuencia de mis cuidados Emilio prefiere su manera de ser, de ver, de sentir, a la de los demás hombres, Emilio tiene razón. Pero cuando por eso se cree de una naturaleza más excelente y más felizmente nacido que ellos, Emilio se equivoca. Se engaña; hay que desengañarlo, o más bien prevenir el error no vaya a ser que luego sea demasiado tarde para destruirlo.

No hay locura de la que no se pueda desengañar a un hombre que no está loco, salvo la vanidad; en cuanto a ésta, nada la cura menos la experiencia, si es que hay algo que pueda curarla; en su nacimiento al menos se la puede impedir crecer. No vayáis pues a perderos en hermosos razonamientos para probar al adolescente que es un hombre como los demás y sujeto a las mismas debilidades; hacédselas sentir o no lo sabrá nunca. Aquí volvemos a tener otro caso de excepción a mis propias reglas; el caso de exponer voluntariamente a mi alumno a todos los accidentes que pueden probarle que no es más sabio que nosotros. La aventura del prestidigitador se repitiría de mil maneras: yo dejaría a los aduladores utilizar todas sus ventajas con él; si unos aturdidos lo arrastran a alguna extravagancia, le dejaría correr el peligro; si unos tramposos le provocasen en el juego, se lo entregaría para que fuera su víctima[9]; dejaría que lo incensaran, emplumaran y desvalijaran; y cuando, habiéndole dejado limpio, terminaran burlándose de él, incluso en su presencia les daría las gracias por las lecciones que han tenido a bien darle. Las únicas trampas de las que lo protegería con cuidado serían las de las cortesanas. Los únicos miramientos que tendría con él serían

* Alusión a dos escritores menores del siglo XVII. Nicolas Padron (1632-1698) fue autor de una *Phedre* que se enfrentó a la de Racine; y el abate Charles Cotin (1604-1682), predicador, atacó como Padron a Boileau. Por esos ataques de escritores mediocres contra Boileau se conoce su apellido, no por sus obras.

compartir todos los peligros que yo le dejase correr y todas las afrentas que le dejara recibir. Yo soportaría todo en silencio, sin queja, sin reproche, sin decirle nunca una sola palabra; y estad seguro de que, con esa discreción bien sostenida, cuanto me haya visto sufrir por él causará más impresión sobre su corazón de lo que él mismo haya sufrido.

No puedo dejar de destacar aquí la falsa dignidad de los preceptores que, para dárselas tontamente de sabios, rebajan a sus alumnos, fingen tratarlos siempre como niños y distinguirse siempre de ellos en cuanto les mandan hacer. Lejos de reprimir así sus jóvenes ímpetus, no escatiméis nada para elevar su alma; haced de ellos vuestros iguales para que eso se vuelvan, y si no pueden aún alzarse hasta vos, descended a ellos sin vergüenza, sin escrúpulos. Pensad que vuestro honor no está ya en vos sino en vuestro alumno, compartid sus faltas para corregirlas; cargaos con su vergüenza para borrarla; imitad a ese valiente romano que, viendo huir a su ejército y no pudiendo hacerle dar la vuelta, se puso a huir a la cabeza de sus soldados gritando: *No huyen, siguen a su capitán**. ¿Quedó deshonrado por eso? Ni mucho menos: al sacrificar así su gloria la aumentó. La fuerza del deber, la belleza de la virtud arrastran, a pesar nuestro, nuestros sufragios y echan por tierra nuestros insensatos prejuicios. Si yo recibiera una bofetada mientras cumplo mis funciones junto a Emilio, lejos de vengarme de esa bofetada iría por todas partes jactándome de ella, y dudo mucho que haya en el mundo un hombre lo bastante vil** como para no respetarme más por ello.

No es que el alumno deba suponer en el maestro luces tan limitadas como las suyas, y la misma facilidad para dejarse seducir. Esta opinión es buena para un niño que, no sabiendo ver nada ni comparar nada, pone todo el mundo a su nivel y sólo entrega su confianza a quienes saben ponerse en ella de modo efectivo. Pero un joven de la edad de Emilio y tan sensato como él, no es tan tonto como para engañarse así, ni sería bueno que lo fuera. La confianza que debe tener en su

---

* Según Plutarco, se trata del general Catulo (*Vida de Cayo Mario*, 40; y *Dichos notables de los romanos*, 13).

** «Me equivocaba, he descubierto uno; es M. Formey» (Nota del ejemplar C.).

preceptor es de otra especie: debe descansar en la autoridad de la razón, en la superioridad de las luces, en las ventajas que el joven está en situación de conocer, y cuya utilidad para él siente. Una larga experiencia le ha convencido de que es amado por su guía; de que ese guía es un hombre sabio, esclarecido, que, queriendo su felicidad, sabe lo que puede procurársela. Debe saber que por su propio interés le conviene oír sus opiniones. Y si el maestro se dejara engañar como el discípulo, perdería el derecho a exigir deferencia de su parte y a darle lecciones. Aún menos debe suponer el alumno que el maestro le deja caer adrede en las trampas y tiende emboscadas a su inexperiencia. ¿Qué hay, pues, que hacer para evitar a un tiempo esos dos inconvenientes? Lo que es mejor y más natural: ser sencillo y verdadero como él, advertirle los peligros a que se expone; mostrárselos clara, sensiblemente, pero sin exageración, sin humor, sin ostentación pedantesca; sobre todo, sin dar vuestras opiniones como órdenes hasta que tengan que serlo y ese tono imperioso sea absolutamente necesario. ¿Que después de eso se obstina, como hará con frecuencia? Entonces no le digáis nada; dejadlo en libertad, seguidlo, imitadlo; y todo esto alegre, francamente; entregaos, divertíos tanto como él si es posible. Si las consecuencias se vuelven demasiado fuertes, siempre estáis ahí para detenerlas; y, sin embargo, el joven testigo de vuestra previsión y de vuestra complaciencia, ¿cuán sorprendido no ha de quedar por la una y conmovido por la otra? Todas sus faltas son otras tantas ataduras que él os proporciona para retenerlo llegado el caso. Ahora bien, lo que aquí constituye el mayor arte del maestro es propiciar las ocasiones y dirigir las exhortaciones de forma que sepa de antemano cuándo cederá el joven y cuándo se obstinará, a fin de rodearle por todas partes de las lecciones de la experiencia, sin exponerlo nunca a peligros demasiado grandes.

Advertidle de sus faltas antes de que caiga en ellas; cuando ha caído, no se las reprochéis; no haríais sino inflamar y rebelar su amor propio. Una lección que subleva no aprovecha. No conozco nada más inepto que esta frase: *Ya te lo había dicho yo.* El mejor medio para lograr que recuerde lo que se le ha dicho es aparentar haberlo olvidado. Por el contrario, cuando lo veáis avergonzado de no haberos creído, borrad

suavemente esa humillación con buena palabras. A buen seguro os tomará cariño viendo que por él olvidáis y que en vez de acabar de confundirle, lo consoláis. Pues si a su pena añadís los reproches, os tomará odio y se hará un deber no escucharos más, como para probaros que no piensa como vos sobre la importancia de vuestras obligaciones.

El giro que tomen vuestros consuelos también puede servirle de enseñanza útil, sobre todo porque no desconfiará de ellos. Diciéndole, como supongo, que otros mil cometen las mismas faltas, le disculpáis la suya; le corregís sin aparentar otra cosa que compadecerle; porque para quien cree valer más que el resto de los hombres es una excusa muy mortificante consolarse con su ejemplo; es darle a entender que lo más que puede pretender es que ellos no valgan más que él.

El tiempo de las faltas es el de las fábulas. Censurando al culpable bajo una máscara ajena, se le instruye sin ofenderle, y él comprende entonces que el apólogo no es una mentira, por la verdad que a sí mismo se aplica. El niño al que nunca han engañado con adulaciones no entiende nada en la fábula que antes examiné; mas el aturdido que acaba de ser víctima de un adulador entiende a las mil maravillas que el cuervo no era más que un necio. Así, de un hecho saca él una máxima, y la experiencia que hubiera olvidado, pronto se graba por medio de la fábula en su juicio. No hay conocimiento moral que no pueda adquirirse mediante la experiencia ajena o la propia. En el caso de que tal experiencia sea peligrosa, en lugar de hacerla uno mismo se saca su lección de la historia. Cuando la prueba no tiene secuelas, conviene que el joven se exponga a ella. Luego, por medio del apólogo, se compendian en máximas los casos particulares que conoce.

No entiendo, sin embargo, que estas máximas deban desarrollarse, ni siquiera enunciarse. Nada hay tan vano ni tan mal entendido como la moraleja con que se remata la mayoría de las fábulas; como si esa moral no fuera o no debiera hallarse implícita en la fábula misma de forma que fuera sensible al lector. ¿Por qué, pues, añadiendo esa moraleja al final, privarle del placer de encontrarla por sí mismo? El talento de instruir es hacer que el discípulo se complazca en la instrucción. Y para que se complazca en ella no es menester que su espíritu permanezca tan pasivo a cuanto le decís que no

tenga absolutamente nada que hacer para entenderos. Es menester que el amor propio del maestro deje siempre algún asidero al suyo; es menester que él pueda decirse: imagino, penetro, actúo, me instruyo. Una de las cosas que vuelven molesto al Pantalón de la comedia italiana es el cuidado que siempre se toma de interpretar para el patio simplezas que se entienden de sobra. No quiero que un preceptor sea Pantalón, menos aún un autor. Siempre hay que hacerse entender, mas no siempre hay que decir todo; quien dice todo dice pocas cosas, porque a la postre no se le escucha. ¿Qué significan esos cuatro versos que La Fontaine agrega a la fábula de la rana que se hincha? ¿Tiene miedo de no haber sido comprendido? ¿Necesita ese gran pintor escribir los nombres debajo de los objetos que pinta? Lejos de generalizar con ello su moral, la particulariza, la restringe, en cierta forma, a los ejemplos citados e impide que se aplique a otros. Me gustaría que antes de poner las fábulas de ese autor inimitable entre las manos de un joven, se suprimiesen todas esas conclusiones por las que se toma la molestia de explicar lo que acaba de decir tan clara como agradablemente. Si vuestro alumno sólo entiende la fábula con la ayuda de la explicación, estad seguro de que ni siquiera así la entenderá.

Aún sería importante dar a estas fábulas un orden más didáctico y más conforme al progreso de los sentimientos y de las luces del adolescente. ¿Puede concebirse algo menos razonable que ir siguiendo exactamente el orden numérico del libro sin reparar en la necesidad ni en la ocasión? Primero el cuervo, luego la cigarra, luego la rana, luego los dos mulos*, etc. Tengo entre ceja y ceja esos dos mulos, porque recuerdo haber visto a un niño educado para las finanzas y que se aturdía con el empleo que iba a desempeñar, leer esa fábula, aprenderla, decirla, repetirla cien y mil veces, sin sacar nunca de ella la menor objeción contra el oficio al que estaba destinado. No sólo no he visto nunca a ningún niño hacer una aplicación sólida de las fábulas que aprendían, sino que jamás he visto a nadie preocuparse de indicarles que hicieran esa aplicación. El pretexto de este estudio es la instrucción moral,

* «Aún es preciso aplicar aquí la corrección de M. Formey. Es la cigarra, luego el cuervo, etc.». (Nota del ejemplar C.).

pero la verdadera meta de la madre y del niño no es otra sino que se ocupe de él toda una reunión mientras recita sus fábulas. Por eso olvida todas cuando crece, porque entonces no se trata de recitarlas sino de aprovecharlas. Lo repito: sólo a los hombres corresponde instruirse en las fábulas, y para Emilio ha llegado el tiempo de empezar.

Señalaré de lejos, porque tampoco quiero decir todo, las rutas que se apartan de la buena, a fin de que se aprenda a evitarlas. Creo que siguiendo la que he marcado, vuestro alumno comprará al menor costo posible el conocimiento de los hombres y de sí mismo, que lo pondréis en situación de contemplar los juegos de la fortuna sin envidiar la suerte de sus favoritos, y de estar satisfecho de sí mismo sin creerse más sabio que los demás. También habéis empezado a volverlo actor para hacerlo espectador, hay que acabar: porque desde el patio de butacas los objetos se ven tal como aparecen, pero desde el escenario se ven tal cual son. Para abarcar el conjunto hay que situarse en el punto de vista, hay que acercarse para ver los detalles. Pero ¿con qué título entrará un joven en los asuntos del mundo? ¿Qué derecho tiene a ser iniciado en esos misterios tenebrosos? Intrigas de placer limitan los intereses de su edad; no dispone todavía más que de sí mismo; es como si no dispusiera de nada. El hombre es la más vil de las mercancías, y, entre nuestros importantes derechos de propiedad, el de la persona siempre es el menor de todos.

Cuando veo que en la edad de mayor actividad se limita a los jóvenes a estudios puramente especulativos, y que después, sin la menor experiencia, son lanzados de golpe al mundo y a los negocios, me parece que no se va menos contra la razón que contra la naturaleza, y ya no me sorprende que sean tan pocas las personas que saben conducirse. ¿Por qué extravagancia nos enseñan tantas cosas inútiles mientras se menosprecia el arte de actuar? Se pretende formarnos para la sociedad, y nos instruyen como si cada uno de nosotros debiera pasarse la vida pensando solo en su celda o tratando temas tan futiles como indiferentes. Creéis enseñar a vivir a vuestros hijos enseñándoles ciertas contorsiones del cuerpo y ciertas fórmulas de palabras que nada significan. También yo he enseñado a vivir a mi Emilio, porque le he enseñado a vivir consigo mismo, y además a saber ganarse el pan. Mas no es bastante.

Para vivir en el mundo hay que saber tratar con los hombres, hay que conocer los instrumentos que nos dan el poder sobre ellos; hay que calcular la acción y la reacción del interés particular en la sociedad civil, y prever los acontecimientos con tanta precisión que uno se equivoque rara vez en sus empresas, o que, al menos, siempre haya elegido los mejores medios para triunfar. Las leyes no permiten a los jóvenes hacer sus propios negocios y disponer de su propia hacienda; pero ¿de qué le servirían tales precauciones si hasta la edad prescrita no pudiera adquirir ninguna experiencia? Nada habría ganado con esperar y serían tan novatos a los veinticinco como a los quince años. A todas luces debe impedirse que un joven cegado por su ignorancia o engañado por sus pasiones se haga daño a sí mismo; pero a cualquier edad está permitido ser bienhechor, a cualquier edad puede protegerse, bajo la dirección de un hombre prudente, a los desventurados que lo único que necesitan es apoyo.

Las nodrizas y las madres se ganan a los niños con los cuidados que les prestan; el ejercicio de las virtudes sociales lleva al fondo de los corazones el amor por la humanidad; sólo haciendo el bien se vuelve uno bueno, no conozco práctica más segura. Ocupad a vuestro alumno en todas las buenas acciones que estén a su alcance; que el interés de los indigentes sea siempre el suyo; que no los asista solamente con su bolsa sino con sus cuidados; que los sirva, que los proteja, que les consagre su persona y su tiempo; que se haga su agente de negocios, no llenará su vida con empleo más noble. Cuántos oprimidos, a los que nunca se habría escuchado, obtendrán justicia cuando él la pida para ellos con esa intrépida firmeza que da el ejercicio de la virtud; cuando fuerce las puertas de los grandes y de los ricos; cuando vaya, si es preciso, hasta el pie del trono para hacer oír la voz de infortunados a quienes todos los accesos les están cerrados debido a su miseria y a quienes el temor a ser castigados por los males que se les hace impide incluso atreverse a la queja.

Pero ¿haremos de Emilio un caballero errante, un enderezador de entuertos, un paladín? ¿Irá a inmiscuirse en los asuntos públicos, a hacer de sabio y de defensor de las leyes ante los grandes, ante los magistrados, ante el príncipe, a hacer de demandante ante los jueces y de abogado en los

tribunales? Nada sé de todo eso. Los hombres jocosos y ridículos en nada cambian la naturaleza de las cosas. El hará cuanto sepa que es útil y bueno. No hará nada más, y sabe que nada es más útil y bueno para él que lo que no conviene a su edad. Sabe que su primer deber es para consigo mismo, que los jóvenes deben desconfiar de ellos, ser circunspectos en su conducta, respetuosos ante las personas de más edad, contenidos y discretos para no hablar sin causa; modestos en las cosas indiferentes, pero intrépidos para hacer el bien y animosos para decir la verdad. Así eran aquellos ilustres romanos que antes de ser admitidos en los cargos pasaban su juventud persiguiendo el crimen y defendiendo la inocencia sin otro interés que el de instruirse sirviendo a la justicia y protegiendo las buenas costumbres.

A Emilio no le gustan ni el escándalo ni las querellas, no solamente entre los hombres[10], ni siquiera entre los animales: nunca excitó a dos perros a la pelea, jamás hizo que un perro persiguiera a un gato. Este espíritu de paz es un efecto de su educación que, no habiendo fomentado el amor propio ni la alta opinión de sí mismo, lo ha apartado de buscar sus placeres en la dominación y en la desgracia de otro. Sufre cuando ve sufrir; es un sentimiento natural. Lo que hace que un joven se endurezca y se complazca en ver atormentar a un ser sensible, es un acceso de vanidad que le hace considerarse exento de esas mismas penas por su sabiduría o por su superioridad. Aquél a quien se ha protegido de esa disposición de ánimo no podría caer en el vicio que es obra suya. Emilio ama pues la paz. La imagen de la felicidad lo lisonjea, y, cuando puede contribuir a producirla. es un medio más para compartirla. No he supuesto que, viendo a los desgraciados, sólo tendría para ellos esa piedad estéril y cruel que se contenta con compadecer los males que puede curar. Su beneficencia activa le da pronto las luces que con un corazón más duro no hubiera adquirido mucho más tarde. Si ve reinar la discordia entre sus camaradas trata de reconciliarlos; si ve afligidos, se informa sobre el motivo de sus penas; si ve a dos hombres odiarse, quiere conocer la causa de su enemistad; si ve a un oprimido gemir por las vejaciones del poderoso y del rico, investiga tras qué maniobras se ocultan esas vejaciones, y en el interés que se toma por todos los miserables nunca le son

indiferentes los medios para acabar con sus males. ¿Qué hemos pues de hacer para sacar partido de estas disposiciones de una manera conveniente a su edad? Regular sus cuidados y sus conocimientos, y emplear su celo en aumentarlos.

No me cansaré de repetirlo: poned todas las lecciones de los jóvenes en acciones más que en palabras. Que no aprendan en los libros nada de cuanto la experiencia pueda enseñarles. ¡Qué extravagante proyecto ejercitarlos en hablar para no decir nada, creer hacerles sentir en los bancos de un colegio la energía del lenguaje de las pasiones, y toda la fuerza del arte de persuadir sin interés en persuadir de nada a nadie! Todos los preceptos de la retórica no parecen más que pura verborrea a quien no siente su empleo en provecho propio. ¿Qué importa a un escolar saber cómo se las arregló Aníbal para decidir a sus soldados a pasar los Alpes? Si en lugar de esas magníficas arengas le dijeseis cómo debe arreglárselas para inducir a su prefecto a darle vacación, estad seguro de que prestaría más atención a vuestras reglas.

Si yo quisiera enseñar retórica a un joven cuyas pasiones todas estuvieran ya desarrolladas, le presentaría sin cesar temas adecuados para halagar sus pasiones y examinaría con él el lenguaje que debe mantener con los demás hombres para inducirles a favorecer sus deseos. Mas mi Emilio no está en una situación tan aventajada en el arte oratorio. Casi limitado a lo indispensable físico, necesita menos de los demás que los demás de él, y no teniendo nada que pedirles para sí mismo, aquello de lo que quiere persuadirlos no le afecta bastante para conmoverlo en exceso. De donde se sigue que en general debe tener un lenguaje sencillo y poco figurado. Habla de ordinario en sentido propio y solamente para ser comprendido. Es poco sentencioso porque no ha aprendido a generalizar sus ideas; tiene pocas imágenes porque rara vez se apasiona.

No quiere esto decir, sin embargo, que sea completamente flemático y frío. Ni su edad ni sus costumbres ni sus gustos lo permiten. En el ardor de la adolescencia, los espíritus vivificantes, contenidos, y cohobados* en su sangre, llevan a su

---

* *Cohobés*, en el texto de Rousseau. Littré observa que tal término estaría aquí mal empleado. *Cohober*, como el castellano *cohobar*, es un término de farmacia que significa «destilar repetidas veces una misma substancia», para

joven corazón un calor que brilla en sus miradas, que se siente en sus palabras, que se ve en sus acciones. Su lenguaje ha adquirido acento y a veces vehemencia. El noble sentimiento que lo inspira le da fuerza y elevación; lleno del tierno amor a la humanidad, al hablar transmite los movimientos de su alma; su generosa franqueza tiene un no sé qué más alentador que la artificiosa elocuencia de los otros, o más bien sólo él es realmente elocuente puesto que le basta con mostrar lo que siente para comunicarlo a quienes le escuchan.

Cuanto más pienso en ello, más creo que, poniendo de este modo la beneficencia en acción y extrayendo de nuestros buenos o malos resultados reflexiones sobre sus causas, hay pocos conocimientos útiles que no puedan cultivarse en el espíritu de un joven, y que, junto con todo el verdadero saber que puede adquirirse en los colegios, adquirirá además una ciencia más importante todavía, que es la aplicación de esa adquisición a los usos de la vida. Tomándose tanto interés por sus semejantes, es imposible que no aprenda desde hora temprana a sopesar y apreciar sus acciones, sus gustos, sus placeres, y a dar en general un valor más justo a lo que puede contribuir o perjudicar la felicidad de los hombres, que aquellos que no interesándose por nadie nunca hacen nada por los demás. Quienes únicamente tratan sus propios asuntos se apasionan demasiado para juzgar sanamente las cosas. Refiriendo todo sólo a ellos mismos y regulando por su único interés las ideas del bien y del mal, llenan su espíritu de mil prejuicios ridículos, y en todo lo que perjudica su menor ventaja ven enseguida el trastorno de todo el universo.

Extendamos el amor propio a los demás seres, lo transformaremos en virtud, y no hay corazón humano en el que esa virtud no tenga su raíz. Cuanto menos ataña de forma inmediata el objeto de nuestros cuidados a nosotros mismos, menos de temer es la ilusión del interés particular; cuanto más se generaliza ese interés, más equitativo se vuelve, y el amor al género humano no es en nosotros otra cosa que el amor a la justicia. ¿Queremos pues que Emilio ame la verdad, queremos

---

que se cargue de principios volátiles. «Pero ¿no es de una especie de destilación de los espíritus que vuelven a pasar a la sangre de lo que quiere hablar Rousseau?» (Nota de Pierre Burgelin a la ed. cit. del *Emilio*, pag. 1492).

que la conozca? En todo asunto, mantengámoslo lejos de sí. Cuanto más se consagren sus cuidados a la felicidad de otro, más esclarecidos y sensatos serán, y menos se equivocará él sobre lo que está bien o mal; mas no permitamos nunca en él preferencia ciega basada únicamente en acepciones de personas o en injustas prevenciones. ¿Y por qué perjudicaría a uno para servir a otro? Poco le importa sobre quién recae la mayor felicidad en el reparto, con tal que él concurra a la mayor felicidad de todos: ahí radica el primer interés del sabio después del interés privado; porque cada cual es parte de su especie, y no de otro individuo.

Para impedir que la piedad degenere en debilidad es menester, pues, generalizarla, y extenderla a todo el género humano. Entonces no nos entregamos a ella sino cuando está de acuerdo con la justicia, porque, de todas las virtudes la justicia es la que más concurre al bien común de los hombres. Por razón y por amor hacia nosotros mismos hay que tener más piedad aún de nuestra especie que de nuestro prójimo, y es grandísima crueldad hacia los hombres la piedad por los malvados.

Por lo demás, hay que recordar que todos estos medios por los que así saco a mi alumno de sí mismo siempre tienen, sin embargo, relación directa con él, puesto que no sólo deriva de ellos un goce interior, sino que, haciéndole bienhechor en provecho ajeno, trabajo en su propia instrucción.

Di al principio los medios y ahora muestro su efecto. ¡Qué grandes miras veo disponerse poco a poco en su cabeza! ¡Qué sentimientos sublimes ahogan en su corazón el germen de las pequeñas pasiones! ¡Qué nitidez de juicio, qué justedad de razón veo formarse en él de sus inclinaciones cultivadas, de la experiencia que concentra los votos de un alma grande en el estrecho límite de lo posible, y hace que un hombre superior a los otros, no pudiendo elevarlos a su altura, sepa rebajarse a la suya! Los verdaderos principios de lo justo, los verdaderos modelos de lo bello, todas las relaciones morales de los seres, todas las ideas del orden se graban en su entendimiento; ve el lugar de cada cosa y la causa que lo separa de él; ve lo que puede hacer el bien y lo que lo impide. Sin haber experimentado las pasiones humanas, conoce sus ilusiones y su juego.

Avanzo atraído por la fuerza de las cosas pero sin impo-

nerme a los juicios de los lectores. Desde hace tiempo ellos me ven en el país de las quimeras; yo sigo viéndolos en el país de los prejuicios. Aunque me aparto tanto de las opiniones vulgares, no dejo de tenerlas presentes en mi espíritu; las examino, las medito, no para seguirlas ni para rechazarlas, sino para pesarlas en la balanza del razonamiento. Siempre que éste me obliga a apartarme de ellas, instruido por la experiencia estoy convencido de que no me imitarán: sé que, obstinándose en no imaginar sino lo que ven, tomarán al joven que yo esbozo por un ser imaginario y fantástico, porque difiere de aquellos con quienes lo comparan sin pensar que ha de diferir mucho puesto que, educado de forma muy distinta, afectado por sentimientos totalmente contrarios, instruido de muy diferente modo que ellos, sería mucho más sorprendente que se les pareciera que ser tal como lo supongo. No es el hombre del hombre, es el hombre de la naturaleza. En verdad que debe ser muy extraño a sus ojos.

Al iniciar esta obra, yo no suponía nada que no pudiera observar todo el mundo igual que yo, porque hay un punto, a saber, el nacimiento del hombre, del que todos partimos igualmente: pero cuanto más avanzamos, yo para cultivar la naturaleza y vosotros para depravarla, más nos alejamos unos de otros. A los seis años mi alumno difería poco de los vuestros, a los que todavía no habíais tenido tiempo de desfigurar; ahora ya no se parecen en nada y la edad del hombre formado, a la que se acerca, debe mostrarlo bajo un forma absolutamente diferente si yo no he echado a perder todos mis cuidados. Tal vez, de una y otra parte es bastante igual la cantidad de adquisiciones; pero las cosas adquiridas no se parecen en nada. Os asombráis al encontrar en él unos sentimientos sublimes de los que los otros no tienen la menor idea; pero considerad también que todos éstos son ya filósofos y teólogos antes de que Emilio sepa lo que es filosofía y de que haya oído siquiera hablar de Dios.

Por tanto, si vinieran a decirme: nada de lo que vos suponéis existe; los jóvenes no están hechos así; tienen tal o cual pasión; hacen esto o lo otro, sería como si se negase que el peral nunca fue un árbol grande sólo porque se ven enanos en nuestras huertas.

Ruego a estos jueces, tan prestos a la censura, que conside-

ren que lo que dicen lo sé yo tan bien como ellos, que probablemente he reflexionado más tiempo sobre ello y que, sin interés alguno en imponérselo, tengo derecho a exigir que se tomen por lo menos el tiempo de buscar en qué me equivoco; que examinen bien la constitución del hombre, que sigan los primeros desarrollos de su corazón en tal o cual circunstancia, a fin de ver cuánto puede diferir un individuo de otro por la fuerza de la educación, que luego comparen la mía con los efectos que yo le atribuyo, y que digan en qué he razonado mal: nada tendré que replicar.

Lo que me vuelve más afirmativo y, según creo, más excusable por serlo, es que, en lugar de entregarme al espíritu sistematizador, concedo lo menos posible al razonamiento y sólo me fío de la observación. No me fundo sobre lo que he imaginado, sino sobre lo que he visto. Cierto que no he encerrado mis experiencias en el recinto de los muros de una ciudad, ni en un solo orden de personas, sino que, después de haber comparado tantos rangos y pueblos como he podido ver en una vida pasada en observarlos, he eliminado como artificial lo que era de un pueblo y no de otro, de un estado y no de otro, y no he considerado como indiscutiblemente propio del hombre sino lo que era común a todos, a cualquier edad, en cualquier rango y en la nación que fuese.

Ahora bien, si según este método seguís desde la infancia a un joven que no haya recibido una forma particular, y que dependa lo menos posible de la autoridad y de la opinión de otros, ¿a quién pensáis que se parecerá más, a mi alumno o a los vuestros? Ésa es, según creo, la cuestión que hay que resolver para saber si me he extraviado.

El hombre no empieza fácilmente a pensar; pero tan pronto como empieza ya no cesa. Quien ha pensado pensará siempre, y el entendimiento, una vez ejercitado en la reflexión, ya no puede permanecer en reposo. Podría creerse, pues, que hago de él demasiado o demasiado poco, que el espíritu humano no está tan presto por naturaleza a abrirse, y que despues de haberle concedido unas facilidades que no posee, lo mantengo demasiado tiempo inscrito en un círculo de ideas del que él debe haber salido.

Pero considerad, primero, que, al pretender formar al

hombre de la naturaleza, no se trata por ello de hacerle un salvaje y relegarlo al fondo de los bosques, sino que, encerrado en el torbellino social, basta con que no dejemos que lo arrastren ni las pasiones ni las opiniones de los hombres; basta con que vea por sus ojos, con que sienta por su corazón, con que ninguna autoridad lo gobierne, salvo la de su propia razón. En esta posición, está claro que la multitud de motivos que lo impresionan, los frecuentes sentimientos que lo afectan, los diversos medios de subvenir a sus necesidades reales, deben proporcionarle muchas más ideas de las que jamás habría tenido, o que habría logrado más despacio. El progreso natural del espíritu se acelera, pero no se invierte. El mismo hombre que debe permanecer estúpido en los bosques debe volverse razonable y sensato en las ciudades cuando en ellas sea simple espectador. Nada hay más idóneo para volver sensato a alguien que las locuras que se ven sin compartirlas, e incluso quien las comparte se instruye con tal que no sea su víctima ni cargue con el error de quienes las cometen.

Considerad también que, limitados por nuestras facultades a las cosas sensibles, apenas ofrecemos asidero alguno a las nociones abstractas de la filosofía y a las ideas puramente intelectuales. Para alcanzarlas es preciso, o liberarnos del cuerpo, al que tan fuertemente estamos atados, o hacer un progreso gradual y lento de objeto en objeto, o, por último, franquear rápidamente y casi de un salto el intervalo, mediante un paso de gigante del que la infancia no es capaz, y para el cual incluso los hombres necesitan escalones hechos expresamente para ellos. La primera idea abstracta es el primero de esos escalones, pero me apena mucho ver cómo se les ocurre construirlo.

El ser incomprensible que abarca todo, que da el movimiento al mundo y forma todo el sistema de los seres no es ni visible a nuestros ojos ni palpable a nuestras manos; escapa a todos nuestros sentidos. La obra se muestra, mas el obrero se oculta. No es pequeña tarea conocer finalmente que existe, y cuando hemos llegado a ello, cuando nos preguntamos ¿quién es?, ¿dónde está?, nuestro espíritu se confunde, se extravía y ya no sabemos qué pensar.

Locke quiere que se empiece por el estudio de los espíritus,

y que se pase luego al de los cuerpos*; ese método es el de la superstición, de los prejuicios, del error; no es el de la razón, ni siquiera el de la naturaleza bien ordenada; es taparse los ojos para aprender a ver. Es preciso haber estudiado mucho tiempo los cuerpos para formarse una verdadera noción de los espíritus y sospechar que existen. El orden contrario sólo sirve para establecer el materialismo.

Puesto que nuestros sentidos son los primeros instrumentos de nuestros conocimientos, los seres corporales y sensibles son los únicos cuya idea poseemos de forma inmediata. Esa palabra de *espíritu*** no tiene ningún sentido para quien no ha filosofado. Un espíritu no es más que un cuerpo para el pueblo y para los niños. ¿No imaginan espíritus que gritan, que hablan, que golpean, que hacen ruido? Ahora bien, se me concederá que espíritus que tienen brazos y lenguas se parecen mucho a cuerpos. Por eso todos los pueblos del mundo, sin exceptuar a los judíos, se han dado dioses corporales. Nosotros mismos, con nuestros términos de espíritu, de trinidad, de personas, somos en nuestra mayoría verdaderos antropomorfitas***. Confieso que nos enseñan a decir que Dios está en todas partes, pero también creemos que el aire está en todas partes, al menos en nuestra atmósfera, y la palabra *espíritu*, en su origen, no significa más que *soplo* y *viento*. Tan pronto como se acostumbra a las gentes a decir palabras sin comprenderlas, es fácil, tras eso, hacerles decir cuanto se quiera.

---

* Rousseau ataca de hecho el método que parte del espíritu para llegar a Dios, porque en cuanto a la idea del espíritu, queda tan confusa en Locke como en el autor del *Emilio:* «Querría que me mostraran en la noción que tenemos del espíritu algo más embrollado, o que más se acerque a la contradicción, que lo que encierra la noción misma de cuerpo, me refiero a la divisibilidad hasta el infinito de una extensión infinita» (Locke, *Ensayo sobre el entendimiento humano,* II, 25; §31). Para Locke, la certeza «de que hay dentro de mí algún ser espiritual» es más segura que el conocimiento del ser corporal. Aunque afirma el desconocimiento total que tenemos de los espíritus, toma sus precauciones, «no vaya a ser que hablando demasiado pronto de los espíritus a vuestros hijos, y apresurándoos a destiempo a hacerle conocer la naturaleza incomprensible de este ser infinito, se forme ideas falsas o ininteligibles» (*De la educación de los niños,* §139).

** El término *espíritu* se emplea aquí en su sentido químico. Véase la nota a la pág. 311.

*** La secta de los antropomorfitas atribuía a Dios una forma y pasiones humanas.

El sentimiento de nuestra acción sobre los demás cuerpos debió hacernos creer en principio que, cuando se actuaba sobre nosotros, era de la misma forma en que nosotros actuamos sobre ellos. Así el hombre comenzó por animar a todos los seres cuya acción sentía. Sintiéndose menos fuerte que la mayoría de esos seres, por no conocer los límites de su poder lo supuso ilimitado, é hizo de ellos dioses tan pronto como hizo cuerpos. Durante las primeras edades los hombres, temerosos de todo, no vieron nada muerto en la naturaleza. La idea de la materia no fue menos lenta en formarse en ellos que la del espíritu, puesto que esa primera idea es ella misma una abstracción. Así llenaron el universo de dioses sensibles. Los astros, los vientos, las montañas, los ríos, los árboles, las ciudades, las casas mismas, todo tenía su alma, su dios, su vida. Los monigotes de Labán, los manitús de los salvajes, los fetiches de los negros, todas las obras de la naturaleza y de los hombres fueron las primeras divinidades de los mortales; el politeísmo fue su primera religión y la idolatría su primer culto. Únicamente pudieron reconocer un solo Dios cuando, al generalizar más sus ideas, estuvieron en condiciones de remontarse a una causa primera, de reunir el sistema total de los seres bajo una sola idea, y de dar un sentido a la palabra *substancia,* que en el fondo es la mayor de las abstracciones. Todo niño que cree en Dios es, pues, necesariamente idólatra, o al menos antropomorfita; y cuando la imaginación ha visto una vez a Dios, es muy raro que el entendimiento lo conciba. Ése es precisamente el error a que conduce el orden de Locke*.

Llegado, no sé cómo, a la idea abstracta de la substancia,

---

* Este pasaje fue muy corregido por Rousseau. En P. y G., tras «mortales» se lee: «la idolatría ha sido en todas partes su primer culto y lo será siempre para todo hombre débil y temeroso que no tenga el espíritu lo bastante cultivado para reunir el sistema total de los seres bajo una sola idea, y para dar un sentido a la palabra *substancia,* que en el fondo es...» En el ejemplar C., Rousseau tachó 'en el fondo'.

Monigotes ['marmousets'] son las estatuillas idólicas de Labán, en hebreo *terafim,* de que habla el *Génesis* (XXX, 19): «imágenes de ciertos dioses domésticos o penates».

Manitús: del contexto parece deducirse que se trata de objetos, cuando para los indios algonquinos —de los que nos viene el término— designaba a los espíritus.

se ve que para admitir una substancia única habría que suponerle cualidades incompatibles que se excluyen mutuamente, tales como el pensamiento y la extensión: de ellas, una es esencialmente divisible y la otra excluye toda divisibilidad. Se concibe además que el pensamiento, o si se quiere el sentimiento, es una cualidad primitiva e inseparable de la substancia a que pertenece, que lo mismo ocurre con la extensión en relación a su substancia. De donde se concluye que los seres que pierden una de esas cualidades pierden la substancia a que ella pertenece, que por consiguiente la muerte no es más que una separación de substancia, y que los seres en que esas dos cualidades están reunidas se hallan compuestas de dos substancias a las que pertenecen esas dos cualidades.

¡Considerad ahora la distancia que todavía queda entre la noción de las dos substancias y la de la naturaleza divina! ¡Entre la idea incomprensible de la acción de nuestra alma sobre nuestro cuerpo y la idea de la acción de Dios sobre todos los seres! Las ideas de creación, de aniquilamiento, de ubicuidad, de eternidad, de omnipotencia, la de los atributos divinos, todas esas ideas que a tan pocos hombres corresponde ver tan confusas y tan obscuras como son, y que no tienen nada de obscuro para el pueblo porque éste no comprende en ellas nada de nada, ¿cómo se presentarán en toda su fuerza, es decir, en toda su obscuridad a jóvenes espíritus ocupados todavía en las primeras operaciones de los sentidos, y que no conciben más que lo que tocan? En vano están abiertos a nuestro alrededor los abismos del infinito; un niño no podría asustarse con ellos; sus débiles ojos no pueden sondar su profundidad. Todo es infinito para los niños; no saben poner límites a nada; no es porque midan mucho, sino porque tienen el entendimiento corto. Yo mismo he observado que ponen el infinito menos más allá que más acá de las dimensiones que les son conocidas. Calcularán más por sus pies que por sus ojos un espacio inmenso, que para ellos no se extenderá más allá de lo que puedan ver, sino de lo que puedan caminar. Si se les habla del poder de Dios, lo calcularán casi tan fuerte como su padre. En todo, por ser su conocimiento para ellos la medida de lo posible, siempre juzgan lo que se les dice menor de lo que saben. Tales son los juicios naturales de la ignorancia y de la debilidad de espíritu. Ayante hubiera temido medirse

con Aquiles, pero desafía a Júpiter al combate, porque conoce a Aquiles y no conoce a Júpiter. Un campesino suizo que se creía el más rico de los hombres y a quien trataban de explicar lo que era un rey preguntaba con aire orgulloso si el rey podría tener cien vacas en el monte.

Preveo la sorpresa de muchos lectores al verme seguir toda la primera edad de mi alumno sin hablarle de religión. A los quince años no sabía si tenía un alma, y tal vez a los dieciocho aún no ha llegado el momento de que lo aprenda; porque si lo aprende antes de que sea preciso corre el riesgo de no saberlo jamás.

Si yo tuviera que pintar la estupidez importuna, pintaría un pedante enseñando el catecismo a unos niños; si quisiera volver loco a un niño, le obligaría a explicar lo que dice cuando recita su catecismo. Me objetarán que, por ser misterios la mayor parte de los dogmas del cristianismo, esperar que el espíritu humano sea capaz de concebirlos no es esperar que el niño sea hombre, es esperar que el hombre no lo sea. A esto respondo, en primer lugar, que hay misterios que al hombre no sólo le es imposible concebir sino creer, y que no veo qué se gana enseñándolos a los niños, a no ser enseñarles a mentir desde hora temprana. Digo además que para admitir los misterios, hay que comprender al menos que son incomprensibles, y los niños no son capaces siquiera de esa concepción. Para la edad en que todo es misterio, no hay misterios propiamente dichos.

¡Hay que creer en Dios para salvarse! Este dogma mal entendido es el principio de la sanguinaria intolerancia, y la causa de todas esas vanas instrucciones que asestan el golpe mortal a la razón humana acostumbrándola a contentarse con palabras. Indudablemente no hay un momento que perder para merecer la salvación eterna; pero si, para obtenerla, basta con repetir ciertas palabras, no veo qué nos impide poblar el cielo de estorninos y de cotorras lo mismo que de niños.

La obligación de creer implica su posibilidad. El filósofo que no cree se equivoca, porque usa mal la razón que ha cultivado, y porque está en situación de entender las verdades que rechaza. Pero el niño que profesa la religión cristiana, ¿qué cree? Lo que concibe, y concibe tan poco lo que se le hace decir que si le decís lo contrario lo adoptaría igual. La fe

de los niños y de muchos hombres es cosa de geografía. ¿Serán recompensados por haber nacido en Roma y no en La Meca? Al uno le dicen que Mahoma es el profeta de Dios, y él dice que Mahoma es el profeta de Dios; al otro le dicen que Mahoma es un bribón, y él dice que Mahoma es un bribón. Cada uno habría afirmado lo que afirma el otro si se hubieran encontrado transpuestos de lugar. ¿Se puede partir de dos disposiciones tan semejantes para enviar a uno al paraíso y a otro al infierno? Cuando un niño dice que cree en Dios, no es en Dios en quien cree, es en Pierre o en Jacques que le dicen que hay algo a lo que se llama Dios; y lo cree a la manera de Eurípides:

O Júpiter! car de toi rien sinon
Je ne connais seulement que le nom[11]*.

Nosotros sostenemos que ningún niño muerto antes de la edad de razón será privado de la dicha eterna**; los católicos creen lo mismo de todos los niños que han recibido el bautismo, aunque nunca hayan oído hablar de Dios. Hay pues casos en que uno puede salvarse sin creer en Dios, y esos casos se dan, bien en la infancia, bien en la demencia, cuando el espíritu humano es incapaz de las operaciones necesarias para reconocer la divinidad. Toda la diferencia que en este punto veo entre vosotros y yo es que vosotros pretendéis que los niños tengan a los siete años esa capacidad, y que yo no se la concedo ni siquiera a los quince. Tenga razón o esté equivocado, aquí no se trata de un artículo de fe, sino de una simple observación de historia natural.

Por el mismo principio es evidente que un hombre llegado a la vejez sin creer en Dios, no será por ello privado de su presencia en la otra vida si su ceguera no ha sido voluntaria, y yo afirmo que no siempre lo es. Lo admitís para insensatos a los que una enfermedad priva de sus facultades espirituales,

* «Oh Júpiter, pues de ti nada conozco sino sólo el nombre»... De las dos tragedias euripideas sobre Melanipa (y no Melanipo, como cita Rousseau en la nota), sólo se conservan algunos fragmentos.

** Con ese *nosotros*, Rousseau designa a los protestantes; en su *Institución de la religión cristiana* (IV, xvi, 26), Calvino afirma que Nuestro Señor «no condena en ninguna parte a los que no hayan sido bautizados».

pero no de su cualidad de hombre ni por consiguiente del derecho a los beneficios de su creador. ¿Por qué no admitirlo también para aquellos que apartados de toda sociedad desde su infancia habrían llevado una vida absolutamente salvaje, privados de las luces que sólo se adquieren en el trato de los hombres[12]? Porque es de imposibilidad demostrada que semejante salvaje pueda nunca elevar sus reflexiones hasta el conocimiento del verdadero Dios. La razón nos dice que un hombre sólo es punible por las faltas de su voluntad, y que una ignorancia invencible no podría serle imputada como crimen. De donde se sigue que, ante la justicia eterna todo hombre que crea, si tuviera las luces necesarias, será reputado como creyente, y que no habrá más incrédulos castigados que aquellos cuyo corazón se cierra a la verdad.

Guardémonos de anunciar la verdad a quienes no están en situación de entenderla, porque es querer substituirla por el error. Más valdría no tener ninguna idea de la divinidad, que tener de ella ideas mezquinas, fantásticas, injuriosas, indignas de ella; es menor mal desconocerla que ultrajarla. Más prefiero, dice el bueno de Plutarco, que crean que no existe ningún Plutarco en el mundo a que digan que Plutarco es injusto, envidioso, celoso, y tan tirano que exige más de lo que permite el poder de hacer*.

El gran mal de las imágenes deformes de la divinidad que se traza en el espíritu de los niños es que permanecen ahí toda su vida, y que de mayores no conciben otro Dios que el de los niños. En Suiza vi a una buena y piadosa madre de familia tan convencida de esa máxima que no quiso instruir a su hijo en la religión durante la primera edad, por miedo a que, satisfecho con esta grosera instrucción, despreciase otra mejor en la edad de razón. Aquel niño nunca oía hablar de Dios sino con recogimiento y reverencia, y tan pronto como quería hablar de ello se le imponía silencio, como sobre un tema demasiado sublime y demasiado grande para él. Esta reserva excitaba su curiosidad, y su amor propio aspiraba al momento de conocer

---

* «En cuanto a mí, antes prefiero que los hombres digan de mí que Plutarco no existe para nada a que digan: Plutarco es un hombre inconstante, variable, colérico, y vengativo por la menor cosa, despecho y pesar». (*De la superstición*, 27).

ese misterio que con tanto cuidado se le ocultaba. Cuanto menos se le hablaba de Dios, menos se le permitía que hablara de él, y más se preocupaba él del tema: aquel niño veía a Dios en todas partes, y lo que yo temería de ese aire de misterio indiscretamente fingido sería que, encendiendo demasiado la imaginación de un joven con él, su cabeza se alterase, y finalmente se le hiciera un fanático en lugar de hacer un creyente.

Pero no temamos algo parecido con mi Emilio, quien, negando constantemente su atención a cuanto está por encima de su alcance, escucha con la indiferencia más profunda las cosas que no entiende. Hay tantas sobre las que se ha acostumbrado a decir: «no es de mi incumbencia», que una más apenas le preocupa; y cuando empieza a inquietarse por esas grandes cuestiones, no es por haberlas oído proponer, sino cuando el progreso de sus luces orienta sus búsquedas hacia ese lado.

Hemos visto por qué camino se acerca el espíritu humano cultivado a estos misterios, y de buen grado aceptaré que no llega a él naturalmente, ni siquiera en el seno de la sociedad, sino a una edad más avanzada. Pero igual que en la misma sociedad hay causas inevitables por las que se acelera el progreso de las pasiones, si se acelerase del mismo modo el progreso de las luces que sirven para regular esas pasiones, entonces saldríamos verdaderamente del orden de la naturaleza y quedaría roto el equilibrio. Cuando no somos dueños de moderar un desarrollo demasiado rápido, hay que llevar con la misma rapidez a los que deben corresponder a él, de suerte que no se invierta el orden, que lo que debe caminar junto no esté separado, y que el hombre, entero en todos los momentos de su vida, no se halle en tal punto por una de sus facultades y en tal otro por las demás.

¡Qué dificultad veo alzarse aquí! Dificultad mayor sobre todo porque está menos en las cosas que en la pusilanimidad de quienes no se atreven a resolverla. Empecemos al menos por atrevernos a proponerla. Un niño debe ser educado en la religión de su padre: siempre le probamos de sobra que esa religión, sea la que fuere, es la única verdadera, que todas las demás no son más que extravagancia y absurdidad. La fuerza de los argumentos depende absolutamente en este punto del

país en que se propongan. ¡Que un turco, a quien parece tan ridículo el cristianismo en Constantinopla, venga a ver qué parece el mahometanismo en París! Es sobre todo en materia de religión donde la opinión triunfa. Pero nosotros no pretendemos sacudirnos su yugo en todo, nosotros, que no queremos conceder nada a la autoridad, nosotros, que no queremos enseñar a nuestro Emilio nada que no pueda aprender por sí mismo en cualquier país, ¿en qué religión lo educaremos? ¿A qué secta agregaremos al hombre de la naturaleza? La respuesta es muy simple, en mi opinión; no lo agregaremos ni a ésta ni a aquélla, sino que le pondremos en situación de escoger aquella a que debe conducirle el mejor uso de su razón.

Incendo per ignes
*Suppositos cineri doloso**.

No importa: el celo y la buena fe me han servido hasta ahora de prudencia. Espero que estos fiadores no me abandonen en caso necesario. Lectores, no temáis de mí precauciones indignas de un amigo de la verdad: nunca olvidaré mi divisa; pero me está sobradamente permitido desconfiar de mis juicios. En lugar de deciros aquí lo que pienso por mí mismo, os diré lo que pensaba un hombre que valía más que yo. Garantizo la verdad de los hechos que van a ser relatados. Le sucedieron realmente al autor del documento que voy a transcribir. A vosotros corresponde ver si de ello pueden sacarse reflexiones útiles sobre el tema de que se trata. No os propongo el sentimiento de otro o el mío como regla: os lo ofrezco para que lo examinéis **.

---

* El problema de la verdadera religión se aborda al final de la *Profesión de fe*. El tema afectó personalmente a Rousseau (*Confessions, ed. cit.*, I, pág. 62).

La cita corresponde a Horacio (*Odas*, II, i, 7-8): «Voy andando por ascuas cubiertas de ceniza engañosa». Aunque en Horacio *incendis* (vas andando, caminas), no *incendo*.

** Rousseau refiere la experiencia que lo llevó a la profesión de fe en *Las ensoñaciones del paseante solitario* (tercer paseo, *ed. cit.*, especialmente págs. 51-56, relacionadas con este pasaje). Fue una experiencia personal: «La obra que emprendía sólo podía realizarse en un retiro absoluto; exigía largas y apacibles meditaciones (...). El resultado de mis penosas búsquedas fue el que aproximadamente he consignado en la profesión de fe del *Vicario Saboyano*» (págs. 53-56). Y en carta a su amigo Moltou «fácilmente imaginaréis que la profesión de

«Hace treinta años que, en una ciudad de Italia, un joven expatriado se veía reducido a la última miseria. Había nacido calvinista, pero encontrándose fugitivo a consecuencia de una chiquillada, en país extranjero, sin recursos, cambió de religión para tener pan. Había en esa ciudad un hospicio para los prosélitos; fue admitido en él. Al instruirle sobre la controversia, le dieron dudas que no tenía, y le enseñaron el mal que ignoraba; oyó dogmas nuevos, vio costumbres todavía más nuevas; las vio, y a punto estuvo de ser su víctima. Quiso huir, lo encerraron; se quejó, lo castigaron por sus quejas; a merced de sus tiranos, se vio tratar como criminal por haber querido ceder al crimen. Que quienes saben cuánto irrita a un joven corazón sin experiencia la primera prueba de la violencia y de la injusticia se figuren el estado del suyo. Lágrimas de rabia corrían de sus ojos, la indignación lo sofocaba. Imploraba al cielo y a los hombres, se confiaba a todo el mundo y por nadie era escuchado. No veía más que viles domésticos sometidos al infame que lo ultrajaba, o cómplices del mismo crimen que se burlaban de su resistencia y le incitaban a imitarlos. Se habría perdido de no ser por un honesto eclesiástico que llegó al hospicio para cierto asunto, y a quien logró consultar en secreto. El eclesiástico era pobre y necesitaba de todo el mundo; pero el oprimido tenía más necesidad aún de él, y él no vaciló en favorecer su evasión, a riesgo de crearse un peligroso enemigo*.

»Escapado del vicio para volver a la indigencia, el joven

---

fe del Vicario Saboyano es la mía» (*Correspondance Générale,* tomo VIII, pág. 4). Pero en las *Lettres à Christophe de Beaumont* niega la responsabilidad de la profesión de fe; para estas afirmaciones y rechazos debe tenerse en cuenta, según P. Burgelin (*ed. cit.,* pág. 1505), «tanto el pudor de alguien que pretende confesarse en público como la vana prudencia que le permitirá no reconocer ese texto como suyo en caso de peligro».

Según las *Confessions,* el original físico del vicario sería el abate católico Jean-Claude Gaime (1692-1761), a quien conoció en Turín y que «es, al menos en gran parte, el original del Vicario Saboyano» (*Confessions,* I, págs. 90-94). Los datos biográficos corresponden al abate Jean-Baptiste Gâtier (1703-1760), a quien Rousseau conoció en el seminario de Annency (*Confessions, O.C,* I, págs. 118, 119): «... reuniendo a M. Gâtier con M. Gaime hice de estos dos dignos sacerdotes el original del Vicario Saboyano».

*«Ese desgraciado fugitivo soy yo mismo». Son constantes las alusiones de Rousseau a la biografía propia. Véase, además del tercer paso de las *Ensoñaciones,* las *Confessions* (*O.C.,* Pléaide, I, págs. 40-70).

luchaba sin éxito contra su destino; por un momento se creyó por encima de él. Al primer vislumbre de fortuna sus males y su protector fueron olvidados. Pronto fue castigado por esa ingratitud: todas sus esperanzas se desvanecieron. Aunque su juventud le favoreciese, sus ideas novelescas lo estropeaban todo. No poseyendo ni suficientes talentos ni bastante habilidad para abrirse un camino fácil, no sabiendo ser moderado ni malvado, pretendió tantas cosas que no supo llegar a nada. Caído nuevamente en su miseria primera, sin pan, sin asilo, a punto de morir de hambre se acordó de su bienhechor.

»Regresa allí, lo encuentra, es bien recibido; su vista recuerda al eclesiástico una buena acción que había hecho; un recuerdo semejante siempre regocija el alma. Aquel hombre era por naturaleza humanitario, compasivo; sentía las penas ajenas como propias, y el bienestar no había endurecido nada su corazón; por último, las lecciones de la prudencia y una virtud esclarecida habían fortalecido su buen natural. Acoge al joven, le busca una morada, lo recomienda en ella; comparte con él lo suyo apenas suficiente para dos. Hace más, lo instruye, lo consuela, le enseña el arte difícil de soportar pacientemente la adversidad. Gentes prejuicidas, ¿de un sacerdote, y en Italia, hubiérais esperado esto?

»Este honesto eclesiástico era un pobre vicario saboyano a quien una aventura de juventud había indispuesto con su obispo y que había pasado los montes en busca de los recursos que le faltaban en su país. No carecía de ingenio ni de letras, y con una figura interesante había encontrado protectores que lo colocaron en casa de un ministro para que educase a su hijo. Prefería la pobreza a la dependencia e ignoraba cómo hay que comportarse con los grandes. No permaneció mucho tiempo en casa de ése; al dejarlo no perdió su estima, y como vivía con prudencia y se hacía amar por todo el mundo, alimentaba la esperanza de recuperar la gracia de su obispo y obtener algún pequeño curato en las montañas para pasar allí el resto de sus días. Ése era el último término de su ambición.

»Una inclinación natural le hacía interesarse por el joven fugitivo y se impuso examinarlo con cuidado. Vio que la mala fortuna había marchitado ya su corazón, que el oprobio y el desprecio había abatido su ánimo, y que su orgullo trocado en amargo despecho no le mostraba en la justicia y la dureza de

los hombres más que el vicio de su naturaleza y la quimera de la virtud. Había visto que la religión sólo sirve de máscara al interés, y el culto sagrado de salvaguarda a la hipocresía. En la sutileza de las vanas disputas había visto el paraíso y el infierno puestos por premio a juegos de palabras; había visto la sublime y primitiva idea de la divinidad desfigurada por las peregrinas imaginaciones de los hombres, y deduciendo que para creer en Dios había que renunciar al juicio que se había recibido de él, en el mismo desprecio metió nuestras ridículas ensoñaciones y el objeto a que las aplicamos; sin saber nada de lo que existe, sin imaginar nada sobre la generación de las cosas, se sumergió en su necia ignorancia con un profundo desprecio por todos los que pensaban que sabían de ello más que él.

»El olvido de toda religión lleva al olvido de los deberes del hombre. El corazón del libertino* ya había avanzado más de la mitad por esa senda. No era sin embargo un joven mal nacido; la incredulidad y la miseria, ahogando poco a poco su natural, lo arrastraban rápidamente a su perdición, y no le preparaban otra cosa sino las costumbres de un pordiosero y la moral de un ateo.

»El mal, casi inevitable, no estaba absolutamente consumado. El joven tenía conocimientos, y no se había descuidado su educación. Estaba en esa edad feliz en que la sangre en fermentación comienza a caldear el alma sin esclavizarla a los furores de los sentidos. La suya aún contaba con toda su energía. Una vergüenza nativa y un carácter tímido suplían la escasez y prolongaban para él esa época en la que vos mantenéis a vuestro alumno con tantos cuidados. El ejemplo odioso de una depravación brutal y de un vicio sin encanto, lejos de animar su imaginación, la había amortiguado. Durante mucho tiempo el asco** hizo en él las veces de virtud para conservar su inocencia, que no debía sucumbir sino a las más dulces seducciones.

»El eclesiástico vio el peligro y los recursos. Las dificultades

* *Libertino* está empleado en el mismo sentido ya visto anteriormente: «deseoso de libertad, que va a la aventura»; aunque aquí mejor que en el caso anterior corresponde a *incrédulo*.

** Estas experiencias quedan referidas en *Confessions* (*O.C.*, I, págs. 68-69, y otras anteriores.

no lo desalentaron; se complacía en su obra; resolvió acabarla, y devolver a la virtud la víctima que él había arrancado a la infamia. Se tomó tiempo para ejecutar su proyecto; la belleza del motivo animaba su valor y le inspiraba unos medios dignos de su celo. Cualquiera que fuese el resultado, estaba seguro de no haber perdido el tiempo: siempre se triunfa cuando sólo se quiere obrar bien.

»Comenzó por ganarse la confianza del prosélito no vendiéndole sus beneficios, no volviéndosele importuno, no echándole sermones, sino poniéndose siempre a su alcance, empequeñeciéndose para igualarse con él. Era, en mi opinión, un espectáculo bastante conmovedor ver a un hombre grave convertirse en camarada del bribonzuelo, y a la virtud prestarse al tono de la licencia, para triunfar de ella con más seguridad. Cuando el atolondrado llegaba para hacerle sus locas confidencias y desahogarse con él, el sacerdote lo escuchaba, lo tranquilizaba; sin aprobar el mal, se interesaba por todo. Jamás una indiscreta censura venía a cortar su parloteo y a encoger su corazón. El placer con que se creía escuchado aumentaba el que sentía al decir todo. Así hizo su confesión general sin pensar en confesar nada.

»Después de haber estudiado bien sus sentimientos y su carácter, el sacerdote vio con claridad que, sin ser ignorante para su edad, había olvidado todo lo que le importaba saber, y que el oprobio a que lo había reducido la fortuna ahogaba en él todo sentimiento verdadero del bien y del mal. Hay un grado de embrutecimiento que priva de vida al alma, y en el que la voz interior no sabe hacerse oír en quien sólo piensa en nutrirse. Para proteger al joven infortunado de esta muerte moral de la que tan cerca estaba, comenzó por despertar en él el amor propio y la estima de sí mismo. Le mostraba un porvenir más dichoso en el buen uso de sus talentos; reanimaba en su corazón un ardor generoso mediante el relato de las bellas acciones de otros; haciéndole admirar a quienes las habían realizado, le devolvía el deseo de hacerlas semejantes. Para separarlo insensiblemente de su vida ociosa y vagabunda, le mandaba hacer resúmenes de libros selectos, y, fingiendo necesitar esos resúmenes, alimentaba en él el noble sentimiento de la gratitud. Lo instruía de forma indirecta con esos libros, le hacía recuperar una opinión de sí mismo lo bastante buena

para no creerse un ser inútil para todo, y para dejar de querer volverse despreciable a sus propios ojos.

»Una bagatela permitiría juzgar el arte que empleaba ese hombre bienhechor para elevar insensiblemente el corazón de su discípulo por encima de la bajeza, sin que pareciera que pensaba en su instrucción. El eclesiástico tenía una probidad tan reconocida y un discernimiento tan seguro que muchas personas preferían que las limosnas pasasen por sus manos antes que por las de los ricos párrocos de las ciudades. Cierto día en que le habían dado algún dinero para distribuir entre los pobres, el joven tuvo, invocando ese título, la vileza de pedírselo. No, contestó él, nosotros somos hermanos, vos me pertenecéis, y yo no debo tocar este depósito para uso mío. Luego le dio de su propio dinero lo que le había pedido. Lecciones de esta clase raramente caen en saco roto en el corazón de los jóvenes que no están completamente corrompidos.

«Me canso de hablar en tercera persona, y es éste un cuidado totalmente superfluo; porque, querido conciudadano, os dais perfecta cuenta de que ese desventurado fugitivo soy yo mismo; me creo lo bastante lejos de los desórdenes de mi juventud para atreverme a confesarlos, y la mano que de ellos me sacó bien merece que a expensas de algo de vergüenza devuelva algún honor al menos a sus beneficios.

»Lo que más me sorprendía era ver en la vida privada de mi digno maestro la virtud sin hipocresía, la humanidad sin debilidad, palabras siempre rectas y sencillas, y una conducta siempre conforme con esas palabras. No le veía inquietarse por si aquellos a quienes ayudaba iban a vísperas, si se confesaban a menudo, si ayunaban los días prescritos, si comían de viernes, ni imponerles otras condiciones similares, sin las cuales ninguna asistencia puede esperarse de los devotos, aunque esté uno muriéndose de miseria.

»Alentado por estas observaciones, lejos de desplegar por mí mismo a sus ojos el celo fingido de un converso reciente, no le ocultaba mucho mis formas de pensar y no por ello lo veía más escandalizado. Algunas veces yo habría podido decirme: pasa por alto mi indiferencia por el culto que he abrazado como compensación a la que también siento por el culto en que nací, sabe que mi desdén no es cosa de partido.

Pero, ¿qué debía pensar yo cuando a veces le oía aprobar dogmas contrarios a los de la Iglesia romana, y dar la impresión de que estimaba más bien poco todas sus ceremonias? Le habría creído protestante encubierto si le hubiera visto menos fiel a esos mismos usos de los que parecía hacer bastante poco caso; pero sabiendo que cumplía sin testigos sus deberes de sacerdote tan puntualmente como bajo los ojos del público, ya no sabía yo qué pensar de estas contradicciones. Salvo el yerro que en otro tiempo había causado su desgracia y del que no parecía del todo corregido, su vida era ejemplar, sus costumbres irreprochables, sus palabras honestas y juiciosas. Viviendo con él en la mayor intimidad, aprendía a respetarle más cada día y, habiéndome ganado tantas bondades de todo el corazón, esperaba con curiosa inquietud el momento de saber en qué principio fundaba él la uniformidad de una vida tan singular.

»Ese momento no llegó tan pronto. Antes de abrirse a su discípulo, se esforzó por hacer germinar las semillas de razón y de bondad que lanzaba en su alma. Lo qué más le costaba destruir en mí era una orgullosa misantropía, una segura acritud contra los ricos y los dichosos del mundo, como si lo hubieran sido a mis expensas y su pretendida dicha hubiera sido usurpada a la mía. La loca vanidad de la juventud que se rebela contra la humillación no me daba sino demasiada inclinación a ese humor colérico, y el amor propio que mi Méntor trataba de despertar en mí, llevándome al orgullo, volvía a los hombres aún más viles a mis ojos y no hacía sino añadir para ellos el desprecio al odio.

»Sin combatir directamente este orgullo, impidió que se convirtiera en dureza de alma, y sin quitarme la estima de mí mismo la volvió menos desdeñosa hacia mi prójimo. Arrastrando siempre la vana apariencia y mostrándome los males reales que encubre, me enseñaba a deplorar los errores de mis semejantes, a enternecerme con sus miserias y a compadecerlo más que a envidiarlos. Movido a compasión hacia las debilidades humanas por el profundo sentimiento de las suyas, veía a los hombres por doquier víctimas de sus propios vicios y de los vicios de los demás; veía a los pobres gemir bajo el yugo de los ricos, y a los ricos bajo el yugo de los prejuicios. Creedme, decía, nuestras ilusiones, lejos de ocultar nuestros males, los aumentan poniendo precio a lo que no lo tiene y

haciéndonos sensibles a las mil falsas privaciones que no sentiríamos sin ellas. La paz del alma consiste en el desprecio de cuanto puede turbarla; el hombre que más caso hace de la vida es el que menos sabe gozarla, y el que aspira con mayor avidez a la dicha es siempre el más miserable.

»¡Ah, qué tristes cuadros!, exclamaba yo con amargura; si hay que negarse a todo, ¿de qué nos ha servido nacer?; y si hay que despreciar la dicha misma, ¿quién puede ser dichoso? Yo, respondió un día el sacerdote en un tono que me sorprendió. ¿Dichoso vos? ¿Con tan poca fortuna, tan pobre, exiliado, perseguido, sois dichoso? ¿Y qué habéis hecho para serlo? Hijo mío, prosiguió, os lo diré con mucho gusto.

»Al punto me hizo comprender que después de haber recibido mis confesiones, quería hacerme las suyas. Derramaré en vuestro seno, me dijo abrazándome, todos los sentimientos de mi corazón. Me veréis, si no tal como soy, al menos tal como me veo a mí mismo. Cuando hayáis recibido mi completa profesión de fe, cuando conozcáis bien el estado de mi alma, sabréis por qué me estimo dichoso y, si pensáis como yo, lo que tenéis que hacer para serlo. Mas estas confesiones no son cosa de un momento; se necesita tiempo para exponeros cuanto pienso sobre el destino del hombre, y sobre el verdadero precio de la vida; busquemos una hora y un lugar cómodos para entregarnos tranquilamente a esta conversación.

»Yo manifesté urgencia por oírle. La cita no fue pospuesta sino para el día siguiente. Era verano; nos levantamos al alba. Me llevó fuera de la ciudad, sobre una alta colina bajo la que corría el Po, cuyo curso se veía a través de las fértiles riberas que baña. En la lejanía, la inmensa cadena de los Alpes coronaba el paisaje. Los rayos del sol levante rozaban ya las llanuras, y, proyectando sobre los campos mediante largas sombras los árboles, las laderas y las casas, enriquecían con mil accidentes de luz el más bello cuadro con que la vista humana puede ser sorprendida nunca. Se hubiera dicho que la naturaleza desplegaba a nuestros ojos toda su magnificencia para ofrecerla como contexto a nuestra charla. Fue entonces cuando, tras haber contemplado algún tiempo aquellos objetos en silencio, el hombre de paz me habló así».

Profesión de fe
del vicario saboyano

Hijo mío, no esperéis de mí ni palabras sabias ni profundos razonamientos. No soy un gran filósofo, y me preocupo poco de serlo. Pero a veces tengo sentido común y siempre amo la verdad. No quiero argumentar con vos, ni tratar de convenceros; me basta con exponeros lo que pienso en la simplicidad de corazón. Consultad el vuestro durante mi discurso; es cuanto os pido. Si me engaño, es de buena fe; esto basta para que no me sea imputado mi error como crimen; y aunque de la misma forma os engañarais, poco mal habría en ello; si estoy en lo cierto, la razón nos es común, y ambos tenemos el mismo interés en escucharla; ¿por qué no habíais de pensar como yo?

Nací pobre y campesino, destinado por mi estado a cultivar la tierra; pero creyeron que era más hermoso que aprendiera a ganar mi pan en el oficio de sacerdote, y hallaron el medio de hacerme estudiar. A buen seguro, ni mis padres ni yo pretendíamos buscar con ello lo que fuera bueno, verdadero y útil, sino lo que había que saber para poder ser ordenado. Aprendí lo que se quería que aprendiese, dije lo que se quería que dijese; di mi palabra como quisieron y fui hecho sacerdote. Pero no tardé en sentir que, al obligarme a no ser hombre, había prometido más de lo que podía cumplir.

Se nos dice que la conciencia es el fruto de los prejuicios; sin embargo sé por experiencia propia que se obstina en seguir el orden de la naturaleza contra todas las leyes de los hombres. Por más que se nos prohíba esto o lo otro, el remordimiento siempre nos reprocha débilmente lo que la naturaleza bien ordenada nos permite, con mayor razón lo que nos prescribe. ¡Oh, buen joven, aún no ha dicho ella nada a vuestros sentidos!, vivid mucho tiempo en el estado feliz en que su voz es la de la inocencia. Recordad que se la ofende más aún cuando se la previene que cuando se la combate; hay que comenzar por aprender a resistir para saber cuándo se puede ceder sin crimen*.

Desde mi juventud he respetado el matrimonio como la

* Con el *se* [*on*] impersonal, repetido constantemente en estos dos párrafos, Rousseau designa a la sociedad, y de modo más concreto a la Iglesia Católica como corruptora sin nombre.

primera y más santa institución de la naturaleza. Habiéndome privado del derecho de someterme a él resolví no profanarlo; porque a pesar de mis clases y mis estudios, por haber llevado siempre una vida uniforme y sencilla había conservado en mi espíritu toda la claridad de las luces primitivas; no las habían oscurecido las máximas del mundo y mi pobreza me alejaba de las tentaciones que dictan los sofismas del vicio.

Fue precisamente esa resolución lo que me perdió; mi respeto por la cama ajena dejó mis faltas al descubierto. Hubo que expiar el escándalo; detenido, anatematizado, expulsado, fui víctima más de mis escrúpulos que de mi incontinencia, y tuve ocasión de comprender, por los reproches que acompañaron mi desgracia, que con frecuencia basta con agravar la falta para escapar al castigo.

Unas pocas experiencias semejantes llevan lejos a un espíritu reflexivo. Viendo, por tristes observaciones, invertirse las ideas que yo tenía de lo justo, de la honestidad y de todos lo deberes del hombre, todos los días perdía alguna de las opiniones que había recibido; no bastando las que me quedaban para formar, juntas, un cuerpo que pudiera sostenerse por si mismo, sentí poco a poco oscurecerse en mi espíritu la evidencia de los principios y, reducido finalmente a no saber otra cosa que pensar, llegué al mismo punto en que vos estáis, con una diferencia: que mi incredulidad, fruto tardío de una edad más madura, se había formado con mayor esfuerzo y debía ser más difícil de destruir.

Me hallaba en esas disposiciones de incertidumbre y de duda que Descartes exige para la búsqueda de la verdad. Ese estado no está hecho para durar mucho, es inquietante y penoso, sólo el interés del vicio o la pereza del alma nos deja en él. Yo no tenía el corazón lo bastante corrompido para complacerme en semejante situación, y no hay nada que conserve mejor el hábito de reflexionar que vivir más satisfecho de uno mismo que de su fortuna.

Meditaba, pues, sobre la triste suerte de los mortales, flotando sobre ese mar de opiniones humanas sin gobernalle, sin brújula, y entregado a sus tormentosas pasiones, sin más guía que un piloto inexperimentado que desconocía la ruta y que no sabe ni de dónde viene ni a dónde va. Me decía: amo la verdad, la busco, y no puedo reconocerla; que me la muestren

y permaneceré atado a ella: ¿por qué ha de esconderse a la solicitud de un corazón hecho para adorarla?

Aunque con frecuencia haya soportado males mayores, nunca he llevado una vida tan constantemente desagradable como en esos tiempos de turbación y de ansiedades, en los que, errando sin cesar de duda en duda, de mis largas meditaciones no sacaba más que incertidumbre, oscuridad, contradicciones sobre la causa de mi ser y sobre la regla de mis deberes.

¿Cómo se puede ser escéptico por sistema y de buena fe? No podría comprenderlo. Esos filósofos, o no existen, o son los más desdichados de los hombres. La duda sobre las cosas que nos importa conocer es un estado demasiado violento para el espíritu humano; no resiste ahí mucho tiempo, se decide, a pesar suyo, de una manera o de otra, y antes prefiere equivocarse que no creer nada.

Lo que duplicaba mi apuro era que, habiendo nacido en una Iglesia que decide todo*, que no permite duda alguna, un solo punto rechazado me hacía rechazar todo lo demás, y que la imposibilidad de admitir tantas decisiones absurdas me separaba también de las que no lo eran. Al decirme: creed todo, se me impedía creer en nada, y ya no sabía dónde detenerme.

Consulté a los filósofos, hojeé sus libros, examiné sus diversas opiniones. Los encontré a todos orgullosos, aseverativos, dogmáticos, incluso en su pretendido escepticismo, sin ignorar nada, sin probar nada, burlándose unos de otros, y este punto, común a todos, me pareció el único en que todos tienen razón. Triunfantes cuando atacan, carecen de vigor al defenderse. Si sopesáis las razones, sólo las tienen para destruirse; si contáis los votos, cada cual queda reducido al suyo; sólo se ponen de acuerdo para discutir. Escucharlos no era el medio de salir de mi incertidumbre**.

---

* Alusión a la Iglesia Católica, a la que Julia, en la *Nouvelle Héloïse*, opone «la comunicación protestante que extrae su única regla de la Escritura Sagrada y de la razón».

** «Me entregué al trabajo que había emprendido con un celo proporcionado tanto a la importancia del tema como a la necesidad que sentía tener de él. Vivía entonces con unos filósofos modernos que apenas se parecían a los antiguos. En lugar de despejar mis dudas y de fijar mis irresoluciones, habían

Pensé que la insuficiencia del espíritu humano es la causa primera de esta prodigiosa diversidad de sentimientos, y el orgullo la segunda. Nosotros no tenemos las medidas de esta máquina inmensa, no podemos calcular sus relaciones; no conocemos ni las primeras leyes ni la causa final; nos ignoramos a nosotros mismos; no conocemos ni nuestra naturaleza ni nuestro principio activo; apenas sabemos si el hombre es un ser simple o compuesto; misterios impenetrables nos rodean por todas partes; están por encima de la región sensible; para penetrarlos creemos poseer inteligencia, y no poseemos más que imaginación. A traves de ese mundo imaginario, cada uno se abre una ruta que cree la buena; nadie puede saber si la suya lleva al final. Sin embargo, queremos penetrar todo, conocer todo. Lo único que no sabemos es ignorar lo que podemos saber. Antes preferimos decidirnos al azar y creer lo que no es que confesar que alguno de nosotros pueda ver lo que es. Pequeña parte de un gran todo cuyos límites se nos escapan y que su autor entrega a nuestras locas disputas, somos lo bastante vanos para querer decir lo que es ese todo en sí mismo, y lo que nosotros somo en relación a él.

Aun cuando los filósofos estuvieran en situación de descubrir la verdad, ¿quién de ellos se interesaría por ella? Todos saben de sobra que su sistema no está mejor fundado que los otros; pero lo sostienen porque es suyo. No hay uno solo que, llegando a conocer lo verdadero y lo falso, no prefiera la mentira que ha encontrado a la verdad descubierta por otro. ¿Dónde está el filósofo que, para gloria suya, no engañaría de buen grado al género humano? ¿Dónde está aquel que en el secreto de su corazón se proponga una meta distinta que distinguirse? Con tal que se eleve por encima del vulgo, con tal que borre el brillo de sus competidores, ¿qué más pide? Lo

---

hecho vacilar todas las certezas que creía tener sobre los puntos que más me importaba conocer; porque, ardientes misioneros de ateísmo y dogmáticos muy imperiosos no sobrellevaban sin cólera que sobre cualquier punto se osara pensar de forma distinta que ellos» (*Ensoñaciones, ed. cit.*, pag. 53-54). La misma diatriba contra los filósofos modernos aparece en el Prefacio del *Narcisse*, donde da los nombres de otros antiguos, Leucipo, Diógenes, Pirrón, Protágoras, Lucrecio, Hobbes, Mandeville, «y mil otros» como autores de sistemas absurdos (*O.C.*, Pléaide, II, pags. 965-966).

esencial es pensar de forma distinta a los otros. Entre los creyentes es ateo, entre los ateos sería creyente.

El primer fruto que saqué de estas reflexiones fue aprender a limitar mis búsquedas a lo que me interesaba de una forma inmediata, a apoyarme en una profunda ignorancia sobre todo lo demás, y a no inquietarme hasta la duda sino por las cosas que me importaba saber.

Todavía comprendí que lejos de librarme de mis dudas inútiles, los filósofos no harían sino multiplicar las que me atormentaban y no resolverían ninguna. Tomé pues otro guía, y me dije: consultemos la luz interior, ella me extraviaría menos de lo que me extravían ellos, o al menos mi error será mío, y me depravaré menos siguiendo mis propias ilusiones que entregándome a sus mentiras.

Repasando entonces en mi espíritu las diversas opiniones que sucesivamente me habían atraído desde mi nacimiento, vi que, aunque ninguna de ellas fuera lo bastante evidente para producir de forma inmediata la convicción, tenían diversos grados de verosimilitud, y que el asentimiento interno las admitía o rechazaba en distinta medida. Tras esta primera observación, comparando entre sí todas estas ideas diferentes en medio del silencio de los prejuicios, encontré que la primera y más común era también la más simple y más razonable, y que, para reunir todos los sufragios, sólo le faltaba haber sido propuesta la última. Imaginaos que todos vuestros filósofos antiguos y modernos han agotado, primero, sus extravagantes sistemas de fuerzas, de posibilidades, de fatalidad, de necesidad, de átomos, de mundo animado, de materia viviente, de materialismo de toda especie, y tras todos ellos al ilustre Clarke esclareciendo al mundo, anunciando finalmente al Ser de los seres y al dispensador de las cosas. ¡Con qué universal admiración, con qué aplauso unánime no se hubiera recibido este nuevo sistema, tan grande, tan consolador, tan sublime, tan apropiado para elevar el alma, y dar una base a la virtud, y al mismo tiempo tan sorprendente, tan luminoso, tan simple y, en mi opinión, el que ofrece al espíritu humano menos cosas incomprensibles de cuantas él encuentra absurdas en cualquier otro sistema! Yo me decía: las objeciones insolubles son comunes a todos, porque el espíritu del hombre es demasiado limitado para resolverlas; no son prueba, pues, contra ninguno

en particular; pero ¡qué diferencia hay entre las pruebas directas! ¿No debe ser preferido el único que lo explica todo cuando no presenta más dificultades que los otros?*.

Llevando, pues, en mí el amor a la verdad por toda filosofía, y por todo método una regla fácil y simple que me dispensa de la vana sutileza de los argumentos, reanudo por esta regla el examen de los conocimientos que me interesan, resuelto a admitir por evidentes todos aquellos a los que, en la sinceridad de mi corazón, no pueda rehusar mi consentimiento, por verdaderos todos aquellos que me parezcan tener una relación necesaria con esos primeros, y a dejar todos los demás en la incertidumbre, sin rechazarlos ni admitirlos, y sin atormentarme esclareciéndolos cuando no lleven a nada útil para la práctica.

Pero ¿quién soy yo? ¿Qué derecho tengo a juzgar las cosas, y qué es lo que determina mis juicios? Si son arrastrados, forzados por las impresiones que recibo, en vano me fatigo en estas búsquedas, no se harán, o se harán por sí mismas sin que yo me meta a dirigirlas. Por tanto debo volver primero mis miradas sobre mí para conocer el instrumento de que quiero servirme, y saber hasta qué punto puedo fiarme de su uso.

Yo existo y tengo sentidos por los que soy afectado. He ahí la primera verdad que me sorprende y a la que me veo obligado a asentir. ¿Tengo un sentimiento propio de mi existencia, o sólo la siento por mis sensaciones? He ahí mi primera duda, que por ahora me resulta imposible de resolver. Porque, afectado continuamente por sensaciones, bien de modo inmediato, bien por la memoria, ¿cómo puedo saber si el sentimiento del *yo* es algo al margen de esas mismas sensaciones, y si puede ser independiente de ellas?

Mis sensaciones ocurren en mí, puesto que me hacen sentir mi existencia, mas su causa me es ajena, puesto que me afectan a pesar de que yo las posea, y no depende de mí ni

---

* Algunas alusiones del presente párrafo son oscuras. Con los 'átomos', Rousseau apunta a Leucipo y Demócrito; con la 'materia viviente', a Locke. Samuel Clarke, predicador anglicano (1675-1729), que mantuvo una célebre correspondencia con Leibniz, había publicado un volumen de sermones (1705), *De la existencia y de los atributos de Dios, de los deberes de la religión natural y de la verdad de la religión cristiana.* Ahí expresó su teoría de la causa primera, un Dios dispensador de cosas.

producirlas ni aniquilarlas. Con toda claridad concibo que mi sensación que está en mí, y su causa o su objeto que está fuera de mí, no son lo mismo.

Así, no sólo existo yo, sino que existen otros seres, a saber, los objetos de mis sensaciones, y aun cuando esos objetos no fueran más que ideas, sigue siendo cierto que esas ideas no son yo.

Ahora bien, a todo lo que siento fuera de mí y que actúa sobre mis sentidos, lo llamo materia, y a todas las porciones de materia que concibo reunidas en seres individuales, las llamo cuerpo. De este modo todas las disputas de los idealistas y de los materialistas nada significan para mí. Sus distinciones sobre la apariencia y la realidad de los cuerpo son quimeras.

Heme aquí ya completamente seguro de la existencia del universo tanto como de la mía. A continuación reflexiono sobre los objetos de mis sensaciones, y, hallando en mí la facultad de compararlos, me siento dotado de una fuerza viva que no sabía que tuviera antes.

Percibir es sentir; comparar es juzgar; juzgar y sentir son lo mismo. Por la sensación, los objetos se ofrecen a mí separados, aislados, tal cual son en la naturaleza; por la comparación los remuevo, los transporto, por así decir, pongo uno sobre otro para sentenciar sobre su diferencia o sobre su similitud, y generalmente sobre todas sus relaciones. En mi opinión, la facultad distintiva del ser activo o inteligente es poder dar un sentido a la palabra *es*. En vano busco en el ser puramente sensitivo esa fuerza inteligente que superpone y que luego sentencia: no podría verla en su naturaleza. Ese ser pasivo sentirá cada objeto por separado, o incluso sentirá el objeto total formado por los dos, pero como carece de fuerza para replegar al uno sobre el otro, no los comparará jamás, no los juzgará.

Ver dos objetos a la vez no es ver sus relaciones, ni juzgar sobre sus diferencias; percibir varios objetos unos fuera de otros no es enumerarlos. En el mismo instante puedo tener la idea de un palo grande y de un palo pequeño* sin compararlos,

* El ejemplo del palo demuestra que Rousseau tiene a la vista el artículo «Evidence» de la *Encyclopédie*, (t. VI, pag. 148): «Es pues evidente que son las sensaciones mismas las que producen los juicios». A este anónimo autor (aunque la tradición otorga su paternidad a Quesnay) se alude con el impersonal que domina el párrafo siguiente.

sin juzgar que uno es más pequeño que el otro, lo mismo que puedo ver a la vez mi mano entera sin contrar mis dedos[13]. Estas ideas comparativas, *mayor, menor*, igual que las ideas numéricas de *uno*, de *dos*, etc., no son desde luego, sensaciones, aunque mi espíritu las produzca únicamente con ocasión de mis sensaciones.

Se nos dice que el ser sensitivo distingue unas sensaciones de otras por las diferencias que entre sí tienen esas mismas sensaciones: esto requiere explicación. Cuando las sensaciones son diferentes, el ser sensitivo las distingue por sus diferencias; cuando son semejantes, las distingue porque siente una fuera de las otras. De otro modo, ¿cómo distinguiría dos objetos iguales en una sensación simultánea? Sería totalmente necesario que confundiera ésos dos objetos y los tomara por el mismo, sobre todo en un sistema en el que se pretende que las sensaciones representativas de la extensión no son extensas.

Cuando las dos sensaciones a comparar son percibidas, su impresión está hecha, cada objeto es sentido, los dos son sentidos, pero no por ello es sentida su relación. Si el juicio de esa relación no fuera más que una sensación y me viniera únicamente del objeto, mis juicios no me engañarían jamás, puesto que nunca es falso que yo sienta lo que siento.

¿Por qué, pues, me equivoco sobre la relación de esos dos palos, sobre todo si no son paralelos? ¿Por qué digo yo, por ejemplo, que el palo pequeño es la tercera parte del grande, cuando sólo es su cuarta parte? ¿Por qué la imagen que es la sensación no está conforme con su modelo que es el objeto? Porque soy activo cuando juzgo, porque la operación que comparo es falible, y porque mi entendimiento, que juzga relaciones, mezcla sus errores a la verdad de las sensaciones que sólo muestran los objetos.

Añadid a esto una reflexión que estoy seguro que ha de sorprenderos cuando hayáis pensado en ella: es que, si fuéramos puramente pasivos en el uso de nuestros sentidos, no habría entre ellos comunicación alguna; nos sería imposible conocer que el cuerpo que tocamos y el objeto que vemos son el mismo. O nunca sentiríamos nada fuera de nosotros, o habría, para nosotros, cinco substancias sensibles, cuya identidad no podríamos percibir por ningún medio.

Que se dé tal o cual nombre a esa fuerza de mi espíritu que relaciona y compara mis sensaciones; llámenla atención, meditación, reflexión o como se quiera; lo cierto es que está en mí y no en las cosas, que soy sólo yo quien la produce, aunque sólo produzca con ocasión de la impresión que sobre mí causan los objetos. Sin ser dueño de sentir o no sentir, lo soy de examinar más o menos lo que siento.

No soy, pues, simplemente un ser sensitivo y pasivo, sino un ser activo e inteligente, y diga lo que quiera la filosofía, me atreveré a prentender el honor de pensar. Sólo sé que la verdad está en las cosas y no en mi espíritu que las juzga, y que cuanto menos de lo mío ponga en los juicios que sobre ellas hago, más seguro estaré de acercarme a la verdad; de este modo mi norma de entregarme al sentimiento más que a la razón queda confirmada por la razón misma.

Una vez seguro, por así decir, de mí mismo, empiezo a mirar fuera de mí y me considero, con una especie de estremecimiento, arrojado, perdido en ese vasto universo, y como ahogado en la inmensidad de los seres, sin saber nada de lo que son, ni entre sí, ni en relación conmigo. Los estudio, los observo, y el primer objeto que se presenta a mí para compararlos, soy yo mismo.

Cuanto percibo por los sentidos es materia, y deduzco todas las propiedades esenciales de la materia de las cualidades sensibles que me la hacen percibir, y que le son inseparables. La veo unas veces en movimiento y otras en reposo[14], de donde infiero que ni el reposo ni el movimiento le son esenciales; pero por ser una acción, el movimiento es el efecto de una causa, de la que el reposo es sólo la ausencia. Así pues, cuando nada actúa sobre la materia, no se mueve, y, por lo mismo que es indiferente al reposo y al movimiento, su estado natural es estar en reposo.

Percibo en los cuerpos dos clases de movimiento, a saber, movimiento comunicado y movimiento espontáneo o voluntario. En el primero, la causa motriz es ajena al cuerpo movido, y en el segundo está en él mismo: no concluiré de ahí que el movimiento de un reloj, por ejemplo, sea espontáneo; porque si nada ajeno al muelle actuara sobre él, no tendería a enderezarse ni estiraría la cadena. Por la misma razón, tampoco

otorgaré espontaneidad a los fluidos, ni al fuego mismo que hace su fluidez[15]*.

Me preguntaréis si los movimientos de los animales son espontáneos; os diré que nada sé sobre ello, pero que la analogía está por la afirmativa. Me preguntaréis aún cómo sé que hay movimientos espontáneos; os diré que lo sé porque lo siento. Quiero mover mi brazo y lo muevo, sin que ese movimiento tenga otra causa inmediata que mi voluntad. En vano se argumentaría para destruir en mí ese sentimiento; es más fuerte que cualquier evidencia; sería lo mismo que probarme que no existo.

Si no hubiera ninguna espontaneidad en las acciones de los hombres, ni en nada de lo que sobre la tierra se hace, no habría apuro ninguno para imaginar la primera causa de todo movimiento. En cuanto a mí, me siento tan persuadido de que el estado natural de la materia es estar en reposo, y que por sí misma no tiene ninguna fuerza para obrar, que, al ver un cuerpo en movimiento, al punto juzgo o que es un cuerpo animado, o que ese movimiento le ha sido comunicado. Mi mente rehúsa toda aquiescencia a la idea de la materia no organizada moviéndose por sí misma o produciendo alguna acción.

Sin embargo, este universo visible es materia, materia dispersa y muerta[16], que no tiene en su todo unión, organización, sentimiento común de las partes de un cuerpo animado, puesto que es seguro que nosotros, que somos partes, no nos sentimos en modo alguno en el todo. Este mismo universo está en movimiento, y en sus movimientos regulados, uniformes, sometidos a leyes constantes, nada tiene de esa libertad que aparece en los movimientos espontáneos del hombre y de los animales. El mundo no es, por tanto, un gran animal que se mueve por sí mismo; existe alguna causa de sus movimientos extraña a él, que yo no percibo; pero la persuasión interior me hace tan sensible esa causa que no puedo ver girar el sol sin

* El interés de Rousseau por la química [págs. 240-242] queda patente en unas *Institutions chymiques*, que escribió (véase nuestra nota a la nota n.º 15 de Rousseau): Uno de los temas más discutidos en ese momento fue la naturaleza del fuego, preguntándose si era elemento, mixto, o movimiento.

imaginar una fuerza que lo empuja, o, si la tierra gira, creo sentir una mano que la hace girar.

Si hay que admitir leyes generales cuyas relaciones esenciales con la materia no percibo, ¿qué he adelantado? Como esas leyes no son seres reales, substancias, tienen algún otro fundamento que me resulta desconocido. La experiencia y la observación nos han hecho conocer las leyes del movimiento; esas leyes determinan los efectos sin mostrar las causas; no bastan para explicar el sistema del mundo y la marcha del universo. Con unos dados Descartes formaba el cielo y la tierra, pero no pudo dar el primer impulso a esos dados, ni poner en juego su fuerza centrífuga sino con la ayuda de un movimiento de rotación*. Newton halló la ley de la atracción; pero la atracción sola reduciría pronto el universo a una masa inmóvil; a esa ley hubo que añadirle una fuerza proyectil** para hacer describir curvas a los cuerpos celestes. Que Descartes nos diga qué ley física ha hecho girar sus torbellinos***; que Newton nos muestre la mano que lanzó los planetas sobre la tangente de sus órbitas.

Las primeras causas del movimiento no están en la materia; ésta recibe el movimiento y lo comunica, pero no lo produce. Cuanto más observo la acción y reacción de las fuerzas de la naturaleza actuando unas sobre otras, más me parece que, de efectos en efectos, siempre hay que remontarse a alguna voluntad como primera causa, porque suponer un progreso de causas hasta el infinito es no suponer nada de nada. En una palabra, todo movimiento que no es producido por otro sólo puede venir de un acto espontáneo, voluntario; los cuerpos inanimados sólo actúan por el movimiento, y no hay verdadera acción sin voluntad. He ahí mi primer principio. Creo, pues,

* Voltaire acuñó la expresión *dados* para designar las divisiones ínfimas de la materia en Descartes (*Principes de la philosophie*, III, 46). Rousseau ya había tocado este punto cartesiano en el *Discurso sobre las ciencias y las artes* (*ed. cit.*, nota 6, pág. 298): «¿No construyó Descartes el universo con cubos y torbellinos?».

** *Fuerza proyectil:* fuerza que proyecta, la fuerza centrífuga por oposición a la gravedad; parece que es en este texto donde esa expresión aparece por vez primera.

*** Con el término de *torbellinos* conocían los cartesianos la revolución de un astro en su centro, y el movimiento supuesto de la materia en torno a ese astro.

que una voluntad mueve el universo y anima la naturaleza. He ahí mi primer dogma, o mi primer artículo de fe.

¿Cómo produce una voluntad una acción física y corporal? No sé nada al respecto, pero siento en mí que la produce. Quiero actuar, y actúo; quiero mover mi cuerpo, y mi cuerpo se mueve; pero que un cuerpo inanimado y en reposo llegue a moverse por sí mismo o produzca el movimiento, eso es incomprensible y sin ejemplo. La voluntad me es conocida por sus actos, no por su naturaleza. Conozco esa voluntad como causa motriz, pero concebir la materia productora del movimiento es a todas luces concebir un efecto sin causa, es no concebir absolutamente nada.

Me resulta tan imposible concebir cómo mi voluntad mueve mi cuerpo como concebir la forma en que mis sensaciones afectan a mi alma. No sé siquiera por qué uno de esos misterios ha parecido más explicable que el otro. En cuanto a mí, sea cuando soy pasivo, sea cuando soy activo, el medio de unión de las dos substancias me parece absolutamente incomprensible. Es muy extraño que se parta de esta incomprensibilidad misma para confundir las dos substancias, como si operaciones de naturalezas tan diferentes se explicaran mejor en un solo sujeto que en dos.

El dogma que acabo de establecer es oscuro, cierto, pero en última instancia ofrece un sentido y no tiene nada que repugne a la razón, ni a la observación; ¿puede decirse otro tanto del materialismo? ¿No está claro que si el movimiento fuera esencial a la materia sería inseparable de ella, y estaría en ella siempre en igual grado?; ¿que, siempre el mismo en cada porción de materia, sería incomunicable, no podría ni aumentar ni disminuir, e incluso no se podría concebir la materia en reposo? Cuando me dicen que el movimiento no le es esencial, sino necesario, se me quiere engañar con palabras que serían más fáciles de refutar si tuvieran un poco más de sentido. Porque, o el movimiento de la materia le viene de ella misma, y entonces le es esencial, o si le viene de una causa ajena, no es necesario a la materia sino en cuanto la causa motriz actúa sobre ella: y volvemos a la primera dificultad.

Las ideas generales y abstractas son la fuente de los mayores errores de los hombres; la jerga de la metafísica nunca ha hecho descubrir una sola verdad y ha llenado la

filosofía de absurdidades que dan vergüenza tan pronto como las despojamos de sus grandes palabras. Decidme, amigo mío, si cuando os hablan de una fuerza ciega difundida en toda la naturaleza, se aporta alguna idea verdadera a vuestro espíritu. Creen decir algo con esas palabras vagas de fuerza universal, movimiento necesario, y no se dice nada de nada. La idea del movimiento no es otra cosa que la idea del transporte de un lugar a otro, no hay movimiento sin cierta dirección, porque un ser individual no podría moverse a la vez en todos los sentidos. ¿En qué sentido se mueve, pues, necesariamente la materia? ¿Tiene toda la materia en bloque un movimiento uniforme, o cada átomo posee su movimiento propio? Según la primera idea, el universo entero debe formar una masa sólida e indivisible; según la segunda, no debe formar más que un fluido disperso e incoherente sin que jamás sea posible que dos átomos se reúnan. ¿En qué dirección se hará ese movimiento común de toda la materia? ¿Será en línea recta, hacia arriba, hacia abajo, a derecha o a izquierda? Si cada molécula de materia tiene su dirección particular, ¿cuáles serán las causas de todas esas direcciones y de todas esas diferencias? Si cada átomo o molécula de materia no hiciera más que girar sobre su propio centro, jamás saldría nada de su sitio, y no habría movimiento comunicado; aún así sería preciso que ese movimiento circular fuera determinado en algún sentido. Dar a la materia el movimiento por abstracción, es decir palabras que nada significan, y darle un movimiento determinado, es suponer una causa que lo determina. Cuanto más multiplico las fuerzas particulares, más causas nuevas tengo que explicar, sin hallar nunca ningún agente común que las dirija. Lejos de poder imaginar algún orden en la concurrencia fortuita de los elementos, no puedo siquiera imaginar el combate, y el caos del universo me resulta más inconcebible que su armonía. Comprendo que el mecanismo del mundo pueda no ser inteligible al espíritu humano, pero tan pronto como un hombre se meta a explicarlo, debe decir cosas que los hombres entiendan.

Si la materia movida me muestra una voluntad, la materia movida según ciertas leyes me muestra una inteligencia: es mi segundo artículo de fe. Obrar, comparar, escoger son las operaciones de un ser activo y pensante. Por tanto ese ser existe. ¿Vais a decirme que dónde lo veo existir? No sólo en

los cielos que giran, en el astro que nos ilumina; no sólo en mí mismo, en la oveja que pace, en el pájaro que vuela, en la piedra que cae, en la hoja que el viento arrastra.

Juzgo sobre el orden del mundo, aunque ignoro su fin, porque para juzgar sobre ese orden me basta comparar las partes entre sí, estudiar sus concurrencias, sus relaciones, observar su concierto. Ignoro por qué existe el universo, pero no dejo de ver cómo es modificado, no dejo de percibir la íntima correspondencia por la que los seres que lo componen se prestan ayuda mutua. Soy como un hombre que viera por primera vez un reloj abierto y que no dejara de admirar la obra, aunque no conozca el uso de la máquina y no haya visto la esfera. No sé, diría él, para qué sirve el conjunto, pero veo que cada pieza está hecha para las demás, admiro al obrero en el detalle de su obra, y estoy completamente seguro de que todos estos engranajes sólo marchan así de concierto para un fin común que me resulta imposible percibir*.

Comparemos los fines particulares, los medios, las relaciones ordenadas de toda especie, escuchemos luego el sentimiento interior; ¿qué espíritu sano puede negarse a su testimonio? ¿A qué ojos no prevenidos no anuncia el orden sensible del universo una suprema inteligencia? ¿Y cuántos sofismas no hay que acumular para desconocer la armonía de los seres y el admirable concurso de cada pieza a la conservación de los demás? Que me digan lo que quieran de combinaciones y de posibilidades; ¿de qué os sirve reducirme a silencio si no podéis inducirme a persuasión? ¿Y cómo me privaréis del sentimiento involuntario que os desmiente siempre a pesar mío? Si los cuerpos organizados se han combinado fortuitamente de mil maneras antes de adoptar unas formas constantes, si se han formado primero estómagos sin bocas, pies sin cabezas, manos sin brazos, órganos imperfectos de toda especie que han perecido por no poder conservarse, ¿por qué ninguno de esos informes ensayos sorprende ya nuestras miradas? ¿Por qué en última instancia la naturaleza se ha prescrito las leyes a las que desde el principio no estaba sometida? No debo

* En el *Discours de la méthode*, Descartes construye la imagen del reloj, que Rousseau ya ha citado en páginas anteriores. Fue Voltaire quien la popularizó en un dístico célebre de sus *Cabales* (1772).

sorprenderme de que una cosa llegue cuando es posible, ni de que la dificultad del suceso quede compensada por la cantidad de intentos, lo admito. Sin embargo, si vinieran a decirme que unos caracteres de imprenta lanzados al azar han dado la *Eneida* completamente ordenada, no me dignaría dar un paso para ir a verificar la mentira. Olvidáis, se me dirá, la cantidad de intentos. Pero, ¿cuántos de esos intentos debo suponer para hacer verosímil la combinación? En cuanto a mí, que no veo más que uno, apuesto el infinito contra uno a que su producto no es efecto del azar. Añadid que combinaciones y posibilidades jamás darán sino productos de igual naturaleza que los elementos combinados, que la organización y la vida no resultarán de un lanzamiento a voleo de átomos, y que un químico combinando mixtos* nunca los hará sentir y pensar en su crisol[17].

He leído a Nieuventit con sorpresa, y casi con escándalo. ¿Cómo ha podido ese hombre querer hacer un libro de las maravillas de la naturaleza que demuestran la sabiduría de su autor? Aunque su libro fuera tan grueso como el mundo, no habría agotado su tema, y tan pronto como se quiera entrar en detalles, la mayor maravilla, que es la armonía y el acuerdo de todo, escapa. La sola generación de los cuerpos vivientes y organizados es el abismo del espíritu humano; la barrera insuperable que la naturaleza ha puesto entre las diversas especies, a fin de que no se confundan, muestra sus intenciones con la mayor evidencia. No se contentó con establecer el orden; tomó medidas seguras para que nada pudiese perturbarlo**.

No hay ningún ser en el universo al que en cierto aspecto no pueda mirarse como el centro común de todos los demás, a cuyo alrededor están todos ordenados, de suerte que todos son recíprocamente fines y medios en relación unos con otros. El espíritu se confunde y se pierde en esta infinidad de relaciones, de ninguna de las cuales se confunde ni pierde en la multitud.

---

* Véase la nota 15 de este mismo libro IV, y el comentario a pie de página.

** Aunque Voltaire había calificado al médico holandés Nieuwentyt (1654-1718) de «charlatán impertinente», su libro *La existencia de Dios demostrada por las maravillas de la naturaleza* (1715) había obtenido gran éxito; Rousseau había leído la versión francesa, hecha en 1725, y recomendaba su lectura.

¡Cuántas absurdas suposiciones para deducir toda esta armonía del ciego mecanismo de la materia fortuitamente movida! Por más que quienes niegan la unidad de intención que se manifiesta en las relaciones de todas las partes de ese gran todo, cubran sus galimatías con abstracciones, con coordinaciones, con principios generales, con términos emblemáticos, hagan lo que hagan me resulta imposible concebir un sistema de seres tan constantemente ordenados, si no concibo una inteligencia que lo ordena. No depende de mí creer que la materia pasiva y muerta ha podido producir seres inteligentes, que lo que no piensa ha podido producir seres pensantes.

Creo, pues, que el mundo está gobernado por una voluntad poderosa y sabia; lo veo, o mejor dicho lo siento, y me importa saberlo: pero este mismo mundo, ¿es eterno o creado? ¿Hay un principio único de las cosas? ¿Hay dos o varios? ¿Y cuál es su naturaleza? De ello nada sé, y ¿qué me importa? A medida que esos conocimientos se me vuelven interesantes, me esforzaré por adquirirlos; hasta entonces renuncio a cuestiones ociosas que pueden inquietar mi amor propio, pero que son inútiles para mi conducta y superiores a mi razón.

Recordad siempre que yo no enseño mi sentir, que lo expongo. Que la materia sea eterna o creada, que haya un principio pasivo o que no lo haya, lo cierto es que el todo es uno, y anuncia una inteligencia única; porque no veo nada que no esté ordenado en el mismo sistema, y que no concurra al mismo fin, a saber, la conservación de todo en el orden establecido. A este ser que quiere y que puede, a este ser activo por sí mismo, a este ser, en fin, cualquiera que sea, que mueve el universo y ordena todas las cosas, yo lo llamo Dios. Uno a este nombre las ideas de inteligencia, de poder, de voluntad que he reunido y la de bondad que es su consecuencia necesaria; pero no por ello conozco mejor al ser al que se lo he dado; se esconde igualmente a mis sentidos y a mi entendimiento; cuanto más pienso en él, más me confundo: sé con toda seguridad que existe, y que existe por sí mismo; sé que mi existencia está subordinada a la suya, y que todas las cosas que me son conocidas están absolutamente en el mismo caso. Percibo a Dios por todas partes en sus obras; lo siento en mí, lo veo a mi alrededor, pero tan pronto como quiero contemplarlo en sí mismo, tan pronto como quiero buscar dónde está,

qué es, cuál sea su substancia, se me escapa, y mi espíritu turbado ya no percibe nada.

Convencido de mi insuficiencia, nunca razonaré sobre la naturaleza de Dios hasta que no me vea forzado a ello por el sentimiento de sus relaciones conmigo. Esos razonamientos son siempre temerarios, un hombre prudente no debe entregarse a ellos sino temblando, y seguro de que no está hecho para profundizarlos: porque lo más injurioso para la divinidad no es no pensar en ella, sino pensar mal de ella.

Después de haber descubierto aquellos tributos suyos por los que yo conozco su existencia, vuelvo a mí, y busco qué rango ocupo en el orden de las cosas que ella gobierna y que yo puedo examinar. Me encuentro de modo irrefutable en el primero por mi especie: porque, por mi voluntad y por los instrumentos que están en mi poder para ejecutarla, tengo para actuar sobre todos los cuerpos que me rodean, o para prestarme u ocultarme como me plazca a su acción, más fuerza de la que cualquiera de ellos tiene para obrar sobre mí contra mi voluntad por el solo impulso físico; y, por mi inteligencia, soy el único que tiene inspección sobre el conjunto. Salvo el hombre, ¿qué ser aquí abajo sabe observar a todos los demás, medir, calcular, prever sus movimientos, sus efectos, y unir, por así decir, el sentimiento de la existencia común al de su existencia individual? ¿Qué hay de ridículo en pensar que todo está hecho para mí, si soy el único que sabe referir todo a él?

Es pues verdad que el hombre es el rey de la tierra que habita, porque no solamente domina a todos los animales, no sólo dispone de los elementos por su industria, sino que es el único en la tierra que sabe disponer de ellos, y se apropia, además, por la contemplación, de los astros mismos, a los que no puede acercarse. ¡Que me muestren otro animal sobre la tierra que sepa hacer uso del fuego, y que sepa admirar al sol! ¡Cómo! Puedo observar, conocer los seres y sus relaciones, puedo sentir lo que es orden, belleza, virtud, puedo contemplar el universo, elevarme hasta la mano que lo gobierna, puedo amar el bien, hacerlo, ¿y he de compararme con las bestias? Alma abyecta, es tu triste filosofía lo que te hace semejante a ellas; o mejor dicho, en vano quieres envilecerte; tu genio depone contra tus principios, tu corazón bienhechor desmiente

tu doctrina, y el abuso mismo de tus facultades prueba su excelencia a despecho tuyo.

En cuanto a mí, que no tengo sistema que sostener, hombre simple y verdadero al que no arrastra la furia de ningún partido, y que no aspira al honor de ser jefe de secta, contento con el lugar en que Dios me ha puesto, después de él nada veo mejor que mi especie, y si yo tuviera que escoger mi lugar en el orden de los seres, ¿qué podría escoger más que ser hombre?

Esta reflexión me enorgullece menos de lo que me conmueve; porque ese estado no es elección mía ni era debido al mérito de un ser que aún no existía. ¿Puedo verme distinguido así sin felicitarme por ocupar este puesto honorable y sin bendecir la mano que en él me ha puesto? De mi primer retorno a mí nace en mi corazón un sentimiento de gratitud y de bendición hacia el autor de mi especie, y de ese sentimiento mi primer homenaje a la Divinidad bienhechora. Adoro el poder supremo y me enternezco con sus beneficios. No necesito que me enseñen ese culto, me lo dicta la naturaleza misma. ¿No es una consecuencia natural del amor de sí honrar lo que nos protege, y amar lo que quiere el bien para nosotros?

Pero, cuando para conocer luego mi lugar individual dentro de mi especie, considero sus diversos rangos y los hombres que los ocupan, ¿en qué me convierto? ¡Qué espectáculo! ¿Dónde está el orden que yo había observado? ¡El cuadro de la naturaleza no me ofrecía sino armonía y proporciones, el del género humano no me ofrece sino confusión y desorden! ¡El concierto reina entre los elementos, y los hombres están en el caos! ¡Los animales son felices, sólo su rey es miserable! Oh, sabiduría, ¿dónde están tus leyes? Oh Providencia, ¿así es como riges el mundo? Ser bienhechor, ¿qué se ha hecho de tu poder? Veo el mal sobre la tierra.

¿Podríais creer, amigo mío, que de estas tristes reflexiones y de estas contradicciones aparentes se formaron en mi espíritu las sublimes ideas del alma que hasta entonces no habían resultado de mis búsquedas? Al meditar sobre la naturaleza del hombre creí descubrir en ella dos principios distintos, uno de los cuales la elevaba al estudio de las verdades eternas, al amor por la justicia y la belleza moral, a las regiones del mundo intelectual cuya contemplación hace las delicias del

sabio, mientras que el otro la llevaba al rebajamiento de sí mismo, la sometía al imperio de los sentidos, a las pasiones que son sus ministros y contrariaba con ellas todo lo que le inspiraba el sentimiento del primero. Sintiéndome arrastrado, combatido por esos dos movimientos contrarios, me decía: no, el hombre no es uno; quiero y no quiero, me siento a la vez esclavo y libre; veo el bien, lo amo, y hago el mal; soy activo cuando escucho la razón, pasivo cuando mis pasiones me arrastran, y mi peor tormento cuando sucumbo es comprender que pude resistir.

Joven, escuchad con confianza, siempre conservaré la buena fe. Si la conciencia es obra de los prejuicios, me equivoco, sin duda, y no hay moral demostrada; mas si preferirse a todo es una inclinación natural del hombre, y si no obstante el primer sentimiento de la justicia es innato en el corazón humano, que quien hace del hombre un ser simple elimine estas contradicciones, y entonces no reconoceré más que una substancia.

Observaréis que por esta palabra de substancia entiendo, en general, el ser dotado de alguna cualidad primitiva, abstracción hecha de todas las modificaciones particulares o secundarias. Por tanto, si todas las cualidades primitivas que conocemos pueden reunirse en un mismo ser, no debe admitirse más que una substancia, pero, si las hay que se excluyen mutuamente, hay tantas substancias diversas como exclusiones semejantes pueden hacerse. Vos reflexionaréis sobre esto; diga Locke lo que quiera, yo sólo necesito conocer la materia como extensa y divisible para estar seguro de que no puede pensar, y si viene un filósofo diciéndome que los árboles sienten y que las rocas piensan[18], por más que me ponga en apuros con sus sutiles argumentos, no podré ver en él más que un sofista de mala fe, que antes prefiere otorgar sentimiento a las piedras que conceder un alma al hombre.

Supongamos un sordo que niega la existencia de los sonidos porque nunca afectaron a su oído. Pongo ante sus ojos un instrumento de cuerda cuyo unísono hago sonar mediante otro instrumento oculto: el sordo ve vibrar la cuerda; le digo: es el sonido el que hace esto. No es así, me responde él; la causa de la vibración de la cuerda está en ella misma; es una cualidad común a todos los cuerpos vibrar así. Mostradme, pues, continúo yo, esa vibración en los demás cuerpos, o al menos su causa

en esta cuerda. No puedo, replica el sordo; pero por no concebir cómo vibra esa cuerda, ¿debo explicar eso por vuestros sonidos de los que no tengo la menor idea? Es explicar un hecho oscuro por una causa más oscura todavía. O me volvéis sensibles vuestros sonidos, o digo que no existen*.

Cuanto más reflexiono sobre el pensamiento y sobre la naturaleza del espíritu humano, más creo que el razonamiento de los materialistas se parece al de ese sordo. En efecto, son sordos a la voz interior que les grita en un tono difícil de desconocer: una máquina no piensa, no hay movimiento ni figura que produzca la reflexión. Algo en ti trata de romper las ataduras que lo comprimen. El espacio no es tu medida, el universo entero no es suficientemente grande para ti; tus sentimientos, tus deseos, tu inquietud, tu orgullo mismo, tienen un principio distinto a ese cuerpo estrecho en el que te sientes encadenado.

Ningún ser material es activo por sí mismo, y yo lo soy. Por más que me discutan esto, lo siento, y ese sentimiento que me habla es más fuerte que la razón que lo combate. Tengo un cuerpo sobre el que los demás actúan y que actúa sobre ellos; esta acción recíproca no es dudosa; pero mi voluntad es independiente de mis sentidos, consiento o resisto, sucumbo o venzo, y siento perfectamente en mí mismo cuándo hago lo que he querido hacer, o cuándo no hago más que ceder a mis pasiones. Siempre tengo el poder de querer, no la fuerza de ejecutar. Cuando me entrego a las tentaciones, actúo según el impulso de objetos externos. Cuando me reprocho esa debilidad, sólo escucho a mi voluntad; soy esclavo de mis vicios, y libre por mis remordimientos; el sentimiento de mi libertad sólo se borra en mí cuando me depravo y cuando impido, finalmente, a la voz del alma alzarse contra la ley del cuerpo.

Sólo conozco la voluntad por el sentimiento de la mía, y no es mejor conocido el entendimiento. Cuando se me pregunta cuál es la causa que determina mi voluntad, pregunto a mi vez cuál es la causa que determina mi juicio; porque es evidente que esas dos causas son sólo una, y si se comprende bien

---

* La imagen del sordo está sacado del *Tratado de la existencia de los atributos de Dios* de Clarke. En el *Dictionnaire de musique*, de Rousseau, artículo *Unisson*, aparece la experiencia de las cuerdas.

que el hombre es activo en sus juicios, que su entendimiento no es más que el poder de comparar y juzgar, se verá que su libertad no es más que un poder semejante o derivado de éste; elige lo bueno porque ha juzgado lo verdadero, si juzga lo falso elige mal. ¿Cuál es, pues, la causa que determina su voluntad? Su juicio. ¿Y cuál es la causa que determina su juicio? Su facultad inteligente, su poder de juzgar: la causa determinante está en él mismo. Más allá de eso, no comprendo nada.

Indudablemente, no soy libre de no querer mi propio bien, no soy libre de querer mi mal; pero mi libertad consiste en esto mismo, en que no puedo querer lo que me conviene o que yo estime tal, sin que nada extraño a mí me determine. ¿Se deriva que no soy mi dueño por no ser dueño de ser otro distinto que yo?

El principio de toda acción está en la voluntad de ser libre; no podríamos remontarnos más allá. No es la palabra de libertad la que no significa nada, es la de necesidad. Suponer algún acto, algún efecto que no derive de un principio activo, es realmente suponer efectos sin causa, es caer en el círculo vicioso. O no hay primer impulso, o todo primer impulso no tiene ninguna causa exterior, y no hay verdadera voluntad sin libertad. El hombre es, por tanto, libre en sus acciones y, como tal, está animado de una substancia inmaterial; es mi tercer artículo de fe. De estos tres primeros fácilmente deduciréis todos los demás sin que siga enumerándolos.

Si el hombre es activo y libre, actúa por él mismo; cuanto hace libremente no entra en el sistema ordenado por la providencia, y no puede imputársele. Ella no quiere el mal que el hombre hace abusando de la libertad que le da, pero no le impide hacerlo, sea que de parte de un ser tan débil este mal sea nulo a sus ojos, sea que no pueda impedirlo sin coartar su libertad y hacer un mal mayor degradando su naturaleza. Ella lo ha hecho libre para que haga no el mal, sino el bien eligiendo. Le puso en situación de hacer esa elección empleando bien unas facultades de las que lo ha dotado; pero limitó de tal modo sus fuerzas que el abuso de la libertad que le deja no pueda turbar el orden general. El mal que el hombre hace recae sobre él, sin cambiar nada en el sistema del mundo, sin impedir que la misma especie humana se conserve a pesar de lo que en ella exista. Murmurar que Dios no le impida hacer el

mal, es murmurar que la hizo de una naturaleza excelente, que puso en sus acciones la moralidad que las ennoblece, que le dio derecho a la virtud. El supremo goce está en el contento de sí mismo; es para merecer ese contento por lo que hemos sido puestos en la tierra y dotados de libertad, por lo que somos tentados por las pasiones y contenidos por la conciencia. ¿Qué más podía hacer en favor nuestro el poder divino mismo? ¿Podía sembrar la contradicción en nuestra naturaleza y dar el premio de haber obrado bien a quien no tuviera poder para obrar mal? ¡Cómo! Para impedir al hombre ser malvado, ¿había que limitarlo al instinto y hacerlo animal? No, Dios de mi alma, nunca te reprocharé haberlo hecho a tu imagen, para que yo pueda ser libre, bueno y dichoso como tú.

Es el abuso de nuestras facultades lo que nos hace desdichados y malvados. Nuestros pesares, nuestros cuidados, nuestras penas nos vienen de nosotros. El mal moral es, de modo irrefutable, obra nuestra, y el mal físico no sería nada sin nuestros vicios que nos lo han vuelto sensible. ¿No nos hace la naturaleza sentir nuestras necesidades para conservarnos? El dolor del cuerpo ¿no es un signo de que la máquina se descompone y una advertencia para que la atendamos? La muerte... ¿No envenenan los malvados su vida y la nuestra? ¿Quién querría vivir siempre? La muerte es el remedio a los males que vosotros hacéis; la naturaleza ha querido que no sufrieseis siempre. ¡A cuán pocos males está sometido el hombre que vive en la sencillez primitiva! Vive casi sin enfermedades lo mismo que sin pasiones, y no prevé ni siente la muerte; cuando la siente, sus miserias se la hacen deseable; desde entonces ya no es un mal para él. Si nos contentáramos con ser lo que somos, no tendríamos que deplorar nuestra suerte; pero por buscar un bienestar imaginario nos damos mil males reales. Quien no sabe soportar un mínimo de sufrimiento debe esperar sufrir mucho. Cuando uno echa a perder su constitución con una vida desordenada, se la quiere restablecer con remedios; al mal que se siente se añade el que se teme; la previsión de la muerte la hace horrible y la acelera; cuanto más se la quiere rehuir, más se la siente, y uno se muere de espanto toda la vida murmurando contra la naturaleza por los males que uno mismo se ha provocado ofendiéndola.

Hombre, no busques al autor del mal, ese autor eres tú mismo. No existe otro mal que el que tú haces o que sufres y tanto uno como otro vienen de ti. El mal general no puede estar sino en el desorden, y en el sistema del mundo veo un orden que no se desmiente. El mal particular no está sino en el sentimiento del ser que sufre, y ese sentimiento no lo ha recibido el hombre de la naturaleza, él mismo se lo ha dado. El dolor raramente hace presa en quien, tras reflexionar un poco, no tiene ni recuerdo ni previsión. Quitad nuestros funestos progresos, quitad nuestros errores y nuestros vicios, quitad la obra del hombre, y todo está bien.

Donde todo está bien nada es injusto. La justicia es inseparable de la bondad. Y la bondad es el efecto necesario de un poder sin límite y del amor de sí esencial a todo ser que se siente. Quien puede todo, extiende, por así decir, su existencia con la de los seres. Producir y conservar son el acto perpetuo del poder; éste no actúa sobre lo que no es, Dios no es el Dios de los muertos: no podría ser destructor y malvado sin perjudicarse. Quien puede todo no puede querer más que lo que está bien[19]. Por tanto, el Ser soberanamente bueno, por soberanamente poderoso, debe ser también soberanamente justo; de otro modo se contradiría a sí mismo; porque el amor al orden que lo produce se llama *bondad*, y el amor al orden que lo conserva se llama *justicia.*

Dios, dicen, no debe nada a sus criaturas; creo que les debe todo lo que les prometió al darles el ser. Y es prometerles un bien darles la idea de él y hacerles sentir su necesidad. Cuanto más me concentro en mí más me consulto, y más leo estas palabras escritas en mi alma: *sé justo, y serás feliz.* Sin embargo no es así si consideramos el presente estado de cosas: el malvado prospera, y el justo permanece oprimido. ¡Ved también la indignación que se enciende en nosotros cuando esa espera queda frustrada! La conciencia se subleva y murmura contra su autor; le grita entre gemidos: ¡Me has engañado!

¿Que yo te he engañado, temerario? ¿Y quién te lo ha dicho? ¿Está aniquilada tu alma? ¿Has dejado de existir? ¡Oh, Bruto, hijo mío, no manches tu noble vida al terminarla; no dejes tu esperanza y tu gloria junto con tu cuerpo en los

campos de Filipo*! ¿Por qué dices: *La virtud no es nada*, cuando vas a disfrutar del premio de la tuya? Piensas que vas a morir; no, vas a vivir, y es entonces cuando he de cumplir cuanto te he prometido.

Por los murmullos de los impacientes mortales se diría que Dios les debe la recompensa antes del mérito, y que está obligado a pagar su virtud por adelantado. ¡Seamos buenos primero, y luego seremos felices! No exijamos el premio antes de la victoria ni el salario antes del trabajo. No es en la lid, decía Plutarco, donde se corona a los vencedores de nuestros juegos sagrados, es después que la han recorrido**.

Si el alma es inmaterial puede sobrevivir al cuerpo, y si le sobrevive, la Providencia queda justificada. Aunque no tuviera yo más prueba de la inmaterialidad del alma que el triunfo del malvado y la opresión del justo en este mundo, eso sólo me impediría dudar de ella. Una disonancia tan chocante en la armonía universal me haría intentar resolverla. Me diría: para nosotros no termina todo con la vida, todo vuelve al orden con la muerte. A decir verdad, me resulta difícil preguntarme dónde estará el hombre cuando todo lo que tenía de sensible sea destruido. Esta cuestión no es una dificultad para mí en el momento en que haya reconocido dos substancias. Es muy simple que, no percibiendo nada durante mi vida corporal sino por mis sentidos, lo que no les está permitido se me escape. Cuando la unión del cuerpo y del alma queda rota, concibo que el uno pueda disolverse, y la otra conservarse. ¿Por qué la destrucción del uno entrañaría la destrucción de la otra? Al contrario, siendo de naturalezas tan diferentes, por su unión estaban en un estado violento, y, cuando esa unión cesa, cada uno de los dos vuelve a su estado natural. La substancia activa y viviente recupera toda la fuerza que empleaba en mover la substancia pasiva y muerta. ¡Ay!, demasiado lo siento por mis vicios, el hombre sólo vive a medias durante su vida, y la vida del alma sólo comienza con la muerte del cuerpo.

---

* Rousseau manifestó en su infancia (véase *Confessions, O.C.*, Pléiade, I, 24) admiración por Bruto, a cuyo célebre grito «Virtud, no eres más que una palabra», pronunciado antes de suicidarse, se alude aquí.

** Plutarco, *Que no se podría vivir alegremente según la doctrina de Epicuro*, 59.

Pero ¿cuál es esa vida? Y el alma ¿es inmortal por su naturaleza? Mi entendimiento limitado no concibe nada sin límites; cuanto se llama infinito se me escapa. ¿Qué puedo yo negar, afirmar? ¿Qué razonamientos puedo hacer sobre lo que no puedo concebir? Creo que el alma sobrevive al cuerpo lo bastante para el mantenimiento del orden: ¿quién sabe si es bastante para durar siempre? No obstante, concibo cómo el cuerpo se gasta y se destruye por la división de las partes, pero no puedo concebir una destrucción parecida del ser pensante, y, no imaginando cómo puede morir, presumo que no muere. Puesto que esta presunción me consuela y nada tiene de irrazonable, ¿por qué he de temer entregarme a ella?

Siento mi alma, la conozco por el sentimiento y por el pensamiento; sé que es, sin saber cuál es su esencia; no puedo razonar sobre ideas que no tengo. Lo que sé bien es que la identidad del *yo* no se prolonga más que por la memoria, y que, para ser el mismo en efecto, es menester que yo recuerde haber sido. Ahora bien, después de mi muerte no podría recordar lo que he sido durante mi vida si no me acordara también de lo que he sentido, por consiguiente de lo que he hecho, y no dudo que este recuerdo ha de constituir un día la felicidad de los buenos y el tormento de los malvados. En esta tierra, mil pasiones ardientes absorben el sentimiento interno y engañan los remordimientos. Las humillaciones, las desgracias que el ejercicio acarrea de las virtudes, impiden sentir todos sus encantos. Mas cuando, liberados de las ilusiones que nos crean el cuerpo y los sentidos, gocemos de la contemplación del Ser supremo y de las verdades eternas cuya fuente es él, cuando la belleza del orden hiera todas las potencias de nuestra alma, y cuando únicamente nos ocupemos de comparar lo que hemos hecho con lo que hubiéramos debido hacer, será entonces cuando la voz de la conciencia recuperará su fuerza y su imperio; será entonces cuando la voluptuosidad pura que nace del contento de sí mismo y el amargo pesar por haberse envilecido, distinguirán mediante unos sentimientos inagotables el destino que cada cual se habrá preparado. No me preguntéis, buen amigo, si habrá otras fuentes de dicha y de penas; lo ignoro, y bastan las que imagino para consolarme de esta vida y hacerme esperar otra. No digo que los buenos serán recompensados; porque ¿qué otro bien puede esperar un ser excelente

sino existir según su naturaleza? Lo que digo es que serán felices, porque su autor, el autor de toda justicia, al hacerlos sensibles no los hizo para sufrir; y porque, no habiendo abusado de su libertad sobre la tierra, no han frustrado por culpa suya su destino; han sufrido, sin embargo, en esta vida; por tanto serán recompensados en otra. Ese sentir se funda menos en el mérito del hombre que en la noción de bondad que me parece inseparable de la esencia divina. No hago sino suponer las leyes del orden observadas y a Dios constante consigo mismo[20].

Tampoco me preguntéis si los tormentos de los malvados serán eternos*; también lo ignoro, y no tengo la vana curiosidad de aclarar cuestiones inútiles. ¿Qué me importa lo que será de los malvados? Tengo poco interés en su destino. No obstante, me cuesta creer que sean condenados a tormentos sin fin. Si la suprema justicia se venga, se venga desde esta vida. Vosotras y vuestros errores, ¡oh naciones!, sois sus ministros. Ella utiliza los males que os hacéis para castigar los crímenes que los han provocado. Es en vuestros corazones insaciables, roídos de envidia, de avaricia y de ambición donde, en el seno de vuestras falsas prosperidades, las pasiones vengadoras castigan vuestras fechorías. ¿Qué necesidad hay de ir a buscar el infierno en la otra vida si, desde ésta, reside en el corazón de los malvados?

Donde acaban nuestras necesidades perecederas, donde cesan nuestros deseos insensatos deben cesar también nuestras pasiones y nuestros crímines. ¿De qué perversidad serían susceptibles unos espíritus puros? No necesitando nada, ¿por qué habrían de ser malvados? Si, exentos de nuestros sentidos groseros, toda su felicidad radica en la contemplación de los seres, no podrían querer sino el bien, y quien cesa de ser malvado, ¿puede ser miserable por siempre? Es lo que me inclino a creer sin tomarme la molestia de resolver al respecto. ¡Oh, ser clemente y bueno!, cualesquiera que sean tus decretos, los adoro; si tú castigas a los malvados, yo someto mi débil razón a tu justicia. Mas si los remordimientos de esos infortu-

* En la mayoría de los manuscritos no aparece esta frase, que ha sido añadida por una mano no identificada, en el ejemplar C.: «y si es propio de la bondad del autor de su ser condenarles a sufrir siempre».

nados deben extinguirse con el tiempo, si sus males deben acabar, y si la misma paz nos espera igualmente a todos un día, te alabo por ello. ¿No es mi hermano el malvado? ¡Cuántas veces he estado tentado de parecerme a él! Que, liberado de su miseria, pierda también la malignidad que lo acompaña, que sea feliz igual que yo; lejos de excitar mi envidia, su felicidad no hará sino añadirse a la mía.

De este modo, contemplando a Dios en sus obras y estudiándolo por aquellos atributos suyos que me importaba conocer, he llegado a extender y aumentar gradualmente la idea imperfecta y limitada al principio que me hacía de ese ser inmenso. Mas si esa idea se ha vuelto más noble y mayor, también es menos proporcionada a la razón humana. A medida que me aproximo en espíritu a la eterna luz, su resplandor me deslumbra, me turba, y me veo forzado a abandonar todas las nociones terrestres que me ayudaban a imaginarla. Dios no es corporal y sensible; la suprema inteligencia que rige el mundo no es el mundo mismo. En vano elevo y fatigo mi espíritu para concebir su esencia. Cuando pienso que es ella la que da vida y actividad a la substancia viviente y activa que rige los cuerpos animados, cuando oigo decir que mi alma es espiritual y que Dios es un espíritu, me indigno contra ese envilecimiento de la esencia divina, como si Dios y mi alma fueran de igual naturaleza. ¡Como si Dios no fuera el único ser absoluto, el único verdaderamente activo, sintiente, pensante, queriente por sí mismo, y del que nosotros recibimos el pensamiento, la actividad, la voluntad, la libertad, el ser! Nosotros no somos libres sino porque él quiere que lo seamos, y su substancia inexplicable es a nuestras almas lo que nuestras almas son a nuestros cuerpos. Nada sé sobre si él ha creado la materia, los cuerpos, los espíritus, el mundo. La idea de creación me confunde y supera mi capacidad: la creo hasta donde puedo concebirla; pero sí que él ha formado el universo y cuanto existe, que él ha hecho todo y ordenado todo. Dios es eterno, sin duda; pero ¿puede mi espíritu abarcar la idea de eternidad? ¿Por qué contentarme con palabras sin idea? Lo que concibo es que él es antes de las cosas, que será mientras ellas subsistan, y que sería más allá incluso si todo debiera acabar un día. Que un ser que no concibo dé la existencia a otros seres, no es sino oscuro e incomprensible; pero que el ser y la

nada se conviertan por sí mismos uno en otra, es una contradicción palpable, es una clara absurdidad.

Dios es inteligente; pero ¿cómo lo es? El hombre es inteligente cuando razona, y la suprema inteligencia no necesita razonar; no hay para ella ni premisas, ni consecuencias, no hay siquiera proposición; es puramente intuitiva, ve igualmente todo lo que es y todo lo que puede ser, todas las verdades no son para ella más que una sola idea, lo mismo que todos los lugares un solo punto y todos los tiempos un solo momento. El poder humano actúa mediante unos medios, el poder divino actúa por sí mismo: Dios puede porque quiere; su voluntad hace su poder. Dios es bueno; no hay nada más manifiesto; pero la bondad en el hombre es el amor a sus semejantes, y la bondad de Dios es el amor al orden; porque es por el orden por lo que mantiene lo que existe y une cada parte con el todo. Dios es justo; estoy convencido de ello, es una consecuencia de su bondad; la injusticia de los hombres es obra de ellos y no de él; el desorden moral que depone contra la Providencia a ojos de los filósofos no hace sino demostrarla a los míos. Mas la justicia del hombre es dar a cada cual lo que le pertenece, y la justicia de Dios pedir cuentas a cada cual de lo que le ha dado.

Que si yo vengo a descubrir sucesivamente estos atributos de los que ninguna idea absoluta tengo es por consecuencias forzadas, es por el buen uso de mi razón; pero las afirmo sin comprenderlas, y en el fondo eso es no afirmar nada. Por más que me diga: Dios es así, por más que lo sienta, por más que me lo pruebe, no por ello concibo mejor cómo puede ser Dios así.

Finalmente, cuanto más me esfuerzo por contemplar su esencia infinita, menos la concibo; mas ella es, esto me basta; cuanto menos la concibo, más la adoro. Me humillo, y le digo: ser de los seres, yo soy porque tú eres, es elevarme a mi fuente meditarte sin cesar. El uso más digno de mi razón es aniquilarme ante ti: es el éxtasis de mi espíritu, es el encanto de mi debilidad sentirme abrumado por tu grandeza.

Después de haber deducido así, de la impresión de los objetos sensibles y del sentimiento interior que me lleva a juzgar las causas según mis luces naturales, las principales verdades que me importaba conocer, me queda por buscar las

máximas que de ello debo sacar para mi conducta, y las reglas que debo prescribirme para cumplir mi destino sobre la tierra según la intención de quien aquí me ha puesto. Siguiendo siempre mi método, no deduzco esas reglas de los principios de una alta filosofía, sino que las encuentro en el fondo de mi corazón escritas por la naturaleza en caracteres indelebles. No tengo más que consultarme sobre lo que quiero hacer; cuanto siento que está bien, está bien, cuanto siento que está mal, está mal: el mejor de todos los casuistas es la conciencia; y sólo cuando se chalanea con ella es cuando recurrimos a las sutilezas del razonamiento. El primero de todos los cuidados es el de sí mismo; sin embargo, ¡cuántas veces la voz interior nos dice que haciendo nuestro bien a expensas de otro hacemos mal¡ Creemos seguir el impulso de la naturaleza y nos resistimos a él: al escuchar lo que dice a nuestros sentidos despreciamos lo que dice a nuestros corazones; el ser activo obedece, el ser pasivo ordena. La conciencia es la voz del alma, las pasiones son la voz del cuerpo. ¿Puede sorprender que a menudo esos dos lenguajes se contradigan? Entonces, ¿a cuál hay que escuchar? Con demasiada frecuencia nos engaña la razón; hemos adquirido sobradamente el derecho a recusarla; pero la conciencia no engaña jamás, es la verdadera guía del hombre: es al alma lo que el instinto al cuerpo[21]; quien la sigue obedece a la naturaleza y no teme extraviarse. Este punto es importante, prosiguió mi bienhechor, al ver que yo iba a interrumpirle: permitid que me detenga algo más para aclararlo.

Toda la moralidad de nuestras acciones reside en el juicio que de ellas llevamos en nosotros mismos. Si es cierto que el bien es bien, debe serlo en el fondo de nuestros corazones tanto como en nuestras obras, y el primer premio de la justicia es sentir que la practicamos. Si la bondad moral está conforme con nuestra naturaleza, el hombre sólo podría ser sano de espíritu y bien constituido cuando es bueno. Si no lo está, y el hombre es naturalmente malvado, no puede dejar de serlo sin corromperse, y la bondad no es en él más que un vicio contra natura. Hecho para dañar a sus semejantes como el lobo para degollar a su presa, un hombre humano sería un animal tan depravado como un lobo despiadado, y sólo la virtud nos dejaría remordimientos.

¡Volvamos a nosotros mismos, joven amigo! Examinemos,

dejando a un lado cualquier interés personal, a qué nos llevan nuestras inclinaciones. ¿Qué espectáculo nos halaga más, el de los tormentos o el de la felicidad de otros? ¿Qué nos es más dulce de hacer y deja en nosotros una impresión más agradable una vez hecho, un acto de beneficencia o un acto de maldad? ¿Por quién os interesáis en vuestros teatros? ¿Son las fechorías las que os causan placer? ¿Derramáis vuestras lágrimas por sus autores castigados? Todo nos resulta indiferente, dicen ellos, salvo nuestro interés; y, por el contrario, las dulzuras de la amistad, de la humanidad, nos consuelan en nuestras penas; e, incluso en nuestros placeres estaríamos demasiado solos, seríamos demasiado miserables si no tuviéramos con quién compartirlos. Si no hay nada moral en el corazón del hombre, ¿de dónde le vienen pues esos transportes de admiración por las acciones heroicas, esos arrebatos de amor por las almas grandes? Ese entusiasmo de la virtud, ¿qué relación tiene con nuestro interés privado? ¿Por qué querría yo ser Catón desgarrando sus entrañas antes que César triunfante? Si apartáis de nuestros corazones ese amor por lo bello, priváis a la vida de todo su encanto. Aquél cuyas viles pasiones han ahogado en su alma estrecha esos deliciosos sentimientos; aquél que, a fuerza de concentrarse dentro de sí, llega a no amarse más que a sí mismo, no tiene transportes, su corazón helado ya no palpita de alegría, jamás humedece sus ojos una dulce ternura, ya no goza de nada; el desventurado ya no siente, ya no vive: está ya muerto.

Pero, cualquiera que sea el número de los malvados sobre la tierra, pocas de esas almas cadavéricas se han vuelto insensibles, dejando a un lado su interés, ante cuanto es justo y bueno. La iniquidad complace mientras aprovecha; en todo lo demás se quiere que el inocente sea protegido. ¿Que vemos en una calle o en un camino un acto de violencia y de injusticia? Al instante un impulso de cólera y de indignación se alza en el fondo del corazón, y nos lleva a tomar la defensa del oprimido; pero un deber más poderoso nos retiene, y las leyes nos quitan el derecho a proteger la inocencia. Por el contrario, si algún acto de clemencia o de generosidad sorprende nuestra vista, ¡qué admiración, qué amor nos inspira! ¿Quién no dice: me gustaría haber hecho otro tanto? Con toda seguridad nos importa muy poco que un hombre haya sido malvado o justo

hace dos mil años; y sin embargo, en la historia antigua nos afecta el mismo interés que si todo eso hubiera pasado en nuestros días. ¿Qué se me dan a mí los crímenes de Catilina? ¿Tengo miedo de ser su víctima? ¿Por qué, pues, siento por él el mismo horror que si fuera mi contemporáneo? No odiamos a los malvados solamente porque nos perjudiquen, sino porque son malvados. No solamente queremos ser felices, también queremos la felicidad de los demás; y cuando esa felicidad no cuesta nada a la nuestra, la aumenta. Finalmente, a pesar de uno mismo, tenemos compasión de los infortunados; cuando somos testigos de su mal, sufrimos. Ni los más perversos podrían desprenderse por completo de esta propensión; a menudo los pone en contradicción consigo mismos. El ladrón que despoja a los caminantes no deja de cubrir la desnudez del pobre, y el asesino más feroz sostiene a un hombre que cae desfallecido.

Se habla del grito de los remordimientos que castigan en secreto los crímenes ocultos y tan a menudo los pone en evidencia. ¡Ay! ¿Quién de nosotros no oyó nunca esa voz importuna? Hablamos por experiencia y querríamos ahogar ese sentimiento tiránico que nos da tanto tormento. Obedezcamos a la naturaleza; conoceremos con qué dulzura reina, y el encanto que hallamos, tras haberla escuchado, en tomarnos en un buen concepto a nosotros mismos. El malvado se teme y se huye; se divierte saliendo fuera de sí mismo; lanza a su alrededor unas miradas inquietas, y busca un objeto que lo entretenga; sin la sátira amarga, sin la burla insultante, siempre estaría triste; la risa burlona es su único placer. Por el contrario, la serenidad del justo es interior; su risa no es de malignidad sino de alegría, lleva su fuente dentro de sí mismo; está tan alegre solo como en medio de un círculo; no saca su contento de quienes a él se acercan, él se lo comunica a ellos.

Echad una ojeada sobre todas las naciones del mundo, recorred todas las historias. Entre tantos cultos inhumanos y extravagantes, entre esa prodigiosa diversidad de costumbres y caracteres, por todas partes encontraréis las mismas ideas de justicia y honestidad*, por todas partes las mismas nociones

* En el ejemplar C., una mano no identificada ha añadido: «por todas partes los mismos principios de moral», frase que aparece en casi todos los manuscritos.

del bien y del mal. El antiguo paganismo dio a luz unos dioses abominables a los que aquí abajo se castigó como malvados, y que no ofrecían por cuadro de felicidad suprema sino fechorías que cometer y pasiones que contentar. Pero el vicio armado de una autoridad sagrada descendía en vano de la morada eterna, el instinto moral lo rechazaba del corazón de los humanos. Mientras se celebraban los desenfrenos de Júpiter, se admiraba la continencia de Xenócrates; la casta Lucrecia adoraba a la impúdica Venus; el intrépido romano sacrificaba al Miedo; invocaba al dios que mutiló a su padre, y moría sin murmurar de la mano del suyo: las divinidades más despreciables fueron servidas por los mayores hombres. La santa voz de la naturaleza, más fuerte que la de los dioses, se hacía respetar sobre la tierra y parecía relegar al cielo el crimen junto con los culpables*.

Hay pues en el fondo de las almas un principio innato de justicia y de virtud por el cual, a pesar de nuestras propias máximas, juzgamos nuestras acciones y las de los demás como buenas o malas, y es a ese principio al que doy el nombre de conciencia.

Pero, a esta palabra oigo elevarse de todas partes el clamor de los presuntos sabios: ¡errores de la infancia, prejuicios de la educación!, exclaman todos de consuno. En el espíritu humano no hay nada más que lo que en él se introduce por la experiencia, y de nada juzgamos sino sobre ideas adquiridas. Hacen más: se atreven a rechazar este acuerdo evidente y universal de las naciones, y, contra la esplendorosa uniformidad del juicio de los hombres, van a buscar en las tinieblas algún ejemplo oscuro y conocido sólo por ellos; como si todas las inclinaciones de la naturaleza fueran aniquiladas por la depravación de un pueblo, y como si la especie ya no fuera nada tan pronto como es de los monstruos. Pero ¿de qué le sirven al escéptico Montaigne los tormentos que se toma para desterrar a un rincón del mundo una costumbre opuesta a las nociones de la justicia? ¿De qué le sirve conceder a los viajeros más

---

* De Montaigne (*Essais*, II, 33) procede el ejemplo de la continencia de Xenócrates; el del miedo del *Traité de l'opinion*, II, 1, de Saint-Aubin. Rousseau designa con «el dios que mutiló a su padre» a Júpiter, confundiéndolo con Saturno, que mutiló a Eliano.

sospechosos la autoridad que rehúsa a los escritores más célebres? ¿Qué usos inciertos y raros, fundados sobre causas locales que nos son desconocidas, destruirán la inducción general sacada del concurso de todos los pueblos, opuestos en todo lo demás y de acuerdo en este único punto? ¡Oh, Montaigne!, tú que te precias de franqueza y de verdad, sé sincero y auténtico si es que un filósofo puede serlo, y dime si hay algún país sobre la tierra en que sea un crimen mantener la fidelidad, ser clemente, bienhechor y generoso, donde el hombre de bien sea despreciable y el pérfido honrado*.

Se dice que todos concurren al bien público por interés propio. Pero ¿de dónde deriva que el justo concurra a él en perjuicio suyo? ¿Qué es ir a la muerte por interés propio? Indudablemente, nadie obra sino por su bien; pero si no existe un bien moral que hay que tener en cuenta, nunca se explicará por interés propio otra cosa que las acciones de los malvados. Puede creerse incluso que no se intentará ir más lejos. Sería una filosofía demasiado abominable aquella en la que se obstaculizaran las acciones virtuosas, en que no pudiera uno salir con bien de un asunto sino falseando intenciones bajas y motivos sin virtud, en que nos viéramos forzados a envilecer a Sócrates y a calumniar a Régulo. Si alguna vez doctrinas semejantes pudieran germinar entre nosotros, la voz de la naturaleza, igual que la de la razón, se alzarían incesantemente contra ellas y no dejarían nunca a uno solo de sus partidiarios la excusa de serlo de buena fe.

No trato de entrar aquí en discusiones metafísicas que superen mi capacidad y la vuestra, y que en el fondo no llevan a nada. Ya os he dicho que no quería filosofar con vos, sino ayudaros a consultar vuestro corazón. Aún cuando todos los filósofos del mundo probaran que estoy equivocado, si vos creéis que tengo razón, no quiero más.

Para esto no es menester sino haceros distinguir nuestras ideas adquiridas de nuestros sentimientos naturales; porque sentimos antes de conocer, y como no aprendemos a querer nuestro bien y a huir nuestro mal, sino que poseemos esa

* Alusión a los pirronianos, Montaigne, Spinoza, y sobre todo a los materialistas contemporáneos, como Grimm, partidario de la doctrina «interior», secreta sobre todo.

voluntad de la naturaleza, así el amor a lo bueno y el odio a lo malo nos son tan naturales como el amor a nosotros mismos. Los actos de la conciencia no son juicios, sino sentimientos; aunque todas nuestras ideas nos vengan de fuera, los sentimientos que las aprecian están dentro de vos, y sólo por ellos conocemos la conveniencia o la inconveniencia que existe entre nosotros y las cosas que debemos respetar o rehuir.

Existir para nosotros es sentir; nuestra sensibilidad es, de modo irrefutable, anterior a nuestra inteligencia, y hemos tenido sentimientos antes que ideas*. Sea la que fuere la causa de nuestro ser, ella ha provisto a nuestra conservación dándonos sentimientos convenientes a nuestra naturaleza, y no podría negarse que éstos al menos son innatos. Por lo que al individuo se refiere, esos sentimientos son el amor de sí, el temor al dolor, el horror a la muerte, el deseo del bienestar. Pero si, como resulta indudable, el hombre es sociable por naturaleza, o al menos hace por llegar a serlo, sólo puede serlo por otros sentimientos innatos, relativos a su especie; porque considerando exclusivamente la necesidad física, ésta con total seguridad debe dispersar a los hombres, en lugar de acercarlos. Ahora bien, del sistema moral formado por esta doble relación consigo mismo y con sus semejantes es de donde nace el impulso de la conciencia. Conocer el bien no es amarlo, el hombre no tiene la conciencia innata; pero tan pronto como su razón se la hace conocer, su conciencia le lleva a amarla: es ese sentimiento el que es innato.

No creo pues, amigo mío, que sea imposible explicar por unas consecuencias de nuestra naturaleza el principio inmediato de la conciencia independiente de la razón misma, y, si fuera posible, sería innecesario: porque, dado que quienes niegan este principio admitido y reconocido por todo el género humano no prueban que exista, sino que se contentan con afirmarlo,

* Una mano no identificada ha añadido en el ejemplar C.: «En ciertos aspectos las ideas son sentimientos y los sentimientos ideas. Los dos nombres convienen a toda percepción que nos ocupa, tanto a su objeto como a nosotros mismos que somos afectados por él: sólo el orden de esa afección determina el nombre que le conviene. Cuando, ocupados primero del objeto, no pensamos en nosotros más que por reflexión, es una idea; por el contrario, cuando la impresión recibida excita nuestra primera atención, y sólo pensamos por reflexión en el objeto que la causa, es un sentimiento».

cuando nosotros afirmamos que existe, estamos tan bien fundados como ellos, y tenemos además el testimonio interior y la voz de la conciencia que depone por sí misma. Aunque los primeros destellos del juicio nos deslumbren y confundan al principio los objetos a nuestras miradas, esperemos que nuestros débiles ojos vuelvan a abrirse y se reafirmen: pronto volveremos a ver esos mismos objetos a las luces de la razón, tal como nos los mostraba al principio la naturaleza; o mejor seamos más sencillos y menos vanos; limitémonos a los primeros sentimientos que encontramos en nosotros mismos, puesto que siempre es a ellos a lo que el estudio nos remite cuando no nos ha descaminado.

¡Conciencia! ¡Conciencia! Instinto divino, inmortal y celeste voz; guía seguro de un ser ignorante y limitado, pero inteligente y libre; juez infalible del bien y del mal, que hace al hombre semejante a Dios; tú eres quien hace la excelencia de su naturaleza y la moralidad de sus acciones; sin ti no siento nada en mí que me eleve por encima de los animales, salvo el triste privilegio de perderme de error en error con la ayuda de un entendimiento sin regla y de una razón sin principio.

Gracias al cielo, henos aquí liberados de todo ese espantoso aparato de filosofía; podemos ser hombres sin ser sabios; dispensados de consumir nuestra vida en el estudio de la moral, tenemos a bajo precio un guía más seguro en este dédalo inmenso de las opiniones humanas. Pero no es bastante que ese guía exista, hay que saber reconocerlo y seguirlo. Si habla a todos los corazones, ¿por qué hay tan pocos que lo comprenden? Eh, es que nos habla la lengua de la naturaleza, que todo nos hace olvidar. La conciencia es tímida, ama el retiro y la paz; el mundo y el ruido la espantan, los prejuicios de que se la hace nacer son sus enemigos más crueles, huye o se calla ante ellos; su voz ruidosa ahoga la suya y le impide hacerse entender; el fanatismo osa desfigurarla y dictar el crimen en su nombre. A fuerza de ser rechazada, se harta al fin. No nos habla más; ya no nos responde, y después de tan prolongados desprecios hacia ella, cuesta tanto conseguir que vuelva como costó desterrarla.

¡Cuántas veces en mis búsquedas me he cansado de la frialdad que sentía en mí! ¡Cuántas veces la tristeza y el hastío, derramando su veneno sobre mis primeras meditaciones, me

las hicieron insoportables! Mi corazón árido no prestaba sino un celo lánguido y tibio al amor por la verdad. Yo me decía: ¿por qué atormentarme buscando lo que no existe? El bien moral no es más que una quimera; lo único bueno son los placeres de los sentidos. ¡Oh, cuando una vez se ha perdido el gusto por los placeres del alma, qué difícil es recobrarlo! ¡Aún es más difícil adquirirlo cuando nunca se ha tenido! Si existiera un hombre lo bastante miserable para no haber hecho en toda su vida nada cuyo recuerdo le permita estar contento de sí mismo y muy satisfecho de haber vivido, ese hombre sería incapaz de conocerse jamás, y por no sentir la bondad que conviene a su naturaleza, permanecería malvado a la fuerza y sería eternamente desgraciado; pero ¿creéis que haya en toda la tierra un hombre lo bastante depravado para no haber entregado nunca su corazón a la tentación de obrar bien? Esa tentación es tan natural y tan dulce que resulta imposible resistirla siempre, y la memoria del placer que ha producido una vez basta para que sin cesar la recordemos. Por desgracia, al principio cuesta satisfacerla; se tienen mil razones para negarnos a la inclinación de nuestro corazón; la falsa prudencia la constriñe en los límites del *yo* humano; se necesitan mil esfuerzos de valor para atreverse a franquearlos. Complacerse en obrar bien es el premio de haber obrado bien, y ese premio no se obtiene sino después de haberlo merecido. Nada es más digno de amor que la virtud, pero hay que gozarla para encontrarla tal. Cuando se la quiere abrazar, semejante al Proteo de la fábula adopta al principio mil formas espantosas, y sólo se muestra por fin bajo la suya a quienes no han cedido.

Constantemente combatido por mis sentimientos naturales que hablaban en favor del interés común, y por mi razón que todo lo refería a mí, habría flotado toda mi vida en esa continua alternativa, haciendo el mal, amando el bien, y siempre en contradicción conmigo mismo, si nuevas luces no hubieran ilustrado mi corazón, si la verdad que fijó mis opiniones no hubiera asegurado también mi conducta y no me hubiera puesto de acuerdo conmigo. Por más que se quiera establecer la virtud por la sola razón, ¿qué sólida base se le puede dar? La virtud, dicen, es el amor al orden; pero ese amor ¿puede y debe prevalecer en mí sobre el de mi bienestar? Que me den una razón clara y suficiente para preferirlo. En el

fondo, su pretendido principio es un puro juego de palabras; porque entonces yo digo que el vicio es el amor al orden, tomado en un sentido diferente. Hay cierto orden moral en todas partes donde hay sentimiento e inteligencia. La diferencia estriba en que el bueno se ordena por relación al todo y el malvado ordena el todo por relación a él. Éste se convierte en el centro de todas las cosas, el otro mide su radio y se atiene a la circunferencia. Así, está ordenado por relación al centro común que es Dios, y por relación a todos los círculos concéntricos que son las criaturas. Si la Divinidad no existe, sólo el malvado razona, el bueno no es más que un insensato.

¡Oh, hijo mío! Ojalá sintáis un día el alivio de peso que uno siente cuando, después de haber agotado la vanidad de las opiniones humanas y saboreado la amargura de las pasiones, encuentra finalmente tan cerca de sí la ruta de la sabiduría, el premio a los trabajos de esta vida y la fuente de la felicidad de la que se ha desesperado. Todos los deberes de la ley natural, casi borrados de mi corazón por la injusticia de los hombres, vuelven a trazarse en él al nombre de la eterna justicia que me los impone y que me ve cumplirlos. No siento en mí más que la obra y el instrumento del gran Ser que quiere el bien, que lo hace, que hará el mío por el concurso de mis voluntades a las suyas, y por el buen uso de mi libertad; asiento al orden que él establece, seguro de gozar yo mismo un día de ese orden y de encontrar en él mi felicidad; porque ¿qué felicidad más dulce que sentirse ordenado en un sistema donde todo está bien? Presa del dolor, lo soporto con paciencia pensando que es pasajero y que procede de un cuerpo que no soy yo. Si hago una buena acción sin testigo, sé que es vista y tomo nota para la otra vida de mi conducta en ésta. Cuando sufro una injusticia, me digo: el Ser justo que rige todo sabrá resarcirme de ella; las necesidades de mi cuerpo, las miserias de mi vida me vuelven más insoportable la idea de la muerte. Serán otras tantas ataduras menos que romper cuando haya que abandonarlo todo.

¿Por qué está sometida mi alma a mis sentidos y encadenada a este cuerpo que la sojuzga e importuna? Nada sé de ello: ¿he penetrado acaso en los secretos de Dios? Pero sin temeridad puedo formar modestas conjeturas. Me digo: si el espíritu del hombre hubiera quedado libre y puro, ¿qué mérito

tendría amar y seguir el orden que viese establecido y que no tendría ningún interés en perturbar? Sería feliz, cierto; pero a su felicidad le faltaría el grado más sublime, la gloria de la virtud y el buen testimonio de sí; sólo sería como los ángeles, y sin duda el hombre virtuoso será más que ellos. Unida a un cuerpo mortal por vínculos no menos poderosos que incomprensibles, el cuidado de la conservación de ese cuerpo excita al alma a remitir todo a él, y le da un interés contrario al orden general que, sin embargo, ella es capaz de ver y de amar; es entonces cuando el buen uso de su libertad se vuelve a la vez el mérito y la recompensa, y cuando se prepara una dicha inalterable al combatir sus pasiones terrestres y al mantenerse en su primera voluntad.

Que si, incluso en el estado de rebajamiento en que estamos durante esta vida, todas nuestras primeras inclinaciones son legítimas, si todos nuestros vicios nos vienen de nosotros, ¿por qué nos quejamos de estar sojuzgados por ellos? ¿Por qué reprochamos al autor de las cosas los males que nosotros nos hacemos y los enemigos que contra nosotros mismos armamos? ¡Ah, no echemos a perder al hombre: será siempre bueno sin esfuerzo, y siempre feliz sin remordimientos! Los culpables que se dicen forzados al crimen son tan mentirosos como malvados: ¿cómo no ven que la debilidad de que se quejan es obra suya, que su primera depravación procede de su voluntad, que a fuerza de querer ceder a sus tentaciones ceden a ellas finalmente a pesar suyo y las vuelven irresistibles? Indudablemente, no sólo de ellos depende no ser malvados y débiles; pero sí depende de ellos no llegar a serlo. ¡Oh, con qué facilidad seguiríamos siendo dueños de nosotros y de nuestras pasiones, incluso durante esta vida, si cuando aún no están adquiridos nuestros hábitos, si cuando nuestro espíritu comienza a abrirse supiésemos ocuparlo con objetos que debe conocer para apreciar los que no conoce; si quisiéramos sinceramente ilustrarnos, no para brillar a ojos de los demás, sino para ser buenos y sabios según nuestra naturaleza, para hacernos felices practicando nuestros deberes! Ese estudio nos parece enojoso y penoso, porque sólo pensamos en él cuando ya estamos corrompidos por el vicio y entregados a nuestras pasiones. Sentamos nuestros juicios y nuestra estima antes de conocer el

bien y el mal, y luego, refiriendo todo a esa falsa medida, no damos su justo valor a nada.

Hay una edad en que el corazón, todavía libre pero ardiente, inquieto, ávido de la felicidad que no conoce, la busca con una curiosa incertidumbre, y, engañado por los sentidos, se fija al fin sobre su vana imagen, y cree encontrarla donde no está. Para mí esas ilusiones duraron demasiado tiempo. ¡Ay!, las conocí demasiado tarde, y no he podido destruirlas por completo; durarán tanto como este cuerpo mortal que las causa. Por más que me seduzcan, no me engañan: las conozco por lo que son, y cuando las sigo las desprecio. Lejos de ver en ellas el objeto de mi felicidad, veo su obstáculo. Aspiro al momento en que, liberado de las trabas del cuerpo, yo sea *yo* sin contradicción, sin división, y en que sólo necesite de mí para ser feliz: mientras tanto, lo soy desde esta vida, porque tengo en poco todos los males, porque la miro como casi ajena a mi ser y porque todo el verdadero bien que de ella puede sacar de mí depende.

Para elevarme por adelantado tanto como sea posible a ese estado de felicidad, de fuerza y de libertad, me ejercito en las sublimes contemplaciones. Medito sobre el orden del universo, no para explicarlo mediante vanos sistemas, sino para admirarlo sin cesar, para adorar al sabio autor que en él se deja sentir. Converso con él, inundo todas mis facultades de su divina esencia; me enternezco con sus beneficios, lo bendigo por sus dones, pero no le ruego. ¿Qué le pediría? ¿Que cambiase para mí el curso de las cosas, que hiciera milagros en mi favor? Yo, que debo amar por encima de todo el orden establecido por su sabiduría y mantenido por su providencia, ¿he de querer que se turbe por mí ese orden? No, ese voto temerario merecería ser más bien castigado que escuchado. No le pido tampoco el poder de obrar bien: ¿por qué pedirle lo que me ha dado? ¿No me ha dado la conciencia para amar el bien, la razón para conocerlo, la libertad para elegirlo? Si hago el mal no tengo excusa; lo hago porque lo quiero; pedirle cambiar mi voluntad es pedirle lo que él me pide; es querer que él haga mi trabajo, y que yo recoja su salario; no estar contento de mi estado es no querer ser ya hombre, es querer otra cosa que lo que es, es querer el desorden y el mal. ¡Fuente de justicia y de verdad, Dios clemente y bueno! En mi confianza en ti, el supremo

deseo de mi corazón es que tu voluntad se haga. Uniéndola a la mía, hago lo que tú haces, acato tu bondad; creo compartir por anticipado la suprema felicidad que es su premio.

En justa desconfianza de mí mismo, lo único que le pido, o mejor dicho que espero de su justicia, es enderezar mi error si me extravío y si ese error resulta peligroso para mí. No por obrar de buena fe me creo infalible. Las opiniones mías que más verdaderas me parecen quizá sean otras tantas mentiras, porque ¿qué hombre no se atiene a las suyas, y cuántos hombres están de acuerdo en todo? Sólo él puede curarme de la ilusión que me engaña, por más que venga de mí. He hecho cuanto he podido por alcanzar la verdad pero su fuente está demasiado alta: cuando me faltan las fuerzas para ir más lejos, ¿de qué puedo ser culpable? A ella corresponde acercarse.

EL BUEN SACERDOTE había hablado con vehemencia; él estaba emocionado, también yo lo estaba. Yo creía oír al divino Orfeo* cantar los primeros himnos, y enseñar a los hombres el culto de los dioses. Sin embargo, veía un tropel de objeciones que hacerle: no hice ninguna, porque eran menos sólidas que embarazosas, y porque la persuasión estaba de su lado. A medida que me hablaba según su conciencia, la mía parecía confirmarme cuanto él me había dicho.

Los sentimientos que acabáis de exponerme, le dije, me parecen más nuevos por lo que confesáis ignorar que por lo que decís creer. En ellos veo poco más o menos el teísmo** o la religión natural que los cristianos aparentan confundir con el ateísmo o la irreligión, que es la doctrina directamente opuesta. Pero en el estado actual de mi fe, he de subir más que bajar para adoptar vuestras opiniones, y me parece difícil

---

* Según Masson (*op. cit.*), esta alusión a Orfeo habría sido incluida en el último momento, para permitir al editor Duchesne insertar el grabado para el libro IV [pág. 31].

** La diferencia que la época veía entre teísmo y deísmo queda explícita en un texto de Diderot, *Essai sur le merite et la vertu:* «El *deísta* (...) es aquel que cree en Dios, pero que niega toda revelación; el *teísta*, por el contrario, es aquel que está cerca de admitir la revelación y que ya admite la existencia de Dios». Véase también Voltaire, *Dictionnaire philosophique*, artículos *Théisme* y *Religion*.

permanecer precisamente en el punto en que estáis, a menos de ser tan prudente como vos. Para ser, por lo menos, tan sincero, quiero consultar conmigo mismo. Es el sentimiento interior el que debe conducirme hasta vuestro ejemplo, y vos mismo me habéis enseñado que después de haberle impuesto silencio durante largo tiempo, llamarle otra vez no es cosa de un momento. Llevo vuestras palabras en mi corazón, tengo que meditarlas. Si después de haberme consultado bien, me quedo tan convencido como vos, vos seréis mi último apóstol y yo seré prosélito vuestro hasta la muerte. Continuad instruyéndome, sin embargo; me habéis dicho sólo la mitad de lo que debo saber. Habladme de la revelación, de las escrituras, de esos dogmas oscuros sobre los que voy errante desde mi infancia sin poder concebirlos ni creerlos, y sin saber admitirlos ni rechazarlos.

Sí, hijo mío, dijo él abrazándome, terminaré de deciros lo que pienso; no quiero abriros mi corazón a medias. Mas el deseo que me testimoniáis era necesario para autorizarme a no tener con vos ninguna reserva. No os he dicho hasta ahora nada que no creyese que pudiera seros útil y de lo que no estuviera íntimamente persuadido. El examen que me queda por hacer es muy diferente; no veo en él más que dificultad, misterio, obscuridad; no aporto a él sino incertidumbre y desconfianza. Sólo me decido temblando, y os digo más mis dudas que mi opinión. Si vuestros sentimientos fueran más estables, dudaría en exponeros los míos; mas en el estado en que os halláis ganaréis pensando como yo[22]. Por lo demás, no deis a mis discursos más que la autoridad de la razón; ignoro si estoy en el error. Cuando se discute es difícil no adoptar a veces el tono afirmativo; mas recordad que en este punto todas mis afirmaciones son únicamente razones de duda. Buscad la verdad vos mismo: en cuanto a mí, no os prometo más que buena fe.

En mi exposición no veis otra cosa que la religión natural. ¡Es muy extraño que se necesite otra! ¿Cómo conocería yo esa necesidad? ¿De qué puedo ser culpable sirviendo a Dios según las luces que él da a mi espíritu y según los sentimientos que inspira a mi corazón? ¿Qué pureza de moral, qué dogma útil al hombre y honorable a su autor puedo sacar de una doctrina positiva que no pueda sacar sin ella del buen uso de mis

facultades? Mostradme qué se puede añadir para gloria de Dios, para bien de la sociedad, y para mi propio beneficio a los deberes de la ley natural, y qué virtud haréis nacer de un nuevo culto, que no sea una consecuencia del mío. Las mayores ideas de la divinidad nos vienen por la sola razón. Ved el espectáculo de la naturaleza, escuchad la voz interior. ¿No ha dicho Dios todo a nuestros ojos, a nuestra conciencia, a nuestro juicio? ¿Qué más nos dirán los hombres? Sus revelaciones no hacen sino degradar a Dios dándole las pasiones humanas. Lejos de aclarar las nociones del gran Ser, veo que los dogmas particulares los enredan, que lejos de ennoblecerlos los envilecen; que a los misterios inconcebibles que lo rodean añaden ellos contradicciones absurdas; que vuelven al hombre orgulloso, intolerante, cruel, que en lugar de establecer la paz sobre la tierra llevan a ella el hierro y el fuego. Me pregunto para qué sirve todo eso, sin poder responderme. Ahí no veo sino los crímenes de los hombres y las miserias del género humano.

Me dicen que se necesitaba una revelación para enseñar a los hombres la manera en que Dios quería ser servido; se da como prueba la diversidad de cultos extravagantes que han instituido, y no se ve que esa diversidad misma viene de la fantasía de las revelaciones. Desde que a los pueblos se les ocurrió hacer hablar a Dios, cada uno lo ha hecho hablar a su manera y le ha hecho decir lo que ha querido. Si sólo se hubiera escuchado lo que Dios dice al corazón del hombre, nunca habría habido más que una religión sobre la tierra.

Hacía falta un culto uniforme, de acuerdo: pero este punto ¿era tan importante que fue menester todo el aparato del poder divino para establecerlo? No confundamos el ceremonial de la religión con la religión. El culto que Dios pide es el del corazón; y éste, cuando es sincero, es siempre uniforme; es de una vanidad muy loca imaginar que Dios toma un interés tan grande en la forma del hábito del sacerdote, en el orden de las palabras que pronuncia, en los gestos que hace en el altar y en todas sus genuflexiones. ¡Eh, amigo mío!, quédate como estás; siempre te encontrarás bastante cerca de la tierra. Dios quiere ser adorado en espíritu y en verdad; deber es éste de todas las religiones, de todos los países, de todos los hombres. En cuanto al culto externo, si debe ser uniforme para el buen

orden, eso es mero asunto de policía, para eso no hace falta revelación.

No empecé con todas estas reflexiones. Arrastrado por los prejuicios de la educación y por ese peligroso amor propio que siempre quiere elevar al hombre por encima de su esfera, no pudiendo elevar mis débiles concepciones hasta el gran Ser, me esforzaba por rebajarlo hasta mí. Las relaciones infinitamente lejanas que él puso entre su naturaleza y la mía, yo las acercaba. Quería comunicaciones más inmediatas, instrucciones más particulares, y no contento con hacer a Dios semejante al hombre, para ser yo mismo privilegiado entre mis semejantes, quería luces sobrenaturales, quería un culto exclusivo, quería que Dios me hubiera dicho lo que no había dicho a otros, o lo que otros no habrían entendido como yo.

Mirando el punto a que había llegado como el punto común de donde partían todos los creyentes para llegar a un punto más esclarecido, no encontraba en la religión natural* sino los elementos de toda religión. Consideraba esa diversidad de sectas que reinan sobre la tierra y que mutuamente se acusan de mentira y de error; preguntaba: *¿Cuál es la buena?* Todos me respondían: *La mía*[23]; todos decían: sólo yo y mis partidarios pensamos correctamente, todos los demás están en el error. ¿Y cómo sabéis que vuestra secta es la buena? Porque Dios lo ha dicho. Y ¿quién os dice que Dios lo ha dicho? Mi pastor, que lo sabe bien. Mi pastor me dice que crea así, y así creo; me asegura que todos los que dicen otra cosa distinta a él mienten, y yo no los escucho.

¡Cómo!, pensaba yo, ¿la verdad no es una, y lo que es verdadero en mí puede ser falso en vos? Si el método de quien sigue el buen camino y el de quien se extravía es el mismo, ¿qué mérito o qué culpa tiene más uno que otro? Su elección es efecto del azar, imputárselo es iniquidad; es recompensar o castigar por haber nacido en tal o cual país. Osar decir que Dios no juzga de ese modo es ultrajar su justicia.

O todas las religiones son buenas y agradables a Dios, o, si hay una que prescriba a los hombres y por cuyo desconocimiento los castigue, le ha dado signos ciertos y manifiestos

---

* En el ejemplar C., una mano no identificada, añade: «en los dogmas de la religión natural».

para ser distinguida y conocida como la única verdadera. Esos signos son de todos los tiempos y de todos los lugares, sensibles por igual a todos los hombres, grandes y pequeños, sabios e ignorantes, europeos, indios, africanos y salvajes. Si hubiera una religión sobre la tierra fuera de la cual sólo hubiese pena eterna, y en algún lugar del mundo un solo mortal de buena fe no hubiese sido sorprendido por su evidencia, el Dios de esa religión sería el más inicuo y más cruel de los tiranos.

¿Buscamos, pues, sinceramente la verdad? No otorguemos nada al derecho de nacimiento y a la autoridad de los padres y de los pastores, sino que sometamos a examen de conciencia y de la razón cuanto nos han enseñado desde nuestra infancia. Aunque me griten: somete tu razón. Eso mismo puede decirme quien me engaña; necesito razones para someter mi razón.

Toda la teología que pude adquirir por mí mismo mediante la inspección del universo, y por el buen uso de mis facultades, se limita a lo que anteriormente os he explicado. Para saber más hay que recurrir a medios extraordinarios. Esos medios no podrían ser la autoridad de los hombres: porque al no ser hombre alguno de una especie distinta a mí, cuanto un hombre conoce naturalmente también puedo conocerlo yo, y otro hombre puede equivocarse igual que yo: cuando creo lo que dice, no es porque él lo diga, sino porque lo prueba. En el fondo, por tanto, el testimonio de los hombres no es sino el de mi propia razón, y nada añade a los medios naturales conocer la verdad que Dios me ha dado.

Apóstol de la verdad, ¿qué tenéis, pues, que decirme de lo que yo no siga siendo el juez? Dios mismo ha hablado; escuchad su revelación. Eso es otra cosa. ¡Dios ha hablado! Desde luego, gran frase es ésta. ¿Y a quién ha hablado? Ha hablado a los hombres. ¿Por qué pues no he oído yo nada? Ha encargado a otros hombres que os transmitan su palabra. Ya entiendo: son hombres los que van a decirme lo que Dios ha dicho. Prefiriría haber oído a Dios mismo; a él no le habría costado mucho más, y yo habría estado al abrigo de la seducción. Os protege de ella manifestando la misión de sus enviados. ¿Y quién ha hecho esos libros? Hombres. Y ¿quién ha visto esos prodigios? Hombres que los atestiguan. ¡Vaya! ¡Siempre testimonios humanos! ¡Siempre hombres que me

cuentan lo que otros hombres han contado! ¡Cuántos hombres entre Dios y yo! No obstante, veamos, examinemos, comparemos, verifiquemos. Oh, si Dios se hubiera dignado dispensarme de todo este trabajo, ¿le habría servido yo con menor buena voluntad?

Considerad, amigo mío, en qué horrible discusión me he metido; de qué inmensa erudición tengo necesidad para remontarme a las antigüedades más altas; para examinar, sopesar, confrontar las profecías, las revelaciones, los hechos, todos los monumentos de fe propuestos en todos los países del mundo, para asignarles los tiempos, los lugares, los autores, las ocasiones. ¡Qué exactitud de crítica necesito para distinguir las piezas auténticas de las piezas supuestas; para comparar las objeciones con las respuestas, las traducciones con los originales; para juzgar sobre la imparcialidad de los testigos, sobre su buen sentido, sobre sus luces; para saber si no se ha suprimido nada, ni añadido nada, ni traspuesto, cambiado, falsificado nada; para hacer desaparecer las contradicciones que aún quedan; para juzgar el peso que debe tener el silencio de los adversarios en los hechos alegados contra ellos; si esas alegaciones les fueron conocidas; si hicieron suficiente caso de ellas para dignarse responderlas; si los libros eran lo bastante comunes para que los nuestros les llegasen; si tuvimos la buena fe suficiente para dar curso a los suyos entre nosotros y para dejar en ellos sus más graves objeciones en el mismo estado en que las habían formulado.

Una vez admitidos por irrefutables todos estos monumentos, hay que pasar a renglón seguido a las pruebas de la misión de sus autores; hay que conocer bien las leyes de los destinos, las probabilidades eventivas*, para juzgar qué predicción no puede cumplirse sin milagro; el genio de las lenguas originales para distinguir lo que es predicción en esas lenguas y lo que no es más que figura oratoria; qué hechos están en el orden de la naturaleza, y qué otros hechos no entran en él, para determinar hasta qué punto un hombre hábil puede fascinar los ojos de los simples, puede asombrar incluso a las gentes esclarecidas;

* *Éventives:* neologismo de Rousseau; formo el correspondiente castellano sobre *evento*; las probabilidades eventivas son aquellas que pueden realizarse, las que pueden tener una realización incierta o contingente.

buscar de qué especie debe ser un prodigio y qué autenticidad ha de tener, no sólo para ser creído, sino para que sea punible dudar de él; comparar las pruebas de los verdaderos y de los falsos prodigios y hallar las reglas seguras para discernirlos; decir, finalmente, por qué Dios escogió, para atestiguar su palabra, medios que por sí mismos tienen gran necesidad de atestación, como si él se burlase de la credulidad de los hombres y evitara de intento los verdaderos medios de persuadirlos.

Supongamos que la majestad divina se digne rebajarse lo bastante para hacer a un hombre órgano de sus voluntades sagradas; ¿es razonable, es justo exigir que todo el género humano obedezca la voz de ese ministro, sin hacerle conocer por tal? ¿Hay equidad no dándole, por todas cartas credenciales, otra cosa que unos cuantos signos particulares hechos ante unas pocas gentes oscuras, y de los que el resto de los hombres nunca sabrá nada sino de oídas? Si en todos los países del mundo se tuvieran por verdaderos todos los prodigios que el pueblo y los simples dicen haber visto, cada secta sería la buena, habría más prodigios que acontecimientos naturales y el mayor de todos los milagros sería que allí donde hay fanáticos perseguidos no hubiera milagros. Tal es el orden inalterable de la naturaleza que muestra del mejor modo posible al ser supremo*; si se diesen muchas excepciones, yo ya no sabría qué pensar, y por lo que a mí se refiere creo demasiado en Dios para creer en tantos milagros tan poco dignos de él.

¡Que venga un hombre a hablarnos con este lenguaje: Mortales, yo os anuncio la voluntad del Altísimo; reconoced en mi voz al que me envía. Ordeno al sol cambiar su carrera, a las estrellas formar otra disposición, a las montañas aplanarse, a las olas elevarse, a la tierra tomar otro aspecto: ante estas maravillas, ¿quién no reconocerá al instante al amo de la naturaleza? Ella no obedece a impostores; sus milagros ocurren en encrucijadas, en desiertos, en cámaras, y ahí es donde engañan a un pequeño número de espectadores predispuestos a creer todo. ¿Quién osará decirme cuántos testigos oculares

* La mano no identificada de C.: «del mejor modo posible lo sabía mano que la rige».

son necesarios para hacer que un prodigio sea digno de fe? Si vuestros milagros, hechos para probar vuestra doctrina, necesitan ser probados, ¿de qué sirven? Tanto valía no hacerlos.

Queda por último el examen más importante en la doctrina anunciada; pues dado que quienes dicen que Dios hace en esta tierra milagros pretenden que el diablo los imita a veces, con los prodigios mejor atestiguados no estamos más adelantados que antes; y puesto que los magos de Faraón osaban hacer, en presencia misma de Moisés, los mismos signos que él hacía por orden expresa de Dios, ¿por qué en su ausencia no hubiesen pretendido, con iguales títulos, la misma autoridad? Así pues, tras haber probado la doctrina por el milagro, hay que probar el milagro por la doctrina[24], no vaya a ser que se tome la obra del demonio por la obra de Dios. ¿Qué pensáis de este dialelo*?

Por venir de Dios, esta doctrina debe llevar el sagrado carácter de la divinidad; no sólo debe aclararnos las ideas confusas que el razonamiento traza en nuestro espíritu; también debe proponernos un culto, una moral, y máximas convenientes a los atributos por los que sólo concebimos nosotros su esencia. Por tanto, si no nos enseñara más que cosas absurdas y sin razón, si no nos inspirara más que sentimientos de aversión hacia nuestros semejantes y de espanto hacia nosotros mismos, si no nos pintara más que un Dios colérico, celoso, vengador, parcial y odiador de los hombres, un Dios de la guerra y de los combates siempre presto a destruir y a fulminar, un Dios hablando siempre de tormentos, de penas, jactándose de castigar incluso a los inocentes, mi corazón no se sentiría atraído hacia ese Dios terrible, y yo me guardaría mucho de abandonar la religión natural para abrazar ésa; porque de sobra veis que habría que optar necesariamente. Vuestro Dios no es el nuestro, diría yo a sus sectarios. Aquel que comienza por escogerse un solo pueblo y proscribir al resto del género humano no es el padre común de los hombres;

* Este dialelo, o círculo vicioso, lo mismo que la argumentación anterior, está ya en Pascal: «Regla: Hay que juzgar la doctrina por los milagros. Hay que juzgar los milagros por la doctrina. Todo esto es verdad, pero no se contradice. Porque hay que distinguir los tiempos» (*Pensées*, edición Le Guern, pensamiento n.º 684).

aquel que destina al suplicio eterno al mayor número de sus criaturas no es el Dios clemente y bueno que mi razón me ha mostrado.

Respecto a los dogmas, ella me dice que deben ser claros, luminosos, sorprendentes por su evidencia. Si la religión natural es insuficiente, es por la obscuridad que deja en las grandes verdades que nos enseña: a la revelación corresponde enseñarnos esas verdades de una manera sensible para el espíritu del hombre, ponerlas a su alcance, hacérselas concebir a fin de que las crea. La fe se asegura y se afirma por el entendimiento, la mejor de todas las religiones es infaliblemente la más clara: quien carga de misterios, de contradicciones el culto que me predica me enseña por esto mismo a desconfiar. El Dios que adoro no es un Dios de tinieblas, no me ha dotado él de entendimiento para prohibirme su uso; decirme que someta mi razón es ultrajar a su autor. El ministro de la verdad no tiraniza mi razón; la esclarece.

Hemos dejado a un lado toda autoridad humana, y sin ella yo no podría ver cómo puede un hombre convencer a otro predicándole una doctrina desrazonable. Enfrentemos por un momento a estos dos hombres, e indaguemos qué podrán decirse en esa aspereza de lenguaje común a los dos partidos.

El Inspirado: La razón os enseña que el todo es más grande que su parte; mas yo os enseño de parte de Dios que es la parte la que es mayor que el todo.

El Razonador: ¿Y quién sois vos para atreveros a decirme que Dios se contradice? ¿Y a quién creeré mejor, a él que me enseña por la razón las verdades eternas, o a vos que me anunciáis de parte suya una absurdidad?

El Inspirado: A mí, porque mi instrucción es más positiva, y voy a probaros de forma irrefutable que es él quien me envía.

El Razonador: ¿Cómo? ¿Vais a probarme que es Dios quien os envía a deponer contra él? Y ¿de qué género serán vuestras pruebas para convencerme de que es más seguro que Dios me hable por vuestra boca que por el entendimiento que me ha dado?

El Inspirado: ¡El entendimiento que os ha dado! ¡Hombre pequeño y vano! Como si fuerais el primer impío que se extravía en su razón corrompida por el pecado.

El Razonador: Hombre de Dios, tampoco vos seríais el primer pícaro que ofrece su arrogancia por prueba de su misión.

El Inspirado: ¡Como! ¿También los filósofos dicen injurias?

El Razonador: A veces, cuando los santos les dan ejemplo.

El Inspirado: Oh, yo tengo derecho a decirlas, yo hablo de parte de Dios.

El Razonador: Convendría que mostrarais vuestros títulos antes de usar vuestros privilegios.

El Inspirado: Mis títulos son auténticos. La tierra y los cielos declararán en favor mío. Seguid mis razonamientos, os lo ruego.

El Razonador: ¡Vuestros razonamientos! ¡Ni lo penséis! Enseñarme que mi razón me engaña, ¿no es refutar lo que me habrá dicho ella en lugar de vos? Quien quiere recusar la razón debe convencer sin utilizarla. Porque, supongamos que razonando me habéis convencido; ¿cómo sabré yo si no es mi razón corrompida por el pecado la que me hace asentir a lo que me decís? Además, ¿qué prueba, qué demostración podréis nunca emplear más evidente que el axioma que ella debe destruir? Es todo tan creíble que un buen silogismo es una mentira como lo es que la parte es más grande que el todo.

El Inspirado: ¡Qué diferencia! Mis pruebas son irrefutables; son de un orden sobrenatural.

El Razonador: ¡Sobrenatural! ¿Qué significa esa palabra? No la entiendo.

El Inspirado: Cambios en el orden de la naturaleza, profecías, milagros, prodigios de toda especie.

El Razonador: ¡Prodigios! ¡Milagros! Nunca he visto nada de todo eso.

El Inspirado: Otros lo han visto por vos. Nubes de testigos,... el testimonio de los pueblos...

El Razonador: ¿El testimonio de los pueblos es de un orden sobrenatural?

El Inspirado: No, pero cuando es unánime, es irrefutable.

El Razonador: Nada hay más irrefutable que los principios de la razón, y no puede autorizarse una absurdidad mediante el testimonio de los hombres. Una vez más, veamos pruebas sobrenaturales, porque la atestación del género humano no lo es.

El Inspirado: ¡Oh corazón endurecido! La gracia no os habla.

El Razonador: No es culpa mía; porque, según vos, es preciso haber recibido ya la gracia para saber pedirla. Comenzad pues a hablarme en lugar de ella.

El Inspirado: ¡Ah, eso es lo que hago, y no me escucháis! Y ¿qué me decís de las profecías?

El Razonador: Digo en primer lugar que no he oído más profecías que milagros he visto. Digo además que ninguna profecía podría tener autoridad para mí.

El Inspirado: ¡Satélite del demonio! ¿Y por qué las profecías no son autoridad para vos?

El Razonador: Porque para que la tuvieran serían precisas tres cosas cuyo concurso es imposible, a saber: que yo hubiera sido testigo de la profecía, que yo fuese testigo del acontecimiento, y que me fuera demostrado que ese acontecimiento no ha podido cuadrar fortuitamente con la profecía; porque, aunque fuera más precisa, más clara, más luminosa que un axioma geométrico, puesto que la claridad de una predicción hecha al azar no vuelve imposible su realización, cuando esa realización tiene lugar no prueba nada en rigor para quien la ha predicho.

Ved, pues, a qué se reducen vuestras pretendidas pruebas sobrenaturales, vuestros milagros, vuestras profecías. A creer todo eso por la palabra de otro, y a someter a la autoridad de los hombres la autoridad de Dios que habla a mi razón. Si las verdades eternas que mi espíritu concibe pudieran sufrir algún ataque, para mí ya no habría ninguna especie de certeza, y lejos de estar seguro de que me habláis de parte de Dios, no estaría seguro siquiera de que existe.

He ahí muchas dificultades, hijo mío, y no son todas. Entre tantas religiones diversas que se proscriben y excluyen mutuamente, sólo una es la buena, supuesto que una lo sea. Para reconocerla no basta examinar una, hay que examinarlas todas, y en cualquier manera de que se trate no se debe condenar sin oír[25]; hay que comparar las objeciones con las pruebas, hay que saber lo que cada cual opone a los demás y lo que les responde. Cuanto más demostrado nos parece un sentir, más debemos investigar en qué se fundan tantos hombres para no considerarlo como tal. Habría que ser muy simple

para creer que basta con oír a los doctores de su partido para conocer las razones del partido contrario. ¿Dónde están los teólogos que hagan gala de buena fe? ¿Dónde aquellos que para refutar las razones de sus adversarios no empiezan por debilitarlas? Cada cual brilla en su partido, pero hay quien entre los suyos está muy orgulloso de sus pruebas y que haría el papel de necio con esas mismas pruebas entre gentes de otro partido. ¿Queréis instruiros en los libros? ¡Qué erudición hay que conseguir! ¡Cuántas lenguas hay que aprender, cuántas bibliotecas que hojear, qué inmensa lectura que hacer! ¿Quién me guiará en la selección? Difícilmente encontraremos en un país los mejores libros del partido contrario, y con mayor razón los de todos los partidos; y si se encontraran, pronto serían refutados. El ausente siempre se equivoca, y malas razones dichas con seguridad fácilmente borran las buenas expuestas con desprecio. Por otra parte, con frecuencia no hay nada más engañoso que los libros ni nada refleja menos fielmente* los sentimientos de quienes los han escrito. Cuando habéis querido juzgar sobre la fe católica por el libro de Bossuet, os habéis encontrado muy lejos del tema después de haber vivido entre nosotros. Habéis visto que la doctrina con que se responde a los protestantes no es la que se enseña al pueblo, y que el libro de Bossuet apenas se parece a las enseñanzas del púlpito. Para juzgar bien a una religión, no hay que estudiarla en los libros de sus sectarios, hay que ir a aprenderla entre ellos; esto es muy diferente. Cada cual tiene sus tradiciones, sus sentidos, sus costumbres, sus prejuicios, que forman el espíritu de su creencia y que se ha de unir a ella para juzgarla.

¡Cuántos grandes pueblos no imprimen libros ni leen los nuestros! ¿Cómo juzgarán ellos nuestras opiniones? ¿Cómo juzgaremos nosotros las suyas? Nosotros nos burlamos de ellos, ellos nos desprecian**, y si nuestros viajeros los ridiculizan, para devolvernos ese ridículo no tienen que hacer otra

---

* Corrección en el ejemplar C. por una mano desconocida: «Por otra parte, los libros nos engañan con frecuencia y no reflejan fielmente»...

** Nuevamente la mano desconocida del ejemplar C. suaviza el texto: «Nosotros nos burlamos de ellos, ellos se burlan de nosotros; ellos no saben nuestras razones, nosotros no sabemos las suyas, y si»...

cosa que viajar entre nosotros. ¿En qué país no hay gentes sensatas, gentes de buena fe, honradas gentes amigas de la verdad que para profesarla no buscan más que conocerla? Sin embargo, cada cual la ve en su culto y encuentra absurdos los cultos de las demás naciones. Así pues, esos cultos extranjeros no son tan extravagantes como nos parecen, o la razón que encontramos en los nuestros no demuestra nada.

En Europa tenemos tres religiones principales. Una admite una sola revelación, otra admite dos, otra admite tres. Cada una de ellas detesta, maldice a las otras, las acusa de ceguera, de endurecimiento, de obstinación, de mentira. ¿Qué hombre imparcial se atreverá a juzgar entre ellas si primeramente no ha sopesado bien sus pruebas y escuchado sus razones? La que no admite más que una revelación es la más antigua y parece la más segura; la que admite tres es la más moderna y parece la más consecuente; la que admite dos y rechaza la tercera, bien puede ser la mejor pero tiene contra ella todos los prejuicios: la inconsecuencia salta a la vista*.

En las tres revelacioness, los libros sagrados están escritos en lenguas desconocidas para los puebloss que las siguen. Los judíos no entienden ya el hebreo, los cristianos no entienden ni el hebreo ni el griego, ni los turcos ni los persas entienden el árabe, y los árabes modernos mismos no hablan ya la lengua de Mahoma. ¿No es ésa una forma muy simple de instruir a los hombres, de hablarles siempre en una lengua que no entienden? Se dirá que estos libros se traducen; ¡bonita respuesta! ¿Quién me asegurará que estos libros están traducidos fielmente, y que incluso es posible que lo sean? Y cuando Dios hace tanto para hablar a los hombres, ¿por qué es menester que necesite de intérprete?

Nunca conoceré que lo que todo hombre está obligado a saber se halle encerrado en unos libros, y que quien no tiene a su alcance esos libros ni gentes que los entiendan sea castigado por una ignorancia involuntaria. ¡Siempre libros! ¡Qué manía!

* En la comparación de las religiones judía, cristiana y musulmana, sigue Rousseau un tópico de los apologistas desde la Edad Media, pero invierte las preferencias: frente a la cristiana, proclamada siempre como la mejor por el pensamiento occidental, Rousseau sólo elogia —parcialmente y con empleo del condicional— las otras dos.

Porque Europa está llena de libros, los europeos los consideran indispensables, sin pensar que en las tres cuartas partes de la tierra jamás se han visto. ¿No han sido escritos por hombres todos los libros? ¿Cómo, pues, los necesitaría el hombre para conocer sus deberes y qué medios tenía de conocerlos antes de que esos libros fuesen hechos? O aprende sus deberes por sí mismo o está dispensado de saberlos.

Nuestros católicos hablan mucho de la autoridad de la Iglesia, pero ¿qué ganan con eso, si necesitan tan gran aparato de pruebas para establecer esa autoridad, como otras sectas para establecer directamente su doctrina? La Iglesia decide que la Iglesia tiene derecho a decidir. ¿No es ésa una autoridad bien probada? Salid de ella y volvéis a entrar en todas nuestras discusiones.

¿Conocéis a muchos cristianos que se hayan tomado la molestia de examinar con cuidado lo que el judaísmo alega contra ellos? Si algunos han visto algo es en los libros de los cristianos. ¡Bonita manera de instruirse en las razones de sus adversarios! Pero ¿cómo hacer? Si alguien osara publicar entre nosotros libros que favorecieran abiertamente al judaísmo, castigaríamos al autor, al editor, al librero[26]. Esta policía es cómoda y segura para tener siempre razón. Siempre agrada refutar a gentes que no se atreven a hablar.

Quienes de entre nosotros tienen oportunidad de conversar con judíos apenas adelantan más. Los desaventurados se sienten a nuestra discreción; la tiranía que respecto a ellos se ejerce los vuelve temerosos; saben cuán poco le cuestan la injusticia y la crueldad a la caridad cristiana; ¿qué osarán decir sin exponerse a hacernos gritar contra el blasfemo? La codicia nos presta el celo, y ellos son demasiado ricos para no tener la culpa. Los más sabios, los más esclarecidos son siempre los más circunspectos. Convertiréis algún miserable pagado para calumniar a su secta; haréis hablar a unos viles ropavejeros que cederán para halagaros; triunfaréis de su ignorancia o de su cobardía mientras sus doctores sonríen en silencio ante vuestra inepcia. Pero ¿creéis que en lugares en que se sientan seguros sería tan fácil tratar con ellos? En la Sorbona es claro como el día que las predicciones del Mesías se refieren a Jesucristo. Entre los rabinos de Amsterdam es igual de claro que no tienen la menor relación con él. Nunca creeré haber

oído bien las razones de los judíos mientras no tengan un Estado libre, escuelas, universidades donde puedan hablar y disputar sin riesgo. Sólo entonces podremos saber lo que tienen que decir.

En Constantinopla los turcos dicen sus razones, pero nosotros no osamos decir las nuestras; allí nos toca a nosotros someternos. Si los turcos exigen de nosotros hacia Mahoma, en el que no creemos, el mismo respeto que exigimos hacia Jesucristo de los judíos que tampoco creen en él, ¿se equivocan los turcos? ¿Tenemos nosotros razón? ¿Mediante qué principio equitativo resolveremos este problema?

Las dos terceras partes del género humano no son ni judíos, ni mahometanos, ni cristianos, y ¿cuántos millones de hombres no han oído hablar nunca de Moisés, de Jesucristo ni de Mahoma? Se niega esto, se afirma que nuestras misiones van por todas partes. Eso se dice pronto: pero ¿van al corazón de África, todavía desconocida, y donde jamás europeo alguno ha penetrado hasta ahora? ¿Van a la Tartaria mediterránea* a seguir a caballo a las hordas ambulantes, a las que jamás ningún extranjero se acerca y que lejos de haber oído hablar del papa a duras penas conocen al gran lama? ¿Van a los continentes inmensos de América, donde naciones enteras aún no saben que pueblos de otro mundo han puesto los pies en el suyo? ¿Van al Japón donde sus malas artes les han hecho expulsar para siempre, y donde sus predecesores no son conocidos por las generaciones que nacen sino como intrigantes taimados, venidos con celo hipócrita a apoderarse suavemente del Imperio? ¿Van a los harenes de los príncipes de Asia a anunciar el Evangelio a millares de pobres esclavos? ¿Qué han hecho las mujeres de esa parte del mundo para que ningún misionero pueda predicarles la fe? ¿Irán todas al infierno por haber sido recluidas?

Aun cuando fuese cierto que el Evangelio se anuncia por toda la tierra, ¿qué ganaríamos? La víspera del día en que el primer misionero llegó a un país, con toda seguridad murió alguien que no pudo oírle. Decidme, ¿qué haremos con ése? Si

* En su primera acepción: «Dícese de lo que está rodeado de tierra.— Dícese de lo que está en el interior de un territorio». [Diccionario de la Academia, que coincide con el *Dictionaire critique*, de Féraud (1787-1788)].

en todo el universo no hubiera más que un solo hombre al que nunca se le haya predicado a Jesucristo, la objeción sería tan fuerte para ese único hombre como para la cuarta parte del género humano.

Cuando los ministros del Evangelio se han hecho oír de los pueblos remotos, ¿qué les han dicho que pueda admitirse razonablemente sobre su palabra, y que no exija la más escrupulosa comprobación? Me anunciáis un dios nacido y muerto hace dos mil años en la otra punta del mundo en no sé qué pequeña aldea, y me decís que todos los que no hayan creído en ese misterio serán condenados. Son ésas cosas muy extrañas para creerlas tan rápidamente por la sola autoridad de un hombre al que no conozco. ¿Por qué vuestro Dios hizo que ocurriesen tan lejos los acontecimientos que pretendía obligarme a conocer? ¿Es un crimen ignorar lo que pasa en los antípodas? ¿Puedo yo adivinar que en otro hemisferio ha habido un pueblo hebreo y una ciudad de Jerusalén? ¡Sería como obligarme a saber lo que se hace en la luna! Vos venís, según decís, a enseñármelo; pero, ¿por qué no vinisteis a enseñárselo a mi padre? ¿O por qué condenáis a ese buen viejo por no haber sabido nunca nada? ¿Debe ser castigado eternamente por vuestra pereza, él, que era tan bueno, tan bienhechor, y que no buscaba más que la verdad? Obrad de buena fe; luego poneos en mi sitio: ved si por vuestro solo testimonio debo creer todas las increíbles cosas que me decís y conciliar tantas injusticias con el Dios justo que me anunciáis. Dejadme, por favor, ir a ver ese lejano país donde se realizan tantas maravillas inauditas en éste*; dejadme que vaya a saber por qué los habitantes de esa Jerusalén trataron a Dios como a un bandido. Según decís, no lo reconocieron ellos por Dios. ¿Qué haré yo, pues, yo, que jamás he oído hablar de él salvo a vos? Añadís que fueron castigados, dispersados, oprimidos, esclavizados, que ninguno de ellos se acerca ya a la misma ciudad. Seguramente merecieron todo eso; pero los habitantes de hoy, ¿qué dicen del deicidio de sus predecesores? Lo

* Rousseau mitiga la redacción primera de este pasaje: «Dejadme, por favor, ir a ver ese maravilloso país donde las vírgenes paren, donde los dioses nacen, viven, comen, sufren y mueren» (*Émile*, manuscrito Favre, *O.C.*, Pléiade, pág. 230).

niegan, tampoco reconocen a Dios por Dios. Lo mismo daba, pues, dejar los hijos de los otros*.

Pero ¡cómo! En esa misma ciudad en que Dios murió ni los antiguos ni los nuevos habitantes lo han reconocido, y queréis que yo lo reconozca, yo, que nací dos mil años después a dos mil leguas de allí. ¿No véis que antes de que yo preste fe a ese libro que vos llamáis sagrado y del que no entiendo nada, debo saber por personas distintas a vos cuándo y por quién fue hecho, cómo se conservó, cómo ha llegado hasta vos, lo que dicen en el país mediante razones quienes lo rechazan aún sabiendo tan bien como vos todo lo que me enseñáis? Ya veis que es totalmente necesario que yo vaya a Europa, a Asia, a Palestina, para examinar todo por sí mismo; sería menester que estuviera loco para escucharos antes de ese momento.

Tal discurso no sólo me parece razonable, sino que sostengo que todo hombre sensato, en caso semejante, debe hablar así y rechazar lejos al misionero que, antes de la verificación de las pruebas, se apresure a instruirle y a bautizarle**. Y yo sostengo que no hay revelación contra la que objeciones idénticas no tengan tanta o más fuerza que contra el cristianismo. De donde se sigue que si no hay más que una religión verdadera y si todo hombre está obligado a seguirla so pena de condenación, hay que pasar la vida estudiándolas todas, profundizándolas, comparándolas, recorriendo los países donde se hallan establecidas; nadie está exento del primer deber del hombre, nadie tiene derecho a fiarse del juicio de otros. El artesano que sólo vive de su trabajo, el labrador que no sabe leer, la joven delicada y tímida, el enfermo que apenas puede salir de su cama, todos sin excepción deben estudiar, meditar, disputar, viajar, recorrer el mundo: ya no habrá ningún pueblo fijo y estable; la tierra entera no estará cubierta más que por peregrinos que caminan con grandes gastos y con muchas fatigas

* P. Burguelin explica esta frase: «La argumentación final queda algo sutil: si los judíos contemporáneos de Jesús no lo tuvieron por Dios, sus hijos tampoco lo tienen; con mayor motivo los hijos de los paganos deben permanecer ajenos a este asunto».

** Voltaire anota al margen de su ejemplar del *Émile*: «Todo este razonamiento se halla, palabra por palabra, en el *Poeme de la relligion naturelle* y en el *Épitre à Uranie*». El Vicario recurre a las fórmulas de Voltaire en su defensa de un deísmo racionalista.

para verificar, comparar, examinar por sí mismos los diversos cultos que se siguen. Y entonces, adiós a los oficios, a las artes, a las ciencias humanas y a todas las ocupaciones civiles: ya no puede haber otro estudio que el de la religión; quien haya gozado de la salud más robusta, quien mejor haya empleado su tiempo, quien mejor haya usado de su razón y vivido más años, a duras penas sabrá a su vejez a qué atenerse, y mucho será que antes de su muerte sepa en qué culto habría debido vivir.

¿Queréis mitigar ese método, y dar la menor posibilidad a la autoridad de los hombres? Al instante le cedéis todo, y si el hijo de un cristiano hace bien siguiendo sin un examen profundo e imparcial la religión de su padre, ¿por qué el hijo de un turco haría mal siguiendo igualmente la religión del suyo? Desafío a todos los intolerantes del mundo a responder a esto con algo que satisfaga a un hombre sensato.

Forzados por estas razones, unos prefieren hacer a Dios injusto y castigar a los inocentes por el pecado de su padre antes que renunciar a su bárbaro dogma. Otros salen del apuro enviando atentamente un ángel para instruir a todo el que, en una ignorancia invencible, habría vivido moralmente bien. ¡Vaya invención la de ese ángel! No contentos con sometemos a sus maquinaciones, ponen al mismo Dios en la necesidad de emplearlas*.

Ved, hijo mío, a qué absurdidad llevan el orgullo y la intolerancia cuando todos quieren abundar en su opinión y creer que tienen razón exclusivamente sobre el resto del género humano. Tomo por testigo a ese Dios de paz que yo adoro y que os anuncio, de que todas mis búsquedas han sido sinceras; mas viendo que no tenían ni nunca tendrían éxito y que me abismaba en un océano sin orilla, volví sobre mis pasos y mantuve mi fe en mis nociones primitivas. Nunca he podido creer que Dios me ordenara, so pena del infierno, ser tan sabio. Por tanto cerré todos los libros. Sólo hay uno abierto a todos los ojos, el de la naturaleza. Es en ese grande y sublime libro donde aprendo a servir y adorar a su divino autor: nadie

* Con *unos*, Rousseau alude a los teólogos que admiten la doctrina del pecado original, doctrina considerada siempre injusta por el autor del *Contrato social*. Los *otros*, apuntan directamente a Santo Tomás de Aquino.

tiene excusa de no leer en él, porque habla a todos los hombres una lengua inteligible por todos los espíritus. Aun cuando hubiera nacido en una isla desierta, aun cuando no hubiera visto nungún hombre más que yo, aun cuando jamás hubiera sabido lo que antiguamente ocurrió en un rincón del mundo, si ejerzo mi razón, si la cultivo, si empleo bien unas facultades inmediatas que Dios me da, aprendería por mí mismo a conocerle, a amarle, a amar sus obras, a querer el bien que él quiere, y a cumplir para agradarle todos mis deberes sobre la tierra. ¿Qué más me enseñará todo el saber de los hombres?

Respecto a la revelación, si yo fuera mejor razonador o estuviera mejor instruido, tal vez sentiría su verdad, su utilidad para quienes tienen la dicha de reconocerla; pero si en su favor veo pruebas que no puedo rebatir, también veo contra ella objeciones que no puedo resolver. Hay tantas razones sólidas a favor y en contra que, no sabiendo a qué decidirme, ni la admito ni la rechazo; rechazo sólo la obligación de reconocerla, porque esa obligación pretendida es* incompatible con la justicia de Dios, y porque, lejos de eliminar con ello los obstáculos a la salvación, los hubiera multiplicado, los hubiera hecho insuperables para la mayor parte del género humano. Salvo en eso, en este punto me mantengo en una duda respetuosa. No tengo la presunción de creerme infalible: otros hombres han podido decidir lo que me parece indeciso, yo razono por mí y no por ellos: no los censuro ni los imito, su juicio puede ser mejor que el mío, pero no es culpa mía si ése no es el mío.

También os confieso que la majestad de las Escrituras me sorprende, que la santidad del Evangelio habla a mi corazón. Ved los libros de los filósofos con toda su pompa: ¡qué pequeños son al lado de ése! ¿Es posible que sea obra de los hombres un libro a la vez tan sublime y tan sencillo? ¿Es posible que aquél cuya historia hace no sea más que un hombre? ¿Es ése el tono de un entusiasta o el de un ambicioso sectario? ¡Qué dulzura, qué pureza en sus costumbres! ¡Qué gracia conmovedora en sus enseñanzas! ¡Qué elevación en sus máximas! ¡Qué profunda sabiduría en sus discursos! ¡Qué

---

* En el ejemplar C., de mano desconocida, en vez de *es* figura: *me parece*, que Rousseau ya había incluido en M.

presencia de ánimo, qué finura y qué precisión en sus respuestas! ¡Qué dominio sobre sus pasiones! ¿Dónde está el hombre, dónde el sabio que sepa obrar, sufrir y morir sin debilidad ni ostentación? Cuando Platón pinta a su justo imaginario[27] cubierto por todo el oprobio del crimen y digno de todos los premios de la virtud, pinta rasgo a rasgo a Jesucristo, el parecido es tan sorprendente que todos los Padres lo han percibido y es imposible engañarse en ese punto. ¡Qué prejuicios, qué ceguera no hay que tener para osar comparar el hijo de Sofronisco con el hijo de María! ¡Qué distancia del uno al otro! Muriendo sin dolor, sin ignominia, Sócrates sostiene fácilmente su personaje hasta el final, y si esa fácil muerte no hubiera honrado su vida dudaríamos de que Sócrates, con todo su ingenio, fuera otra cosa que sofista. Inventó, se dice, la moral. Otros antes que él la habían puesto en práctica, él no hizo más que decir lo que ellos habían hecho, no hizo más que poner en lecciones sus ejemplos. Arístides había sido justo antes de que Sócrates hubiera dicho lo que era la justicia, Leónidas había muerto por su país antes de que Sócrates hubiera convertido en deber amar a la patria, Esparta era sobria antes de que Sócrates hubiera alabado la sobriedad. Antes de que él hubiera definido la virtud, Grecia abundaba en hombres virtuosos. Pero entre los suyos, ¿de dónde había sacado Jesús esa moral elevada y pura de la que sólo él dió las lecciones y el ejemplo[28]? Del seno del más furioso fanatismo se hizo oír la más alta sabiduría, y la sencillez de las más heróicas virtudes honró al mas vil de todos los pueblos. La muerte de Sócrates filosofando tranquilamente con sus amigos es la más dulce que se pueda desear; la de Jesús expirando en los tormentos, injuriado, burlado, maldecido por todo un pueblo es la más horrible que se pueda temer; al tomar la copa envenenada Sócrates bendice a quien se la presenta y que llora; en medio de un suplicio horroroso, Jesús ruega por sus encarnizados verdugos. Sí, si la vida y la muete de Sócrates son de un sabio, la vida y la muerte de Jesús son de un Dios*. ¿Diremos que la

* Esta frase era un desafío al partido de los filósofos. Voltaire la anota al margen de su ejemplar: «¿Qué es la muerte de un dios?», y critica la fórmula en una carta del 5 de enero de 1767 al abate d'Olivert. Véase la extensa anotación de P. Burgelin a este pasaje (*O.C.*, Pléiade, tomo III, págs. 1588-1592).

historia del Evangelio ha sido inventada a capricho? Amigo mío, no es así como se inventa, y los hechos de Sócrates, de los que nadie duda, están menos atestiguados que los de Jesucristo. En el fondo es dejar de lado la dificultad sin destruirla; que varios hombres concertados hubieran fabricado ese libro sería más inconcebible que el que uno solo haya proporcionado material para él. Jamás hubieran encontrado unos autores judíos ni ese tono ni esa moral, y el Evangelio posee caracteres de verdad tan grandes, tan sorprendentes, tan perfectamente inimitables, que el inventor sería más digno de admiración que el héroe. Con todo, ese mismo Evangelio está lleno de cosas increíbles, cosas que repugnan a la razón y que es imposible a cualquier hombre sensato concebir ni admitir. ¿Qué hacer en medio de todas estas contradicciones? Ser siempre modesto y circunspecto, hijo mío; respetar en silencio lo que no podría rechazarse ni comprenderse, y humillarse ante el gran Ser que es el único en saber la verdad.

He ahí el escepticismo involuntario en que he permanecido; pero ese escepticismo apenas me resulta penoso, porque sólo se extiende a los puntos esenciales en la práctica, y porque estoy completamente decidido sobre los principios de todos mis deberes. Sirvo a Dios en la sencillez de mi corazón. No trato de saber más que lo que importa a mi conducta; en cuanto a los dogmas que no influyen ni sobre las acciones ni sobre la moral, y por los que tantas personas se atormentan no me preocupo para nada. Miro todas las religiones particulares como otras tantas instituciones salutíferas que prescriben en cada país una manera uniforme de honrar a Dios mediante un culto público, y que pueden tener, todas, sus razones en el clima, en el gobierno, en el genio del pueblo, o en alguna otra causa local que hace a una preferible a otra según los tiempos y los lugares. Creo buenas a todas cuando se sirve a Dios convenientemente: el culto esencial es el del corazón. Dios no rechaza su homenaje, cuando es sincero, sea la que fuere la forma en que se le ofrezca. Llamado, en la que yo profeso, al servicio de la Iglesia, cumplo en ella con toda la exactitud posible las obligaciones que me son prescritas, y mi conciencia me reprocharía que faltara voluntariamente a ellas en algún punto. Tras una larga suspensión sabéis que obtuve, por me-

diación de M. de Mellarede*, el permiso de volver al ejercicio de mis funciones para ayudarme a vivir. En otro tiempo yo decía misa con la ligereza que a la larga se pone en las cosas más serias cuando se hacen con demasiada frecuencia. A partir de mis nuevos principios la celebro con más veneración: me convenzo de la majestad del Ser supremo, de su presencia, de la insuficiencia del espíritu humano que tan poco concibe lo que se refiere a su autor. Pensando que yo le dirijo los votos del pueblo en una forma prescrita, me concentro en todos los ritos cuidadosamente; recito con atención, me aplico para no omitir nunca ni la menor palabra ni la menor ceremonia; cuando me acerco al momento de la consagración, me recojo para hacerla con todas las disposiciones que exige la Iglesia y la grandeza del sacramento; trato de aniquilar mi razón ante la suprema inteligencia; me digo: ¿quién eres tú para medir el poder infinito? Pronuncio con respeto las palabras sacramentales, y doy a su efecto toda la fe que de mí depende. Sea lo que fuere de ese misterio inconcebible, no temo ser castigado el día del juicio por haberlo profanado nunca en mi corazón.

Honrado con el ministerio sagrado, aunque en el último rango, nunca haré ni diré nada que me vuelva indigno de cumplir mis sublimes deberes. Predicaré siempre la virtud a los hombres, siempre los exhortaré a obrar bien, y mientras pueda les daré ejemplo. Sólo a mí me corresponderá hacerles amable la religión; sólo a mí me corresponderá afirmar su fe en los dogmas verdaderamente útiles y que todo hombre está obligado a creer: pero ojalá nunca quiera Dios que les predique el dogma cruel de la intolerancia, ojalá nunca los induzca yo a detestar a su prójimo, a decir a otros hombres: vosotros seréis condenados[29]. Si ocupase un rango más notable, esa reserva podía granjearme preocupaciones; pero soy demasiado pequeño para tener mucho que temer y apenas puedo caer más bajo de lo que estoy. Pase lo que pase, no blasfemaré contra la justicia divina ni mentiré contra el Espíritu Santo**.

---

* Ministro de Estado del rey de Cerdeña, que nos remite al abate Gaime, preceptor de los príncipes sardos, como personaje real para el Vicario. Véase *supra*, pág. 353.

** Los estudiosos han observado la rareza de esta experiencia: «mentir contra«. «El *contra* -anota P. Burgelin- ¿es una contaminación de lo que le precede?« Para Masson, la frase significaría: «no me negaré a la inspiración del

Hace tiempo ambicioné el honor de ser párroco; todavía lo ambiciono pero ya no lo espero. Amigo mío, no encuentro nada tan hermoso como ser párroco. Un buen párroco es un ministro de bondad como un buen magistrado es un ministro de justicia. Un párroco nunca tiene que hacer el mal; si no siempre puede hacer el bien personalmente, siempre está en su sitio cuando él lo solicita, y con frecuencia lo logra cuando sabe hacerse respetar. ¡Oh, si alguna vez tuviera yo que servir en algún pobre curato de buenas gentes en nuestras montañas! Sería dichoso, porque me parece que haría la dicha de mis feligreses. No los haría más ricos, pero compartiría su pobreza; les evitaría la deshonra y el desprecio, más insoportable que la indigencia. Les haría amar la concordia y la igualdad que a menudo expulsan la miseria y siempre la hacen soportable. Cuando vieran que yo no sería mejor que ellos en nada y que sin embargo viviría contento, aprenderían a consolarse de su suerte y a vivir contentos como yo. En mis enseñanzas me vincularía menos al espíritu de la Iglesia que al espíritu del Evangelio donde el dogma es sencillo y la moral sublime, donde se ven pocas prácticas religiosas y muchas obras de caridad. Antes de enseñarles lo que hay que hacer, me esforzaría siempre por practicarlo, a fin de que comprendiesen que cuanto les digo lo pienso. Si tuviera protestantes en mi vecindad o en mi parroquia, no haría diferencias entre ellos y mis verdaderos feligreses en cuanto atañe a la caridad cristiana; induciría a todos por igual a amarse entre sí, a mirarse como hermanos, a respetar todas las religiones y a vivir en paz cada cual en la suya. Pienso que incitar a alguien a abandonar aquella en que ha nacido es incitarle a obrar mal y por tanto a hacerse daño a sí mismo. A la espera de mayores luces mantengamos el orden público; respetemos en todo país las leyes, no perturbemos el culto que prescriben, no induzcamos a los ciudadanos a la desobediencia; porque no sabemos con certeza si es un bien para ellos abandonar sus opiniones por otras, y sabemos con total seguridad que es un mal desobedecer las leyes.

Joven amigo, acabo de recitaros, por mi propia boca, mi profesión de fe tal como Dios la lee en mi corazón: sois el

---

Espíritu Santo, es decir, a la voz divina de la conciencia« (*Profession de foi, ed. cit., pág. 425*).

primero a quien la he hecho; sois el único quizá a quién se la haré nunca. Mientras subsista alguna creencia buena entre los hombres no hay que perturbar a las almas pacíficas ni alarmar la fe de los simples con unas dificultades que no pueden resolver y que les inquietan sin iluminarlos. Pero cuando todo se conmociona una vez, debe conservarse en el tronco a expensas de las ramas; las conciencias agitadas, inseguras, casi apagadas, y en el estado en que he visto la vuestra, necesitan ser afirmadas y despertadas, y para asentarlas de nuevo en la base de las verdades eternas, hay que acabar de arrancar los pilares flotantes en los que todavía piensas que se sostienen.

Estáis en la edad crítica en que el espíritu se abre a la certidumbre, en que el corazón recibe su forma y su carácter y en que uno se decide para toda la vida sea para bien, sea para mal. Más tarde, la substancia se endurece y las nuevas impresiones no dejan huella. Joven, recibid en vuestra alma todavía flexible el sello de la verdad. Si yo estuviera más seguro de mí mismo, habría adoptado con vos un tono dogmático y decisivo; pero soy hombre, ignorante, sujeto a error, ¿qué podría hacer? Os he abierto mi corazón sin reserva; lo que tengo por seguro os lo he dado por tal; os he dado mis dudas por dudas, mis opiniones por opiniones; os he dicho mis razones para dudar y para creer. A vos corresponde ahora juzgar: os habéis tomado tiempo; esa precaución es prudente y me hace pensar bien de vos. Comenzad por poner vuestra conciencia en condiciones de querer ser esclarecida. Sed sincero con vos mismo. De mis sentimientos, apropiaos de aquello que os haya persuadido, rechazad lo demás. No estáis aún lo bastante depravado por el vicio como para correr el riesgo de escoger mal. Yo os propondría intercambiar nuestras opiniones; pero tan pronto como se discute uno se acalora; la vanidad y la obstinación se entrometen, desaparece la buena fe. Amigo mío, no disputéis nunca; porque con la disputa ni uno mismo ni los demás salen ilustrados. En cuanto a mí, me he decidido sólo tras muchos años de meditación: a esa determinación me atengo, mi conciencia está tranquila, mi corazón contento. Si quisiera recomenzar un nuevo examen de mis sentimientos, no llevaría a él un amor más puro por la verdad, y mi espíritu, ya menos activo, estaría en peores condiciones para conocerla. Seguiré siendo como soy, por miedo a que insensiblemente, convirtién-

dose el gusto por la contemplación en una pasión ociosa, me vuelva tibio en el ejercicio de mis deberes, y por miedo también a caer en mi primer pirronismo sin volver a encontrar la fuerza para salir de él. Ha transcurrido más de la mitad de mi vida, tengo ya más tiempo que el que necesito para aprovechar el resto y borrar mis errores con mis virtudes. Si me equivoco es a pesar mío. Aquél que lee en el fondo de mi corazón sabe bien que no amo mi ceguera. Impotente para librarme de ella por mis propias luces, el único medio que me queda para salir de ahí es una buena vida, y si de las mismas piedras puede Dios suscitar hijos a Abraham* todo hombre tiene derecho a esperar ser iluminado cuando se vuelve digno de ello.

Si mis reflexiones os llevan a pensar como pienso, que mis sentimientos sean los vuestros y que ambos tengamos la misma profesión de fe; he ahí el consejo que os doy. No expongáis más vuestra vida a las tentaciones de la miseria y de la desesperación, no la arrastréis más con ignominia a merced de los extranjeros, y cesad de comer el vil pan de la limosna. Volved a vuestra patria, recobrad la religión de vuestros padres, seguidla en la sinceridad de vuestro corazón y no la abandonéis más; es muy sencilla y muy santa, de todas las religiones que hay sobre la tierra me parece aquella cuya moral es más pura y cuya razón contenta más. En cuanto a los gastos del viaje, no os preocupéis, ya se proveerá. No temáis, tampoco, la vergüenza mal entendida de un regreso humillante; hay que ruborizarse por cometer una falta y no por repararla. Estáis todavía en la edad en que todo se perdona, pero en la que ya no se peca impunemente. Cuando queráis escuchar vuestra conciencia, mil vanos obstáculos desaparecerán a su voz. Sentiréis que en la incertidumbre en que estamos es una presunción inexcusable profesar otra religión que aquella en la que se ha nacido, y una falsedad no practicar sinceramente la que se profesa. Si nos extraviamos, nos privamos de una gran excusa en el tribunal del soberano juez. ¿Acaso no perdonará

* Mateo, III, 9: «Y no se os ocurra decir dentro de vosotros: tenemos por padre a Abraham. Porque os digo que poderoso es Dios para hacer surgir de estas piedras a hijos de Abraham». El versículo, sin apenas variantes, está también en Lucas, III, 8.

más el error en que uno fue criado que el error que uno mismo se atrevió a elegir?

Hijo mío, conservad vuestra alma en situación de desear siempre que haya un Dios y nunca dudaréis de él. Además, sea cual fuere el partido que podáis adoptar, pensad que los verdaderos deberes de la religión son independientes de las instituciones de los hombres, que un corazón justo es el verdadero templo de la divinidad, que en cualquier país y secta amar a Dios por encima de todo y al prójimo como a uno mismo es el sumario de la ley, que no hay religión que dispense de los deberes de la moral, que éstos son los únicos verdaderamente esenciales, que el culto interior es el primero de esos deberes, y que sin la fe no existe ninguna verdadera virtud.

Huid de aquellos que so pretexto de explicar la naturaleza siembran en los corazones de los hombres desoladoras doctrinas y cuyo escepticismo aparente es cien veces más afirmativo y más dogmático que el tono decidido de sus adversarios. Bajo el arrogante pretexto de que sólo ellos son esclarecidos, verdaderos portadores de buena fe, nos someten imperiosamente a sus decisiones tajantes y pretenden darnos como verdaderos principios de las cosas los ininteligibles sistemas que ellos han edificado en su imaginación. Además, derribando, destruyendo, pisoteando cuanto los hombres respetan, quitan a los afligidos la última consolación de su miseria, a los poderosos y a los ricos el único freno a sus pasiones, arrancan del fondo de los corazones el remordimiento del crimen, la esperanza de la virtud, y todavía se jactan de ser los bienhechores del género humano. Jamás perjudica la verdad a los hombres, dicen*: lo creo como ellos, y ésa es, a mi entender, una prueba decisiva de que lo que ellos enseñan no es la verdad[30].

Buen joven, sed sincero y auténtico sin orgullo, sabed ser ignorante, no os engañéis ni a vos ni a los demás. Si alguna vez vuestros talentos cultivados os ponen en situación de hablar a los hombres, no les habléis nunca sino según vuestra conciencia, sin preocuparos de si os han de aplaudir. El abuso

* Alusión contra el abate de Fleury y Helvecio: «Nada es más útil que esclarecer a los hombres. *Las luces filosóficas,* dice el señor abate de Fleury, *jamás pueden perjudicar*». (*De l'Esprit,* II, 19).

del saber produce incredulidad. Todo sabio desdeña el sentimiento vulgar, cada cual quiere tener uno propio. La orgullosa filosofía lleva a la incredulidad como la devoción ciega al fanatismo. Evitad esos extremos. Permaneced siempre firme en la vía de la verdad, o de lo que os parece que lo es en la sencillez de vuestro corazón, sin apartaros nunca de ella por vanidad ni por debilidad. Atreveos a confesar a Dios entre los filósofos; atreveos a predicar humanidad a los intolerantes. Tal vez seáis el único de vuestro partido; pero llevaréis en vos mismo un testimonio que os dispensará de los testimonios de los hombres. Que os amen u os odien, que lean o desprecien vuestros escritos, no importa: decid lo que es verdad, haced lo que está bien; lo que importa al hombre es cumplir sus deberes en la tierra, y olvidándose de uno es como se trabaja para sí. Hijo mío, el interés particular nos engaña; sólo la esperanza del justo no engaña*.

He copiado este escrito, no como una regla de los sentimientos que se deben seguir en materia de religión, sino como un ejemplo de la forma en que se puede razonar con el alumno para no apartarse del método que he tratado de establecer. Mientras no se conceda nada a la autoridad de los hombres ni a los prejuicios del país en que se ha nacido, las solas luces de la razón no pueden, en la institución de la naturaleza, llevarnos más lejos que la religión natural, y a eso me limito con mi Emilio. Si él debe tener otra, ya no tengo derecho a ser su guía; sólo a él corresponde escogerla.

Nosotros trabajamos de consuno con la naturaleza, y mientras ella forma al hombre físico nosotros tratamos de formar al hombre moral; pero nuestros progresos no son los mismos. El cuerpo ya es robusto y fuerte cuando el alma es todavía lánguida y débil, y por más que pueda hacer el arte humano, el temperamento siempre precede a la razón. A contener al uno y a excitar a la otra hemos consagrado hasta ahora todos nuestros cuidados, a fin de que el hombre siempre fuera uno lo más posible. Desarrollando el natural, hemos engañado a la sensibilidad naciente; la hemos regulado cultivando la razón.

* Con esta llamada a la discreción en el saber concluye la «Profesión de fe».

Los objetos intelectuales moderaban la impresión de los objetos sensibles. Remontándonos al principio de las cosas, lo hemos sustraído al imperio de los sentidos; era sencillo elevarse del estudio de la naturaleza a la búsqueda de su autor.

Cuando hemos llegado aquí, ¡cuántas influencias nuevas hemos adquirido sobre nuestro alumno, cuántos medios nuevos tenemos para hablar a su corazón! Sólo entonces encuentra verdadero interés en ser bueno, en hacer el bien lejos de las miradas de los hombres y sin verse forzado a ello por las leyes, a ser justo entre Dios y él, a cumplir su deber, incluso a costa de la vida, y a llevar en su corazón la virtud, no sólo por amor al orden, al cual todos prefieren siempre el amor de sí, sino por amor al autor de su ser, amor que se confunde con ese mismo amor de sí, para gozar finalmente de la felicidad duradera que el reposo de una buena conciencia y la contemplación de ese Ser supremo le prometen en la otra vida, después de haber utilizado bien ésta. Fuera de ahí no veo más que injusticia, hipocresía y mentira entre los hombres; el interés particular, que en la concurrencia puede necesariamente más que todas las cosas, enseña a todos y cada uno a engalanar el vicio con la máscara de la virtud. Que todos los demás hombres hagan mi bien a expensas del suyo, que todo se remita sólo a mí, que todo el género humano muera, si es preciso, en medio de penas y miserias para ahorrarme un momento de dolor o de hambre; tal es el lenguaje interior de todo incrédulo que razona. Sí, lo sostendré toda mi vida; quien ha dicho en su corazón: no hay Dios, y habla de otra forma, no es más que un mentiroso, o un insensato.

Lector, por más que lo intente, comprendo que vos y yo nunca veremos a mi Emilio bajo los mismos rasgos; vos os lo figuráis siempre semejante a vuestros jóvenes; siempre aturdido, petulante, voluble, errando de fiesta en fiesta, de diversión en diversión sin nunca poder centrarse en nada. Os reiréis viéndome hacer un contemplativo, un filósofo, un verdadero teólogo de un joven ardiente, vivo, arrebatado, fogoso, en la edad más hirviente de la vida. Diréis: ese soñador continúa persiguiendo su quimera; ofreciéndonos un alumno hecho a su manera, no sólo lo forma, lo crea, lo saca de su cerebro, y creyendo seguir siempre a la naturaleza no hace otra cosa que apartarse de ella a cada instante. Yo, comparando a mi alumno con los

vuestros, apenas encuentro que puedan tener algo en común. Criado de forma tan diferente, es casi un milagro que se les parezca en algo. Como él ha pasado su infancia en toda la libertad que ellos adquieren en su juventud, comienza por adoptar en su juventud la regla a la que se les ha sometido de niños; esta regla se convierte en su azote, les causa horror, no ven en ella más que la larga tiranía de los maestros, creen no salir de la infancia de otra forma que sacudiendo todo tipo de yugo[31]; se resarcen entonces de la prolongada sujección en que se los ha tenido, como un prisionero liberado de los grillos extiende, agita y flexiona sus miembros.

Emilio, por el contrario, se honra con hacerse hombre y someterse al yugo de la razón naciente; su cuerpo ya formado no necesita los mismos movimientos y comienza a detenerse por sí mismo, mientras su espíritu, a medias desarrollado, busca a su vez alzar el vuelo. De este modo, la edad de razón no es para los unos sino la edad de la licencia, para el otro se convierte en la edad del razonamiento.

¿Queréis saber quién está más cerca, en este punto, del orden de la naturaleza, ellos o él? Observad las diferencias en quienes se han alejado más o menos de ella; observad a los jóvenes en las aldeas, y ved si son tan petulantes como los vuestros. «*Durante la infancia de los salvajes*, dice el señor Le Beau, *siempre se los ve afectivos, y ocupados constantemente en diferentes juegos que les hacen mover el cuerpo; pero apenas han alcanzado la edad de la adolescencia, se vuelven tranquilos, soñadores; apenas si se aplican a otra cosa que a juegos serios o de azar*[32]». Por haber sido educado en toda la libertad de los jóvenes campesinos y de los jóvenes salvajes, Emilio debe cambiar y detenerse como ellos al crecer. Toda la diferencia consiste en que, en lugar de actuar únicamente para jugar o para nutrirse, en sus trabajos y en sus juegos ha aprendido a pensar. Llegado pues a ese término por este camino, se encuentra completamente preparado para la ruta en que lo adentro; los temas de reflexión que le presento excitan su curiosidad, porque son hermosos por sí mismos, porque son completamente nuevos para él, y porque está en situación de comprenderlos. Por el contrario, aburridos, hartos de vuestras sosas lecciones, de vuestras largas moralidades, de vuestros eternos catecismos, ¿cómo no van a negarse vuestros jóvenes

a la aplicación de espíritu que se les ha hecho triste, a los pesados preceptos con que no se ha cesado de abrumarlos, a las meditaciones sobre el autor del Ser, del que se ha hecho el enemigo de sus placeres? Por todo eso no han concebido sino aversión, repugnancia, la sujección ha engendrado en ellos repulsión; ¿a qué medio se entregarán cuando empiecen a disponer de sí mismos? Se necesitan cosas nuevas para agradarles, ya no precisan nada de lo que se dice a los niños. Lo mismo ocurre con mi alumno: cuando se vuelve hombre, le hablo como a un hombre, y no le digo más que cosas nuevas; precisamente porque aburren a los otros él debe encontrarlas de su gusto.

Así es como le hago ganar tiempo doblemente, retardando en provecho de la razón el progreso de la naturaleza; pero ¿he retardado efectivamente ese progreso? No: no he hecho más que impedir a la imaginación acelerarlo; he contrapesado con lecciones de otra especie las lecciones precoces que el joven recibe en otra parte. Mientras el torrente de nuestras instituciones lo arrastra, atraerlo en sentido contrario por otras instituciones no es sacarlo de su sitio, es mantenerlo en él.

Por fin llega el verdadero momento de la naturaleza, es preciso que llegue. Puesto que es menester que el hombre muera, es menester que se reproduzca para que la especie dure y se conserve el orden del mundo. Cuando por los signos de que he hablado presintáis el momento crítico, abandonad al instante con él y para siempre vuestro antiguo tono. Todavía es vuestro discípulo, pero ya no es vuestro alumno. Es vuestro amigo, es un hombre, tratadlo en adelante como tal.

¡Cómo! ¿Debo abdicar mi autoridad cuando me es más necesaria? ¿Hay que abandonar al adulto a sí mismo en el momento en que menos sabe conducirse y cuando comete los mayores extravíos? ¿Deberé renunciar a mis derechos cuando más importa que los use? ¡Vuestros derechos! ¿Quién os ha dicho que renunciéis a ellos? Ahora es cuando empiezan para él. Hasta aquí, nada obteníais más que por fuerza o por astucia; la autoridad, la ley del deber le eran desconocidas; era necesario forzarlo o engañarlo para haceros obedecer. Pero ved con cuantas cadenas nuevas habéis rodeado su corazón. La razón, la amistad, la gratitud, mil afecciones le hablan en un tono que no puede desconocer. El vicio todavía no lo ha

vuelto sordo a su voz. Aún sólo es sensible a las pasiones de la naturaleza. La primera de todas, que es el amor de sí, os lo entrega; el hábito también os lo entrega. Si el arrebato de un momento os lo arranca, el remordimiento os lo devuelve al instante; el sentimiento que a vos lo une es el único permanente; todos los demás pasan y se borran entre sí. No dejéis que se corrompa, siempre será dócil; sólo empieza a ser rebelde cuando ya está pervertido.

Confieso que si, oponiéndoos a sus deseos naturales, tratáis neciamente de crímenes las nuevas necesidades que en él se dejan sentir, no seríais escuchado mucho tiempo; pero en cuanto os apartéis de mi método, de nada os respondo. Pensad siempre que sois el ministro de la naturaleza, no seáis nunca su enemigo.

Pero ¿qué partido tomar? Aquí no queda más alternativa que favorecer sus inclinaciones o combatirlas, ser su tirano o condescender con él, y ambas cosas tienen secuelas peligrosas que hay que meditar mucho en la elección.

El primer medio que se ofrece para resolver esta dificultad es casarlo enseguida; es, sin réplica posible, el expediente más seguro y natural. Dudo, sin embargo, que sea el mejor ni el más útil; luego diré mis razones; mientras tanto, convengo en que hay que casar a los jóvenes en edad núbil; mas esta edad les llega antes de tiempo, somos nosotros quienes la hemos hecho precoz; hay que prolongarla hasta la madurez.

Si no hubiera más que escuchar las inclinaciones y seguir las indicaciones, pronto estaría hecho; pero hay tantas contradicciones entre los derechos de la naturaleza y nuestras leyes sociales que, para conciliarlas, hay que falsear y tergiversar constantemente: es menester mucho arte para impedir que el hombre social sea completamente artificial.

Sobre las razones anteriormente expuestas, estimo que por los medios que he propuesto y otros semejantes, puede alargarse por lo menos hasta los veinte años la ignorancia de los deseos y la pureza de los sentidos; tan cierto es esto que, entre los germanos, un joven que perdía su virginidad antes de esa edad quedaba difamado, y los autores atribuyen con razón a la continencia de esos pueblos durante su juventud el vigor de su constitución y la multitud de sus hijos.

Puede incluso prolongarse mucho esa época, y hace pocos

siglos nada era más común en la misma Francia. Entre otros ejemplos conocidos, el padre de Montaigne, hombre no menos escrupuloso y verdadero que fuerte y bien constituido, juraba haberse casado virgen a los treinta y tres años después de haber servido mucho tiempo en las guerras de Italia, y puede verse en los escritos del hijo el vigor y la alegría que conservaba el padre con más de sesenta años. Desde luego, la opinión contraria se debe más a nuestras costumbres y a nuestros prejuicios que al conocimiento de la especie en general*.

Puedo, pues, dejar aparte el ejemplo de nuestra juventud, no prueba nada para quien no ha sido educado como ella. Considerando que la naturaleza no tiene en este punto término fijo que se pueda adelantar o retrasar, creo poder suponer, sin salir de su ley, que Emilio ha permanecido hasta ahora, gracias a mis cuidados, en su primitiva inocencia, y veo esa feliz época a punto de terminar. Rodeado de peligros cada vez mayores, va a escapárseme, haga yo lo que haga. A la primera ocasión, que no tardará en nacer, seguirá el ciego instinto de sus sentidos; puede apostarse mil contra uno que se perderá. He reflexionado demasiado sobre las costumbres de los hombres para no ver la influencia invencible de ese primer momento sobre el resto de su vida. Si disimulo y finjo no ver nada, él se prevale de mi debilidad; creyendo engañarme, me desprecia y yo soy el cómplice de su perdición. Si intento contenerlo, ya no es el momento, ya no me escucha; me vuelvo incómodo, odioso e insoportable para él; no tardará mucho en desembarazarse de mí. Por tanto sólo tengo un partido razonable que tomar: hacerle a él mismo responsable de sus acciones, protegerlo al menos de las sorpresas del error y mostrarle al desnudo los peligros de que está rodeado. Hasta ahora lo detenía mediante su ignorancia; ahora hay que detenerlo mediante sus luces.

Estas nuevas enseñanzas son importantes y conviene preparar las cosas con antelación. Ha llegado el momento de rendirle, por así decir, mis cuentas; de mostrarle el empleo de su tiempo y del mío; de declararle lo que él es y lo que yo soy,

* César refiere la costumbre de los germanos en *De bello gallico*, VI, 21. En cuanto al padre de Montaigne y las opiniones de éste sobre la edad del matrimonio, puede verse *Essais*, II, 2, y II, 8, respectivamente.

lo que yo he hecho, lo que él ha hecho, lo que nos debemos el uno al otro, todas sus relaciones morales, todos los compromisos que ha contraído, todos los que se han contraído con él, a qué punto ha llegado en el progreso de sus facultades, qué camino le queda por hacer, las dificultades que en él ha de encontrar, los medios de salvar esas dificultades, en qué puedo yo ayudarle todavía, en qué sólo él puede ayudarse desde ahora, finalmente el punto crítico en que se encuentra, los nuevos peligros que lo rodean, y todas las sólidas razones que deben obligarlo a velar atentamente sobre sí mismo antes de escuchar sus nacientes deseos.

Pensad que para guiar a un adulto hay que hacer lo contrario de cuanto habéis hecho para guiar a un niño. No dudéis en instruirlo en esos peligrosos misterios que durante tanto tiempo le habéis ocultado con tanto cuidado. Puesto que al final es preciso que los conozca, importa que no los aprenda de nadie más, ni de él mismo, sino sólo de vos: puesto que en adelante se verá obligado a combatir, por miedo a sorpresas es preciso que conozca a su enemigo.

Los jóvenes que nos parecen expertos en estas materias sin saber cómo lo han conseguido, jamás lo han conseguido impunemente. Como esta indiscreta enseñanza no puede tener un objeto honesto, mancilla cuando menos la imaginación de quienes la reciben y los predispone a los vicios de quienes la dan. No es eso todo: así se insinúan los criados en el espíritu de un niño, ganan su confianza, le hacen mirar a su preceptor como un personaje triste e importuno, y uno de los temas favoritos de sus secretos coloquios es criticarle. Cuando el alumno ha llegado a ese punto, el maestro puede retirarse, ya no puede hacer nada que merezca la pena.

Pero ¿por qué escoge el niño confidentes particulares? Siempre por la tiranía de quienes lo gobiernan. ¿Por qué había de esconderse de ellos, si no se viera forzado a ocultarse? ¿Por qué se quejaría, si no tuviera ningún motivo de queja? Naturalmente, ellos son sus primeros confidentes; por la solicitud con que va a decirle lo que piensa, vemos que cree haberlo pensado sólo a medias hasta que él se lo confirme. Tened en cuenta que si el niño no teme de vuestra parte ni sermón ni reprimenda, siempre os dirá todo, y que no se atreverá a

confiarle nada que os deba callar cuando esté bien seguro de que no ha de callar nada.

Lo que me hace confiar más en mi método es que, siguiendo sus efectos con la mayor exactitud posible, no veo ninguna situación en la vida de mi alumno que no me deje de él alguna imagen agradable. En el momento mismo en que los furores del temperamento lo arrastran y en que, rebelado contra la mano que lo detiene, se debate y comienza a escapárseme, en sus agitaciones, en sus arrebatos aún vuelvo a encontrar su primera sencillez; su corazón, tan puro como su cuerpo, no conoce ni el disimulo ni el vicio; ni los reproches ni el desprecio lo han vuelto cobarde, nunca el vil temor lo enseñó a disfrazarse: posee toda la indiscreción de la inocencia, es ingenuo sin escrúpulo; no sabe todavía para qué sirve engañar. No se produce en su alma ningún movimiento que su boca o sus ojos no digan, y a menudo los sentimientos que experimenta los conozco yo antes que él.

Mientras continúe abriéndome así libremente su alma y diciéndome con placer lo que siente, nada he de temer; mas si se vuelve más tímido, más reservado, si en sus conversaciones percibo el primer apuro de la vergüenza, el instinto ya está desarrollándose, ya no hay un momento que perder, y si no me apresuro a instruirlo, pronto será instruido a pesar mío.

Incluso adoptando mis ideas, más de un lector pensará que aquí se trata sólo de una conversación entablada al azar con el joven, y que todo queda resuelto. ¡Oh, no es así como se gobierna el corazón humano! Lo que se dice nada significa si no se ha preparado el momento de decirlo. Antes de sembrar hay que labrar la tierra: la semilla de la virtud crece con dificultad, se necesitan largos preparativos para hacer que arraigue. Una de las cosas que vuelve más inútiles las prédicas es que se hacen indiferentemente a todo el mundo sin discernimiento ni elección. ¿Cómo puede pensarse que el mismo sermón convenga a tantos oyentes dispuestos de manera tan diversa, diferentes de espíritu, de humores, de edad, de sexos, de estados y de opiniones? No hay quizá dos a los que pueda convenir lo que se dice a todos, y todas nuestras afecciones tienen tan poca constancia que tal vez no haya dos momentos en la vida de cada hombre en que el mismo discurso cause en él la misma impresión. Juzgad si cuando los sentidos inflamados

enajenan el entendimiento y tiranizan la voluntad es el momento de escuchar las graves lecciones de la sabiduría. No vayáis, pues, con razones a los jóvenes, ni siquiera en edad de razón, sin haberlos puesto antes en situación de entenderla. La mayor parte de los razonamientos perdidos lo son por culpa de los maestros más que por culpa de los discípulos. El pedante y el preceptor dicen aproximadamente lo mismo, pero el primero lo dice sin ton ni son; el segundo sólo lo dice cuando está seguro de su efecto.

Como un sonámbulo que, errante durante el sueño, camina dormido al borde de un precipicio en el que caería si fuera despertado de repente, así mi Emilio escapa, en el sueño de la ignorancia, a los peligros que no percibe. Si lo despierto con un sobresalto está perdido. Tratemos primero de alejarlo del precipicio, y luego lo despertaremos para mostrárselo desde lejos.

La lectura, la soledad, la ociosidad, la vida muelle y sedentaria, el trato con las mujeres y los jóvenes, he ahí los senderos peligrosos de abrir a su edad, y que lo mantienen constantemente junto al peligro. Es mediante otros objetos sensibles como engaño sus sentidos, es trazando otro curso a los espíritus como los aparto de aquel que comenzaba a adoptar. Es ejercitando su cuerpo en trabajos penosos como detengo la actividad de la imaginación que lo arrastra; cuando los brazos trabajan mucho, la imaginación descansa; cuando el cuerpo está muy cansado, el corazón no se caldea. La precaución más pronta y más fácil es arrancarlo al peligro local. Lo llevo primero fuera de las ciudades, lejos de los objetos capaces de tentarlo. Pero no es bastante; ¿en qué desierto, en qué agreste asilo escapará a las imágenes que lo persiguen? Resulta inútil alejar los objetos peligrosos si no alejo también su recuerdo, si no encuentro el arte de separarlo de todo, si no lo distraigo de sí mismo; daba lo mismo dejarlo donde estaba.

Emilio sabe un oficio, pero ese oficio no vale aquí como recurso; ama y entiende la agricultura, pero la agricultura no nos basta: las ocupaciones que conoce se vuelven rutina, entregarse a ellas es como no hacer nada; piensa en algo completamente distinto, la cabeza y los brazos actúan por separado. Necesita una ocupación nueva que lo interese por su novedad, que lo mantenga en vilo, que le plazca, que lo

aplique, que lo ejercite, una ocupación por la que se apasione y a la que se entregue por entero. Y lo único que en mi opinión reúne todas esas condiciones es la caza. Si alguna vez la caza es un placer inocente, si alguna vez conviene al hombre, ahora es cuando necesitamos recurrir a ella. Emilio tiene todo lo necesario para triunfar; es robusto, hábil, paciente, infatigable. Infaliblemente sentirá gusto por este ejercicio; pondrá en él todo el ardor de su edad; perderá, al menos por algún tiempo, las peligrosas inclinaciones que nacen de la molicie. La caza endurece el corazón tanto como el cuerpo; acostumbra a la sangre, a la crueldad. Se ha hecho a Diana enemiga del amor, y la alegoría es muy justa. Las languideces del amor no nacen sino en un dulce reposo; un ejercicio violento ahoga los sentimientos tiernos. En los bosques, en los lugares campestres, el amante, el cazador son afectados de forma tan diversa que dirigen imágenes totalmente distintas sobre los mismos objetos. Los sombrajes frescos, los boscajes, los dulces asilos del primero no son para el otro más que cebaderos, madrigueras, resguardos; donde uno no espera más que ruiseñores y ramajes, el otro se figura los cuernos y los gritos de los perros; uno no imagina más que dríades y ninfas, el otro sólo monteros, jaurías y caballos. Pasead por el campo con esas dos clases de hombres; por la diferencia de su lenguaje conoceréis pronto que para ellos la tierra no tiene un aspecto semejante, y que el rumbo de sus ideas es tan diverso como la elección de sus placeres.

Comprendo cómo se reúnen esos gustos, y cómo finalmente se encuentra tiempo para todo. Pero las pasiones de la juventud no se reparten así; dadle una sola ocupación que le guste, y todo lo demás pronto quedará olvidado. La variedad de los deseos viene de la de los conocimientos, y los primeros placeres que se conocen son durante mucho tiempo los únicos que se buscan. No quiero que toda la juventud de Emilio se pase matando animales ni pretendo siquiera justificar en conjunto esa feroz pasión; me basta con que sirva lo suficiente para atajar una pasión más peligrosa, a fin de hacerme escuchar con sangre fría cuando hable de ella, y darme tiempo a describirla sin excitarle.

Hay épocas en la vida humana que están hechas para no ser olvidadas nunca. De esa clase es para Emilio la época de

la instrucción de que hablo; debe influir sobre el resto de sus días. Tratemos pues de grabarla en su memoria de suerte que nunca se borre. Uno de los errores de nuestra edad es emplear la razón demasiado desnuda, como si los hombres no fueran más que espíritu. Al descuidar la lengua de los signos que hablan a la imaginación, hemos perdido el más enérgico de los lenguajes. La impresión de la palabra siempre es débil y se habla al corazón por los ojos mucho mejor que por los oídos. Queriendo conceder todo al razonamiento hemos reducido a palabras nuestros preceptos, no hemos puesto nada en los hechos. La sola razón no es activa; retiene algunas veces, raramente excita, y nunca hizo nada grande. Razonar siempre es la manía de los espíritus limitados. Las almas fuertes tienen un lenguaje distinto; y ese lenguaje es el que persuade y el que hace obrar.

Observo que en los siglos modernos no influyen los hombres unos sobre otros sino por la fuerza y el interés, mientras que los antiguos actuaban mucho más por la persuasión, por las afecciones del alma, porque no descuidaban la lengua de los signos. Todos los convenios se celebraban con solemnidad para hacerlos más inviolables; antes de que se estableciese la fuerza, los dioses eran los magistrados del género humano; era ante ellos ante quienes los particulares hacían sus tratados, sus alianzas, pronunciaban sus promesas; la faz de la tierra era el libro en que se conservaban los archivos. Rocas, árboles, montones de piedras consagrados para estos actos y hechos respetables a los hombres bárbaros eran las hojas de ese libro constantemente abierto a ojos de todos. El pozo del juramento, el pozo del viviente y del vidente, la vieja encina de Mamré, el majano del testigo; he ahí los monumentos toscos pero augustos de la santidad de los contratos; nadie hubiera osado atentar con mano sacrílega contra esos monumentos, y la palabra de los hombres estaba más segura con la garantía de esos testigos mudos de lo que hoy lo está con todo el vano rigor de las leyes*.

* Rousseau saca los ejemplos de la Biblia: el pozo del juramento (Génesis, XXVI, 28.35) recuerda la alianza de Isaac y Abimelec; el pozo del viviente figura en Génesis, XVI, 14; la encina de Mamré, donde Yaveh se aparece a Abraham, en Génesis XVIII, 1; el majano del testigo en Génesis, XXXI, 46-48.

En el gobierno, el augusto aparato del poder real se imponía a los súbditos. Marcas de dignidades, un trono, un cetro, un vestido de púrpura, una corona, una diadema eran para ellos cosas sagradas: estos signos respetados volvían venerable para ellos al hombre que veían adornado así; sin soldados ni amenazas, tan pronto como hablaba era obedecido. Ahora que se finge abolir esos signos[33], ¿qué resulta de ese desprecio? Que la majestad real se borra en todos los corazones, que los reyes ya no se hacen obedecer sino a fuerza de tropas, y que el respeto de los súbditos sólo está en el temor al castigo. Los reyes ya no se toman la molestia de llevar su diadema, ni los grandes las marcas de sus dignidades; pero se necesitan cien mil brazos siempre dispuestos para hacer ejecutar sus órdenes. Aunque tal vez esto les parezca más honroso, es fácil ver que a la larga ese cambio no redundará en su provecho.

Lo que los antiguos hicieron con la elocuencia es prodigioso; pero esa elocuencia no consistía sólo en hermosos discursos bien ordenados, y jamás produjo mayor efecto que cuando el orador hablaba menos. Lo que se decía con más vivacidad no se expresaba mediante palabras, sino mediante signos; no se decía, se mostraba. El objeto que se expone a los ojos conmueve la imaginación, excita la curiosidad, mantiene el espíritu en la espera de lo que se va a decir y a menudo ese solo objeto lo dice todo. Trasíbulo y Tarquino cortando cabezas de adormideras, Alejandro aplicando su sello sobre la boca de su favorito, Diógenes caminando delante de Zenón, ¿no hablaban mejor que si hubieran pronunciado largos discursos? ¿Qué circuito de palabras hubiera traducido tan bien las mismas ideas? Habiéndose adentrado en la Escitia con su ejército, Darío recibe de parte del rey de los escitas un pájaro, una rana, un ratón y cinco flechas. El embajador entrega su presente y se vuelve sin decir nada. En nuestros días ese hombre hubiera pasado por loco. La terrible arenga fue entendida, y Darío no tuvo otra urgencia que volver a su país como pudo. Sustituid por una carta esos signos. Cuanto más amenazadora sea, menos temor infundirá: no será más que una fanfarronada de la que Darío no hubiera hecho sino reírse*.

---

* Según Heródoto (*Historias*, V, 92) y Tito Livio (*Historia de Roma*, I, 54), el tirano de Mileto, Trasíbulo, cortó unas espigas de trigo, lo mismo que el rey

¡Cuánta atención en los romanos a la lengua de los signos! Ropas diversas según las edades, según las condiciones, togas, sayas, pretextas, bulas, laticlavias, cátedras, lictores, haces, hachas, coronas de oro, de hierbas, de hojas, ovaciones, triunfos*; todo en ellos era aparato, representación, ceremonia, y todo producía impresión en los corazones de los ciudadanos. Importaba al Estado que el pueblo se reuniese en tal lugar y no en tal otro, que viese o no viese el Capitolio, que estuviera o no vuelto hacia el senado, que deliberase tal día en vez de tal otro. Los acusados se cambiaban de vestimenta, los candidatos también; los guerreros se jactaban de sus hazañas, mostraban sus heridas. A la muerte de César, imagino a uno de nuestros oradores queriendo conmover al pueblo agotando todos los lugares comunes del arte para hacer una patética descripción de sus heridas, de su sangre, de su cadáver: Antonio, aunque elocuente, no dice nada de eso; ordena traer el cuerpo. ¡Qué retórica!

Pero esta digresión me arrastra insensiblemente lejos de mi propósito como hacen muchos otros, y mis desvíos son demasiado frecuentes para que puedan ser largos y tolerables; vuelvo pues.

No razonéis nunca secamente con la juventud. Revestid la razón de un cuerpo si queréis volvérsela sensible. Haced pasar por el corazón el lenguaje del espíritu para que se haga entender. Lo repito, los argumentos fríos pueden determinar nuestras

---

romano Tarquino unas cabezas de adormidera, para indicar que no habría perdón para los hombres más ilustres de la ciudad. Plutarco (*Vida de Alejandro*, 71) cuenta cómo para ordenarle discreción Alejandro puso su sello en la boca de Efestión. En la *Vida de los filósofos* (VI, 39), Diógenes Laercio refiere cómo Diógenes echó a caminar para refutar la doctrina de Zenón de Elea que negaba la realidad del movimiento. Y Heródoto (*Historias*, IV, 132) refiere la anécdota —que Voltaire cita también en su *Essai sur les moeurs*— del rey de los escitas, que con sus presentes quería decir: «Si no os volvéis pájaros para volar en el cielo, si no os volvéis ratones para esconderos bajo tierra, si no os volvéis ranas para saltar en los pantanos, no escaparéis de mí, moriréis por estas flechas».

* La toga era el ropaje del ciudadano; el sayo, la casaca del soldado; la pretexta, la primera toga del ciudadano adolescente; la *bula*, una bola de oro que llevaban los patricios al cuello hasta los diecisiete años; las laticlavias eran las túnicas con bandas de púrpura de los senadores; y las cátedras aluden a las sillas curules de ciertos magistrados. Para el resto de las alusiones, Rousseau se basa en Plutarco (*Vidas de Tiberio y de Cayo Graco*, 38), que detalla los cambios introducidos por los Gracos en el protocolo de los actos públicos.

nuestras opiniones, no nuestras acciones; nos hacen creer y no obrar: se demuestra lo que hay que pensar y no lo que hay que hacer. Si esto es cierto para todos los hombres, con mayor razón lo es para los jóvenes envueltos todavía en sus sentidos, y que sólo piensan cuando imaginan.

Así pues, me guardaré mucho, incluso después de los preparativos de que he hablado, de ir de pronto a la habitación de Emilio para hacerle pesadamente un largo discurso sobre el tema en que quiero instruirle. Empezaré por conmover su imaginación. Elegiré el tiempo, el lugar, los objetos más favorables a la impresión que quiero causar. Por así decir, pondré a toda la naturaleza por testigo de nuestras conversaciones; pondré por testigo al Ser eterno, de quien es obra, de la verdad de mis discursos, lo tomaré por juez entre Emilio y yo; señalaré el lugar en que estamos, las rocas, los bosques, las montañas que nos rodean por monumentos de sus compromisos y de los míos. Pondré en mis ojos, en mi acento, el entusiasmo y el ardor que quiero inspirarle. Entonces yo le hablaré y él me escuchará, yo me enterneceré y él quedará conmovido. Convencido de la santidad de mis deberes, le haré más respetables los suyos; no animaré la fuerza del razonamiento con imágenes y figuras; no seré largo ni difuso en frías máximas, sino abundante en sentimientos que rebosen. Mi razón será grave y sentenciosa, pero mi corazón nunca habrá dicho bastante. Será entonces cuando, al mostrarle todo lo que por él he hecho, se lo mostraré como hecho para mí mismo. Verá en mi tierno afecto la razón de todos mis cuidados. ¡Qué sorpresa, qué agitación voy a causar en él cambiando de golpe de lenguaje! En lugar de encogerle el alma hablándole siempre de su interés, en adelante le hablaré sólo del mío, y lo conmoveré más; inflamaré su joven corazón con todos los sentimientos de amistad, de generosidad, de gratitud que ya he hecho nacer y que son tan dulces de alimentar. Lo estrecharé contra mi seno derramando sobre él lágrimas de ternura; le diré: tú eres mi bien, mi hijo, mi obra; de tu felicidad espero la mía; si frustras mis esperanzas me robas veinte años de mi vida, y causas la desdicha de mis días postreros. Así es como se hace uno escuchar por un joven y como se graba en el fondo de su corazón el recuerdo de lo que se le dice.

Hasta aquí he tratado de dar ejemplos de la forma en que

un preceptor debe instruir a su discípulo en las ocasiones difíciles. He tratado de hacer otro tanto en ésta; pero tras muchos ensayos renuncio a ello, convencido de que la lengua francesa es demasiado preciosa para soportar nunca en un libro la ingenuidad de las primeras enseñanzas sobre ciertos temas.

Según dicen, la lengua francesa es la más casta de las lenguas*; yo, en cambio, la considero la más obscena; porque me parece que la castidad de una lengua no consiste en evitar cuidadosamente los giros deshonestos, sino en no tenerlos. En efecto, para evitarlos hay que pensar en ellos, y no hay lengua en que sea más difícil hablar puramente en cualquier sentido que la francesa. El lector, más hábil siempre para encontrar sentidos obscenos que el autor para soslayarlos, se escandaliza y se asusta de todo. ¿Cómo no ha de contraer su mancilla lo que pasa por oídos impuros? Por el contrario, un pueblo de buenas costumbres tiene términos propios para todo, y esos términos son siempre honestos, porque siempre se emplean honestamente. Es imposible imaginar un lenguaje más modesto que el de la Biblia, precisamente porque en ella todo se dice con candidez. Para volver inmodestas esas mismas cosas, basta con traducirlas a francés. Lo que yo debo decir a mi Emilio no tendrá nada que no sea honesto y casto a su oído, pero, para hallarlo tal en la lectura, habría que tener un corazón tan puro como el suyo.

Pensaría incluso que unas reflexiones sobre la verdadera pureza del discurso y sobre la falsa delicadeza del vicio podrían ocupar un lugar útil en las charlas de moral a que este tema nos conduce; porque, cuando aprende el lenguaje de la honestidad, debe aprender también el de la decencia, y es menester que sepa por qué son tan diferentes esos dos lenguajes. Sea como fuere, sostengo que, en lugar de los vanos preceptos con que machacan antes de tiempo los oídos de la juventud, y de los que ésta se burla a la edad en que serían oportunos, si se espera, si se prepara el momento de hacerse entender, que se

* El sujeto de ese impersonal es Boileau, que en su *Art poétique* (II, versos 175-178) dice: «El latín en las palabras afronta la honestidad;/ pero el lector francés quiere ser respetado;/ del menor sentido impuro la libertad le ultraja,/ si el pudor de las palabras no suaviza la imagen».

le expongan entonces las leyes de la naturaleza en toda su verdad, que se le muestre la sanción de esas mismas leyes en los males físicos y morales que su infracción atrae sobre los culpables, que cuando se le hable de ese inconcebible misterio de la generación, se una a la idea del atractivo que el autor de la naturaleza presta a ese acto la del afecto exclusivo que lo vuelve delicioso, la de los deberes de fidelidad, de pudor que lo rodean y que duplican su encanto al cumplir su objeto, que al pintarle el matrimonio no sólo como lo más dulce de las sociedades, sino como el más inviolable y santo de todos los contratos se le digan con fuerza todas las razones que vuelven respetable a todos los hombres un nudo tan sagrado y que cubren de odio y de maldiciones a quien osa mancillar su pureza, que se le haga un cuadro llamativo y auténtico de los horrores de la depravación, de su estúpido embrutecimiento, de la insensible pendiente por la que un primer desorden lleva a todos los demás y arrastra por último a quien a él se entrega a su perdición; si, repito, se le muestra hasta la evidencia que del gusto por la castidad dependen la salud, la fuerza, el valor, las virtudes, el amor mismo, y todos los verdaderos bienes del hombre, sostengo que entonces esa misma castidad se volverá deseable y querida para él, y que encontraremos su espíritu dócil a los medios que se le den para conservarla: porque mientras se conserve, se la respeta, no se desprecia sino después de haberla perdido.

No es cierto que la inclinación al mal sea invencible y que no seamos capaces de vencerla antes de habernos habituado a sucumbir a ella. Dice Aurelio Víctor que muchos hombres arrebatados de amor compraron de buen grado con su vida una noche de Cleopatra, y tal sacrificio no es imposible en la ebriedad de la pasión*. Mas supongamos que el hombre más enloquecido y que menos domina sus sentidos viese el potro del suplicio, seguro de perecer en él en medio de los tormentos un cuarto de hora después; desde ese instante, no sólo ese hombre superaría las tentaciones, sino que incluso le costaría muy poco resistirlas; pronto la imagen horrible con que irían acompañadas le apartaría de ellas, y rechazadas una y otra

* En *De viris illustribus*, 86. El historiador latino Aurelio Víctor expone los medios radicales para superar esas tentaciones.

vez se cansarían de volver. Es sólo la tibieza de nuestra voluntad la causa de todas nuestras flaquezas, y siempre somos fuertes para hacer lo que deseamos con fuerza: *Volenti nihil difficile**. ¡Oh, si detestáramos el vicio tanto como amamos la vida, nos abstendríamos de un crimen agradable tan fácilmente como de un veneno mortal en un plato delicioso!

¿Cómo no vemos que, si todas las lecciones que sobre este punto se dan a un joven resultan fallidas, es porque carecen de razón para su edad, y que a toda edad importa revestir la razón con formas que la hagan amar? Habladle con gravedad cuando es preciso; pero que cuanto le digáis tenga siempre un atractivo que lo fuerce a escucharos. No combatáis sus deseos con sequedad, no ahoguéis su imaginación, guiadla no vaya a ser que engendre monstruos. Habladle del amor, de las mujeres, de los placeres; haced que encuentre en vuestras conversaciones un encanto que halague su joven corazón; no escatiméis nada para volveros su confidente, sólo gracias a ese título seréis realmente su maestro; y entonces no temáis que vuestras conversaciones le aburran, os hará hablar más de lo que queráis.

No dudo ni un instante que, si con esas máximas he sabido adoptar todas las precauciones necesarias y decir a mi Emilio las palabras convenientes en la coyuntura a que el progreso de los años le ha hecho llegar, irá por sí mismo al punto a que quiero conducirle, que se pondrá con premura bajo mi salvaguarda y que me dirá con todo el ardor de su edad, afectado por los peligros de que se ve rodeado: ¡Oh amigo mío, mi protector, mi maestro! Tomad de nuevo la autoridad que queríais abandonar en el momento en que más me importa que sigáis con ella; hasta ahora sólo la teníais por mi flaqueza, ahora la tendréis por mi voluntad, y por ello me será más sagrada. Defendedme de todos los enemigos que me asedian, y sobre todo de los que llevo conmigo y que me traicionan; velad por vuestra obra, a fin de que siga siendo digna de vos. Quiero obedecer vuestras leyes, lo quiero siempre, ésa es mi voluntad constante; si alguna vez os desobedezco, será a pesar mío; hacedme libre protegiéndome contra mis pasiones que

* «Para el que tiene voluntad, nada es difícil».

me acosan; impedidme ser su esclavo y forzadme a ser mi propio dueño no obedeciendo a mis sentidos, sino a mi razón.

Cuando hayáis llevado a vuestro alumno hasta ese punto (y si no llega a él, la culpa será vuestra), guardaos de tomarle la palabra con demasiada rapidez, no sea que, si alguna vez vuestro dominio le parece demasiado rudo, se crea con derecho a sustraerse a él acusándoos de haberle sorprendido. Es en ese momento cuando la reserva y la gravedad ocupan su sitio, y ese tono le impondrá más porque será la primera vez que os habrá visto adoptarlo.

Así pues le diréis: «Joven, adoptáis con mucha ligereza compromisos penosos; sería preciso conocerlos para tener derecho a formarlos; no sabéis con qué furor arrastran los sentidos a vuestros semejantes al abismo de los vicios bajo el atractivo del placer. No tenéis un alma abyecta, lo sé; jamás violaréis vuestra palabra, mas ¡cuántas veces quizás os arrepintáis de haberla dado! ¡Cuántas veces maldeciréis al que os ama cuando, para alejaros de los males que os amenazan, se vea obligado a desgarraros el corazón! Cual otro Ulises que, conmovido por el canto de las sirenas, gritaba a sus conductores que lo desencadenasen seducido por el atractivo de los placeres, querréis romper las ligaduras que os molestan; me importunaréis con vuestras quejas, me reprocharéis mi tiranía cuando seré quien se ocupa de vos con mayor ternura; pensando sólo en haceros feliz, me ganaré vuestro odio. ¡Oh Emilio mío! Nunca soportaré el dolor de serte odioso; incluso tu felicidad es demasiado cara a ese precio. Buen joven, ¿no veis que al obligaros a obedecerme, me obligáis a guiaros, a olvidarme de mí para consagrarme a vos, a no escuchar ni vuestras quejas ni vuestros murmullos, a combatir incesantemente vuestros deseos y los míos? Me imponéis un yugo más duro que el vuestro. Antes de cargar ambos con él, consultemos nuestras fuerzas; tomaos tiempo, concedédmelo a mí para pensar, y sabed que quien promete más despacio es siempre el más fiel en cumplir».

Sabed también que cuantas más dificultades pongáis al compromiso, más facilitáis su ejecución. Importa que el joven sienta que promete mucho y que vos prometéis más todavía. Cuando haya llegado el momento, y cuando, por así decir, haya él firmado el contrato, cambiad entonces de lenguaje;

poned tanta dulzura en vuestro dominio como severidad habéis anunciado. Le diréis: Joven amigo mío, carecéis de experiencia, pero yo he actuado de tal suerte que no carezcáis de razón. Estáis en condiciones de comprobar en todas partes los motivos de mi conducta; para ello no hay que esperar sino que tengáis sangre fría. Empezad siempre por obedecer, y luego pedidme cuentas de mis órdenes; estaré dispuesto a daros razón de ellas tan pronto como os halléis en estado de entenderme, y nunca tendré miedo a tomaros por juez entre vos y yo. Prometéis ser dócil, y yo prometo no usar de esa docilidad sino para haceros el más feliz de los hombres. Por garante de mi promesa tengo la suerte de que habéis gozado hasta aquí. Indicadme alguien de vuestra edad que haya pasado una vida tan dulce como la vuestra, y no os prometo nada más.

Después de establecida mi autoridad, mi primer cuidado será alejar la necesidad de usarla. No escatimaré nada para afianzarme más cada vez en su confianza, para volverme cada vez más el confidente de su corazón y el árbitro de sus placeres. Lejos de combatir las inclinaciones de su edad, las consultaré para ser su dueño. Me adentraré en sus miras para dirigirlas, no le buscaré una felicidad lejana a expensas del presente. No quiero que sea feliz una vez, sino siempre a ser posible.

Cuantos desean guiar prudentemente a la juventud para protegerla de las trampas de los sentidos sienten horror por el amor, y de buena gana harían un crimen de pensar en él a su edad, como si el amor estuviera hecho para los viejos. Todas estas lecciones falaces que el corazón desmiente no persuaden. El joven guiado por un instinto más seguro se ríe en secreto de las tristes máximas a las que finge asentir, y sólo espera el momento de hacerlas vanas. Todo esto va contra la naturaleza. Siguiendo una ruta opuesta, llegaré con más seguridad al mismo fin. No temeré favorecer en él el dulce sentimiento de que está ávido, se lo describiré como la suprema dicha de la vida, porque en efecto lo es; al describírselo, pretendo que se entregue a él. Al hacerle sentir el encanto que al atractivo de los sentidos agrega la unión de los corazones, le quitaré las ganas del libertinaje y lo haré prudente haciéndolo enamorado.

¡Qué limitado hay que ser para no ver en los deseos nacientes de un joven otra cosa que un obstáculo a las

lecciones de la razón! Yo, en cambio, veo en ellos el auténtico medio de volverlo dócil a esas mismas lecciones. No se dominan las pasiones sino por las pasiones; es por su imperio como hay que combatir su tiranía, y es siempre de la naturaleza misma de donde hay que sacar los instrumentos propios para regularla.

Emilio no está hecho para permanecer siempre solitario; miembro de la sociedad, debe cumplir sus deberes. Hecho para vivir con los hombres, debe conocerlos. Conoce al hombre en general; le queda conocer a los individuos. Sabe lo que hace en el mundo: le queda ver cómo se vive en él. Ya es hora de mostrarle la parte externa de esa gran escena de la que conoce ya todos los juegos ocultos. A ella no llevará ya la admiración estúpida de un joven aturdido, sino el discernimiento de un espíritu recto y justo. Sus pasiones podrán engañarle, sin duda: ¿cuándo no engañan a quienes se entregan a ellas? Pero al menos no se verá engañando por las de los demás. Si las ve, las verá con los ojos del sabio, sin ser arrastrado por sus ejemplos ni seducido por sus prejuicios.

Lo mismo que hay una edad propia para el estudio de las ciencias, hay otra para captar bien los usos del mundo. Quien aprende esos usos demasiado joven, los sigue toda su vida sin elección, sin reflexión, y, aunque con suficiencia, sin saber nunca muy bien lo que hace. Pero quien los aprende y ve sus razones, los sigue con más discernimiento y por consiguiente con más precisión y gracia. Dadme un niño de doce años que no sepa nada de nada, a los quince años he de devolvéroslo tan sabio como ése al que habéis instruido vosotros desde la primera edad, con la diferencia de que el saber del vuestro sólo estará en su memoria y el del mío estará en su juicio. De igual modo, introducid a un joven de veinte años en sociedad; bien guiado, en un año será más amable y más juiciosamente cortés que aquel que se haya nutrido en ella desde la infancia, porque el primero, capacitado para sentir las razones de todos los procedimientos relativos a la edad, al estado y al sexo que constituyen esos usos, puede reducirlos a principios y extenderlos a los casos no previstos, mientras que el otro, que sólo tiene su rutina por toda regla, se ve en apuros cuando sale de ella.

Todas las señoritas francesas se educan en conventos hasta que las casan. ¿Se ve que entonces les cueste trabajo adoptar

esos modales tan nuevos para ellas? ¿Y acusamos a las mujeres de París de tener aire torpe, falto de desenvoltura, y de ignorar los usos del mundo por no haber sido puestas en él desde su infancia? Este prejuicio procede de las mismas gentes de mundo que, por no conocer nada más importante que esa pequeña ciencia, se imaginan falsamente que nunca puede ser demasiado pronto para adquirirla.

Cierto que tampoco hay que esperar demasiado. Quien ha pasado su juventud lejos del gran mundo lleva en él, durante el resto de su vida, un aire embarazado, contraído, frases siempre a destiempo, modales pesados y torpes, que el hábito de vivir en él no le quita, y que sólo consiguen nuevo ridículo cuando se esfuerzan por librarse de ellos. Cada clase de instrucción tiene su momento oportuno, que hay que conocer, y sus peligros, que hay que evitar. Y es sobre todo por ésta por donde se unen, pero tampoco expongo ahí a mi alumno sin precauciones que lo protejan.

Si mi método cumple con un mismo objeto todas las miras y si, remediando un inconveniente, previene otro, considero entonces que es bueno y que estoy en lo cierto. Es lo que creo ver en el expediente que aquí me sugiere. Si quiero ser austero y seco con mi discípulo, perderé su confianza y pronto se esconderá de mí. Si quiero ser complaciente, fácil, o cerrar los ojos, ¿de qué le sirve estar bajo mi guarda? No hago sino autorizar su desorden, y aliviar su conciencia a expensas de la mía. Si lo introduzco en el mundo con el solo proyecto de instruirle, se instruirá más de lo que quiero. Si lo mantengo lejos de él hasta el final, ¿qué habrá aprendido de mí? Tal vez todo, menos el arte más necesario al hombre y al ciudadano, que es saber vivir con sus semejantes. Si doy a estos cuidados una utilidad demasiado lejana, para él será nula, porque sólo hace caso del presente; si me contento con proporcionarle diversiones, ¿qué bien le hago? Se ablanda y no se instruye.

Nada de esto. Mi expediente basta para abarcar todo. Tu corazón, le digo al joven, necesita una compañera: vamos a buscar la que te conviene; tal vez no la encontremos fácilmente; el verdadero mérito siempre es raro; pero no nos precipitemos ni nos desalentemos. Sin duda hay una, y al final la encontraremos, o al menos la que más se le parezca. Con un proyecto

tan halagüeño para él, lo introduzco en el mundo; ¿qué necesidad tengo de decir más? ¿No veis que he hecho todo?

Imaginad si al describirle la amada que le destino, sabré hacerme escuchar; si sabré hacerle agradables y queridas las cualidades que debe amar; si sabré disponer todos sus sentimientos a lo que debe buscar o rechazar. Tendría que ser el más torpe de los hombres si no le hago de antemano apasionado sin que sepa de quién. No importa que el objeto que le pinte sea imaginario, basta con que le haga sentir repugnancia hacia los que podrían tentarle; basta con que encuentre en todas partes comparaciones que le hagan preferir su quimera a los objetos reales que le sorprendan; y ¿qué es el verdadero amor sino quimera, mentira, ilusión? Se ama mucho más la imagen que nos hacemos que el objeto a que se le aplica. Si viéramos lo que amamos tal cual es, no habría amor sobre la tierra. Cuando cesa de amar, la persona que uno amaba sigue siendo la misma que antes, pero ya no se la ve igual. El velo del prestigio cae y el amor se desvanece. Proporcionándole el objeto imaginario, soy dueño de las comparaciones e impido fácilmente la ilusión de los objetos reales.

No quiero por ello que se engañe al joven pintándole un modelo de perfección que no pueda existir; pero escogeré de tal modo los defectos de su amada que le convengan, que le agraden y que sirvan para corregir los suyos. Tampoco quiero que se le mienta afirmando en falso que el objeto que se le pinta existe; pero si se complace en la imagen, pronto deseará un original para ella. Del deseo a la suposición el trayecto es fácil; es cosa de algunas descripciones hábiles que, bajo rasgos más sensibles, den a ese objeto imaginario mayor aire de verdad. Querría llegar incluso a darle un nombre; diré riendo: llamemos *Sofía** a vuestra futura amada; *Sofía* es un nombre

* Para P. Burgelin, esta cristalización «es el mismo método de Don Quijote cuando inventa a Dulcinea del Toboso»; cristalización que nuestro autor había experimentado en su propia vida: «La imposibilidad de alcanzar a los seres reales me arrojó en el país de las quimeras, y no viendo nada existente que fuera digno de mi delirio, lo nutrí en un mundo ideal que mi imaginación creadora pronto pobló de seres al gusto de mi corazón» (*Confessions*, *O.C.*, Pléiade, I, pag. 427). Rousseau tiene presente el significado griego de *Sofía*: «Sabiduría», así como el nombre de Madame de Houdetot (véase *Correspondance Générale*, III, 204).

de buen augurio; si la que escogéis no lo lleva, al menos será digna de llevarlo; podemos honrarla con él por adelantado. Si después de todos estos detalles, sin afirmar ni negar, nos olvidamos del asunto con otros pretextos, sus sospechas se trocarán en certeza; creerá que hacemos un misterio de la esposa que se le destina, y que ha de verla cuando llegue el momento. Cuando llega y se han elegido bien los rasgos que hay que mostrarle, todo lo demás es fácil, se le puede exponer en el mundo casi sin riesgo: defendedlo sólo de sus sentidos, su corazón está a salvo.

Pero, personifique o no el modelo que yo habré sabido volverle digno de amor, si ese modelo está bien hecho no dejará de relacionarlo con todo lo que se le parece, ni dejará de alejarlo de todo cuanto no se le parece lo mismo que si tuviese un objeto real. ¡Qué ventaja para preservar su corazón de los peligros a que su persona debe estar expuesta, para reprimir sus sentidos mediante su imaginación, para arrancarle sobre todo a esas dadoras de educación que la hacen pagar tan caro y sólo forman a un joven en la cortesía a cambio de privarle de toda honestidad! ¡Sofía es tan modesta! ¿Con qué ojos verá él sus adelantos? Sofía es tan sencilla! ¿Cómo amará él sus modales? Hay demasiada distancia entre sus ideas y sus observaciones para que éstas le resulten alguna vez peligrosas.

Cuantos hablan del gobierno de los niños siguen los mismos prejuicios y las mismas máximas, porque observan mal y reflexionan todavía peor. El extravío de la juventud no comienza ni por el temperamento ni por el sentido, sino por la opinión. Si aquí tratáramos de muchachos que se educan en colegios, y de chicas a las que educan en conventos, yo haría ver que esto es cierto, incluso a su respecto; porque de las primeras lecciones que toman unos y otras, las únicas que fructifican son las del vicio y no es la naturaleza la que los corrompe, es el ejemplo; pero abandonemos a los pensionistas de colegios y conventos a sus malas costumbres, nunca tendrán remedio. Yo sólo hablo de la educación doméstica. Tomad a un joven prudentemente educado en casa de su padre en provincias, y examinadlo en el momento en que llega a París o entra en sociedad; encontraréis que piensa bien sobre las cosas honestas y que tiene la voluntad tan sana incluso como la razón. Encontraréis en él desprecio por el vicio y horror por la depravación. Al solo

nombre de una prostituta veréis en sus ojos el escándalo de la inocencia. Sostengo que no hay uno que pueda decidirse a entrar por sí solo en las tristes moradas de esas desgraciadas, incluso aunque conociera su hábito y sintiera la necesidad de él.

A los seis meses, contemplad de nuevo al mismo joven; no lo conoceréis. Palabras libres, máximas de tono subido y modales desenvueltos harían que lo tomárais por otro si sus bromas sobre su sencillez primera, su vergüenza cuando se le recuerda, no mostraran que es el mismo y que se ruboriza por ello. ¡Cuánto se ha formado en poco tiempo! ¿De dónde viene ese cambio tan grande y tan brusco? ¿Del progreso del temperamento? ¿No hubiera hecho los mismos progresos su temperamento en la casa paterna? Y, con toda seguridad, allí no hubiera adoptado ni ese tono ni esas máximas. ¿De los primeros placeres de los sentidos? Todo lo contrario: cuando uno empieza a entregarse a ellos, se está temeroso, inquieto, rehúye la claridad del día y el bullicio. Las primeras voluptuosidades son siempre misteriosas; el pudor las sazona y oculta: la primera amante no nos vuelve descarados, sino tímidos. Completamente absorto en un estado tan nuevo para él, el joven se recoge para saborearlo y tiembla siempre por miedo a perderlo. Si es ruidoso, no es ni voluptuoso ni tierno; mientras se pavonee no ha gozado.

Otras formas de pensar han sido las que han producido estas diferencias. Su corazón sigue siendo el mismo, pero sus opiniones han cambiado. Sus sentimientos, más lentos en alterarse, se alterarán finalmente por ellas, y sólo entonces estará verdaderamente corrompido. Apenas ha entrado en el mundo, adopta en él una segunda educación completamente opuesta a la primera, por la que aprende a despreciar lo que estimaba y a estimar lo que despreciaba: le hacen mirar las lecciones de sus padres y sus maestros como una jerga pedantesca, y los deberes que le han predicado como una moral pueril que debe desdeñar de adulto. Por honor se cree obligado a cambiar de conducta; se vuelve atrevido sin deseos y fatuo por falsa vergüenza. Se burla de las buenas costumbres antes de haber adquirido el gusto por las malas, y se precia de desenfreno sin saber ser desenfrenado. Nunca olvidaré la confesión de un joven oficial de los guardias suizos que se

aburría mucho con los ruidosos placeres de sus camaradas y no se atrevía a rechazarlos por miedo a que se burlaran de él: «Me dedico a esto, decía, como a tomar tabaco a pesar de mi repugnancia; el gusto vendrá con el hábito; no hay que ser niño toda la vida».

Así pues, es mucho menos de la sensualidad que de la vanidad de lo que hay que preservar a un joven que entra en el mundo; cede más a las inclinaciones de otro que a las suyas, y el amor propio hace más libertinos que el amor.

Sentado esto, yo pregunto si hay en la tierra entera alguno mejor armado que el mío contra todo lo que puede atacar sus costumbres, sus sentimientos, sus principios; si hay alguno en mejores condiciones de resistir al torrente. Porque, ¿contra qué seducción no tiene defensa? Si sus deseos lo arrastran hacia el sexo, no encuentra allí lo que busca, y su corazón preocupado lo contiene. Si sus sentidos lo agitan y acucian, ¿dónde los contentará? El horror al adulterio y al desenfreno lo aleja tanto de las mujeres públicas como de las mujeres casadas, y siempre es por uno de esos estados por donde comienzan los desórdenes de la juventud. Una muchacha casadera puede ser coqueta, pero nunca será desvergonzada, no se arrojará a los brazos de un joven que puede casarse con ella si la cree prudente; además tendrá alguien para vigilarla. Por su parte, Emilio no está completamente entregado a sí mismo; ambos tendrán por guardas al menos el temor y la vergüenza, inseparables de los primeros deseos; no pasarán de golpe a las últimas familiaridades, ni tendrían tiempo de llegar a ellas gradualmente sin obstáculos. Para actuar de otra forma es preciso que haya sido aleccionado por sus camaradas, que haya aprendido de ellos a burlarse de su contención, a volverse insolente imitándolos. Pero ¿hay en el mundo un hombre menos imitador que Emilio? ¿Qué hombre se mueve menos por el tono divertido que el que no tiene prejuicios ni concede nada a los prejuicios de los demás? He trabajado veinte años para armarlo contra los burlones, necesitarán más de un día para hacerle su víctima; porque a sus ojos el ridículo no es otra cosa que la razón de los tontos, y nada vuelve más insensible a la burla que estar por encima de la opinión. En lugar de bromas necesita razones, y mientras no salga de ahí no temo que jóvenes locos me lo lleven; tengo a mi favor la

conciencia y la verdad. Si es menester que el prejuicio intervenga, una vinculación de veinte años también supone algo: jamás le harán creer que yo le haya aburrido con lecciones vanas, y en un corazón recto y sensible la voz de un amigo fiel y verdadero sabrá borrar los gritos de veinte seductores. Como entonces sólo se trata de mostrarle que lo engañan y que, fingiendo tratarle como a hombre, lo tratan realmente como a niño, aceptaré ser siempre sencillo, pero grave y claro en mis razonamientos, a fin de que se dé cuenta de que soy yo quien lo trata como hombre. Le diré: «Ya veis que vuestro único interés, que es el mío, dicta mis palabras, no puedo tener otras; pero, ¿por qué quieren persuadiros esos jóvenes? Porque quieren seduciros: no os aman, no tienen ningún interés por vos; por todo motivo tienen un despecho secreto de ver que valéis más que ellos; quieren rebajaros a su escasa medida, y sólo os reprochan que os dejéis guiar para gobernaros ellos mismos. ¿Podéis creer que tenéis algo que ganar con este cambio? Su sabiduría ¿es, pues, tan superior, y su afecto de un día es más fuerte que el mío? Para conceder algún peso a su burla, habría que poder concedérselo a su autoridad, y ¿qué experiencia tienen para poner sus máximas por encima de las nuestras? No han hecho sino imitar a otros aturdidos, y de igual modo quieren a su vez que los imiten. Para estar por encima de los pretendidos prejuicios de sus padres se esclavizan a los de sus compañeros; no veo qué ganan con ello, pero sí que pierden con toda seguridad dos grandes ventajas, la del cariño paterno cuyos consejos son tiernos y sinceros, y la de la experiencia que hace juzgar de lo que se conoce, porque los padres han sido hijos, y los hijos no han sido padres.

«Pero ¿los creéis sinceros al menos en sus locas máximas? Ni siquiera eso, querido Emilio; se engañan para engañarnos, ni siquiera están de acuerdo consigo mismos. Su corazón los desmiente sin cesar y a menudo su boca los contradice. Tal, que vuelve irrisorio cuanto es honesto, se desesperaría si su mujer pensara como él. Otro llevará esa indiferencia de costumbres hasta las de la mujer que todavía no tiene, o, para colmo de infamia, a las de la mujer que tiene ya; pero seguid adelante, habladle de su madre y ved si pasará gustoso por ser fruto de un adulterio e hijo de una mujer de mala vida, para tomar falsamente el apellido de una familia, para robar el

patrimonio al heredero natural, en fin, si se dejará tratar de bastardo tranquilamente. ¿Quién de ellos querrá que se haga a su hija el deshonor con que él cubre a la de otros? No hay ninguno que no atente siquiera contra vuestra vida si en la práctica adoptárais con él todos los principios que se esfuerza por daros. Así es como revelan finalmente su inconsecuencia, y como se sabe que ninguno de ellos cree lo que dice. Ahí tenéis razones, querido Emilio: sopesad las suyas si lo son, y comparad. Si quisiera emplear como ellos el desprecio y la burla, les veríais dar pie al ridículo tanto y más tal vez que yo. Mas no temo un examen serio. El triunfo de los burlones es de corta duración; la verdad pervive, y su *risa insensata* se desvanece».

¿No imagináis cuán dócil puede ser Emilio a los veinte años? ¡Qué forma tan diferente de pensar tenemos! Yo mismo no concibo cómo ha podido serlo a los diez; porque, ¿qué dominio tenía yo sobre él a esa edad? He necesitado quince años de cuidados para forjarme ese dominio. Entonces no lo educaba, lo preparaba para ser educado: ahora lo está bastante para ser dócil; reconoce la voz de la amistad y sabe obedecer a la razón. Cierto que le dejo la apariencia de la independencia, pero nunca estuvo más sometido a mí, porque lo está porque quiere estarlo. Mientras que no pude hacerme dueño de su voluntad, lo fui de su persona; no lo dejaba sólo ni un paso. Ahora le dejo a veces a sí mismo porque lo gobierno siempre. Al despedirlo le abrazo y le digo con aire resuelto: Emilio, te confío a mi amigo; te entrego a su corazón honesto, es él quien me responderá de ti.

No es cosa de un momento corromper afectos sanos que no han recibido ninguna alteración precedente ni borrar principios derivados directamente de las primeras luces de la razón. Si durante mi ausencia se produce en ellos algún cambio, nunca será demasiado amplio; nunca podrá él ocultarse bastante bien de mí para que no perciba yo el peligro antes del mal, y no llegue a tiempo de remediarlo. Lo mismo que no se deprava uno de golpe, tampoco se aprende de golpe a disimular; y si hay un hombre torpe en ese arte, ése es Emilio, que en toda su vida no tuvo una sola ocasión de practicarlo.

Con estos cuidados y otros semejantes, le creo tan bien protegido de motivos extraños y de máximas vulgares que

antes prefiero verlo en medio de la peor sociedad de París que solo en su habitación o en un parque entregado a toda la inquietud de su edad. Por más que hagamos, de todos los enemigos capaces de atacar a un joven el más peligroso y el único del que no se le puede apartar, es él mismo. Sin embargo, ese enemigo sólo es peligroso por culpa nuestra; porque, como he dicho mil veces, sólo por la imaginación se despiertan los sentidos. Su necesidad no es propiamente una necesidad física: no es cierto que eso sea una verdadera necesidad. Si nada lascivo hubiera herido nunca nuestros ojos, si nunca ninguna idea deshonesta hubiera entrado en nuestro espíritu, tal vez nunca se hubiera dejado sentir en nosotros esa pretendida necesidad, y habríamos permanecido castos sin tentaciones, sin esfuerzos y sin mérito. No sabemos qué fermentaciones sordas excitan ciertas situaciones y ciertos espectáculos en la sangre de la juventud sin que ésta pueda discernir por sí misma la causa de esa primera inquietud, que no es fácil de calmar y que no tarda en renacer. Por lo que a mí se refiere, cuanto más medito sobre esa importante crisis y sus causas próximas o lejanas, más me convenzo de que un solitario educado en un desierto sin libros, sin instrucción y sin mujeres, moriría en él virgen cualquiera que fuese la edad que alcanzase.

Pero aquí no se trata de un salvaje de esa especie. Cuando se educa a un hombre entre sus semejantes y para la sociedad, es imposible, y ni siquiera es oportuno, nutrirle siempre en esa saludable ignorancia, y lo peor que hay para la sabiduría es ser sabio a medias. El recuerdo de los objetos que nos han sorprendido y las ideas que hemos adquirido nos siguen al retiro, poblándolo a pesar nuestro de imágenes más seductoras que los objetos mismos y volviendo la soledad tan funesta a quien allí los lleva como útil es para el que allí se mantiene siempre solo.

Velad pues con cuidado sobre el joven; él podrá protegerse de todo lo demás, pero a vosotros corresponde protegerlo de él. No lo dejéis solo ni de día ni de noche, acostaos por lo menos en su cuarto*. Desconfiad del instinto en cuanto no

* Añadido en el ejemplar C. por mano de Rousseau: «que no se meta en la cama sino abrumado de sueño, y que salga de ella en el instante en que se despierte».

podáis limitarlo; es bueno mientras actúa solo, sospechoso en el momento en que se mezcla con las instituciones de los hombres; no hay que destruirlo, hay que regularlo, y tal vez esto sea más difícil que aniquilarlo. Sería muy peligroso que enseñase a vuestro alumno a engañar sus sentidos y a suplir las ocasiones de satisfacerlos; si conoce una vez ese peligroso suplemento, está perdido. Desde entonces tendrá siempre el cuerpo y el corazón enervados; llevará hasta la tumba los tristes efectos de ese hábito, el más funesto al que un joven puede estar sometido. Más valdría, sin duda...; si los furores de un temperamento ardiente se vuelven invencibles, querido Emilio, te compadezco; pero no vacilaré un momento, no permitiré que se eluda el objetivo de la naturaleza. Si es preciso que un tirano te subyugue, prefiero entregarte a aquel del que te puedo librar; pase lo que pase, te arrancaré con mayor facilidad de las mujeres que de ti mismo.

Hasta los veinte años el cuerpo crece; necesita de toda su substancia: la continencia está entonces en el orden de la naturaleza, y no se falta a ella sino a expensas de la constitución. Después de los veinte años la continencia es un deber moral; es importante, para aprender a reinar sobre sí mismo, a permanecer dueño de sus apetitos; pero los deberes morales tienen sus modificaciones, sus excepciones, sus reglas. Cuando la debilidad humana hace inevitable una alternativa, de dos males preferimos el menor; de cualquier forma, más vale cometer una falta que contraer un vicio.

Recordad que aquí no estoy hablando de mi alumno, sino del vuestro. ¿Que sus pasiones, que habéis dejado fermentar, os subyugan? Cededles abiertamente y sin disimulársela su victoria; si sabéis mostrársela en su verdad, estará menos orgulloso que avergonzado, y lograréis el derecho a guiarle durante su extravío para hacerle al menos evitar los precipicios. Importa que el discípulo no haga nada que el maestro no sepa ni desee, ni siquiera lo que está mal, y es cien veces preferible que el preceptor apruebe una falta y se equivoque a que sea engañado por su alumno, y la falta se cometa sin que él sepa nada. Quien cree su deber cerrar los ojos sobre alguna cosa, pronto se ve forzado a cerrarlos sobre todo, el primer abuso tolerado lleva a otro, y esta cadena no termina sino con el trastrueque de todo orden y con el desprecio de toda ley.

Otro error que ya he combatido, pero que nunca saldrá de los espíritus menguados, es afectar siempre la dignidad magistral y querer pasar por un hombre perfecto en el espíritu del discípulo. Tal método es un contrasentido. ¿Cómo no ven que al querer afirmar su autoridad la destruyen, que para hacer escuchar lo que se dice hay que ponerse en el lugar de aquellos a quienes uno se dirige, y que hay que ser hombre para saber hablar al corazón humano? Todas esas gentes perfectas ni conmueven ni persuaden: siempre se dice que les resulta muy fácil combatir pasiones que no sienten. Mostrad vuestras debilidades a vuestro alumno si queréis curarlo de las suyas; que vea en vos los mismos combates que sufre, que aprenda a vencerse a ejemplo vuestro, y que no diga como los otros: estos viejos, despechados por no ser ya jóvenes, quieren tratar a los jóvenes como viejos, y, como todos sus deseos están apagados, hacen un delito de los nuestros.

Cuenta Montaigne que cierto día preguntaba al señor de Langey cuántas veces se había emborrachado en sus negociaciones de Alemania por servir al rey*. De buena gana preguntaría yo al preceptor de cierto joven cuántas veces ha entrado en un lugar de mala nota por servir a su alumno. ¿Cuántas veces? Me equivoco. Si la primera no elimina para siempre en el libertino el deseo de volver, si no sale arrepentido y avergonzado, si no derrama en vuestro seno torrentes de lágrimas, abandonadlo al instante: él no es más que un monstruo, o vos no sois más que un imbécil; nunca le serviréis para nada. Pero dejemos estos expedientes extremos, tan tristes como peligrosos, y que nada tienen que ver con nuestra educación.

¡Cuántas preocupaciones a tomar con un joven bien nacido antes de exponerlo al escándalo de las costumbres del siglo! Tales precauciones son penosas, pero indispensables: la negligencia en este punto es la que estraga a toda la juventud; por el desorden de la primera edad es por lo que los hombres degeneran, y se los ve convertirse en lo que hoy son. Viles y cobardes en sus vicios mismos, no tienen más que almas menguadas porque sus cuerpos gastados fueron corrompidos

* Montaigne no dice el nombre del personaje (*Essais*, I, 26). El señor de Langey era Guillaume du Bellai (1491-1543).

en hora temprana; apenas les queda vida bastante para moverse. Sus sutiles pensamientos denuncian espíritus sin calidad; no saben sentir nada grande ni noble; no tienen ni sencillez ni vigor. Abyectos en todo y bajamente malvados, no son sino vanos, bribones y falsos, no tienen siquiera coraje suficiente para ser malvados ilustres. Así son los despreciables hombres que forma la crápula de la juventud; si encontráramos entre ellos uno solo que supiera ser templado y sobrio, que supiera preservar en medio de ellos su corazón, su sangre y sus costumbres del contagio del ejemplo, a los treinta años aplastaría a todos esos insectos y se volvería dueño de ellos con menos esfuerzo del que hubiera necesitado para permanecer dueño de sí mismo.

Por poco que el nacimiento o la fortuna hayan hecho por Emilio, sería ese hombre si quisiera serlo; pero los despreciaría demasiado para dignarse sojuzgarlos. Veámoslo ahora en medio de ellos, entrando en el mundo no para sobresalir, sino para conocerlo, y para encontrar ahí una compañera digna de él.

Sea el que fuere el rango en que pueda haber nacido, en toda sociedad en que comience a introducirse sus inicios serán sencillos y sin aparato; ¡ojalá no sea lo bastante desventurado para brillar en él! No son las suyas esas cualidades que sorprenden al primer golpe de vista, ni las tiene ni las quiere tener. Concede valor muy escaso a los juicios de los hombres para concedérselo a sus prejuicios, y no se preocupa porque lo estimen antes de conocerle. Su forma de presentarse no es ni modesta ni vana, sino natural y verdadera; no conoce ni embarazo ni disimulo, y está en medio de un círculo igual que cuando está solo y sin testigos. ¿Será por ello grosero, despectivo y desatento con alguien? Todo lo contrario; si solo no tiene en cuenta a los demás hombres, ¿por qué habría de tenerlos en cuenta viviendo con ellos? No los prefiere a sí mismo en sus modales, porque no los prefiere a sí mismo en su corazón; pero tampoco les muestra una indiferencia que está muy lejos de tener; si carece de las fórmulas de la cortesía, posee las atenciones de la humanidad. No le gusta ver sufrir a nadie; no ofrecerá su sitio a otro por melindre, sino que se lo cederá de buena gana por bondad si, viéndole olvidado, juzga que ese olvido le mortifica, porque a mi joven le costará menos

permanecer voluntariamente de pie que ver al otro estar así por la fuerza.

Aunque en general, Emilio, no estima a los hombres, no les mostrará desprecio, porque los compadece y siente ternura hacia ellos. Como no puede darles gusto por los bienes reales, les deja los bienes de la opinión con que se contentan, no vaya a ser que, al quitárselos a cambio de nada, los vuelva más infelices que antes. Por tanto, no es discutidor ni amigo de llevar la contraria; tampoco es complaciente ni adulador; expone su opinión sin combatir la de nadie, porque ama la libertad por encima de todo y porque la franqueza es uno de sus derechos más hermosos.

Habla poco, porque apenas se cuida de que se ocupen de él; por la misma razón sólo dice cosas útiles; de otro modo, ¿qué le induciría a hablar? Emilio es demasiado instruido para ser alguna vez charlatán. El cacareo deriva necesariamente o de la pretensión de ingenio, de que hablaré luego, o del valor que se da a las bagatelas de las que neciamente creemos que los demás hacen tanto caso como nosotros. Quien conoce bastantes cosas para dar a todas su verdadero valor, nunca habla demasiado, porque también sabe apreciar la atención que se le presta, y el interés que se puede tomar en sus palabras. Generalmente las gentes que saben poco hablan mucho, y las gentes que saben mucho hablan poco: es fácil que a un ignorante le parezca importante todo lo que sabe y lo dice a todo el mundo. Pero un hombre instruido no abre fácilmente su repertorio; tendría demasiado que decir, y ve todavía más que decir tras él; se calla.

Lejos de enfrentarse a los modales de los demás, Emilio se conforma a ellos de bastante buen grado, no para parecer instruido en los usos, ni para afectar los aires de un hombre cortés, sino al contrario, por miedo a que se le distinga, para evitar ser percibido; y nunca está más a gusto que cuando nadie se fija en él.

Hay quienes al entrar en el mundo ignoran absolutamente sus maneras; no por ello son tímidos y temerosos; si Emilio se aparta, no es por embarazo, es que para ver bien es preciso no ser visto: porque lo que piensen de él apenas le inquieta, y el ridículo no le da el menor miedo. Esto hace que, por ser siempre tranquilo y de sangre fría, no le turbe la falsa vergüenza.

Le miren o no, siempre hace todo lo mejor que puede, y, siempre concentrado para observar bien a los otros, capta sus modales con una facilidad que no pueden tener los esclavos de la opinión. Puede decirse que, precisamente porque no hace mucho caso de los usos del mundo, los capta mejor.

No os equivoquéis, sin embargo, sobre su compostura, ni vayáis a compararla con la de vuestros jóvenes agradables. Él es firme y no suficiente; sus modales son libres y no desdeñosos; sólo a los esclavos pertenece el aire insolente, la independencia no tiene nada de afectado. Jamás he visto a ningún hombre con orgullo en el alma mostrarlo en su porte: tal afectación es más propia de las almas viles y vanas que sólo pueden imponerse por ella. Leo en un libro que, presentándose cierto día un extranjero en el salón del famoso Marcel, éste le preguntó de qué país era: «*Soy inglés*, respondió el extranjero. *¿Vos inglés?*, contesta el bailarín; *¿seríais de esa isla donde los ciudadanos participan en la administración pública y son una porción del poder soberano*[34]*? No, señor; esa frente baja, esa mirada tímida, ese paso inseguro sólo me anuncian al esclavo titulado de un elector*»*.

No sé si este juicio muestra un gran conocimiento de la verdadera relación que existe entre el carácter de un hombre y sus apariencias. En cuanto a mí, que no tengo el honor de ser maestro de baile, habría pensado todo lo contrario. Habría dicho: «*Este inglés no es un cortesano; nunca oí decir que los cortesanos tuvieran la frente gacha y el paso inseguro: un hombre tímido en casa de un bailarín bien podría no serlo en la cámara de los Comunes*». ¡Seguramente el tal señor Marcel debe tomar a sus compatriotas por otros tantos romanos!

Cuando se ama, se quiere ser amado; Emilio ama a los hombres, por tanto quiere agradarles. Con mayor motivo quiere agradar a las mujeres. Su edad, sus costumbres, su proyecto, todo concurre a alimentar en él ese deseo. Digo sus costumbres, porque aquí juegan un gran papel; los hombres que las tienen son los verdaderos adoradores de las mujeres. No poseen, como los otros, no sé qué jerga burlona de galantería, pero sí una solicitud más auténtica, más tierna, y

---

* Rousseau toma la anécdota de Helvecio (*De l'Esprit*, II, 1). De Marcel ya ha hablado Rousseau antes (véase pág. 180 y nota).

que sale del corazón. Al lado de una joven yo reconocería a un hombre de costumbres y que domina la naturaleza entre cien mil corrompidos. ¡Juzgad sobre lo que debe ser Emilio con un temperamento completamente nuevo y con tantas razones para resistir! Junto a ellas, creo que se mostrará a veces tímido y apocado; pero con toda seguridad ese apocamiento no ha de desagradarlas, y las menos bribonas tendrán todavía más de una vez el capricho de gozar de él y aumentarlo. Por lo demás, su solicitud cambiará sensiblemente de forma según los estados. Será más modesto y más respetuoso con las mujeres, más vivaz y más tierno junto a las muchachas casaderas. No pierde de vista la meta de sus búsquedas, y siempre presta mayor atención a la que se las recuerda.

No habrá nadie más cumplidor que él en todas las consideraciones basadas en el orden de la naturaleza e incluso en el buen orden de la sociedad; pero los primeros siempre serán preferidos a los otros, y él respetará más a un particular más viejo que él que a un magistrado de su edad. Siendo, pues, por lo general, uno de los más jóvenes de las reuniones en que se encuentre, será siempre uno de los más modestos, no por la vanidad de parecer humilde, sino por un sentimiento natural y fundado en la razón. No tendrá el impertinente saber vivir de un joven fatuo que para divertir a sus acompañantes habla más alto que los sabios y corta la palabra a los ancianos: por su parte no autorizará la respuesta de un viejo gentilhombre a Luis XV que le preguntaba qué siglo prefería, el suyo o el presente: «*Sire, he pasado mi juventud respetando a los ancianos, y ahora he de pasar mi vejez respetando a los niños*».

Con un alma tierna y sensible, pero no apreciando para nada la tasa de la opinión, aunque le guste agradar a los otros se preocupará poco porque le consideren. De donde se sigue que será más afectuoso que cortés, que nunca tendrá presunción ni fasto, y que le conmoverá más una caricia que mil elogios. Por las mismas razones no descuidará ni sus modales ni su porte, podrá llevar incluso algún adorno en su vestimenta, no para parecer un hombre de gusto, sino para hacer más agradable su figura; no recurrirá al marco dorado, y jamás las insignias de la riqueza mancillarán sus galas.

Como puede verse, todo esto no exige de mi parte una exhibición de preceptos, y no es sino un fruto dé su primera

educación. Nos hacen grandes misterios de los usos del mundo, como si a la edad en que se adoptan esos usos no se adoptaran naturalmente, y como si no fuera en el corazón de un hombre honesto donde hay que buscar sus primeras leyes. La verdadera cortesía consiste en testimoniar benevolencia a los hombres; aparece sin esfuerzo cuando se tiene; es quien no la tiene el que se ve forzado a reducir a arte sus apariencias.

«*El efecto más desgraciado de la cortesía al uso es enseñar el arte de prescindir de las virtudes que imita. Que se nos inspire en la educación la humanidad y la beneficencia, y tendremos cortesía o no la necesitaremos*».

«*Si no tenemos ésa que se anuncia por medio de la gracia, tendremos la que anuncia al hombre honesto y al ciudadano; no necesitaremos recurrir a la falsedad*».

«*En lugar de ser artificioso para agradar, bastará con ser bueno; en lugar de ser falso para halagar las debilidades de los demás, bastará con ser indulgente*».

«*Aquellos con quienes se emplean tales procedimientos, no quedarán enorgullecidos ni corrompidos por ello; sólo quedarán agradecidos, y se volverán mejores*[35]».

Me parece que si alguna educación debe producir la especie de cortesía que aquí exige el señor Duclos, es ésa cuyo plan vengo trazando.

Admito, sin embargo, que con máximas tan diferentes Emilio no será como todo el mundo, y ojalá Dios le preserve de serlo nunca; pero en su diferencia de los demás no será ni molesto ni ridículo; la diferencia será sensible sin ser incómoda. Si se quiere, Emilio será un amable extranjero. Al principio se le perdonarán sus singularidades diciendo: *Ya se formará*. Luego se acostumbrarán completamente a sus modales, y viendo que no los cambia, se le volverá a perdonar diciendo: *Está hecho así*.

No será festejado como hombre amable, pero se le amará sin saber por qué; nadie alabará su ingenio, pero de buena gana lo tomarán por juez las personas de ingenio; el suyo será nítido y corto, tendrá el sentido recto y el juicio sano. Como no corre nunca tras las ideas nuevas, no podría preciarse de ingenio. Le he hecho comprender que todas las ideas saludables y realmente útiles para los hombres son las que se conocieron primero, las que desde siempre constituyen los únicos vínculos

verdaderos de la sociedad, y que a los espíritus trascendentes sólo les queda distinguirse mediante ideas perniciosas y funestas para el género humano. Esta forma de hacerse admirar apenas le afecta: sabe dónde debe hallar la felicidad de su vida, y en qué puede contribuir a la felicidad de otro. La esfera de sus conocimientos no pasa más allá de lo que es provechoso. Su ruta es estrecha y está bien señalada; al no verse tentado a salirse de ella permanece confundido con los que la siguen, no quiere ni extraviarse ni brillar. Emilio es un hombre de sentido común y no quiere ser otra cosa: por más que pretendan injuriarle con ese título, siempre se sentirá honrado con él.

Aunque el deseo de agradar ya no le deje absolutamente indiferente sobre la opinión ajena, no adoptará de esa opinión sino lo que se refiere directamente a su persona sin preocuparse de las apreciaciones arbitrarias que no tienen más ley que la moda o los prejuicios. Tendrá el orgullo de querer hacer bien cuanto hace, incluso de quererlo hacer mejor que otro. En la carrera querrá ser el más rápido, en la lucha el más fuerte, en el trabajo el más hábil, en los juegos de destreza el más diestro; pero aspirará poco a las ventajas que no sean claras por sí mismas y que necesitan ser constatadas por el juicio de los demás, como tener más ingenio que otro, hablar mejor, ser más sabio, etc.; todavía menos a las que no se refieren para nada a la persona, como ser de mejor cuna, ser estimado más rico, de mayor crédito, más considerado, imponerse mediante un fasto mayor.

Al amar a los hombres porque son sus semejantes, amará sobre todo a los que más se le parecen, porque se sentirá bueno, y juzgando sobre este parecido por la conformidad de gustos en las cosas morales, en cuanto afecta al buen carácter le será muy fácil obtener la aprobación. No se dirá precisamente: Me alegro porque me aprueban; sino, me alegro porque aprueban lo que he hecho bien; me alegro de que las gentes que me honran se honren; mientras juzguen con juicio tan sano, será hermoso obtener su estima.

Estudiando a los hombres por sus costumbres en el mundo, como los estudiaba antes por sus pasiones en la historia, a menudo tendrá oportunidad de meditar sobre lo que halaga o choca al corazón humano. Helo ahí filosofando sobre los

principios del gusto, y he ahí el estudio que le conviene durante esa época.

Cuanto más lejos vamos a buscar las definiciones del gusto, más nos extraviamos: el gusto no es más que la facultad de juzgar sobre lo que agrada o desgrada a la mayoría. Apartaos de esto, y ya no sabéis lo que es el gusto. No se sigue de ello que haya más gentes de gusto que otras; porque aunque la pluralidad juzga sanamente sobre cada objeto, hay pocos hombres que juzguen como ella sobre todos; y aunque la concurrencia de los gustos más generales haga el buen gusto, hay pocas gentes de gusto; lo mismo que hay pocas personas bellas, aunque la reunión de los rasgos más comunes haga la belleza.

Hemos de subrayar que aquí no se trata de lo que se ama porque nos resulta útil ni de lo que se odia porque nos perjudica. El gusto sólo se ejerce en las cosas indiferentes o de un interés de entretenimiento todo lo más, y no en aquellas que afectan a nuestras necesidades; para juzgar sobre éstas no se necesita el gusto, basta el solo apetito. He ahí lo que hace tan difíciles, y, al parecer, tan arbitrarias, las puras decisiones del gusto, porque, salvo el instinto que lo determina, no se ve la razón de sus decisiones. Deben distinguirse aún sus leyes en las cosas morales y sus leyes en las cosas físicas. En éstas, los principios del gusto parecen absolutamente inexplicables, pero importa observar que la moral entra en todo lo que depende de la imitación[36]: así se explican bellezas que parecen físicas y que realmente no lo son. Añadiré que el gusto tiene reglas locales que lo hacen dependiente en mil cosas de los climas, de las costumbres, del gobierno, de las cosas de institución; que hay otros que dependen de la edad, del sexo, del carácter, y que en este sentido es en el que no hay que disputar sobre gustos.

El gusto es natural a todos los hombres, pero no todos lo tienen en igual medida, no se desarrolla en todos en el mismo grado, y en todos está sujeto a alterarse por diversas causas. La medida del gusto que se puede tener depende de la sensibilidad que se ha recibido; su cultura y su forma dependen de las sociedades en que se ha vivido. En primer lugar, hay que vivir en sociedades numerosas para hacer muchas comparaciones; en segundo lugar se precisan sociedades de entrete-

nimiento y ocio; porque en las de negocios la regla no es el placer sino el interés; en tercer lugar se precisan sociedades en que la desigualdad no sea demasiado grande, en que la tiranía de la opinión sea moderada, y en que reine la voluptuosidad más que la vanidad: porque en caso contrario, la moda ahoga el gusto, y no se busca ya lo que agrada, sino lo que distingue.

En este último caso ya no es verdad que el buen gusto sea el de la mayoría. ¿Por qué? Porque el objeto cambia. En este caso la multitud no tiene juicio propio; sólo juzga por aquellos a los que cree más esclarecidos que ella; aprueba, no lo que está bien, sino lo que ellos han aprobado. Haced que, en toda época, cada hombre tenga su propio sentimiento, y lo que es más agradable en sí mismo obtendrá siempre la pluralidad de los votos*.

En sus trabajos, los hombres no hacen nada bello si no es por imitación. Todos los auténticos modelos del gusto están en la naturaleza: cuanto más nos alejamos del maestro, más desfigurados están nuestros cuadros. De los objetos que amamos sacamos nuestros modelos entonces, y lo bello de fantasía, sujeto al capricho y a la autoridad, ya no es otra cosa que lo que place a quienes nos guían.

Quienes nos guían son los artistas, los grandes, los ricos, y lo que guía a éstos es su interés o su vanidad; aquellos para buscar sus riquezas, y los otros para aprovecharlas, buscan a porfía nuevos medios de gasto. Por ese sistema establece su imperio el gran lujo y hace amar lo que es difícil y costoso: entonces la supuesta belleza, lejos de imitar a la naturaleza, no es tal sino a fuerza de contrariarla. He ahí cómo son inseparables el lujo y el mal gusto. Doquiera el gusto sea dispendioso, es falso.

Es sobre todo en el comercio de los dos sexos donde el gusto, bueno o malo, adquiere su forma; su cultivo es un efecto necesario del objeto de esta sociedad. Pero cuando la facilidad de gozar entibia el deseo de agradar, el gusto debe degenerar, y ésa es, a mi parecer, otra de las razones más sensibles de por qué el buen gusto atañe a las buenas costumbres.

---

* Véase, para este giro que el Diccionario de la Academia registra, mi nota explicativa en *Del Contrato social* (*ed. cit.*, pág. 121).

Consultad el gusto de las mujeres en las cosas físicas y que dependen del juicio de los sentidos, el de los hombres en las cosas morales y que dependen más del entendimiento. Cuando las mujeres sean lo que deben ser se limitarán a las cosas de su competencia y juzgarán siempre bien; pero desde que se han convertido en árbitros de la literatura, desde que se han metido a juzgar los libros y a hacerlos a toda costa, ya no saben nada. Los autores que consultan a las sabias sobre sus obras están siempre seguros de ser mal aconsejados*, los elegantes que las consultan sobre su atuendo siempre van vestidos de forma ridícula. Pronto tendré ocasión de hablar de los verdaderos talentos de ese sexo, de la forma de cultivarlos y de las cosas sobre las que deben escucharse entonces sus decisiones.

He ahí las consideraciones elementales que plantearé como principios al razonar con mi Emilio sobre una materia que le es cualquier cosa menos indiferente en la circunstancia en que se encuentra y en la búsqueda que le ocupa; ¿y a quién ha de ser indiferente? El conocimiento de lo que puede ser agradable o desagradable a los hombres no es sólo necesario al que los necesita, sino también al que quiere serles útil; importa incluso agradarles para servirles, y el arte de escribir es todo menos un estudio ocioso cuando se emplea para hacer escuchar la verdad.

Si para cultivar el gusto de mi discípulo tuviera que escoger entre países donde esa cultura está aún por nacer y otros donde ya hubiera degenerado, seguiría el orden retrógrado, comenzaría su recorrido por estos últimos y terminaría por los primeros. El motivo de tal elección es que el gusto se corrompe por una delicadeza excesiva que vuelve sensible cosas que la mayoría de los hombres no percibe: esa delicadeza lleva al espíritu de discusión, porque cuanto más se sutiliza los objetos más se multiplican éstos: esa sutileza vuelve el tacto más

* La frase es una puya contra Voltaire y Madame Du Châtelet, a quienes ya había criticado Rouseau en el *Discurso sobre las ciencias y la artes* (*ed. cit.*, pág. 165), calificando a las mujeres de «tiranos de la libertad». En la *Lettre à d'Alembert,* Rousseau llevará el ataque contra las mujeres hasta el final: «En general, las mujeres no aman ningún arte, no conocen ninguno, y no tienen ningún genio (...), y doquiera dominan las mujeres, también debe dominar su gusto: he ahí lo que determina el de nuestro siglo».

delicado y menos uniforme. Se forman entonces tantos gustos como cabezas. En las disputas sobre la preferencia se extienden la filosofía y las luces, y así es es como se aprende a pensar. Las observaciones agudas apenas pueden ser hechas sino por gentes muy mundanas, dado que llegan después de todas las demás, y dado que las gentes poco acostumbradas a las sociedades numerosas agotan su atención en los grandes rasgos. Tal vez no haya ahora sobre la tierra un lugar civilizado donde el gusto general sea peor que en París. Sin embargo, es en esta capital donde se cultiva el buen gusto, y aparecen pocos libros estimados en Europa cuyo autor no haya estado formándose en París. Quienes piensan que basta con leer los libros que en ella se hacen, se equivocan; se aprende mucho más en la conversación con los autores que en sus libros, y no es con los autores mismos con quienes más se aprende. Es el espíritu de las sociedades el que desarrolla una cabeza pensante, y el que lleva la vista tan lejos como puede ir. Si tenéis una chispa de genio, id a pasar un año en París. Pronto seréis todo lo que podéis ser, o no seréis nunca nada.

Se puede aprender a pensar en los lugares donde reina el mal gusto; pero no hay que pensar como los que tienen ese mal gusto, y es muy difícil que no ocurra eso cuando se permanece entre ellos mucho tiempo. Hay que perfeccionar por sus cuidados el instrumento que juzga evitando emplearlo como ellos. Me guardaré de pulir el juicio de Emilio hasta el punto de alterarlo, y, aunque tenga el tacto lo bastante fino para sentir y comparar los diversos gustos de los hombres, yo lo llevaré hacia objetos más simples para fijar el suyo.

Procederé de más lejos todavía para conservarle un gusto puro y sano. En el tumulto de la disipación, sabré procurarme conversaciones útiles con él, y dirigiéndolas siempre hacia temas que le agraden, cuidaré de hacérselos tan divertidos como instructivos. Éste es el momento de la lectura y de los libros agradables; éste es el momento de enseñarle a hacer el análisis del discurso, de volverlo sensible a todas las bellezas de la elocuencia y de la dicción. Poca cosa es aprender las lenguas por sí mismas, su uso no es tan importante como se cree; pero el estudio de las lenguas lleva al de la gramática general. Hay que aprender el latín para saber bien el francés,

hay que estudiar y comparar uno y otro para comprender las reglas del arte de hablar.

Existe además cierta sencillez de gusto que le va a su corazón y que sólo se encuentra en los escritos de los antiguos. En la elocuencia, en la poesía, en toda clase de literatura los encontrará, lo mismo que en la historia, abundantes de cosas y sobrios de juicio. Nuestros autores, por el contrario, dicen poco y hablan mucho. Darnos sin cesar su juicio por ley no es medio de formar el nuestro. La diferencia entre esos dos gustos se deja sentir en todos los monumentos e incluso sobre las tumbas. Las nuestras están cubiertas de elogios; sobre las de los antiguos se leían hechos.

*Sta, viator; heroem calcas**.

Aunque hubiera encontrado este epitafio sobre un monumento antiguo, habría adivinado enseguida que era moderno, porque nada hay tan común como los héroes entre nosotros, mientras que entre los antiguos eran raros. En lugar de decir que un hombre era un héroe habrían dicho lo que había dicho para serlo. Con el epitafio de este héroe comparad el del afeminado Sardanápalo:

Edifiqué Tarso y Anquiale en un día,
*y ahora estoy muerto***.

¿Cuál dice más, en vuestra opinión? Nuestro estilo lapidario con su énfasis sólo sirve para inflar enanos. Los antiguos mostraban los hombres al natural y se veía que eran hombres. Honrando la memoria de varios guerreros matados a traición en la retirada de los diez mil, Jenofonte dice: «*Murieron irreprochables en la guerra y en la amistad****». Eso es todo;

---

* «Detente, viajero, estás pisando a un héroe», epitafio de François de Mercy, general lorenés al servicio de Alemania, enterrado en el campo de batalla de Nordlingen (1645) donde había sido derrotado por Condé.

**Estrabón (*Geografía*, XIV, v. 9) traslada el epitafio de Sardanápalo de forma algo distinta: «Sardanápalo, hijo de Anacindarajes, hizo construir en un solo día la ciudad de Anquiale y la de Tardo. Caminante, come, bebe, diviértete, que todo lo demás no vale una futesa».

*** Jenofonte (*Anábasis*, II, 6).

pero pensad, por este elogio tan corto y tan sencillo, de qué debía tener el corazón lleno el autor... ¡Desgraciado el que no encuentre esto admirable!

Sobre un mármol de las Termópilas se leían estas palabras grabadas:

*Caminante, ve a decir a Esparta que hemos muerto aquí por obedecer sus sagradas leyes**.

Se ve de sobra que no fue la Academia de inscripciones la que compuso ésta.

Muy engañado debo estar si mi alumno, que tan poco valor da a las palabras, no dirige su primera atención sobre estas diferencias y si ellas no influyen en la selección de sus lecturas. Arrastrado por la viril elocuencia de Demóstenes, dirá: Es un orador; pero al leer a Cicerón, dirá: es un abogado.

En general, Emilio sentirá mayor gusto por los libros de los antiguos que por los nuestros, aunque sólo sea porque, siendo anteriores, los antiguos están más cerca de la naturaleza y porque su genio le es más propio. Sea lo que fuere lo que hayan podido decir La Motte y el abate Terrasson, no hay verdadero progreso de razón en la especie humana, porque cuanto se gana por un lado se pierde por otro, porque todos los espíritus parten siempre del mismo punto, y porque, al ser tiempo perdido el que se emplea en saber lo que otros han pensado para aprender a pensar uno mismo, tenemos más luces adquiridas y menos vigor de espíritu. Nuestros espíritus son como nuestros brazos, ejercitados en hacer todo mediante herramientas y nada por sí mismos. Fontenelle decía que toda esta disputa sobre los antiguos y los modernos se reducía a saber si los árboles de antaño eran más grandes que los de hoy: si la agricultura hubiera cambiado, no sería impertinente hacer esa pregunta**.

---

* Heródoto (*Historias*, VI, 228).

** La antigua querella de los antiguos y los modernos había sido reactivada por Antoine Houdar de La Motte (1672-1731), quien había publicado en 1714 un *Discours sur Homère* al que contestó el abate Jean Terrasson (1670-1750) con una *Dissertation critique sur l'Iliade de Homère* (1715). En cuanto a Fontenelle, su libro *Digression sur les Anciens et les Modernes* se inicia con la observación a la que alude Rousseau.

Después de haberle hecho ascender así a las fuentes de la pura literatura, le muestro también los sumideros en los estanques de los modernos compiladores, periódicos, traducciones, diccionarios; él lanza una ojeada sobre todo eso, luego lo deja para no volver nunca sobre ellos. Le hago oír, para divertirle, el parloteo de las academias; le hago observar que, cada uno de los que las componen, solo vale siempre más que con la corporación: bastará para que saque por sí mismo la consecuencia de la utilidad de todas esas hermosas instituciones*.

Lo llevó a los espectáculos para estudiar no las costumbres, sino el gusto; porque es ahí, sobre todo, donde se muestra a los que saben pensar. Olvidaos de los preceptos y la moral, le diría; no es aquí donde hay que aprenderlos. El teatro no está hecho para la verdad; está hecho para halagar, para divertir a los hombres; no hay escuela donde se le enseñe tan bien el arte de agradarles y de interesar al corazón humano. El estudio del teatro lleva al de la poesía; tienen exactamente el mismo objeto. Si posee una chispa de gusto por ella, ¡con qué placer cultivará las lenguas de los poetas, el griego, el latín, el italiano! Estos estudios serán para él entretenimiento sin molestias, y por eso le aprovecharán más; le resultarán deliciosos en una edad y unas circunstancias en que el corazón se interesa con todo su encanto por todos los géneros de bellezas hechos para conmoverle. Imaginaos a un lado a mi Emilio y al otro a un pícaro de colegio leyendo el cuarto libro de la *Eneida,* o a Tibulo, o el *Banquete* de Platón: ¡qué diferencia! ¡Cómo se conmueve el corazón del uno con lo que no afecta siquiera al otro! ¡Oh, buen joven!, detente, suspende tu lectura, te veo demasiado emocionado. Quiero que el lenguaje del amor te plazca, mas no que te extravíe. Sé hombre sensible, pero también hombre prudente. Si no eres más que uno de los dos, no eres nada. Por lo demás, que triunfe o no en las lenguas muertas, en las bellas

* Lo que Rousseau califica de «sumideros» son todas las fuentes que él mismo empleaba: diccionarios —Moreri, Bayle—, periódicos —el *Journal de Trévoux*—, los folletos de actas de la Academia de Ciencias, compilaciones como el *Traité de l'opinion,* de Saint-Aubin, del que tantas cosas tomó. En cuanto a su desprecio por las Academias, no debe olvidarse que Rousseau mendigó los votos de la de Dijon, cuyo elogio hizo en el *Discurso sobre las ciencias y las artes,* y que fue rechazado como candidato por la Academia francesa y por la de Nancy.

letras, en la poesía, poco me importa. No valdrá menos si no sabe nada de todo eso, y no es de todas esas bromas de lo que se trata en su educación.

Mi principal objetivo al enseñarle a sentir y a amar lo bello en todos los géneros es fijar sus afecciones y sus gustos, impedir que sus apetitos naturales se alteren, y que no busque un día en su riqueza los medios de ser feliz que debe encontrar más cerca. He dicho en otra parte que el gusto no era más que el arte de conocerse en pequeñas cosas, y es muy cierto: pero dado que es de un tejido de pequeñas cosas del que depende el encanto de la vida, tales cuidados son cualquier cosa menos indiferentes; por ellos aprendemos a llenarla de los bienes puestos a nuestro alcance, en toda la verdad que pueden tener para nosotros. No me refiero aquí a los bienes morales que atañen a la buena disposición del alma, sino sólo a lo que es propio de la sensualidad, de la voluptuosidad real, dejando aparte los prejuicios y la opinión.

Para mejor desarrollar mi idea, permítaseme dejar un momento a mi Emilio, cuyo corazón puro y sano ya no puede servir de regla a nadie, y buscar en mí mismo un ejemplo más sensible, y más cercano a las costumbres del lector.

Hay estados que parecen cambiar la naturaleza, y refundir, sea para mejor, sea para peor, a los hombres que los ocupan. Un cobarde se vuelve valiente al entrar en el regimiento de Navarra; no es sólo en lo militar donde se adquiere el espíritu de cuerpo, y no es siempre para bien como se dejan sentir sus efectos. Cien veces he pensado con espanto que si tuviera la desgracia de ejercer hoy el empleo que yo sé en ciertos países, mañana sería casi inevitablemente tirano, concusionario, destructor del pueblo, nocivo para el príncipe, enemigo por estado de toda humanidad, de toda equidad, de toda especie de virtud.

De igual modo, si yo fuera rico, habría hecho todo lo que es menester para conseguirlo; sería pues insolente y ruín, sensible y delicado sólo conmigo, despiadado y duro con todo el mundo, espectador desdeñoso de las miserias de la canalla; porque no daría otro nombre a los indigentes, para hacer olvidar que en otro tiempo yo pertenecí a su clase. Finalmente, haría de mi fortuna el instrumento de mis placeres, que serían únicamente

los que me preocuparían; y hasta ahí sería como todos los demás.

Pero en lo que creo que me diferenciaría mucho es en que sería sensual y voluptuoso más que orgulloso y vano, que me entregaría al lujo de molicie más que al lujo de ostentación. Sentiría incluso cierta vergüenza de mostrar excesivamente mi riqueza, y siempre creería estar viendo al envidioso al que aplastaría con mi boato diciendo al oído de sus vecinos: *¡He ahí un bribón que tiene mucho miedo de ser conocido por tal!*

De esa inmensa profusión de bienes que cubren la tierra, buscaría lo que me resulta más agradable y que mejor puedo conseguir: para ello, el primer uso de mi riqueza sería comprar el ocio y la libertad, a lo que añadiría la salud si se pudiera comprar; pero como sólo se compra con la templanza, y como sin la salud no hay verdadero placer en la vida, seré temperante por sensualidad.

Permanecería siempre tan cerca de la naturaleza como fuera posible para halagar los sentidos que de ella recibí, muy seguro de que cuanto más pusiera ella de su parte en mis goces, más realidad encontraría yo en ellos. En la elección de los objetos de imitación la tomaría siempre por modelo, en mis apetitos le daría preferencia, en mis gustos la consultaría siempre, en los platos querría siempre los que ella mejor prepara y en los que pasan por menos manos para llegar a nuestras mesas. Me anticiparía a las falsificaciones del fraude, saldría al encuentro del placer. Mi tonta y grosera glotonería no enriquecería a ningún hostelero; ninguno me vendería a peso de oro veneno por pescado; mi mesa no estaría cubierta con gran aparato de magníficas porquerías y carroñas lejanas; prodigaría mi propio esfuerzo para satisfacción de mi sensualidad, porque entonces ese esfuerzo es un placer en sí mismo, que ella añade al que se espera. Si quisiera saborear un plato del fin del mundo, iría como Apicio* en su busca antes que hacerlo venir. Porque los platos más exquisitos siempre carecen de un sazonamiento que no se trae con ellos y que ningún cocinero les da: el aire del clima que los ha producido.

Por la misma razón, no imitaría a quienes, no encontrándose

* Gastrónomo de la época de Augusto que viajó a África para comer allí cangrejos. La anécdota la refiere Ateneo en el *Banquete de los sofistas,* I, 12.

bien sino donde no están, siempre ponen a las estaciones en contradicción consigo mismas, y a los climas en contradicción con las estaciones, que, buscando el verano en invierno y el invierno en verano, van a tener frío a Italia y calor al norte; sin pensar que, creyendo huir del rigor de las estaciones, lo encuentran en los lugares en donde no han aprendido a protegerse de él. Yo me quedaría en mi sitio, o adoptaría la opinión contraria: querría sacar de una estación cuanto tiene de agradable y de un clima cuanto tiene de particular. Tendría una diversidad de placeres y de hábitos, que no se parecerían y que siempre se correspondería con la naturaleza; iría a pasar el verano a Nápoles y el invierno a Petersburgo; respirando un dulce céfiro, unas veces recostado en las frescas grutas de Tarento, otras en la iluminación de un palacio de hielo, casi sin aliento y fatigado de los placeres del baile.

En el servicio de mi mesa, en la decoración de mi alojamiento querría imitar con adornos muy sencillos la variedad de las estaciones y sacar de cada una todas sus delicias sin gozar por anticipado las siguientes. Hay esfuerzo y no gusto en perturbar así el orden de la naturaleza, en arrancarle producciones involuntarias que da a pesar suyo, en su maldición*, y que no teniendo ni calidad ni sabor no pueden ni nutrir el estómago ni agradar al paladar. Nada hay más insípido que las primicias; y sólo con grandes dispendios tal rico de París con sus hornos y sus invernaderos consigue a fin de cuentas no tener en su mesa durante todo el año sino malas legumbres y malos frutos. Si yo tuviera cerezas cuando hiela y melones ambarinos en pleno invierno, ¿con qué placer los gustaría cuando mi paladar no necesita ser humedecido ni refrescado? Cubrir la chimenea en el mes de enero de vegetaciones forzadas, de flores pálidas y sin olor, no supone tanto adornar el invierno como desarrollar la primavera; es privarse el placer de ir a los bosques en busca de la primera violeta, espiar el primer brote y exclamar con un estremecimiento de alegría: mortales, no estáis abandonados, la naturaleza vive todavía.

Para estar bien servido tendría pocos criados; esto ya se ha dicho, pero conviene repetirlo. Un burgués consigue un servicio

* Evocación de la maldición de la naturaleza en el Génesis (III, 7): «El suelo será maldito por tu causa»...

más auténtico de su único lacayo que un duque de los diez señores que lo rodean. Cien veces he pensado que teniendo en la mesa mi vaso a mi lado bebo en el instante que me place, mientras que si tuviera una mesa de etiqueta sería preciso que veinte voces repitiesen: «a beber», antes de que yo pudiera aplacar mi sed. Cuanto se hace por medio de otro se hace mal, se haga como se quiera. No mandaría a nadie a la tienda, iría yo mismo. Iría para que mis gentes no tratasen con los tenderos antes que yo, para elegir con mayor seguridad y pagar más barato, iría para hacer un ejercicio agradable, para ver un poco lo que se hace fuera de mi casa; esto recrea, y a veces instruye; por último iría por ir, que siempre es algo. El hastío comienza por la vida demasiado sedentaria; cuando uno sale mucho, se aburre poco. No hay peores intérpretes que un portero y unos lacayos; no querría tener siempre gentes de ésas entre yo y el resto del mundo, ni marchar siempre con el estrépito de una carroza como si tuviera miedo a ser abordado. Los caballos de un hombre que se sirve de sus piernas siempre están dispuestos; si están cansados o enfermos, él lo sabe antes que cualquier otro, y no tiene miedo a verse obligado a permanecer en casa con ese pretexto cuando su cochero quiere tomarse un rato libre: en el camino, mil obstáculos no le hacen consumirse de impaciencia, ni permanecer detenido cuando quisiera volar. Por último, si nadie nos sirve nunca tan bien como nosotros mismos, aunque seamos más poderosos que Alejandro y más ricos que Creso, no se debe recibir de los demás sino los servicios que uno no puede prestarse por sí mismo.

No querría tener un palacio por morada; porque en ese palacio yo no ocuparía más que una habitación; toda pieza común no es de nadie, y el cuarto de cada uno de mis criados me sería tan ajeno como el de mi vecino. Aunque muy voluptuosos, los orientales viven y amueblan sus casas con gran sencillez. Miran la vida como un viaje y su casa como una taberna. Esta razón puede poco sobre nosotros los ricos, que nos preparamos como si fuéramos a vivir siempre; pero yo tendría una distinta que producirá el mismo efecto. Me parecería que instalarme con tanto aparato en un lugar sería desterrarme de todos los demás y encarcelarme, por así decir, en mi palacio. ¿Hay algún palacio más hermoso que el mundo? ¿No pertenece

todo él al rico cuando quiere gozar? *Ubi bene, ibi patria**: ésa es su divisa; sus lares son los lugares donde el dinero lo puede todo, su país está doquiera puede pasar su caja de caudales, como Filipo tenía por suya toda plaza fuerte donde pudiera meter un mulo cargado de dinero**. ¿Por qué, pues, ir a circunscribirse entre paredes y puertas para no salir nunca? ¿Que una epidemia, una guerra, o una revuelta me expulsa de un lugar? Me voy a otro, y me encuentro con que mi mansión ha llegado antes que yo. ¿Por qué tomarse el trabajo de hacerme una yo mismo, si construyen para mí en todo el universo? ¿Por qué, tan apremiado por vivir, prepararme con tanta antelación placeres que puedo encontrar desde hoy? Es imposible prepararse un destino agradable poniéndose constantemente en contradicción consigo. Por eso reprochaba Empédocles a los agrigentinos que amontonaran los placeres como si no tuvieran más que un día de vida y edificaran como si no debieran morir nunca***.

Además, ¿de qué me sirve un alojamiento tan amplio teniendo tan poco con qué poblarlo, y menos con qué llenarlo? Mis muebles serían sencillos como mis gustos; no tendría ni galería ni biblioteca, sobre todo si amo la lectura y entiendo de cuadros. Sabría entonces que tales colecciones nunca están completas y que el defecto de lo que les falta causa más pesar que no tener nada. En esto la abundancia provoca la miseria: no hay coleccionista que no lo haya experimentado. Cuando se sabe esto, no debe hacerse; no hay gabinete que mostrar a los otros cuando sabemos servirnos de él para nosotros mismos.

El juego no es un entretenimiento de rico, es el recurso de un desocupado, y mis placeres me ofrecerían demasiadas ocupaciones para tener tiempo que llenarlo tan mal. Siendo solitario y pobre no juego a nada, salvo algunas veces al ajedrez, y ya es demasiado. Si fuera rico jugaría menos todavía y solamente a juegos sin importancia para no ver descontentos ni estarlo. El interés del juego, al carecer de motivo en la opulencia,

---

* «Donde se vive bien está la patria».

** Plutarco (*Dichos notables de los antiguos reyes, príncipes y capitanes*, 27).

*** Montaigne (*Essais*, II, 1), que toma la anécdota de Diógenes Laercio (*Vida de los filósofos*, VIII, 63).

nunca puede mudarse en furor sino en un espíritu mal hecho. Los beneficios que un hombre rico puede sacar del juego siempre le resultan menos sensibles que las pérdidas, y como la forma de los juegos moderados, que desgasta el beneficio a la larga, hace que en general causen más pérdidas que ganancias, pensando bien no puede uno aficionarse demasiado a un entretenimiento en que hay contra uno riesgos de todo tipo. Quien alimenta su vanidad con las preferencias de la fortuna puede buscarlas en objetos mucho más excitantes, y esas preferencias de la fortuna puede buscarlas en objetos mucho más excitantes, y esas preferencias no se notan menos en el juego más pequeño que en el más grande. El gusto por el juego, fruto de la avaricia y del hastío, no prende sino en un espíritu y en un corazón vacíos, y me parece que tendré bastante sentimiento y conocimientos para prescindir de semejante ayuda. Rara vez se ve a los pensadores divertirse mucho en el juego, que suspende ese hábito o lo vuelve hacia áridas combinaciones; por ello uno de los bienes y tal vez el único que ha producido el gusto por las ciencias es amortiguar un poco esa sórdida pasión: es preferible que nos ejercitemos en probar la utilidad del juego que entregarnos a él. Yo lo combatiría entre los jugadores, y me divertiría más burlándome de ellos viéndoles perder que ganándoles su dinero.

Sería el mismo en mi vida privada y en el trato del mundo. Querría que mi fortuna generalizase la comodidad y no hiciera sentir nunca la desigualdad. El oropel de la ostentación es incómodo por mil aspectos. Para conservar toda la libertad posible entre los hombres, querría ir vestido de forma que en todos los rangos pareciese que estoy en mi sitio y que no se me distinguiese en ninguno; que sin afectación, sin cambio sobre mi persona, fuese pueblo en el ventorrillo y buena compañía en el Palacio Real. Más dueño así de mi conducta, siempre pondría a mi alcance los placeres de todos los estados. Hay, según dicen, mujeres que cierran su puerta a los puños bordados y que no reciben a quien no lleve encaje. Por tanto iría a pasar mi jornada a otra parte, aunque, si esas mujeres fueran jóvenes y hermosas, alguna vez podría ponerme los encajes para pasar allí la noche a lo sumo.

El único vínculo con mis compañías sería el efecto mutuo, la conformidad de gustos, la conveniencia de caracteres; me

entregaría a ellas como hombre y no como rico, nunca permitiría que su encanto fuera envenenado por el interés. Si mi opulencia me hubiera dejado algun rasgo de humanidad, extendería a lo lejos mis servicios y mis favores, pero querría tener a mi alrededor una compañía y no una corte, amigos y no protegidos, no sería el patrón de mis invitados, sería su huésped. La indigencia y la igualdad dejarían a mis relaciones todo el candor de la benevolencia, y allí donde no tuvieran cabida ni el deber ni el interés, el placer y la amistad serían los únicos en dictar la ley.

No se compra ni el amigo ni la amada. Es fácil tener mujeres con dinero, pero es el medio de no ser nunca el amado de ninguna. Lejos de que el amor sea vendible, el dinero lo mata infaliblemente*. Quien paga, aunque sea el hombre más digno de amor, sólo por el hecho de pagar no puede ser amado mucho tiempo: pronto pagará por otro, o, mejor aún, ese otro será pagado con su dinero, y en este doble lazo formado por el interés, por el desenfreno, sin amor, sin honor, sin verdadero placer, la mujer ávida, infiel y miserable, tratada por el vil que recibe como ella trata al necio que da, queda de ese modo libre respecto a los dos. Será dulce ser liberal con quien se ama si eso no constituyera un comercio. No conozco más que un medio de satisfacer esa inclinación hacia la amada sin envenenar el amor; es darle todo y ser luego sostenido por ella. Queda por saber dónde está la mujer con la que tal proceder no fuese extravagante.

El que decía: poseo a Lais sin que ella me posea, decía una frase tonta**. La posesión que no es recíproca no es nada, es, cuando más, la posesión del sexo, pero no del individuo. Ahora bien, donde no existe la moral del amor, ¿por qué hacer asunto tan importante del resto? Nada es tan fácil de encontrar. Un arriero está más cerca en ese punto de la felicidad que un millonario.

¡Oh, si se pudieran desarrollar suficientemente las inconse-

* «Mujeres por dinero perderían para mí todos sus encantos; dudo incluso de que yo tuviera capacidad de aprovecharlas» (*Confessions, O.C.*, Pléaide, II, pág. 75).

** El filósofo Aristipo, según Diógenes Laercio (*Vida de los filósofos*, II, 75).

cuencias del vicio, cuán lejos de nuestro objetivo lo encontraríamos una vez obtenido lo que buscábamos! ¿Por qué esa bárbara avidez por corromper la inocencia, por convertir en víctima a un objeto joven al que se hubiera debido proteger y al que con ese primer paso se arrastra inevitablemente a un abismo de miserias del que sólo saldrá con la muerte? Brutalidad, vanidad, estupidez, error y nada más. Ese placer mismo no pertenece a la naturaleza, pertenece a la opinión, y a la opinión más vil, puesto que deriva del desprecio de uno mismo. Quien se siente el último de los hombres teme la comparación con cualquier otro y quiere pasar el primero para ser menos odioso. Mirad si los más ávidos de ese guiso imaginario son alguna vez jóvenes amables, dignos de agradar, y a quienes su exigencia haría más merecedores de excusa. No, con figura, con mérito y con sentimientos se teme poco la experiencia de la amada; con justa confianza se le dice: conoces los placeres, no importa; mi corazón te promete los que nunca has conocido*.

Pero un viejo sátiro ajado por el desenfreno, sin encanto, sin miramientos, sin atenciones, sin ninguna clase de honestidad, incapaz, indigno de agradar a cualquier mujer que entienda en gentes amables, cree suplir todo eso en una joven inocente, ganando por la mano a la experiencia, y dándole la primera emoción de los sentidos. Su última esperanza es agradar valiéndose de la novedad; he ahí, indiscutiblemente, el motivo secreto de esa fantasía: pero se engaña, el horror que causa no pertenece menos a la naturaleza que los deseos que querría excitar; se equivoca también en su loca expectativa; esa misma naturaleza se preocupa de reivindicar sus derechos: toda joven que se vende ya se ha dado, y, habiéndose dado eligiendo, hace la comparación que él teme. Compra, pues, un placer imaginario, y no es por ello menos aborrecido.

En cuanto a mí, por más que cambie si fuera rico, hay un punto en el que nunca cambiaré. Si no me quedan ni costumbres ni virtud, me quedará al menos algún gusto, algún sentido, alguna delicadeza; y esto me librará de gastar mi fortuna ingenuamente corriendo tras quimeras, de agotar mi bolsa y mi

* En las *Confessions* (*O.C.*, Pléiade, I, 331), Rousseau refiere los inicios de su relación con Thérèse.

vida haciéndome traicionar y burlar por muchachuelas. Si fuera joven, buscaría los placeres de la juventud, y como los querría en toda su voluptuosidad, no los buscaría como hombre rico. Si permaneciese tal como soy, sería otra cosa; me limitaría prudentemente a los placeres de mi edad; adquiriría los gustos de que puedo gozar, y ahogaría los que no pueden darme otra cosa que tormentos. No iría a ofrecer mi barba cana a los desdenes burlones de las jóvenes; ni soportaría ver que mis repugnantes caricias las revolvían el estómago, ni darles pie para que, a expensas mías, hicieran los más ridículos relatos, ni imaginarlas describiendo los villanos placeres del viejo mono para vengarse de haberlos soportado. Que si hábitos mal combatidos hubieran convertido mis antiguos deseos en necesidades, tal vez los satisfaría, pero con vergüenza, sonrojándome de mí mismo. Prescindiría de la pasión de la necesidad, me arreglaría lo mejor que pudiera y me limitaría sólo a eso; no me haría una ocupación de mi debilidad, y querría, sobre todo, que no hubiera más que un solo testigo. La vida humana tiene otros placeres cuando ésos le faltan; corriendo en vano tras los que se van se priva uno de los que nos han quedado. Cambiemos de gustos con los años, no desplacemos ni las edades ni las estaciones; hay que ser uno mismo en todo tiempo y no luchar contra la naturaleza: esos vanos esfuerzos gastan la vida y nos impiden saborearla.

El pueblo apenas se aburre, su vida es activa; si sus diversiones no son variadas, son raras; muchos días de fatiga le hacen gozar con delicias unos pocos días de fiesta. Una alternativa de largos trabajos y de cortos descansos sirve de condimento a los placeres de su estado. Para los ricos, su gran azote es el hastío; en el seno de tantas diversiones reunidas con gran esfuerzo, en medio de tantas gentes concurriendo a su placer, el hastío los consume y los mata; pasan su vida huyendo de él y siendo por él alcanzados, se ven abrumados por su insoportable peso; las mujeres, sobre todo, que no saben ni tener ocupaciones ni divertise, son devoradas por él bajo el nombre de vapores; el hastío se transforma para ellas en un mal horrible que las priva a veces de la razón y finalmente de la vida. En cuanto a mí, no conozco destino más horrible que el de una mujer bonita de París salvo el del pequeño galán unido a ella, que, mudado igualmente en mujer ociosa, se aleja

así doblemente de su estado, y al que la vanidad de ser hombre afortunado con las damas hace soportar la interminable lentitud de los más tristes días que jamás haya pasado criatura humana.

Las conveniencias, las modas, las costumbres que derivan del lujo y la apariencia, encierran el curso de la vida en la uniformidad más desapacible. El placer que se pretende aparentar ante los ojos ajenos es perdido para todo el mundo: no se goza ni para ellos ni para uno[37]. El ridículo, que la opinión teme sobre todas las cosas, está siempre a su lado para tiranizarla y para castigarla. Nunca es uno ridículo sino por unas formas determinadas; el que sabe variar sus situaciones y sus placeres borra hoy la impresión de ayer; es como si no existiese en el espíritu de los hombres, pero goza, porque está totalmente concentrado en cada hora y en cada cosa; mi única forma constante sería ésta: en cada situación no me ocuparía de ninguna otra, y tomaría cada día en sí mismo, como si fuera independiente de la víspera y del día siguiente. Igual que sería pueblo con el pueblo, sería campesino en los campos, y cuando hablase de agricultura no se burlaría de mí el campesino. No iría a construirme una ciudad en el campo ni a levantar en el fondo de una provincia delante de mi casa las Tullerías. En la falda de alguna agradable colina bien sombreada tendría una casita rústica, una casa blanca de contraventanas verdes, y aunque un techo de bálago sea en todas las estaciones el mejor, preferiría magníficamente, no la triste pizarra, sino la teja, porque tiene un aire más limpio y más alegre que el bálago, porque en mi país no se cubren de otra forma las casas, y porque eso me recordaría un poco el feliz tiempo de mi juventud. Tendría por patio un corral, y por cuadra un establo con vacas para tener productos lácteos que me gustan mucho. Tendría un huerto por jardín y por parque un hermoso vergel semejante al que luego describiré. Los frutos, a discreción de los paseantes, no se contarían ni los recogería mi jardinero, y mi avara magnificencia no mostraría a los ojos espalderas soberbias que apenas se atreve uno a tocar. Y esta pequeña prodigalidad sería poco costosa, porque habría escogido mi asilo en alguna provincia alejada donde se viese poco dinero y mucho género, y donde reinasen la abundancia y la pobreza.

Allí reuniría una compañía más selecta que numerosa, de

amigos amantes del placer y que entiendan de él, de mujeres que puedan salir de su sillón y prestarse a los juegos campestres, que puedan coger algunas veces, en lugar de la lanzadera y las cartas, la caña, las varetas, el rastrillo para el heno y el capacho de los vendimiadores. Allí se olvidarían de todos los usos de la ciudad y, aldeanos en la aldea, nos encontraríamos entregados a multitud de distracciones diversas que no nos darían cada noche más preocupación que la de elegir para el día siguiente. El ejercicio y la vida activa harían en nosotros un nuevo estómago y nuevos gustos. Todas nuestras comidas serían festines donde la abundancia agradaría más que la delicadeza. La jovialidad, los trabajos rústicos, los retozones juegos son los mejores cocineros del mundo, y los guisados finos resultan muy ridículos para gentes en acción desde la salida del sol. El servicio no tendría más orden que elegancia; el comedor estaría en todas partes, en el jardín, en una barca, bajo un árbol; a veces lejos, junto a un manantial, sobre la hierba verde y fresca, bajo unas matas de alisos y avellanos una larga procesión de alegres comensales llegaría cantando los preparativos del festín; tendríamos el césped por mesa y por silla, las orillas de la fontana servirían de aparador y el postre colgaría de los árboles. Los platos se servirían sin orden, el apetito dispensaría de modales; como todos se preferirían abiertamente a los demás, a todos les parecería bien que los demás se prefiriesen de igual modo a sí mismos: de esa familiaridad cordial y moderada nacería, sin vulgaridad, sin falsedad, sin coacción, una pugna festiva cien veces más encantadora que la cortesía, y más idónea para unir los corazones. Ningún importuno lacayo espiaría nuestras charlas, ni criticaría en voz baja nuestras conversaciones, ni contaría nuestros trozos con mirada ávida, ni se divertiría haciéndonos esperar la bebida y murmurando por una cena demasiado larga. Seríamos nuestros criados para ser nuestros amos, cada uno sería servido por todos, pasaría el tiempo sin contarlo, la comida sería el descanso y duraría tanto como el ardor del día. Si pasara cerca de nosotros algún campesino de regreso de su labor con los aperos al hombro, yo le alegraría el corazón con algunas frases amables, con algunos tragos de vino que le harían sobrellevar con mayor alegría su miseria; y también yo

tendría el placer de sentirme conmover un poco las entrañas, y decirme en secreto: todavía soy hombre.

Si alguna fiesta campestre reuniese a los habitantes del lugar, yo sería uno de los primeros en acudir a ella con mi tropa; si en mi vecindad se celebrasen algunos matrimonios más bendecidos por el cielo que los de las ciudades, se sabría que me gusta la alegría y me invitarían a ellos. Llevaría a esas buenas gentes dones simples como ellos, que contribuirían a la fiesta, y allí encontraría, a cambio de bienes de un precio inestimable, bienes muy poco conocidos por mis iguales: la franqueza y el verdadero placer. Cenaría alegremente en un extremo de su larga mesa, haría coro al estribillo de una vieja canción rústica, y bailaría en su granja de mejor gana que en el baile de la Ópera.

Hasta aquí todo marcha de maravilla, me dirán, pero ¿y la caza? ¿Estar en el campo y no cazar? Comprendo: yo sólo deseaba una alquería, y estaba equivocado. Me supongo rico, he menester, por tanto, de placeres exclusivos, de placeres destructivos: eso ya es otra cosa. He menester de tierras, de bosques, de guardas, de rentas, de honores señoriales, sobre todo de incienso y de agua bendita.

Muy bien; pero esa tierra tendrá vecinos celosos de sus derechos, y deseosos de usurpar los de otros; nuestros guardas se pelearán, y tal vez los amos: ya tenemos altercados, querellas, odios, procesos cuando menos; eso ya no resulta muy agradable. Mis vasallos no verán con agrado que mis liebres labren sus trigos, ni mis jabalíes sus habas; no atreviéndose a matar al enemigo que destruye su trabajo, querrán por lo menos expulsarlo de su campo; después de haber pasado el día cultivando sus tierras, tendrán que pasarse la noche guardándolas; tendrán mastines, tambores, cornetas, campanillas, con toda esa barahúnda perturbarán mi sueño: a pesar mío pensaré en la miseria de esas pobres gentes y no podré dejar de reprochármela. Si tuviera el honor de ser príncipe, apenas me afectaría todo eso; pero, advenedizo, nuevo rico, todavía tendré el corazón algo plebeyo*.

* La observación parece aludir al conde de Charolais, que llegaba cazando hasta Montmorency y los campesinos se veían «obligados a pasar las noches entre sus habas y sus guisantes con calderos, tambores y campanillas para alejar a los jabalíes» (*Confessions, O.C.*, Pléiade, I, 575).

Esto no es todo: la abundancia de caza tentará a los cazadores; pronto tendré furtivos que castigar; necesitaré prisiones, carceleros, arqueros, galeras: todo esto me parece bastante cruel. Las mujeres de esos desventurados asediarán mi puerta y me importunarán con sus gritos, o habrá que echarlas, maltratarlas. Los pobres que no hayan cazado como furtivos y cuya cosecha haya forrajeado mi caza, vendrán a quejarse por su lado: uno serán castigados por haber matado la caza, otros se habrán arruinado por haberla respetado; ¡qué triste alternativa! Por todas partes no veré más que objetos de miseria, no oiré más que gemidos: en mi opinión, todo esto debe enturbiar mucho el placer de matar a gusto un tropel de perdices y de liebres casi bajo los pies.

¿Queréis eliminar de los placeres sus penas? Quitadles su exclusividad: cuanto más comunes los dejéis a los hombres, más puros los gozaréis siempre. No haré, pues, cuanto acabo de decir; sin cambiar de gustos, seguiré el que me suponga menores gastos. Estableceré mi morada campesina en una región donde la caza sea libre para todo el mundo y donde yo pueda tener la diversión sin obstáculos. La caza será más escasa, pero habrá más habilidad para buscarla y más placer en alcanzarla. Recordaré los latidos de corazón que sentía mi padre ante el vuelo de la primera perdiz, y los transportes de alegría con que hallaba la liebre que había buscado durante todo el día. Sí, afirmo que solo con su perro, cargado con su fusil, su morral, su cuerno para pólvora y su pequeña presa, volvía al anochecer, rendido de fatiga y desgarrado por las zarzas, más contento de su jornada que todos vuestros cazadores de callejuela que, en un buen caballo, seguidos por veinte fusiles cargados, no hacen más que cambiarlos, disparar y matar a su alrededor, sin arte, sin gloria y casi sin ejercicio. El placer no es, pues, menor, y el inconveniente desaparece cuando no se tiene ni tierra que guardar ni furtivo que castigar ni miserable que atormentar. He ahí una sólida razón para preferirlo. Se haga lo que se haga, no se atormenta indefinidamente a los hombres sin dejar de recibir también alguna inquietud, y las continuas maldiciones del pueblo amargan antes o después la caza.

Es más: los placeres exclusivos son la muerte del placer. Las verdaderas diversiones son las que se comparten con el

pueblo; las que se quieren tener para uno solo, no se tienen: si las tapias que levanto alrededor de mi parque lo convierten en una triste clausura, no he hecho sino privarme, con gran gasto, del placer del paseo: heme ahí forzado a ir a buscarlo lejos. El demonio de la propiedad infecta cuanto toca. Un rico quiere ser en todas partes el amo, y únicamente no se encuentra bien donde no lo es: siempre se ve obligado a huir. En cuanto a mí, sobre esto haré en mi riqueza lo que hice en mi pobreza. Más rico ahora con el caudal de los demás de lo que nunca seré con el mío, me apodero de todo lo que me conviene en mi vecindad; no hay conquistador más decidido que yo; usurpo a los príncipes mismos; me acomodo sin distinción en todos los terrenos abiertos que me agradan; les doy nombres, hago del uno mi parque, del otro mi terraza, y heme aquí ya el dueño; desde entonces, me paseo impunemente por ellos, vuelvo a menudo para mantener su posesión; uso cuanto quiero el suelo a fuerza de caminar por él, y nunca me convencerán de que el titular del fondo de que me apropio hace mejor uso del dinero que le produce del que yo hago de su terreno. Y si llegan a molestarme con las zanjas, con los setos, poco me importa; me echo mi parque al hombro y voy a plantarlo en otra parte; no faltan los emplazamientos en los alrededores, y antes de carecer de asilo tendré mucho tiempo para saquear a mis vecinos.

He ahí una muestra del verdadero gusto en la elección de los ocios agradables; he ahí con qué espíritu se goza; todo lo demás no es sino ilusión, quimera, necia vanidad. Quien se aparte de esas reglas, por más rico que pueda ser, se comerá su oro como si fuera estiércol y no conocerá nunca el valor de la vida.

Me objetarán sin duda que tales diversiones están al alcance de todos los hombres y que no hay necesidad de ser rico para saborearlas: ahí precisamente quería yo llegar. Se disfruta cuando se quiere disfrutar: es la opinión únicamente la que vuelve todo difícil, la que arroja la felicidad delante de nosotros, y es cien veces más fácil ser feliz que parecerlo. El hombre de gusto verdaderamente voluptuoso nada tiene que hacer con la riqueza: le basta ser libre y dueño de sí. Quien goza de salud y no carece de lo necesario, si arranca de su corazón los bienes de la opinión es bastante rico; es el *aurea mediocritas* de

Horacio. Hombres de cajas de caudales, buscad pues algún otro empleo a vuestra opulencia, porque para el placer de nada sirve. Emilio no sabrá todo esto mejor que yo, pero lo sentirá mejor todavía, porque su corazón es más puro y más sano, y porque todas sus observaciones en el mundo no harán otra cosa que confirmárselo.

Mientras pasamos así el tiempo seguimos buscando a Sofía y no la encontramos. Importaba no encontrarla tan pronto, y la hemos buscado donde yo estaba completamente seguro de que no se hallaba[38].

Por fin el momento urge; ya es hora de buscarla de verdad, no vaya a ser que él se imagine una que tome por ella y que reconozca su error demasiado tarde. Adiós, pues, París, ciudad célebre, ciudad de ruido, de estiércol y de barro, donde las mujeres ya no creen en el honor ni los hombres en la virtud. Adiós, París: buscamos el amor, la felicidad, la inocencia; nunca estaremos lo bastante lejos de ti.

FIN DEL LIBRO CUARTO

Libro V*

Henos aquí llegados al último acto de la juventud, pero todavía no estamos en el desenlace. No es bueno que el hombre esté solo, Emilio es hombre; le hemos prometido una compañera, hay que dársela. Esa compañera es Sofía. ¿En qué lugares está su retiro? ¿Dónde la encontraremos? Para encontrarla, hay que conocerla. Primero sepamos lo que ella es, juzgaremos mejor sobre los lugares que habita, y cuando la hayamos encontrado aún no habremos concluido. *Dado que nuestro joven gentilhombre*, dice Locke, *está dispuesto a casarse, es hora de dejarlo junto a su amada***. Y ahí termina su obra. Como yo no tengo el honor de educar a un gentilhombre, me guardaré de imitar a Locke en este punto.

Sofía o la mujer

Sofía debe ser mujer igual que Emilio es hombre; es decir, tener todo lo que conviene a la constitución de su especie y de

* Según *Les Confessions (O.C.*, Pléiade, tomo I, pag. 521) fue en 1759, en la «isla encantada» del parque de Montmorency donde Rousseau compuso, «en un continuo éxtasis el quinto libro del Emilio, cuyo colorido bastante fresco debo en gran parte a la viva impresión del lugar donde escribía».

** Locke, *De l'éducation des enfants*, § 222.

su sexo para ocupar su puesto en el orden físico y moral. Comencemos, pues, por examinar las analogías y las diferencias de su sexo y del nuestro.

En todo lo que no atañe al sexo, la mujer es hombre: tiene los mismos órganos, las mismas necesidades, las mismas facultades; la máquina está construida de la misma manera, sus piezas son las mismas, el juego de la una es el del otro, la figura es semejante, y bajo cualquier enfoque que los consideremos no difieren entre sí prácticamente en nada.

En todo lo que atañe al sexo, la mujer y el hombre tienen en todo relaciones y diferencias; la dificultad de compararlos procede de la dificultad de determinar en la constitución de uno y otra lo que atañe al sexo y lo que no le atañe. Por la anatomía comparada, e incluso por la sola inspección, encontramos entre ellos diferencias generales que no parecen depender del sexo; sin embargo, dependen, pero por lazos que no estamos en condiciones de percibir; no sabemos hasta dónde pueden extenderse esos lazos; lo único que sabemos con certeza es que cuanto tienen en común pertenece a la especie, y que cuanto tienen de diferente pertenece al sexo; desde este doble punto de vista encontramos entre ellos tantas relaciones y tantas oposiciones que quizá sea una de las maravillas de la naturaleza haber logrado hacer dos seres tan semejantes constituyéndolos de forma tan diferente.

Estas relaciones y estas diferencias deben influir sobre lo moral; tal consecuencia es sensible y conforme con la experiencia, y muestra la vanidad de las disputas sobre la preferencia o la igualdad de los sexos; ¡como si cada uno de ellos, contribuyendo a los fines de la naturaleza según su destino particular no fuera más perfecto en esto que si se pareciera más al otro! En lo que tienen de común son iguales; en lo que tienen de diferente no son comparables: una mujer perfecta y un hombre perfecto no deben parecerse más de espíritu que de rostro, y la perfección no es susceptible de más y de menos.

En la unión de los sexos, cada uno concurre de igual forma al objetivo común, pero no de igual manera. De esa diversidad nace la primera diferencia asignable entre las relaciones morales de uno y otro. Uno debe ser activo y fuerte, el otro pasivo y débil: es totalmente necesario que uno quiera y pueda; basta que el otro resista poco.

Establecido este principio, de él se sigue que la mujer está hecha especialmente para agradar al hombre; si el hombre debe agradarle a su vez, es una necesidad menos directa, su mérito está en su potencia, agrada por el solo hecho de ser fuerte. Convengo en que no es ésta la ley del amor, pero es la de la naturaleza, anterior al amor mismo.

Si la mujer está hecha para agradar y para ser sometida, debe hacerse agradable para el hombre en lugar de provocarle: la violencia de ella reside en sus encantos; con ellos debe forzarle a él a encontrar su fuerza y a utilizarla. El arte más seguro de animar esa fuerza es hacerla necesaria por la resistencia. Entonces el amor propio se une al deseo, y uno triunfa con la victoria que el otro le hace conseguir. De ahí nacen el ataque y la defensa, la audacia de un sexo y la timidez del otro, y finalmente la modestia y la vergüenza con que la naturaleza armó al débil para someter al fuerte.

¿Quién puede pensar que esa naturaleza haya prescrito indiferentemente los mismos avances a unos y a otros, y que el primero en formar unos deseos debe ser el primero en testimoniarlos? ¡Qué extraña depravación de juicio! Teniendo la empresa consecuencias tan diferentes para los dos sexos, ¿es natural que tengan la misma audacia para entregarse a ella? ¿Cómo no se ve que, con una desigualdad tan grande en la puesta, si la reserva no impusiera al uno la moderación que la naturaleza impide al otro, pronto resultaría de ello la ruina de los dos, y que el género humano perecería por los medios establecidos para conservarlo? Con la facilidad que tienen las mujeres para conmocionar los sentidos de los hombres, e ir a despertar en el fondo de sus corazones los restos de un temperamento casi apagado, si hubiera sobre la tierra algún desventurado clima donde la filosofía hubiera introducido esa costumbre, sobre todo en los países cálidos donde nacen más mujeres que hombres, éstos, tiranizados por ellas, terminarían por ser sus víctimas, y todos se verían arrastrar a la muerte sin que jamás pudieran librarse de ella.

Si las hembras de los animales no tienen la misma vergüenza, ¿qué se deduce? ¿Tienen ellas, como las mujeres, los deseos ilimitados a los que esa vergüenza sirve de freno? En su caso el deseo no viene sino de la necesidad; una vez satisfecha la necesidad, el deseo cesa, ya no rechazan al

macho por fingimiento[1], sino de verdad: hacen todo lo contrario de lo que hacía la hija de Augusto, no reciben más pasajeros cuando el navío tiene su cargamento*. Incluso cuando son libres, sus momentos de buena voluntad son breves y pasan pronto, el instinto las empuja y el instinto las detiene; ¿dónde estará el suplemento de ese instinto negativo en las mujeres cuando les quitéis el pudor? Esperar que ellas no vuelvan a preocuparse más de los hombres es esperar que ellos ya no sirvan para nada.

El Ser Supremo ha querido honrar del todo a la especie humana: dando al hombre inclinaciones sin medida le da al mismo tiempo la ley que las regula, a fin de que sea libre y se mande a sí mismo; entregándole a pasiones inmoderadas, une a esas pasiones la razón para gobernarlas; entregando a la mujer a deseos ilimitados, une a esos deseos el pudor para contenerlos. Por añadidura, agrega todavía una recompensa actual al buen uso de sus facultades, a saber, el gusto que se toma en las cosas honestas cuando uno las hace regla de sus acciones. Todo esto vale, en mi opinión, tanto como el instinto de los animales.

Sea pues que la hembra del hombre comparta o no sus deseos y quiera o no satisfacerlos, le rechaza y se defiende siempre, pero no siempre con la misma fuerza ni por consiguiente con el mismo éxito; para que el atacante salga victorioso es preciso que el atacado lo permita o lo disponga; porque ¿cuántos medios sagaces no hay para forzar al agresor a usar la fuerza? El más libre y más dulce de todos los actos no admite violencia real, la naturaleza y la razón se oponen a ello: la naturaleza, porque ha provisto al más débil de tanta fuerza como se necesita para resistir cuando le place; la razón, porque una violencia real no es sólo el más brutal de todos los actos, sino el más contrario a su bien, sea porque el hombre declara de este modo la guerra a su compañera y la autoriza a defender su persona y su libertad a expensas incluso de la vida del agresor, sea porque la mujer es el único juez del estado en que se encuentra, y porque un niño no tendría padre si cualquier hombre pudiera usurpar sus derechos.

---

* En Brantôme (*Vie des dames galantes*, primer discurso) se refiere esa frase de Julia, hija de Augusto.

He aquí pues una tercera consecuencia de la constitución de los sexos: que el más fuerte sea el amo en apariencia y dependa en la práctica del más débil; y esto no por un frívolo uso de galantería, ni por orgullosa generosidad de protector, sino por una invariable ley de la naturaleza que, dando a la mujer mayor facilidad para excitar los deseos que al hombre para satisfacerlos, hace depender a éste, a pesar de que los tenga, del capricho del otro, y le obliga a agradarle a su vez para lograr que ella consienta en dejarle ser el más fuerte. Entonces lo más dulce que hay para el hombre en su victoria consiste en dudar entre ella y él. El espíritu de las mujeres responde en esto perfectamente a su constitución: lejos de ruborizarse de su debilidad hacen de ella su gloria; sus tiernos músculos no poseen resistencia; fingen no poder levantar los pesos más ligeros; les daría vergüenza ser fuertes. ¿Por qué? No sólo por parecer delicadas, sino por precaución más hábil; se reservan por anticipado excusas y el derecho a ser débiles en caso necesario.

El progreso de las luces adquiridas por nuestros vicios ha cambiado mucho, entre nosotros y en este punto, las antiguas opiniones, y ya apenas se habla de violencias desde que son tan poco necesarias y desde que los hombres no creen en ellas[2]; sin embargo fueron muy comunes en las altas antigüedades griegas y judías, porque esas mismas opiniones son propias de la sencillez de la naturaleza y porque sólo la experiencia del libertinaje ha podido desarraigarlas. Si en nuestros días se registran menos actos de violencia, no es seguramente porque los hombres sean más temperantes, sino porque es menos su credulidad, y porque semejante queja, que antaño hubiera convencido a pueblos simples, en nuestros días no haría sino atraer las risas de los burlones; se gana más callando. Hay en el Deuteronomio una ley por la que una muchacha seducida era castigada junto con el seductor, si el delito se había cometido en la ciudad; pero si se había cometido en el campo o en lugares apartados, sólo se castigaba al hombre; *porque*, dice la ley, *la muchacha gritó y no fue oída**. Esta benigna

* Deuteronomio, XXII, 23-27: «Si una muchacha virgen está prometida a un hombre, y otro hombre la encuentra en la ciudad y yace con ella, sacaréis a los dos a la puerta de aquella ciudad y los lapidaréis con piedras hasta que

interpretación enseñaba a las muchachas a no dejarse sorprender en los lugares frecuentados.

El efecto de estas diversidades de opiniones sobre la costumbre es sensible. Obra suya es la galantería moderna. Llegando los hombres a la conclusión de que sus placeres dependían más de lo que habían creído de la voluntad del bello sexo, cautivaron esa voluntad mediante complacencias que les han recompensado. Ved cómo lo físico nos lleva insensiblemente a lo moral, y cómo de la grosera unión de los sexos nacen poco a poco las más dulces leyes del amor. El imperio de las mujeres no les pertenece porque los hombres lo hayan querido, sino porque así lo quiere la naturaleza: les pertenecía antes de que pareciese que lo tenían; el propio Hércules, que creyó violentar a las cincuenta hijas de Tespio, se vio obligado sin embargo a hilar junto a Onfale*; y el fuerte Sansón no era tan fuerte como Dalila. Ese imperio corresponde a las mujeres y no puede serles quitado, ni siquiera cuando abusan de él; si alguna vez pudieran perderlo, hace mucho que lo habrían perdido.

En cuanto a lo que es consecuencia del sexo, no hay paridad alguna entre ambos sexos. El macho sólo es macho en ciertos instantes, la hembra es hembra toda su vida o al menos toda su juventud; todo la remite sin cesar a su sexo, y para cumplir bien sus funciones necesita una constitución referida a

---

mueran: a la muchacha, en razón de que no pidió socorro, estando en la ciudad, y al hombre, por el hecho de haber desflorado a la mujer de su prójimo. Así extirparás el mal en medio de ti. Pero si el hombre encuentra a la muchacha desposada en el campo, y, sujetándola violentamente, yace con ella, morirá solamente el hombre que con ella ha yacido; mas a la muchacha no harás nada; la joven no es merecedora de muerte, porque es como si un hombre se abalanza sobre otro y le quita la vida; así es este caso. Cuando él la encontró en el campo, la muchacha desposada gritó, pero no tuvo quien la socorriese». (*Sagrada Biblia, trad. Bover-Cantera, BAC, Madrid, 1961).*

* Tespio, rey y héroe epónimo de la ciudad de Tespias, que, deseoso de tener descendencia de su huésped Heracles, le ofreció una de sus cincuenta hijas y luego, en noches sucesivas, hizo que otras cuarenta y ocho se acostaran con él, logrando para Tespio cincuenta y un nietos heráclidas. Según la leyenda más conocida, a Ónfale, reina de Lidia, vendió Hermes a Heracles; en su casa pasaba el día el héroe vestido de mujer, con pulseras y collares, cardando lana o hilando, mientras Ónfale llevaba puesta la piel de león y se adornaba con la clava y el arco. Satisfecha la reina, que tuvo de Heracles varios hijos, con los servicios prestados por su esclavo, le devolvió la libertad.

él. Necesita miramientos durante su embarazo, necesita reposo en los partos, necesita una vida blanda y sedentaria para amamantar a sus hijos; necesita para educarlos paciencia y dulzura, un celo y un cariño que nada desalienta; sirve de unión entre ellos y su padre, ella sola se los hace amar y le da la confianza de llamarlos suyos. ¡Cuánta ternura y cuidados no necesita para mantener en la unión a toda la familia! Y finalmente todo esto no debe derivar de las virtudes sino de los gustos, sin lo cual la especie humana se habría extinguido pronto.

La misma rigidez de los deberes relativos de los dos sexos ni es ni puede ser la misma. Cuando la mujer se queja de la injusta desigualdad que en este punto han puesto los hombres, se equivoca; esa desigualdad no es una institución humana, o al menos no es obra del prejuicio sino de la razón: aquel al que la naturaleza ha encargado es quien debe responder al otro de ese depósito de los niños. Indudablemente a nadie le está permitido violar su juramento, y todo marido infiel que priva a su mujer del único premio de los austeros deberes de su sexo es un hombre injusto y bárbaro; pero la mujer infiel hace más, disuelve la familia y rompe todos los vínculos de la naturaleza; al dar al hombre hijos que no son suyos traiciona los unos y los otros, une la perfidia a la infidelidad. Casi no logro ver ningún desorden ni crimen que no derive de éste. Si hay un estado horrible en el mundo es el de un desgraciado padre que, sin confianza en su mujer, no se atreve a entregarse a los más dulces sentimientos de su corazón, que al besar a su hijo duda de si besa al hijo de otro, a la prenda de su deshonor, al ladrón de los bienes de sus propios hijos. ¿Qué es entonces la familia sino una sociedad de enemigos secretos a los que una mujer culpable arma unos contra otros forzándolos a fingir amarse mutuamente?

No importa, pues, sólo que la mujer sea fiel, sino que sea considerada tal por su marido, por sus parientes, por todo el mundo; importa que sea modesta, atenta, reservada, y que lleve a los ojos de los demás, como en su propia conciencia, el testimonio de su virtud; si importa que un padre ame a sus hijos, importa que estime a su madre. Tales son las razones que sitúan la apariencia incluso en el número de los deberes de las mujeres, y que hacen para ellas no menos indispensables

el honor y la reputación que la castidad. De estos principios deriva, con la diferencia moral de los sexos, un motivo nuevo de deber y de conveniencia que prescribe especialmente a las mujeres la atención más escrupulosa sobre su conducta, sobre sus modales, sobre su compostura. Sostener vagamente que ambos sexos son iguales y que sus deberes son los mismos, es perderse en vanas declamaciones, es no decir nada mientras no se responda a esto.

¿No es una forma de razonar muy sólida ofrecer por respuesta excepciones a leyes generales tan bien fundadas? Las mujeres, decís, no siempre tienen niños. Cierto, pero su destino propio es tenerlos. ¡Cómo! Porque haya en el universo un centenar de grandes ciudades en que las mujeres, viviendo en medio de la licencia, tienen pocos niños, ¿pretendéis que el estado de las mujeres es tener pocos? ¿Y qué sería de vuestras ciudades si los lejanos campos, donde las mujeres viven con mayor sencillez y castidad, no reparasen la esterilidad de las damas? ¿En cuántas provincias las mujeres que sólo tienen cuatro o cinco hijos, pasan por poco fecundas[3]? Finalmente, que tal o cual mujer tenga pocos hijos, ¿qué importa? El estado de la mujer, ¿es menos, por eso, ser madre? Y la naturaleza y las costumbres ¿no deben proveer a tal estado mediante leyes generales?

Aun cuando entre los embarazos hubiera unos intervalos tan largos como se supone, ¿cambiará una mujer así, brusca y alternativamente, de manera de vivir sin peligro y sin riesgo? ¿Será hoy nodriza y mañana guerrera? ¿Cambiará de temperamento y de gustos como un camaleón de colores? ¿Pasará de golpe de la sombra, de la clausura y de los cuidados domésticos a las injurias del aire, a los trabajos, a las fatigas, a los peligros de la guerra? ¿Será unas veces tímida[4] y otras valiente, unas delicada y otras robusta? Si los jóvenes educados en París apenas pueden soportar el oficio de las armas, mujeres que nunca han afrontado el sol y que apenas saben caminar, ¿lo soportarán tras cincuenta años de molicie? ¿Adquirirán este duro oficio a la edad en que los hombres lo abandonan?

Hay países en que las mujeres dan a luz casi sin esfuerzo y alimentan a sus hijos con cuidados mínimos; lo admito; pero en esos mismos países los hombres van semidesnudos en todas las estaciones, derriban a tierra a las bestias feroces, llevan a

la espalda una canoa como una mochila, hacen cacerías de setecientas u ochocientas leguas, duermen al aire libre sobre la tierra desnuda, soportan fatigas increíbles y pasan varios días sin comer. Cuando las mujeres se hacen robustas, los hombres se hacen más robustos todavía; cuando los hombres se ablandan, las mujeres se ablandan más; cuando los dos términos cambian igual, la diferencia sigue siendo la misma.

En su República, Platón adjudica a las mujeres los mismos ejercicios que a los hombres*; lo creo. Habiendo eliminado de su gobierno a las familias particulares y no sabiendo ya qué hacer con las mujeres, se ve forzado a convertirlas en hombres. Ese buen ingenio había combinado todo y previsto todo: salía al paso de una objeción que tal vez a nadie se le hubiera ocurrido hacerle, pero resolvió mal la que se le hace. No hablo de esa pretendida comunidad de mujeres, cuyo reproche tan repetido prueba que quienes se lo hacen jamás le han leído: me refiero a esa promiscuidad civil que confunde por doquier a los dos sexos en los mismos empleos, en los mismos trabajos, y no puede dejar de engendrar los abusos más intolerables; me refiero a esa subversión de los sentimientos más dulces de la naturaleza, inmolados a un sentimiento artificial que sólo puede subsistir por ellos: como si no se necesitara una base natural para formar unos vínculos de convención, como si el amor que uno tiene a sus allegados no fuera el principio del que se debe al Estado; como si no fuera por la pequeña patria, que es la familia, por donde el corazón se une a la grande; como si no fueran el buen hijo, el buen marido y el buen padre quienes hacen el buen ciudadano.

Una vez que se ha demostrado que el hombre y la mujer no están ni deben estar constituidos igual, ni de carácter ni de temperamento, se sigue que no deben tener la misma educación. Según las direcciones de la naturaleza deben obrar de consuno, pero no deben hacer las mismas cosas; el fin de los trabajos es común, pero los trabajos son diferentes, y por consiguiente los gustos que los dirigen. Después de haber tratado de formar al hombre natural, para no dejar imperfecta nuestra obra veamos cómo debe formarse también la mujer que conviene a ese hombre.

---

* *República*, libro V, 451d y ss., 460a y 461b-c.

¿Queréis siempre ser bien guiados? Seguid siempre las indicaciones de la naturaleza. Todo lo que caracteriza al sexo debe respetarse como establecido por ella. Decís sin cesar: las mujeres tienen tal o cual defecto que nosotros no tenemos: vuestro orgullo os engaña; serían defectos para vosotros, son cualidades para ellas; todo iría menos bien si no los tuvieran. Impedid que esos pretendidos defectos degeneren, pero guardaos de destruirlos.

Las mujeres, por su parte, no cesan de gritar que nosotros las educamos para ser vanas y coquetas, que las entretenemos sin cesar con puerilidades para seguir siendo los amos con más facilidad; nos acusan de los defectos que nosotros les reprochamos. ¡Qué locura! ¿Y desde cuándo son los hombres los que se meten a educar a las chicas? ¿Qué impide a las madres educarlas como les place? No tienen colegios: ¡gran desgracia! Ojalá no los hubiera para los chicos, serían educados de forma más sensata y honesta. ¿Se obliga a vuestras hijas a perder el tiempo en estupideces? ¿Les hacen pasar la mitad de su vida, a pesar suyo, en el tocador, siguiendo vuestro ejemplo? ¿Os impiden instruirlas y hacerlas instruir a vuestro gusto? ¿Es culpa nuestra si nos agradan cuando son hermosas, si sus monerías nos seducen, si las argucias que aprenden de vosotras nos atraen y halagan, si nos gusta verlas vestidas con gusto, si les dejamos afilar a capricho las armas con que nos subyugan? Bueno, tomad la decisión de educarlas como a hombres, éstos lo consentirán de buena gana. Cuanto más quieran ellas parecérseles, menos los gobernarán, y será entonces cuando ellos se conviertan verdaderamente en los amos.

No todas las facultades comunes a ambos sexos están repartidas por igual, pero tomadas en conjunto se compensan; la mujer vale más como mujer y menos como hombre; por doquiera hace valer sus derechos, saca ventaja; por doquiera pretende usurpar los nuestros, queda por debajo de nosotros. Sólo con excepciones puede responderse a esta verdad general; forma constante de argumentar de los galantes partidarios del bello sexo*.

Por tanto, cultivar en las mujeres las cualidades del hombre

* Alusión irónica contra quienes predicaban la superioridad absoluta de las mujeres.

y descuidar las que le son propias es, a todas luces, trabajar en perjuicio suyo: las taimadas lo comprenden demasiado bien para dejarse engañar; mientras tratan de usurpar nuestras ventajas, no abandonan las suyas; pero de ahí se deriva que, no pudiendo aprovechar unas y otras porque son incompatibles, se quedan por debajo de su alcance sin ponerse al nuestro, y pierden la mitad de su premio. Creedme, madre juiciosa, no hagáis de vuestra hija un hombre discreto como para dar un mentís a la naturaleza; haced de ella una mujer discreta, y estad segura de que así valdrá más para ella y para nosotros.

¿Se sigue de esto que deba ser educada en la ignorancia de todo y limitada únicamente a las funciones del hogar? ¿Hará el hombre una sirvienta de su compañera? ¿Se privará junto a ella del mayor encanto de la sociedad? Para esclavizarla mejor, ¿la impedirá sentir algo, conocer algo? ¿Hará de ella un verdadero autómata? No, desde luego: no ha dicho eso la naturaleza que da a las mujeres un espíritu tan agradable y tan sutil; al contrario, quiere que piensen, que juzguen, que amen, que conozcan, que cultiven su mente tanto como su figura; he ahí las armas que les da para suplir la fuerza que les falta y para dirigir la nuestra. Deben aprender muchas cosas, pero sólo las que les conviene saber.

Sea que considere yo el destino particular del sexo, sea que observe sus inclinaciones, sea que cuente sus deberes, todo concurre del mismo modo a indicarme la forma de educación que le conviene. La mujer y el hombre están hechos el uno pra el otro, pero su mutua dependencia no es igual: los hombres dependen de las mujeres por sus deseos; las mujeres dependen de los hombres tanto por sus deseos como por sus necesidades; subsistiríamos mejor nosotros sin ellas que ellas sin nosotros. Para que ellas tengan lo necesario, para que estén en su estado, es preciso que nosotros se lo demos, que nosotros queramos dárselo, que nosotros las estimemos dignas de él; depende de nuestros sentimientos, del valor que damos a su mérito, del caso que hacemos de sus encantos y de sus virtudes. Por la misma ley de la naturaleza, las mujeres, tanto por lo que se refiere a ellas como a sus hijos, están a merced del juicio de los hombres: no les basta con ser bellas, es preciso que agraden; no les basta con ser prudentes, es preciso que sean tenidas por tales; su honor no está solamente en su

conducta, sino en su reputación, y no es posible que la que consiente en pasar por infame pueda ser nunca honesta. Cuando obra bien, el hombre sólo depende de sí mismo y puede afrontar el juicio público, pero obrando bien la mujer sólo cumple con la mitad de su tarea, y no le importa menos lo que se piensa de ella que lo que en efecto es. De donde se deduce que el sistema de su educación debe ser en este punto contrario al de la nuestra: la opinión es la tumba de la virtud entre los hombres, y su trono entre las mujeres.

De las buena constitución de las madres depende ante todo la de los hijos; del cuidado de las mujeres depende la primera educación de los hombres; de las mujeres dependen también sus costumbres, sus pasiones, sus gustos, sus placeres, su felicidad misma. Por eso, toda la educación de las mujeres debe referirse a los hombres. Agradarles, serles útiles, hacerse amar y honrar por ellos, educarlos de jóvenes, cuidarlos de adultos, aconsejarlos, consolarlos, hacerles la vida agradable y dulce: he ahí los deberes de las mujeres en todo tiempo, y lo que debe enseñárseles desde su infancia. Mientras no nos atengamos a este principio nos alejaremos de la meta, y todos los preceptos que se les den de nada servirán ni para su felicidad ni para la nuestra.

Pero aunque toda mujer quiera agradar a los hombres y deba quererlo, hay mucha diferencia entre querer agradar al hombre de mérito, al hombre verdaderamente digno de amor, y querer agradar a esos pequeños agradables* que deshonran su sexo y al que imitan. Ni la naturaleza ni la razón pueden inducir a la mujer a amar en los hombres lo que se le parece, y tampoco es adoptando sus modales como debe aspirar ella a ser amada.

Así pues, cuando abandonando el tono modesto y reposado de su sexo imitan los aires de esos atolondrados, lejos de seguir su vocación renuncian a ella; se privan a sí mismas de los derechos que creen usurpar: si fuéramos de otro modo, dicen, no agradaríamos a los hombres: mienten. Hay que estar

* Según el *Dictionnaire critique* de Féraud (1787-1788) «desde hace algún tiempo se denomina el agradable (*agréable*) de una mujer a su complaciente, un diminutivo del Sigiste de las Damas Ginebrinas». Páginas más adelante vuelve a emplear Rousseau el término.

loca para amar a los locos; el deseo de atraer a esas gentes muestra el gusto de la que se entrega a ello. Si no hubiera hombres frívolos, ella se apresuraría a formarlos, y sus frivolidades son mucho más obra suya de lo que las suyas lo son de él*.

La mujer que ama a los verdaderos hombres y que quiere agradarles adopta medios adecuados a su designio. La mujer es coqueta por condición, pero su coquetería cambia de forma y de objeto según sus miras; regulemos esas miras por las de la naturaleza y la mujer tendrá la educación que le conviene.

Casi desde que nacen, a las niñas les gustan los adornos: no contentas con ser bonitas quieren parecerlo; en sus primeros ademanes se ve que ese cuidado ya las domina, y, apenas están en situación de comprender lo que se les dice, las gobiernan hablándoles de lo que se ha de pensar de ellas. El mismo motivo, indiscretamente propuesto a los niños, no tiene el mismo imperio sobre ellos. Con tal de ser independientes y de hacer su capricho les preocupa muy poco lo que pueda pensarse de ellos. Sólo mediante tiempo y esfuerzo se los somete a la misma ley.

Sea de donde fuere de donde les venga a las niñas esta primera lección, es muy buena. Puesto que el cuerpo nace, por así decir, antes que el alma, el primer cuidado debe ser el del cuerpo; este orden es común para ambos sexos, pero el objeto de ese cuidado es diferente; en el uno, ese objeto es el desarrollo de las fuerzas, en el otro es el de las gracias: no

---

* Como Pierre Burgelin reconoce, el texto es bastante oscuro, porque Rousseau no se refiere a la imitación por parte de la mujer de los rasgos varoniles del hombre sino a lo contrario, a los rasgos afeminados de los *pequeños agradables*; un fragmento de la *Lettre à d'Alembert*, aportado por Burgelin, ayuda a esta lectura. «Para retenerlos (a los niños) junto a las mujeres que están destinadas a distraerse, se tiene la precaución de educarlos precisamente como a ellas: se los protege del sol, del viento, de la lluvia, del polvo, a fin de que nunca puedan soportar nada de todo eso... Se les priva de cualquier ejercicio, se les quitan todas sus facultades, se los vuelve ineptos a cualquier otro uso que a los cuidados a que están destinados; y la única cosa que las mujeres no exigen de estos viles esclavos es consagrarse a su servicio al modo de los orientales. Salvo eso, todo lo que les distingue de ellas es que, habiéndoles negado la naturaleza las gracias, las substituyen por ridiculeces. En mi último viaje a Ginebra vi a varios de esos jóvenes señoritas, en jubón, con los dientes blancos, la mano regordeta, la voz aflautada y una linda sombrilla verde en la mano, imitar bastante torpemente a los hombres».

quiero decir que estas cualidades deban ser exclusivas de cada sexo: sólo está invertido el orden; las mujeres necesitan bastante fuerza para hacer todo lo que hacen con gracia, los hombres necesitan bastante destreza para hacer todo lo que hacen con facilidad.

Por la extremada molicie de las mujeres empieza la de los hombres. Las mujeres no deben ser robustas como ellos, sino para ellos, para que los hombres que de ellas han de nacer también lo sean. En esto los conventos, donde las pensionistas reciben una alimentación ordinaria, pero tienen muchos retozos, carreras, juegos al aire libre y en jardines, son preferibles a la casa paterna donde una niña delicadamente alimentada, siempre halagada o reprendida, siempre sentada ante los ojos de su madre en una habitación bien cerrada, no se atreve a levantarse, ni a caminar, ni a hablar, ni a respirar y no tiene un momento de libertad para jugar, saltar, correr, gritar, entregarse a la petulancia natural de su edad: siempre o relajamiento peligroso o severidad mal entendida; nunca nada según la razón. Así se arruina el cuerpo y el corazón de la juventud.

Las muchachas de Esparta se ejercitaban como los chicos en los juegos militares, no para ir a la guerra, sino para llevar un día hijos capaces de sostener sus fatigas. No es eso lo que yo apruebo: para dar soldados al Estado no es preciso que las madres hayan llevado el mosquete y hecho instrucción a la prusiana; pero me parece que, en general, la educación griega era muy sabia en ese apartado. Las chicas aparecían con frecuencia en público, no mezcladas con los chicos, sino agrupadas entre sí. Casi no había fiesta alguna, ni sacrificio, ni ceremonia en que no se viesen bandadas de hijas de los ciudadanos más notables coronadas de flores, cantando himnos, formando coros de danzas, llevando cestillos, jarras, ofrendas y presentando a los sentidos depravados de los griegos un espectáculo encantador y apto para contrapesar el mal efecto de su indecente gimnástica*. Sea cual fuere la impresión que causara esa costumbre sobre los corazones de los hombres, siempre resultaba excelente para dar al sexo una buena consti-

* Rousseau califica de indecente esa gimnástica porque las jóvenes bailaban desnudas al pie de Taigeto: «Esta costumbre no convenía mas que a los alumnos de Licurgo» (*Lettre à d'Alembert*), porque éste desnaturalizaba al hombre.

tución de la juventud, mediante ejercicios agradables, moderados, saludables, y para aguzar y formar su gusto por el deseo continuo de complacer, sin exponer nunca sus costumbres.

Tan pronto como esas jóvenes se casaban, no volvía a vérselas en público; encerradas en sus casas, limitaban todos sus cuidados al hogar y a su familia. Tal es la manera de vivir que la naturaleza y la razón prescriben al sexo; por ello de esas madres nacían los hombres más sanos, más robustos y mejor hechos de la tierra; y pese a la mala fama de algunas islas*, lo cierto es que, de todos los pueblos del mundo, sin exceptuar siquiera a los romanos, no se cita ninguno donde las mujeres hayan sido a la vez más prudentes y más dignas de amor, y hayan reunido mejores costumbres y hermosura que en la Antigua Grecia.

Ya sabemos que la holgura de los vestidos que no molestaban al cuerpo contribuía mucho a dejar en ambos sexos esas bellas proporciones que vemos en sus estatuas, y que todavía sirven de modelo al arte cuando la naturaleza desfigurada ha dejado de proporcionárselo entre nosotros. De todas esas trabas góticas**, de esas numerosísimas ligaduras que apresan por todas partes nuestros miembros, ellos no tenían ni una. Sus mujeres ignoraban el uso de esos corpiños de varillas con que las nuestras deforman su talle más que marcarlo. No puedo imaginar cómo ese abuso, llevado en Inglaterra a un punto inconcebible, no termina por hacer degenerar la especie, y sostengo incluso que el objetivo de agrado que con él se propone es de mal gusto. No es agradable ver a una mujer cortada en dos como una avispa; eso choca a la vista y hace sufrir a la imaginación. La finura de talle tiene, como todo lo demás, sus proporciones, su medida, que si se rebasa constituye ciertamente un defecto: ese defecto, que chocaría incluso a quien lo viera al desnudo, ¿por qué ha de ser una belleza bajo la ropa?

No me atrevo a insistir en las razones por las que las mujeres se obstinan en acorazarse así: un seno caído, un vientre hinchado, etc., es muy desagradable, lo admito, en una

* Alusión a la isla de Lesbos.

** El término se utilizaba en los siglos XVII y XVIII para designar todo lo que era antiguo y pasado. Posee cierto matiz despectivo.

persona de veinte años, pero no choca ya a los treinta; y como es preciso ser en todo tiempo lo que place a la naturaleza, a pesar nuestro, y como el ojo del hombre no se engaña, esos defectos son menos desagradables en cualquier edad que la tonta afectación de una niñita de cuarenta años.

Cuanto molesta y constriñe a la naturaleza es de mal gusto; esto es verdad tanto para los adornos del cuerpo como para las galas del espíritu. La vida, la salud, la razón, el bienestar deben prevalecer ante todo; no existe la gracia si no va acompañada de soltura; la delicadeza no es la languidez, y no hay que ponerse enfermo para agradar. Cuando se sufre se excita la piedad, pero el placer y el deseo buscan el frescor de la salud.

Los niños de ambos sexos tienen muchos pasatiempos comunes y así debe ser; ¿no los tienen igual de adultos? También tienen gustos propios que los distinguen. Los muchachos buscan el movimiento y el ruido; tambores, peonzas, pequeñas carrozas. Las niñas prefieren lo que sorprende a la vista y sirve para el adorno: espejos, joyas, cintas, muñecas sobre todo; la muñeca es el entretenimiento especial de ese sexo; evidentemente ahí tenemos su gusto determinado por su destino. Lo físico del arte de agradar está en el adorno; es todo lo que los niños pueden cultivar de ese arte.

Ved a una niñita pasar la jornada alrededor de su muñeca, cambiarle sin cesar de atuendo, vestirla, desvestirla cien y mil veces, buscar continuamente nuevas combinaciones de adornos, adecuados o no adecuados, eso no importa; los dedos carecen de habilidad, el gusto no está formado, pero ya apunta la inclinación; en esa eterna ocupación el tiempo fluye sin que ella se dé cuenta, pasan las horas, no se entera, olvida incluso las comidas, tiene más hambre de adorno que de alimento; pero, diréis, adorna su muñeca y no su persona; desde luego, ella ve su muñeca y no se ve, no puede hacer nada para sí misma, no está formada, no tiene ni talento ni fuerza, todavía no es nada; se concentra completamente en su muñeca, pone en ella su coquetería, no la dejará ahí por siempre; espera el momento de ser ella misma su propia muñeca.

He ahí, pues, un primer gusto bien decidido: no tenéis más que seguirlo y regularlo. Es seguro que la pequeña querría con todo su corazón saber adornar su muñeca, hacerle los lazos de

la manga, su pañoleta, su volante, su puntilla; en todo esto se la hace depender con tanta dureza del capricho de los demás que le sería mucho más cómodo deber todo a su industria. Así llega la razón de las primeras lecciones que le dan; no son tareas lo que le prescriben; son bondades que se tienen con ella. Y en efecto, casi todas las niñitas aprenden con disgusto a leer y a escribir; pero a manejar la aguja es a lo que aprenden siempre de buena gana. Se imaginan de antemano mayores, y piensan con placer que esos talentos podrán servirle un día para adornarse.

Esta primera ruta abierta es fácil de seguir: la costura, el bordado, la puntilla vienen por sí mismas. La tapicería ya no atrae tanto su gusto. Los muebles les quedan demasiado lejos, no se refieren a la persona, se refieren a otras opiniones. La tapicería es entretenimiento de mujeres, las jóvenes nunca sentirán demasiado placer con ella.

Estos progresos voluntarios podrán ampliarse fácilmente hasta el dibujo porque este arte no es indiferente al de arreglarse con gusto; pero no querría yo que las aplicaran al paisaje, menos todavía a la figura. Follajes, frutos, flores, paños, todo lo que puede servir para dar un contorno elegante a los atuendos y a hacer por sí mismas un patrón de bordado cuando no lo encuentran de su gusto, eso les basta. En general, si importa limitar los estudios del hombre a conocimientos de uso, más importa todavía con las mujeres; porque la vida de éstas, aunque menos laboriosa, por ser o deber ser más constante en sus cuidados y hallarse más interrumpida por solicitudes diversas, no les permite entregarse por elección a ninguna habilidad especial en detrimento de sus deberes.

Digan lo que digan los burlones, el sentido común es igualmente de los dos sexos. Las chicas son, en general, más dóciles que los chicos, y se debe emplear incluso más autoridad con ellas, como diré dentro de un momento: pero de ello no se sigue que deba exigírseles nada cuya utilidad no puedan ellas ver; el arte de las madres es mostrársela en todo lo que les prescriben, y esto resulta más fácil porque la inteligencia es en las chicas más precoz que en los chicos. Esta regla destierra de su sexo, lo mismo que del nuestro, no sólo todos los estudios ociosos que no conducen a nada bueno y ni siquiera vuelven más agradables los demás a quienes los han hecho,

sino incluso todos aquellos cuya utilidad no se corresponde con la edad, y ni puede ser prevista por el niño en una edad más avanzada. Si no quiero que se presione a un muchacho para que aprenda a leer, con mayor motivo no quiero que se fuerce a las niñas a ello antes de hacerles comprender bien para qué sirve la lectura, y, por la forma en que ordinariamente se les muestra esa utilidad, se siguen más las ideas de uno mismo que la suya. Después de todo, ¿por qué es necesario que una niña sepa leer y escribir a hora tan temprana? ¿Tendrá que gobernar un hogar tan pronto? Hay muy pocas que no hagan más abuso que uso de esa fatal ciencia, y todas son demasiado curiosas para no aprenderla sin que se les fuerce cuando tengan tiempo y ocasión. Tal vez deberían aprender, ante todo, a hacer cuentas, porque nada ofrece una utilidad más sensible en cualquier época, ni exige una práctica más larga, ni deja tanto lugar al error como las cuentas. Si la pequeña consiguiera las cerezas de su merienda sólo mediante una operación aritmética, os aseguro que pronto sabría calcular.

Conozco a una joven que aprendió a escribir antes que a leer, y que comenzó a escribir con la aguja antes que a escribir con la pluma. De toda la escritura, al principio no quiso hacer más que *oes*. Hacía incesantemente *oes* grandes y pequeñas, *oes* de todos los tamaños, *oes* unas dentro de otras, y siempre trazadas al revés. Por desgracia, cierto día que estaba ocupada en este útil ejercicio se vio en un espejo, y pareciéndole que esta postura forzada no le prestaba ninguna gracia, cual otra Minerva arrojó la pluma y ya no quiso hacer *oes*. A su hermano le gustaba tan poco escribir como a ella, pero lo que a él más le fastidiaba era el trabajo, y no el aire que le daba. Se adoptó otra medida para incitarla a volver a escribir; la niñita era delicada y vana, no le gustaba que sus ropas sirvieran a sus hermanas: las marcaban, dejaron de hacerlo; tuvo que aprender a marcárselas ella; fácilmente puede imaginarse el resto del progreso.

Justificad siempre las tareas que imponéis a las jóvenes, pero imponédselas siempre. La ociosidad y la indocilidad son los dos defectos más peligrosos para ellas y de los que se curan con mayor dificultad una vez contraídos. Las jóvenes deben ser vigilantes y laboriosas; pero eso no es todo; deben estar sujetas desde hora temprana. Esta desgracia, si lo es para

ellas, resulta inseparable de su sexo, y jamás se libran de ella sino para sufrir otras mucho más crueles. Durante toda su vida estarán sometidas a la molestia más continua y más severa, que es la de las conveniencias: hay que ejercitarlas ante todo en la sujección a fin de que nunca les cueste nada, hay que domeñar todas sus fantasías, para someterlas a las voluntades de otro. Si quisieran estar siempre trabajando, se debería obligarlas a veces a no hacer nada. La disipación, la frivolidad, la inconstancia son defectos que nacen fácilmente de sus primeros gustos corrompidos y siempre seguidos. Para prevenir tal abuso, enseñadles sobre todo a vencerse. En nuestros insensatos establecimientos, la vida de la mujer honesta es un combate perpetuo contra sí misma; es justo que ese sexo comparta la pena de los males que nos ha causado.

Impedid que las chicas se aburran en sus ocupaciones pero que no se apasionen en sus entretenimientos, como siempre ocurre en las educaciones vulgares, en las que, como dice Fenelon, se pone todo el aburrimiento de un lado y todo el placer del otro*. Si se siguen las reglas anteriores, el primero de estos dos inconvenientes sólo se producirá cuando las personas que estén con ellas las desagraden. Una niñita que ame a su madre o a su amiga trabajará todo el día a su lado sin aburrirse; el parloteo bastará para resarcirla de toda la molestia. Pero si quien la gobierna le resulta insoportable, cuanto haga bajo sus ojos incurrirá en el mismo disgusto. Es muy difícil que las que no se complacen con sus madres más que con nadie en el mundo puedan un día tomar un buen rumbo; aunque para juzgar sobre sus verdaderos sentimientos hay que estudiarlos y no fiarse de lo que dicen, porque son lisonjeras, taimadas y saben desde hora temprana disimular. Tampoco se les debe obligar jamás a su madre; el afecto no viene por deber, y no es aquí donde sirve la coacción. El apego, los cuidados, la sola costumbre harán que la hija ame a la madre, si ésta no hace nada para atraerse su odio. La sujección misma en que se la tiene, bien dirigida, lejos de debilitar ese apego no hará sino aumentarlo, porque siendo la dependencia un estado natural de las mujeres, las jóvenes se sienten hechas para obedecer.

---

* Fenelon, *Éducation des filles*, cap. V.

Por la misma razón de que tienen o deben tener poca libertad, llevan hasta el exceso la que les dejan: extremadas en todo se entregan a sus juegos con más arrebato aún que los muchachos; es el segundo de los inconvenientes de que acabo de hablar. Este arrebato debe ser moderado, porque es la causa de varios vicios específicos de las mujeres, como por ejemplo el capricho y la manía con que una mujer enloquece por un objeto que mañana no mirará siquiera. La inconstancia en los gustos les resulta tan funesta como su exceso, y una y otro proceden de la misma fuente. No les quitéis la alegría, las risas, la algazara, los retozos, pero impedid que no se hastíen de uno para correr al otro, no permitáis que en ningún instante de su vida dejen de conocer el freno, que se acostumbren a ser interrumpidas en medio de sus juegos y llevadas a otras ocupaciones sin chistar. La sola costumbre basta también en esto, porque no hace sino secundar a la naturaleza.

De este hábito a la sujeción resulta una docilidad que las mujeres necesitan toda su vida, puesto que nunca cesan de estar sometidas o a un hombre o a los juicios de los hombres, ni nunca les está permitido quedar por encima de esos juicios. La cualidad primera y más importante de una mujer es la dulzura; hecha para obedecer a un ser tan imperfecto como el hombre, tan lleno a menudo de vicios y tan lleno siempre de defectos, debe aprender desde hora temprana a sufrir incluso la injusticia, y a soportar las equivocaciones de un marido sin quejarse; debe ser dulce no por él, sino por ella: la acritud y la obstinación de las mujeres nunca hacen sino aumentar sus males y el mal proceder de los maridos; ellos sienten que no es con armas como ésa como ellas deben vencerlos. El cielo no las hizo insinuantes y persuasivas para volverse desabridas; no las hizo débiles para ser imperiosas; no les dio una voz tan dulce para decir injurias; no les hizo rasgos tan delicados para desfigurarlos mediante la cólera. Cuando se enfadan, se desmandan; a menudo tienen razón para quejarse, pero siempre hacen mal en gruñir. Cada uno debe conservar el tono de su sexo; un marido demasiado blando puede volver impertinente a una mujer; pero, a menos que un hombre sea un monstruo, la dulzura de una mujer lo reduce y tarde o temprano triunfa sobre él.

Que las hijas estén siempre sometidas, pero que las madres

no sean siempre inexorables. Para hacer dócil a una joven no hay que hacerla desgraciada; para volverla modesta no hay que embrutecerla. Al contrario, no me molestaría que alguna vez le dejaran practicar cierta habilidad, no para eludir el castigo en su desobediencia, sino para quedar exento de obedecer. No se trata de hacerle penosa su dependencia, basta con hacérsela sentir. La astucia es un talento natural del sexo, y, persuadido de que todas las inclinaciones naturales son buenas y rectas por sí mismas, opino que ésta se cultive como las demás: sólo se trata de prevenir sus abusos.

Sobre la verdad de esta advertencia me remito a todo observador de buena fe. No quiero que en este punto sean examinadas las mujeres mismas; nuestras opresoras instituciones pueden forzarlas a aguzar el ingenio. Quiero que se examine a las jóvenes, a las niñas que, por así decir, acaban de nacer; que se las compare con los niños de la misma edad, y si éstos no parecen pesados, aturdidos, tontos a su lado me habré equivocado de forma irrefutable. Permítaseme un solo ejemplo tomado en toda su pueril ingenuidad.

Es muy común prohibir a los niños pedir algo en la mesa; porque se cree que la mejor manera de triunfar en su educación es sobrecargarla de preceptos inútiles, como si fuera difícil de conceder o negar un trozo de esto o de aquello[5], sin hacer morir constantemente a un pobre niño de codicia aguzada por la esperanza. Todo el mundo conoce la habilidad de un muchacho sometido a esta ley, el cual, olvidándose de que estaba a la mesa, tuvo la ocurrencia de pedir la sal, etc... No diré que podía reprendérsele por haber pedido directamente la sal e indirectamente la carne; la omisión era tan cruel que aunque hubiera infringido abiertamente la ley y dicho sin rodeos que tenía hambre, no puedo creer que debiera ser castigado. Pero he aquí cómo se comportó en mi presencia una niñita de seis años en un caso mucho más difícil, porque, además de estarle rigurosamente prohibido pedir nunca nada ni directa ni indirectamente, la desobediencia no hubiera sido perdonable dado que había comido de todos los platos salvo de uno, del que se habían olvidado darle, y que deseaba mucho.

Para conseguir que se reparase tal olvido sin que pudieran acusarla de desobediencia, pasó revista a todos los platos,

diciendo en voz alta a medida que los señalaba: *He comido de esto, he comido de esto;* pero fingió de forma tan visible pasar sin decir nada de aquel del que no había comido que alguien, dándose cuenta, le dijo: *Y de éste, ¿no habéis comido? Oh, no,* contestó dulcemente la pequeña golosa bajando los ojos. No añadiré nada; comparad: ese proceder es un ardid de niña; el otro es un ardid de muchacho.

Lo que es, está bien, y ninguna ley general es mala. Esa habilidad particular adjudicada al sexo es una compensación muy equitativa de la fuerza que tiene de menos; sin ella la mujer no sería la compañera del hombre, sería su esclava; gracias a esa superioridad de talento, ella se mantiene su igual y le gobierna obedeciéndole. La mujer tiene todo contra ella, nuestros defectos, su timidez, su debilidad; a su favor no tiene más que su arte y su belleza. ¿No es justo que cultive ambos? Pero la belleza no es general; perece por mil accidentes, pasa con los años, la costumbre acaba con su efecto. Sólo el ingenio es el verdadero recurso del sexo; no ese necio ingenio que tanto se valora en el mundo y que de nada sirve para hacer la vida feliz, sino el ingenio de su estado, el arte de sacar partido del nuestro, y valerse de nuestras propias ventajas. Se ignora qué útil nos resulta a nosotros mismos esa habilidad de las mujeres, cuánto encanto añade a la sociedad de los dos sexos, de cuánto sirve para reprimir la petulancia de los niños, cuánto contiene a maridos brutales, cuántos buenos hogares que sin eso la discordia perturbaría mantiene. Las mujeres artificiosas y malvadas abusan de ella, lo sé; pero, ¿de qué no abusa el vicio? No destruyamos los instrumentos de la felicidad porque los malvados los utilicen a veces para hacer daño.

Se puede brillar por el adorno, pero sólo nos complacemos con las personas; nuestros atuendos no son nosotros; con frecuencia deslucen a fuerza de ser rebuscados, y con frecuencia los que más destacan a la que los lleva son los que menos se notan. La educación de las niñas es, en este punto, un puro contrasentido. Les prometen adornos por recompensa, les hacen amar las galas rebuscadas: *¡Qué bella es!,* se les dice cuando van emperifolladas; y, por el contrario, habría que darles a entender que tanto atavío sólo está hecho para ocultar defectos, y que el verdadero triunfo de la belleza es brillar por sí misma. El amor a las modas es de mal gusto porque los

rostros no cambian con ellas y, como la figura sigue siendo lo que era, lo que una vez le sienta bien le sienta bien siempre.

Si viese a la joven pavonearse en medio de sus galas, yo me inquietaría por su figura así disfrazada y por lo que pudiera pensarse de ella; diría: Todos esos ornamentos la adornan demasiado, es una lástima; ¿creéis que podría soportar otros más sencillos? ¿Es bastante hermosa para prescindir de esto o de aquello? Tal vez sea entonces la primera en pedir que le quiten los adornos y que se juzgue: ha llegado el momento de aplaudirla si procede. Nunca la elogiaré tanto como cuando esté arreglada con mayor sencillez. Cuando no mire los adornos como suplemento a las gracias de la persona y como una confesión tácita de que necesita ayuda para agradar, no estará orgullosa de su atuendo, será humilde; y si, más adornada que de costumbre, oye decir: *¡Qué bella es!*, se ruborizará de despecho.

Hay además figuras que necesitan adornos, pero no las hay que exijan ricos atavíos. Los adornos ruinosos son la vanidad del rango y no de la persona, atañen únicamente al prejuicio. La verdadera coquetería es a veces rebuscada pero nunca fastuosa y Juno se engalanaba con mayor riqueza que Venus. *No pudiendo hacerla bella, la haces rica,* decía Apeles a un pintor que pintaba a Elena recargada de adornos*. También he observado que los adornos más pomposos anunciaban la mayoría de las veces a mujeres feas: no puede haber vanidad más torpe. Dad a una joven que tenga gusto y que desprecie la moda, cintas, gasas, muselina y flores; sin diamantes, sin borlas, sin encajes[6], ha de preparar un atuendo que la hará cien veces más encantadora de lo que hubiesen logrado todos los brillantes trapos de la Duchapt**.

Como lo que está bien está siempre bien y como es menester estar siempre lo mejor posible, las mujeres que entienden de atavíos escogen los buenos, se atienen a ellos y aunque no los cambien todos los días, no están menos ocupadas

---

* La frase de Apeles procede de Clemente de Alejandría (*Pedagogo*, II, 12).

** Famosa vendedora de ropa de moda, cuya tienda, situada cerca de la Ópera, vestía a todo el norte de Europa. Rousseau la cita en *Confessions* (*C.O.*, Pléiade, pág. 344) por las bellas dependientas que en su tienda había. También Voltaire hace más de una alusión a la Duchapt en su correspondencia.

que las que no saben en qué fijarse. El verdadero arte del adorno exige poco traje: las señoritas jóvenes rara vez tienen vestidos de aparato*: el trabajo y las clases ocupan su jornada; sin embargo, por regla general van ataviadas, con rubor casi, con tanto cuidado como las damas, y a menudo con mejor gusto. El abuso del aseo no es lo que se piensa, deriva más del hastío que de la vanidad. Una mujer que se pasa seis horas en su tocador sabe de sobra que no sale de allí mejor ataviada que la que sólo pasa en él media hora, pero es un entretenimiento robado a la fastidiosa lentitud del tiempo, y más vale entretenerse consigo que aburrirse de todo. Si no tuviesen tocador, ¿qué harían de la vida desde mediodía hasta las nueve? Reuniendo criadas a su alrededor, se entretienen impacientándolas, ¡ya es algo!; se evitan las conversaciones a solas con un marido al que únicamente se ve a esa hora, esto es mucho más; y luego vienen los comerciantes, los chamarileros, los caballeretes, los autorcitos, los versos, las canciones, los folletos: sin el tocador nunca podrían reunirse tan bien todas estas cosas. El único provecho real que saca del asunto es el pretexto para exhibirse un poco más que cuando se está vestida; pero ese provecho tal vez no sea tan grande como se piensa, y las mujeres de tocador no sacan de él tanto como han de decir. Dad sin escrúpulo una educación de mujer a las mujeres, haced que amen los cuidados de su sexo, que tengan modestia, que sepan velar por su hogar y ocuparse en su casa; el traje de gala caerá por sí mismo, y ellas no se arreglarán sino con mejor gusto.

Lo primero que observan las jóvenes al crecer es que todos esos adornos extraños no les bastan si no los tienen propios. Nadie puede darse a sí mismo la belleza, y no se adquiere con facilidad la coquetería; pero se puede intentar dar un ademán agradable a los gestos, un acento zalamero a la voz, componer el porte, caminar con soltura, adoptar actitudes graciosas y escoger en todas partes lo más ventajoso. La voz se amplía, se afirma y adquiere el timbre, los brazos se desarrollan, el paso se asegura, y se percibe que, sea cual fuere la forma en que se

* «La fórmula significa que las señoritas no se visten ceremoniosamente, igual que las damas, porque aún no tienen que huir del aburrimiento» (Nota de P. Burgelin).

arregle, hay un arte de hacerse mirar. A partir de entonces ya no se trata sólo de aguja y de industria: nuevas habilidades aparecen y ponen de relieve su utilidad.

Sé que los severos preceptores quieren que no se enseñe a las jóvenes ni canto ni danza ni ninguna de las artes agradables. ¡Me parece burlesco! Pues, ¿a quién quieren que se enseñen? ¿A los chicos? Entre hombres y mujeres, ¿a quiénes corresponde preferentemente tener esos talentos? A nadie, responderán. Las canciones profanas son otros tantos delitos; la danza es una invención del demonio*; una joven no debe tener otro entretenimiento que su trabajo y la oración. ¡Extraños entretenimientos para una niña de diez años! En cuanto a mí, temo mucho que todas esas santitas a las que se obliga a pasar la infancia rezando a Dios pasen su juventud en otra cosa muy distinta, y recuperen lo mejor que puedan, de casadas, el tiempo que creen haber perdido de solteras. Considero que hay que prestar atención a lo que conviene a la edad tanto como al sexo, que una joven no debe vivir como su abuela, que debe ser vivaz, jovial, retozona, cantar, bailar tanto como le plazca, y saborear todos los inocentes placeres de su edad; demasiado pronto le llegará el momento de ser reposada y de adoptar una actitud más grave.

Pero ¿es muy real la necesidad de ese cambio mismo? ¿No es tal vez, todavía, un fruto de nuestros prejuicios? Sometiendo a las mujeres honestas únicamente a tristes deberes, desterramos del matrimonio todo cuanto podía hacerlo agradable a los hombres. ¿Hay que asombrarse si la taciturnidad que ven reinar en su casa los echa de ella, o si se ven poco tentados a abrazar un estado tan desagradable? A fuerza de extremar todos los deberes, el cristianismo los vuelve impracticables y vanos; a fuerza de prohibir a las mujeres el canto, la danza y todas las distracciones sociales, las vuelve hurañas, gruñonas e insoportables en sus casas. No hay religión en que el matrimonio esté sometido a deberes tan severos, ni una en que un compromiso tan santo sea tan despreciado. Se ha hecho tanto para

---

* Sobre el tema de la danza, prohibida en la Ginebra calvinista, vuelve Rousseau con frecuencia; en la educación de los jóvenes, el baile era en París un elemento importante, que aprendían con bailarines —como el citado Marcel— de la Ópera.

impedir ser amables a las mujeres que se las ha vuelto indiferentes a los maridos. No debería ser así, lo comprendo de sobra: pero digo que así debía ser, puesto que, a fin de cuentas, los cristianos son hombres. En cuanto a mí, querría que una joven inglesa cultivara con tanto cuidado los talentos agradables para complacer al marido que tenga, como una joven albanesa los cultiva para el harén de Ispahán. Los maridos, dirá alguien, no se preocupan demasiado por todos esos talentos; realmente lo creo, cuando esos talentos, lejos de ser empleados para agradarle, no sirven sino de cebo para atraer a su casa a jóvenes impúdicos que los deshonran. Pero, ¿pensáis que una mujer amable y prudente, adornada con semejantes talentos, que consagra a la distracción de su marido, no añadiría felicidad a su vida y no le impediría, cuando sale de su gabinete con la cabeza agotada, ir en busca de entretenimientos fuera de su casa? ¿No ha visto nadie reunidas de esta forma familias felices en las que cada uno sabe aportar la suya a las distracciones comunes? Que ése diga si la confianza y la familiaridad que a ella va unida, si la inocencia y la dulzura de los placeres que en ella se saborean, no compensan sobradamente lo que los placeres públicos tienen de más ruidoso.

En arte hemos reducido demasiado los talentos agradables, los hemos generalizado demasiado; hemos hecho todo máxima y precepto, y hemos convertido en molestia para los jóvenes lo que no debe ser para ellos sino diversión y retozos. No imagino nada más ridículo que ver a un viejo maestro de baile o de canto abordando con aire cejijunto a jóvenes que no pretenden otra cosa que reír, y adoptar, para enseñarles su frívola ciencia, un tono más pedantesco y magistral que si se tratara de su catecismo. Un ejemplo, ¿tiene que ver acaso el arte de cantar con la música escrita? ¿No se podría hacer flexible y precisa la voz, aprender a cantar con gusto, acompañarse incluso, sin conocer una sola nota? ¿Va el mismo género de canto a todas las voces? ¿Va a todos los espíritus el mismo método? Nunca me harán creer que las mismas actitudes, los mismos pasos, los mismos movimientos, los mismos gestos, los mismos bailes convienen a una morenita vivaracha y salada, y a una hermosa rubia alta y de ojos lánguidos. Así pues, cuando veo a un maestro dar exactamente a las dos las

mismas lecciones, me digo: este hombre se deja llevar por la rutina, pero no entiende nada de su arte.

Nos preguntamos si las niñas necesitan maestros o maestras. No lo sé: me gustaría que no tuvieran necesidad de unos ni de otras, que aprendieran libremente lo que tanta inclinación tienen de querer aprender, y que no se viese constantemente vagar de ciudad en ciudad tantos faranduleros engalanados. Me cuesta bastante creer que el trato de estas gentes no sea más perjudicial para las jóvenes de lo que les son útiles sus lecciones, y que su jerga, su tono, sus aires no inspiren en sus escolares el gusto primero por frivolidades tan importantes para ellos, y de las que ellas, a ejemplo suyo, tardarán poco en hacer su única ocupación.

En las artes que no tienen por objeto más que el agrado, todo puede servir de maestro a las jóvenes. Su padre, su madre, su hermano, su hermana, sus amigas, sus ayas, su espejo, y sobre todo su propio gusto. No se las debe ofrecer darles lección, es menester que sean ellas quienes la pidan: no debe hacerse una tarea de una recompensa, porque es sobre todo en esta clase de estudios donde el primer éxito consiste en querer triunfar. Por lo demás, si se precisan de modo absoluto lecciones de regla, no decidiré sobre el sexo de quiénes deban darlas. No sé si es preciso que un maestro de baile coja a una escolar por su mano delicada y blanca, que le haga recogerse la falda, alzar los ojos, desplegar los brazos, adelantar un seno palpitante; pero sé de sobra que por nada del mundo querría ser yo ese maestro.

Mediante la industria y los talentos se forma el gusto; mediante el gusto, el espíritu se abre insensiblemente a las ideas de lo bello en todos los géneros, y finalmente a las nociones morales a él referidas. Tal vez sea una de las razones de por qué se insinúa el sentimiento de la decencia y de la honestidad antes en las niñas que en los niños; porque para creer que tal sentimiento precoz sea obra de las ayas, habría que estar muy mal instruido sobre el sesgo de sus lecciones y sobre la marcha del espíritu humano. La habilidad para hablar ocupa el primer rango en el arte de complacer, y sólo por ella pueden añadirse nuevos encantos a los que el hábito acostumbra a los sentidos. Es el espíritu el que no sólo vivifica el cuerpo, sino que lo renueva en cierta forma; es por la sucesión de

sentimientos y de ideas como anima y varía la fisionomía, y es por el discurso como inspira que la atención, mantenida en vilo, sostenga por mucho tiempo el mismo interés sobre el mismo objeto. En mi opinión, por todas estas razones adquieren las chicas con tanta rapidez un parloteo agradable, por ellas acentúan sus palabras antes incluso de sentirlas, y por ellas los hombres se entretienen tan pronto al escucharlas, antes incluso de que ellas puedan comprenderlos; ellos espían el primer momento de esa inteligencia para penetrar así en el del sentimiento.

Las mujeres tienen la lengua flexible; hablan antes, con mayor facilidad y de modo más agradable que los hombres; también se las acusa de hablar más: así debe ser, y de buena gana cambiaría yo ese reproche en elogio; la boca y los ojos tienen en ellas la misma actividad y por la misma razón. El hombre dice lo que sabe, la mujer dice lo que agrada; el uno necesita hablar de conocimiento y la otra de gusto; el uno debe tener por objeto principal las cosas útiles, la otra las agradables. Sus discursos no deben tener más formas comunes que las de la verdad.

No se debe, por tanto, frenar el parloteo de las niñas como el de los muchachos mediante esta dura pregunta: *¿para qué sirve eso?*, sino mediante esta otra, a la que no es más fácil responder: *¿qué efecto causará eso?* En esta primera edad en que, no pudiendo discernir todavía el bien y el mal, ellas no son los jueces de nadie, deben imponerse por ley no decir nunca sino cosas agradables a aquellos a quienes hablan; y lo que hace más difícil la práctica de esta regla es que siempre queda subordinada a la primera, que es no mentir nunca*.

Todavía veo en esto muchas otras dificultades, pero corresponden a una edad más avanzada. En cuanto al presente, sólo puede costarles a las jóvenes, para ser veraces, serlo sin vulgaridad; y como por naturaleza esa vulgaridad les repugna, la educación les enseña fácilmente a evitarla. Observo en general, en el trato del mundo, que la cortesía de los hombres es más oficiosa, y la de las mujeres más cariñosa. Tal diferencia no es de institución, es de naturaleza. Parece que el hombre

---

* Sobre la mentira y sus límites habla Rousseau en el cuarto paseo de *Las ensoñaciones...* (*ed. cit.*, pág. 64 y ss.).

busca más serviros, y la mujer agradaros. De donde se sigue que, sea cual fuere el carácter de las mujeres, su cortesía es menos falsa que la nuestra, no hace sino extender su instinto primero; pero cuando un hombre finge preferir mi interés al suyo, sea cual fuere la demostración con que coloree esta mentira, estoy completamente seguro de que miente. Así pues a las mujeres apenas les cuesta ser corteses, y por consiguiente a las niñas aprender a serlo. La primera lección procede de la naturaleza, el arte no hace más que seguirla, y determinar según nuestras costumbres bajo qué forma debe mostrarse. En cuanto a la cortesía entre ellas, es totalmente distinto. Ponen en ello un aire tan forzado y unas atenciones tan frías que cuando se fastidian mutuamente se preocupan muy poco por ocultar su fastidio, y parecen sinceras en su mentira sin pretender disimularla. Sin embargo, las jóvenes hacen en ocasiones amistades más sinceras. A su edad la alegría desempeña el papel de buen carácter, y contentas de sí mismas lo están de todo el mundo. También es cierto que se besan de mejor gana y se acarician con mayor gracia delante de los hombres, orgullosas de agudizar impunemente la codicia de ellos con la imagen de unos favores que saben hacerles envidiar.

Si no debe permitirse a los muchachos preguntas indiscretas, con mayor razón deben prohibírseles a las chicas, cuya curiosidad satisfecha o mal eludida tiene consecuencias muy distintas, dada su penetración para presentir los misterios que se les ocultan, y su habilidad para descubrirlos. Pero sin soportar sus interrogatorios, querría que les preguntaran mucho a ellas mismas, que se preocuparan por hacerles hablar, que las provocasen para animarlas a hablar fácilmente, para hacerlas vivaces a la respuesta, para soltar su espíritu y su lengua mientras pueda hacerse sin peligro. Estas conversaciones, siempre orientadas hacia la alegría pero dispuestas con arte y bien dirigidas, constituirían una distracción deliciosa para esa edad, y podrían llevar a los corazones inocentes de estas personas jóvenes las primeras y quizá más útiles lecciones de moral que han de tomar en su vida, enseñándoles, bajo el incentivo del placer y la vanidad, a qué cualidades conceden realmente los hombres su estima, y en qué consiste la gloria y la dicha de una mujer honesta.

Es fácil de comprender que si los niños varones no están en condiciones de formarse ninguna idea verdadera de religión, con mayor motivo la misma idea está muy por encima de la concepción de las niñas; por eso mismo a ésta querría hablarles de ella cuanto antes; porque si hubiera que esperar a que estuvieran en situación de discutir metódicamente esas profundas cuestiones, correríamos el riesgo de no hablarles nunca de ellas. La razón de las mujeres es una razón práctica que les hace encontrar con mucha habilidad los medios para llegar a un fin conocido, pero que no les hace encontrar ese fin. La relación social de los sexos es admirable. De esta sociedad resulta una persona moral cuyo ojo es la mujer y el brazo el hombre, pero con una dependencia tal uno del otro que es del hombre de quien la mujer aprende lo que hay que ver y de la mujer de quien el hombre aprende lo que hay que hacer. Si la mujer pudiera elevarse tan bien como el hombre a los principios, y el hombre tuviera tan bien como ella el espíritu de los detalles, siempre independientes uno de otro vivirían en discordia eterna y su sociedad no podría subsistir. Pero en la armonía que reina entre ellos todo tiende al fin común, no se sabe cuál de los dos pone más de lo suyo; cada uno sigue el impulso del otro, cada uno obedece, y los dos son los amos.

Por lo mismo que la conducta de la mujer está sometida a la opinión pública, su creencia está sometida a la autoridad. Toda muchacha debe tener la religión de su madre y toda mujer la de su marido. Aunque esa religión sea falsa, la docilidad que somete madre e hija al orden de la naturaleza borra ante Dios el pecado de error. Como no están en situación de ser ellas mismas jueces, deben recibir la decisión de los padres y de los maridos como la de la Iglesia.

Al no poder deducir por sí solas las reglas de su fe, las mujeres no pueden darle por límites los de la evidencia y la razón, sino que, dejándose arrastrar por mil impulsos extraños, están siempre más acá o más allá de la verdad. Siempre extremadas, son o completamente incrédulas o completamente devotas, no vemos que sepan reunir la prudencia y la piedad. La fuente del mal no está sólo en el carácter extremado de su sexo, sino también en la autoridad mal regulada del nuestro: el libertinaje de costumbres hace que se la desprecie, el espanto

del arrepentimiento la vuelve tiránica, y por eso siempre hacemos demasiado o demasiado poco.

Puesto que la autoridad debe regular la religión de las mujeres, no se trata tanto de explicarles las razones que hay para creer como de exponerles nítidamente lo que se cree: porque* la fe que se presta a unas ideas oscuras es la primera fuente del fanatismo, y la que se exige para cosas absurdas lleva a la locura o a la incredulidad. No sé a qué llevan más nuestros catecismos, si a ser impío o fanático; pero sé bien que necesariamente hacen lo uno o lo otro.

En primer lugar, para enseñar la religión a muchachas, no se la convirtáis nunca en un objeto de tristeza y de molestia, que nunca sea una terea ni un deber; por consiguiente, nunca les hagáis aprender de memoria nada que se refiera a ella, ni siquiera las oraciones. Contentaos con hacer regularmente las vuestras en su presencia sin forzarlas, sin embargo, a asistir. Hacedlas breves según la enseñanza de Jesucristo. Hacedlas siempre con el recogimiento y respeto convenientes; pensad que cuando se pide al Ser supremo atención para escucharnos, merece la pena que uno ponga la suya en lo que va a decir.

Que las jóvenes conozcan muy pronto su religión no importa tanto como que la conozcan bien y sobre todo que la amen. Cuando se la hacéis gravosa, cuando les pintáis siempre a Dios enfadado contra ellas, cuando les imponéis en su nombre mil deberes penosos que nunca os ven cumplir, ¿qué pueden pensar sino que saber el catecismo y rezar a Dios son los deberes de las niñas, y desear ser adultas para quedar exentas como vos de toda esa sujección? ¡El ejemplo! ¡El ejemplo! Sin eso nunca se consigue nada con los niños.

Si les explicáis los artículos de fe, que sea en forma de instrucción directa, y no mediante preguntas y respuestas. Nunca deben responder sino lo que piensan, y no lo que se les ha dictado. Todas las respuestas del catecismo van en sentido contrario, es el escolar el que instruye al maestro; son incluso mentiras en boca de los niños, puesto que explican lo que no

* Este *porque (car)* es «lógicamente extraño, pues no se ve por qué la exposición da ideas más claras que la explicación, si no se admite que la exposición del Vicario, apelando al corazón, es más persuasiva que una apologética de tipo escolástica» (Nota de P. Burgelin).

entienden y afirman lo que en su situación no pueden creer. Muéstrese entre los hombres más inteligentes a los que no mienten recitando el catecismo.

La primera pregunta que veo en el nuestro es ésta: «*¿Quién os ha creado y traído al mundo?*» A lo que la niña, creyendo que es su madre, dice sin embargo sin vacilar que es Dios. Lo único que ve en eso es que a una pregunta que apenas entiende da una respuesta de la que no entiende ni palabra.

Yo desearía que un hombre que conociese bien la marcha de la mente de los niños hiciera para ellos un catecismo. Tal vez sería el libro más útil que jamás se haya escrito, y en mi opinión no sería ése el que menos honraría a su autor. Lo seguro es que, si ese libro fuera bueno, apenas se parecería a los nuestros.

Un catecismo así sólo será bueno cuando, ante las solas preguntas el niño, haga por sí mismo las respuestas sin aprenderlas. Por supuesto, a veces se encontrará en el caso de preguntar a su vez. Para hacer comprender lo que quiero decir se necesitaría una especie de modelo, y sé de sobra lo que me falta para trazarlo. Intentaré al menos dar alguna ligera idea.

Imagino, pues, que, para llegar a la primera cuestión de nuestro catecismo, debería comenzarse poco más o menos así:

La criada: ¿Recordáis la época en que vuestra madre era niña?

La pequeña: No, criada.

La criada: ¿Por qué no, si tenéis tan buena memoria?

La pequeña: Es que yo no había nacido.

La criada: ¿Entonces no habéis vivido siempre?

La pequeña: No.

La criada: ¿Viviréis siempre?

La pequeña: Sí.

La criada: ¿Sois joven o vieja?

La pequeña: Soy joven.

La criada: Y vuestra abuela, ¿es joven o vieja?

La pequeña: Es vieja.

La criada: ¿Fue joven.

La pequeña: Sí.

La criada: ¿Por qué no lo es?

La pequeña: Porque ha envejecido.

La criada: ¿Envejeceréis vos como ella?

La pequeña: No sé[7].
La criada: ¿Dónde están vuestros vestidos del año pasado?
La pequeña: Los han deshecho.
La criada: ¿Y por qué los han deshecho?
La pequeña: Porque me quedaban muy pequeños.
La criada: ¿Y por qué os quedaban muy pequeños?
La pequeña: Porque he crecido.
La criada: ¿Y seguiréis creciendo?
La pequeña: ¡Oh, sí!
La criada: ¿Y qué se vuelven las niñas mayores?
La pequeña: Se vuelven mujeres.
La criada: ¿Y qué se vuelven las mujeres?
La pequeña: Se vuelven madres.
La criada: ¿Y qué se vuelven las madres?
La pequeña: Se vuelven viejas.
La criada: ¿Os volveréis pues vieja?
La pequeña: Cuando sea madre.
La criada: Y ¿qué se vuelven las personas viejas?
La pequeña: No sé.
La criada: ¿Qué se ha vuelto vuestro abuelo?
La pequeña: Se murió[8].
La criada: ¿Y por qué se murió?
La pequeña: Porque era viejo.
La criada: ¿Qué les pasa por tanto a las personas viejas?
La pequeña: Se mueren.
La criada: Y vos, cuando seáis vieja, ¿qué?...
La pequeña: Ay, criada, yo no quiero morir.
La criada: Hija mía, nadie quiere morir, y todo el mundo muere.
La pequeña: ¡Cómo! ¿También morirá mamá?
La criada: Como todo el mundo. Las mujeres envejecen igual que los hombres, y la vejez lleva a la muerte.
La pequeña: ¿Qué hay que hacer para envejecer muy tarde?
La criada: Vivir con prudencia mientras se es joven.
La pequeña: Criada, seré siempre prudente.
La criada: Mejor para vos. Pero, finalmente, ¿creéis que viviréis siempre?
La pequeña: Cuando sea muy vieja, muy vieja...
La criada: ¿Y bien?

La pequeña: En fin, cuando se es tan vieja decís que hay que morir.

La criada: ¿Moriréis entonces alguna vez?

La pequeña: ¡Ay, sí!

La criada: ¿Quiénes vivían antes que vos?

La pequeña: Mi padre y mi madre.

La criada: ¿Quiénes vivirán después de vos?

La pequeña: Mis hijos.

La criada: ¿Quiénes vivirán después de ellos?

La pequeña: Sus hijos, etc.

Siguiendo este camino encontramos en la raza humana, mediante inducciones sensibles, un comienzo y un fin como en todas las cosas; es decir, un padre y una madre que no han tenido ni padre ni madre, e hijos que no tendrán hijos[9]. Sólo después de una larga serie de preguntas semejantes está suficientemente preparada la primera pregunta del catecismo. Sólo entonces se puede hacer y el niño puede comprenderla. Pero de ahí a la segunda respuesta, que es, por así decir, la definición de la esencia divina, ¡qué salto inmenso! ¿Cuándo se llenará ese intervalo? ¡Dios es un espíritu! ¿Y qué es un espíritu? ¿Embarcaré yo el de un niño en esa oscura metafísica que tanto esfuerzo exige a los hombres para salir de ella? No es a una niñita a quien corresponde resolver estas preguntas, es a ella, todo lo más, a quien corresponde hacerla. Entonces simplemente yo le respondería: me preguntáis lo que es Dios; no es fácil decirlo. No se puede oír, ni ver, ni tocar a Dios; sólo se le conoce por sus obras. Para juzgar lo que es, esperad a saber qué ha hecho.

Si todos nuestros dogmas son igualmente verdaderos, no todos tienen por ello la misma importancia. A la gloria de Dios le resulta perfectamente indiferente que nos sea conocida en todo, pero a la sociedad humana y a cada uno de sus miembros le importa que todo hombre conozca y cumpla los deberes que le impone la ley de Dios hacia su prójimo y hacia sí mismo. He ahí lo que incesantemente debemos enseñarnos unos a otros, y de ahí, sobre todo, lo que padres y madres están obligados a enseñar a sus hijos. Que una virgen sea la madre de su creador, que haya dado a luz a Dios, o solamente a un hombre al que Dios se ha unido, que la substancia del padre y del hijo sea la misma o no sea más que semejante, que

el espíritu proceda de uno de los dos que son el mismo, o de los dos conjuntamente, no veo que la decisión de estas cuestiones, en apariencia esenciales, importe a la especie humana más que saber qué día de la luna se debe celebrar la pascua, si hay que rezar el rosario, ayunar, guardar vigilia, hablar latín o francés en la iglesia, adornar las paredes con imágenes, decir u oír misa, y no tener mujer en propiedad. Que cada cual piense en esto como le plazca, ignoro qué pueda interesar a los demás; en cuanto a mí, no me interesa para nada. Pero lo que me interesa, a mí y a todos mis semejantes, es que todos y cada uno sepan que existe un árbitro del destino de los humanos, del que todos somos hijos, que nos prescribe a todos ser justos, amarnos los unos a los otros, ser bienhechores y misericordiosos, cumplir nuestros compromisos con todo el mundo, incluso con nuestros enemigos y los suyos, que la aparente felicidad de esta vida no es nada, que después de ésta hay otra, en la que ese Ser supremo será el remunerador de los buenos y el juez de los malos. Estos dogmas y dogmas semejantes son los que importa enseñar a la juventud, y persuadir a todos los ciudadanos. Quien los combate merece castigo, sin duda; es el perturbador del orden y el enemigo de la sociedad. Quien los rebasa y quiere someternos a sus opiniones particulares llega al mismo punto por una ruta opuesta; para establecer el orden a su manera, perturba la paz, en su temerario orgullo se hace el intérprete de la Divinidad, exige en su nombre los homenajes y los respetos de los hombres, se hace Dios como puede en su lugar; debería castigársele como a sacrílego, cuando no se le castigase como a intolerante.

Despreciad, pues, todos esos dogmas misteriosos que no son para nosotros sino palabras sin ideas, todas esas doctrinas extravagantes cuyo vano estudio suple a las virtudes en quienes a él se entregan, y más sirve para volverlos locos que buenos. Mantened siempre a vuestros hijos en el círculo estrecho de los dogmas que atañen a la moral. Persuadidlos que para nosotros lo único útil es saber lo que nos enseña a obrar bien. No hagáis de vuestras hijas unas teólogas ni unas razonadoras, no les enseñéis más cosas del cielo que lo que sirve a la sabiduría humana; acostumbradlas a sentirse siempre ante los ojos de Dios, a tenerlo por testigo de sus actos, de sus

pensamientos, de su virtud, de sus placeres, a hacer el bien sin ostentación, porque a él le gusta, a sufrir el mal sin murmurar, porque él las compensará por ello, a ser, en fin, cada día de su vida, lo que estarán muy satisfechas de haber sido cuando comparezcan ante él. He ahí la verdadera religión, he ahí la única que no es susceptible ni de abuso ni de impiedad ni de fanatismo. Que prediquen cuanto se quiera otras más sublimes, para mí no reconozco otra que ésta.

Conviene observar además que hasta la edad en que la razón se esclarece y en que el sentimiento naciente hace hablar a la conciencia, lo que está bien o mal para las personas jóvenes es lo que han decidido tal las gentes que las rodean. Lo que se les ordena está bien, lo que se les prohíbe está mal; no deben saber más sobre ello; ahí se ve la importancia que tiene, más todavía para ellas que para los muchachos, la elección de las personas que deben acercárseles y tener alguna autoridad sobre ellas. Finalmente, llega el momento en que comienzan a juzgar las cosas por sí mismas, y entonces ha llegado la hora de cambiar el plan de su educación.

Tal vez sobre ello haya dicho demasiado hasta ahora. ¿A qué reduciremos a las mujeres si no les damos por ley más que los prejuicios públicos? No rebajemos a este punto el sexo que nos gobierna, y que nos honra cuando no lo hemos envilecido. Para toda la especie humana existe una regla anterior a la opinión. A la inflexible dirección de esa regla deben remitirse todas las demás; ella juzga el prejuicio mismo, y sólo cuando la estima de los hombres no concuerda con ella, debe ser esa estima autoridad para nosotros.

Esta regla es el sentimiento interior. No repetiré lo que se ha dicho antes: me basta con señalar que si esas dos reglas no concurren a la educación de las mujeres, siempre será ésta defectuosa. El sentimiento sin la opinión no les dará esa delicadeza de alma que adorna las buenas costumbres con el honor de la sociedad, y la opinión sin el sentimiento nunca hará más que mujeres falsas y deshonestas que ponen la apariencia en el lugar de la virtud.

Les importa, pues, cultivar una facultad que sirve de árbitro entre los dos guías, que no deja extraviarse la conciencia y que endereza los errores del prejuicio. Esa facultad es la razón; pero ¡cuántas cuestiones se plantean ante esta palabra!

¿Son capaces las mujeres de un razonamiento sólido? ¿Importa que lo cultiven? ¿Lo cultivan con éxito? ¿Es útil ese cultivo para las funciones que les son impuestas? ¿Es compatible con la sencillez que les conviene?

Las diversas maneras de considerar y de resolver estas cuestiones hacen que, dando en los excesos contrarios, unos limiten a la mujer a coser e hilar en su hogar con sus criadas, y no sean así más que la primera sirviente del amo; los otros, no contentos con afirmar sus derechos, le hacen todavía usurpar los nuestros: porque, ponerla por encima de nosotros en las cualidades propias de su sexo y hacerla nuestro igual en todo lo demás, ¿no es trasladar a la mujer la primacía que la naturaleza da al marido?

La razón que lleva al hombre al conocimiento de sus deberes no es muy compleja; la razón que lleva a la mujer al conocimiento de los suyos es más simple todavía. La obediencia y la fidelidad que debe a su marido, la ternura y los cuidados que debe a sus hijos son consecuencias tan naturales y tan sensibles de su condición que no puede negarse sin mala fe su consentimiento al sentimiento interno que la guía, ni desconocer el deber en la inclinación que aún no está alterada.

No condenaría sin distinción el que una mujer quedase limitada sólo a los trabajos de su sexo y se la dejase en una profunda ignorancia sobre todo lo demás; pero para ello serían menester costumbres públicas muy simples, muy sanas, o una manera de vivir muy retirada. En grandes ciudades y entre hombres corrompidos esa mujer sería muy fácil de seducir; a menudo su virtud sólo dependería de las ocasiones; en este siglo filósofo necesitaría una a toda prueba. Es preciso que sepa de antemano tanto lo que le pueden decir como lo que sobre ello debe pensar.

Además, sometida al juicio de los hombres, debe merecer su estima; debe obtener ante todo la de su esposo; no sólo debe hacerle amar su persona, sino hacerle aprobar su conducta; debe justificar ante el público la elección que él ha hecho, y hacer que el marido sea honrado con el honor que se rinde a la mujer. Ahora bien, ¿cómo se las arreglará ella para todo eso si ignora nuestras instituciones, si no sabe nada de nuestros usos, de nuestras conveniencias, si no conoce ni la fuente de los juicios humanos ni las pasiones que los determinan? A

partir del momento en que depende a un tiempo de su propia conciencia y de las opiniones de los demás, es menester que aprenda a comparar esas dos reglas, a conciliarlas y a preferir la primera sólo cuando ambas estén en oposición. Se vuelve juez de sus jueces, decide cuándo debe someterse a ellos y cuándo debe recusarlos. Antes de rechazar o admitir sus prejuicios los sopesa; aprende a remontarse a su fuente, a prevenirlos, a volvérselos favorables; procura no conciliarse nunca la censura cuando su deber le permite evitarla. Nada de todo esto puede hacerse bien sin cultivar su espíritu y su razón.

Vuelvo siempre al principio y él me proporciona la solución a todas mis dificultades. Estudio lo que es, busco su causa, y finalmente encuentro que lo que es está bien. Entro en casas abiertas cuyos honores hacen conjuntamente dueño y dueña. Los dos han tenido la misma educación, los dos poseen una misma cortesía, los dos están dotados igualmente de gusto e ingenio, los dos están animados por el mismo deseo de recibir bien a su gente y de despedir a todos y cada uno contentos de ellos. El marido no omite ningún cuidado para estar atento a todo: va, viene, da vueltas y se toma mil trabajos; quisiera ser todo atención. La mujer permanece en su sitio; un pequeño círculo se reúne a su alrededor y parece ocultarle el resto de la reunión; sin embargo, no pasa nada que ella no perciba, no sale nadie a quien ella no haya hablado; no ha omitido nada que pudiera interesar a todo el mundo, no ha dicho a cada uno nada que no resultara agradable para él sin perturbar en lo más mínimo el orden, el más modesto de la compañía ha sido tan bien atendido como el primero. Se sirve la comida, se sientan a la mesa; el hombre, al corriente de las personas que se convienen, las colocará según lo que sabe; la mujer, sin saber nada, no se equivocará al hacerlo. Ya habrá leído en los ojos, en el modo de estar, todas las afinidades, y cada uno se encontrará colocado como quiere estarlo. No digo que se olviden de alguien en el servicio. Al hacer su ronda el dueño de la casa habrá podido no olvidar a nadie. Pero la mujer adivina lo que se mira con placer y os lo ofrece; al hablar con su vecino tiene puestos los ojos en el extremo de la mesa; distingue al que no come porque no tiene hambre, y al que no se atreve a servirse o pedir porque es torpe o tímido. Al levantar la mesa, cada uno cree que ella sólo ha pensado en él;

todos piensan que ella no ha tenido tiempo de comer ni un solo trozo, pero lo cierto es que ha comido más que nadie.

Cuando todo el mundo se ha ido hablan de lo que ha pasado. El hombre cuenta lo que se le ha dicho, lo que han dicho y hecho aquellos con los que él ha charlado. Si no siempre es en esto la mujer la más exacta, en cambio ha visto lo que se ha dicho en voz baja en el otro extremo de la sala; sabe lo que fulano ha pensado, a qué se debía tal frase o tal gesto; apenas ha habido un movimiento expresivo que no haya interpretado rápidamente, y casi siempre de acuerdo con la verdad.

El mismo rasgo de ingenio que hace destacar a una mujer de mundo en el arte de llevar su casa, hace destacar a una coqueta en el arte de divertir a varios adoradores. Los tejemanejes de la coquetería exigen un discernimiento aún más sutil que los de la cortesía; porque, con tal que una mujer cortés lo sea con todo el mundo, ya ha hecho suficiente; pero la coqueta perdería pronto su imperio con esa uniformidad torpe. A fuerza de querer complacer a todos sus amantes, los desalentará a todos. En sociedad, los modales que se adoptan con todos los hombres no dejan de agradar a cada uno; basta que uno sea bien tratado para no mirar muy de cerca sobre las preferencias; pero en amor, un favor que no es exclusivo es una injuria. Un hombre sensible antes preferiría cien veces ser maltratado solo que acariciado con todos los demás, y lo peor que puede ocurrirle es no ser distinguido. Por tanto, una mujer que quiera conservar varios amantes tiene que persuadir a cada uno de ellos de que lo prefiere, y persuadirle a la vista de todos los otros, a los que persuade igualmente bajo la suya.

¿Queréis ver a un personaje en apuros? Poned a un hombre entre dos mujeres con las que haya mantenido relaciones secretas, luego observad el necio papel que hace. Poned en igual caso a una mujer entre dos hombres, (y probablemente el ejemplo no será más raro): quedaréis maravillado de la destreza con que engañará a los dos y hará que cada uno se ría del otro. Ahora bien, si esa mujer les testimoniase la misma confianza y tomase con ellos la misma familiaridad, ¿cómo serían víctimas suyas un solo instante? Tratándolos de la misma manera, ¿no demostraría que tienen los mismos derechos sobre ella? Oh, ella sale del paso mucho mejor. Lejos de

tratarlos de la misma manera finge poner entre ellos la desigualdad; lo hace tan bien que el halagado cree que es por ternura, y el maltratado cree que es por despecho. De este modo, contento cada cual con su parte, la ve siempre preocuparse de él mientras ella únicamente se ocupa de sí misma en realidad.

En el deseo general de agradar, la coquetería sugiere medios semejantes; los caprichos no harían otra cosa que desalentar si no fueran llevados con tiento, y es dispensándolos con arte como los convierte en las cadenas más fuertes de sus esclavos.

Usa ogn'arte la donna, onde sia colto
nella sua rete alcun novello amante;
Ne con tutti, ne sempre un stesso volto
*Serba, ma cangia a tempo atto e sembiante**.

¿En qué consiste todo ese arte si no es en observaciones sutiles y continuas que le hacen ver a cada instante lo que pasa en los corazones humanos, y que la disponen a llevar a cada movimiento secreto que percibe la fuerza necesaria para suspenderlo o acelerarlo? Y ese arte, ¿se aprende? No, nace con las mujeres; lo tienen todas, y nunca lo han tenido los hombres en el mismo grado. Tal es uno de los caracteres distintivos del sexo. La presencia de ánimo, la penetración, las observaciones sutiles son la ciencia de las mujeres, la habilidad para prevalerse de ella su talento.

Ésa es la realidad, y ya hemos visto por qué debe ser así. Las mujeres son falsas, nos dicen; se vuelven falsas. El don que les es propio es la astucia y no la falsía; en las verdaderas inclinaciones de su sexo, incluso cuando mienten, no son falsas. ¿Por qué vigiláis su boca cuando no es ella la que debe hablar? Vigilad sus ojos, su tez, su respiración, su aire temeroso, su blanda resistencia: he ahí el lenguaje que la naturaleza les da para responderos. La boca siempre dice no, y debe decirlo;

---

* «Emplea la mujer todos los artificios para coger/ en sus redes algún nuevo amante;/ ni con todos ni siempre conserva el mismo rostro/ sino que cambia, según el momento, de actitud y de aspecto» (Torquato Tasso, *Jerusalén Libertada*, IV, 87).

pero el acento que une a ella no es siempre el mismo, y ese acento no sabe mentir. ¿No tiene la mujer las mismas necesidades que el hombre, sin tener el mismo derecho a declararlas? Su destino sería demasiado cruel si, incluso en los deseos legítimos, no tuviera un lenguaje equivalente al que no se atreve a tener. ¿Es menester que su pudor la vuelva desgraciada? ¿No necesita un arte de comunicar sus inclinaciones sin descubrirlas? ¿Cuánto no le importa aprender a conmover el corazón del hombre sin que parezca que piensa en él? ¿Qué discurso encantador no es el de la manzana de Galatea y su torpe huida*? ¿Qué tendrá que añadir a esto? ¿Irá a decir al pastor que la sigue entre los sauces, que huye de intento sólo para atraerle? Mentiría, por así decir, porque entonces ya no le atraería. Cuanta más reserva tiene una mujer, más arte debe poseer, incluso con su marido. Sí, sostengo que manteniendo la coquetería en sus límites, se la hace modesta y verdadera, se hace de ella una ley de honestidad.

La virtud es una, decía con mucho tino uno de mis adversarios**; no se la descompone admitiendo una parte y rechazando la otra. Cuando se la ama, se la ama en toda su integridad, y se niega el corazón cuando se puede, y siempre la boca, a los sentimientos que no se debe tener. La verdad moral no es lo que es, sino lo que está bien; lo que está mal no debería ser, y no debe ser confesado, sobre todo cuando esa confesión le da un efecto que sin ella no habría tenido. Si yo sintiera la tentación de robar y diciéndoselo tentase a otro a ser mi cómplice, ¿declararle mi atención no sería sucumbir a ella? ¿Por qué decís que el pudor hace falsas a las mujeres? Las que más lo pierden ¿son acaso más veraces que las otras? Todo lo contrario: son mil veces más falsas. A este punto de depravación se llega a fuerza de vicios que se conservan y que sólo reinan gracias a la intriga y a la mentira[10]. Por el contrario, las que todavía tienen vergüenza, las que no se enorgullecen de sus faltas, las que saben ocultar sus deseos a los mismos que los inspiran, ésas cuyas confesiones cuesta

---

* Virgilio, *Bucólicas*, III, 64-72.

** Alusión a Charles Bordes, que había criticado el *Discurso sobre las ciencias y las artes* en una comunicación de 1751 a la Academia de Dijon.

más trabajo arrancar son las más veraces, las más sinceras, las más constantes en todos sus compromisos, y aquellas con cuya fe se puede generalmente contar más.

Sólo conozco a la señorita de l'Enclos que haya podido ser citada como excepción conocida a estas observaciones. Por eso la señorita de l'Enclos ha pasado por un prodigio*. Despreciando las virtudes de su sexo, había conservado, según dicen, las del nuestro: se elogia su franqueza, su rectitud, la seguridad de su trato, la fidelidad en la amistad. Finalmente, para acabar el cuadro de su gloria se dice que se había hecho hombre: enhorabuena. Pero con toda su gran reputación, no me habría gustado tener a ese hombre más por amigo que por amante.

Todo esto no es tan inoportuno como parece. Veo a dónde tienden las máximas de la filosofía moderna cuando ridiculizan el pudor del sexo y su pretendida falsedad, y veo que el efecto más seguro de esta filosofía será quitar a las mujeres de nuestro siglo el poco honor que les ha quedado.

Sobre estas consideraciones creo que podemos determinar en general la clase de cultura que conviene a las mujeres y los objetos sobre los que deben girar sus reflexiones desde la juventud.

Ya lo he dicho, los deberes de su sexo son más fáciles de ver que de cumplir. Lo primero que deben aprender es a amarlos por la consideración de sus ventajas; es el único medio de hacérselos fáciles. Cada estado y cada edad tiene sus deberes. Pronto conocemos los nuestros con tal que los amemos. Honrad vuestro estado de mujer y, sea cual fuere el rango en que el cielo os ponga, siempre seréis una mujer de bien. Lo esencial es ser lo que nos hizo la naturaleza; siempre somos demasiado lo que los hombres quieren que seamos.

La búsqueda de verdades abstractas y especulativas, de

* «La célebre Ninón de Lenclos [1620-1705], amante ligera, amiga sólida, hombre discreto y filósofo, se quejaba de la extravagancia y de la injusticia del prejuicio a este respecto. Desde mi infancia, decía ella, he pensado en el desigual reparto de las cualidades que se exige en los hombres y en las mujeres. Vi que se nos había cargado con todo lo que había de más frívolo, y que los hombres se habían reservado el derecho a las cualidades esenciales; desde ese momento me hice hombre. Lo hizo y bien» (Duclos, *Confessions du comte de ****, *Oeuvres complètes*, París, 1820-1821).

principios y axiomas en las ciencias, todo lo que tiende a generalizar las ideas no es de incumbencia de las mujeres; sus estudios todos deben remitirse a la práctica; a ellas corresponde hacer aplicación de los principios hallados por el hombre, y a ellas hacer las observaciones que conducen al hombre al establecimiento de los principios. Todas las reflexiones de las mujeres deben tender, en lo que no atañe de modo inmediato a sus deberes, al estudio de los hombres o a los conocimientos agradables que sólo tienen el gusto por el objeto; porque, en lo tocante a las obras de genio, éstas superan su capacidad; tampoco tienen suficiente precisión y atención para triunfar en las ciencias exactas, y, en cuanto a los conocimientos físicos, ve más objetos aquel de los dos que es el más activo, el más emprendedor, aquel que tiene más fuerza y que la ejerce más juzgando las relaciones de los seres sensibles y de las leyes de la naturaleza. La mujer, que es débil y que no ve nada fuera de sí misma, aprecia y juzga los móviles que puede poner en práctica para suplir su debilidad, y esos móviles son las pasiones del hombre. Su mecánica propia es más fuerte que la nuestra, todas sus palancas van a sacudir el corazón humano. Es preciso que posea el arte de hacernos querer todo lo que su sexo no puede hacer por sí mismo y que le resulta necesario o agradable; es preciso, por tanto, que estudie a fondo el espíritu del hombre, no por abstracción el espíritu del hombre en general, sino el espíritu de los hombres que la rodean, el espíritu de los hombres a los que está sometida bien por la ley, bien por la opinión. Es menester que aprenda a calar en sus sentimientos con sus palabras, con sus acciones, con sus miradas, con sus gestos. Es preciso que con sus palabras, con sus acciones, con sus miradas, con sus gestos, ella sepa darle los sentimientos que a él le agradan sin que parezca siquiera que piensa en ello. Ellos filosofarán mejor que ella sobre el corazón humano; mas ella leerá mejor que ellos en el corazón de los hombres. A las mujeres corresponde encontrar, por así decir, la moral experimental, a nosotros reducirla a sistema. La mujer tiene más ingenio, el hombre más genio, la mujer observa y el hombre razona: de este concurso resultan la luz más clara y la ciencia más completa que puede adquirir por sí mismo el espíritu humano, el conocimiento más seguro, en una palabra, de sí y de los demás, que esté al alcance de

nuestra especie; y así es como el arte puede tender de modo incesante a perfeccionar el instrumento dado por la naturaleza.

El mundo es el libro de las mujeres; cuando leen mal en él es por culpa suya, o alguna pasión las ciega. Sin embargo, la verdadera madre de familia, lejos de ser una mujer de mundo, no está menos recluida en su casa que la religiosa en el claustro. Habría pues que hacer con las personas jóvenes que se casan lo que se hace o debe hacerse con las que se meten en conventos, mostrarles los placeres que abandonan antes de dejarles renunciar a ellos, no sea que la falsa imagen de estos placeres que les son desconocidos vaya un día a extraviar sus corazones y a perturbar la felicidad de su retiro. En Francia las muchachas viven en conventos y las mujeres corren mundo. Entre los antiguos ocurría lo contrario. Las jóvenes tenían, como ya he dicho, muchos juegos y fiestas públicas. Las mujeres vivían retiradas. Este uso era más razonable y mantenía mejor las costumbres. A las jóvenes casaderas les está permitida cierta especie de coquetería, divertirse es su principal ocupación. Las mujeres tienen otros cuidados en sus casas y ya no han de buscar maridos; pero no sacarían provecho de esta reforma y por desgracia dan el tono. Madres, haced por lo menos compañeras vuestras a vuestras hijas. Dadles un sentido recto y un alma honesta, luego no les ocultéis nada de lo que unos ojos castos pueden mirar. El baile, los festines, los juegos, incluso el teatro; todo lo que, mal visto, constituye el encanto de una juventud imprudente, puede ofrecerse sin riesgo a unos ojos sanos. Cuanto mejor vean esos ruidosos placeres, antes quedarán asqueadas de ellos.

Oigo el clamor que contra mí se alza. ¿Qué muchacha resiste a ese peligroso ejemplo? Apenas han visto el mundo, la cabeza les da vueltas a todas; ni una sola quiere abandonarlo. Puede ser; pero antes de ofrecerles ese cuadro engañador, ¿las habéis preparado bien para verlo sin emoción? ¿Les habéis anunciado bien los objetos que representa? ¿Se los habéis pintado tal cual son? ¿Las habéis armado bien contra las ilusiones de la vanidad? ¿Habéis llevado a su joven corazón el gusto por los verdaderos placeres, que no se encuentran en ese tumulto? ¿Qué precauciones, qué medidas habéis tomado para preservarlas del falso gusto que las pierde? Lejos de oponer nada en su espíritu al imperio de los prejuicios públicos, ¡los

habéis alimentado! Les habéis hecho amar de antemano todas las frívolas distracciones que encuentran. Se las hacéis amar incluso al entregarse a ellas. Unas personas jóvenes que entran en el mundo no tienen más guía que su madre, más loca a menudo que ellas, y que no puede mostrarles los objetos de forma distinta a como los ve. Su ejemplo, más fuerte que la razón misma, los justifica a sus propios ojos, y la autoridad de la madre es para la hija una excusa sin réplica. Cuando pretendo que una madre introduzca a su hija en el mundo, es suponiendo que se lo haga ver tal como es.

El mal comienza más pronto aún. Los conventos son auténticas escuelas de coquetería; no de esa coquetería honesta de que he hablado, sino de esa que produce todos los defectos de las mujeres y hace las petimetras más extravagantes. Al salir de ellos para entrar de golpe en sociedades ruidosas, desde el primer momento se sienten las jóvenes en su sitio. Han sido educadas para vivir ahí; ¿hay que asombrarse si se encuentran a gusto? No adelantaré lo que voy a decir sin temor a tomar un prejuicio por una observación; pero me parece que, en general, en los países protestantes hay más apego a la familia, esposas más dignas y madres más tiernas que en los países católicos, y si esto es así no podemos dudar que tal diferencia se debe en parte a la educación de los conventos.

Para amar la vida apacible y doméstica hay que conocerla; hay que haber sentido sus dulzuras desde la infancia. Sólo en la casa paterna se adquiere el gusto por la propia casa y a toda mujer que no haya educado su madre no le gustará educar a sus hijos. Por desgracia ya no hay educación privada en las grandes ciudades. En ellas la sociedad es tan general y se halla tan mezclada que ya no queda sitio para el retiro y estamos en público hasta en casa. A fuerza de vivir con todo el mundo ya no se tiene familia, apenas se conoce a los padres; se los ve como extraños, y la sencillez de las costumbres domésticas se extingue junto con la dulce familiaridad que constituía su encanto. Así es como con la leche se mama el gusto por los placeres del siglo y por las máximas que en él se ven reinar.

Se impone a las muchachas una sujección aparente para hallar víctimas que las desposen por su compostura. Pero estudiad un momento a esas personas jóvenes; bajo un aire

forzado disimulan mal la codicia que las devora y ya se lee en sus ojos el ardiente deseo de imitar a sus madres. Lo que ambicionan no es un marido sino la licencia del matrimonio. ¿Qué necesidad tienen de un marido, con tantos recursos para prescindir de él? Pero se necesita un marido para encubrir esos recursos". La modestia está en su rostro y el libertinaje en el fondo de su corazón; esa fingida modestia misma es su señal. La fingen sólo para poder librarse de ella cuanto antes. Mujeres de París y de Londres, perdonadme, por favor. Ninguna morada excluye los milagros, pero por lo que a mí se refiere no conozco ninguna; y si una sola de vosotras tiene el alma auténticamente honesta, no entiendo nada de nuestras instituciones.

Todas estas educaciones diversas entregan por igual a las jóvenes al gusto por los placeres del mundo y a las pasiones que pronto nacen de ese gusto. En las grandes ciudades la depravación comienza con la vida, y en las pequeñas comienza con la razón. Jóvenes provincianas enseñadas a despreciar la feliz sencillez de sus costumbres se apresuran a venir a París para participar de la corrupción de las nuestras; los vicios adornados con el bello nombre de talentos son el único objeto de su viaje, y vergonzosas al llegar por encontrarse tan lejos de la noble licencia de las mujeres del campo no tardan en merecer ser también de la capital. ¿Dónde comienza el mal en vuestra opinión? ¿En los lugares en que se proyecta o en aquellos en que se realiza?

No quiero que una madre sensata lleve su hija de la provincia a París para mostrarle esos cuadros tan perniciosos para otras; digo que cuando esto ocurra, o esa hija está mal educada, o esos cuadros serán poco religiosos para ella. Con gusto, sentido y amor por las cosas honestas, no resultan tan atractivos como lo son para quienes se dejan encantar por ellos. Se ve en París jóvenes alocadas que llegan corriendo para adoptar el tono del país y ponerse a la moda durante seis meses para hacerse silbar el resto de su vida; pero ¿quién se fija en las que, rechazadas por todo este estruendo, regresan a su provincia contentas con su destino, después de haberlo comparado al que las otras envidian? ¡A cuántas jóvenes casadas, llevadas a la capital por unos esposos complacientes y deseosos de establecerse ahí he visto disuadirlos ellas mismas,

volver a partir de mejor gana que de la que habían venido, y decir con enternecimiento la víspera de su partida: ¡Ah, volvamos a nuestra choza, se vive en ella más feliz que en estos palacios! No sabemos cuántas buenas personas quedan todavía que aún no han doblado la rodilla ante el ídolo, y que desprecian su culto insensato. Sólo las locas hacen ruido; las mujeres prudentes no causan sensación.

Y si, a pesar de la corrupción general, a pesar de los prejuicios universales, a pesar de la mala educación de las jóvenes, muchas conservan todavía juicio a toda prueba, ¿qué será cuando ese juicio haya sido nutrido con enseñanzas convenientes o, por decirlo mejor, cuando no se lo haya alterado con enseñanzas viciosas? Porque todo consiste siempre en conservar o restablecer los sentimientos naturales. Para ello no se trata de aburrir a las jóvenes con vuestras largas pláticas, ni soltarles vuestras secas moralidades. Para ambos sexos las moralidades son la muerte de toda buena educación. Unas tristes lecciones sólo sirven para hacerles odiar tanto a quienes las dan como cuanto dicen. Cuando se habla a los jóvenes, no se trata de que teman sus deberes, ni de agravar el yugo que les es impuesto por la naturaleza. Cuando les expongáis esos deberes, sed preciso y fácil, no les dejéis creer que se siente pesadumbre al cumplirlos; nada de aire molesto, nada de aire sombrío. Todo lo que debe pasar al corazón debe salir de él; su catecismo moral debe ser tan corto y tan claro como su catecismo de religión, pero no debe ser tan grave. Mostradles en los mismos deberes la fuente de sus placeres y el fundamento de sus derechos. ¿Es tan penoso amar para ser amado, volver amable para ser feliz, hacerse amable para ser obedecido, honrarse para hacerse honrar? ¡Qué hermosos son esos derechos! ¡Qué respetables! ¡Qué caros son al corazón del hombre cuando la mujer sabe hacerlos valer! No hay que esperar los años ni la vejez para gozarlos. Su imperio comienza con sus virtudes; nada más desarrollarse sus atractivos reina ya por la dulzura de su carácter y vuelve imponente su modestia. ¿Qué hombre insensible y bárbaro no suaviza su orgullo y adopta modales más atentos junto a una muchacha de dieciséis años, amable y prudente, que habla poco, que escucha, que pone decencia en su compostura y honestidad en sus palabras, a la que su belleza no hace olvidar ni su sexo ni

su juventud, que sabe interesar por su timidez misma, y atraerse el respeto que ella tiene con todo el mundo?

Estos testimonios, aunque exteriores, no son frívolos; no se fundan sólo en la atracción de los sentidos; parten de este sentimiento íntimo que todos tenemos, de que las mujeres son los jueces naturales del mérito de los hombres. ¿Quién quiere ser despreciado por las mujeres? Nadie en el mundo; ni siquiera quien no quiere ya amarlas. Y a mí que les digo verdades tan duras, ¿creéis que sus juicios me son indiferentes? No, sus sufragios me son más queridos que los vuestros, lectores, a menudo más mujeres que ellas. Menospreciando sus costumbres, quiero seguir honrando su justicia: poco importa que me odien, si las obligo a estimarme.

¡Qué grandes cosas se harían con ese resorte si se supiera ponerlo en acción! ¡Malhaya el siglo en que las mujeres pierden su ascendiente, y en que sus juicios nada significan para los hombres! Es el grado último de la depravación. Todos los pueblos que tuvieron costumbres respetaron a las mujeres. Ved Esparta, ved a los germanos, ved a Roma, Roma, sede de la gloria y de la virtud, si jamás hubo una en la tierra. Ahí es donde las mujeres honraban las hazañas de los grandes generales, donde lloraban públicamente a los padres de la patria, donde sus votos y sus duelos estaban consagrados como el juicio más solemne de la república. En ella todas las grandes revoluciones nacieron de las mujeres: por una mujer consiguió Roma la libertad, por una mujer los plebeyos obtuvieron el consulado, por una mujer acabó la tiranía de los decemviros, por las mujeres Roma asediada fue salvada de las manos de un proscrito. Galantes franceses, ¿qué hubierais dicho viendo pasar esa procesión tan ridícula a vuestros ojos burlones? La hubieseis acompañado con vuestros abucheos. ¡Con qué mirada tan distinta vemos nosotros los mismos objetos! Y quizá todos tengamos razón. Formad ese cortejo con bellas damas francesas: no conozco nada más indecente; pero formadlo con romanas: todos tendréis los ojos de los volscos y el corazón de Coriolano*.

---

* Los hechos sacados por Rousseau de una nota de la *Histoire romaine* de Catrou y Rouille eran de sobra conocidos para él, gran admirador de la historia romana. Cf. *Discurso sobre las ciencias y las artes, ed. cit.*, pág. 153 y ss, y 158 y

Diré más, sostengo que la virtud no es menos favorable al amor que a los demás derechos de la naturaleza, y que la autoridad de las amantes no gana menos con ella que la de las mujeres y las madres. No hay verdadero amor sin entusiasmo y no hay entusiasmo sin un objeto de perfección real o quimérica, pero siempre existente en la imaginación. ¿Con qué se inflamarán unos amantes para quienes esa perfección no sea nada, y que no vean en lo que aman más que el objeto del placer de los sentidos? No, no es así como el alma se excita y se entrega a esos sublimes transportes que hacen el delirio de los amantes y el encanto de su pasión. En el amor, no hay más que ilusión, lo confieso; pero lo real son los sentimientos con que nos anima hacia la verdadera hermosura que nos hace amar. Esa hermosura no está en el objeto que amamos, es obra de nuestros errores. Pero ¿qué importa? ¿Dejamos por eso de sacrificar todos nuestros bajos sentimientos a ese modelo imaginario? ¿Se llena menos el corazón de las virtudes que prestamos a quien amamos? ¿Dejamos por ello de apartarnos de la bajeza del yo humano? ¿Dónde el verdadero amante que no esté dispuesto a inmolar su vida a su amada, y dónde la pasión sensual y grosera en un hombre que quiere morir? ¡Nos burlamos de los paladines! Es porque ellos conocían el amor y nosotros no conocemos más que la depravación. Cuando esas máximas novelescas* comenzaron a volverse ridículas, el cambio se debió menos a la razón que a las malas costumbres.

En el siglo que sea, las relaciones naturales no cambian, la conveniencia o desconveniencia que de ellas resulta sigue siendo la misma, los prejuicios bajo el vano nombre de razón sólo cambian su apariencia; siempre será grande y hermoso reinar sobre sí mismo, aunque sea para obedecer a opiniones

---

ss.) Bruto acabó con los reyes y trajo la República en el año 509 para vengar a Lucrecia, violada por Tarquino. En el 367, una mujer, la esposa de Licinio, decidió a su marido a proponer que uno de los cónsules fuera plebeyo. En el 449, los decembiros fueron expulsados porque uno de ellos, Appius Claudius, codiciaba a Virginia, a la que su padre mató para que no fuera deshonrada. Finalmente, gracias a los ruegos de Veturia, su hijo Coriolano decidió levantar el asedio que tenía puesto a Roma.

* Evidentemente las novelas caballerescas exaltadoras del amor cortés que Rousseau había leído en su juventud.

fantásticas, y los verdaderos motivos de honor hablarán siempre al corazón de toda mujer de juicio que sepa buscar en su estado la felicidad de la vida. La castidad debe ser una virtud deliciosa para una mujer bella que tenga alguna elevación de alma. Mientras ve toda la tierra a sus pies, triunfa de todo y de ella misma: alza en su propio corazón un trono al que acuden todos a rendir homenaje; los sentimientos tiernos o celosos, pero siempre respetuosos de ambos sexos, la estima universal y la suya propia, le pagan sin cesar como tributo de gloria los combates de algunos instantes. Las privaciones son pasajeras, pero el premio permanente; ¡qué goce para un alma noble que el orgullo de la virtud se una a la belleza! Cread una heroína de novela, saboreará voluptuosidades más exquisitas que las Lais y las Cleopatras, y cuando su belleza deje de existir, su gloria y sus placeres seguirán viviendo; ella sola sabrá gozar del pasado.

Cuanto mayores y más penosos sean los deberes, más sensibles y fuertes deben ser las razones en que han de fundarse. Hay cierto lenguaje devoto con el que aturden, sobre los temas más graves, los oídos de las jóvenes, sin lograr persuadir. De ese lenguaje demasiado desproporcionado para sus ideas y del poco caso que le hacen en secreto nace la facilidad de ceder a sus inclinaciones por falta de razones para resistir a ellas sacadas de las cosas mismas. Una muchacha prudente y piadosamente educada tiene sin duda fuertes armas contra las tentaciones, pero aquella cuyo corazón o más bien sus oídos alimenta únicamente la jerga de la devoción se vuelve infaliblemente presa del primer seductor hábil que la aborda. Una persona joven y bella jamás despreciará su cuerpo, jamás se afligirá de buena fe por los grandes pecados que su belleza hace cometer, jamás llorará sinceramente y delante de Dios por ser un objeto de codicia, jamás podrá creer en secreto que el más dulce sentimiento del corazón sea invención de Satán. Dadle otras razones internas y para ella misma, porque ésas no la convencerán. Será peor aún si, como no se deja de hacer, se siembra contradicción en sus ideas, y si después de haberla humillado envileciendo su cuerpo y sus encantos como la mancha del pecado, se le obliga a que respete luego como templo de Jesucristo ese mismo cuerpo que le han hecho tan despreciable. Las ideas demasiado

sublimes y demasiado bajas son igual de insuficientes y no pueden asociarse: se necesita una razón al alcance del sexo y de la edad. La consideración del deber sólo tiene fuerza cuando a ella se unen motivos que nos llevan a cumplirlo.

Quae quia non liceat non facit, illa facit.

No nos figuraríamos que sea Ovidio el autor de un juicio tan severo*.

¿Queréis pues inspirar el amor por las buenas costumbres en las jóvenes? Sin decirles de modo incesante: sed prudentes, dadles un gran interés en serlo; hacedles sentir todo el valor de la prudencia y se la haréis amar. No basta tomar ese interés para un futuro lejano, mostrádselo en el momento mismo, en las relaciones de su edad, en el carácter de sus amantes. Describidles al hombre de bien, al hombre de mérito, enseñadles a reconocerlo, a amarlo, y a amarlo para ellas; probadles que sólo ese hombre puede hacer felices a sus amigas, mujeres o amantes. Llevadlas a la virtud por la razón; hacedles sentir que el imperio de su sexo y todas sus ventajas no dependen sólo de su buena conducta y de sus costumbres, sino también de las de los hombres, que ellas tienen poco dominio sobre almas viles y bajas, y que sólo se sabe servir a su amada cuando se sabe servir a la virtud. Estad seguro de que entonces pintándoles las costumbres de nuestros días les inspiraréis una sincera repugnancia por ellas; mostrándoles las gentes a la moda haréis que las desprecien, no les inspiraréis sino alejamiento de sus máximas, aversión por sus sentimientos, y desdén por sus vanas galanterías, haréis nacer en ellas una ambición más noble, la de reinar sobre almas grandes y fuertes, la de las mujeres de Esparta que era mandar a hombres. Una mujer audaz, desvergonzada, intrigante, que sólo sabe atraer a sus amados por la coquetería, que los conserva sólo por sus favores les hace obedecer como a criados en las cosas serviles y comunes; en las cosas importantes y graves carece de autoridad sobre ellos. Pero la mujer a la vez honesta, amable y prudente, la que fuerza a los suyos a

* «Que la que se abstiene, sólo porque no le está permitido lo hace» (Virgilio, *Amores*, III, 4, verso 4).

respetarla, la que tiene reserva y modestia, aquella que, en una palabra, sostiene el amor mediante la estima, los envía con un gesto al fin del mundo, al combate, a la gloria, a la muerte, donde le place: este dominio es en mi opinión hermoso, y merece la pena adquirirlo[12].

He ahí el espíritu en que Sofía ha sido educada con más cuidado que esfuerzo, y siguiendo más su gusto que forzándolo. Digamos ahora algo sobre su persona por el retrato que de ella he hecho a Emilio, según él mismo imagina a la esposa que puede hacerle feliz.

No me cansaré de repetir que dejo a un lado los prodigios. Emilio no lo es, Sofía tampoco. Emilio es hombre y Sofía es mujer, he ahí toda su gloria. En la confusión de sexos que reina entre nosotros, es casi un prodigio ser del suyo*.

Sofía es biennacida, de buen natural; tiene el corazón muy sensible y esa sensibilidad extrema le da a veces una actividad de imaginación difícil de moderar. Tiene el espíritu menos preciso que penetrante, el humor fácil y sin embargo desigual, la figura común, pero agradable, una fisonomía que promete un alma y que no miente; se la puede abordar con indiferencia, pero no despedirse de ella sin emoción. Otras tienen buenas cualidades que le faltan; otras tienen en mayor medida las que ella posee; pero ninguna tiene cualidades mejor surtidas para conformar un carácter feliz. Sabe sacar partido incluso de sus defectos, y si fuera más perfecta agradaría mucho menos.

Sofía no es bella, pero a su lado los hombres olvidan a las mujeres bellas, y las mujeres bellas quedan descontentas de sí. Apenas es bonita a una primera mirada; pero cuanto más se la ve más embellece; gana allí donde tanto pierden otras, y lo que ella gana, sí que no lo pierde. Se pueden tener ojos más hermosos, una boca más bella, una figura más imponente; pero no se podría tener un talle más seductor, una tez más hermosa, una mano más blanca, un pie más gracioso, una

---

* Esta alusión a la confusión de los sexos se repite en la *Lettre à d'Alembert* y en la *Nouvelle Héloïse*; observaciones semejantes, y más precisas, se encuentran en las *Lettres sur les François*, de Béat de Muralt: «En una palabra, como en Francia los hombres dan demasiado en la bagatela y no son bastante hombres, las mujeres tienen demasiada audacia y no son bastante mujeres. En el trato continuo que hay entre los dos sexos, se produce como un cambio de carácter, que hace que uno y otro se rebajen un poco».

mirada más dulce, una fisonomía más subyugante. Sin deslumbrar interesa; encanta, y no sabríamos decir por qué.

A Sofía le gustan los adornos y entiende de ellos; su madre no cuenta con más doncellas que Sofía, que tiene mucho gusto para sacar de todo el mejor partido; pero odia los atuendos ricos; en el suyo se ve siempre la sencillez unida a la elegancia; no le gusta lo que brilla, sino lo que sienta bien. Ignora cuáles son los colores de moda, pero conoce a las mil maravillas los que le favorecen. No hay joven que parezca arreglada con menos rebuscamiento y cuyos vestidos estén más rebuscados; ninguna pieza del suyo está cogida al azar, y el artificio no aparece por ninguna parte. Su aderezo es modestísimo en apariencia y muy coqueto en la práctica; no exhibe sus encantos, los encubre, pero encubriéndolos sabe hacer que los imaginen. Al verla uno se dice: he ahí una joven modesta y prudente; pero mientras se está a su lado, los ojos y el corazón vagan por toda su persona sin poder separarlos, y se diría que todo ese atuendo tan sencillo no está puesto en su sitio sino para ser quitado pieza a pieza por la imaginación.

Sofía tiene talentos naturales; los siente y no los ha descuidado; pero como no ha estado a su alcance poner mucho arte en su cultivo, se ha contentado con ejercitar su bonita voz en cantar con precisión y gusto, sus piececitos en caminar con ligereza, con facilidad, con gracia, en hacer la reverencia en toda suerte de situaciones sin embarazo ni torpeza. Por lo demás, no ha tenido otro maestro de canto que su padre, ni otra maestra de baile que su madre, y un organista de la vecindad le ha dado sobre el clavecín algunas lecciones de acompañamiento que luego ella ha cultivado sola. Al principio no pensaba en otra cosa que en lucir su mano sobre esas teclas negras; luego le pareció que el sonido agrio y seco del clavecín hacía más dulce el sonido de la voz, poco a poco se volvió sensible a la armonía; por último, a medida que crecía, empezó a sentir los encantos de la expresión y a amar la música por sí misma. Pero es más un gusto que un talento; no sabe leer una melodía con la partitura.

Lo que Sofía sabe mejor y que le han hecho aprender con más cuidado, son las labores de su sexo, incluso éstas que difícilmente se nos ocurren, como cortar y coser sus vestidos.

No hay labor de aguja que no sepa hacer y que no haga con placer; pero el trabajo que prefiere a cualquier otro es el encaje, porque no hay ninguno que dé una actitud más agradable y en el que los dedos se ejerciten con más gracia y ligereza. También se ha aplicado en todos los detalles del hogar. Entiende de cocina y de antecocina; sabe el precio de los géneros, conoce sus cualidades; sabe muy bien llevar las cuentas, sirve de mayordomo a su madre. Hecha para ser un día madre de familia, al gobernar la casa paterna aprende a gobernar la suya; puede suplir en sus funciones a los criados y siempre lo hace de buena gana. Sólo se sabe mandar bien lo que uno mismo sabe realizar: por esa razón la ocupa así su madre; en cuanto a Sofía, no llega tan lejos. Su primer deber es el de hija, y ése es ahora el único que piensa en cumplir. Su única mira es servir a su madre y aliviarla de una parte de sus preocupaciones. Es cierto, sin embargo, que no hace todos con el mismo placer. Por ejemplo, aunque golosa, no le gusta la cocina: sus detalles tienen algo que la desagrada; ahí nunca encuentra suficiente limpieza. En este punto es de una delicadeza extremada, y esta delicadeza llevada al exceso se ha convertido en uno de sus defectos: antes dejaría que toda la comida se quemase que mancharse la manga. Jamás ha querido ocuparse del jardín por el mismo motivo. La tierra le parece sucia; en cuanto ve estiércol, cree sentir su olor.

Debe este defecto a las lecciones de su madre. Según ella, entre los deberes de la mujer, uno de los primeros es la limpieza: deber especial, indispensable, impuesto por la naturaleza; no hay en el mundo objeto más desagradable que una mujer sucia, y el marido que siente repugnancia por ella no hace nunca mal. Ha predicado tanto ese deber a su hija desde la infancia, ha exigido tanta limpieza en su persona, tanta para sus ropas, para su cuarto, para su trabajo, para su tocador, que todas estas atenciones vueltas hábito se llevan una gran parte de su tiempo y presiden incluso la otra, de suerte que hacer bien lo que hace sólo es la segunda de sus preocupaciones; la primera es siempre hacerlo con limpieza.

Sin embargo, todo esto no ha degenerado en vana afectación ni en molicie; los refinamientos del lujo no influyen nada en ella. En su cuarto no entró nunca otra cosa que el agua

corriente; no conoce más perfume que el de las flores, y su marido nunca respirará otro más dulce que su aliento. Por último, la atención que presta al exterior no le hace olvidar que debe su vida y su tiempo a cuidados más nobles: ignora o desdeña esa excesiva limpieza del cuerpo que mancilla el alma; Sofía es más que limpia, es pura.

He dicho que Sofía era golosa. Lo era por naturaleza; pero se ha vuelto sobria por hábito y ahora lo es por virtud. No ocurre con las chicas como con los chicos, a los que se puede gobernar hasta cierto punto mediante la gula. Tal inclinación no deja de tener consecuencias para el sexo, es demasiado peligroso dejársela. En su infancia, cuando entraba sola en el gabinete de su madre la pequeña Sofía no siempre volvía de vacío y no era de una fidelidad a toda prueba en materia de peladillas y caramelos. Su madre la sorprendió, la reprendió, la castigó, la dejó sin comer. Por fin consiguió persuadirla de que los caramelos estropeaban los dientes y de que comer demasiado engordaba la cintura. Así se corrigió Sofía; al crecer ha tomado otros gustos que le han apartado de esa baja sensualidad. En las mujeres, lo mismo que en los hombres, en cuanto el corazón se anima la gula no es ya un vicio dominante. Sofía ha conservado el gusto propio de su sexo; le gustan los laticinios y las golosinas; le gustan la pastelería y los dulces, pero muy poco la carne; no ha probado nunca ni el vino ni los licores fuertes. Además come bastante poco; su sexo, menos laborioso que el nuestro, necesita menos la restauración. En todo le gusta lo que es bueno y sabe saborearlo: también sabe acomodarse a lo que no lo es sin que ello le cueste ninguna privación.

Sofía tiene un espíritu agradable sin ser brillante, y sólido sin ser profundo, un espíritu del que nunca se dice nada, porque nunca parece ni mayor ni menor que el de uno. Siempre tiene el que agrada a las gentes que hablan con ella, aunque no esté muy pulido según la idea que tenemos de la cultura del espíritu de las mujeres: porque el suyo no se ha formado por la lectura, sino sólo por las conversaciones de su padre y de su madre, no por sus propias reflexiones, y por las observaciones que ha hecho en el poco mundo que ha visto. Sofía tiene, por naturaleza, alegría, era incluso juguetona en su infancia; pero poco a poco su madre se ha preocupado de

reprimir sus aires alocados, no fuera a ser que muy pronto un cambio demasiado súbito capacitase el momento que lo había hecho necesario. Se ha vuelto, pues, modesta y reservada antes incluso de la época de serlo, y ahora que ha llegado esa época le es más fácil conservar el tono que ha adoptado de lo que le sería adoptarlo sin indicar la razón de tal cambio: es divertido verla entregarse a veces, por un resto de hábito, a la vivacidad de la infancia, luego encerrarse de súbito en sí misma, callarse, bajar los ojos y ruborizarse; es necesario que en el intervalo de las dos épocas participe un poco de cada una de ambas.

Sofía es de una sensibilidad demasiado grande para conservar una perfecta igualdad de humor, pero tiene demasiada dulzura para que esa sensibilidad resulte importuna a los demás; sólo se perjudica a sí misma. Que dicen una sola palabra que la hiere..., no se enfada, pero su corazón se encoge; trata de escaparse para ir a llorar. Si en medio de sus lágrimas su padre o su madre la llaman y dicen una sola palabra, vuelve al instante a jugar y a reír enjugándose habilmente los ojos y tratando de ahogar sus llantos.

Tampoco está completamente exenta de capricho. Su humor irritado en extremo degenera en insubordinación, y entonces es propensa a desmandarse. Pero dejadle tiempo de volver a ser ella, y su forma de borrar su error lo convertirá casi en mérito. Si la castigan, es dócil y sumisa, y se ve que su vergüenza no procede tanto del castigo como de la falta. Si no le dicen nada, nunca deja de repararla por sí misma, pero con tanta franqueza y con tan buena gracia que no es posible mirarla con rencor. Besaría la tierra ante el último criado sin que ese rebajamiento le causara la menor pena, y tan pronto como es perdonada su alegría y sus caricias muestran el peso del que se siente aliviado su buen corazón. En una palabra, soporta con paciencia los errores de los demás y repara con placer los suyos. Así es el amable natural de su sexo antes de que lo echemos a perder. La mujer está hecha para ceder al hombre y para soportar incluso su injusticia; nunca reduciréis a los chicos a ese punto. El sentimiento interior se subleva y se revuelve en ellos contra la injusticia; la naturaleza no les hizo para tolerarla.

gravem
*Pelidae stomachum cedere nescii**.

Sofía tiene religión, pero una religión razonable y simple, pocos dogmas y menos prácticas de devoción; o mejor, como no conoce otra práctica esencial que la moral, consagra su vida entera a servir a Dios haciendo el bien. En todas las enseñanzas que sus padres le han dado sobre este punto, la han acostumbrado a una sumisión respetuosa diciendo siempre: «Hija mía, estos conocimientos no son de vuestra edad; vuestro marido os los enseñará a su debido tiempo». Por lo demás, en vez de largos discursos sobre piedad se limitan a predicarle con el ejemplo, y ese ejemplo queda grabado en su corazón.

Sofía ama la virtud; ese amor se ha vuelto su pasión dominante. La ama porque no hay nada tan bello como la virtud; la ama porque la virtud constituye la gloria de la mujer, y porque una mujer virtuosa le parece casi igual a los ángeles; la ama como el único camino de la verdadera dicha, y porque no ve más que miseria, abandono, desgracia, oprobio e ignominia en la vida de una mujer deshonesta; la ama, en fin, porque es cara a su respetable padre, a su tierna y digna madre; no contentos de sentirse felices con su propia virtud, también quieren estarlo con la suya, y para ella su felicidad primera es la esperanza de hacer la de ellos. Todos estos sentimientos le inspiran un entusiasmo que eleva su alma y mantiene todas sus pequeñas inclinaciones sometidas a una pasión tan noble. Sofía será casta y honesta hasta su último suspiro; se lo juró en el fondo de su alma, y se lo juró en una época en que ya sabía cuánto cuesta mantener semejante juramento; se lo juró cuando habría debido revocar el compromiso, si sus sentidos estuvieran hechos para imponerse sobre ella.

Sofía no tiene la dicha de ser una amable francesa fría por temperamento y coqueta por vanidad, que quiere brillar más que agradar, que busca la diversión y no el placer. Sólo la devora la necesidad de amar, que viene a distraerla y a turbar su corazón en las fiestas; ha perdido su antigua alegría; los

---

* Horacio, *Odas*, I, 6, 5-6: «La terrible cólera del hijo de Peleo [Aquiles], que no sabe ceder».

retozos no están hechos para ella; lejos de temer el hastío de la soledad, la busca; en ella, piensa en aquel que debe volvérsela dulce; todos los indiferentes la importunan; no necesita un cortejo, sino un amador; más prefiere agradar a un solo hombre discreto y agradarle siempre que alzar en su favor el grito de la moda que dura un día y al día siguiente se trueca en abucheo.

Las mujeres tienen formado antes el juicio que los hombres: como están a la defensiva casi desde su infancia y se han hecho cargo de un depósito difícil de guardar, el bien y el mal le son conocidos necesariamente antes. Sofía, precoz en todo porque su temperamento le inclina a serlo, también tiene el juicio formado antes que otras muchachas de su edad. No hay en ello nada de extraordinario: la madurez no es en todas partes la misma al mismo tiempo.

Sofía está al tanto de los deberes y derechos de su sexo y del nuestro. Conoce los defectos de los hombres y los vicios de las mujeres; conoce también las cualidades, las virtudes contrarias y ha impreso todas ellas en el fondo de su corazón. No puede tenerse una idea más alta de la mujer honesta que la concebida por ella, y esa idea no la espanta; mas piensa con mayor complacencia en el hombre discreto, en el hombre de mérito, siente que está hecha para ese hombre, que es digna de él, que puede devolverle la dicha que de él ha de recibir. Siente que sabrá reconocerle, sólo se trata de encontrarlo.

Las mujeres son los jueces naturales del mérito de los hombres como éstos lo son del mérito de las mujeres; es su derecho recíproco, y ni unos ni otras lo ignoran. Sofía conoce ese derecho y lo usa, pero con la modestia que conviene a su juventud, a su inexperiencia, a su estado; sólo juzga de las cosas que están a su alcance, y sólo lo hace cuando juzgar sirve para desarrollar alguna máxima útil. No habla de los ausentes sino con la mayor circunspección, sobre todo si son mujeres. Piensa que lo que las hace maledicentes y satíricas es hablar de su sexo: cuando se limitan a hablar del nuestro no son sino equitativas. Sofía se limita pues a éste. En cuanto a las mujeres, nunca habla de ellas sino para decir las cosas buenas que sabe, es un honor que cree deber a su sexo; y de aquellas de las que nada bueno sabe que decir, no dice absolutamente nada, y esto se entiende.

Sofía tiene poco mundo, pero es complaciente, atenta, y pone gracia en todo lo que hace. Un natural afortunado le sirve mejor que mucho artificio. Tiene cierta cortesía propia que no se basa en fórmulas, que no está sometida a modas, que no cambia con ellas, que no hace nada por hábito, sino que deriva de un verdadero deseo de agradar, y que agrada. No conoce los cumplidos triviales, ni los inventa más rebuscados; no dice que queda muy agradecida, que es para ella un honor, que no se tomen la molestia, etc., menos todavía se le ocurre componer las frases. A una atención, a una cortesía establecida, responde con una reverencia o con un simple *os lo agradezco*; pero esta frase dicha por su boca vale más que cualquier otra. Por un verdadero favor deja hablar a su corazón y no es un cumplido lo que éste encuentra. Jamás ha soportado que los usos franceses la sometieran al yugo de los melindres, como apoyar la mano, al pasar de un salón a otro, sobre un brazo sexagenario que antes preferiría sostener. Cuando un galán almizclado le ofrece ese impertienente servicio, deja el oficioso brazo en la escalera y se lanza de dos saltos al otro salón diciendo que no está coja. En efecto, aunque no sea de estatura elevada, jamás ha querido tacones altos; tiene los pies bastante pequeños para prescindir de ellos.

No sólo se mantiene en silencio y respetuosa con las mujeres, sino incluso con los hombres casados o mucho mayores que ella; nunca aceptará un lugar superior al de ellos sino por obediencia, y volverá al suyo, más inferior, en cuanto pueda; porque sabe que los derechos de la edad son antes que los del sexo, por tener a su favor la reputación de la prudencia, que debe ser honrada ante todo.

Con los jóvenes de su edad es otra cosa; necesita un tono diferente para infundirles respeto, y sabe adoptarlo sin abandonar el aire modesto que le conviene. Si son modestos y reservados por sí mismos, conservará gustosa con ellos la amable familiaridad de la juventud; sus charlas llenas de inocencia serán festivas pero decentes; si se vuelven serias, pretende que sean útiles; si degeneran en soserías, pronto las hará cesar, porque desprecia ante todo la pequeña jerigonza de la galantería por parecerle muy ofensiva para su sexo. Sabe de sobra que el hombre que busca no usa esa jerga y nunca sufre de buena gana en otro lo que no conviene a aquel cuyo

carácter lleva impreso en el fondo de su corazón. La alta opinión que tiene de los derechos de su sexo, el espíritu altivo que le presta la pureza de sus sentimientos, esa energía de la virtud que siente en ella misma y que la vuelve respetable a sus propios ojos, le hacen escuchar con indignación las palabras zalameras con que pretenden entretenerla. No las recibe con una cólera aparente, sino con un irónico aplauso que desconcierta, o en un tono frío que no se espera. Que si un guapo decidor* le declama sus gentilezas, la alaba con ingenio sobre el suyo, sobre su belleza, sobre sus gracias, sobre el valor de la dicha de agradarla, es capaz de interrumpirlo diciéndole cortésmente: «Señor, mucho me temo que sé esas cosas mejor que vos; si no tenemos nada más curioso que decirnos, creo que podemos dar por terminada la conversación». Acompañar estas palabras de una profunda reverencia y encontrarse luego a veinte pasos de él no es para ella sino cosa de un instante. Preguntad a vuestros currutacos si es fácil hacer gala de su cotorreo ante un espíritu tan arisco como éste.

Y sin embargo, no es que no le guste ser elogiada, siempre que sea de verdad y que pueda creer que piensan realmente lo bueno que de ella le dicen. Para mostrarse impresionado por su mérito hay que empezar por tenerlo. Un homenaje fundado en la estima puede halagar su corazón altivo, pero toda guasa galana siempre es rechazada; Sofía no está hecha para ejercitar los mediocres talentos de un farsante.

Con una madurez de juicio tan grande y formada en todos los aspectos como una joven de veinte años, a los quince Sofía no será tratada como niña por sus padres. Apenas perciban en ella la primera inquietud de la juventud, antes de que progrese se apresurarán a atenderla; le dirán palabras tiernas y sensatas. Las palabras tiernas y sensatas corresponden a su edad y a su carácter. Si este carácter es tal como yo lo imagino, ¿por qué su padre no había de hablarle más o menos así?:

«Sofía, ya sois mayor, pero no se vuelve uno mayor para

---

* «Decidor» [*Phoebus*] aludía sobre todo al lenguaje: «Se dice proverbialmente que un hombre habla *phoebus* cuando, afectando hablar en términos magníficos, cae en galimatías y oscuridad» (Furetière, *Dictionnaire universel*»). En las *Confessions*, Rousseau emplea la expresión «faire le Phoebus» (*ed. cit.*, I, pág. 193).

serlo siempre. Queremos que seáis feliz: es por nosotros por quienes lo deseamos, porque nuestra felicidad depende de la vuestra. La felicidad de una muchacha honrada es hacer la de un hombre honrado; por tanto hay que pensar en casaros; hay que pensarlo desde hora temprana, porque del matrimonio depende la suerte de la vida, y jamás es demasiado el tiempo para pensar en él».

«Nada hay más difícil que la elección de un buen marido, salvo, tal vez, la de una buena mujer. Vos seréis, Sofía, esa mujer rara, seréis la gloria de nuestra vida y la felicidad de nuestros últimos días; pero sea el que fuere el mérito de que estéis provista, en la tierra no faltan hombres que lo tienen mayor aún que vos. No hay ninguno que no debiera honrarse de obteneros; hay muchos que os honrarían a vos más. Entre éstos se trata de encontrar uno que os convenga, conocerlo y haceros conocer por él».

«La mayor felicidad del matrimonio depende de tantas conveniencias que es locura querer reunirlas todas. Ante todo hay que asegurarse de las que más importan; cuando las otras se tienen, se utilizan; cuando faltan se prescinde de ellas. No existe la felicidad perfecta sobre la tierra, pero la mayor de las desgracias, y aquella que siempre puede evitarse, es ser desgraciado por culpa de uno mismo».

«Hay conveniencias naturales, las hay de institución, las hay que dependen sólo de la opinión. Los padres son jueces de las dos últimas clases, los hijos sólo lo son de la primera. En los matrimonios que se hacen por la autoridad de los padres, nos regulamos únicamente por las conveniencias de institución y de opinión; no son las personas quienes se casan, son los estados y los bienes; pero todo eso puede cambiar; las personas solas siempre permanecen, se llevan a todas partes consigo; a despecho de la fortuna, sólo por las relaciones personales puede ser feliz o infeliz un matrimonio».

«Vuestra madre era de condición, yo era rico; ésas fueron las únicas consideraciones que impulsaron a nuestros padres a unirnos. Yo perdí mis bienes, ella perdió su apellido; olvidada de su familia, ¿de qué sirve hoy haber nacido dama? En nuestros desastres, la unión de nuestros corazones nos ha consolado de todo; la conformidad de nuestros gustos nos hizo escoger este retiro; vivimos en él felices en medio de la

pobreza, nos servimos el uno al otro de todo; Sofía es nuestro tesoro común; bendecimos al cielo por habernos dado éste y habernos quitado todo lo demás. ¡Ved, hija mía, a dónde nos ha guiado la Providencia! Las conveniencias que hicieron que nos casáramos se han desvanecido; somos felices únicamente por las que no interesaron a nadie».

«A los esposos corresponde convenirse. La inclinación mutua debe ser su primer vínculo; sus ojos, sus corazones deben ser sus primeros guías; porque como su primer deber, el estar unidos, es amarse, y amar o no amar no depende de nosotros mismos, ese deber conlleva necesariamente otro que es empezar por amarse antes de unirse. Ése es el derecho de la naturaleza que nada puede abrogar: quienes lo han obstaculizado con tantas leyes civiles han atendido más al orden aparente que a la felicidad del matrimonio y a las costumbres de los ciudadanos. Veis, Sofía mía, que no os predicamos una moral difícil. Sólo a vos corresponde volveros dueña de vos misma y a nosotros remitirnos a vos en la elección de vuestro esposo».

«Después de haberos dicho nuestras razones para dejaros en total libertad, es justo hablaros también de las vuestras para que las uséis con prudencia. Hija mía, sois buena y razonable, tenéis rectitud y piedad, poseéis talentos que convienen a mujeres honestas, y no estáis desprovista de encantos; pero sois pobre; tenéis los bienes más estimables y carecéis de aquellos que más se estiman. No aspiréis pues sino a lo que podáis obtener, y regulad vuestra ambición, no sobre vuestros juicios ni sobre los nuestros, sino sobre la opinión de los hombres. Si sólo se tratara de una igualdad de mérito, ignoro dónde debería yo poner límite a vuestras esperanzas, pero no las elevéis por encima de vuestra fortuna ni olvidéis que es del rango más bajo. Aunque un hombre digno de vos no considere obstáculo esa desigualdad, debéis hacer lo que él no hará: Sofía debe imitar a su madre, y no entrar sino en una familia que se honre por ella. No habéis visto nuestra opulencia, nacisteis durante nuestra pobreza; vos nos la hacéis dulce y la compartís sin pena. Creedme, Sofía, no busquéis unos bienes de los que nos ha librado el cielo, y por lo cual le bendecimos; hemos gustado la felicidad sólo después de haber perdido la riqueza».

«Sois demasiado amable para no agradar a nadie, y nuestra miseria no es tal que un hombre honesto se encuentre en aprietos por vos. Seréis buscada, y podréis serlo por gentes que no valgan tanto como vos. Si se mostraran a vos tal cual son, los estimaríais en lo que valen, todo su fasto no os infundirá respeto mucho tiempo; mas, aunque tengáis el juicio sano y entendáis de mérito, carecéis de experiencia e ignoráis hasta dónde pueden fingir los hombres. Un pícaro hábil puede estudiar vuestros gustos para seduciros, y fingir a vuestro lado virtudes que no tenga. Os perdería, Sofía, antes de que os dieseis cuenta y sólo conoceríais vuestro error para llorarlo. La más peligrosa de todas las trampas y la única que la razón no puede evitar es la de los sentidos; si alguna vez tenéis la desgracia de caer en ella, no veréis más que ilusiones y quimeras, vuestros ojos quedarán fascinados, vuestro juicio alterado, vuestra voluntad corrompida, vuestro error mismo os será querido, y cuando estéis en situación de comprenderlo ya no podréis retroceder. Hija mía, os entrego a la razón de Sofía; no os entrego a las inclinaciones de su corazón. Mientras no perdáis los estribos seguid siendo vuestro propio juez; pero tan pronto como améis, devolved a vuestra madre vuestro cuidado».

«Os propongo un acuerdo que os sirva como señal de nuestra estima y que restablezca entre nosotros el orden natural. Los padres escogen al esposo de su hija, y sólo por pura fórmula; tal es la costumbre. Haremos entre nosotros todo lo contrario; vos escogeréis y nosotros seremos consultados. Usad vuestro derecho, Sofía, usadlo prudente y libremente. El esposo que os conviene debe ser elegido por vos y no por nosotros; pero a nosotros nos corresponde juzgar si os engañáis por las conveniencias, y si no hacéis, sin saberlo, algo distinto a lo que queréis. El nacimiento, los bienes, el rango y la opinión no influirán para nada en nuestras razones. Tomad un hombre honesto cuya persona os agrade y cuyo carácter os convenga; cualquiera que sea nosotros lo aceptamos por yerno. Sus bienes serán siempre bastante grandes si tiene brazos y buenas costumbres y ama a su familia. Su rango será siempre bastante ilustre si lo ennoblece con la virtud. Aunque toda la tierra nos censure, ¿qué importa? No buscamos la aprobación pública, nos basta con vuestra felicidad».

Ignoro, lectores, el efecto que haría semejante discurso sobre las muchachas educadas a vuestro modo. En cuanto a Sofía, podrá no responder con palabras; la vergüenza y el enternecimiento le permitirán expresarse fácilmente; pero estoy bien seguro de que quedarán grabadas en el fondo de su corazón por el resto de su vida, y que si podemos contar con alguna resolución humana, ésa será la que le haga ser digna de la estima de sus padres.

Pongámonos en lo peor y démosle un temperamento ardiente que le vuelva penosa una larga espera. Yo afirmo que su juicio, sus conocimientos, su gusto, su delicadeza, y, sobre todo, los sentimientos con que su corazón ha sido nutrido en su infancia, opondrán a la impetuosidad de los sentidos un contrapeso que bastará para vencerlos, o al menos para resistirlos largo tiempo. Antes moriría mártir de su estado que afligir a sus padres, que casarse con un hombre sin mérito y exponerse a la desgracia de un matrimonio inadecuado. La libertad misma que ha recibido no hace sino darle una nueva elevación de alma, y volverla más difícil en la elección de su dueño. Con el temperamento de una italiana y la sensibilidad de una inglesa, para contener su corazón y sus sentidos tiene el orgullo de una española que, incluso cuando busca un amante, no encuentra fácilmente el que estima digno de ella.

No todo el mundo es capaz de sentir la energía que el amor a las cosas honestas puede dar al alma, ni la fuerza que se puede encontrar en uno mismo cuando queremos ser sinceramente virtuosos. Hay gentes a quienes todo lo que es grande parece quimérico y que, en su baja y vil razón, no conocerán nunca el poder que sobre las pasiones humanas tiene la locura misma de la virtud. A esas gentes sólo hay que hablarles con ejemplos: peor para ellos si se obstinan en negarlos. Si les dijera que Sofía no es un ser imaginario, que sólo su nombre es invención mía, que su educación, sus costumbres, su carácter, su figura misma han existido en realidad, y que su recuerdo todavía cuesta lágrimas a toda una honesta familia, sin duda no lo creerían; pero en fin, ¿qué arriesgo concluyendo sin rodeos la historia de una muchacha tan parecida a Sofía que esta historia podría ser la suya sin que hayamos de sorprender-

nos*? Poco importa que se la crea verdadera o no; si así se quiere habré contado ficciones, pero siempre habré explicado mi método y habré caminado hacia mi meta.

Junto con el temperamento que acabo de atribuir a Sofía, la joven poseía además todos los dones que podían hacerle merecer su nombre, y yo se lo dejo. Después de la conversación que he referido, su padre y su madre, juzgando que los partidos no irían a ofrecerse a la aldea que habitaban, la enviaron a pasar un invierno a la ciudad, a casa de una tía que en secreto fue puesta al corriente del motivo de aquel viaje. Porque la orgullosa Sofía llevaba en el fondo de su corazón el noble orgullo de saber triunfar por sí misma, y por más necesidad que tuviera de un marido antes habría muerto doncella que decidirse a ir en su busca.

Para responder a las miras de sus parientes, la tía la presentó en las casas, la llevó a las reuniones, a las fiestas, le hizo ver la sociedad, o más bien, la hizo ver en ella, porque Sofía se preocupaba poco de todo aquel estruendo. Se notó, sin embargo, que no rehuía a los jóvenes de figura agradable que parecían decentes y modestos. En su reserva misma había cierto arte para atraerlos que se asemejaba bastante a la coquetería; pero después de haber charlado con ellos dos o tres veces, se hartaba. Pronto substituyó aquel aire de autoridad que parecía aceptar los homenajes por un porte más humilde y una cortesía más repelente. Siempre atenta a sí misma, ya no les dejaba ocasión de prestarle el menor servicio: era decir claramente que no quería ser su dama.

Los corazones sensibles no aman nunca los placeres ruidosos, vana y estéril dicha de gentes que no sienten nada y que creen que aturdir su vida es gozarla. Al no encontrar lo que buscaba y desesperando de encontrarlo de aquel modo, Sofía se hastió de la ciudad. Amaba tiernamente a sus padres, nada la compensaba de su ausencia, nada servía para hacérselos olvidar; volvió a reunirse con ellos mucho antes del término fijado para su regreso.

Apenas hubo reanudado sus funciones en la casa paterna se vio que, aunque conservara la misma conducta, había

* Rousseau va a contar ahora, dejando de lado a Sofía, la historia auténtica de la joven que murió de amor, a la que continuará llamando Sofía.

cambiado de humor. Tenía distracciones, impaciencias, estaba triste y soñadora, se escondía para llorar. Al principio creyeron que amaba y que sentía vergüenza de amar: se le habló de ello, ella se defendió. Aseguró entre protestas que no había visto a nadie capaz de conmover su corazón, y Sofía no mentía.

Sin embargo, su languidez seguía aumentando y su salud empezaba a alterarse. Inquieta por aquel cambio, su madre decidió conocer la causa. Se la llevó aparte y empleó con ella ese lenguaje insinuante y esas caricias invencibles que sólo la ternura materna sabe emplear. Hija mía, tú, a la que llevé en mis entrañas y a la que llevo incesantemente en mi corazón, derrama los secretos del tuyo en el seno de tu madre. ¿Cuáles son esos secretos que una madre no puede saber? ¿Quién se duele de tus penas, quién las comparte, quién quiere aliviarlas sino tu padre y yo? Ay, hija mía, ¿quieres que muera de tu dolor sin conocerlo?

Lejos de ocultar sus pesares a la madre, la joven no deseaba otra cosa que tenerla por consoladora y confidente. Pero la vergüenza le impedía hablar, y su modestia no encontraba lenguaje para describir un estado tan poco digno de ella como la emoción que turbaba sus sentidos a pesar suyo. Finalmente, sirviendo su vergüenza de indicio a la madre, ésta le arrancó aquellas humillantes confesiones. Lejos de afligirla con injustas reprimendas la consoló, la compadeció, lloró con ella; era demasiado prudente para hacer un crimen de un mal que sólo su virtud hacía tan cruel. Pero, ¿por qué soportar sin necesidad un mal cuyo remedio era tan fácil y tan legítimo? ¡No usar de la libertad que se le había dado! ¡No aceptar un marido! ¡No escogerlo ella misma! ¿No sabía que su destino sólo dependía de ella, y que cualquiera que fuese su elección sería confirmada, puesto que no podía hacer ninguna que no fuera honesta? La habían enviado a la ciudad, ella no había querido quedarse allí; se habían presentado varios partidos, todos los había rechazado. ¿Qué esperaba pues? ¿Qué quería? ¡Qué inexplicable contradicción!

La respuesta era sencilla. Si sólo se tratase de un auxilio para la juventud, la elección no costaría mucho; pero un amo para toda la vida no es tan fácil de elegir; y puesto que no pueden separarse esas dos elecciones hay que esperar mucho,

y a menudo perder la juventud antes de encontrar el hombre con el que se quiere pasar los días. Tal era el caso de Sofía; necesitaba un amado, pero ese amado debía ser su marido, y por el corazón que precisaba el suyo tan difícil de encontrar era el uno como el otro. Todos aquellos jóvenes tan brillantes no tenían con ella más conveniencia que la edad, las demás siempre les faltaban; su espíritu superficial, su vanidad, su jerga, sus costumbres sin regla, sus frívolas imitaciones la apartaban de ellos. Buscaba un hombre y sólo encontraba monos, buscaba un alma y no la encontraba.

¡Qué desgraciada soy!, le decía a su madre. Tengo necesidad de amar y no veo nada que me agrade. Mi corazón rechaza a todos los que atraen a mis sentidos. No veo ninguno que no excite mis deseos, y ninguno que no los reprima; un gusto sin estima no puede durar. ¡Ay, no es ése el hombre que necesita vuestra Sofía! Su delicioso modelo está impreso desde mucho antes en su alma. No puedo amar sino a ése, no puedo hacer feliz más que a ése, no puedo ser feliz sino con ése. Antes prefiere consumirse y combatir sin cesar, antes prefiere morir desgraciada y libre que desesperada junto a un hombre al que no ame y al que haría desgraciado; vale más no existir que existir sólo para sufrir.

Sorprendida por estas singularidades, su madre las encontró demasiado extrañas para no sospechar algún misterio en ellas. Sofía no era ni preciosa ni ridícula. ¿Cómo había podido convenirle esa delicadeza excesiva a ella, a la que desde su infancia nada le habían enseñado tanto como acomodarse a las gentes con las que tenía que vivir, y a hacer de la necesidad virtud? Aquel modelo de hombre amable del que estaba tan encantada y que tan a menudo aparecía en todas sus conversaciones hizo conjeturar a la madre que aquel capricho tenía otro fundamento que ella aún ignoraba, y que Sofía no le había contado todo. La desventurada, cargada con su pena secreta, no buscaba sino expansionarse. La presiona la madre, ella vacila, y al final se rinde, y, saliendo sin decir nada, vuelve un momento después con un libro en la mano. Compadeced a vuestra desgraciada hija, su tristeza no tiene remedio, sus llantos no pueden agotarse. Queréis saber la causa: pues bien, ahí la tenéis, dice arrojando el libro sobre la mesa. La madre coge el libro y lo abre: eran *Las aventuras de*

Telémaco. Al principio no comprende nada de aquel enigma: a fuerza de preguntas y de respuestas oscuras, ve por último, con una sorpresa difícil de imaginar, que su hija es la rival de Eucaris.

Sofía amaba a Telémaco, y lo amaba con una pasión de la que nada pudo curarla. Tan pronto como su padre y su madre conocieron su manía se rieron de ella y creyeron convencerla con razones. Se equivocaron: la razón no estaba toda de su lado; Sofía tenía también la suya y sabía hacerla valer. ¡Cuántas veces los redujo a silencio utilizando contra ellos sus propios razonamientos, mostrándoles que ellos mismos eran la causa de todo el mal, que no la habían formado para un hombre de su siglo, que sería preciso adoptar todas las maneras de pensar de su marido, o que le prestase las suyas; que ellos habían hecho imposible el primer medio por la forma en que la habían educado, y que el otro era precisamente el que ella buscaba. Dadme, decía, un hombre imbuído de mis máximas, o al que yo pueda llevar hasta ellas, y me caso con él; pero, mientras tanto, ¿por qué me reñís? Compadecedme. Soy desgraciada y no loca. ¿Depende el corazón de la voluntad? ¿No lo ha dicho mi padre mismo? ¿Es culpa mía si amo lo que no existe? No soy visionaria; no quiero un príncipe, no busco a Telémaco, sé que sólo es una ficción; busco a alguien que se le parezca. Y ¿por qué no puede existir ese alguien si existo yo, que siento en mí un corazón tan semejante al suyo? No, no deshonremos así a la humanidad; no pensemos que un hombre amable y virtuoso es sólo una quimera. Existe, vive, quizás esté buscándome, buscando un alma que sepa amarle. Pero ¿quién es? ¿Dónde está? Lo ignoro: no es ninguno de los que he visto, no es sin duda ninguno de los que veré. ¡Oh madre mía!, ¿por qué me habéis hecho demasiado amable la virtud? Si sólo puedo amarla a ella, el error es menos mío que vuestro.

¿Proseguiré este triste relato hasta su catástrofe? ¿Diré los largos debates que la precedieron? ¿Mostraré a un padre irritado olvidando sus primeros compromisos y tratando como a loca a la más virtuosa de las hijas? ¿Pintaré finalmente a la infortunada más apegada aún a su quimera por la persecución que por ella sufre, caminando a paso lento hacia la muerte y bajando a la tumba en el momento en que creían arrastrarla al altar? No, dejo a un lado esos temas funestos. No necesito ir

tan lejos para mostrar con un ejemplo tan hiriente, en mi opinión, que pese a los prejuicios que nacen de las costumbres del siglo, el entusiasmo por la honestidad y la belleza no es más ajeno a las mujeres que a los hombres, y que no hay nada que bajo la dirección de la naturaleza no se pueda obtener de ellas como de nosotros.

¿Me interrumpen aquí para preguntarme si es la naturaleza la que nos prescribe tomarnos tantos trabajos para reprimir unos deseos inmoderados? Respondo que no, pero que tampoco es la naturaleza la que nos da tantos deseos inmoderados. Porque todo lo que no es ella va contra ella: lo he probado mil veces.

Entreguemos a nuestro Emilio su Sofía: resucitemos a esa amable muchacha para darle una imaginación menos viva y un destino más feliz. Yo quería pintar una mujer común, y a fuerza de educarle el alma he perturbado su razón; yo mismo me he extraviado. Volvamos sobre nuestros pasos. Sofía no tiene más que un buen natural en un alma común: todo lo que tiene más que las demás mujeres es efecto de su educación.

* * *

Me he propuesto en este libro decir todo lo que se podía hacer, dejando que cada uno elija lo que esté a su alcance en lo que yo pueda haber dicho de bueno. Desde el principio había pensado formar de antemano a la compañera de Emilio, y educarlos el uno para el otro y al uno con el otro. Pero meditando sobre ello, me pareció que todas estas disposiciones demasiado prematuras eran errores y que resultaba absurdo destinar dos niños a unirse antes de poder saber si tal unión entraba en el orden de la naturaleza y si entre sí tendrían las relaciones idóneas para formarla. No hay que confundir lo que es natural en el estado salvaje y lo que es natural en el estado civil. En el primer estado, todas las mujeres convienen a todos los hombres porque unos y otras aún no poseen más que la forma primitiva y común; en el segundo, como cada carácter es desarrollado por las instituciones sociales, y como cada espíritu ha recibido su forma propia y determinada, no de la educación sólo, sino del concurso bien o mal ordenado del natural y de la educación, no se les puede emparejar sino

presentando el uno al otro para ver si se convienen en todos los puntos, o preferir al menos la elección que mayores afinidades ofrece.

El mal estriba en que, al desarrollar los caracteres, el estado social distingue los rangos, y que al no ser uno de esos dos órdenes semejante al otro, cuanto más se distinguen las condiciones más se confunden los caracteres. De ahí los matrimonios mal concordados y todos los desórdenes que de ellos se derivan; de donde se ve, como consecuencia evidente, que cuanto más nos alejemos de la igualdad, más se alteran los sentimientos naturales; cuanto más aumenta el intervalo de los grandes a los pequeños, más se afloja el lazo conyugal; cuantos más ricos y pobres hay, hay menos padres y maridos. Ni el amo ni el esclavo tienen ya familia, cada uno de ellos no ve más que su estado.

¿Queréis prevenir los abusos y hacer matrimonios felices? Ahogad los prejuicios, olvidad las instituciones humanas y consultad a la naturaleza. No unáis personas que sólo se convienen en una situación dada, y que no se convendrían cuando esa condición llegue a cambiar, sino personas que se convendrán en cualquier situación en que se hallen, en cualquier país que habiten, en cualquier estado en el que puedan caer. No digo que las relaciones convencionales sean indiferentes en el matrimonio, lo que digo es que la influencia de las relaciones naturales domina de tal modo a la suya que es ésta sola la que *decide* el *destino* de la vida, y que existe tal conveniencia de gustos, de humores, de sentimientos, de caracteres que debería impulsar a un padre prudente, aunque fuera príncipe, aunque fuera monarca, a dar sin vacilar a su hijo la muchacha con la cual tuviera todas esas conveniencias, aunque hubiera nacido en una familia deshonrada, aunque fuera la hija del verdugo. Sí, sostengo que aunque todas las desgracias imaginables hubieran de caer sobre dos esposos bien unidos, gozarán de una dicha más verdadera llorando juntos de la que tendrían en medio de todas las fortunas de la tierra envenenadas por la desunión de los corazones.

En vez, pues, de destinar desde la infancia una esposa a mi Emilio, he esperado a conocer la que le conviene. No soy yo quien fija ese destino, es la naturaleza; mi misión consiste en encontrar lo que ella ha elegido. Mi misión, digo la mía y no

la del padre, porque al confiarse su hijo me cede su puesto, sustituye su derecho con el mío; yo soy el verdadero padre de Emilio, yo soy quien lo ha hecho hombre. Me habría negado a educarle si no hubiera sido dueño de casarle a su gusto, es decir, al mío. Sólo el placer de hacer un hombre feliz puede pagar lo que cuesta poner a un hombre en situación de llegar a serlo.

Pero no creáis tampoco que para encontrar la esposa de Emilio he esperado a ponerle en el deber de buscarla. Esa fingida búsqueda no es más que un pretexto para hacerle conocer a las mujeres, a fin de que sienta el valor de la que le conviene. Sofía está encontrada hace mucho tiempo; tal vez Emilio la haya visto ya; pero no la conocerá sino a su debido tiempo.

Aunque la igualdad de condición no sea necesaria para el matrimonio, cuando esa igualdad se une a las demás conveniencias les presta un nuevo valor; no entra en competencia con ninguna, pero inclina la balanza cuando todo es igual.

A menos que sea monarca, un hombre no puede buscar mujer en todos los estados; porque los prejuicios que él tenga los encontrará en los demás, y caso de no convenirle tal joven, tal vez sólo por eso no la obtenga. Hay, pues, máximas de prudencia que deben limitar las búsquedas de un padre juicioso. No debe querer dar a su alumno una posición por encima de su rango, porque no depende de él. Aunque pudiera, tampoco debería pretenderlo; porque ¿qué le importa el rango al joven, al menos al mío? Y sin embargo, subiendo se expone a mil males reales que sentirá toda su vida. Afirmo, incluso, que no debe pretender compensar bienes de diferente naturaleza, como la nobleza y el dinero, porque cada uno de ellos añade al otro un valor menor que la alteración que recibe, que, además, nunca hay acuerdo en la estimación común, que finalmente la preferencia dada por cada uno a su estado prepara la discordia entre dos familias y a menudo entre dos esposos.

También es muy diferente para el orden del matrimonio que el hombre se case por encima o por debajo de él. El primer caso es completamente contrario a la razón; el segundo está más conforme con ella: como la familia no atañe a la sociedad más que por su jefe, es el estado de ese jefe el que

regula el de la familia entera. Cuando se casa en un rango más bajo, no desciende, eleva a su esposa. Por el contrario, al tomar una mujer por encima de él, la rebaja sin elevarse. Así, en el primer caso, hay bien sin mal, y en el segundo mal sin bien. Además, entra en el orden de la naturaleza que la mujer obedezca al hombre. Así pues, cuando la toma en un rango inferior, el orden natural y el orden civil concuerdan y todo va bien. Ocurre lo contrario cuando, casándose por encima de él, el hombre se sitúa en la alternativa de agraviar su derecho a la gratitud, y ser ingrato o despreciable. Entonces la mujer, pretendiendo la autoridad, se vuelve el tirano de su jefe, y el amo vuelto esclavo resulta la más ridícula y miserable de las criaturas. Así son esos desgraciados favoritos que los reyes de Asia honran y atormentan con su alianza, y que, según dicen, para acostarse con sus mujeres, no se atreven a entrar en la cama sino por los pies.

Me temo que muchos lectores, recordando que atribuyo a la mujer un talento natural para gobernar al hombre, me acusen por esto de contradicción; se equivocarán, sin embargo. Hay mucha diferencia entre arrogarse el derecho de mandar, y gobernar a aquel que manda. El dominio de la mujer es un dominio de dulzura, de habilidad y de complacencia, sus órdenes son caricias, sus amenazas lágrimas. Deben reinar en la casa como un ministro en el Estado, haciéndose mandar lo que ella quiere hacer. En este sentido siempre ocurre que los mejores matrimonios son aquellos en que la mujer tiene el máximo de autoridad. Pero cuando ignora la voz del jefe, cuando quiere usurpar sus derechos y mandar ella, de tal desorden nunca resulta sino miseria, escándalo y deshonor.

Queda la elección entre iguales e inferiores, y creo que todavía hay alguna restricción que hacer entre estos últimos; porque es difícil encontrar en la hez del pueblo una esposa capaz de hacer la felicidad de un hombre honrado; no porque sean más viciosos en los últimos rangos que en los primeros, sino porque se tiene poca idea de lo que es hermoso y honesto, y porque la injusticia de los demás estados hace ver a éste la justicia en sus vicios mismos.

Por naturaleza el hombre apenas piensa. Pensar es un arte que aprende como todos los demás, e incluso con mayores dificultades. Para los dos sexos, sólo conozco dos clases

realmente diferenciadas: una de gentes que piensan, otra de gentes que no piensan, y esa diferencia deriva casi de modo único en la educación. Un hombre de la primera de esas dos clases no debe casarse en la otra; porque el mayor encanto de la unión le falta a la suya cuando, teniendo mujer, se ve forzado a pensar solo. Las gentes que pasan exactamente toda la vida trabajando para vivir no tienen otra idea que la de su trabajo o de su interés y todo su espíritu parece estar en la punta de sus brazos. Esa ignorancia no perjudica ni a la probidad ni a las costumbres; a menudo las sirve incluso; a menudo uno se adapta a sus deberes a fuerza de meditar sobre ellos y se termina por poner una jerigonza en el lugar de las cosas. La conciencia es el más esclarecido de los filósofos; no se precisa saber los *Oficios* de Cicerón para ser hombre de bien, y la mujer de mundo más honesta tal vez no sepa ni por asomo lo que es honestidad. Pero no es menos cierto que un espíritu cultivado vuelve agradable por sí solo el trato, y es triste para un padre de familia que se complace en su hogar verse obligado a encerrarse en sí mismo, y no poder hacerse entender en él por nadie.

Además, una mujer que no tiene hábito de reflexionar, ¿cómo educará a sus hijos? ¿Cómo discernirá lo que les conviene? ¿Cómo los dispondrá ella a virtudes que no conoce, al mérito del que no tiene ninguna idea? No sabrá más que halagarlos o amenazarlos, volverlos insolentes o temerosos; hará de ellos monos amanerados o granujillas aturdidos, nunca personas cultas ni muchachos amables.

Así pues, a un hombre que tiene educación no le conviene tomar una mujer que no la tenga, ni por consiguiente en un rango donde no podría tenerla. Antes preferiría yo cien veces una muchacha simple y educada toscamente que una muchacha sabia e instruida que viniera a establecer en mi casa un tribunal de literatura del que ella se constituyera en presidente. Una marisabidilla es el azote de su marido, de sus hijos, de sus amigos, de sus criados, de todo el mundo. Desde la sublime elevación de su ingenio despreciaría todos sus deberes de mujer, y siempre empieza por hacerse hombre a la manera de la señorita de l'Enclos*. Fuera de casa siempre es ridícula y

* Véase nota *supra*, pág. 524.

criticada con toda justicia porque no puede dejar de serlo tan pronto como uno sale de su estado y no se está preparado para el que se quiere tomar. Todas esas mujeres con grandes talentos nunca infunden respeto sino a los necios. Siempre se sabe quién es el artista o el amigo que sostiene la pluma o el pincel cuando ellas trabajan. Se sabe quién es el discreto hombre de letras que les dicta en secreto sus oráculos. Toda esa charlatanería es indigna de una mujer honesta. Incluso aunque tuviera verdaderos talentos, su pretensión los envilecería. Su dignidad es ser ignorada; su gloria está en la estima de su marido; sus placeres están en la felicidad de su familia. Lector, me remito a vos mismo: sed sincero. ¿Qué os da mejor opinión de una mujer cuando entráis en su aposento, qué os hace abordarla con mayor respeto, verla ocupada en labores de su sexo, en los cuidados de su hogar, rodeada de las ropas de sus hijos, o encontrarla escribiendo versos sobre su tocador, rodeada de folletos de todo tipo y de billetitos pintados de todos los colores? Toda joven literata se quedará soltera toda la vida cuando sobre la tierra no haya más que hombres sensatos.

*Quaeris cur nolim te ducere, Galla? diserta es**.

Tras estas consideraciones viene la de la figura; es la primera que impresiona y la última que se debe hacer; pero no hay que despreciarla. A mi entender, en el matrimonio hay que rehuir, antes que buscar, la gran belleza. La belleza se gasta rápidamente mediante la posesión; al cabo de seis semanas ya no significa nada para el poseedor, pero sus peligros duran tanto como ella. A menos que una mujer hermosa sea un ángel, su marido es el más desgraciado de los hombres, y aunque sea un ángel, ¿cómo impedirá ella que ese ángel esté rodeado sin cesar de enemigos? Si la extremada fealdad no fuera desagradable, la preferiría a la extremada belleza; porque como al poco tiempo tanto una como otra nada son para el matrimonio, la belleza se vuelve un inconveniente y la fealdad una ventaja; pero la fealdad que produce repugnancia es la mayor de las desgracias; este sentimiento,

* Marcial (*Epigramas*, XI, verso 1): «¿Te preguntas, Galla, por qué contigo no quiero casarme? Eres elocuente».

lejos de borrarse aumenta sin cesar y se muda en odio. Semejante matrimonio es un infierno; más valdría estar muertos que unidos así.

Desead en todo la medianía sin exceptuar la belleza misma. Una figura agradable y solícita que no inspire el amor sino la benevolencia es lo que se debe preferir; no causa perjuicio al marido, y esa ventaja se torna en provecho común. Las gracias no se gastan como la belleza; tienen vida, se renuevan sin cesar, y al cabo de treinta años de matrimonio una mujer honesta llena de gracias agrada a su marido como el primer día.

Tales son las reflexiones que me han decidido en la elección de Sofía. Alumna de la naturaleza como Emilio, está hecha para él mejor que cualquier otra; será la mujer del hombre. Es su igual por nacimiento y mérito, su inferior por la fortuna. No encanta a la primera ojeada, pero agrada más cada día. Su mayor encanto no actúa sino gradualmente, sólo se despliega en la intimidad del trato y su marido lo sentirá más que nadie en el mundo; su educación no es ni brillante ni descuidada; tiene gusto sin estudio, talentos sin arte, juicio sin conocimientos. Su espíritu no sabe, pero está cultivado para aprender, es una tierra bien preparada que sólo espera el grano para producir. Nunca ha leído más libros que Barrême*, y *Telémaco*, que cayó en sus manos por azar; pero una muchacha capaz de apasionarse por Telémaco, ¿tiene un corazón sin sentimiento y un espíritu sin delizadeza? ¡Oh amable ignorancia! ¡Feliz aquel que se destina para instruirla! No será ella el profesor de su marido, sino su discípulo; lejos de querer someterlo a sus gustos, adoptará los suyos. Valdrá más para él que si fuera sabia: él tendrá el placer de enseñarle todo. Por fin ha llegado el momento de que se vean, trabajemos por acercarlos.

Partimos de París tristes y soñadores. Ese lugar de chismorreo no es nuestro centro. Emilio vuelve una mirada de desdén hacia esa gran ciudad y dice con pesar: ¡Cuántos días perdidos en vanas búsquedas! Ah, no es ahí donde está la esposa de mi corazón. Amigo mío, vos lo sabéis de sobra; pero mi tiempo

* Autor francés (1640-1703) a quien se debe un *Livre des comptes faits* (1682), manual de iniciación a la economía doméstica.

apenas os cuesta y mis males os hacen sufrir poco. Yo lo miro fijamente y le digo sin conmoverme: Emilio ¿creéis lo que decís? Al instante salta a mi cuello todo confuso y me estrecha en sus brazos sin responder. Ésa es siempre su respuesta cuando se ha equivocado.

Henos aquí por los campos como verdaderos caballeros andantes; no como ésos que buscan aventuras; al contrario, huimos de ellas al dejar París; pero imitando bastante su caminar errante, desigual, unas veces aguijando los dos, otras marchando despacio. A fuerza de seguir mi práctica, al fin se habrá captado su espíritu, y no creo que haya ningún lector bastante prevenido por las costumbres para suponernos a los dos dormidos en una buena silla de posta bien cerrada, marchando sin ver nada, sin observar nada, volviendo nulo para nosotros el intervalo desde la partida a la llegada, y perdiendo el tiempo en la velocidad de nuestra marcha para ganarlo.

Los hombres dicen que la vida es breve, y veo que se esfuerzan por acortarla. No sabiendo emplearlo, se quejan de la rapidez del tiempo, y veo que corre con demasiada lentitud para su gusto. Pensando únicamente en el objetivo al que tienden ven con pesar el intervalo que de él los separa: uno querría estar en mañana, otro en el mes próximo, otro diez años por delante; nadie quiere vivir hoy; nadie está contento con la hora presente, a todos les parece que pasa con demasiada lentitud. Cuando se quejan de que el tiempo corre muy deprisa mienten; de buena gana pagarían por poder acelerarlo. De buena gana emplearían su fortuna en consumir su vida entera, y quizá no exista nadie que no redujera sus años a muy pocas horas si a capricho de su tedio fuera dueño de eliminar las que le resultaran molestas, y a capricho de su impaciencia las que le separaran del momento deseado. Hay quien pasa la mitad de su vida yendo de París a Versalles, de Versalles a París, de la ciudad al campo, del campo a la ciudad, y de un barrio al otro, que no sabría qué hacer con sus horas si no tuviera el secreto de perderlas así, y que se aleja adrede de sus asuntos para ocuparse de ir a buscarlos. Cree ganar el tiempo que en ellos gasta de más, y del que de otro modo no sabrá qué hacer. O por el contrario, corre por correr, y va en posta sin más objeto que volver igual. Mortales, ¿no cesaréis nunca de

calumniar a la naturaleza? ¿Por qué quejaros de que la vida es breve si todavía no lo es suficiente para vuestro gusto? Si hay uno solo de entre vosotros que sepa poner bastante templanza en sus deseos para no pretender nunca que el tiempo corra, ése no la estimará demasiado corta. Vivir y gozar serán, para él, la misma cosa, y, aunque debiera morir joven, no morirá sino saciado de días.

Aunque no tuviera más que esta ventaja en mi método, por ella sola habría que preferirlo a cualquier otro. No he educado a mi Emilio para desear ni para esperar, sino para gozar, y cuando lleva sus deseos más allá del presente, no lo hace con un ardor tan impetuoso como para sentirse importunado por la lentitud del tiempo. No gozará sólo del placer de desear, sino también del placer de ir al objeto que desea y sus pasiones son tan moderadas que siempre está más donde está que donde estará.

No viajamos pues como correos sino como viajeros. No pensamos sólo en los dos términos sino en el intervalo que los separa. El viaje mismo es un placer para nosotros. No lo hacemos tristemente sentados y como aprisionados en una pequeña jaula bien cerrada. No viajamos con la molicie y el reposo de las mujeres. No nos privamos ni del aire libre, ni de la vista de los objetos que nos rodean, ni de la comodidad de contemplarlos a nuestro gusto cuando nos place. Emilio nunca entra en una silla de posta ni corre apenas en diligencia a no ser que tenga prisa. Pero a Emilio, ¿qué puede hacerle tener prisa? Una sola cosa: gozar de la vida. ¿Añadiré que también hacer el bien cuando puede? No, porque eso mismo es gozar de la vida.

Sólo concibo una manera de viajar más agradable que ir a caballo: es ir a pie. Se parte cuando se quiere, se detiene uno a voluntad, se hace tanto ejercicio y tan poco como se desea. Se observa todo el país, se desvía uno a la derecha, a la izquierda, se examina todo lo que agrada, se detiene uno en todos los panoramas. ¿Que veo un río? Sigo su orilla; ¿un bosque tupido?, voy bajo su sombra; ¿una gruta?, la inspecciono; ¿una cantera?, examino los materiales. En cualquier sitio que me agrada, allí me quedo. En el instante en que me aburro, me voy. No dependo ni de los caballos ni del postillón. No necesito escoger caminos trillados ni rutas cómodas, paso por

todas partes por donde un hombre puede pasar; veo todo lo que un hombre puede ver y como no dependo más que de mí mismo, disfruto de toda la libertad que un hombre puede gozar. Si el mal tiempo me detiene y me gana el hastío, tomo entonces unos caballos. Si estoy cansado... Pero Emilio apenas se cansa; es robusto, ¿por qué había de cansarse? No tiene prisa. Si se detiene, ¿comó puede aburrirse? A todas partes lleva con qué distraerse. Entra en casa de un maestro y trabaja; ejercita sus brazos para descansar sus pies.

Viajar a pie es viajar como Tales, Platón y Pitágoras. Me cuesta comprender cómo puede decidirse un filósofo a viajar de otro modo, y a prescindir del examen de las riquezas que huella con sus pies y que la tierra prodiga ante sus ojos. A poco que ame la agricultura, ¿quién no quiere conocer las producciones peculiares del clima de los lugares que atraviesa y la manera de cultivarlas? ¿Quién que tenga un poco gusto por la historia natural puede decidirse a pasar por un terreno sin examinarlo, una roca sin descantillarla, unas montañas sin herborizar, unos guijarros sin buscar fósiles? Vuestros filósofos de callejuela estudian la historia natural en gabinetes; tienen baratijas, saben nombres, y no poseen idea alguna de la naturaleza. Pero el gabinete de Emilio es más rico que el de los reyes; ese gabinete es la tierra entera. Cada cosa está en él en su sitio: el naturalista que la cuida puso todo en un orden bellísimo: D'Aubenton no lo haría mejor*.

¡Cuántos placeres diferentes se aúnan en esta agradable manera de viajar! Sin contar la salud que se robustece y el humor que se alegra. A los que viajaban en buenos coches muy suaves siempre los he visto pensativos, tristes, gruñones o sufrientes; y a los peatones siempre alegres, ligeros y contentos de todo. ¡Cuánto ríe el corazón al acercarse al hogar! ¡Cuán sabrosa parece una comida rústica! ¡Con qué placer se descansa en la mesa! ¡Qué buen sueño se tiene en una mala cama! Cuando sólo se quiere llegar, se puede correr en silla de posta; pero cuando se quiere viajar, hay que ir a pie.

Si, antes de haber hecho cincuenta leguas de la forma que

---

* D'Aubenton (1716-1800) fue colaborador de Buffon. Sobre el tema de los viajes de los filósofos, Rousseau había hablado en el *Discurso sobre el origen de la desigualdad* (*ed. cit.*, pág. 322).

pienso, no ha sido olvidada Sofía, he de ser yo muy poco hábil o Emilio ha de ser muy poco curioso: porque con tantos conocimientos elementales, es difícil que no se vea tentado a conseguir más. Se siente curiosidad sólo en proporción a lo que sabemos; y precisamente él sabe bastante para querer aprender.

Mientras tanto un objeto lleva a otro, y seguimos avanzando. He puesto a nuestra primera correría un término alejado; el pretexto es fácil; saliendo de París se impone ir lejos en busca de una mujer.

Un día, después de habernos extraviado más que de costumbre por valles y montañas donde no se ve ningún camino, ya no podemos encontrar el nuestro. Poco importa; todos los caminos son buenos con tal de llegar; pero cuando se tiene hambre hay que llegar a alguna parte. Por suerte encontramos un campesino que nos lleva a su choza; comemos con buen apetito su magra comida. Al vernos tan fatigados, tan hambrientos, nos dice: Si el buen Dios os hubiera conducido al otro lado de la colina, habríais sido mejor recibidos..., habríais encontrado una casa de paz,... gentes tan caritativas, ¡tan buenas gentes!... No tienen mejor corazón que el mío, pero son más ricos, aunque se dice que antes lo eran mucho más... A Dios gracias no viven con pobreza; y toda la comarca se beneficia de lo que les sobra.

Al oír la expresión de «buenas gentes», el corazón del buen Emilio se dilata. Amigo mío, dice mirándome, vamos a esa casa cuyos dueños son bendecidos en la vecindad; me encantará conocerlos; quizá también a ellos les encante conocernos. Estoy seguro de que nos recibirán bien: si ellos son de los nuestros seremos de los suyos.

Una vez bien indicada la casa, partimos, vagamos por los bosques; en camino nos sorprende un chaparrón que nos retrasa sin detenernos. Por fin la encontramos, y al atardecer llegamos a la casa señalada. En la aldea que está a su lado, esa sola casa, aunque sencilla, tiene cierta apariencia; nos presentamos y pedimos hospitalidad: nos hacen hablar con el dueño, él pregunta, pero con cortesía: sin decir el objeto de nuestro viaje decimos el de nuestro rodeo. De su pasada opulencia ha conservado la facilidad de conocer la condición de la gente por sus modales; quien ha vivido en el gran mundo

rara vez se equivoca sobre ellos; con semejante pasaporte somos admitidos.

Nos muestran una habitación muy pequeña pero limpia y cómoda, hacen fuego en ella y allí encontramos ropas, de casa y de vestir, todo lo que precisamos. ¡Cómo!, dice Emilio completamente sorprendido, se diría que nos esperaban. ¡Qué razón tenía el campesino! ¡Qué atenciones! ¡Qué bondad! ¡Qué previsión! ¡Y con desconocidos! Creo hallarme en los tiempos de Homero. Sed sensibles a todo esto, le digo; pero no os asombréis; en todos los lugares en que los extraños son raros, son bienvenidos: nada hace más hospitalario que no tener necesidad de serlo a menudo; es la afluencia de huéspedes lo que destruye la hospitalidad. En tiempos de Homero apenas se viajaba, y los viajeros eran bien recibidos en todas partes. Tal vez nosotros seamos los únicos viajeros que se han visto aquí en todo el año. No importa, prosigue él; eso mismo es un elogio, saber pasarse sin huéspedes y recibirlos siempre bien.

Una vez secos y arreglados, vamos a reunirnos con el dueño de la casa; nos presenta a su mujer que nos recibe no sólo con cortesía, sino con bondad. El honor de sus miradas va dirigido a Emilio. Una madre en el caso en que ella está, raramente ve entrar en su casa a un hombre de sus años sin inquietud, o al menos sin curiosidad.

En atención a nosotros ordenan adelantar la cena. Al entrar en el comedor vemos cinco cubiertos: nos sentamos, en la mesa queda un vacío. Entra una joven, hace una gran reverencia y se sienta modestamente sin hablar. Ocupado con su hambre o con sus respuestas, Emilio la saluda, habla y come. El principal objetivo de su viaje está tan distante de su pensamiento que él mismo se cree muy lejos de su término. La conversación gira sobre el extravío de nuestros viajeros. Señor, le dice el dueño de la casa, me parecéis un joven amable y prudente, y esto me hace pensar que vuestro ayo y vos habéis llegado aquí cansados y mojados, como Telémaco y Méntor a la isla de Calipso. Es cierto, responde Emilio, que aquí encontramos la hospitalidad de Calipso. Su Méntor añade: Y los encantos de Eucaris. En cuanto a la joven, la veo ruborizarse hasta el blanco de los ojos, bajarlos sobre su plato, y no atreverse a respirar. La madre, que nota su apuro, hace una seña al padre, y éste cambia de conversación. Al hablar de su

soledad, se adentra insensiblemente en el relato de los acontecimientos que le confinaron en ella: las desgracias de la vida, la constancia de su esposa, los consuelos que han encontrado en su unión, la vida dulce y apacible que llevan en su retiro, y siempre sin decir una palabra de la joven; todo esto forma un relato agradable y conmovedor que no puede dejar de oírse sin interés. Emocionado y enternecido, Emilio deja de comer para escuchar. Finalmente, en el momento en que el más honesto de los hombres se extiende con mayor placer sobre el afecto de la más digna de las mujeres, el joven viajero, fuera de sí, estrecha una mano del marido, que tiene cogida, y con la otra toma también la mano de la mujer, sobre la que se inclina con transporte regándola de lágrimas. La ingenua vivacidad del joven encanta a todo el mundo; pero la muchacha, más sensible que nada a esta señal de su buen corazón, cree ver a Telémaco afectado por las desgracias de Filotectes*. A escondidas pone sobre él sus ojos para examinar mejor su figura; no encuentra nada que desmienta la comparación. Su aire desenvuelto tiene libertad sin arrogancia; sus modales son vivos sin aturdimiento; su sensibilidad hace su mirada más dulce, su fisonomía más conmovedora: viéndole llorar, la joven está a punto de unir sus lágrimas a las de él. Una vergüenza secreta la retiene ante ese pretexto tan hermoso, y ya se reprocha las lágrimas listas a escapar de sus ojos, como si estuviera mal derramarlas por su familia.

La madre, que desde el principio de la cena no ha cesado de observarla, ve su tensión y la libera de ella enviándola a un recado. Un minuto después la joven vuelve, pero tan mal repuesta que su desorden resulta visible a todos los ojos. La madre le dice con dulzura: Sofía, tranquilizaos, ¿no cesaréis de llorar las desgracias de vuestros padres? Vos que les consoláis de ellas, no debéis ser en este punto más sensible que ellos mismos.

A este nombre de Sofía hubiérais visto estremecerse a Emilio. Sorprendido por un nombre tan amado, despierta sobresaltado y lanza una mirada ávida sobre quien se atreve a llevarlo. ¡Sofía, oh Sofía! ¿Sois vos lo que mi corazón busca? ¿Sois vos lo que mi corazón ama? La observa, la contempla

* Rousseau confunde a Filocles con Filotectes (*Telémaco*, libro XI).

con una especie de temor y desconfianza. No ve exactamente la figura que se había imaginado; no sabe si la que ve vale más o menos. Estudia cada rasgo, espía cada movimiento, cada gesto, encuentra en todo mil interpretaciones confusas; daría la mitad de su vida a cambio de que ella quisiera decir una sola palabra. Me mira inquieto y turbado; sus ojos me hacen al mismo tiempo cien preguntas, cien reproches. Parece decirme a cada mirada: guiadme mientras sea tiempo; si mi corazón se entrega y se equivoca, no me repondré en toda mi vida.

Emilio es el hombre que menos sabe disimular del mundo. ¿Cómo disimularía en la mayor turbación de su vida, entre cuatro espectadores que lo examinan, y de los cuales el más distraído en apariencia es en realidad el más atento? Su desasosiego no escapa a los ojos penetrantes de Sofía; los suyos le hacen saber además que ella es su blanco: ve que esa inquietud no es todavía el amor, mas ¿qué importa? Él se ocupa de ella y eso basta; y ella será muy desgraciada si él se ocupa de ella impunemente.

Las madres tienen ojos como sus hijas, y además experiencia. La madre de Sofía sonríe ante el éxito de nuestros proyectos. Lee en el corazón de los jóvenes; ve que ha llegado el momento de fijar el del nuevo Telémaco; hace hablar a su hija. Con su dulzura natural, su hija responde en un tono tímido que no hace sino producir más efecto. Al primer sonido de esa voz, Emilio se rinde; es Sofía, no hay duda. Si no lo fuera, sería demasiado tarde para retractarse.

Es entonces cuando las gracias de esta muchacha encantadora van a torrentes hacia su corazón, y cuando él empieza a beber a grandes tragos el veneno con que ella lo embriaga. Ya no habla, ya no responde, sólo ve a Sofía, no oye sino a Sofía: si ella dice una palabra, él abre la boca; si ella baja los ojos, él los baja; si la ve suspirar, él suspira: es el alma de Sofía lo que parece animarle. ¡Cuánto ha cambiado la suya en pocos instantes! No es Sofía quien debe temblar, es Emilio. ¡Adiós la libertad, el candor, la franqueza! Confuso, cortado, temeroso, ya no se atreve a mirar a su alrededor por miedo a ver que lo miran. Avergonzado de dejarse adivinar quisiera volverse invisible para todo el mundo para saciarse de contemplarla sin

ser observado. Sofía, por el contrario, se serena ante el temor de Emilio: ve su triunfo, lo goza:

*No'l mostra già, ben che in suo cor ne rida**.

No ha cambiado de actitud; pero a pesar de ese aire modesto y de esos ojos bajos, su tierno corazón palpita de alegría y le dice que Telémaco ha sido encontrado.

Si entro aquí en la historia demasiado ingenua y simple, tal vez, de sus inocentes amores, acaso estos detalles se miren como un juego frívolo, y han de equivocarse. No consideramos en su verdadero valor la influencia que debe tener la primera relación de un hombre con una mujer en el curso de la vida de ambos. No se ve que una primera impresión tan viva como la del amor, o de la inclinación que ocupa su lugar, tiene amplios efectos cuya cadena no se percibe en el progreso de los años, pero que no cesan de obrar hasta la muerte. En los tratados de educación nos dan largos sermones inútiles y pedantescos sobre los quiméricos deberes de los niños, y no se nos dice una palabra de la parte más importante y más difícil de toda la educación: a saber, la crisis que sirve de paso desde la infancia al estado de hombre. Si he podido hacer útiles esos intentos en alguna parte, será sobre todo por haberme extendido ampliamente sobre esa parte esencial, omitida por todos los demás, y por no haberme dejado desanimar en esta empresa por falsas delicadezas ni obstaculizar por dificultades de lengua. Si he dicho lo que hay que hacer, he dicho lo que he debido decir, me importa muy poco haber escrito una novela. ¿Hay novela más hermosa que la de la naturaleza humana? Si únicamente se encuentra en este relato, ¿es culpa mía? Ésta debería ser la historia de mi especie: vosotros que la depraváis sois los que hacéis una novela de mi libro.

Otra consideración que refuerza la primera es que aquí no se trata de un joven entregado desde la infancia al temor, a la codicia, a la envidia, al orgullo y a todas las pasiones que

---

* «No lo demuestra, aunque se alegre en el fondo de su corazón» (Tasso, *Jerusalén libertada*, VI, 33). La escena reproduce la actitud que Rousseau mismo se adjudica (*Confessions, O.C.*, Pléiade, pág. 74) en su encuentro con madame Basile.

sirven de instrumento a las educaciones comunes, que se trata de un joven del que aquí tenemos, no sólo el primer amor, sino la primera pasión de cualquier especie; que de esta pasión, la única tal vez que sienta vivamente en toda su existencia, depende la última forma que ha de tomar su carácter. Sus maneras de pensar, sus sentimientos, sus gustos, fijados por una pasión duradera, van a adquirir una consistencia que ya no les permitirá alterarse.

Fácilmente se comprenderá que Emilio y yo no nos pasemos la noche entera que sigue a una velada semejante durmiendo. ¡Cómo! ¿La sola conformidad de un nombre debe tener tanto poder sobre un hombre prudente? ¿No hay más que una Sofía en el mundo? ¿Se parecen todas de alma como de nombre? Todas las que ha de ver ¿son la suya? ¿No es locura apasionarse así por una desconocida a la que nunca ha hablado? Esperad, joven, examinad, observad. No sabéis siquiera en casa de quién estáis; y, de oíros, se os creería ya en vuestro hogar.

No es ése momento de lecciones, ni éstas están hechas para ser atendidas. No hacen sino inspirar al joven un nuevo interés por Sofía, con el deseo de justificar su inclinación. Esa relación de los hombres, ese encuentro que él cree fortuito y mi reserva misma no hacen sino irritar su vivacidad: Sofía le parece ya demasiado estimable para estar seguro de hacérmela amar.

Por la mañana me sospecho que, en sus malas ropas de viaje, Emilio tratará de arreglarse con el mayor esmero. Capto su pensamiento, leo en él con placer que, preparándose restituciones e intercambios, trata de establecer una especie de correspondencia que le permita devolverlas y volver.

Yo había esperado encontrar a Sofía algo más ataviada también por su parte: me equivoqué. Esa vulgar coquetería es buena para aquellos a quienes no se quiere sino agradar. La del verdadero amor es más refinada; tiene otras pretensiones. Sofía se ha vestido con mayor sencillez aún que la víspera, e incluso con mayor negligencia, aunque con una limpieza siempre escrupulosa. En esa negligencia sólo veo coquetería, porque en ella veo afectación. Sofía sabe de sobra que un atuendo más rebuscado es una declaración, pero no sabe que un atuendo más descuidado también lo es; demuestra que no se contenta con agradar con el atuendo, que quiere agradar

también con la persona. Pero ¿qué le importa al amante cómo vaya vestida, con tal que vea que se ocupan de él? Segura ya de su dominio, Sofía no se limita a sorprender con sus encantos los ojos de Emilio, si su corazón no va a buscarlos; no le basta con que él los vea, quiere que los suponga. ¿No ha visto él suficiente para quedar obligado a adivinar el resto?

Hemos de suponer que, durante nuestras conversaciones de la noche, Sofía y su madre tampoco han estado calladas. Ha habido confesiones arrancadas, instrucciones dadas. Al día siguiente volvemos a reunirnos bien preparados. No hace ni doce horas que nuestros jóvenes se han conocido; aún no se han dicho una sola palabra, y se ve ya que se entienden. Su encuentro no es familiar, sino lleno de apuro y timidez, no se hablan; sus ojos bajos parecen evitarse, y eso mismo es signo de inteligencia. Se evitan, pero al unísono; ya sienten la necesidad del misterio antes de haberse dicho nada. Al partir pedimos permiso para ir nosotros mismos a devolver lo que nos llevamos. La boca de Emilio pide este permiso al padre, a la madre, mientras sus ojos inquietos, vueltos hacia la hija, se lo piden con mayor encarecimiento. Sofía no dice nada, no hace ninguna señal, no parece ver ni oír nada; pero se ruboriza, y ese rubor es una respuesta más clara todavía que la de sus padres.

Se nos permite volver, sin invitarnos a quedarnos. Ese comportamiento es decoroso; se da cobijo a caminantes que no tienen posada, pero no es decoroso que un amador duerma en casa de su amada.

Nada más salir de esa querida casa, Emilio ya está pensando en establecernos por los alrededores; la aldea más vecina le parece demasiado lejana. Querría acostarse en los fosos del castillo. ¡Joven aturdido!, le digo en tono apiadado, ¡cómo!, ¿ya os ciega la pasión? ¿Ya no atendéis a las conveniencias ni a la razón? ¡Desventurado! ¡Creéis amar y queréis deshonrar a vuestra amada! ¡Qué dirán de ella cuando se sepa que un joven que sale de su casa duerme en los alrededores. ¡Decís que la amáis! ¿Os toca a vos entonces perder su reputación? ¿Es ése el precio de la hospitalidad que sus padres os han concedido? ¿Haréis el oprobio de aquella de la que esperáis vuestra felicidad? ¿Y qué importan, responde él con viveza, las vanas palabras de los hombres y sus injustas sospechas?

¿No me habéis enseñado vos mismo a no hacerles ningún caso? ¿Quién sabe mejor que yo cuánto honro a Sofía, cuánto quiero respetarla? Mi cariño no causará su vergüenza, causará su gloria, será digno de ella. Cuando mi corazón y mis cuidados le rindan en todas partes el homenaje que merece, ¿cómo puedo ultrajarla? Querido Emilio, respondo yo poniéndole en apuros, razonáis por vos, aprended a razonar por ella. No comparéis el honor de un sexo con el del otro; tienen principios completamente diferentes. Estos principios son igualmente sólidos y razonables, porque derivan igualmente de la naturaleza, y porque la misma virtud que os hace despreciar para vos las palabras de los hombres, os obliga a respetarlas tratándose de vuestra amada. Vuestro honor es sólo vuestro y el suyo depende de los otros. Descuidarlo sería herir el vuestro incluso, y no os rendís el que os debéis si sois causa de que no se le rinda a ella el que le es debido.

Explicándole entonces las razones de estas diferencias, le hago comprender lo injusto que sería pretender no hacerles caso. ¿Quién le ha dicho que será él el esposo de Sofía, cuyos sentimientos ignora, cuyo corazón o cuyos padres tal vez tengan compromisos anteriores, de una Sofía a la que no conoce, y que tal vez no tenga alguna de las conveniencias que pueden hacer feliz un matrimonio? ¿Ignora que todo escándalo es para una joven una mancha indeleble que no borra siquiera su matrimonio con quien lo ha causado? Y ¿qué hombre sensible quiere perder a la que ama? ¿Qué hombre discreto quiere hacer llorar por siempre a una infortunada la desgracia de haberle agradado?

El joven, asustado de las consecuencias que le hago considerar, y siempre extremado en sus ideas, cree no hallarse nunca suficientemente lejos de la morada de Sofía; acelera el paso para huir con mayor presteza; mira a nuestro alrededor por si somos escuchados: antes sacrificaría mil veces su felicidad al honor de la que ama; antes preferiría no volver a verla en su vida que causarle un solo disgusto. Es el primer fruto de los cuidados por mí tomados desde su juventud para formarle un corazón que sepa amar.

Se trata, pues, de encontrar un asilo alejado, pero al alcance. Buscamos, nos informamos: nos enteramos que a dos leguas largas hay una población; vamos a tratar de alojarnos

en ella, y no en las aldeas más próximas donde nuestra estancia se volvería sospechosa. A ella llega por fin el nuevo amante lleno de amor, de esperanza, de alegría y, sobre todo, de buenos sentimientos: así es como, dirigiendo poco a poco su pasión naciente hacia lo que es bueno y honesto, dispongo insensiblemente todas sus inclinaciones a tomar el buen camino.

Me acerco al término de mi carrera; lo distingo ya desde lejos. Todas las grandes dificultades están vencidas, todos los grandes obstáculos están superados; el único trabajo que me queda por hacer es no estropear mi obra apresurándome a consumarla. En la incertidumbre de la vida humana evitemos, sobre todo, la falsa prudencia de inmolar el presente al futuro; a menudo supone inmolar lo que es a lo que no será. Hagamos al hombre feliz en todas las edades, no vaya a ser que después de muchos cuidados muera antes de haberlo sido. Ahora bien, si hay una época para gozar de la vida es a buen seguro el final de la adolescencia, cuando las facultades del cuerpo y del alma han adquirido su mayor vigor, y cuando el hombre, en el medio de su carrera, ve desde una distancia más lejana los dos términos que le hacen sentir su brevedad. Si la imprudente juventud se equivoca, no es porque quiera gozar; es porque busca el goce donde no está, y porque preparándose un porvenir miserable no sabe aprovechar siquiera el momento presente.

Considerad a mi Emilio con los veinte años cumplidos, bien formado, bien constituido de espíritu y de cuerpo, fuerte, sano, dispuesto, hábil, robusto, lleno de sentido, de razón, de bondad, de humanidad, con buenas costumbres, con gusto, amante de lo bello, hacedor del bien, libre del dominio de pasiones crueles, exento del yugo de la opinión, pero sometido a la ley de la prudencia, y dócil a la voz de la amistad, con todos los talentos útiles y varios talentos agradables, poco preocupado de las riquezas, llevando sus recursos en la punta de sus brazos, y sin miedo a que le falte el pan pase lo que pase. Helo ahí ahora embriagado por una pasión naciente: su corazón se abre a las primeras llamas del amor; sus dulces ilusiones le preparan un nuevo universo de delicias y goce; ama un objeto digno de ser amado, y más digno aún por su carácter que por su persona; aguarda y espera una correspon-

dencia que siente que se le debe; la armonía de los corazones, la concurrencia de sentimientos honestos han sido los que han formado su primera inclinación. Esa inclinación debe ser duradera; se entrega con confianza, con razón incluso, al delirio más encantador, sin miedo, sin pena, sin remordimiento, sin más inquietud que aquella de la que es inseparable el sentimiento de la felicidad. ¿Qué puede faltarle al suyo? Mirad, buscad, imaginad lo que todavía le falta y que pueda concordarse con lo que tiene. Reúne todos los bienes que se pueden obtener a la vez; no se le puede agregar ninguno sino a expensas de otro; es tan feliz cuanto puede serlo un hombre. ¿Iré yo en ese momento a abreviar un destino tan dulce? ¿Iré a turbar una voluptuosidad tan pura? ¡Ay, en la felicidad que saborea está todo el valor de la vida! ¿Qué podría yo darle que valiese tanto como lo que le habría quitado? Incluso llevando al colmo su dicha, destruiría su mayor encanto; es cien veces más dulce esperar esa dicha suprema que obtenerla; la disfrutamos más cuando la esperamos que cuando la saboreamos. ¡Oh buen Emilio, ama y sé amado! Goza largo tiempo antes de poseer; goza a la vez del amor y de la inocencia; forma tu paraíso en la tierra a la espera del otro; no seré yo quien abrevie ese gozoso tiempo de tu vida. Tejeré para ti el encantamiento; lo prolongaré cuanto me sea posible. ¡Ay!, ha de acabar, y acabar dentro de poco; pero haré al menos que dure siempre en tu memoria y que jamás te arrepientas de haberlo saboreado.

Emilio no olvida que tenemos unas devoluciones que hacer. Tan pronto como están preparadas, cogemos caballos, vamos al galope; por esta vez, Emilio querría haber llegado antes de partir; cuando el corazón se abre a las pasiones, se abre al hastío de la vida. Si no he perdido mi tiempo, toda la suya no transcurrirá de ese modo.

Por desgracia la ruta es muy accidentada y el terreno escabroso. Nos perdemos, y él es el primero en darse cuenta, y sin impacientarse, sin quejarse, concentra toda su atención en encontrar el camino; vaga largo tiempo antes de hallarlo, pero siempre con la misma sangre fría. Esto no significa nada para vos, pero sí mucho para mí que conozco su natural arrebatado: veo el fruto de cuidados que desde su niñez me he tomado para endurecerlo ante los golpes de la necesidad.

Por fin llegamos. La recepción que nos hacen es mucho más sencilla y más afectuosa que la primera vez; ya somos viejos conocidos. Emilio y Sofía se saludan con cierta cortedad, y siguen sin hablarse: ¿qué se dirían delante de nosotros? La conversación que precisan no necesita de testigos. Paseamos por el jardín: ese jardín tiene por parterre un huerto muy bien entendido; por parque un vergel cubierto de grandes y hermosos árboles frutales de toda especie, cortado en diversas direcciones por bonitos regatos y arriates llenos de flores. ¡Qué hermoso lugar!, exclama Emilio lleno de su Homero y siempre entusiasmado; creo estar viendo el jardín de Alcínoo*. La muchacha querría saber quién es Alcínoo, y la madre lo pregunta. Alcínoo, les digo, era un rey de Gorcira cuyo jardín descrito por Homero critican las gentes de gusto por parecerles demasiado sencillo y poco adornado[13]. Este Alcínoo tenía una hija amable que la víspera de recibir hospitalidad un extranjero en casa de su padre, soñó que pronto tendría un marido. Sofía, cortada, se ruboriza, baja los ojos, se muerde la lengua; imposible imaginar semejante confusión. El padre, que se divierte aumentándola, toma la palabra y dice que la joven princesa iba ella misma a lavar la ropa al río; ¿creéis, prosigue, que hubiera desdeñado tocar las servilletas sucias diciendo que olían a grasa? Olvidando su timidez natural, Sofía, a quien va dirigida la indirecta, se excusa con viveza; su padre sabe de sobra que toda la ropa menuda no habría tenido más lavandera que ella si la hubieran dejado hacer[14], y que además lo habría hecho con placer si se le hubiera ordenado. Durante estas palabras, ella me mira a escondidas con una inquietud de la que no puedo dejar de reírme al leer en su ingenuo corazón las alarmas que le hacen hablar. Su padre tiene la crueldad de resaltar ese aturdimiento preguntándole en tono burlón por qué habla ahora de ella, y qué tiene en común con la hija de Alcínoo. Avergonzada y temblorosa no se atreve ni a respirar ni a mirar a nadie. ¡Encantadora muchacha!, ya no es tiempo de fingir: os habéis declarado a pesar vuestro.

Pronto esta pequeña escena queda olvidada, o parece estarlo; por suerte para Sofía, Emilio es el único que no ha comprendido nada. El paseo continúa, y a nuestros jóvenes,

* El episodio de Alcínoo procede de *La Odisea* (libro VII).

que al principio iban junto a nosotros, les cuesta trabajo adaptarse a la lentitud de nuestra marcha; insensiblemente nos adelantan, se acercan uno a otro, se arriman al fin, y los vemos bastante lejos de nosotros. Sofía parece atenta y comedida; Emilio habla y gesticula con ardor: no parece que la conversación los aburra. Al cabo de una hora larga regresamos, los llamamos, ellos vuelven, pero ahora con lentitud, aprovechando el tiempo. Finalmente, su conversación cesa de pronto antes de que podamos oírlos, y avivan el paso para reunirse con nosotros. Emilio llega a nuestro lado con aire abierto y cariñoso; sus ojos chispean de alegría; los vuelve sin embargo con alguna inquietud hacia la madre de Sofía para ver la recepción que ésta ha de hacerle. Sofía no tiene una actitud tan suelta, ni mucho menos; cuando se acerca, parece toda confusa de verse al lado de un joven, ella que tan a menudo se ha encontrado con otros sin sentir ningún apuro, y sin que nunca a nadie le haya parecido mal. Se apresura a reunirse con su madre, algo sofocada, diciendo algunas palabras que no tenían mucho significado, como queriendo dar la sensación de estar allí hacía mucho.

En la serenidad que se pinta sobre el rostro de estos amables niños, vemos que la conversación ha aliviado sus jóvenes corazones de un gran peso. No son ahora menos reservados uno con otro, pero su reserva es menos embarazosa. No procede más que del respeto de Emilio, de la modestia de Sofía y de la honestidad de ambos. Emilio se aventura a dirigirle algunas palabras, ella se aventura alguna vez a responder; pero nunca abre la boca para hacerlo sin mirar a los ojos de su madre. El cambio que en ella parece más sensible va dirigido a mí. Me testimonia una consideración más solícita, me mira con interés, me habla afectuosamente, está atenta a cuanto puede agradarme; veo que me honra con su estima, y que no le es indiferente conseguir la mía. Comprendo que Emilio le ha hablado de mí; se diría que ya se han puesto de acuerdo para ganarme; no es así, sin embargo, y la misma Sofía no se gana tan pronto. Tal vez necesite más él mi valimiento con ella que ella el suyo conmigo. ¡Encantadora pareja!... Al pensar que el corazón sensible de mi joven amigo me ha introducido por mucho en su primera conversación con

su amada, gozo del premio de mis esfuerzos; su amistad me ha pagado todo.

Las visitas se repiten. Las conversaciones entre nuestros jóvenes se vuelven más frecuentes. Embriagado de amor, Emilio cree estar ya a punto de alcanzar su dicha. Sin embargo, no obtiene ninguna confesión formal de Sofía: ella lo escucha y no le dice nada. Emilio conoce toda su modestia; tanta contención le sorprende poco; siente que no está mal a su lado; sabe que son los padres quienes casan a las hijas; supone que Sofía espera una orden de sus padres, le pide permiso para pedirla; ella no se opone; habla del tema, yo hablo en su nombre, incluso en presencia suya. ¡Qué sorpresa para él saber que Sofía no depende más que de ella misma, y que para hacerle feliz a ella le basta con quererlo! Empieza a no comprender nada de su conducta. Su confianza disminuye. Se alarma, se ve menos adelantado de lo que pensaba, y es entonces cuando el amor más tierno emplea su lenguaje más emotivo para conmoverla.

Emilio no está hecho para adivinar lo que le perjudica: si no se lo dicen, no lo sabrá en su vida, y Sofía es demasiado altiva para decírselo. Las dificultades que la detienen estimularían a otra; ella no ha olvidado las lecciones de sus padres. Ella es pobre y Emilio rico, lo sabe. Precisa hacerse estimar por sí misma. ¿Qué mérito no necesita para borrar esa desigualdad? Pero ¿cómo ha de pensar él en tales obstáculos? ¿Sabe Emilio si es rico? ¿Se digna siquiera informarse sobre ello? Gracias al cielo, ninguna necesidad tiene de estarlo, sabe ser caritativo sin eso. Saca el bien que hace de su corazón y no de su bolsa. Entrega a los desgraciados su tiempo, sus cuidados, su afecto, su persona, y en la estimación de sus buenas obras apenas si se atreve a tener en algo el dinero que derrama sobre los indigentes.

Sin saber a qué debe su desgracia la atribuye a su propia culpa: porque ¿quién osará acusar de capricho al objeto de sus adoraciones? La humillación del amor propio aumenta los pesares del amor desdeñado. Ya no se acerca a Sofía con la amable confianza de un corazón que se siente digno del suyo; teme y tiembla ante ella. Ya no espera conmoverla con la ternura, trata de doblegarla mediante la piedad. A veces su paciencia se cansa; y el despecho está presto a substituirla.

Sofía parece presentir esos arrebatos y le mira. Esta sola mirada le desarma e intimida: queda más sometido que antes.

Turbado por esa resistencia obstinada y ese silencio invencible, expansiona su corazón en el de su amigo. Deposita en él los dolores de ese corazón afligido de tristeza; implora su asistencia y sus consejos. ¡Qué impenetrable misterio! Ella se interesa por mi suerte, no puedo dudarlo; lejos de evitarme, se complace conmigo. Cuando llego da muestras de alegría, y de pesar cuando me voy; recibe mis atenciones con bondad; mis servicios parecen agradarle; se digna darme consejos, a veces órdenes incluso. Sin embargo, rechaza mis solicitaciones, mis súplicas. Cuando me atrevo a hablar de unión, me impone silencio de forma imperiosa y si añado una palabra me deja al instante. ¿Por qué extraña razón quiere que yo sea suyo sin querer oír hablar de que ella sea mía? Vos, a quien ella honra, a quien ama y a quien no se atreverá a hacer callar, habladle, hacedle hablar; servid a vuestro amigo, coronad vuestra obra; no volváis vuestros cuidados funestos para vuestro alumno: ¡ay!, lo que ha recibido de vos provocará su miseria si no completáis su felicidad.

Hablo con Sofía, y con poco esfuerzo le arranco un secreto que yo sabía antes de que me lo hubiera dicho. Mayor trabajo me cuesta obtener permiso para informar de él a Emilio; por fin lo obtengo, y lo utilizo. Esta explicación le sume en un asombro del que no puede reponerse. No comprende nada de esa delicadeza; no imagina que unos escudos más o menos afecten al carácter y al mérito. Cuando le hago entender lo que afectan a los prejuicios, se echa a reír y, transportado de alegría, quiere partir al instante, ir a romper todo, a tirar todo, a renunciar a todo, para tener el honor de ser tan pobre como Sofía y volver digno de ser su esposo.

¡Cómo!, digo yo deteniéndole y riéndome a mi vez de su ímpetu, ¿es que no ha de madurar nunca esa joven cabeza? ¿Después de haber filosofado toda vuestra vida, no aprenderéis nunca a razonar? ¿Cómo no veis que cumpliendo vuestro insensato proyecto vais a empeorar vuestra situación y volver a Sofía más intratable? Si tener algunos bienes más que ella es una pequeña ventaja, grandísima sería habérselos sacrificado todos, y si su orgullo no puede decidirse a deberos la primera obligación, ¿cómo se decidirá a deberos la otra? Si no puede

soportar que un marido le reproche haberla enriquecido, ¿soportará que pueda reprocharle haberse empobrecido por ella? ¡Desgraciado! Temblad de que llegue a sospechar que habéis tenido ese proyecto. Volveos por el contrario ecónomo y cuidadoso por amor a ella, no vaya a ser que os acuse de querer ganarla con la astucia y sacrificarle voluntariamente lo que por negligencia perdáis.

¿Creéis en el fondo que le asustan grandes bienes, y que su oposición procede precisamente de las riquezas? No, querido Emilio; tiene una causa más sólida y más grave en el efecto que producen esas riquezas en el alma de su poseedor. Ella sabe que los bienes de la fortuna siempre son preferidos a todos por quienes los tienen. Todos los ricos tienen en más el oro que el mérito. Cuando ponen juntos el dinero y los servicios, siempre creen que éstos nunca pagan al otro, y piensan que además se está en deuda con ellos cuando se ha pasado la vida sirviéndoles a cambio de su pan. ¿Qué habéis pues de hacer, oh Emilio, para tranquilizarla en sus temores? Haceos conocer bien por ella; no es cosa de un día. Mostradle en los tesoros de vuestra noble alma con qué rescatar aquellos otros con los que tenéis la desgracia de ser compartido. Venced su resistencia a fuerza de constancia y de tiempo; a fuerza de sentimientos elevados y generosos forzadla a olvidar vuestras riquezas. Amadla, servidla, servid a sus respetables padres. Probadles que tales desvelos no son efecto de una pasión loca y pasajera, sino principios indelebles grabados en el fondo de vuestro corazón. Honrad dignamente el mérito ultrajado por la fortuna; es el único medio de reconciliarlo con el mérito que ella ha favorecido.

Fácil es concebir los transportes de alegría que estas palabras proporcionan al joven, cómo le devuelven confianza y esperanza; cómo se felicita su honesto corazón por tener que hacer para agradar a Sofía cuanto haría por sí mismo aunque Sofía no existiera o no estuviera enamorado de ella. A poco que se haya comprendido su carácter, ¿quién no imaginará su conducta en esta ocasión?

¡Heme aquí, pues, confidente de mis dos buenas personas y mediador de sus amores! ¡Bonito trabajo para un preceptor! Tan hermoso que no hice nada en mi vida que me elevase tanto a mis propios ojos ni me dejase tan contento de mí

mismo. Además, esta misión no deja de tener sus encantos: no soy mal recibido en la casa; me confían el cuidado de mantener a los dos amantes dentro del orden: Emilio, que siempre está temblando ante la idea de disgustarme, nunca fue tan dócil. La pequeña me abruma con atenciones que no me engañan y de las que sólo cojo como mío lo que me corresponde. De este modo se resarce ella indirectamente del respeto en que tiene a Emilio. A través mío le hace mil tiernas caricias pero antes preferiría morir que hacérselas a él, y él, que sabe que no quiero dañar sus intereses, está encantado de mi buen entendimiento con ella. Se consuela cuando ella rechaza su brazo en el paseo para preferir el mío. Se aleja sin murmurar estrechándome la mano y diciéndome muy bajo con la voz y la mirada: amigo, hablad por mí. Nos sigue con los ojos interesado. Trata de leer nuestros sentimientos en nuestros rostros, y de interpretar nuestras palabras por nuestros gestos: sabe que nada de lo que digamos entre nosotros le es indiferente. Buena Sofía, ¡qué contento está vuestro sincero corazón cuando sin ser oída de Telémaco podéis hablar con su Méntor! ¡Con qué amable franqueza le dejáis leer en ese tierno corazón cuanto en él pasa! ¡Con qué placer le mostráis toda vuestra estima por su alumno! ¡Con qué ingenuidad conmovedora le dejáis penetrar los sentimientos más dulces! ¡Con qué fingida cólera despedís al importuno cuando la impaciencia lo fuerza a interrumpirlos! ¡Con qué encantador despecho le reprocháis su indiscreción cuando acude para impediros hablar u oír hablar de sus cosas buenas, y de sacar siempre de mis respuestas alguna nueva razón para amarle*!

Llegado de este modo a hacerse soportar como amador declarado, Emilio hace valer todos los derechos; habla, apremia, solicita, importuna. Aunque le hablen duramente, aunque lo maltraten, poco le importa con tal de hacerse escuchar. Por fin logra, no sin esfuerzo, que por su parte Sofía tenga a bien tomar sobre él abiertamente la autoridad de una amada, que le

* Rousseau se complace, con toda evidencia, en ese papel de confidente, que no sólo ejerce en la teoría del *Emilio,* sino que puso en práctica en los amores de Madame de Warens y Claude Anet, y entre los de Madame d'Houdetot y Saint-Lambert (*Confessions, O.C.,* Pléiade, tomo I, pág. 178, y págs. 440-441).

prescriba lo que debe hacer, que ordene en lugar de rogar, que acepte en lugar de agradecer, que regule el número y el tiempo de las visitas, que le prohíba ir hasta tal día y quedarse pasada tal hora. Todo esto no se hace por juego sino con mucha seriedad, y si ella acepta estos derechos con pena, los utiliza con un rigor que a menudo obliga al pobre Emilio a lamentar habérselos dado. Pero sea lo que fuere lo que ordene, él no replica, y a menudo, cuando parte para obedecer, me mira con unos ojos llenos de alegría que me dicen: ya veis que ha tomado posesión de mí. Sin embargo, la orgullosa le observa con disimulo, y sonríe en secreto del orgullo de su esclavo.

Albano y Rafael, prestadme el pincel de la voluptuosidad. Divino Milton, enseña a mi grosera pluma a describir los placeres del amor y de la inocencia. Pero no, ocultad vuestras artes mendaces ante la santa verdad de la naturaleza. Tened únicamente corazones sensibles, almas honestas, luego dejad vagar vuestra imaginación sin coartar los transportes de dos jóvenes amantes que bajo la mirada de sus padres y de sus guías se entregan sin turbación a la dulce ilusión que los halaga, y avanzando lentamente en la ebriedad de los deseos hacia la meta trenzan con flores y guirnaldas el feliz lazo que debe unirlos hasta la tumba. Tantas imágenes deliciosas me embriagan a mí mismo; las acumulo sin orden ni ilación, el delirio que me causan me impide soldarlas. ¿Quién, que tenga corazón, no ha de saber hacer en sí mismo el delicioso cuadro de las situaciones diversas del padre, de la madre, de la hija, del preceptor, del alumno, y del concurso de unos y otros a la unión de la pareja más encantadora cuya felicidad pueden hacer el amor y la virtud?

Es ahora cuando, realmente urgido por agradar, Emilio empieza a sentir el valor de las agradables habilidades que ha adquirido. A Sofía le gusta cantar, él canta con ella; hace más, le enseña música. Ella es vivaz y ligera, le gusta saltar, él danza con ella, cambia sus saltos en pasos, la perfecciona. Estas lecciones son encatadoras, la alegría retozona las anima, ella dulcifica al tímido sobre el amor: a un amador le está permitido dar estas lecciones con voluptuosidad; le está permitido ser el dueño de su amada.

Tienen un viejo clavecín completamente estropeado. Emilio

lo arregla y afina; es constructor de instrumentos de viento y de cuerda igual que carpintero*; siempre tuvo por máxima aprender a prescindir de la ayuda de los demás en cuanto podía hacer él mismo. La casa está en un lugar pintoresco, saca diferentes vistas, en las que Sofía pone su mano a veces, con las que ella adorna el gabinete de su padre. Los marcos no son dorados ni necesitan serlo. Al ver dibujar a Emilio, al imitarle, ella se perfecciona a ejemplo suyo, cultiva todos los talentos y su encanto los embellece todos. Su padre y su madre recuerdan su antigua opulencia volviendo a ver brillar a su alrededor las bellas artes que por sí solas la hacían apreciable; el amor ha engalanado toda su casa; él sólo hace reinar en ella sin gasto y sin esfuerzo los mismos placeres que en otro tiempo no conseguían reunir sino a fuerza de dinero y de molestias**.

Lo mismo que el idólatra enriquece unos tesoros que estima objeto de su culto, y engalana en el altar al dios que adora, por más que el amado vea a su amada perfecta quiere añadirle sin cesar nuevas galas. No las necesita ella para agradarle, pero él necesita adornarla: es un nuevo homenaje que cree rendirle; es un nuevo interés que da al placer de contemplarla. Le parece que nada bello está en su sitio si no adorna la suprema belleza. Es un espectáculo conmovedor y risible a la vez ver a Emilio enseñando solícito a Sofía todo cuanto sabe, sin consultar si lo que quiere enseñar es de su gusto o le conviene. Le habla de todo, le explica todo con solicitud pueril; cree que no tiene más que hablar y que ella ha de entenderlo al instante. Se imagina de antemano el placer que tendrá razonando, filosofando con ella; considera inútil todo lo adquirido que no puede exhibir ante sus ojos: se ruboriza casi de saber algo que ella no sabe.

Ahí lo tenemos, pues, dando lecciones de filosofía, de física, de matemáticas, de historia, de todo en una palabra.

* *Il est facteur, il es luttier*: en principio *facteur* es el que fabrica órganos, clavecines y arpas; el *luttier* construye instrumentos de cuerda, salvo los de teclado.

** Rousseau, indiferente a la pintura, la considera un afán inútil, que si fuera rico no tendría. «Se notará que la excusa de la opulencia es hacer brillar las artes, lo cual se relaciona con las observaciones [sobre el tema de la pintura] del primer *Discurso* [*sobre las ciencias y las artes*]». (Nota de P. Burgelin).

Sofía se presta con placer a su celo y trata de aprovecharlo. Cuando puede obtener darle las lecciones de rodillas ante ella, ¡qué contento está Emilio! Cree ver abiertos los cielos. Sin embargo, esta situación, más molesta para la escolar que para el maestro, no es la más idónea para la enseñanza. Entonces no se sabe muy bien qué hacer con los ojos para evitar los que les persiguen, y cuando se encuentran no por ello va mucho mejor la lección.

El arte de pensar no es ajeno a las mujeres, pero no deben hacer otra cosa que rozar las ciencias de razonamiento. Sofía lo concibe todo y no retiene gran cosa. Sus mayores progresos son en moral y en las cosas del gusto; en cuanto a la física, sólo retiene alguna idea de las leyes generales y del sistema del mundo; a veces, durante sus paseos, al contemplar las maravillas de la naturaleza, sus corazones inocentes y puros se atreven a elevarse hasta su autor. No temen su presencia, se expansionan juntos ante él.

¡Cómo! Dos amantes en la flor de la edad ¿emplean su cita para hablar de religión? ¿Pasan su tiempo recitando el catecismo? ¿De qué sirve envilecer lo que es sublime? Desde luego que sí, lo recitan en la ilusión que los encanta; se ven perfectos, se aman, charlan con entusiasmo de lo que da un valor a la virtud. Los sacrificios que le hacen se la vuelven querida. En arrebatos que hay que vencer derraman juntos a veces lágrimas más puras que el rocío del cielo, y estas dulces lágrimas constituyen el encanto de su vida; están en el más encantador delirio que jamás hayan experimentado almas humanas. Las privaciones mismas aumentan su felicidad y las honran a sus propios ojos con sus sacrificios. ¡Hombres sensuales, cuerpos sin almas, conocerán un día vuestros placeres y lamentarán toda su vida el tiempo dichoso en que se los han negado!

A pesar de esta perfecta inteligencia, no deja de haber en alguna ocasión disensiones, querellas incluso; la amada no carece de caprichos ni el amado de arrebatos; pero estas pequeñas tormentas pasan rápidamente y no hacen sino reafirmar su unión; la experiencia misma enseña a Emilio a no temerlas tanto, las reconciliaciones le resultan siempre más ventajosas de lo que perjudiciales le son las desavenencias. El fruto de la primera le hace esperar lo mismo de las demás; se engaña: pero, en fin, si no siempre saca un provecho tan

sensible, siempre gana al ver confirmado por Sofía el interés sincero que ella toma en su corazón. ¿Queréis saber cuál es ese provecho? Consiento en ello de mejor gana porque este ejemplo me permitirá exponer una máxima muy útil y combatir otra funestísima.

Emilio ama; no es, por tanto, temerario; y con mayor facilidad todavía se puede suponer que la imperiosa Sofía no es una muchacha capaz de permitirle familiaridades. Como la prudencia tiene su término en todo, pronto se la tacharía más de exceso de dureza que de exceso de indulgencia, y su padre mismo teme a veces que su extremado orgullo degenere en altanería. En las citas más secretas, Emilio no se atrevería a solicitar el menor favor, ni siquiera a dar la impresión de aspirar a él, y cuando ella tiene a bien ir de su brazo durante el paseo, gracia que no deja que se trueque en derecho, él apenas si se atreve alguna vez a apretar, suspirando, ese brazo contra su pecho. Sin embargo, después de un largo retraimiento, se aventura a besar furtivamente su vestido, y varias veces es lo bastante afortunado para que ella tenga a bien no darse cuenta. Un día que quiere tomarse más abiertamente la misma libertad, a ella le da por parecerle mal. Él se obstina, ella se irrita: el despecho le dicta algunas palabras hirientes; Emilio no las encaja sin réplica; y el resto del día se lo pasan de morros y se separan muy disgustados.

Sofía está enfadada. Su madre es la confidente; ¿cómo ocultarle su pesar? Es la primera pelea; ¡y una pelea de una hora es cosa tan grande! Se arrepiente de su falta; su madre le permite repararla, su padre se lo ordena.

Al día siguiente, Emilio, inquieto, vuelve antes que de costumbre. Sofía está en el tocador de su madre, también el padre está en el mismo cuarto; Emilio entra con respeto pero con aire triste. Apenas le han saludado el padre y la madre cuando Sofía se vuelve y, presentándole la mano, le pregunta en tono cariñoso qué tal se encuentra. Es evidente que esa linda mano no se adelanta así sino para ser besada: él la recibe y no la besa. Sofía la retira algo avergonzada con la mejor gracia que le es posible. Emilio, que no está hecho a los modales de las mujeres y que no sabe para qué sirve el capricho, no lo olvida fácilmente y no se aplaca tan deprisa. Viéndola cortada, el padre de Sofía acaba de desconcertarla

con sus bromas. La pobre muchacha, confusa, humillada, no sabe ya lo que hace y daría cualquier cosa por atreverse a llorar. Cuanto más se violenta, más se hinche su corazón; por fin se le escapa una lágrima a pesar suyo. Emilio ve esa lágrima, se precipita a sus rodillas, le toma la mano, la besa varias veces con arrebato. A fe mía que sois demasiado bueno, le dice el padre echándose a reír; yo tendría menos indulgencia con todas estas locas, y castigaría la boca que me hubiera ofendido. Emilio, enardecido por estas palabras, vuelve una mirada suplicante hacia la madre, y, creyendo ver una señal de consentimiento, se acerca temblando al rostro de Sofía, que aparta la cabeza y, para salvar la boca, ofrece una mejilla de rosas. El indiscreto no queda contento con ello; se le resisten débilmente. ¡Qué beso, si no fuera recibido ante los ojos de una madre! Severa Sofía, tened cuidado: os pedirán a menudo vuestro vestido a besar, a condición de que lo neguéis alguna vez.

Tras este ejemplar castigo, el padre sale para cierto asunto, la madre envía a Sofía con algún pretexto, y luego dirige la palabra a Emilio y le dice en tono bastante serio: «Señor, creo que un joven tan bien nacido, tan bien educado como vos, que tiene sentimientos y costumbres, no ha de querer pagar con el deshonor de una familia la amistad que ésta le testimonia. No soy ni huraña ni mojigata, sé las cosas que hay que pasarle a la alocada juventud, y lo que he permitido ante mis ojos os lo prueba de sobra. Consultad a vuestro amigo sobre vuestros deberes, él os dirá la diferencia que hay entre los juegos que la presencia de un padre y de una madre autorizan, y las libertades que se toman lejos de ellos abusando de su confianza y convirtiendo en trampas los mismos favores que ante sus ojos no son sino inocentes. Él os dirá, señor, que mi hija no ha cometido más error con vos que el de no ver, desde el primer momento, lo que nunca debía permitir; os dirá que todo lo que se toma como favor en favor se convierte, y que es indigno de un hombre de honor abusar de la sencillez de una joven para robarle en secreto las mismas libertades que ella puede permitir delante de todo el mundo. Porque se sabe lo que el decoro puede tolerar en público, pero se ignora dónde se detiene, en la sombra del misterio, aquel que se convierte en juez único de sus caprichos».

Tras esta justa reprimenda, dirigida mucho más a mí que a mi alumno, esta prudente madre nos deja y me deja admirando su rara prudencia que no se alarma porque besen ante ella la boca de su hija, y que se asusta de que en privado se atrevan a besarle el ruedo del vestido. Meditando en la locura de nuestras máximas que siempre sacrifican a la decencia la verdadera honestidad, comprendo por qué el lenguaje es más casto cuanto más corrompidos están los corazones, y por qué son más exactos los procedimientos de quienes son más deshonestos.

Al inculcar con este motivo en el corazón de Emilio unos deberes que yo habría debido dictarle antes, se me ocurre una reflexión nueva que quizás honre más a Sofía, y que me guardo mucho de comunicar a su amado. Resulta evidente que ese pretendido orgullo que se le reprocha no es sino precaución prudente para protegerse de sí misma. Teniendo la desgracia de sentir en sí un temperamento combustible, teme la primera chispa y la aleja con todo su poder. No es por orgullo por lo que es severa, es por humildad. Adquiere sobre Emilio el dominio que teme no tener sobre Sofía; se sirve del uno para combatir a la otra. Si tuviera más confianza sería menos orgullosa. Prescindid sólo de este punto, ¿qué otra muchacha en el mundo es más fácil y más dulce? ¿Quién soporta con más paciencia una ofensa? ¿Quién teme más hacérsela a otro? ¿Quién tiene menos pretensiones en cualquier cosa salvo en lo tocante a virtud? Además, no es de su virtud de lo que está orgullosa, sólo lo está para conservarla; y cuando puede entregarse sin riesgo a la inclinación de su corazón, acaricia incluso a su amado. Pero su discreta madre no da cuenta de estos detalles ni siquiera a su padre: los hombres no deben saber todo.

Lejos de parecerme enorgullecida por su conquista, Sofía se ha vuelto aún más amable, y menos exigente con todo el mundo, salvo quizá con el único que produce ese cambio. El sentimiento de la independencia no hinche ya su noble corazón. Triunfa con modestia de una victoria que le cuesta su libertad. Su compostura es menos libre y su charla más tímida desde el momento en que no oye ya la palabra amado sin ruborizarse. Pero el contento apunta a través de su embarazo, y ese bochorno mismo no es un sentimiento molesto. Es sobre todo

con los jóvenes que llegan con quienes la diferencia de su conducta resulta más sensible. Desde que ya no los teme, la extremada reserva que mantenía con ellos se ha relajado mucho. Decidida en su elección, se muestra sin escrúpulo obsequiosa con los indiferentes; menos rigurosa sobre su mérito desde que no tiene interés en él, siempre los encuentra bastante amables como personas que nunca serán nada para ella.

Si el verdadero amor pudiera hacer uso de la coquetería, creería incluso ver algunas huellas suyas en la forma en que Sofía se comporta con ellos en presencia de su amado. Se diría que, no contenta con la ardiente pasión con que lo besa en una mezcla exquisita de reserva y de caricia, no le molesta irritar todavía esa misma pasión con alguna inquietud. Se diría que, divirtiendo adrede a sus jóvenes huéspedes, destina al tormento de Emilio las gracias de una jovialidad que no osa tener con él; pero Sofía es demasiado atenta, demasiado buena, demasiado juiciosa para atormentarle realmente; para templar ese peligro estimulante, el amor y la honestidad hacen las veces de prudencia: sabe alarmarle y tranquilizarle precisamente cuando hace falta, y si alguna vez lo inquieta, nunca lo entristece. Perdonemos la preocupación que ella causa al que ama por el temor que la posee de no tenerlo nunca suficientemente cogido.

Pero ¿qué efecto hará sobre Emilio ese pequeño tejemaneje? ¿Sentirá celos?, ¿no los sentirá? Es lo que hemos de examinar; porque digresiones como ésa también entran en el objetivo de mi libro y me alejan poco de mi tema.

Anteriormente he mostrado cómo se introduce esa pasión en el corazón del hombre por lo que se refiere a las cosas que sólo dependen de la opinión. Pero en amor es otra cosa; los celos parecen depender entonces tanto de la naturaleza que a duras penas puede creerse que no aparezcan, y el ejemplo mismo de los animales, muchos de los cuales son celosos hasta la furia, parece sentar el sentimiento opuesto sin réplica. ¿Es la opinión de los hombres la que enseña a los gallos a despedazarse, y a los toros a batirse hasta la muerte?

La aversión contra todo lo que perturba y combate nuestros placeres es un movimiento natural, eso es un hecho irrefutable. Hasta cierto punto el deseo de poseer en exclusiva lo que nos place se encuentra también en el mismo caso. Pero cuando ese

deseo, convertido en pasión, se transforma en furor o en un delirio triste y sombrío llamado celos, entonces es otra cosa; tal pasión puede ser natural o no serlo; hay que distinguir.

El ejemplo sacado de los animales ha sido examinado anteriormente en el *Discurso sobre la desigualdad**, y, ahora que medito de nuevo sobre ello, ese examen me parece bastante sólido como para remitir a él a los lectores. A las distinciones que en ese escrito hice añadiré sólo que los celos que proceden de la naturaleza atañen mucho a la potencia del sexo, y que cuando esa potencia es o parece ser ilimitada los celos alcanzan su apogeo: porque entonces, midiendo el macho sus derechos por sus necesidades, no puede ver nunca a otro macho sino como un competidor importuno. En esas mismas especies las hembras, que siempre obedecen al primero que llega, sólo pertenecen a los machos por derecho de conquista y provocan entre ellos combates eternos.

Por el contrario, en las especies en que uno se une con una, en que el acoplamiento produce una especie de vínculo moral, una especie de matrimonio, la hembra, que pertenece por elección propia al macho que ella misma se ha dado, rechaza comúnmente a cualquier otro, y el macho, que tiene por garante de su fidelidad ese afecto preferente, se inquieta menos a la vista de otros machos, y vive más apacible con ellos. En esas especies, el macho comparte el cuidado de las crías, y por una de esas leyes de la naturaleza que no se observa sin enternecimiento parece que la hembra devuelve al padre el cariño que éste tiene por sus hijos.

Ahora bien, si consideramos la especie humana en su sencillez primitiva, es fácil ver, por la potencia limitada del macho y por la templanza de sus deseos, que está destinado

---

* *Discurso sobre el origen de la desigualdad*, en *Del Contrato social*, *ed. cit.*, págs. 242-244. En el *Discurso*, el número de mujeres supera el de los hombres, opinión que motivó el comentario de Voltaire escrito al margen de su ejemplar: «Nacen más machos, pero al cabo de veinte años el número de hembras los superan».

La pasión de los celos fue ignorada por Rousseau en su vida privada, como demuestran en las *Confessions* las incidencias de su propia relación con Madame de Warens. En *La Nouvelle Héloïse*, delante de Saint-Preux, Wolmar entra con Julie en el dormitorio conyugal sin que por ello se altere la calma de Saint-Preux.

por la naturaleza a contentarse con una sola hembra; lo cual queda confirmado por la igualdad numérica de los individuos de ambos sexos, al menos en nuestros climas; igualdad que no se produce, ni con mucho, en especies en que la mayor fuerza de los machos reúne varias hembras en torno a uno solo. Y aunque el hombre no incube como el palomo, y por no tener mamas para amamantar figure desde este punto de vista en la clase de los cuadrúpedos, los niños se arrastran y son débiles durante tanto tiempo que la madre y ellos difícilmente podrían prescindir del apego del padre y de los cuidados que son su consecuencia.

Todas las observaciones concurren, pues, a probar que el furor celoso de los machos en algunas especies animales no es del todo concluyente para el hombre, y la excepción misma de los climas meridionales donde se halla establecida la poligamia no hace sino confirmar mejor el principio, puesto que es de la pluralidad de las mujeres de donde deriva la tiránica precaución de los maridos, y porque el sentimiento de su propia debilidad lleva al hombre a recurrir a la coacción para eludir las leyes de la naturaleza.

Entre nosotros, donde esas mismas leyes, en esto menos eludidas, lo son en un sentido contrario y más odioso, los celos tienen su causa más en las pasiones sociales que en el instinto primitivo. En la mayoría de las relaciones de galantería el amante odia mucho más a los rivales de lo que ama a su amada; si teme no ser el único escuchado es por efecto de ese amor propio cuyo origen he mostrado, y en él sufre más la vanidad que el amor. Además, nuestras torpes instituciones han vuelto a las mujeres tan disimuladas[15] y han encendido tanto sus apetitos que a duras penas se puede contar con el más probado de sus afectos, y ya no pueden demostrar preferencias que tranquilicen sobre el temor a competidores.

En cuanto al amor verdadero, es otra cosa. En el escrito ya citado hice ver que ese sentimiento no es tan natural como se piensa, y hay mucha diferencia entre el dulce hábito que encariña al hombre con su compañera, y ese ardor desenfrenado que lo embriaga con los quiméricos atractivos de un objeto que ya no ve tal cual es. Esa pasión, que no respira sino exclusiones y preferencias, difiere de la vanidad en lo siguiente: que la vanidad, exigiendo todo y no concediendo nada, es

siempre inicua, mientras que el amor, dando tanto como exige, es por sí mismo un sentimiento lleno de equidad. Además, cuanto más exigente es, mayor resulta su credulidad: la misma ilusión que lo causa le hace fácil a la persuasión. Si el amor es inquieto, la estima es confiada, y nunca existió el amor sin la estima en un corazón honesto, porque nadie ama en lo que ama sino las cualidades que aprecia.

Una vez bien aclarado todo esto, puede decirse con certeza de qué clase de celos será capaz Emilio; porque, puesto que esta pasión apenas tiene germen en el corazón humano, su forma viene determinada únicamente por la educación. Emilio enamorado y celoso no será colérico, receloso, desconfiado, sino delicado, sensible y temeroso, estará más alarmado que irritado, tratará más de ganar a su amada que de amenazar a su rival, lo apartará, si puede, como a un obstáculo sin odiarle como a un enemigo; si lo odia no será por la audacia de disputarle un corazón al que pretende, sino por el peligro real que le hará correr en caso de perderlo; su injusto orgullo no se ofenderá neciamente porque se atrevan a competir con él; comprendiendo que el derecho de preferencia sé funda únicamente en el mérito, y que el honor está en el éxito, redoblará sus cuidados para volverse digno de amor y probablemente vencerá. Al irritar su amor con algunas alarmas, la generosa Sofía sabrá regularlas bien, compensarle por ellas, y los competidores que no fueron soportados sino para ponerle a prueba no tardarán en ser alejados.

Pero ¿a dónde me siento insensiblemente arrastrado? ¡Oh Emilio!, ¿en qué te has convertido? ¿Puedo reconocer en ti a mi alumno? ¡Qué decaído te veo! ¿Dónde está ese joven formado tan duramente, ese joven que arrostraba los rigores de las estaciones, que entregaba su cuerpo a los trabajos más rudos y su alma a las leyes solas de la prudencia, inaccesible a los prejuicios, a las pasiones, que sólo amaba la verdad, que no cedía sino ante la razón y que no hacía caso de nada ajeno a él? Ablandado ahora por una vida ociosa, se deja gobernar por mujeres, los entretenimientos de ellas son sus ocupaciones, las voluntades de ellas son sus leyes, una joven es árbitro de su destino, se arrastra y se doblega delante de ella, ¡el grave Emilio es el juguete de una niña!

Tal es el cambio de las escenas de la vida; cada edad tiene

sus resortes que lo hacen moverse, pero el hombre es siempre el mismo. A los diez años es atraído por los caramelos, a los veinte por una amada, a los treinta por los placeres, a los cuarenta por la ambición, a los cincuenta por la avaricia; ¿cuándo persigue únicamente la sabiduría? ¡Feliz aquel que llega a ella a pesar suyo! ¿Qué importa la guía de que se sirva, con tal que lo lleve a la meta? Los héroes, los sabios mismos, han pagado ese tributo a la debilidad humana, y fulano, cuyos dedos rompieron husos, no dejó de ser por ello menos gran hombre.

¿Queréis extender a toda la vida el efecto de una educación feliz? Prolongad durante la juventud los buenos hábitos de la infancia, y cuando vuestro alumno sea lo que debe ser haced que sea él mismo en toda época; he ahí la perfección última que os queda por dar a vuestra obra. Importa, por eso, sobre todo, dejar un preceptor a los jóvenes; pues, por otra parte, es poco de temer que no sepan enamorar sin él. Lo que engaña a los preceptores, y sobre todo a los padres, es creer que una forma de vivir excluye la otra, y que tan pronto como uno es adulto debe renunciar a cuanto hacía de pequeño. Si así fuera, ¿de qué serviría cuidar la infancia, si el buen o mal uso que de ella se hiciese, se desvanecería con ella, y si al adoptar maneras de vivir absolutamente distintas se adoptasen necesariamente otras formas de pensar?

Lo mismo que sólo las grandes enfermedades logran solución de continuidad en la memoria, sólo las grandes pasiones la logran en las costumbres. Aunque nuestros gustos y nuestras inclinaciones cambien, ese cambio, a veces bastante brusco, es suavizado por los hábitos. Lo mismo en la sucesión de nuestras inclinaciones que en una buena gradación de colores, el artista hábil debe hacer imperceptibles los pasos, confundir y mezclar los tintes y extender varios sobre su trabajo para que ninguno sobresalga. Esta regla es confirmada por la experiencia: las personas inmoderadas cambian todos los días de afectos, de gustos, de sentimientos, y por toda constancia no tienen más que el hábito de la mudanza; pero el hombre ordenado vuelve siempre a sus antiguas prácticas y no pierde, ni siquiera en la vejez, el gusto por los placeres que amaba de niño.

Si hacéis que al pasar a una edad nueva no desprecien los jóvenes la que la ha precedido; que al contraer nuevos hábitos

no abandonen los antiguos y que amen siempre hacer lo que está bien, sin consideración al tiempo en que han comenzado, sólo entonces habréis salvado su obra, y estaréis seguros de ellos hasta el fin de sus días; porque la revolución más de temer es la de la edad que ahora veláis. Como siempre se la añora, a duras penas se pierden luego los gustos que se han conservado; mientras que, si se han interrumpido, ya no se recobran en toda la vida.

La mayoría de los hábitos que creéis hacer contraer a los niños y a los jóvenes no son verdaderos hábitos, porque sólo los han adoptado por la fuerza y porque, siguiéndolos a pesar suyo, no aguardan sino a la ocasión de liberarse de ellos. No se adquiere el gusto de estar en prisión a fuerza de permanecer en ella: el hábito entonces en lugar de disminuir la aversión la aumenta. No ocurre eso con Emilio, que no habiendo hecho en su infancia nada sino voluntariamente y con placer, el seguir obrando igual de adulto no hace sino añadir el ascendiente del hábito a las dulzuras de la libertad. La vida activa, el trabajo de los brazos, el ejercicio y el movimiento se le han vuelto tan necesarios que no podría renunciar a ellos sin sufrir. Reducirlo de pronto a una vida muelle y sedentaria sería aprisionarlo, encadenarlo, mantenerlo en un estado violento y forzado; no dudo que su humor y su salud resultarían de ello igualmente alterados. Apenas puede respirar a gusto en una habitación muy cerrada, y necesita aire libre, movimiento, fatiga. Incluso de rodillas ante Sofía, no puede dejar de mirar a veces la campiña con el rabillo del ojo y desear recorrerla en su compañía. Aunque se quede cuando hay que quedarse, está inquieto, agitado, parece debatirse, permanecer allí porque está encadenado. He ahí, diréis vos, necesidades a las que yo lo he sometido, sujecciones que yo le he dado, y todo eso es cierto; lo he sometido al estado de hombre.

Emilio ama a Sofía; pero ¿cuáles son los primeros encantos que lo han atraído? La sensibilidad, la virtud, el amor a las cosas honestas. Amando ese amor en su amada, ¿lo habrá perdido para sí mismo? ¿A qué precio se ha entregado a su vez Sofía? Al precio de todos los sentimientos que son naturales al corazón de su amado: la estima de los verdaderos bienes, la frugalidad, la sencillez, el desinterés generoso, el desprecio del fasto y las riquezas. Emilio tenía esas virtudes antes de que el

amor se las hubiera impuesto. ¿En qué ha cambiado, pues, verdaderamente Emilio? Tiene nuevas razones para ser él mismo; he ahí el único punto en que es diferente de lo que era.

No creo que leyendo este libro con cierta atención pueda alguien creer que todas las circunstancias de la situación en que se encuentra se hayan reunido así en torno a él por azar. ¿Es azar que, proporcionando las ciudades tantas muchachas amables, la que le place no se encuentre sino al fondo de un retiro alejado? ¿Por azar la ha encontrado? ¿Por azar se convienen? ¿Por azar no pueden alojarse en el mismo lugar? ¿Por azar la ve tan poco y está forzado a comprar con tantas fatigas el placer de verla unas pocas veces? ¿Que se afemina, decís? Al contrario, está endureciéndose; es preciso que sea tan robusto como yo lo he hecho para resistir las fatigas que Sofía le hace soportar.

Se aloja a dos leguas largas de ella. Esa distancia es el fuelle de la forja; con ella templo yo las flechas del amor. Si se alojaran puerta con puerta, o pudiera él ir a verla muellemente sentado en una buena carroza, la amaría con toda comodidad, la amaría como parisién. ¿Hubiera querido morir Leandro por Hero si el mar no lo hubiera separado de ella? Lector, ahorradme palabras; si estáis hecho para entenderme, seguiréis de sobra mis reglas en mis pormenores.

Las primeras veces que hemos ido a ver a Sofía, hemos cogido caballos para ir más deprisa. Tal expediente nos parece cómodo, y en la quinta ocasión seguimos cogiendo caballos. Éramos esperados; a más de media legua de la casa divisamos gente en el camino. Emilio mira, su corazón le palpita, se acerca, reconoce a Sofía, se precipita de su caballo, corre, vuela y llega a los pies de la amable familia. A Emilio le gustan los caballos hermosos; el suyo es vivo, se siente libre y escapa a campo traviesa; yo lo sigo, lo alcanzo con esfuerzo y lo traigo. Por desgracia a Sofía le dan miedo los caballos; no me atrevo a acercarme a ella. Emilio no se da cuenta de nada; pero Sofía le advierte al oído del esfuerzo que me ha obligado a hacer. Emilio acude completamente avergonzado, coge los caballos, se queda atrás: es justo que a cada cual le llegue su turno. Se marcha primero para librarse de nuestras monturas. Al dejar así a Sofía detrás, el caballo ya no le parece un

vehículo tan cómodo. Regresa sofocado y nos encuentra a mitad de camino.

Al viaje siguiente Emilio ya no quiere caballos. ¿Por qué?, le digo; basta con que llevemos un lacayo que se ocupe de ellos. Ah, dice, ¿vamos a sobrecargar así a esa respetable familia? Ya veis que quiere alimentar a todos, hombres y caballos. Es cierto, continúo yo, que tienen la noble hospitalidad de la indigencia. Los ricos, avaros en su fasto, sólo alojan a sus enemigos, pero los pobres alojan también a los caballos de sus amigos. Vayamos a pie, dice él; ¿no tenéis ánimo para ello, vos que compartís con tan buen corazón los fatigosos placeres de vuestro hijo? Con mucho gusto, contesto al instante; en mi opinión, tampoco al amor le gusta tanto ruido.

Al acercarnos encontramos a madre e hija más lejos todavía que la primera vez. Hemos ido como flechas. Emilio está sudando; una mano querida se digna pasarle un pañuelo por las mejillas. Por más caballos que hubiera en el mundo, desde ahora jamás nos veríamos tentados a utilizarlos.

Sin embargo, resulta bastante cruel no poder pasar nunca juntos la velada. El estío avanza, los días empiezan a menguar. Por más que digamos, nunca se nos permite volver de noche, y cuando no venimos por la mañana casi hay que volver a marcharse nada más llegar. A fuerza de quejarnos y de inquietarse por nosotros, la madre piensa por fin que el decoro impide realmente que se nos pueda alojar en la casa, pero que será fácil encontrar un albergue en el pueblo para dormir allí alguna vez. A estas palabras Emilio da palmadas, se estremece de alegría; y Sofía, sin darse cuenta, besa algo más a menudo a su madre el día en que ésta ha encontrado ese expediente.

Poco a poco la dulzura de la amistad, la familiaridad de la inocencia se asientan y afirman entre nosotros. Los días que Sofía o su madre prescriben, yo voy por lo general con mi amigo, a veces también le dejo ir solo. La confianza eleva el alma y ya no se debe tratar a un hombre como a niño; pues ¿qué habría adelantado hasta ahora si mi alumno no mereciera mi estima? También a veces voy sin él; entonces se pone triste pero no murmura; ¿de qué servirían sus murmullos? Por otra parte sabe de sobra que no voy a perjudicar sus intereses. Además, vayamos juntos o por separado, es fácil suponer que ningún tiempo nos detiene, muy orgullosos de llegar en un

estado digno de compasión. Por desgracia Sofía nos impide ese honor y prohíbe que vayamos con mal tiempo. Es la única vez que la encuentro rebelde a las normas que en secreto le dicto.

Un día que se ha ido solo, y que no lo espero sino al día siguiente, le veo llegar esa misma noche y le digo abrazándole: ¡Cómo, querido Emilio, vuelves a tu amigo! Pero en lugar de responder a mis caricias, me dice de mal humor: No creáis que vuelvo tan pronto por mi voluntad, vuelvo a pesar mío. Ella ha querido que viniese; vengo por ella y no por vos. Conmovido por esta candidez, lo abrazo de nuevo diciéndole: alma franca, amigo sincero, no me quites lo que me pertenece. Si vienes por ella, es por mí por quien lo dices; tu vuelta es obra suya, pero tu franqueza lo es mía. Conserva siempre ese noble candor de las almas bellas. Podemos dejar que los indiferentes piensen lo que quieran, pero es un crimen permitir que un amigo haga un mérito de lo que no hemos hecho por él.

Me guardo mucho de envilecer a sus ojos el valor de esta confesión encontrando en ella más amor que generosidad, y diciéndole que desea menos quitarse el mérito de ese regreso que atribuírselo a Sofía; mas he aquí de qué manera me descubre el fondo de su corazón sin pensar en ello. Si ha venido tranquilamente a paso lento y pensando en sus amores, Emilio es sólo el amador de Sofía; si ha venido deprisa y sofocado, aunque gruñendo un poco, Emilio es el amigo de su Méntor.

Por estas disposiciones se ve que mi joven está muy lejos de pasar su vida al lado de Sofía y de verla tanto como quisiera. Un viaje o dos por semana limitan los permisos que recibe, y sus visitas, a menudo de sólo medio día, rara vez se extienden al día siguiente. Emplea mucho más tiempo esperando verla o felicitándose por haberla visto que viéndola en efecto. En el mismo que dedica a sus viajes, pasa menos tiempo junto a ella que en ir o volver. Sus placeres verdaderos, puros, deliciosos, pero menos reales que imaginarios, excitan su amor sin afeminar su corazón.

Los días en que no la ve no permanece ocioso y sedentario. Esos días sigue siendo Emilio, no se ha transformado del todo. La mayoría de las veces recorre las campiñas de los alrededores, sigue su historia natural, observa, examina las tierras, sus

productos, su cultivo; compara los trabajos que ve con los que conoce; busca las razones de las diferencias; cuando juzga preferibles otros métodos a los del lugar se los dice a los campesinos; si propone una forma mejor de arado, manda construirla según sus propios dibujos; si encuentra una cantera de marga, les enseña su uso desconocido en la comarca; con frecuencia él mismo pone manos a la obra; todos quedan asombrados al verle manejar los aperos con más facilidad que ellos mismos, trazar surcos más profundos y más rectos que los suyos, sembrar con más igualdad, dirigir los caballones con más inteligencia. No se burlan de él como de un charlatán de agricultura; ven que realmente la conoce. En una palabra, extiende su celo y sus cuidados a todo lo que es de utilidad primera y general, pero no se limita a eso. Visita las casas de los campesinos, se informa de su estado, de sus familias, del número de hijos, de la cantidad de tierras que poseen, de la naturaleza del producto, de sus salidas, de sus facultades, de sus cargas, de sus deudas, etc. Da poco dinero, sabiendo que por regla general se emplea mal; pero él mismo dirige su empleo, y lo vuelve útil a pesar de lo que ellos hagan. Les suministra obreros, y a menudo les paga sus propias jornadas para los trabajos que necesitan. A uno le hace levantar o techar su choza semiderruida, a otro le hace roturar su tierra abandonada por falta de medios, a otro le proporciona una vaca, un caballo, animales de todas las especies en lugar del que ha perdido. Si dos vecinos están a punto de litigar, se granjea su confianza y los pone en paz; si un campesino cae enfermo, le hace cuidar, lo cuida él mismo[16]; si otro es vejado por un vecino poderoso, lo protege y lo recomienda; si unos pobres jóvenes se quieren, ayuda a que se casen; si una buena mujer ha perdido a su hijo querido, va a verla, la consuela, no sale nada más entrar; no desprecia a los indigentes, no tiene prisa por abandonar a los desgraciados; con frecuencia come en las casas de los campesinos a los que asiste, también acepta la comida en casas de quienes no le necesitan; cuando se convierte en bienhechor de unos y amigos de los otros, no deja de ser su igual. En fin, siempre hace con su persona tanto bien como con su dinero.

En ocasiones dirige sus correrías en dirección a la feliz morada: podría tener la esperanza de ver a Sofía a escondidas,

de verla durante el paseo sin ser visto. Pero en la conducta de Emilio nunca hay subterfugios, no sabe ni quiere eludir nada. Tiene esa amable delicadeza que halaga y que alimenta el amor propio del buen testimonio de sí mismo. Cumple rigurosamente su destierro y nunca se acerca lo suficiente para obtener del azar lo que no quiere deber sino a Sofía. En cambio, vagabundea con placer por los alrededores buscando las huellas del paso de su amada, enterneciéndose con los trabajos que ella se ha tomado y con las correrías que ha tenido a bien hacer por complacencia hacia él. La víspera de los días que ha de verla, irá a alguna granja vecina para encargar una colación para el día siguiente. El paseo se orienta hacia ese lado sin que lo parezca; entran allí como al azar, encuentran frutas, pastas, natillas. La golosa Sofía no es insensible a estas atenciones y de buena gana hace honor a nuestra previsión; porque yo siempre participo en el cumplido, aunque no haya participado en la solicitud que la ocasiona; éste es un subterfugio de niña para sentir menos apuro cuando da las gracias. El padre y yo comemos pastas y bebemos vino; pero Emilio está al escote de las mujeres, siempre al acecho para robar algún plato de natillas en el que Sofía haya metido su cuchara.

A propósito de pastas, le hablo a Emilio de sus antiguas carreras. Quieren saber de qué carreras se trata; yo lo explico y se ríen; le preguntan si todavía sabe correr; mejor que nunca, responde; sentiría mucho haberlo olvidado. A alguien de la reunión le gustaría verle correr y no se atreve a decirlo; otro se encarga de hacer la propuesta; él acepta: se reúne a dos o tres jóvenes de los alrededores; se fija un premio, y, para imitar mejor los viejos juegos, se pone un pastelillo en la meta. Cuando todos están preparados, el padre da la señal con una palmada. El ágil Emilio hiende el aire y llega al final de la carrera cuando apenas mis tres palurdos han partido. Emilio recibe el premio de manos de Sofía y, no menos generoso que Eneas, hace regalos a todos los vencidos*.

En medio del esplendor del triunfo, Sofía osa desafiar al

* Virgilio (*Eneida,* V, 305-308). Pero Rousseau ha olvidado que en la descripción de las carreras (véase *supra,* pág. 182) no es Emilio el que corre, sino un alumno desconocido e innominado.

vencedor y se jacta de correr tan bien como él. Él no se niega a entrar en liza con ella y, mientas ella se prepara en la salida de la carrera, mientras se remanga el vestido por los dos lados y, más preocupada de mostrar una fina pierna a ojos de Emilio que de vencerle en ese combate, mira si sus faldas son bastante cortas, dice unas palabras al oído de la madre; ésta sonríe y hace una señal de aprobación. Él va entonces a colocarse al lado de su competidora y, apenas se da la señal, la vemos a ella partir y volar como un pájaro.

Las mujeres no están hechas para correr: cuando huyen es para ser alcanzadas. La carrera no es lo único que hacen con torpeza, pero sí lo único que hacen con poca gracia: sus codos hacia atrás y pegados contra el cuerpo les dan una actitud risible, y los altos talones sobre los que están encaramadas les hacen parecer langostas que querrían correr sin saltar.

Emilio, que no imagina que Sofía pueda correr mejor que cualquier otra mujer, no se digna moverse de su sitio y la ve partir con sonrisa burlona. Pero Sofía es ligera y lleva tacones bajos; no necesita artificio alguno para aparentar que tiene el pie pequeño; toma la delantera con tal rapidez que, para alcanzar a esta nueva Atalanta*, él sólo tiene el tiempo justo cuando la ve lejos, muy por delante. Parte, pues, a su vez, semejante al águila que se abate sobre su presa; la persigue, le pisa los talones, la alcanza al fin todo sofocada, pasa suavemente el brazo izquierdo por su talle, la alza como a una pluma y, estrechando contra su corazón esa dulce carga, acaba la carrera, le hace tocar la primera la meta y gritando luego *¡Sofía ha ganado!*, pone ante ella una rodilla en tierra y se reconoce vencido.

A estas ocupaciones diversas se une la del oficio que hemos tomado. Al menos un día a la semana, y todos aquellos en que el mal tiempo no nos permite salir al campo, Emilio y

* Abandonada por su padre en el monte Partenio porque no era varón, Atalanta fue amamantada por una osa y recogida por unos cazadores. Participó en la expedición de los Argonautas y no quería casarse porque el oráculo le había profetizado grandes peligros si se casaba con un mortal. Pero las presiones de su padre la convencieron: por fin aceptó casarse con quien la venciera a la carrera. Hipómenes lo consiguió con el ardid de arrojar unas manzanas de oro, regalo de Afrodita, durante la competición; Atalanta se entretuvo en recogerlas y fue derrotada.

yo vamos a casa de un maestro. No trabajamos allí por pura fórmula, como personas que están por encima de ese estado, sino de verdad y como auténticos obreros. Cuando el padre de Sofía viene a vernos nos encuentra completamente entregados a la tarea, y no deja de contar, admirado, lo que ha visto a su mujer y a su hija. ¡Id a ver a ese joven en el taller, les dice, y veréis si desprecia la condición del pobre! Es fácil imaginar el placer que siente Sofía al oír estas palabras. Vuelven a hablar del tema, les gustaría sorprenderlo trabajando. Me interrogan sin dar la impresión de que lo hacen, y después de estar seguras de una de nuestras jornadas, madre e hija toman una calesa y vienen a la ciudad ese día.

Al entrar en el taller, Sofía ve en el otro extremo a un joven en blusa, con el pelo descuidadamente recogido y tan concentrado en lo que hace que no la ve; ella se detiene y hace una seña a su madre. Con un cincel en una mano y el mazo en la otra, Emilio remata una muesca. Luego sierra una tabla y pone una pieza bajo el barrilete para pulirla. Este espectáculo no hace reír a Sofía; Emilio la conmueve, es respetable. Mujer, honra a tu jefe: es él quien trabaja para ti, quien gana tu pan, quien te alimenta: he ahí al hombre.

Mientras están atentas observándole, yo las veo y tiro a Emilio de la manga; se vuelve, las ve, deja a un lado sus herramientas y se abalanza con un grito de alegría; después de haberse entregado a los primeros transportes, les hace sentarse y prosigue su trabajo. Pero Sofía no puede quedarse sentada; se levanta con vivacidad, recorre el taller, examina las herramientas, toca el pulido de las tablas, recoge virutas del suelo, mira nuestras manos y luego dice que le gusta ese oficio porque es limpio. La locuela trata incluso de imitar a Emilio. Con su blanca y débil mano empuja una garlopa sobre la tabla; la garlopa resbala y no muerde. Creo ver el amor en el aire riéndose y batiendo alas; creo oírle lanzar gritos de alegría y decir: *Hércules está vengado**.

Mientras tanto la madre pregunta al maestro: Señor, ¿cuánto pagáis a esos aprendices? Señora, doy a cada uno veinte

---

* Porque se afeminaba cardando lana o hilando a los pies de Onfale, vistiéndose de mujer con pulseras y collares. Sofía fracasa —y así se venga— en los trabajos del varón.

sueldos diarios y la comida; pero si ese joven quisiera ganaría mucho más, porque es el mejor obrero del país. ¡Veinte sueldos diarios y la comida!, dice la madre mirándonos con ternura. Así es, señora, prosigue el maestro. A estas palabras, ella corre hacia Emilio, lo abraza, lo estrecha contra su seno derramando lágrimas sobre él y sin poder decir otra cosa que repetir varias veces: ¡Hijo mío! ¡Hijo mío!

Después de haber pasado algún tiempo hablando con nosotros pero sin enternecernos, la madre le dice a su hija: Vámonos, se hace tarde, no debemos hacernos esperar. Luego, acercándose a Emilio, le da un cachete en la mejilla diciéndole: ¡Bien, buen obrero!, ¿no queréis venir con nosotras? El le responde en un tono muy triste: me he comprometido, pregunte al maestro. Preguntan al maestro si tiene a bien prescindir de nosotros. Responde que no puede. Tengo trabajo urgente que hay que entregar pasado mañana, dice. Contando con estos señores he rechazado a unos obreros que se presentaron; si éstos me fallan, no sé dónde coger otros, y no podré entregar el trabajo el día prometido. La madre no replica; espera que Emilio hable. Emilio baja la cabeza y se calla. Señor, le dice ella algo sorprendida por este silencio, ¿no tenéis nada que decir? Emilio mira tiernamente a la hija y sólo responde con estas palabras: Ya veis que tengo que quedarme. Con esto las damas se van y nos dejan. Emilio las acompaña hasta la puerta, la sigue con los ojos mientras puede, suspira, y vuelve a ponerse a trabajar en silencio.

De camino, la madre, contrariada, habla a su hija de la rareza de tal proceder. ¡Cómo!, dice, ¿era tan difícil contentar al maestro sin verse obligado a quedarse? Y este joven tan pródigo, que tira el dinero sin necesidad, ¿no sabe encontrarlo en las ocasiones necesarias? ¡Mamá!, responde Sofía, ojalá que Emilio no dé tanta importancia al dinero que lo utilice para romper un compromiso personal, para violar impunemente su palabra, y hacer violar la de otro. Sé que facilmente compensaría al obrero por el ligero perjuicio que su ausencia le causaría; pero, sin embargo, sometería su alma a las riquezas, se acostumbraría a ponerlas en el lugar de sus deberes, y a creer que, con tal de pagar, uno queda dispensado de todo. Emilio tiene otra forma de pensar y espero no ser la causa de que la cambie. ¿Creéis que no le ha costado nada quedarse? Mamá,

no os engañéis, se queda por mí; lo he visto con toda claridad en sus ojos.

No es que Sofía sea indulgente con las auténticas solicitudes del amor; al contrario, es imperiosa, exigente; antes preferiría no ser amada que serlo moderadamente. Tiene el noble orgullo del mérito que se siente, que se estima, y que quiere ser honrado como él se honra. Despreciaría un corazón que no sintiera todo el valor del suyo, que no la amase por sus virtudes tanto y más que por sus encantos; un corazón que no la prefiriera a su propio deber, y que no la prefiriera a cualquier otra cosa. No ha querido un amante que no admita más ley que la suya: quiere reinar sobre un hombre que ella no haya desfigurado. Así es como, tras envilecer a los compañeros de Ulises, Circe los desprecia y se entrega al único al que no ha podido cambiar*.

Pero, puesto aparte este derecho inviolable y sagrado, celosa hasta el exceso de todos los suyos, espía el escrúpulo con que Emilio los respeta, el celo con que cumple sus voluntades, la destreza con que las adivina, la vigilancia con que llega el momento prescrito; no quiere ni que se retrase ni que se adelante; quiere que sea exacto. Anticiparse es preferirse a ella, retratarse es menospreciarla. ¡Menospreciar a Sofía! No ocurriría dos veces. La injusta sospecha de una ha estado a punto de echar todo a perder; pero Sofía es equitativa y sabe reparar sus errores.

Somos esperados una tarde: Emilio ha recibido la orden. Salen a nuestro encuentro; no llegamos. ¿Qué ha sido de ellos? ¿Qué desgracia les ha ocurrido? ¡Nadie de parte nuestra! La velada pasa mientras nos esperan. La pobre Sofía nos cree muertos; se desconsuela, se atormenta, pasa la noche llorando. Desde el atardecer han enviado un mensajero para informarse y llevar noticias nuestras a la mañana siguiente. El mensajero vuelve acompañado de otro de nuestra parte que ante todo presenta excusas y dice que estamos bien. Un momento después aparecemos nosotros. Entonces la escena cambia: Sofía se seca las lágrimas, o si las vierte son de rabia. Su corazón altivo

* Horacio (*Odisea*, Canto X). Sobre esta escena se basa el grabado que va en la cabecera del libro V.

no ha ganado al tranquilizarse sobre nuestra vida: Emilio vive, y se ha hecho esperar inútilmente.

Cuando llegamos, quiere encerrarse. Pretenden que se quede; tiene que quedarse; pero, tomando al momento una decisión, finge un aire tranquilo y contento que engañaría a otros. El padre sale a nuestro encuentro y nos dice: habéis hecho sufrir a vuestros amigos; hay personas que no os lo perdonarán fácilmente. ¿Quién es, papá?, dice Sofía con la sonrisa más graciosa que puede fingir. ¿Qué os importa, responde el padre, con tal que no seáis vos? Sofía no replica, y baja los ojos sobre su labor. La madre nos recibe con un aire frío y estudiado. Cortado, Emilio no se atreve a abordar a Sofía. Ella es la primera en hablarle, le pregunta cómo se encuentra, le invita a sentarse, y simula tan bien que el pobre joven, que aún no entiende el lenguaje de las pasiones violentas, es víctima de esa sangre fría y casi está a punto de sufrir en su amor propio.

Para desengañarle voy a coger la mano de Sofía, quiero llevar a ella mis labios como hago a veces; ella la retira bruscamente con la palabra *Señor* pronunciada de forma tan singular que este movimiento involuntario la pone al descubierto al instante a los ojos de Emilio.

Viendo que se ha traicionado, la propia Sofía se violenta menos. Su aparente sangre fría se muda en un desprecio irónico. Responde a todo lo que le dicen por monosílabos pronunciados con voz lenta y poco segura, como si temiera que apuntase demasiado en ellas el acento de la indignación. Medio muerto de espanto, Emilio la mira con dolor, y trata de obligarla a poner los ojos en los suyos para leer mejor en ellos sus verdaderos sentimientos. Más irritada por su confianza, Sofía le lanza una mirada que le quita las ganas de solicitar una segunda. Cortado y tembloroso Emilio ya no se atreve, felizmente para él, ni a hablarla ni a mirarla: porque, aunque no hubiera sido culpable, si hubiera podido soportar su cólera, ella no le habría perdonado nunca.

Viendo entonces que ha llegado mi turno y el momento de explicarse, vuelvo a Sofía. Cojo su mano, que ya no retira porque le falta poco para desmayarse. Le digo con dulzura: Querida Sofía, somos desventurados; pero vos sois razonable y

justa; no nos juzgaréis sin oírnos: escuchadnos. Ella nada responde, y yo hablo así:

«Salimos ayer a las cuatro; las siete era la hora que habíamos quedado en llegar y siempre nos tomamos más tiempo del necesario para descansar cuando ya estamos cerca. Ya habíamos hecho las tres cuartas partes del camino cuando unos lamentos dolorosos hieren nuestros oídos; salían de una garganta de la colina, a cierta distancia de nosotros. Acudimos a los gritos; encontramos a un desventurado campesino que, de vuelta a la ciudad un poco bebido sobre su caballo, se había caído tan pesadamente que se había roto la pierna. Gritamos, pedimos ayuda; nadie responde; tratamos de montar al herido en su caballo pero no podemos conseguirlo: al menor movimiento el desgraciado sufre dolores horribles; tomamos la decisión de atar el caballo en el bosque, en un sitio apartado; luego, haciendo una camilla de nuestros brazos, depositamos en ella al herido y lo llevamos con la mayor suavidad posible siguiendo sus indicaciones sobre el camino que había que tomar para llegar a su casa. El trayecto era largo, tuvimos que descansar varias veces. Por fin llegamos rendidos de fatiga; nos encontramos con la amarga sorpresa de que ya conocíamos la casa, y que el miserable que llevábamos con tanto esfuerzo era el mismo que nos había recibido con tanta cordialidad el primer día de nuestra llegada aquí. Dada la turbación en que todos estábamos, no nos reconocimos hasta ese momento».

«Sólo tenía dos hijos pequeños. A punto de darle un tercero, su mujer se asustó tanto al verlo llegar que sintió unos dolores agudos y dió a luz pocas horas después. ¿Qué hacer en aquella situación en una choza apartada donde no podía esperarse ninguna ayuda? Emilio decidió ir a por el caballo que habíamos dejado en el bosque, montarlo, correr a galope tendido en busca de un cirujano a la ciudad. Dio el caballo al cirujano, y no pudiendo encontrar con rapidez una enfermera, volvió a pie con un criado después de habernos enviado un recado, mientras que, sin saber qué hacer, como podéis sospechar, entre un hombre con una pierna rota y una mujer dando a luz, yo preparaba en la casa cuanto me parecía necesario para socorro de ambos».

«No os contaré detalladamente todo lo demás, ahora no se trata de eso. Eran las dos de la mañana antes de que cualquiera

de nosotros lograra tener un momento de descanso. En fin, que hemos vuelto antes del alba a nuestro asilo cerca de este lugar, donde hemos esperado a que despertarais para daros cuenta de nuestro accidente».

Yo me callo sin decir más. Pero antes de que nadie hable, Emilio se acerca a su ama, alza la voz y le dice con más firmeza de la que yo habría esperado: Sofía, sois el árbitro de mi destino, lo sabéis de sobra. Podéis hacerme morir de dolor, pero no esperéis hacerme olvidar los derechos de la humanidad: son más sagrados para mí que los vuestros, nunca renunciaré a ellos por vos.

En lugar de responder a estas palabras, Sofía se levanta, le pasa un brazo alrededor del cuello, le da un beso en la mejilla; luego, tendiéndole la mano con gracia inimitable, le dice: Emilio, coge esta mano, es tuya. Sé cuando quieras mi esposo y mi dueño. Yo trataré de merecer ese honor.

Apenas le ha besado cuando el padre, encantado, da palmadas gritando *bis, bis*; y Sofía, sin hacerse rogar, le da al punto dos besos en la otra mejilla; pero casi en el mismo instante, asustada por todo lo que acaba de hacer, escapa a los brazos de su madre y esconde en ese seno materno su rostro encendido de vergüenza.

No describiré la común alegría: todo el mundo debe comprenderla. Después de la comida, Sofía pregunta si la casa queda demasiado lejos para ir a ver a los pobres enfermos. Sofía lo desea, y es una buena obra: vamos allá. Los encontramos en dos camas separadas, Emilio había mandado llevar una; a su alrededor encontramos gente que los alivia, Emilio se había preocupado de ello. Pero, por lo demás, se encontraban ambos en una situación tan precaria que sufrían tanto por su dolencia como por su estado. Sofía se hace dar un delantal de la buena mujer y la acomoda en su cama; hace luego otro tanto con el hombre; su mano suave y ligera sabe ir a buscar lo que les daña y a colocar mejor sus miembros doloridos. Se sienten ya aliviados con sólo verla acercarse, se diría que ella adivina todo lo que les hace daño. Esta joven tan delicada no se desanima ni por la suciedad ni por el mal olor, y sabe hacer desaparecer una y otro sin que nadie intervenga y sin que los enfermos sufran. Ella, a la que siempre se ve tan modesta y a veces tan desdeñosa, ella, que por todo lo del mundo no habría

tocado con la punta del dedo la cama de un hombre, da la vuelta y cambia al herido sin ningún escrúpulo, y le pone en una postura más cómoda para que pueda permanecer allí largo tiempo. El celo de la caridad vale tanto como la modestia; lo que ella hace lo hace con tanta ligereza y habilidad que él se siente aliviado casi sin haberse dado cuenta de que le han tocado. La mujer y el marido bendicen de consuno a la amable muchacha que los sirve, que los compadece, que los consuela. Es un ángel del cielo que Dios les envía, tiene su cara y su gracia, tiene su dulzura y su bondad. Emilio, enternecido, la contempla en silencio. Hombre, ama a tu compañera: Dios te la da para consolarte en tus penas, para aliviarte en tus males: he ahí a la mujer.

Se bautiza al recién nacido. Los dos amantes son los padrinos, ardiendo en el fondo de sus corazones por dar a otros la misma tarea. Aspiran al momento deseado; creen estar a punto de tocarlo, una vez desaparecidos todos los escrúpulos de Sofía; pero entonces aparecen los míos. Aún no están donde piensan: a cada cual ha de llegarle su vez.

Una mañana que no se han visto desde hace dos días, entro en la habitación de Emilio con una carta en la mano, y le digo mirándolo fijamente: ¿Qué haríais si os dijera que Sofía ha muerto? El da un alarido, se levanta golpeando las manos y, sin decir una sola palabra, me mira con ojos extraviados. Responded, prosigo con la misma tranquilidad. Entonces, irritado por mi sangre fría, se acerca con los ojos encendidos de cólera y deteniéndose en actitud casi amenazadora: ¿qué haría yo?... no lo sé; pero lo que sí sé es que en mi vida volvería a ver a quien me hubiera dado la noticia. Tranquilizaos, le respondo sonriendo; está viva, está bien, piensa en vos, y nos esperan esta tarde. Pero vamos a dar un paseo, y hablaremos.

La pasión que lo preocupa no le permite entregarse como antes a conversaciones puramente razonadas; hay que interesarle, por esa pasión misma, en prestar atención a mis lecciones. Es lo que he hecho mediante ese terrible preámbulo; ahora estoy seguro de que me escuchará.

«Hay que ser feliz, querido Emilio; ése es el fin de todo ser sensible; es el primer deseo que nos imprimió la naturaleza, y el único que nunca nos abandona. Pero ¿dónde está la felicidad? ¿Quién lo sabe? Todos la buscan y nadie la encuentra. Pasamos

la vida persiguiéndola y morimos sin haberla alcanzado. Joven amigo, cuando al nacer te cogí en mis brazos y, poniendo por testigo al Ser supremo del compromiso que osaba contraer, consagré mis días a la felicidad de los tuyos, ¿sabía yo mismo a qué me comprometía? No: sólo sabía que haciéndote feliz yo estaba seguro de serlo. Haciendo para ti esa útil búsqueda, la hacía común a los dos.

«Mientras ignoramos lo que debemos hacer, la sabiduría consiste en permanecer en la inacción. De todas las máximas, ésta es la que el hombre más necesita y la que menos sabe seguir. Buscar la felicidad sin saber dónde está es exponerse a alejarse de ella, es correr tantos riesgos contrarios como rutas hay para extraviarse. Pero no pertenece a todo el mundo saber no obrar. En la inquietud en que nos mantiene el ardor por el bienestar, preferimos equivocarnos persiguiéndola que no hacer nada para buscarla, y una vez salidos del lugar en que podemos conocerla ya no sabemos volver a él».

«Traté de evitar la misma falta con la misma ignorancia. Al hacerme cargo de tu cuidado resolví no dar un paso inútil e impedirte darlo. Me mantuve en el camino de la naturaleza esperando que ella me mostrase el de la felicidad. Ha resultado que era el mismo, y que sin pensar en ello yo lo había seguido».

«Sé mi testigo, sé mi juez; nunca te recusaré. Tus primeros años no fueron sacrificados a los que habían de venir después; has gozado de todos los bienes que la naturaleza te había dado. De los males a los que te sometió y de los que he podido protegerte, sólo has sentido los que podían endurecerte para otros. Jamás has sufrido ninguno a no ser para evitar otro mayor. No has conocido ni el odio ni la esclavitud. Libre y contento, permaneciste justo y bueno; porque la pena y el vicio son inseparables y el hombre sólo se vuelve malo cuando es desgraciado. Ojalá el recuerdo de tu infancia se prolongue hasta tus últimos días: no temo que tu buen corazón los recuerde nunca sin bendecir la mano que la gobernó».

«Cuando entraste en la edad de razón te libré de la opinión de los hombres; cuando tu corazón se ha vuelto sensible, te he preservado del imperio de las pasiones. Si hubiera podido prolongar esa calma interior hasta el fin de tu vida habría puesto a salvo mi obra, y tú siempre serías tan feliz como

puede serlo un hombre; pero, querido Emilio, por más que yo haya templado tu alma en la Estigia no he podido hacerla invulnerable por todas partes; se alza un nuevo enemigo que aún no has aprendido a vencer y del que no he podido salvarte. Ese enemigo eres tú mismo. La naturaleza y la fortuna te habían dejado libre. Podías soportar la miseria; podías resistir los dolores del cuerpo, los del alma te eran desconocidos; sólo te importaba la condición humana, y ahora te importan todos los lazos que te has dado; al aprender a desear te has vuelto el esclavo de tus deseos. Sin que nada cambie en ti, sin que nada te ofenda, sin que nada toque a tu ser, ¡cuántos dolores pueden atacar tu alma! ¡Cuántos males puedes sentir sin estar enfermos! ¡Cuántas muertes puedes sufrir sin morir! Una mentira, un error, una duda pueden llevarte a la desesperación».

«En el teatro veías a los héroes entregados a dolores extremos hacer resonar la escena con sus gritos insensatos, afligirse como mujeres, llorar como niños y merecer así los aplausos del público. Recuerda el escándalo que te causaban esos lamentos, esos gritos, esas quejas, en hombres en los que sólo debían esperarse actos de constancia y de firmeza. ¡Cómo!, decías completamente indignado, ¿son ésos los ejemplos que nos dan a seguir, los modelos cuya imitación se nos ofrece? ¿Tememos que el hombre no sea bastante pequeño, bastante desdichado, bastante débil si no se ensalza su debilidad bajo la falsa imagen de la virtud? Joven amigo, sé más indulgente en adelante con la escena: hete ahí convertido en uno de sus héroes».

«Sabes sufir y morir; sabes soportar la ley de la necesidad en los males físicos, pero aún no has impuesto leyes a los apetitos de tu corazón, y es de nuestros afectos mucho más que de nuestras necesidades de donde nace la alteración de nuestra vida. Nuestros deseos son vastos, nuestra fuerza casi nula. El hombre incide por sus anhelos en mil cosas, y por sí mismo en nada, ni siquiera en su propia vida; cuanto más aumenta sus ataduras, más multiplica sus penas. Por la tierra todo no hace otra cosa sino pasar. Cuanto amamos se nos escapará antes o después, y nos aferramos a ello como si debiera durar eternamente. ¡Qué terror a la sola sospecha de la muerte de Sofía! ¿Has contado con que vivirá siempre? ¿No

muere nadie a su edad? Ella debe morir, hijo mío, y tal vez antes que tú. ¿Quién sabe si está viva en este momento? La naturaleza no te había sojuzgado más que a una sola muerte; tú te sometes a una segunda; ya estás en situación de morir dos veces».

«Así sujeto a tus pasiones desordenadas, ¡cuánto te queda que lamentar! Siempre privaciones, siempre pérdidas, siempre alarmas; no gozarás siquiera de lo que te dejen. El temor a perder todo te impedirá poseer nada; por no haber querido seguir más que tus pasiones, jamás podrás satisfacerlas. Buscarás siempre el reposo, siempre huirá delante de ti; serás miserable y te volverás malvado. ¿Y cómo podrías no serlo, no teniendo más ley que tus deseos desenfrenados? Si no puedes soportar privaciones involuntarias, ¿cómo te las impondrás voluntariamente? ¿Cómo podrás sacrificar la inclinación al deber y resistir a tu corazón para escuchar tu razón? Tú, que ya no quieres ver a quien te informe de la muerte de tu amada, ¿cómo verías al que quisiera quitártela viva? ¿Al que osara decirte: está muerta para ti, la virtud te separa de ella? Si hay que vivir con ella pase lo que pase, esté Sofía casada o no, seas tú libre o no lo seas, te ame ella o te odie, se te conceda o se te niegue, no importa, tú la quieres, es preciso poseerla al precio que sea. Dime, pues, en qué crimen se detiene el que no tiene más leyes que los deseos de su corazón, y no sabe resistirse a nada de lo que desea».

«Hijo mío, no hay felicidad sin coraje ni virtud sin combate. La palabra *virtud* viene de *fuerza*; la fuerza es la base de toda virtud. La virtud no pertenece sino a un ser débil por naturaleza y fuerte por su voluntad; en eso sólo consiste el mérito del hombre justo, y aunque llamemos bueno a Dios no lo llamamos virtuoso, porque no necesita esfuerzo para hacer el bien. Para explicarte esa palabra tan profanada, he esperado a que estuvieses en situación de entenderme. Mientras no cuesta nada practicar la virtud, no se necesita conocerla. Esa necesidad llega cuando las pasiones despiertan: ya ha llegado para ti».

«Cuando te educaba en toda la sencillez de la naturaleza, en lugar de predicarte penosos deberes te he protegido de los vicios que hacen penosos esos deberes, te he hecho menos odiosa que inútil la mentira, te he enseñado menos a dar a cada uno lo que le pertenece que a preocuparte sólo de lo que

es tuyo. Antes te he hecho bueno que virtuoso: pero quien sólo es bueno no permanece tal sino cuando le place serlo, la bondad se quiebra y perece bajo el choque de las pasiones humanas; el hombre que sólo es bueno sólo es bueno para él».

«¿Qué es pues el hombre virtuoso? Es el que sabe vencer sus afectos. Porque entonces sigue su razón, su conciencia, cumple su deber, se mantiene en el orden y nada puede apartarle de ahí. Hasta ahora tú sólo eras libre en apariencia; no tenías sino la libertad precaria de un esclavo al que no se ha mandado nada. Sé libre ahora en efecto; aprende a volverte tu propio dueño; manda en tu corazón, oh Emilio, y serás virtuoso».

«He aquí, pues, otro aprendizaje que debes hacer, y este aprendizaje es más penoso que el primero; porque la naturaleza nos libra de los males que ella nos impone o nos enseña a soportarlos; pero nada nos dice para los que proceden de nosotros; nos abandona a nosotros mismos; víctimas de nuestras pasiones, nos deja sucumbir a nuestros vanos dolores, y glorificarnos aún con llantos que deberían hacernos ruborizar».

«Aquí se te presenta la primera pasión. Tal vez la única digna de ti. Si sabes regirla como hombre, será la última; someterás a todas las demás y no obedecerás sino a la de la virtud».

«Esta pasión no es criminal, lo sé de sobra; es tan pura como las almas que las sienten. La honestidad la formó, la inocencia la ha alimentado. ¡Afortunados amantes! En vosotros los encantos de la virtud no hacen sino añadirse a los del amor y el dulce lazo que os espera no es menos el premio a vuestra prudencia que el premio a vuestro cariño. Pero dime, hombre sincero, ¿te ha subyugado menos por ello esta pasión tan pura? ¿Te has vuelto menos esclavo? Y si mañana ella dejara de ser inocente, ¿la ahogarías desde mañana? Ahora es el momento de ensayar tus fuerzas, y no cuando hay que emplearlas. Estos peligrosos ensayos deben hacerse lejos del peligro. No nos ejercitamos para el combate delante del enemigo; nos preparamos para él antes de la guerra, a la que nos presentamos completamente preparados».

«Es un error distinguir las pasiones en permitidas y prohibidas para entregarse a las primeras y rechazar las otras. Todas son buenas cuando uno sigue siendo su dueño, todas

son malas cuando uno se deja someter. Lo que la naturaleza nos prohíbe es extender nuestros afectos más allá de nuestras fuerzas, lo que la razón nos prohíbe es querer lo que no podemos obtener; lo que la conciencia nos prohíbe no es ser tentados, sino dejarnos vencer por las tentaciones. No depende de nosotros tener o no tener pasiones; pero sí depende de nosotros reinar sobre ellas. Todos los sentimientos que dominamos son legítimos, todos los que nos dominan son criminales. Un hombre no es culpable de amar a la mujer de otro si mantiene esa desdichada pasión sometida a la ley del deber; es culpable de amar a su propia mujer hasta el punto de inmolar todo a ese amor».

«No esperes de mí largos preceptos de moral, sólo tengo uno que darte, y éste comprende todos los demás. Sé hombre; retira tu corazón a los límites de tu estado. Estudia y conoce esos límites; por estrechos que sean, no somos desgraciados mientras nos encerremos en ellos; lo somos únicamente cuando queremos pasarlos; lo somos cuando en nuestros deseos insensatos ponemos en el rango de lo posible lo que no lo es. Lo somos cuando olvidamos nuestro estado de hombres para forjarnos otros imaginarios de los que siempre caemos en el propio. Los únicos bienes cuya privación cuesta son aquellos a los que se cree tener derecho. La evidente imposibilidad de obtenerlos nos aparta de ellos; los deseos sin esperanza nos atormentan. Un pordiosero no se ve atormentado por el deseo de ser rey, y un rey sólo quiere ser Dios cuando cree no ser ya hombre».

«Las ilusiones del orgullo son la fuente de nuestros mayores males; pero la contemplación de la miseria humana siempre vuelve al sabio moderado. Se mantiene en su sitio, no se agita por salir de él, no gasta inútilmente sus fuerzas para gozar de lo que no puede conservar, y empleando todas en poseer bien lo que tiene, es, en efecto, más poderoso y más rico de todo lo que desea de menos que nosotros. Ser mortal y perecedero, ¿iré a formarme lazos eternos en esta tierra donde todo cambia, donde todo pasa, y de donde mañana desapareceré? ¡Oh, Emilio, hijo mío! Si te perdiera, ¿qué me quedaría de mí? Y sin embargo, es menester que aprenda a perderte; porque, ¿quién sabe cuándo me serás quitado?»

«¿Quieres, pues, vivir feliz y sabio? No vincules tu corazón

más que a la belleza que no perece; que tu condición limite tus deseos, que tus deberes vayan con tus inclinaciones; extiende la ley de la necesidad a las cosas morales: aprende a perder lo que no puede ser quitado; aprende a abandonar todo cuando la virtud lo ordene, a situarte por encima de los acontecimientos, a apartar tu corazón sin que ellos lo desgarren, a ser animoso en la adversidad a fin de no ser nunca miserable; a ser firme en tu deber, a fin de no ser nunca criminal. Entonces serás feliz a pesar de la fortuna, y sabio a pesar de las pasiones. Entonces encontrarás en la posesión misma de bienes frágiles una voluptuosidad que nada podrá perturbar; los poseerás sin que te posean, y sentirás que el hombre a quien todo escapa sólo goza de lo que sabe perder. Cierto que no tendrás la ilusión de los placeres imaginarios, tampoco tendrás los dolores que son su fruto. Ganarás mucho en este cambio, porque esos dolores son frecuentes y reales, mientras los placeres son raros y vanos. Vencedor de tantas opiniones falaces, también lo serás de la que presta tan gran valor a la vida. Pasarás la tuya sin turbación y la concluirás sin espanto: te separarás de ella como de todas las cosas. Que otros, sobrecogidos de horror, piensen al dejarla que cesan de ser; sabedor de su nada, tú creerás que comienzas. La muerte es el fin de la vida del malvado y el comienzo de la del justo».

Emilio me escucha con una atención mezclada de inquietud. Teme alguna conclusión siniestra a este preámbulo. Presiente que, al mostrarle la necesidad de ejercitar la fuerza del alma, quiero someterle a ese duro ejercicio y, como un herido que se estremece al ver acercarse al cirujano, cree sentir ya sobre su llaga la mano dolorosa pero saludable que le impide caer en corrupción.

Inseguro, turbado, urgido por saber a dónde quiero ir a parar, en vez de responder me pregunta, me interroga, pero con temor. ¿Qué hay que hacer?, me dice casi temblando y sin atreverse a levantar los ojos. ¡Lo que hay que hacer!, respondo en tono firme. ¡Hay que dejar a Sofía! ¿Qué decís?, exclama con arrebato. ¡Dejar a Sofía, dejarla, engañarla, ser un traidor, un granuja, un perjuro!... ¡Cómo!, prosigo yo interrumpiéndole, ¿teme Emilio aprender a merecer de mí semejantes calificativos? No, prosigue él con el mismo ímpetu, ni de vos ni de

nadie; a pesar vuestro yo sabré conservar vuestra obra; sabré no merecerlos.

Yo me esperaba este primer arrebato. Lo dejo pasar sin conmoverme. Si yo no tuviera la moderación que le predico, bonito papel haría predicándosela. Emilio me conoce demasiado para creerme capaz de exigirle algo que esté mal, y sabe que haría mal dejando a Sofía en el sentido que él da a esa frase. Él espera, pues, que yo me explique. Entonces sigo mi discurso.

«¿Creéis, querido Emilio, que un hombre, sea la que fuere la situación en que se encuentre, puede ser más feliz de lo que lo sois desde hace tres meses? Si lo creéis, desengañaos. Antes de saborear los placeres de la vida habéis agotado su felicidad. Más allá de lo que habéis sentido no hay nada. La felicidad de los sentidos es pasajera. El estado habitual del corazón siempre pierde con ella. Habéis gozado por la esperanza más de lo que gozaréis nunca en realidad. La imaginación que adorna lo que se desea la abandona en la posesión. Salvo el único ser que existe por sí mismo, nada es hermoso más que lo que no existe. Si ese estado hubiera podido durar siempre, habríais hallado la felicidad suprema. Pero todo lo que afecta al hombre se resiente de su caducidad; todo es finito, todo es pasajero en la vida humana, y, si el estado que nos hace felices durara sin cesar, el hábito de gozarlo nos privaría del gusto. Aunque nada cambie fuera, el corazón cambia; la felicidad nos abandona o la abandonamos nosotros».

«El tiempo que vos no medíais pasaba durante vuestro delirio. El verano acaba, se acerca el invierno. Aunque pudiéramos continuar nuestras correrías en una estación tan ruda, nunca nos lo permitirían. A pesar nuestro hemos de cambiar de forma de vivir, ésta no puede durar. Veo en vuestros ojos impacientes que esa dificultad apenas os preocupa: la confesión de Sofía y vuestros propios deseos os sugieren un medio fácil de evitar la nieve, y de no tener ya que viajar para ir a verla. El expediente es cómodo, sin duda; pero, llegada la primavera, las nieves se derriten y el matrimonio sigue; hay que pensar para todas las estaciones».

«¡Queréis casaros con Sofía y no hace ni cinco meses que la conocéis! ¡Queréis casaros con ella no porque os convenga sino porque os agrada; como si nunca se engañara el amor sobre las conveniencias y como si quienes empiezan amándose

nunca terminaran odiándose! Ella es virtuosa, lo sé; pero ¿es eso suficiente? ¿Basta con ser personas honradas para convenirse? No es su virtud lo que pongo en duda, es su carácter. ¿Se muestra el de una mujer en un día? ¿Sabéis en cuantas situaciones hay que haberla visto para conocer a fondo su humor? Cuatro meses de cariño, ¿os responden de toda la vida? Tal vez dos meses de ausencia os hagan olvidaros de ella; tal vez otro no espera sino a que os alejéis para borraros de su corazón; tal vez a vuestro regreso la encontréis tan indiferente como sensible la habéis encontrado hasta ahora. Los sentimientos no dependen de los principios; puede seguir siendo muy honesta y dejar de amaros. Será constante y fiel, me inclino a creerlo; pero ¿quién os responde de ella y quién le responde a ella de vos, mientras vos no os hayáis puesto a prueba? Para esa prueba ¿esperaréis a que llegue a seros inútil? ¿Esperaréis, para conoceros, a que no podáis separaros?»

«Sofía no tiene dieciocho años, apenas pasáis vos de los veintidós; esa edad es la del amor, pero no la del matrimonio. ¡Vaya padre y vaya madre de familia! Eh, para saber educar a niños, esperad al menos a dejar de serlo. ¿Sabéis a cuántas jóvenes han debilitado la constitución, arruinado la salud y abreviado la vida las fatigas del embarazo soportadas antes de la edad? ¿Sabéis cuántos niños se han quedado enclenques y débiles por no haber sido nutridos en un cuerpo suficientemente formado? Cuando la madre y el niño crecen a la vez y se reparte la substancia necesaria para el crecimiento de cada uno de los dos, ni uno ni otra tienen lo que la naturaleza les destinaba; ¿cómo puede ser que no sufran ambos? O yo conozco muy mal a Emilio, o preferiría tener una mujer e hijos robustos antes que contentar su impaciencia a expensas de la vida y de la salud de ellos».

«Hablemos de vos. Al aspirar al estado de esposo y de padre, ¿habéis meditado bien sus deberes? Al volveros jefe de familia, vais a haceros miembro del Estado, y, ¿qué es ser miembro del Estado? ¿Lo sabéis? ¿Sabéis lo que son gobierno, leyes, patria? ¿Sabéis a qué precio os está permitido vivir, y por quién debéis morir? Creéis haberlo aprendido todo, y aún no sabéis nada. Antes de ocupar un lugar en el orden civil, aprended a conocerlo y a saber el rango que os conviene».

«Emilio, hay que dejar a Sofía. No quiero decir abandonarla;

si fuérais capaz de hacerlo, para ella sería una gran dicha no haberse casado con vos; hay que dejarla para volver digno de ella. No seáis tan vano como para creer que ya la merecéis. ¡Cuánto os queda por hacer! Venid a desempeñar esa noble tarea; venid a aprender a soportar la ausencia; venid a ganar el premio de la fidelidad, a fin de que a vuestro regreso podáis honraros de algo a su lado y pedir su mano, no como una gracia, sino como una recompensa».

Como todavía no está ejercitado en luchar contra sí mismo, como no está acostumbrado aún a desear una cosa y a querer otra, el joven no se rinde; resiste, discute. ¿Por qué negarse la felicidad que le espera? ¿No sería desdeñar la mano que se le ofrece tardar en aceptarla? ¿Qué necesidad hay de alejarse de ella para instruirse de lo que debe saber? Y aún cuando fuera necesario, ¿por qué no dejarle, en lazos indisolubles, la prenda segura de su regreso? Que sea su esposo y está dispuesto a seguirme; que estén unidos y él la abandona sin temor... ¡Uniros para dejaros, querido Emilio, qué contradicción! Es hermoso que un amante pueda vivir sin su amada, pero un marido nunca debe dejar a su mujer sin necesidad. Para curar vuestros escrúpulos, veo que vuestras demoras deben ser involuntarias: es menester que podáis decir a Sofía que la dejáis a pesar vuestro. Bien, quedaos contento, y puesto que no obedecéis a la razón, reconoced otro amo. No habéis olvidado el compromiso que contrajisteis conmigo. Emilio, hay que dejar a Sofía: lo exijo*.

Ante estas palabras agacha la cabeza, se calla, piensa un momento, y luego, mirándome con seguridad, me dice: ¿Cuándo nos vamos? Dentro de ocho días, le digo. Hay que preparar a Sofía para esta partida. Las mujeres son más débiles, hay que tener miramientos con ellas, y al no ser esta ausencia un deber para ella como lo es para vos, le está permitido soportarla con menos ánimo.

Fuerte es la tentación de prolongar hasta la separación de mis jóvenes el diario de sus amores; pero desde hace mucho tiempo estoy abusando de la indulgencia de mis lectores; abreviemos para terminar de una vez. ¿Se atreverá Emilio a llevar a los pies de su amada la misma seguridad que acaba de

* Alusión al pacto contraído en las páginas 441-442.

mostrar con su amigo? Por lo que a mí se refiere, lo creo; es de la verdad misma de su amor de donde debe sacar esa seguridad. Estaría más confuso ante ella si le costara menos dejarla; la dejaría como culpable, y ese papel siempre es embarazoso para un corazón honrado. Pero cuanto más le cuesta el sacrificio, más honra gana a ojos de la que lo hace penoso. No hay miedo a que ella se engañe sobre el motivo que lo determina. Parece decirle a cada mirada: ¡Oh, Sofía!, lee en mi corazón y sé fiel; tu amante no carece de virtud.

Por su parte la altiva Sofía trata de soportar con dignidad el golpe imprevisto que la hiere. Se esfuerza por parecer insensible a él; pero como no tiene, como Emilio, el honor del combate y de la victoria, su firmeza se resiente más. Llora, gime a despecho de sí misma, y el espanto a ser olvidada agría el dolor de la separación. No es ante su amante ante quien llora, no es a él a quien muestra sus miedos; ahogaría más que dejar escapar un suspiro en presencia suya: soy yo quien recibe sus quejas, quien ve sus lágrimas, soy yo a quien ella finge tomar por confidente. Las mujeres son hábiles y saben disimular: cuanto más murmura en secreto contra mi tiranía, más solícita se muestra en halagarme; comprende que su destino está en mis manos.

Yo la consuelo, la tranquilizo, le respondo de su prometido, o más bien de su esposo; que ella le guarde la misma fidelidad que ha de tener él con ella, y dentro de dos años lo será, se lo juro. Ella me estima bastante para creer que no quiero engañarla. Yo soy garante de cada uno de los dos ante el otro. Sus corazones, su virtud, mi probidad, la confianza de sus padres, todo lo tranquiliza; pero ¿de qué sirve la razón contra la debilidad? Se separan como si no debieran verse más.

Es entonces cuando Sofía recuerda las penas de Eucaris y cree realmente hallarse en su lugar. No dejemos que durante la ausencia despierten esos caprichosos amores. Sofía, le digo un día, haced con Emilio un intercambio de libros. Dadle vuestro *Telémaco* para que aprenda a parecérsele, y que él os dé *El Espectador**, cuya lectura os gusta. Estudiad en él los

---

* *El Espectador o el Sócrates moderno*, del inglés John Addison, traducido al francés en 1714, y leído por Rousseau en su juventud (*Confessions, O.C.*, Pléiade, tomo I, págs. 110-111).

deberes de las mujeres honestas, y pensad que dentro de dos años esos deberes serán los vuestros. Semejante intercambio agrada a los dos y les da confianza. Llega por fin el triste día, hay que separarse.

El digno padre de Sofía, con el que he concertado todo, me abraza al recibir mi despedida; luego, llevándome aparte, me dice estas palabras en tono grave y acento expresivo: «He hecho todo por complaceros; sabía que trataba con un hombre de honor: sólo me queda una cosa que deciros. Recordad que vuestro alumno ha firmado su contrato de matrimonio en la boca de mi hija».

¡Qué diferencia en el continente de los dos amantes! Emilio, impetuoso, ardiente, agitado, fuera de sí, lanza gritos, derrama torrentes de lágrimas sobre las manos del padre, de la madre, de la hija, besa sollozando a todas las gentes de la casa, y repite mil veces lo mismo con un desorden que provocaría risa en cualquier otra ocasión. Sofía, taciturna, pálida, con los ojos apagados y la mirada sombría, permanece tranquila, no dice nada, no llora, no ve a nadie, ni siquiera a Emilio. Por más que le coja las manos y la estreche en sus brazos, ella permanece inmóvil, insensible a sus lágrimas, a sus caricias, a todo lo que hace; para ella, él ya se ha marchado. ¡Qué conmovedora es su conducta! ¡Mucho más que la queja importuna y los lamentos ruidosos de su prometido! Él lo ve, se da cuenta, se desconsuela por ello; me lo llevo de allí con esfuerzo; si le dejo un momento más, ya no querrá marcharse. Estoy encantado de que lleve consigo esa triste imagen. Si alguna vez siente la tentación de olvidar lo que debe a Sofía, al recordársela tal como la vio en el momento de la partida, será preciso que tenga el corazón muy enajenado si no le devuelvo a ella.

De los viajes

Se preguntan si es bueno que los jóvenes viajen, y se discute mucho sobre ese punto. Si se planteara de otro modo la cuestión y se preguntara si es bueno que los hombres hayan viajado, tal vez no se discutiría tanto.

El abuso de los libros mata la ciencia. Creyendo saber lo que se ha leído, uno se cree dispensado de aprenderlo. El

exceso de lectura sólo sirve para hacer ignorantes presuntuosos. De todos los siglos de literatura, ninguno hay en el que se haya leído tanto como en éste, y en el que se fuese menos docto. De todos los países de Europa, ninguno hay donde se impriman tantas historias, relaciones y viajes como en Francia, y donde menos se conozca el genio y las costumbres de las demás naciones. Tantos libros nos hacen descuidar el libro del mundo, o, si todavía leemos en él, cada cual se mantiene en su hoja. Si no conociera la frase *¿Se puede ser persa?,* al oírla decir adivinaría que viene del país donde los prejuicios nacionales son los que más predominan, y del sexo que más los propaga*.

Un parisién cree conocer a los hombres y no conoce más que a los franceses; en su ciudad, siempre llena de extranjeros, mira a cada extranjero como un fenómeno extraordinario que no tiene igual en el resto del universo. Hay que haber visto de cerca a los burgueses de esta gran ciudad, hay que haber vivido entre ellos para creer que con tanto ingenio pueden ser tan estúpidos. Lo raro es que cada uno quizá ha leído diez veces la descripción del país cuyo habitante va a maravillarle tanto.

Resulta excesivo tener que penetrar a la vez los prejuicios de los autores y los nuestros para llegar a la verdad. He pasado mi vida leyendo relaciones de viajes, y nunca he encontrado dos que me hayan dado la misma idea del mismo pueblo. Al comparar lo poco que yo podía observar con lo que había leído, terminé por dejar allí a los viajeros y lamentar el tiempo que había dedicado a instruirme en su lectura, muy convencido de que, respecto a observaciones de toda especie, no hay que leer, hay que ver. Aquello sería verdad si todos los viajeros fueran sinceros, si no dijeran más que lo que han visto o lo que creen, y si sólo simularan la verdad con los falsos colores que ella adopta a sus ojos. ¡Qué no será cuando haya que discernir aún a través de sus mentiras y de su mala fe!

Dejemos, pues, el recurso de los libros que nos elogian a los que están hechos para contentarse con él. Es tan bueno

---

* «¿Cómo se puede ser persa?», frase con que Montaigne pone de relieve la extravagancia de los habitantes de París. (Véase la carta XXX, *Lettres Persanes,* ed. de Jean Starobinski, Gallimard, 1973).

como el arte de Raimundo Lulio* para aprender a parlotear de lo que no se sabe. Es bueno para formar Platones de quince años que filosofen en los círculos, y para instruir a una reunión en los usos de Egipto y de las Indias sobre la palabra de Paul Lucas o de Tavernier**.

Tengo por máxima irrefutable que quien no ha visto más que un pueblo, en lugar de conocer a los hombres sólo conoce a las gentes con las que ha vivido. He ahí, pues, una forma más de plantear la misma cuestión de los viajes: ¿Basta con que un hombre bien educado conozca sólo a sus compatriotas, o le importa conocer a los hombres en general? Aquí no existe ya ni disputa ni duda. Ved cómo a veces la solución de una cuestión difícil depende de la manera de plantearla.

Pero para estudiar a los hombres ¿hay que recorrer la tierra entera? ¿Hay que ir al Japón para observar a los europeos? Para conocer la especie, ¿hay que conocer a todos los individuos? No, hay hombres que se parecen tanto que no merece la pena estudiarlos por separado. Quien ha visto a diez franceses ha visto a todos; aunque no pueda decirse lo mismo de los ingleses y de algunos otros pueblos, es cierto sin embargo que cada nación tiene su carácter propio y específico que se saca por inducción, no de la observación de uno solo de sus miembros, sino de varios. El que ha comparado diez pueblos conoce a los hombres, como el que ha visto diez franceses conoce a los franceses.

No basta para instruirse con recorrer los países. Hay que saber viajar. Para observar hay que tener ojos, y volverlos hacia el objeto que se quiere conocer. Hay muchas personas a quienes los viajes instruyen menos aún que los libros; como ignoran el arte de pensar, en la lectura su espíritu lo guía al menos el autor, mientras que en sus viajes no saben ver nada por sí mismos. Otros no se instruyen porque no quieren instruirse. Su objetivo es tan diferente que éste apenas les sorprende; es mucha casualidad si se ve con exactitud lo que

* Alusión al *Ars magna* (1275) de Ramón Llull; Rousseau se basa en el *Discurso del método*, de Descartes, en cuya segunda parte el filósofo reprocha a ese arte que permita hablar sin fundamento de cosas que se ignoran.

** Paul Lucas (1664-1737) realizó varios viajes a Oriente, mientras Jean-Baptiste Tavernier (1605-1689) llegó hasta las Indias.

no se preocupa uno de mirar. De todos los pueblos del mundo, el francés es el que más viaja, pero, imbuido de sus propias costumbres, confunde todo lo que no se le parece. Hay franceses en todos los rincones del mundo. No hay país donde haya más personas que han viajado que las que hay en Francia. A pesar de esto, de todos los pueblos de Europa el que más los ve es el que menos los conoce. También el inglés viaja, pero de otra manera; es menester que esos dos pueblos sean contrarios en todo. La nobleza inglesa viaja, la nobleza francesa no viaja: el pueblo francés viaja, el pueblo inglés no viaja. Esta diferencia me parece honrosa para el último. Los franceses casi siempre tienen alguna mira de interés en su viaje; pero los ingleses no van a buscar fortuna a otras naciones si no es por el comercio y con las manos llenas; cuando viajan es para derramar en el viaje su dinero, no para vivir de industria; son demasiado orgullosos para ir a arrastrarse fuera de su casa. Esto hace también que se instruyan mejor en el extranjero que los franceses, que tienen en la cabeza un objetivo completamente distinto. También los ingleses tienen, sin embargo, sus prejuicios nacionales; tienen incluso más que nadie, pero esos prejuicios atañen menos a la ignorancia que a la pasión. Los ingleses tienen los prejuicios del orgullo, y los franceses los de la vanidad.

Como los pueblos menos cultivados son generalmente los más sabios, los que viajan menos viajan mejor, porque, menos adelantados que nosotros en nuestras búsquedas frívolas, y menos ocupados en los objetos de nuestra vana curiosidad, prestan toda su atención a lo que es verdaderamente útil. No conozco sino a los españoles que viajen de esa manera. Mientras un francés corre a casa de los artistas de un país, un inglés hace dibujar alguna antigüedad, y un alemán lleva su *album* a casa de todos los sabios, el español estudia en silencio el gobierno, las costumbres, la policía, y es el único de los cuatro que de regreso a casa saca de lo que ha visto alguna observación útil para su país *.

---

* El *album* que se atribuye a los alemanes podría proceder de *Sir Politick Would-be*, comedia de Saint-Évremond: «Cuando nuestros viajeros son gentes de letras, al salir de su país se proveen de un libro blanco, bien encuadernado, que se llama *Album Amicorum* y no dejan de ir a visitar a los sabios de todos los lugares por donde pasan, y de presentarlo a fin de que pongan en él su nombre».

Los antiguos viajaban poco, leían poco, hacían pocos libros, y, sin embargo, en los que de ellos nos quedan se ve que se observaban mejor los unos a los otros de lo que nosotros observamos a nuestros contemporáneos. Sin remontarnos a los escritos de Homero, el único poeta que nos transporta a los países que describe, no se puede negar a Herodoto el honor de haber descrito las costumbres en su historia, aunque sea más en narraciones que en reflexiones, mejor de lo que lo hacen todos nuestros historiadores que recargan sus libros con retratos y caracteres. Tácito describió mejor a los germanos de su tiempo de lo que ningún escritor ha descrito a los alemanes de hoy. No puede negarse que, quienes están versados en historia antigua conocen a los griegos, a los cartagineses, a los romanos, a los galos y a los persas mejor que ningún pueblo de nuestros días conoce a sus vecinos.

Hay que confesar también que, por borrarse de día en día los caracteres originales de los pueblos, se vuelven por esa misma razón más difíciles de captar. A medida que las razas se mezclan y se confunden los pueblos se ve desaparecer poco a poco esas diferencias nacionales que antaño sorprendían a la primera ojeada. En otro tiempo las naciones permanecían más encerradas en sí mismas; había menos comunicaciones, menos viajes, menos intereses comunes o contrarios, menos relaciones políticas y civiles de pueblo a pueblo; nada de esos enredos de reyes llamados negociaciones, nada de embajadores ordinarios o residentes permanentes; las grandes navegaciones eran raras, había poco comercio a distancia lejana y lo poco que había lo hacía el príncipe mismo que utilizaba para ello extranjeros o gentes despreciadas que no llevaban la voz cantante ni acercaban a las naciones. Ahora hay cien veces más relaciones entre Europa y Asia de las que antaño había entre la Galia y España: Europa sola estaba más dispersa * de lo que la tierra entera lo está hoy.

Añadid a esto que los antiguos pueblos, considerándose en

La referencia a los españoles es una generalización de Rousseau, basada en el recuerdo de su amigo Manuel Ignacio Altuna (*Confessions, ed. cit.*, págs. 328-329) y de Francisco Javier de Carrión, secretario del embajador de España en Venecia primero, y encargado de asuntos de la corte de España en París, Viena (1754) y Londres (1763) (*Confessions, ed. cit.*, pág. 304).

* Dispersa *(éparse)*, hecha de trozos o estados sin relaciones.

su mayoría como autóctonos u originarios de su propio país, lo ocupaban desde tiempo bastante largo para haber perdido la memoria de los siglos remotos en que sus antepasados se habían asentado en él, y para haber dejado al clima tiempo para causar en ellos impresiones duraderas, mientras que entre nosotros, después de las invasiones de los romanos, las recientes migraciones de los bárbaros lo han embarullado y confundido todo. Los franceses de hoy no son ya aquellos grandes cuerpos rubios y blancos de antaño, los griegos no son ya aquellos hermosos hombres hechos para servir de modelo al arte, la figura de los romanos mismos ha cambiado de carácter de igual manera que su natural; los persas, originarios de Tartaria, pierden cada día algo de su fealdad primitiva por la mezcla de la sangre circasiana. Los europeos ya no son galos, germanos, íberos, alóbroges; no son todos ellos otra cosa que escitas degenerados de modo diverso en cuanto a la figura, y más todavía en las costumbres.

He ahí por qué las antiguas distinciones de las razas, las cualidades del aire y del terruño marcaban con más fuerza de pueblo a pueblo los temperamentos, las figuras, las costumbres, los caracteres, de una forma que no puede marcarse en nuestros días, cuando la inconstancia europea no deja a ninguna causa natural tiempo suficiente para hacer sus impresiones, y cuando los bosques abatidos, las marismas desecadas, la tierra cultivada de modo más uniforme aunque peor no dejan ya, ni siquiera en lo físico, la misma diferencia de tierra a tierra y de país a país.

Con semejantes reflexiones tal vez nos diéramos menos prisa a ridiculizar a Herodoto, Ctesias* y Plinio por haber representado a los habitantes de diversos países con unos rasgos originales y unas diferencias marcadas que ya no les vemos. Habría que encontrar los mismos hombres para reco-

---

* Ctesias, viajero e historiador griego del siglo V antes de la era cristiana, escribió dos obras sobre Persia y la India de las que sólo quedan fragmentos.

Sobre la desaparición y degeneración de las razas, véase la nota 10 del *Discurso sobre el origen de la desigualdad* (*ed. cit.*, págs. 316 y ss.). Los escitas, a los que Rousseau otorga el título de antepasados de los antiguos pueblos europeos, tenían desde los griegos y los romanos un gran prestigio entre los pensadores y filósofos. Sobre el tema de la fertilidad original, véase la nota 5 del *Discurso sobre la desigualdad* (*ed. cit.*, págs. 305-306).

nocer en ellos las mismas caras; sería menester que nada los hubiera cambiado para que hubiesen quedado igual. Si pudiéramos considerar a la vez a todos los hombres que han sido, ¿cabe la menor duda de que no los encontraríamos más diversos de un siglo a otro que hoy de nación a nación?

Al mismo tiempo que las observaciones se vuelven más difíciles, se hacen con mayor descuido y peor; es otra razón del poco éxito de nuestras investigaciones en la historia natural del género humano. La enseñanza que se saca de los viajes se refiere al objetivo que ha impulsado a emprenderlos. Cuando ese objetivo es un sistema de filosofía, el viajero no ve nunca sino lo que quiere ver; cuando ese objetivo es el interés, absorbe toda la atención de los que a él se entregan. El comercio y las artes, que mezclan y confunden a los pueblos, les impiden también estudiarse. Cuando conocen el provecho que puede obtener el uno con el otro, ¿qué más necesitan saber?

Es útil al hombre conocer todos los lugares en que se puede vivir para escoger luego aquellos en que se puede vivir con más comodidad. Si cada uno se bastara a sí mismo, sólo le importaría conocer el país que puede alimentarle. El salvaje que no necesita de nadie y que no ambiciona nada en el mundo no conoce ni trata de conocer más países que el suyo. Si se ve obligado a traspasar ciertos límites para subsistir, huye de los lugares habitados por los hombres; no quiere nada sino con los animales y sólo necesita de ellos para nutrirse. Pero en cuanto a nosotros, a quienes nos es necesaria la vida civil y que ya no podemos prescindir de comernos a los hombres, el interés de todos y cada uno consiste en frecuentar los países en que hay más. Por eso todo afluye a Roma, a París, a Londres. Siempre es en las capitales donde la sangre humana se vende a mejor precio. Así que sólo conocemos los grandes pueblos, y todos los grandes pueblos se parecen.

Se dice que tenemos sabios que viajan para instruirse; es un error. Los sabios viajan por interés como los demás. Ya no existen los Platones ni los Pitágoras, o si existen están muy lejos de nosotros. Nuestros sabios sólo viajan por orden de la corte; los despachan, les costean los gastos, les pagan por ver tal o cual objeto, que con toda seguridad no es un objeto moral. Deben todo su tiempo a ese objetivo único, son personas

demasiado honestas para robar dinero. Si en un país cualquiera, los curiosos viajasen a su costa, jamás sería para estudiar a los hombres, sería para instruirlos. No es ciencia lo que necesitan, sino ostentación. ¿Cómo aprenderían en sus viajes a sacudir el yugo de la opinión? Sólo los hacen por ella.

Hay mucha diferencia entre viajar para ver el país o para ver los pueblos. El primer objetivo es siempre el de los curiosos, el otro sólo es para ellos accesorio. Debe ser todo lo contrario para el que quiere filosofar. El niño observa las cosas a la espera de poder observar a los hombres. El hombre debe empezar observando a sus semejantes, y luego observa las cosas si tiene tiempo.

Por tanto es razonar mal concluir, de que viajamos mal, que los viajes son inútiles. Pero, reconocida la utilidad de los viajes, ¿se seguirá de ella que convienen a todo el mundo? En absoluto: no convienen, por el contrario, sino a muy pocas personas; no convienen sino a hombres bastante seguros de sí mismos para escuchar las lecciones del error sin dejarse seducir, y para ver el ejemplo del vicio sin dejarse arrastrar. Los viajes impulsan el carácter hacia su inclinación, y acaban por hacer al hombre bueno o malo. Quien vuelve a correr mucho es a su vuelta lo que será toda su vida; vuelven más malos que buenos, porque parten más personas inclinadas al mal que al bien. Los jóvenes mal educados y mal guiados contraen en sus viajes todos los vicios de los pueblos que frecuentan, y ninguna de las virtudes a las que están mezcladas esos vicios; pero los que han nacido con ventura, los que han cultivado bien su buena condición y viajan con el verdadero designio de instruirse, vuelven siempre mejores y más sabios de lo que habían partido. Así viajará Emilio; así había viajado aquel joven, digno de un siglo mejor y cuyo mérito admiró Europa asombrada, que murió por su país en la flor de sus años, pero que merecía vivir, y cuya tumba, sólo adornada por sus virtudes, esperaba para ser honrada, que una mano extranjera sembrara en ella flores*.

Todo cuanto se hace por razón debe tener sus reglas. Tomados como una parte de la educación, los viajes deben tener las suyas. Viajar por viajar es errar, es vagabundear;

* Probable alusión al conde de Gisors, que ya se ha citado (pág. 212).

viajar para instruirse es todavía un objeto demasiado vago; la instrucción que no tiene una meta determinada no es nada. Querría dar al joven un interés sensible por instruirse, y ese interés bien escogido fijaría además la naturaleza de la instrucción. Siempre es la continuación del método lo que he tratado de practicar.

Ahora bien, después de ser considerado por sus relaciones físicas con los demás seres, por sus relaciones morales con los demás hombres, le queda considerarse por sus relaciones civiles con sus conciudadanos. Para eso es necesario que comience estudiando la naturaleza del gobierno en general, las diversas formas de gobierno, y finalmente el gobierno particular bajo el que ha nacido, para saber si le conviene vivir en él; porque, por un derecho que nada puede abrogar, cada hombre, al volverse adulto y dueño de sí mismo, se vuelve también dueño de renunciar al contrato por el que se vincula a la comunidad, abandonando el país en que ella está establecida. Sólo por la estancia que en él hace después de la edad de razón se considera que confirma tácitamente el compromiso que contrajeron sus antepasados. Adquiere él derecho de renunciar a su patria como a la sucesión de su padre; además, por ser un don de la naturaleza el lugar de nacimiento, se cede de lo propio renunciando a él. En estricto derecho, cada hombre permanece libre a su cuenta y riesgo, sea el que fuere el lugar donde nazca, a menos que se someta voluntariamente a las leyes, para adquirir el derecho a ser protegido por ellas.

Le diría, pues, por ejemplo: hasta ahora habéis vivido bajo mi dirección, no estábais en condiciones de gobernaros vos mismo. Pero os acercáis a la edad en que las leyes, al dejaros la disposición de vuestros bienes, os hacen dueños de vuestra persona. Vais a encontraros solo en la sociedad, dependiente de todo, incluso de vuestro patrimonio. Tenéis en vuestra mira un estado. Esa mira es loable, es uno de los deberes del hombre; pero antes de casaros es preciso saber qué hombre queréis ser, en qué queréis pasar vuestra vida, qué medidas queréis tomar para asegurar el pan para vos y para vuestra familia; pues aunque no sea preciso hacer de tal preocupación su principal problema, alguna vez hay que pensar, sin embargo, en él. ¿Queréis caer en la dependencia de hombres a los que despreciáis? ¿Queréis establecer vuestra fortuna y fijar vuestro

estado mediante relaciones civiles que constantemente os pondrán a discreción de otros, y os forzarán, para escapar de los granujas, a volveros granuja vos mismo?

Entonces le describiré todos los medios posibles de sacar partido a su hacienda, bien en el comercio, bien en los cargos, bien en las finanzas, y le mostraré que no hay ninguno en el que no corra riesgos, que no le ponga en un estado precario y dependiente, y no le obligue a regular sus costumbres, sus sentimientos y su conducta por el ejemplo y los prejuicios de otros.

Hay otro medio, le diré, de emplear el tiempo y la persona de uno: meterse al servicio, es decir, alquilarse a buen precio para ir a matar a gentes que no nos han hecho ningún mal. Este oficio goza de gran estima entre los hombres que tienen en mucho a los que sólo sirven para eso. Además, lejos de dispensarse de los otros recursos, no os los vuelve sino más necesarios; porque en el honor de ese estado entra también arruinar a los que se consagran a él. Cierto que no todos se arruinan, insensiblemente, va imponiéndose incluso la moda de enriquecerse en él como en los demás. Pero dudo que explicándoos cómo se las arreglan los que triunfan, suscite vuestra curiosidad por imitarles.

También sabréis que en ese mismo oficio ya no se trata de coraje ni de valor, a no ser tal vez con las mujeres; que, por el contrario, el más rastrero, el más bajo, el más servil, es siempre el más honrado; que, si se os ocurriere querer cumplir de veras vuestro oficio, seréis despreciado, odiado, tal vez expulsado, cuando menos abrumado a atropellos y postergado por todos vuestros camaradas por haber cumplido vuestro servicio en la trinchera mientras ellos hacían el suyo en el tocador.

Como puede suponerse, todos estos empleos diversos no serán muy del gusto de Emilio. ¡Cómo!, me dirá, ¿he olvidado los juegos de mi infancia? ¿He perdido mis brazos? ¿Se ha agotado mi fuerza? ¿No sé ya trabajar? ¿Qué me importan todos vuestros buenos empleos, y todas las necias opiniones de los hombres? No conozco más gloria que ser bienhechor y justo, no conozco más dicha que vivir independiente con lo que se ama, ganando todos los días el apetito y la salud con el trabajo propio. Toda esa confusión de que me habláis apenas

me afecta. Por todo bien no quiero más que una pequeña aparcería en algún rincón del mundo. Pondré toda mi avaricia en hacerla rendir, y viviré sin inquietud. Sofía y mi campo, y seré rico.

Sí, amigo mío, es bastante para la felicidad del sabio, una mujer y un campo que sean suyos. Pero, aunque modestos, esos tesoros no son tan comunes como pensáis. Ya habéis encontrado el más raro; hablemos del otro.

¡Un campo que sea vuestro, querido Emilio!, ¿y en qué lugar lo escogeréis? ¿En qué rincón de la tierra podréis decir: aquí soy mi dueño y el del terreno que me pertenece? Se sabe en qué lugares es fácil hacerse rico, pero ¿quién sabe dónde se puede prescindir de serlo? ¿Quién sabe dónde se puede vivir independiente y libre sin tener necesidad de hacer mal a nadie y sin temor a recibirlo? ¿Creéis que sea tan fácil de encontrar el país donde siempre está permitido ser hombre honesto? Si hay algún medio legítimo y seguro de subsistir sin intrigas, sin problemas, sin dependencias, es, lo admito, vivir del trabajo de sus manos cultivando la tierra propia; pero ¿dónde está el Estado donde pueda decirse: la tierra que piso es mía? Antes de escoger esa venturosa tierra, aseguraos bien de encontrar en ella la paz que buscáis; mirad no sea que un gobierno violento, una religión perseguidora y costumbres perversas vayan allí a perturbaros. Poneos al abrigo de los impuestos desmedidos que devorarían el fruto de vuestros esfuerzos, de procesos sin fin que consumirían vuestro fondo*. Haced de suerte que viviendo justamente no tengáis que cortejar a intendentes, a sus sustitutos, a jueces, a curas, a poderosos vecinos, a granujas de toda laya, siempre prestos a acosaros si los desdeñáis. Poneos sobre todo al abrigo de vejaciones de grandes y de ricos; pensad que en todas partes pueden confinar sus tierras con la viña de Nabot**. Si vuestra desgracia quiere que un hombre situado compre o construya una casa cerca de vuestra cabaña, ¿respondéis de que no hallará medio, bajo ningún pretexto, de invadir vuestra heredad para redondear la

* Fondo *(fond)*: caudal o conjunto de bienes que posee una comunidad o un individuo.

** El episodio bíblico de la viña de Nabot puede encontrarse en I Reyes, XXI, 1-16.

suya, o de que no veréis absorber, desde mañana mismo quizá, todos vuestros recursos en una ancha carretera? Que si conserváis crédito para frenar todos estos inconvenientes, también conservaréis vuestras riquezas, porque no os será más difícil guardarlas. La riqueza y el crédito se apoyan mutuamente, siempre se sostienen mal el uno sin la otra.

Tengo más experiencia que vos, querido Emilio, capto mejor la dificultad de vuestro proyecto. Sin embargo es hermoso, es honesto, os haría feliz en la práctica; forcémonos por ejecutarlo. Tengo una proposición que haceros. Consagremos los dos años que nos hemos tomado hasta vuestro regreso a elegir un asilo en Europa donde podáis vivir feliz con vuestra familia al abrigo de todos los peligros de que acabo de hablaros. Si lo conseguimos, habréis hallado la verdadera felicidad vanamente buscada por tantos otros, y no habréis perdido vuestro tiempo. Si no lo conseguimos, estaréis curado de una quimera; os consolaréis de una desgracia inevitable, y os someteréis a la ley de la necesidad.

No sé si todos mis lectores percibirán hasta dónde va a llevarnos esta búsqueda así propuesta; pero sé de sobra que si, al regreso de sus viajes, iniciados y proseguidos con esta mira, no vuelve Emilio versado en todas las materias de gobierno, de costumbres públicas y de máximas de Estado de toda especie, es menester que él o yo carezcamos totalmente el uno de inteligencia y el otro de juicio.

El derecho político está todavía por nacer, y es de presumir que no nacerá jamás. Grocio, el maestro de todos nuestros sabios en esta materia, no es más que un niño, y, lo que es peor, un niño de mala fe. Cuando oigo poner a Grocio por las nubes y cubrir a Hobbes de execración, veo el número de hombres sensatos que leen o comprenden a esos dos autores. La verdad es que sus principios son exactamente semejantes, sólo difieren en las expresiones. Difieren también en el método. Hobbes se apoya en sofismas, y Grocio en poetas: todo lo demás es común para ambos.

El único moderno en estado de crear esa gran e inútil ciencia hubiera sido el ilustre Montesquieu. Pero no se preocupó de tratar los principios del derecho político; se contentó con

tratar el derecho político de los gobiernos establecidos, y nada hay más diferente en el mundo que esos dos estudios*.

Sin embargo, quien quiera juzgar sanamente sobre los gobiernos tal como existen está obligado a reunir los dos: hay que saber lo que debe ser para juzgar bien lo que es. La mayor dificultad para esclarecer estas importantes materias es interesar a un particular que los discuta, en la respuesta a estas dos cuestiones: ¿qué me importa? y ¿qué puedo yo hacer? Nosotros hemos puesto a nuestro Emilio en condiciones de responder a ambas.

La segunda dificultad procede de los prejuicios de la infancia, de las máximas en las que hemos sido alimentados, de la parcialidad, sobre todo, de los autores que, hablando siempre de la verdad de la que apenas se preocupan no piensan más que en su interés, del que no hablan. Ahora bien, el pueblo no da ni cátedras ni pensiones ni plazas de academias: ¡júzguese cómo deben establecer sus derechos esas gentes**! Yo he obrado de suerte que tampoco esa dificultad dejara secuelas sobre Emilio. Apenas sabe lo que es gobierno; lo único que le importa es encontrar el mejor; su objetivo no es hacer libros, y, si alguna vez lo hace, no será para cortejar a los poderes, sino para establecer los derechos de la humanidad.

Queda una tercera dificultad más especiosa que sólida, y que no quiero ni resolver ni proponer; me basta con que no asuste a mi celo; por supuesto, en búsquedas de este tipo son menos necesarios grandes talentos que un sincero amor por la justicia y un verdadero respeto por la verdad. Por tanto, si las

---

* Las páginas que vienen a continuación son una especie de resumen de las *Institutions politiques*, que Rousseau no llegó a escribir, pero que redactó con el título *Del Contrato social* (primera parte). En la correspondencia general considera esta última parte como «una especie de apéndice» al *Emilio*, aunque «los dos conjuntos forman un tomo completo» (*Correspondance générale*, t. VIII, pág. 233). De ahí que algunos estudiosos —O. Vossler, por ejemplo— consideren que el verdadero lugar del *Contrato* está al final del *Emilio*.

** La puya va dirigida contra Grocio, exilado en Francia, sofista pagado, según el primer borrador del *Contrato*, por Richelieu para defender el poder absoluto de los reyes. Véase la crítica directa que de Grocio hace en *Del Contrato social*, II, 2 (*ed. cit.*, págs. 34-35), donde se repite la frase: «Ahora bien (...) y el pueblo no da ni embajadas, ni cátedras, ni pensiones». En 1634-1645, Grocio volvería a Francia, pero en esa ocasión como embajador de Suecia.

materias de gobierno pueden ser tratadas con equidad es, en mi opinión, en este caso o nunca.

Antes de observar, hay que hacerse reglas para las observaciones; hay que hacerse una escala para referir a ella las medidas que se toman. Nuestros principios de derecho político son esa escala. Nuestras medidas son las leyes políticas de cada país.

Nuestros elementos son más claros, simples, están tomados inmediatamente de la naturaleza de las cosas. Se formarán de las cuestiones discutidas entre nosotros, y que nosotros convertiremos en principios sólo cuando estén suficientemente resueltas.

Por ejemplo, remontándonos primero al estado de naturaleza, examinaremos si los hombres nacen esclavos o libres, asociados o independientes, si se unen voluntariamente o por fuerza; si alguna vez puede la fuerza que los reúne formar un derecho permanente, por el cual esa fuerza anterior obligue, incluso aunque sea superada por otro; de suerte que, desde la fuerza del rey Nemrod, que según dicen le sometió los primeros pueblos, todas las demás fuerzas que han destruido ésa se han vuelto inicuas y usurpatorias, y que no haya más reyes legítimos que los descendientes de Nemrod o sus causahabientes*. O bien, si esa primera fuerza llegara a cesar, la fuerza que le suceda obliga a su vez y destruye la obligación de la otra, de modo que nadie se vea obligado a obedecer sino cuando esté forzado a ello, y que sea dispensado de hacerlo tan pronto como pueda resistirse: derecho que, según parece, no añadiría gran cosa a la fuerza, y sería apenas algo más que un juego de palabras.

Examinaremos si no puede decirse que toda enfermedad viene de Dios, y si de eso se sigue que sea un crimen llamar al médico**.

Todavía examinaremos si no estamos obligados en conciencia a dar nuestra bolsa a un bandido que nos la pide en un

---

* Génesis, X, 8-12: «Kus engendró a Nemrod, el cual comenzó a ser un esforzado héroe en la tierra» (*Ed. cit.*, de Bover y Cantera). Otras versiones dicen: «comenzó a ser poderoso en la tierra». Reinó en Babilonia y fundó Nínive.

** Según *Del Contrato social*, no hay legitimidad sin un principio que la funde (I, 3). Sobre la enfermedad y la salud, véase *supra*, pág. 60.

camino, incluso aunque pudiéramos ocultársela; porque, en última instancia, la pistola que lleva también es un poder.

Si esa palabra de poder quiere decir en esta ocasión algo distinto a un poder legítimo, y por consiguiente sometido a las leyes de las que recibe su ser.

Suponiendo que se rechace ese derecho de fuerza y se admita el de la naturaleza o la autoridad paterna como principio de las sociedades, buscaremos la medida de esa autoridad, cómo se halla fundada en la naturaleza, y si tiene alguna otra razón que la utilidad del niño, su debilidad y el amor natural que el padre siente por él; si cuando cesa la debilidad del niño y madura su razón, no se vuelve el único juez natural de lo que conviene a su conservación, por consiguiente su propio dueño, e independiente de cualquier otro hombre, incluso de su padre. Porque todavía es más seguro que el hijo se ame a sí mismo que no el padre ame al hijo.

Si, muerto el padre, están obligados los hijos a obedecer a su hermano mayor o a algún otro que no tenga por ellos el apego natural de un padre, y si de generación en generación habrá siempre un jefe único, al que toda la familia esté obligada a obedecer. En cuyo caso habríamos de buscar cómo podría compartirse nunca la autoridad, y con qué derecho habría sobre la tierra entera más de un jefe que gobernase el género humano.

Suponiendo que los pueblos se hubieran formado por elección, distinguiremos entonces el derecho del hecho, y nos preguntaremos si, estando sometidos de este modo a sus hermanos, tíos o parientes, no porque fuesen obligados a ello sino porque lo han querido, esta especie de sociedad no debe figurar como asociación libre y voluntaria.

Pasando luego, al derecho de esclavitud, examinaremos si un hombre puede legítimamente enajenarse a otro sin restricción, sin reserva, sin ninguna especie de condición; es decir, si puede renunciar a su persona, a su vida, a su razón, a su *yo*, a toda moralidad en sus acciones y cesar, en una palabra, de existir antes de su muerte, a pesar de la naturaleza que le encarga de modo inmediato su propia conservación, y a pesar de su conciencia y su razón que le prescriben lo que debe hacer y aquello de lo que debe abstenerse.

Que si hay alguna reserva, alguna restricción en el acto de

esclavitud, discutiremos si ese acto no se vuelve entonces un verdadero contrato, en el que cada uno de los dos contratantes, no teniendo en calidad de tales ningún superior común[17], siguen siendo sus propios jueces en cuanto a las condiciones del contrato, libres por consiguiente cada uno de ellos en esta parte y dueños de romperlo tan pronto como se estimen lesionados*.

Pues si un esclavo no puede enajenarse sin reserva a su dueño, ¿cómo puede un pueblo enajenarse sin reserva a su jefe? Y si el esclavo sigue siendo juez de la observación del contrato por su amo, ¿cómo no seguirá siendo el pueblo juez de la observación del contrato por su jefe?

Forzados a volver de este modo sobre nuestros pasos y considerando el sentido de esa palabra colectiva de pueblo, buscaremos si, para establecerlo, no hace falta un contrato, al menos tácito, anterior al que suponemos.

Dado que antes de elegirse un rey el pueblo es pueblo, ¿qué le ha hecho tal sino el contrato social? El contrato social es por tanto la base de toda sociedad civil, y en la naturaleza de ese acto es donde hay que buscar la de la sociedad que él forma.

Averigüemos el tenor de ese contrato, y si no se puede enunciar poco más o menos mediante esta fórmula: «*Cada uno de nosotros pone en común sus bienes, su persona, su vida, y todo su poder bajo la suprema dirección que la voluntad genera, y nosotros recibimos corporativamente a cada miembro como parte indivisible del todo***».

Supuesto esto, para definir los términos que necesitamos observaremos que en lugar de la persona particular de cada contratante este acto de asociación produce un cuerpo moral y colectivo compuesto por tantos miembros como votos tiene la asamblea. Esta persona pública toma por lo general el nombre de *cuerpo político*, al que sus miembros llaman *Estado* cuando es pasivo, *soberano* cuando es activo, *potencia* cuando se lo compara con sus semejantes. Respecto a los miembros mismos,

---

* Sobre la esclavitud, véase *Del Contrato Social*, I, 4 (*ed. cit.*, págs. 14-20).

** Esta definición difiere de la dada en *Del Contrato Social*, I, 6, porque añade «sus bienes» y «su vida» (*ed. cit.*, pág. 23). El párrafo siguiente, resume el final de ese capítulo 6 del *Contrato*.

toman el nombre de *pueblo* colectivamente, y se llaman en particular *ciudadanos* como miembros de la *ciudad* o partícipes de la autoridad soberana, y *súbditos* como sometidos a la misma autoridad.

Observaremos que este acto de asociación entraña un compromiso recíproco de lo público y de los particulares, y que cada individuo, contratante, por así decir, consigo mismo, se halla comprometido en un doble aspecto, a saber, como miembro del soberano respecto a los particulares, y como miembro del Estado respecto al soberano*.

Todavía observaremos que, no estando nadie obligado sino a los compromisos que ha tomado consigo, la deliberación pública que puede obligar a todos los súbditos respecto al soberano, a causa de los dos diferentes aspectos bajo los que cada uno está considerado, no puede obligar al Estado para consigo mismo. De donde se ve que no hay ni puede haber más ley fundamental propiamente dicha que el solo pacto social. Lo cual no significa que el cuerpo político no pueda, en ciertos aspectos, comprometerse respecto a otro; porque, en relación al extranjero, se vuelve un ser simple, un individuo**.

Al no tener las dos partes contratantes, a saber, cada particular y lo público, ningún superior común que pueda juzgar sus diferendos, examinaremos si cada uno de ellos sigue siendo dueño de romper el contrato cuando le plazca; es decir, de renunciar a él por su parte tan pronto como se crea lesionado***.

Para esclarecer esta cuestión, observaremos que, según el

---

* Primera frase del I, 7, del *Contrato*; téngase en cuenta que «En una democracia, en que los súbditos y el soberano no son más que los mismos hombres considerados bajo diferentes aspectos» (*Lettre a d'Alembert*). Para Rousseau, el soberano es un «cuerpo», o un «todo» que sólo tiene existencia activa cuando el pueblo está reunido.

** Segundo fragmento del I, 7 del *Contrato*, aunque con diferencias de concepto sobre el poder del soberano, pues en su primer ensayo no consideraba obligatorio «ninguna especie de ley fundamental (...), ni siquiera el pacto social» (*Del Contrato social, ed. cit.*, pág. 24).

*** Este fragmento atenúa lo que expresa el séptimo párrafo de I, 6 del *Contrato*: «Además, por efectuarse la enajenación sin reserva, la unión es tan perfecta como puede serlo y ningún asociado tiene ya nada que reclamar: porque si quedasen algunos derechos a los particulares, como no habría ningún superior común que pudiera fallar entre ellos y lo público, siendo cada cual su

pacto social, al no poder actuar el soberano más que por voluntades comunes y generales, sus actos no deben tener por lo mismo más que objetos generales y comunes; de donde se sigue que un particular no podría ser lesionado directamente por el soberano sin que lo sean todos, lo cual no es posible, puesto que sería querer hacerse mal a sí mismo. De este modo, el contrato social nunca necesita de otro garante que la fuerza pública, porque la lesión nunca puede venir más que de los particulares, y entonces no por eso quedan libres de su compromiso sino que son castigados por haberlo violado*.

Para decidir correctamente todas las cuestiones semejantes, deberemos recordar siempre que el pacto social es de una naturaleza particular y propia sólo de él, debido a que el pueblo no contrata más que consigo mismo, es decir, el pueblo corporativamente como soberano con los particulares como súbditos. Condición que constituye todo el artificio y el juego de la máquina política, y que es la única que vuelve legítimos, razonables y carentes de peligro unos compromisos que sin ello serían absurdos, tiránicos y quedarían sujetos a los abusos más enormes.

Al no estar los particulares sometidos más que al soberano, y no siendo la autoridad soberana otra cosa que la voluntad general, veremos que, al obedecer al soberano, cada hombre no obedece más que a sí mismo, y que se es más libre** en el pacto social que en el estado de naturaleza.

Después de haber hecho la comparación de la libertad natural con la libertad civil en cuanto a las personas, haremos en cuanto a los bienes la del derecho de propiedad con el derecho de soberanía, del dominio particular con el dominio

---

propio juez en algún punto, pronto pretendería serlo en todos, el estado de naturaleza subsistiría y la asociación se volvería necesariamente tiránica o vana». (*Ed. cit.*, págs. 23-24).

* Este fragmento recoge fórmulas del capítulo I, 7, e ideas de II, 4 y II, 8 del *Contrato*. Hay una modificación importante: «Por consiguiente, el poder soberano no tiene ninguna necesidad de garantía respecto a los súbditos, porque es imposible que el cuerpo quiera perjudicar a todos sus miembros» (*ed. cit.*), se convierte ahora en «el contrato social nunca necesita de otro garante que la fuerza pública, porque la lesión nunca puede venir más que de los particulares».

** ... «tan libre» (*Del Contrato social*, I, 6, *ed. cit.*, pág. 22).

eminente*. Si es sobre el derecho de propiedad sobre lo que está fundada la autoridad soberana, este derecho es el que más debe respetar ella; es inviolable y sagrado para ella mientras siga siendo un derecho particular e individual; tan pronto como sea considerado como común a todos los ciudadanos, está sometido a la voluntad general, y esa voluntad puede aniquilarlo. De este modo, el soberano no tiene ningún derecho a tocar el bien de un particular ni de varios; pero puede legítimamente apoderarse del bien de todos, como se hizo en Esparta en tiempos de Licurgo; mientras que la abolición de las deudas por Solón fue un acto ilegítimo**.

Puesto que nada obliga a los súbditos más que la voluntad general, investigaremos cómo se manifiesta esa voluntad, por qué signos estamos seguros de reconocerla, qué es una ley, y cuáles son los verdaderos caracteres de la ley. Este tema es completamente nuevo: la definición de la ley está aún por hacer.

En el instante en que el pueblo considera en particular a uno o varios de sus miembros, el pueblo se divide. Se forma entre el todo y su parte una relación que hace de ellos dos seres separados, de los cuales uno es la parte, y otro el todo menos esa misma parte. Pero el todo menos una parte no es el todo; y mientras esa relación subsista ya no hay todo, sino dos partes desiguales.

Por el contrario, cuando todo el pueblo estatuye sobre todo el pueblo, no se considera más que a sí mismo, y si se forma una relación, es del objeto entero bajo un punto de vista al objeto entero bajo otro punto de vista, sin ninguna división del todo. Entonces la materia sobre la cual se estatuye es general, y la voluntad que estatuye es también general. Nosotros examinaremos si hay alguna otra especie de acto que pueda llevar el nombre de ley***.

Si el soberano no puede hablar sino a través de unas leyes,

---

* Para Rousseau, dominio equivalía a propiedad: *Propietas sive dominium*, según Pudendorf. Sobre el dominio real y el dominio eminente, véase Del Contrato Social (*ed. cit.*, pág. 28, nota *).

** Véase para el párrafo el capítulo I, 9 del *Contrato*.

*** Desde «Se forma entre el todo...» hasta «lleva el nombre de ley», Rousseau sigue sin apenas variantes su texto del *Contrato*, II, 6, § 5-6 (*ed. cit.*, pág. 43).

y si la ley nunca puede tener más que un objeto general e igualmente relativo a todos los miembros del Estado, se sigue que el soberano nunca tiene poder para estatuir nada sobre un objeto particular y, como sin embargo importa a la conservación del Estado que también se decida sobre las cosas particulares, investigaremos cómo se puede hacer eso.

Los actos del soberano no pueden ser sino actos de voluntad general, leyes; se necesitan luego actos determinantes, actos de fuerza o de gobierno para la ejecución de esas mismas leyes, y éstos, por el contrario, no pueden tener sino objetivos particulares. Así el acto por el que el soberano estatuye que habrá de elegirse un jefe es una ley, y el acto por el que se elige ese jefe en cumplimiento de la ley no es más que un acto de gobierno.

He aquí, pues, un tercer aspecto bajo el que puede considerarse al pueblo reunido; a saber, como magistrado o ejecutor de la ley que él ha producido como soberano[18].

Examinaremos si es posible que el pueblo se despoje de su derecho de soberanía para revestir con él a un hombre o a varios; porque no siendo el acto de elección una ley, y no siendo el soberano en ese acto el pueblo mismo, no vemos cómo entonces puede transferir un derecho que no tiene*.

Por consistir la esencia de la soberanía en la voluntad general, tampoco vemos cómo puede asegurarse que una voluntad particular esté siempre de acuerdo con esa voluntad general. Antes bien debe presumirse que a menudo le será contraria; porque el interés privado tiende siempre a las preferencias y el interés público a la igualdad, y aun cuando tal acuerdo fuera posible bastaría que no fuese necesario e indestructible para que el derecho soberano no pudiera ser su resultante.

Investigaremos si, sin violar el pacto social, los jefes del pueblo, cualquiera que sea el nombre con que sean elegidos, pueden ser alguna vez distintos a oficiales del pueblo, a los que ordena hacer ejecutar sus leyes; si estos jefes no le deben cuenta de su administración y no están sometidos ellos mismos a las leyes que están encargados de hacer observar.

Si el pueblo no puede enajenar su derecho supremo, ¿puede confiarlo por un tiempo? Si no puede darse un amo, ¿puede

* Resumen del capítulo II, 1 del *Contrato* (*ed. cit.*, págs. 32-33).

darse representantes? Esta cuestión es importante y merece que se discuta.

Si el pueblo no puede tener ni soberanos ni representantes examinaremos cómo puede producir sus leyes él mismo y si debe haber muchas leyes, si debe cambiarlas a menudo; si es fácil que un gran pueblo sea su propio legislador.

Si el pueblo romano no era un gran pueblo.

Si es bueno que haya grandes pueblos*.

De las consideraciones precedentes se sigue que hay en el Estado un cuerpo intermediario entre los súbditos y el soberano; y este cuerpo intermediario formado por uno o varios miembros está encargado de la administración pública, de la ejecución de las leyes, y del mantenimiento de la libertad civil y política**.

Los miembros de este cuerpo se llaman *magistrados* o *reyes*, es decir, gobernantes. El cuerpo entero, considerado por los hombres que lo componen se llama *príncipe****, y considerado por su acción se llama *gobierno*.

Si consideramos la acción del cuerpo entero actuando sobre sí mismo, es decir, la relación del todo al todo o del soberano al Estado, podemos comparar esa relación con la de los extremos de una proporción continua, cuyo término medio da el gobierno. El magistrado recibe del soberano las órdenes que da al pueblo; y, compensado todo, su producto o su poder está en el mismo grado que el producto o el poder de los ciudadanos que son súbditos por un lado y soberanos por otro. No podría alterarse ninguno de los tres términos sin romper al instante la proporción. Si el soberano quiere gobernar, o si el príncipe quiere dar leyes, o si el súbdito rehúsa obedecer, el desorden sucede a la regla y el Estado, disuelto, cae en el despotismo o en la anarquía.

Supongamos que el Estado esté compuesto de diez mil ciudadanos. El soberano no puede ser considerado sino colec-

---

* Rousseau resume varios apartados de II, 7, II, 9 y III, 15 del *Contrato social*.

** Este párrafo y los seis siguientes reproducen en parte un pasaje de III, 1 del *Contrato*.

*** El propio Rousseau pone a esta palabra la siguiente nota en el *Contrato*: «Por eso es por lo que en Venecia se da al colegio el nombre de *Serenísimo Príncipe* aun cuando el Dogo no asista a él» (*ed. cit.*, pág. 292, nota 16).

súbdito una existencia individual e independiente. Así, el soberano es al súbdito como diez mil es a uno; es decir, que cada miembro del Estado no tiene, por lo que a él se refiere, más que la diez milésima parte de la autoridad soberana, aunque esté sometido a ella por entero. Si el pueblo está compuesto por cien mil hombres, el estado de los súbditos no cambia, y cada cual lleva siempre todo el imperio de las leyes, mientras que su sufragio, reducido a una cien milésima, tiene una influencia diez veces menor en su redacción. Así, de este modo, por permanecer siempre uno el súbdito, la relación del soberano aumenta en razón del número de los ciudadanos. De donde se sigue que cuanto más se agranda el Estado, más disminuye la libertad.

Ahora bien, cuanta menos relación tengan las voluntades con la voluntad general, es decir, las costumbres con las leyes, más debe aumentar la fuerza represiva. Por otro lado, al dar el agrandamiento del Estado a los depositarios de la autoridad pública más tentaciones y medios de abusar de ella, cuanta más fuerza tenga el gobierno para contener al pueblo, más debe tener a su vez el soberano para contener al gobierno.

De esta doble relación se sigue que la proporción continua entre el soberano, el príncipe y el pueblo no es una idea arbitraria, sino una consecuencia de la naturaleza del Estado. Se sigue también que, por ser fijo uno de los extremos, a saber, el pueblo, cada vez que la razón doblada* aumenta o disminuye, la razón simple aumenta o disminuye a su vez; cosa que no puede darse sin que el término medio cambie otras tantas veces. De donde podemos sacar esta consecuencia: que no hay una constitución de gobierno única y absoluta, sino que debe haber tantos gobiernos diferentes en naturaleza como Estados diferentes hay en extensión.

Si cuanto más numeroso es el pueblo, menos se refieren las costumbres a las leyes, examinaremos si por una analogía bastante evidente no puede decirse también que cuanto más numerosos son los magistrados, más débil es el gobierno**.

---

* Para «razón doblada», véase la nota * de la página 65 del *Contrato social* (*ed. cit.*).

** Este fragmento y los once siguientes reproducen los capítulos 2 y 3 del libro III del *Contrato* (*ed. cit.*, págs. 67-70).

Para esclarecer esta máxima, distinguiremos en la persona de cada magistrado tres voluntades esencialmente diferentes. En primer lugar, la voluntad propia del individuo, que no tiende más que a su provecho particular; en segundo lugar, la voluntad común de los magistrados, que se refiere únicamente al provecho del príncipe; voluntad que se puede denominar voluntad de cuerpo, la cual es general en relación al gobierno, y particular en relación al Estado del que el gobierno forma parte. En tercer lugar, la voluntad del pueblo o voluntad soberana, que es general tanto en relación al Estado considerado como el todo cuanto en relación al gobierno considerado como parte del todo. En una legislación perfecta, la voluntad particular e individual debe ser casi nula, la voluntad del cuerpo propia del gobierno muy subordinada, y, por consiguiente, la voluntad general y soberana es la regla de todas las demás. Por el contrario, según el orden natural estas diferentes voluntades se vuelven más activas a medida que se concentran; la voluntad general es siempre la más débil, la voluntad de cuerpo ocupa el segundo rango, y la voluntad particular es preferida a todo. De suerte que cada uno es, en primer lugar, él mismo, y luego magistrado, y luego ciudadano. Graduación directamente opuesta a la que el orden social exige.

Sentado esto, supondremos al gobierno entre las manos de un solo hombre. Ya tenemos a la voluntad particular y a la voluntad de cuerpo perfectamente reunidas, y por consiguiente se halla en el más alto grado de intensidad que puede tener. Ahora bien, como el uso de la fuerza depende de ese grado, y como la fuerza absoluta del gobierno que sigue siendo la del gobierno no varía, se deduce que el más activo de los gobiernos es el de uno solo.

Unamos por el contrario el gobierno a la autoridad suprema: hagamos el príncipe del soberano, y de los ciudadanos otros tantos magistrados. Entonces la voluntad de cuerpo, perfectamente confundida con la voluntad general, no tendrá más actividad que ella, y dejará a la voluntad particular en toda su fuerza. Así el gobierno, siempre con la misma fuerza absoluta, se hallará en su *minimum* de actividad.

Estas reglas son irrefutables y otras consideraciones sirven para confirmarlas. Se ve, por ejemplo, que los magistrados son más activos en su cuerpo de lo que cada ciudadano lo es en el

suyo, y que, por consiguiente, la voluntad particular tiene mucha más influencia en él. Porque cada magistrado está casi siempre encargado de alguna función particular del gobierno; mientras que cada ciudadano, considerado aparte, no tiene ninguna función de la soberanía. Por otra parte, cuanto más se extiende el Estado, más aumenta su fuerza real, aunque ésta no aumente en razón de su extensión; pero, al seguir siendo el mismo el Estado, por más que los magistrados se multipliquen no adquiere el gobierno una fuerza real mayor, porque es depositario de la del Estado, al que suponemos siempre igual. De este modo, por esta pluralidad, la actividad del gobierno disminuye sin que su fuerza pueda aumentar.

Después de haber hallado que el gobierno se relaja a medida que los magistrados se multiplican, y que, cuanto más numeroso es el pueblo más debe aumentar la fuerza represiva del gobierno, concluiremos que la relación de los magistrados con el gobierno debe ser inversa de la de los súbditos con el soberano; es decir, cuanto más se agranda el Estado, más debe reducirse el gobierno, de tal forma que el número de jefes disminuya en razón del aumento del pueblo.

Para fijar luego esta diversidad de formas bajo denominaciones más precisas, observaremos en primer lugar que el soberano puede delegar el depósito del gobierno a todo el pueblo o a la mayor parte del pueblo, de suerte que haya más ciudadanos magistrados que simples ciudadanos particulares. A esta forma de gobierno se da el nombre de democracia.

O bien puede encerrar el gobierno entre las manos de un número menor, de suerte que haya más ciudadanos simples que magistrados, y esta forma lleva el nombre de aristocracia.

Finalmente puede concentrar todo el gobierno entre las manos de un solo magistrado. Esta tercera forma es la más común y se llama monarquía o gobierno real.

Observaremos que todas estas formas, o al menos las dos primeras, son susceptibles de más y de menos, y hasta tienen una latitud bastante grande. Porque la democracia puede abarcar a todo el pueblo o limitarse hasta la mitad. A su vez, la aristocracia puede limitarse de modo indeterminado de la mitad del pueblo hasta los números más pequeños. La realeza misma admite a veces alguna partición, bien entre el padre y el hijo, bien entre dos hermanos, bien de otro modo. En

Para esclarecer esta máxima, distinguiremos en la persona de cada magistrado tres voluntades esencialmente diferentes. En primer lugar, la voluntad propia del individuo, que no tiende más que a su provecho particular; en segundo lugar, la voluntad común de los magistrados, que se refiere únicamente al provecho del príncipe; voluntad que se puede denominar voluntad de cuerpo, la cual es general en relación al gobierno, y particular en relación al Estado del que el gobierno forma parte. En tercer lugar, la voluntad del pueblo o voluntad soberana, que es general tanto en relación al Estado considerado como el todo cuanto en relación al gobierno considerado como parte del todo. En una legislación perfecta, la voluntad particular e individual debe ser casi nula, la voluntad del cuerpo propia del gobierno muy subordinada, y, por consiguiente, la voluntad general y soberana es la regla de todas las demás. Por el contrario, según el orden natural estas diferentes voluntades se vuelven más activas a medida que se concentran; la voluntad general es siempre la más débil, la voluntad de cuerpo ocupa el segundo rango, y la voluntad particular es preferida a todo. De suerte que cada uno es, en primer lugar, él mismo, y luego magistrado, y luego ciudadano. Graduación directamente opuesta a la que el orden social exige.

Sentado esto, supondremos al gobierno entre las manos de un solo hombre. Ya tenemos a la voluntad particular y a la voluntad de cuerpo perfectamente reunidas, y por consiguiente se halla en el más alto grado de intensidad que puede tener. Ahora bien, como el uso de la fuerza depende de ese grado, y como la fuerza absoluta del gobierno que sigue siendo la del gobierno no varía, se deduce que el más activo de los gobiernos es el de uno solo.

Unamos por el contrario el gobierno a la autoridad suprema: hagamos el príncipe del soberano, y de los ciudadanos otros tantos magistrados. Entonces la voluntad de cuerpo, perfectamente confundida con la voluntad general, no tendrá más actividad que ella, y dejará a la voluntad particular en toda su fuerza. Así el gobierno, siempre con la misma fuerza absoluta, se hallará en su *minimum* de actividad.

Estas reglas son irrefutables y otras consideraciones sirven para confirmarlas. Se ve, por ejemplo, que los magistrados son más activos en su cuerpo de lo que cada ciudadano lo es en el

suyo, y que, por consiguiente, la voluntad particular tiene mucha más influencia en él. Porque cada magistrado está casi siempre encargado de alguna función particular del gobierno; mientras que cada ciudadano, considerado aparte, no tiene ninguna función de la soberanía. Por otra parte, cuanto más se extiende el Estado, más aumenta su fuerza real, aunque ésta no aumente en razón de su extensión; pero, al seguir siendo el mismo el Estado, por más que los magistrados se multipliquen no adquiere el gobierno una fuerza real mayor, porque es depositario de la del Estado, al que suponemos siempre igual. De este modo, por esta pluralidad, la actividad del gobierno disminuye sin que su fuerza pueda aumentar.

Después de haber hallado que el gobierno se relaja a medida que los magistrados se multiplican, y que, cuanto más numeroso es el pueblo más debe aumentar la fuerza represiva del gobierno, concluiremos que la relación de los magistrados con el gobierno debe ser inversa de la de los súbditos con el soberano; es decir, cuanto más se agranda el Estado, más debe reducirse el gobierno, de tal forma que el número de jefes disminuya en razón del aumento del pueblo.

Para fijar luego esta diversidad de formas bajo denominaciones más precisas, observaremos en primer lugar que el soberano puede delegar el depósito del gobierno a todo el pueblo o a la mayor parte del pueblo, de suerte que haya más ciudadanos magistrados que simples ciudadanos particulares. A esta forma de gobierno se da el nombre de democracia.

O bien puede encerrar el gobierno entre las manos de un número menor, de suerte que haya más ciudadanos simples que magistrados, y esta forma lleva el nombre de aristocracia.

Finalmente puede concentrar todo el gobierno entre las manos de un solo magistrado. Esta tercera forma es la más común y se llama monarquía o gobierno real.

Observaremos que todas estas formas, o al menos las dos primeras, son susceptibles de más y de menos, y hasta tienen una latitud bastante grande. Porque la democracia puede abarcar a todo el pueblo o limitarse hasta la mitad. A su vez, la aristocracia puede limitarse de modo indeterminado de la mitad del pueblo hasta los números más pequeños. La realeza misma admite a veces alguna partición, bien entre el padre y el hijo, bien entre dos hermanos, bien de otro modo. En

Esparta siempre había dos reyes, y en el imperio romano se vio hasta ocho emperadores a la vez sin que pudiera decirse que el imperio estaba dividido. Hay un punto en el que cada forma de gobierno se confunde con la siguiente; y bajo tres denominaciones específicas el gobierno es realmente capaz de tantas formas como ciudadanos tiene el Estado.

Hay más: pudiendo en ciertos aspectos subdividirse cada uno de esos gobiernos en diversas partes, una administrada de un modo y otra de otro, puede resultar de estas tres formas combinadas una multitud de formas mixtas, cada una de las cuales es multiplicable por todas las formas simples.

En todo tiempo se ha discutido mucho sobre la mejor forma de gobierno, sin considerar que cada una es la mejor en ciertos casos y la peor en otros. Para nosotros, si en los diferentes Estados el número de magistrados[19] debe ser inverso al de ciudadanos, concluiremos que, en general, el gobierno democrático conviene a los Estados pequeños, el aristocrático a los medianos, y la monarquía a los grandes.

Siguiendo el hilo de estas búsquedas llegaremos a saber cuáles son los deberes y los derechos de los ciudadanos, y si se puede separar unos de otros; qué es la patria, en qué consiste precisamente, y en qué puede conocer cada cual si hay una patria o si no la hay.

Después de haber considerado así cada especie de sociedad civil en sí misma, las compararemos para observar sus diferentes relaciones. Unas grandes, otras pequeñas; unas fuertes, otras débiles; atacándose, ofendiéndose, destruyéndose entre sí, y en esta acción y reacción continua haciendo más miserables y costando la vida de más hombres que si hubieran conservado todos su primera libertad. Examinaremos si no se ha hecho demasiado o demasiado poco en la institución social, si los individuos sometidos a las leyes y a los hombres no quedan expuestos, mientras las sociedades conservan entre sí la independencia de la naturaleza, a los males de los dos estados sin tener sus ventajas, y si no sería mejor que no hubiera sociedad civil en el mundo antes de que haya varias. ¿No es ese estado mixto el que participa de los dos y no asegura ni al uno ni al otro, *per quem neutrum licet, nec tanquam in bello paratum*

*esse, nec tanquam in pace securum**? ¿No es esa asociación parcial e imperfecta la que produce la tiranía y la guerra? Y la tiranía y la guerra, ¿no son los mayores azotes de la humanidad?

Examinaremos por último la especie de remedios que se han buscado a estos inconvenientes por las ligas y confederaciones que, dejando a cada Estado su dominio en el interior, lo arman en el exterior contra todo agresor injusto. Investigaremos cómo puede establecerse una buena asociación federativa, qué puede hacerla duradera, y hasta qué punto puede extenderse el derecho de la confederación sin perjudicar al de la soberanía.

El abate de Saint-Pierre había propuesto una asociación de todos los Estados de Europa para mantener entre sí una paz perpetua. Esta asociación, ¿era factible? Y suponiendo que hubiera sido establecida, ¿era de presumir que hubiese durado[20]? Estas investigaciones nos llevan directamente a todas las cuestiones de derecho público que pueden acabar de esclarecer las del derecho político**.

Por último, plantearemos los verdaderos principios del derecho de la guerra, y examinaremos por qué Grocio y los demás sólo nos los han dado falsos.

No me asombraría que en medio de todos nuestros razonamientos mi joven, que tiene sentido común, me dijese interrumpiéndome: Se diría que construimos nuestro edificio con madera y no con hombres, por la forma en que alineamos tan exactamente cada pieza con regla. Cierto, amigo mío, pero pensad que el derecho no se pliega a las pasiones de los hombres, y que entre nosotros se trata de establecer los veraderos principios del derecho político. Ahora que nuestros

---

* Séneca (*De tranquillitate animi*, I, 1: «Que no deja lugar ni a la preparación en tiempo de guerra, ni a la seguridad en tiempo de paz». Rousseau sigue ahora su texto de *Institutions politiques*.

* * El sobrino del abate de Saint-Pierre encargó a Rousseau examinar y extractar los papeles de su tío cuando murió. Tras un penoso trabajo (*Confessions* I, págs. 407-408 y 422-424) publicó dos textos, *Projet de paix perpétuelle* (1761) con un *Jugement sur le projet de paix perpétuelle* (1782) y *Polysynodie*, con otro *Jugement*; los textos se encuentran en *O.C.*, Pléiade, tomo III, págs. 563-682, con una introducción de S. Stelling-Michaud (págs. CXX-CLVIII) bajo el título genérico de *Écrits sur l'abbé de Saint-Pierre*.

cimientos están echados, venid a examinar lo que los hombres han edificado encima, ¡y ya veréis qué cosas tan bonitas!

Entonces le hago leer *Telémaco* y proseguir su ruta; buscamos a la venturosa Salente y al buen Idomeneo prudente a fuerza de desdichas. De camino, encontramos muchos Protesilaos y ningún Filocles. Tampoco Adrasto, rey de los daunos, es inencontrable. Pero dejemos a los lectores imaginar nuestros viajes, o hacerlos en nuestro lugar con un *Telémaco* en la mano, y no les sugiramos aplicaciones desconsoladoras, que el autor mismo deja de lado, o hace a pesar suyo*.

Por lo demás, no siendo Emilio rey ni yo Dios, no nos preocupamos por no poder imitar a Telémaco y a Méntor en el bien que hacían a los hombres: nadie sabe mejor que nosotros estar en su sitio, y nadie desea menos salir de él. Sabemos que a todos se nos ha dado la misma tarea, que quien ama el bien con todo su corazón y lo hace con todo su poder, la ha cumplido. Sabemos que Telémaco y Méntor son quimeras. Emilio no viaja como hombre ocioso y hace más bien que si fuera príncipe. Si fuéramos reyes, no seríamos más bienhechores; si fuéramos reyes y bienhechores, haríamos sin saberlo mil males reales por cada bien aparente que creyéramos hacer. Si fuéramos reyes y sabios, el primer bien que querríamos hacer a nosotros mismos y a los demás sería abdicar la realeza y convertirnos en lo que somos**.

He dicho lo que hace infructuosos los viajes para todo el mundo. Lo que todavía los hace más infructuosos para la juventud es la manera en que le obligan a hacerlo. Los ayos, más preocupados de su entretenimiento que de su instrucción, le llevan de ciudad en ciudad, de palacio en palacio, de círculo en círculo; o, si son doctos y gentes cultas, les hacen pasar el tiempo recorriendo bibliotecas, visitando anticuarios, rebuscando viejos monumentos, transcribiendo viejas inscripciones. En cada país se ocupan de otro siglo; es como si se ocuparan de otro país; de suerte que después de haber recorrido Europa

---

* En 1699 aparecía el *Télémaque* de Fenelon, que contenía, disimulada, una crítica a la política de Luis XIV. Adrasto encarnaba al rey de Prusia, Federico II; Protesilao personificaba la perfidia.

** La severidad del juicio de Rousseau con la institución monárquica puede apreciarse en *Del Contrato social*, III, 6 (*ed. cit.*, págs. 76-83).

con gran gasto, entregados a frivolidades o al aburrimiento, vuelven sin haber visto nada de lo que puede interesarles, ni aprendido nada de lo que puede serles útil.

Todas las capitales se parecen, en ellas todos los pueblos se mezclan y todas las costumbres se confunden; no es ahí donde debemos ir a estudiar las naciones. París y Londres no son a mis ojos sino la misma ciudad. Sus habitantes tienen algunos prejuicios diferentes, pero ni unos ni otros tienen menos, y todas sus máximas prácticas son las mismas. Conocemos las especies de hombres que deben reunirse en las cortes. Sabemos las costumbres que debe producir por doquiera el amontonamiento del pueblo y la desigualdad de las fortunas. Tan pronto como me hablan de una ciudad formada por doscientas mil almas, sé de antemano cómo se vive en ella. Lo que aprendería viajando a esos lugares mismos no merece el esfuerzo de aprenderlo.

Es a las provincias apartadas, en las que hay menos movimiento y comercio, adonde los extranjeros viajan menos, y cuyos habitantes se desplazan menos y cambian menos de fortuna y de estado, adonde hay que ir a estudiar el genio y las costumbres de una nación. Ved de paso la capital, pero id lejos a observar el país. Los franceses no están en París, están en Turena; los ingleses son más ingleses en Mercie que en Londres, y los españoles más españoles en Galicia que en Madrid. A esas grandes distancias es donde un pueblo se caracteriza y se muestra tal como es sin mezcla; es ahí donde se dejan sentir mejor los buenos y los malos efectos del gobierno, como al final de un radio mayor es más exacta la medida de los arcos.

Las relaciones necesarias de las costumbres con el gobierno han sido tan bien expuestas en el libro *Del Espíritu de las leyes* que no se puede hacer nada mejor que recurrir a esa obra para estudiar tales relaciones. Pero, en general, hay dos reglas fáciles y simples para juzgar sobre la bondad relativa de los gobiernos. Una es la población. En todo país que se despuebla, el Estado tiende a su ruina, y el país más poblado, aunque sea el más pobre, es infaliblemente el mejor gobernado*.

---

* Compárese esta afirmación con la contraria, en *supra*, pág. 462-463. Hay en algunos manuscritos una nota de Rousseau: «Sólo conozco una excepción a esta regla: es China; y el autor del *Espíritu de las leyes* también la ha exceptuado».

Pero para ello es menester que esa población sea un efecto natural del gobierno y de las costumbres: porque si se hiciera mediante colonias u otras vías accidentales y pasajeras, entonces probarían el mal por el remedio. Cuando Augusto decretó leyes contra el celibato, esas leyes ya mostraban la decadencia del imperio romano. Es preciso que la bondad del gobierno lleve a los ciudadanos al matrimonio y no que la ley los obligue a ello; no hay que examinar lo que se hace por la fuerza, porque la ley que combate la constitución se elude y se vuelve vana, sino la que se hace por el influjo de las costumbres y por la *inclinación* natural del gobierno; porque esos medios son los únicos que tienen un efecto constante. La política del buen abate de Saint-Pierre era buscar siempre un pequeño remedio a cada mal particular, en lugar de remontarse a su fuente común y ver que sólo se los podía curar todos a la vez. No se trata de abordar por separado cada úlcera que aparece sobre el cuerpo del enfermo, sino de depurar la masa de la sangre que produce todas. Se dice que en Inglaterra hay premios para la agricultura; no necesito más; esto sólo me prueba que no brillará mucho tiempo en ese país.

La segunda señal de la bondad relativa del gobierno y de las leyes se saca también de la población, pero de otra manera; es decir, de su distribución y no de su cantidad. Dos Estados iguales en extensión y en número de hombres pueden ser muy desiguales en fuerza, y el más poderoso de los dos es siempre aquel cuyos habitantes están repartidos con mayor igualdad sobre el territorio; el que no tiene ciudades tan grandes y, por consiguiente, brilla menos, batirá al otro. Son las grandes ciudades las que agotan a un Estado y causan su debilidad, la riqueza que producen es una riqueza aparente e ilusoria, es mucho dinero y pocos resultados. Dicen que la ciudad de París le vale tanto al rey de Francia como una provincia; pero yo creo que le cuesta varias, que en más de un aspecto es París el que es alimentado por las provincias, y que la mayor parte de sus rentas se vierten en esa ciudad y en ella se quedan, sin volver nunca al pueblo ni al rey. Es inconcebible que en este siglo de calculadores no haya uno que sepa ver que Francia sería mucho más potente si París fuera aniquilado. El pueblo mal distribuido no sólo no es ventajoso para el Estado, sino que es más ruinoso que la despoblación misma, pues la

despoblación sólo da un producto nulo, y el consumo mal entendido da un producto negativo. Cuando oigo a un francés y a un inglés orgullosos de la extensión de sus capitales discutir entre sí cuál tiene más habitantes, si París o Londres, para mí es como si discutiesen cuál de los dos pueblos tiene el honor de estar peor gobernado.

Estudiad un pueblo fuera de sus ciudades, sólo así lo conoceréis. Ver la forma aparente de un gobierno disfrazado por el aparato de la administración y por la jerga de sus administradores no significa nada si no se estudia también su naturaleza por los efectos que produce sobre el pueblo y en todos los grados de la administración. Repartida la diferencia de la forma al fondo entre todos esos grados, sólo abarcándolos todos se conoce esa diferencia. En tal país se empieza a sentir el espíritu del ministerio por las maniobras de los subdelegados*; en tal otro es preciso ver elegir a los miembros del parlamento para juzgar sobre si es cierto que la nación es libre; en otro cualquiera es imposible que quien sólo haya visto las ciudades conozca el gobierno, dado que nunca es igual el espíritu para las ciudades que para la campiña. Ahora bien, es la campiña la que hace el país y es el pueblo de la campiña el que hace la nación.

Este estudio de los diversos pueblos en sus provincias apartadas, y en la sencillez de su genio original, ofrece una observación general muy favorable a mi epígrafe** y muy consoladora para el corazón humano. Es que, observadas así, todas las naciones parecen valer mucho más; cuanto más se acercan a la naturaleza, más domina en su carácter la bondad; sólo al encerrarse en las ciudades, sólo al alterarse a fuerza de cultura se depravan y mudan en vicios agradables y perniciosos algunos defectos más toscos que provocadores de mal.

De esta observación resulta una nueva ventaja en la manera de viajar que propongo: quedándose poco tiempo en las grandes ciudades donde reina una horrible corrupción, los

---

* Los *subdelegados* eran las gentes encargadas de informar a los intendentes.

** El epígrafe del libro es una cita de Séneca: *Sanabilibus aegrotamus malis; ipsaque nos in rectum genitos natura, si emendari velimus, juvat.* «Sufrimos de males que tienen cura; y, nacidos para el bien, si queremos corregirnos, la naturaleza nos ayuda» (*De ira*, II, 13).

jóvenes están menos expuestos a contraerla, y conservan entre hombres más simples y en sociedades menos numerosas un juicio más seguro, un gusto más sano y costumbres más honestas. Por lo demás, apenas si es de temer este contagio para mi Emilio; tiene cuanto necesita para protegerse de él. Entre todas las precauciones que he tomado para ello, tengo en mucho los sentimientos de su corazón.

Ya se sabe lo que puede el verdadero amor sobre las inclinaciones de los jóvenes, porque, al no conocerlo más que ellos, quienes los gobiernan los apartan de él. Sin embargo es menester que un joven ame o que sea depravado. Es fácil infundir respeto por las apariencias. Me citarán mil jóvenes que, según se dice, viven con toda castidad sin amor; pero que me citen un hombre hecho, un hombre verdadero que diga haber pasado así su juventud y que sea de buena fe. En todas las virtudes, en todos los deberes, sólo se busca la apariencia; yo busco la realidad y estoy engañado si para llegar a ella hay medios distintos a los que doy.

La idea de enamorar a Emilio antes de hacerle viajar no es de mi invención. He aquí el suceso que me la surgirió.

Estaba yo en Venecia de visita en casa del preceptor de un joven inglés. Era invierno, nos hallábamos al amor de la lumbre. El preceptor recibe sus cartas de la posta. Las lee, luego relee una en voz alta a su alumno. Estaba en inglés: no comprendí nada; pero durante la lectura, vi al joven desgarrar los bellísimos puños de punto que llevaba, y tirarlos al fuego uno tras otro con el mayor disimulo que pudo, a fin de que nadie se diera cuenta. Sorprendido por aquel capricho, miro su cara y creo ver en ella emoción, pero los signos externos de las pasiones, aunque bastante semejantes en todos los hombres, tienen diferencias nacionales sobre las que es fácil equivocarse. Los pueblos poseen diversos lenguajes sobre el rostro tanto como en la boca. Espero al final de la lectura, y luego, mostrando al preceptor las muñecas desnudas de su alumno, que sin embargo él ocultaba cuanto podía, le digo: ¿Puede saberse qué significa esto?

Viendo lo que había pasado, el preceptor se echó a reír, abrazó a su alumno con aire satisfecho y, después de haber obtenido su consentimiento, me dio la explicación que yo deseaba.

Los puños que M. John acaba de desgarrar, me dijo, son un regalo que una dama de esta ciudad le hizo no ha mucho. Y sabréis que M. John está prometido en su país a una joven señorita por la que siente un gran amor y que merece más todavía. Esta carta es de la madre de su amada, y voy a traduciros el párrafo que ha provocado el destrozo de que habéis sido testigo.

«Lucy no abandona los puños de lord John. Miss Betty Roldham vino ayer a pasar la tarde con ella y se empeñó en trabajar en su labor por encima de todo. Sabiendo que Lucy se había levantado hoy antes que de costumbre, quise ver lo que hacía, y la encontré ocupada en deshacer todo lo que ayer había hecho miss Betty. No quiere que haya en su regalo un solo punto de mano distinta a la suya».

M. John salió un momento después para coger otros puños, y yo dije a su preceptor: Tenéis un alumno de un natural excelente; pero, decidme la verdad, ¿la carta de la madre de miss Lucy no está preparada? ¿No es un expediente ideado por vos contra la dama de los puños? No, me dijo él, todo es real; no he puesto tanto artificio en mis cuidados; he puesto sencillez, celo, y Dios ha bendecido mi trabajo.

Nunca ha salido de mi memoria la anécdota de este joven: no era apropiada para no producir nada en la cabeza de un soñador como yo.

Es hora de acabar. Devolvamos lord John a miss Lucy, es decir, Emilio a Sofía. Con un corazón no menos tierno que antes de su partida, le lleva una mente más esclarecida y aporta a su país la ventaja de haber conocido a los gobiernos por todos sus vicios, y a los pueblos por todas sus virtudes. Incluso he tenido la precaución de que en cada país se relacionase con algún hombre de mérito mediante un tratado de hospitalidad a la manera de los antiguos, y no me molestará que cultive esas amistades mediante un intercambio de cartas. Además de que puede ser útil y de que siempre es agradable tener correspondencia con los países lejanos, es una excelente precaución contra el ascendiente de los prejuicios nacionales, que, atacándonos toda la vida, antes o después han de tener algún influjo sobre nosotros. Nada hay más idóneo para privarles de ese influjo que el trato desinteresado de gentes sensatas que uno estima, las cuales, por no tener esos prejuicios

y combatirlos mediante los suyos, nos proporcionan los medios de oponer sin cesar unos a otros, y de protegernos así de todos. No es lo mismo tratar a los extranjeros en nuestro país o en el suyo. En el primer caso, siempre tienen hacia el país en que viven una consideración que les hace disimular lo que piensan, o que les hace pensar favorablemente mientras están en él: de regreso al suyo la rebajan, y no son sino justos. Me gustaría mucho que el extranjero al que consulto hubiera visto mi país, pero sólo le pediría su opinión en el suyo.

* * *

Después de haber empleado casi dos años en recorrer algunos de los grandes estados de Europa y muchos más de los pequeños; después de haber aprendido las dos o tres lenguas principales, después de haber visto lo que hay de realmente curioso bien en historia natural, bien en gobierno, bien en artes, bien en nombres, Emilio, devorado por la impaciencia, me advierte de que nuestro término está cerca. Entonces le digo: Y bien, amigo mío, ¿os acordáis del principal objeto de nuestros viajes? ¿Habéis visto, habéis observado? ¿Cuál es finalmente el resultado de vuestras observaciones? ¿A qué os decidís? O me he equivocado en mi método, o debe responderme poco más o menos así:

«¿A qué me decido? A permanecer tal como vos me habéis hecho ser, y a no añadir por voluntad propia ninguna otra cadena a aquella con que me cargan la naturaleza y las leyes. Cuanto más examino la obra de los hombres en sus instituciones, más veo que a fuerza de querer ser independientes se hacen esclavos, y que gastan su libertad misma en vanos esfuerzos por asegurarla. Para no ceder al torrente de las cosas se forjan mil ataduras, luego, tan pronto como quieren dar un paso, no pueden y se asombran de depender de todo. Me parece que para volverse libre no hay que hacer nada; basta con querer dejar de serlo. Sois vos, maestro mío, quien me habéis hecho libre enseñándome a ceder a la necesidad. Que venga cuando le plazca, me dejo arrastrar por ella sin resistencia y como no quiero combatirla, no me aferro a nada para que me retenga. En nuestros viajes he procurado ver si encontraría algún rincón de la tierra donde yo pudiera ser absolutamente

mío; pero entre los hombres, ¿en qué lugar no se depende de sus pasiones? Bien examinado todo, he llegado a la conclusión de que mi mismo deseo era contradictorio; porque, aunque no hubiera de depender de otra cosa, dependería al menos de la tierra en que me habría asentado; mi vida estaría unida a esa tierra como la de los Dríades lo estaba a sus árboles; he comprendido que siendo dominio y libertad dos palabras incompatibles, sólo podía ser dueño de una choza dejando de serlo de mí».

*Hoc erat in votis: modus agri non ita magnus**.

«Recuerdo que mis bienes fueron la causa de nuestras búsquedas. Demostrabais con mucha solidez que yo no podía conservar a un tiempo mi riqueza y mi libertad, pero cuando queríais que yo fuera a la vez libre y sin necesidades, queríais dos cosas incompatibles, porque yo no podría librarme de la dependencia de los hombres sino volviendo a caer bajo la de la naturaleza. ¿Qué haré, pues, con la fortuna que mis padres me han dejado? Empezaré por no depender de ella; soltaré todos los lazos que a ella me atan; si me la dejan, seguirá siendo mía; si me la quitan, no me arrastrarán con ella. No me atormentaré para retenerla, sino que permaneceré firme en mi puesto. Rico o pobre seré libre. No lo seré unicamente en tal país, en tal comarca, lo seré por toda la tierra. Para mí están rotas todas las cadenas de la opinión, sólo conozco las de la necesidad. He aprendido a llevarlas desde mi nacimiento y las llevaré hasta la muerte, porque soy hombre; y ¿por qué no podría llevarlas siendo libre, si siendo esclavo habría que seguir llevándolas, y las de la esclavitud por añadidura?»

«¿Qué me importa mi condición sobre la tierra? ¿Qué me importa dónde estoy? Doquiera haya hombres estoy entre mis hermanos; doquiera no los haya estoy en mi casa. Mientras pueda permanecer independiente y rico, tengo bienes para vivir, y viviré. Cuando mis bienes me esclavicen, los abandonaré sin pena; tengo brazos para trabajar, y viviré. Cuando mis

* «Éste era mi deseo: un poco de campo no grande en demasía» (Horacio, *Sátiras*, II, 6, 1), que servirá a Rousseau de epígrafe al sexto libro de las *Confessions*.

brazos me falten, viviré si me alimentan, moriré si me abandonan; moriré también aunque no me abandonen; porque la muerte no es una pena de la pobreza, sino una ley de la naturaleza. Llegue cuando quiera la muerte, yo la desafío; nunca me sorprenderá haciendo preparativos para vivir; nunca me impedirá haber vivido».

«He ahí, padre mío, a qué me decido. Si careciera de pasiones sería, en mi estado de hombre, independiente como Dios mismo, pues, no queriendo más que lo que es, jamás tendría que luchar contra el destino. Al menos, sólo tengo una cadena, la única que siempre llevaré, y puedo glorificarme por ello. Venid, pues, dadme a Sofía, y soy libre».

«Querido Emilio, mucho me satisface oír salir de tu boca unas palabras de hombre y ver sus sentimientos en tu corazón. Ese desinterés excesivo no me desagrada a tu edad. Disminuirá cuando tenga hijos, y precisamente entonces serás lo que debe ser un buen padre de familia y un hombre sabio. Antes de tus viajes yo sabía cuál sería su efecto; sabía que mirando de cerca nuestras instituciones estarías muy lejos de prestarles la confianza que no merecen. En vano aspiras a la libertad bajo la salvaguardia de las leyes. ¡Leyes! ¿Dónde las hay, y dónde son respetadas? En todas partes no has visto reinar bajo ese nombre más que el interés particular y las pasiones de los hombres. Pero las leyes eternas de la naturaleza y del orden existen. Desempeñan el papel de ley positiva para el sabio; están escritas en el fondo de su corazón por la conciencia y por la razón; es a ellas a las que hay que someterse para ser libre, y no hay más esclavo que el que hace mal, porque lo hace siempre a pesar suyo. La libertad no está en ninguna forma de gobierno, está en el corazón del hombre libre, él la lleva consigo a todas partes. El hombre vil lleva a todas partes la servidumbre. Uno sería esclavo en Ginebra, y el otro libre en París».

«Si te hablara de los deberes del ciudadano, tal vez me preguntarías dónde está la patria, y creerías dejarme confundido. Sin embargo, querido Emilio, te engañarías, porque quien no tiene una patria tiene al menos un país. Siempre hay un gobierno y simulacros de leyes bajo las que él ha vivido tranquilo. ¿Qué importa que el contrato social no haya sido observado, si el interés particular lo ha protegido como habría

hecho la voluntad general, si la violencia pública lo ha garantizado de las violencias particulares, si el mal que ha visto hacer le ha hecho amar lo que estaba bien, y si nuestras instituciones mismas le han hecho conocer y odiar sus propias iniquidades? ¡Oh Emilio!, ¿dónde está el hombre de bien que no debe nada a su país? Cualquiera que sea, le debe lo más precioso que hay para el hombre, la moralidad de sus acciones y el amor a la virtud. Nacido en el fondo de un bosque hubiera vivido más feliz y más libre; pero al no tener que combatir contra nada para seguir sus inclinaciones, hubiera sido bueno sin mérito, no hubiera sido virtuoso, y ahora sabe serlo a pesar de sus pasiones. La sola apariencia del orden le lleva a conocerlo, a amarlo. El bien público, que sólo sirve de pretexto a los demás, sólo es para él un motivo real. Aprende a combatirse, a vencerse, a sacrificar su interés al interés común. No es cierto que no saque ningún provecho de las leyes; éstas le dan el valor de ser justo, incluso entre los malvados. No es cierto que no le hayan hecho libre, le han enseñado a reinar sobre sí mismo».

«No digas pues: ¿qué me importa dónde estoy? Te importa estar donde puedas cumplir todos tus deberes, y uno de esos deberes es el apego por el lugar de tu nacimiento. Tus compatriotas te protegerán de niño, tú debes amarlos de mayor. Debes vivir entre ellos, o al menos en un lugar desde donde puedas serles útil cuanto te sea posible, y donde ellos sepan dónde encontrarte si alguna vez te necesitan. Hay circunstancias en que un hombre puede ser más útil a sus conciudadanos fuera de su patria que si viviese en su seno. Entonces no debe escuchar más que su celo y soportar su exilio sin murmurar; ese exilio mismo es uno de sus deberes. Pero tú, buen Emilio, a quien nada impone esos dolorosos sacrificios, tú que no has seguido el triste empleo de decir la verdad a los hombres, ve a vivir entre ellos, cultiva su amistad en dulce trato, sé su bienhechor, su modelo: tu ejemplo les servirá más que todos nuestros libros, y el bien que te vean hacer los conmoverá más que todas nuestras vanas palabras*».

---

* Resuenan en este fragmento alusiones autobiográficas para justificar el exilio del autor, alejado de su Ginebra natal. En la dedicatoria del *Discurso sobre la desigualdad* insiste sobre «el triste empleo de decir la verdad a los hombres» que lo ha llevado al exilio.

«No te exhorto con ello a que vayas a vivir en las grandes ciudades; al contrario, uno de los ejemplos que los buenos deben dar a los demás es el de la vida patriarcal y campestre, la primera vida del hombre, la más apacible, la más natural y la más dulce para quien no tenga corrompido el corazón. ¡Dichoso, amigo mío, el país en que no se necesita ir a buscar la paz a un desierto! Pero ¿dónde está ese país? Un hombre bienhechor satisface mal su inclinación en medio de ciudades donde apenas si puede ejercitar su celo salvo para intrigantes o para granujas. La acogida que en ellas se dispensa a los holgazanes que van ahí en busca de fortuna no hace sino acabar de devastar el campo que, por el contrario, habría que repoblar a expensas de las ciudades. Todos los hombres que se retiran del gran mundo son útiles precisamente porque se retiran de él, puesto que todos sus vicios le vienen de ser demasiado numeroso. También son útiles cuando pueden llevar en los lugares desiertos la vida, la cultura y el amor a su primer estado. Me enternezco pensando cuántos beneficios pueden derramar a su alrededor, con su simple retiro, Emilio y Sofía, cuánto pueden vivificar la campiña y reanimar el celo apagado del infortunado aldeano. Creo ver la población multiplicarse, los campos fertilizarse, la tierra tomar nuevo ornamento, la multitud y la abundancia transformar en fiestas los trabajos, los gritos de alegría y las bendiciones alzarse en medio de los juegos rústicos en torno a la amable pareja que los ha reanimado. Se trata a la edad de oro de quimera, y lo será siempre para todo el que tenga el corazón y el gusto echados a perder. No es siquiera verdad que se la añore, pues esas nostalgias son siempre vanas. ¿Qué habría que hacer para que renaciese? Una sola cosa, pero imposible: sería amarla».

«Parece ya renacer alrededor de la morada de Sofía; no haréis sino acabar juntos lo que sus dignos padres comenzaron. Pero, querido Emilio, que una vida tan dulce no te haga rechazar los deberes penosos, si alguna vez te son impuestos; recuerda que los romanos pasaban del arado al consulado. Si el príncipe o el estado te llama al servicio de la patria, deja todo para cumplir en el puesto que te asignen la honorable función de ciudadano. Si esa función te resulta onerosa, hay un medio honesto y seguro de librarte: cumplirla con suficiente

integridad para que te releven enseguida. Por lo demás, teme poco la molestia de semejante carga: mientras haya hombres en este siglo, no es a ti a quien irán a buscar para servir al Estado».

¡Y que no me esté permitido pintar el regreso de Emilio junto a Sofía y el fin de sus amores, o más bien el comienzo del amor conyugal que los une! Amor fundado en la estima que dura tanto como la vida, en las virtudes que no se borran con la belleza, en las conveniencias de caracteres que vuelven amable el trato y prolongan en la vejez el encanto de la primera unión. Pero todos estos detalles podrían agradar sin ser útiles, y hasta ahora no me he permitido más detalles agradables que los que me han parecido útiles. ¿Abandonaré esta norma al final de mi tarea? No, también siento que mi pluma está cansada. Demasiado débil para trabajos de tan largo aliento, abandonaría éste si estuviera menos adelantado para no dejarlo imperfecto; es hora de que acabe.

Por fin veo nacer el más encantador de los días de Emilio y el más feliz de los míos; veo coronados mis cuidados y empiezo a saborear su fruto. La digna pareja se une con una cadena indisoluble, su boca pronuncia y su corazón confirma juramentos que no serán vanos: son esposos. Al volver del templo, se dejan guiar: no saben dónde están, a dónde van, lo que se hace a su alrededor. No oyen, no responden más que palabras confusas, sus ojos empañados ya no ven nada. ¡Oh delirio! ¡Oh debilidad humana! El sentimiento de la felicidad abruma al hombre; no es bastante fuerte para soportarlo.

Hay muy pocas personas que sepan un día de matrimonio adoptar un tono conveniente con los nuevos esposos. El taciturno decoro de unos y las palabras ligeras de otros me parecen igualmente fuera de lugar. Preferiría que se dejara a esos jóvenes corazones replegarse sobre sí mismos y entregarse a una agitación que no carece de encanto, a que los distraigan tan cruelmente para entristecerlos con una falsa cortesía o ponerlos en aprietos con humoradas que, aunque podrían agradar en cualquier otro momento, son a buen seguro muy importunas en semejante día.

Veo que en la dulce languidez que los altera mis dos jóvenes no escuchan ninguna de las palabras que les dirige: yo,

que quiero que se goce de todos los días de la vida, ¿les dejaré uno tan precioso? No, quiero que lo gusten, que lo saboreen, que tenga para ellos sus voluptuosidades. Los arranco a la muchedumbre indiscreta que los abruma, y llevándoles a pasear aparte los devuelvo a sí mismos hablándoles de ellos. No es sólo a sus oídos a los que quiero hablar, es también a sus corazones; y no ignoro cuál es el tema único con que pueden ocuparse ese día.

Hijos míos, les digo cogiéndoles a los dos de la mano, hace tres años que vi nacer esa llama viva y pura que causa hoy vuestra felicidad. No ha hecho más que aumentar constantemente; en vuestros ojos veo que está en su último grado de vehemencia; no puede ya sino debilitarse. Lector, ¿no veis los transportes, los arrebatos, los juramentos de Emilio, al aire desdeñoso con que Sofía suelta su mano de la mía, y las tiernas protestas que sus ojos se hacen mutuamente de adorarse hasta el último suspiro? Yo les dejo hacer, y luego prosigo.

A menudo he pensado que si pudiera prolongarse la dicha del amor en el matrimonio existiría el paraíso en la tierra. Hasta ahora nunca se ha visto. Pero si no es completamente imposible, uno y otro sois muy dignos de dar un ejemplo que no habréis recibido de nadie, y que pocos esposos podrían imitar. ¿Queréis, hijos míos, que os diga un medio que imagino para ello y que me parece el único posible?

Ellos se miran sonriendo y burlándose de mi simpleza. Emilio me da las gracias claramente por la receta, diciéndome que cree que Sofía tiene una mejor y que, por lo que a él se refiere, ésa le basta. Sofía aprueba, y parece igual de confiada. Sin embargo, a través de su aire burlón creo descubrir un poco de curiosidad. Examino a Emilio: sus ojos ardientes devoran los encantos de su esposa, es lo único por lo que siente curiosidad, y todas mis palabras apenas le coartarán. Sonrío a mi vez diciendo para mis adentros: muy pronto sabré volverte atento.

La diferencia casi imperceptible de estos movimientos secretos señala una muy característica en ambos sexos, y muy contraria a los prejuicios recibidos: que generalmente los hombres son menos constantes que las mujeres y se cansan antes que ellas del amor feliz. La mujer presiente desde lejos

la inconstancia del hombre y se inquieta por ella*; es lo que también la hace más celosa. Cuando él empieza a entibiarse, forzada a rendirle, para conservarle, todos los cuidados que él se tomó en otro tiempo para agradarla, llora, se humilla a su vez y raramente con el mismo éxito. El cariño y los cuidados ganan los corazones, pero apenas si los recobran. Vuelvo a mi receta contra el enfriamiento del amor en el matrimonio.

Es simple y fácil, prosigo; consiste en continuar siendo amantes cuando son esposos. En efecto, dice Emilio riéndose del secreto, no nos costará mucho.

A vos que habláis quizás os cueste más de lo que pensáis. Dejadme, por favor, tiempo para explicarme.

Los nudos que se quieren apretar mucho, se rompen. He ahí lo que le pasa al matrimonio cuando se le quiere dar más fuerza de la que debe tener. La fidelidad que impone a los dos esposos es el más santo de todos los derechos, pero el poder que da a cada uno de ellos sobre el otro es excesivo. La coacción y el amor van mal juntos, y sobre el placer no se manda. No os ruboricéis, Sofía, y no penséis en escapar. No permita Dios que yo pretenda ofender vuestra modestia; pero se trata del destino de vuestros días. En tema tan importante, permitid entre un esposo y un padre palabras que no soportaríais en otro lado.

No es tanto la posesión como el sometimiento lo que harta, y a una mantenida se le guarda un apego más largo que a una mujer. ¿Cómo se ha podido hacer un deber de las más tiernas caricias, y un derecho de los testimonios más dulces del amor? Es el deseo mutuo el que hace el derecho, la naturaleza no conoce otro. La ley puede restringir ese derecho, pero no podría hacerlo mayor. ¡Es tan dulce por sí misma la voluptuosidad! ¿Debe recibir de la triste atadura la fuerza que no habría podido sacar de sus propios atractivos? No, hijos míos, en el matrimonio los corazones están atados, pero los cuerpos

* En P. figura la siguiente nota: «En Francia las mujeres pierden el apego las pr/im/eras y esto debe ser porque teniendo poco temperamento y no queriendo más que homenajes, cuando un marido no los otorga se preocupan poco de su persona. En los demás países, por el contrario, es el marido el que pierde el apego el primero, y esto debe ser porque las mujeres, fieles pero indiscretas, importunándoles con sus deseos, los asquean de ellas. Estas verdades generales pueden tener muchas excepciones, ahora creo que son verdades generales.

no están sometidos. Os debéis fidelidad, no complacencia. Cada uno de los dos sólo puede ser del otro, pero ninguno debe ser del otro sino mientras a éste le agrade.

Así pues, si es verdad, querido Emilio, que queréis ser el amante de vuestra mujer, que ella sea siempre dueña de vos y de sí misma; sed amante feliz pero respetuoso; obtened todo del amor sin exigir nada del deber, y que los menores favores nunca sean para vos derechos, sino gracias. Sé que el pudor rehúye las confesiones formales y exige ser vencido; pero con delicadeza y verdadero amor, ¿se engaña el amado sobre la voluntad secreta? ¿Ignora cuándo el corazón y los ojos conceden lo que la boca finge rehusar? Que cada uno de los dos, dueño siempre de su persona y de sus caricias, tenga derecho a no dispensarlos al otro más que por propia voluntad. Recordad siempre que, incluso en el matrimonio, sólo es legítimo el placer cuando el deseo es compartido. No temáis, hijos míos, que esa ley os distancie; al contrario, hará que ambos os esforcéis por agradaros, y prevendrá la saciedad. Únicamente limitados uno a otro, la naturaleza y el amor os acercarán bastante.

A estas palabras y otras semejantes, Emilio se enfada, protesta; Sofía, avergonzada, tiene su abanico ante los ojos y no dice nada. Tal vez no sea el que más se queja el más descontento de los dos. Yo insisto sin piedad. Hago ruborizarse a Emilio por su poca delicadeza; salgo fiador de que Sofía por su parte acepta el trato. La incito a hablar: como se sospechará no se atreve a desmentirme. Emilio, inquieto, consulta los ojos de su joven esposa; a través de su apuro, los ve llenos de una turbación voluptuosa que lo tranquiliza contra el riesgo de la confianza. Se arroja a sus pies, besa con transporte la mano que ella le tiende y jura que salvo la fidelidad prometida renuncia a cualquier otro derecho sobre ella. Sé, querida esposa, le dice, el árbitro de mis placeres como lo eres de mis días y de mi destino. Aunque tu crueldad hubiera de costarme la vida, te devuelvo mis derechos más queridos. No quiero deber nada a tu complacencia; quiero obtener todo de tu corazón.

Buen Emilio, tranquilízate: Sofía es demasiado generosa por sí misma para dejarte morir víctima de tu generosidad.

Por la noche, a punto de abandonarlos, les digo en el tono

más grave que puedo: recordad ambos que sois libres y que aquí no se trata de deberes de esposos; creedme, nada de falsa deferencia. Emilio, ¿quieres venir? Sofía lo permite. Emilio, furioso, querría golpearme. Y vos, Sofía, ¿qué decís? ¿Debo llevármelo? La mentirosa, ruborizándose, dirá que sí. ¡Dulce y encantadora mentira que vale más que la verdad!

Al día siguiente... La imagen de la felicidad ya no halaga a los hombres; la corrupción del vicio no ha depravado menos su gusto que sus corazones. Ya no saben sentir lo que es conmovedor ni ver lo que es amable. Vosotros que para pintar la voluptuosidad nunca imagináis sino amantes felices nadando en el seno de las delicias, ¡qué imperfectos son todavía vuestros cuadros! ¡Sólo tenéis su mitad más grosera; no están en él los atractivos más dulces de la voluptuosidad! Oh, ¿quién de vosotros no ha visto nunca dos jóvenes esposos unidos bajo felices auspicios saliendo del lecho nupcial y llevando a la vez en sus miradas lánguidas y castas la ebriedad de los dulces placeres que acaban de gustar, la amable seguridad de la inocencia, y la certidumbre entonces tan encantadora de pasar juntos el resto de sus días? ¡He ahí el objeto más encantador que puede ofrecerse al corazón del hombre; he ahí el verdadero cuadro de la voluptuosidad! Lo habéis visto cien veces sin reconocerlo; vuestros corazones endurecidos ya no están hechos para amarlo. Sofía, feliz y serena, pasa el día en los brazos de su tierna madre; dulcísimo descanso después de haber pasado la noche en los de un esposo.

Dos días después ya percibo algún cambio de escena. Emilio quiere dar la impresión de cierto descontento: pero a través de esa afectación, observo una solicitud tan tierna y tanta sumisión incluso que no auguro nada demasiado enfadoso. En cuanto a Sofía, está más alegre que la víspera; veo brillar en sus ojos un aire satisfecho. Está encantadora con Emilio; casi le hace arrumacos que parecen contrariarle.

Tales cambios son poco sensibles, pero no se me escapan; me inquieto por ellos, interrogo a Emilio en privado; me entero de que, para gran pesar suyo, y pese a todas sus instancias, ha sido preciso dormir en camas separadas la noche anterior. La imperiosa se apresuró a usar su derecho. Hay una explicación. Emilio se queja amargamente, Sofía bromea; pero al fin, viéndolo a punto de enfadarse de veras, le

lanza una mirada llena de dulzura y de amor, y, estrechándome la mano, no pronuncia más que una palabra, pero en un tono que llega directamente al alma: *¡Ingrato!* Emilio es tan tonto que no entiende nada. Yo lo entiendo; alejo a Emilio, y ahora hablo a solas con Sofía.

«Veo la razón de ese capricho, le digo. No podría haber más delicadeza ni emplearla peor a propósito. Querida Sofía, tranquilizaos; es un hombre lo que os he dado, no temáis tomarlo por tal: habéis tenido las primicias de su juventud; él no la ha prodigado con nadie; la conservará mucho tiempo para vos».

«Es preciso, querida niña, que os explique las intenciones de la conversación que los tres tuvimos anteayer. Tal vez no hayáis captado en ella más que un arte de escatimar vuestros placeres para hacerlos duraderos. ¡Oh, Sofía! Tuvo otro objeto más digno de mis cuidados. Al volverse vuestro esposo, Emilio se ha vuelto vuestro jefe; a vos corresponde obedecer, así lo ha querido la naturaleza. Cuando la mujer se parece a Sofía, conviene sin embargo, que el hombre sea guiado por ella; es también una ley de la naturaleza; y para que tengáis tanta autoridad sobre su corazón como su sexo se la da a él sobre vuestra persona, os he hecho árbitro de sus placeres. Os costará privaciones penosas, pero reinaréis sobre él si sabéis reinar sobre vos; y lo que ya ha pasado me demuestra que ese arte tan difícil no es superior a vuestros ánimos. Reinaréis largo tiempo por el amor si hacéis vuestros favores raros y preciosos, si sabéis hacerlos valer. ¿Queréis ver a vuestro marido constantemente a vuestros pies? Mantenedlo siempre a cierta distancia de vuestra persona. Pero en vuestra severidad poned modestia y no capricho; que él os vea reservada y no antojadiza; tened cuidado no vaya a ser que escatimando su amor le hagáis dudar del vuestro. Haceos querer por vuestros favores y respetar por vuestras negativas; que honre la castidad de su mujer sin tener que lamentarse de su frialdad».

«Así es, hija mía, como os dará él su confianza, como escuchará vuestras opiniones, como os consultará en sus asuntos, y no resolverá nada sin deliberar con vos. Así es como podréis devolverlo a la prudencia cuando se extravíe, llevarlo mediante una suave persuasión, volveros amable para volveros útil;

emplear la coquetería en interés de la virtud, y el amor en provecho de la razón».

«Pese a ello, no creáis que este arte mismo pueda serviros siempre. Por más precauciones que se puedan tomar, el goce gasta los placeres y el amor antes que todos los demás. Pero cuando el amor ha durado mucho tiempo, un dulce hábito llena su vacío, y el atractivo de la confianza sucede a los transportes de la pasión. Los hijos forman, entre quienes les han dado el ser, una unión no menos dulce y a menudo más fuerte que el amor mismo. Cuando ceséis de ser la amante de Emilio seréis su mujer y su amiga; seréis la madre de sus hijos. Entonces, en lugar de vuestra primera reserva, estableced entre vosotros la mayor intimidad; nada de camas separadas, nada de rechazos, nada de caprichos. Volveos de tal modo su mitad que no pueda prescindir de vos, y que tan pronto como os deje se sienta lejos de sí mismo. Vos que tan bien hicisteis reinar los encantos de la vida doméstica en la casa paterna, hacedlos reinar de igual manera en la vuestra. Todo hombre que se complace en su hogar ama a su mujer. Recordad que si vuestro esposo vive feliz en su hogar, seréis una mujer feliz».

«En cuanto al presente, no seáis tan severa con vuestro amado: ha merecido más complacencias; se ofendería por vuestros temores; no escatiméis tanto su salud a expensas de su felicidad, y gozad de la vuestra. No hay que esperar la desgana ni desalentar el deseo; no hay que rechazar por rechazar, sino para hacer valer lo que se concede».

Reuniéndolos luego, digo delante de ella a su joven esposo: Hay que soportar el yugo que uno se ha impuesto. Haced méritos para que os lo vuelvan ligero. Sacrificad sobre todo a las gracias y no penséis que habéis de ser más digno de amor poniendo mala cara. La paz no es difícil de hacer, y cada cual fácilmente imagina las condiciones. El tratado se sella con un beso; tras lo cual, le digo a mi alumno: Querido Emilio, un hombre no necesita, durante toda su vida, de consejo y guía. He hecho cuanto he podido para cumplir hasta ahora ese deber para con vos; aquí termina mi larga tarea y comienza la de otro. Hoy abdico de la autoridad que me confiasteis, de ahora en adelante sed vuestro propio preceptor.

Poco a poco se calma el primer delirio y les dejo saborear en paz las lágrimas de su nuevo estado. ¡Felices amantes y

dignos esposos! Para honrar sus virtudes, para pintar su felicidad, habría que escribir la historia de su vida*. ¡Cuántas veces al contemplar en ellos mi obra me siento dominado por un arrebato que hace palpitar mi corazón! ¡Cuántas veces uno sus manos en las mías bendiciendo a la Providencia y lanzando ardientes suspiros! ¡Cuántos besos aplico sobre esas dos manos que se estrechan! ¡Con cuántas lágrimas de alegría sienten ellos que las riego! A su vez ellos se enternecen compartiendo mis transportes. Sus respetables padres gozan también una vez más de su juventud en la de sus hijos; recomienzan, por así decir, a vivir en ellos, o mejor, conocen por primera vez el valor de la vida: maldicen sus antiguas riquezas que les impidieron gustar a la misma edad un destino tan encantador. Si hay felicidad sobre la tierra, es al asilo donde vivimos adonde hay que ir a buscarla.

Al cabo de algunos meses, Emilio entra una mañana en mi habitación y me dice abrazándome: Maestro, felicitad a vuestro hijo; espera tener muy pronto el honor de ser padre. ¡Oh, qué cuidados van a ser impuestos a nuestro celo, y qué necesidad vamos a tener de vos! No quiera Dios que os deje educar al hijo después de haber educado al padre. No quiera Dios que un deber tan santo y tan dulce sea cumplido nunca por alguien distinto a mí, aunque tuviera que escoger para él a quien fue escogido para mí mismo. Pero seguid siendo el maestro de los maestros jóvenes. Aconsejadnos, gobernadnos, nosotros seremos dóciles: mientras viva, os necesitaré. Tengo más necesidad de vos que nunca, ahora que comienzan mis funciones de hombre. Vos habéis cumplido las vuestras; guiadme para imitaros, y descansad: ha llegado el momento.

FIN

---

* Rousseau tenía el proyecto de seguir a sus héroes; pero aún no estaba definido, porque *Émile et Sophie, ou les Solitaires*, novela epistolar que se publicó póstuma, y de la que sólo escribió las dos primeras cartas, no contaba su felicidad, sino sus desdichas, con una rocambolesca aventura en la que Emilio se convierte en esclavo del Rey de Argel.

Notas de Rousseau al *Emilio*

Libro I

[1] La primera educación es la que más importa, y esa primera educación corresponde irrefutablemente a las mujeres; si el autor de la naturaleza hubiera querido que correspondiera a los hombres, les habría dado leche para alimentar a los niños. Así pues, hablad siempre preferentemente a las mujeres en vuestros tratados de educación; porque, además de que están llamadas a velar por ellos de cerca más que los hombres, y de que siempre influyen más sobre ellos, también les interesa mucho más el éxito, dado que la mayoría de las viudas se encuentran casi a merced de sus hijos, y entonces éstos les hacen sentir vivamente, para bien o para mal, el efecto de la forma en que los educaron. Las leyes, que se ocupan tanto de los bienes y tan poco de las personas, porque tienen por objeto la paz y no la virtud, no dan suficiente autoridad a las madres. Sin embargo, su estado es más seguro que el de los padres; sus deberes son más penosos; sus ciudados importan más al buen orden de la familia; generalmente tienen más apego por los niños. Hay ocasiones en que un hijo que falta al respeto a su padre puede se excusado en cierto modo; pero si, en cualquier circunstancia, un niño fuera lo bastante desnaturalizado como para faltar a su madre, a la que lo ha llevado en su seno, que lo ha alimentado con su leche, que durante años se ha olvidado de sí misma para no ocuparse más que de él, habría que darse prisa en ahogar a ese miserable como a un monstruo indigno de ver la luz. Se dice que las madres miman a sus hijos, sin duda en esto hacen mal; pero quizá menos mal que vosotros, que los depraváis. La madre quiere que su

hijo sea feliz, y que lo sea ya. En eso tiene razón: cuando se equivoca en los medios, hay que aconsejarla. La ambición, la avaricia, la tiranía, la falsa previsión de los padres, su neglicencia, su dura insensibilidad, son cien veces más funestas para los niños que la ciega ternura de las madres. Por lo demás, hay que explicar el sentido que yo doy a ese nombre de madre; y es lo que se hará luego.

[2] Semejante a ellos en lo externo, y privado de la palabra así como de las ideas que ésta expresa, no se hallaría en situación de hacerles comprender la necesidad que tiene de sus ayudas, y nada en él manifestaría esa necesidad.

[3] Hay en la Academia de Ginebra y en la Universidad de París profesores que aprecio, que estimo mucho, y que creo muy capaces de instruir bien a la juventud si no estuvieran forzados a seguir el uso establecido. Exhorto a uno de ellos a publicar el proyecto de reforma que ha concebido. Tal vez, por fin, se intente curar el mal, viendo que no carece de remedio*.

[4] *Tuscul. V.*

[5] Non. Marcell.

[6] *Hist. nat.*, t. IV, pág. 190, in-12.

[7] Véase la nota 15 de la página 68.

[8] Cuando se lee en Plutarco que Catón el Censor, que gobernó Roma con tanta gloria, educó por sí mismo a su hijo desde la cuna, y con tal solicitud que dejaba todo para estar presente cuando la nodriza, es decir, la madre, lo cambiaba y lavaba; cuando se lee en Suetonio que Augusto, dueño del mundo, que había conquistado y que regía por sí mismo, enseñaba en persona a sus nietos a escribir, a nadar, los elementos de las ciencias, y que los tenía constantemente a su alrededor, no podemos dejar de reírnos de las buenas gentes de aquel tiempo que se entretenían en semejantes necedades; demasiado limitadas, sin duda, para saber ocuparse en los grandes asuntos de los grandes hombres de nuestros días**.

[9] He aquí un ejemplo sacado de periódicos ingleses, que no puedo dejar de citar por las muchas reflexiones que sugiere relativas a mi tema.

---

* Primera redacción de esta nota: «*Hay en la Academia de Ginebra y en la Universidad de París profesores que quiero, que estimo mucho, y que creo muy capaces de instruir bien a la juventud; pero forzados a seguir reglas que no han hecho estoy seguro de que todos ellos convendrán en que no es como la llevan como debe ser llevada. Ojalá uno de* [*ellos*] *aplique o al menos publique el proyecto de reforma que ha concebido. Tal vez, por fin, se intente curar el mal, viendo que no carece de remedio*». En el ejemplar C., Rousseau suprimió toda referencia a la Academia de Ginebra: «*Hay en varias escuelas y sobre todo en la universidad de París*»... como señal de sus diferencias con Ginebra.

** Plutarco, *Vida de Catón*, 41; y Suetonio, *Vida de Augusto*, 64.

«Un individuo llamado *Patrice Oneil*, nacido en 1647, acaba de casarse en 1760 por séptima vez. Sirvió en los Dragones en el decimoséptimo año del reinado de Carlos II, y en distintos cuerpos hasta 1740, en que obtuvo su retiro. Hizo todas las campañas del rey Guillermo y del Duque de Malborough. Este hombre jamás bebió otra cosa que cerveza común; se alimentó siempre de vegetales y sólo comió carne en algunos banquetes que daba a su familia. Su costumbre fue siempre levantarse y acostarse con el sol, a menos que sus deberes se lo impidieran. En la actualidad cuenta ciento trece años, y oye bien, tiene buena salud y camina sin bastón. A pesar de su mucha edad, no permanece un solo momento inactivo, y todos los domingos va a su parroquia acompañado de sus hijos, nietos y biznietos».

[10] Las mujeres comen pan, legumbres, laticinios. Las hembras de los perros y los gatos también lo comen; las lobas mismas pacen. Ahí tenemos jugos vegetales para su leche; queda por examinar las especies que no pueden alimentarse absolutamente más que de carne, si es que las hay; cosa que dudo.

[11] Aunque los jugos que nos nutren estén líquidos, deben ser exprimidos de alimentos sólidos. Un trabajador que sólo viviera de caldo perecería muy pronto. Se sostendría mucho mejor con leche, porque ésta se cuaja.

[12] Quienes deseen discutir con más detalle las ventajas e inconvenientes del régimen pitágorico, podrán consultar los tratados que los doctores Cocchi y Bianchi, adversario suyo, han escrito sobre este importante tema*.

[13] En las ciudades se ahoga a los niños a fuerza de tenerlos encerrados y vestidos. Quienes los gobiernan aún no saben que el aire frío, lejos de hacerles mal, les da más fuerzas, y que el aire caliente los debilita, les da fiebre y los mata.

[14] Digo *una cuna* para emplear una palabra en uso, a falta de otra; porque estoy convencido de que nunca es necesario acunar a los niños y que a menudo esa costumbre les resulta perniciosa.

[15] «Los antiguos peruanos dejaban a los niños los brazos libres en unos pañales muy amplios; cuando los sacaban de ellos los dejaban en libertad en un hoyo hecho en la tierra y forrado de telas, en el que los

* Giovanni Bianchi, médico italiano (1693-1775), autor de un discurso titulado *Se il vitto pittagorico di soli vegetabili sia giovevole per conservare la sanità e per la cura d'alcune malatie* (Venecia, 1752), escrito en respuesta a *Del vitto pittarorico per uso della medicina* (Florencia, 1743), de Antonio Celestino Cocchi (1695-1758). En el artículo *Pitagorismo* de la *Enciclopedia*, Diderot comentaba: «Un verdadero pitagórico se prohibía el uso de las carnes, de los pescados, de los huevos, de las habas y de algunas legumbres más, y sólo usaba de su mujer con mucha moderación, y después de preparaciones relativas a la salud del niño».

metían hasta la mitad del cuerpo; de este modo, ellos tenían los brazos libres y podían mover la cabeza y flexionar el cuerpo a capricho sin caerse ni herirse; cuando podían dar un paso, se les ofrecía el pecho a distancia, como cebo para obligarlos a caminar. Los niños negros están a veces en una situación más fatigosa para mamar; abrazan una de las caderas de la madre con sus rodillas y pies, y la estrechan con tal fuerza que pueden sostenerse en ella sin la ayuda de los brazos de la madre; se agarran a la teta con las manos, y la chupan constantemente sin moverse ni caer, a pesar de los diferentes movimientos de la madre que, mientras tanto, sigue haciendo sus labores. Estos niños empiezan a caminar al segundo mes, o mejor dicho, a arrastrarse sobre sus rodillas y las manos; este ejercicio les da luego facilidad para correr en esa posición casi tan deprisa como si estuvieran sobre sus pies», *Hist. nat.*, t. IV, in-12, página 192.

A estos ejemplos, el Sr. de Buffon habría podido añadir el de Inglaterra, donde la extravagante y bárbara práctica de los pañales va aboliéndose día a día. Véanse también La Loubère, viaje a Siam, el señor Le Beau, viaje al Canadá, etc. Llenaría veinte páginas de citas si tuviera de confirmar esto mediante hechos*.

[16] De todos los sentidos el olfato es el que se desarrolla más tarde en los niños; no parece que hasta la edad de dos o tres años sean sensibles ni a los olores buenos ni a los malos; a este respecto tienen la indiferencia, o, mejor, la insensibilidad que observamos en muchos animales.

[17] En exto existen excepciones; con frecuencia, los niños que al principio se hacen entender menos se vuelven luego los más ruidosos cuando empiezan a elevar la voz. Pero si hubiera que entrar en todas estas minucias no terminaría nunca; todo lector sensato debe comprender que el exceso y el defecto derivados del mismo abuso se corrigen por igual mediante mi método. Considero inseparables estas dos máximas: *siempre suficiente y nunca demasiado.* De la primera bien establecida se sigue necesariamente la otra.

[18] Ovid. *Trist.*, I, 3.

Libro II

[1] No hay nada más ridículo y menos seguro que el paso de personas a las que, de pequeñas, se las ha llevado demasiado con

---

* La Loubère, *Du royaumme de Siam*, Amsterdam, 1691, t. I, pág. 80; Le Beau, *Avantures du Sr. C. Le Beau, avocat en Parlement, ou Voyage curiex nouveau parmi les sauvages de l'Amerique septentrionale*, Amsterdam, 1738, t. III, pa. 66.

andadores; he ahí, una vez más, una de esas observaciones triviales a fuerza de ser exactas, y que son exactas en más de un sentido*.

[2] *Noct. attic.*, L, IX, c. 8.

[3] Este niñito que veis ahí, decía Temístocles a sus amigos, es el árbitro de Grecia; porque gobierna a su madre, su madre me gobierna a mí, yo gobierno a los atenienses y los atenienses gobiernan a los griegos. ¡Oh, cuántos pequeños conductores encontraríamos a menudo en los mayores imperios si del Príncipe descendiéramos gradualmente hasta la primera mano que da en secreto el impulso**!

[4] En mis *Principios de derecho político* queda demostrado que ninguna voluntad particular puede ser ordenada en el sistema social***.

[5] Hay que comprender que, igual que a menudo la pena es una necesidad, también el placer lo es a veces. Por eso, no hay más que un solo deseo de los niños que no se debe complacer nunca: el de hacerse obedecer. De donde se sigue que en todo cuanto piden debe prestarse atención sobre todo al motivo que los lleva a pedirlo. Concededles hasta donde sea posible todo lo que pueda causarles un placer real; negadles siempre lo que piden sólo por fantasía, o para hacer un acto de autoridad.

[6] Debe tenerse por cierto que el niño mirará como capricho toda voluntad contraria a la suya y cuya razón no perciba. Ahora bien, un niño no percibe la razón de nada en todo lo que se oponga a sus caprichos.

[7] Nunca debe permitirse que un niño trate a las personas adultas como a sus inferiores, ni siquiera como a sus iguales. Si se atreviera a pegar seriamente a alguien, aunque fuera su lacayo, aunque fuera el verdugo, haced que le devuelvan siempre sus golpes con largueza y de modo que se le quiten las ganas de volver a hacerlo. He visto amas imprudentes animando la rebeldía de un niño, excitándole a pegar, dejándose pegar ellas mismas, y riéndose de sus débiles golpes sin pensar que eran otros tantos homicidios en la intención del niño enfurecido, y que el que quiere golpear de joven querrá matar de mayor.

[8] Por eso la mayoría de los niños quieren recuperar lo que han dado, y lloran cuando no se lo quieren devolver. No ocurre eso cuando han concebido bien lo que es un don. Pero entonces se vuelven más circunspectos en dar.

[9] Por lo demás, si ese deber de mantener sus compromisos no

---

* Tanto en sentido propio como en sentido figurado.

** La anécdota está sacada de Plutarco (*Vida de Temístocles*, 36).

*** En los borradores de esta nota, Rousseau escribe varios títulos: *Ensayo sobre la constitución del Estado*, *Principios de política* y, por fin, *Principios del derecho político*. Se refiere, naturalmente, a *Del Contrato social*.

estuviera fortalecido en el espíritu del niño por el peso de su utilidad, pronto el sentimiento interior, comenzando a punzarle, se lo impondría como una ley de la conciencia; como un principio innato que sólo espera para desarrollarse los conocimientos a que se aplica. Ese primer trazo no está marcado por la mano de los hombres, sino grabado en nuestros corazones por el autor de toda justicia. Suprimid la ley primitiva de las convenciones y la obligación que impone: todo es ilusorio y vano en la sociedad humana; quien sólo se atiene a su promesa en beneficio propio no está más obligado que el que nada ha prometido, o, todo lo más, podría violarla como la ventaja* de los jugadores que tardan en prevalerse de ella a la espera del momento de hacerlo con mayor provecho; porque es aquí donde el hombre empieza a ponerse en contradicción consigo mismo.

[10] Como cuando el culpable, acusado de una mala acción, se defiende de ella calificándose como hombre honrado. Miente entonces de hecho y de derecho.

[11] Nada hay más indiscreto que semejante pregunta, sobre todo cuando el niño es culpable; porque entonces, si cree que sabéis lo que ha hecho, verá que le tendéis una trampa, y tal opinión no puede dejar de indisponerle contra vos. Si no lo cree, se dirá: ¿por qué descubrir mi falta? Y ésa es la primera tentación de la mentira convertida en el efecto de vuestra imprudente pregunta.

[12] Debe suponerse que no resuelvo sus preguntas cuando le place, sino cuando me place; de otro modo sería someterse a su voluntad y colocarme en la más peligrosa de la dependencias en que un ayo puede estar de su alumno.

[13] El precepto de no perjudicar nunca a otro conlleva el de ligarse lo menos posible a la sociedad humana; porque en el estado social el bien de uno constituye necesariamente el mal del otro. Esa relación se halla en la esencia de las cosas y nadie podría cambiarla; a partir de este principio, búsquese quién es mejor, si el hombre social o el solitario. Un autor ilustre dice que sólo el bueno está solo**. Si esta proposición es menos sentenciosa, es en cambio más verdadera y está mejor razonada que la anterior. Si el malvado estuviera solo, ¿qué mal haría? Es en la sociedad donde arma sus máquinas para perjudicar a

---

* Rousseau emplea el término *bisque*, «la ventaja que uno de los jugadores da al otro en el juego de la pelota, y que vale quince». (Féraud, *Dictionnaire critique*, 1787-1788).

** La nota va dirigida contra Diderot, quien en el prefacio a *Le Fils natural* (1757) había escrito: «Sólo el malvado está solo». Rousseau había sentido esta frase dirigida en contra suya; sobre el tema volverá en las *Confessions*, (*O.C.*, t. I, pág. 455-456) y en el segundo -*Dialogue* (*O.C.*, t. I, pág. 788-789).

los demás. Si se quiere replicar a este argumento en favor del hombre de bien, yo respondo con el artículo a que pertenece esta nota.

[14] Al escribir me he hecho cien vecés la reflexión de que, en una obra larga, es imposible dar siempre los mismos sentidos a las mismas palabras. No hay lengua suficientemente rica para proporcionar tantos términos, giros y frases como modificaciones pueden tener nuestras ideas. El método de definir todos los términos y subsistir constantemente la definición en el lugar de lo definido es bello pero impracticable, porque ¿cómo evitar el círculo? Las definiciones podrían ser buenas si no se emplearan palabras para hacerlas. A pesar de todo, estoy persuadido de que se puede ser claro, incluso con la pobreza de nuestra lengua, no dando siempre las mismas acepciones a las mismas palabras, sino haciendo de tal modo, tantas veces como se emplee en cada palabra, que la acepción que se le da esté suficientemente determinada por las ideas a ella referidas, y que cada periodo en que esa palabra se encuentra le sirva, por así decir, de definición. Unas veces digo que los niños son incapaces de razonamiento, y otras los hago razonar con bastante sutileza; no creo con ello contradecirme en mis ideas, pero no puedo dejar de aceptar que frecuentemente me contradigo en mis expresiones.

[15] La mayoría de los sabios lo son a la manera de los niños. La vasta erudición resulta menos de una multitud de ideas que de una multitud de imágenes. Los datos, los nombres propios, los lugares, todos los objetos aislados o desprovistos de ideas se retienen sólo por la memoria de los signos, y rara vez se acuerda alguien de esas cosas sin ver al mismo tiempo el *recto* y el *verso* de la página donde se ha leído o la figura bajo la que se vio por primera vez. Poco más o menos ésa era la ciencia de moda durante los últimos siglos; la de nuestro siglo es otra cosa. Ya no se estudia, ya no se observa, se sueña, y nos ofrecen con toda seriedad como filosofía los sueños de algunas malas noches. Se me dirá que también yo sueño; lo admito; pero ofrezco mis sueños por sueños —cosa que los otros no se cuidan de hacer—, dejando que cada lector busque si contienen alguna cosa útil para las gentes despiertas.

[16] Quintil., L. I. c. i.

[17] En caso semejante se puede, sin riesgo, exigir de un niño la verdad, pues entonces sabe de sobra que no podría disimularla, y que, si se atreviera a decir una mentira, sería convicto de ella al instante.

[18] *Lettre à M. d'Alembert sur les spectacles*, pág. 189, primera edición.

[19] Como si los niños de pueblo escogiesen la tierra muy seca para sentarse o acostarse; como si alguna vez se hubiera oído decir que la humedad de la tierra ha hecho daño a uno de ellos siquiera. De

escuchar sobre el particular a los médicos podría creerse que todos los salvajes están baldados por reumatismos.

[20] Ese espanto se pone de manifiesto con toda claridad en los grandes eclipses de sol.

[21] He aquí otra causa, bien explicada por un filósofo cuyo libro cito a menudo, y cuyos valiosos puntos de vista me instruyen con mayor frecuencia todavía.

«Cuando por circunstancias particulares no podemos tener una idea exacta de la distancia, y sólo podemos juzgar los objetos por la amplitud del ángulo o más bien de la imagen que forman en nuestros ojos, nos equivocamos entonces necesariamente sobre el tamaño de esos objetos; todo el mundo ha comprobado que, viajando de noche, tomamos un matorral del que estamos cerca por un gran árbol del que estamos lejos, o bien tomamos un gran árbol alejado por un matorral que está cerca; asimismo, si no conocemos los objetos por su forma, y no podemos hacernos por ese medio ninguna idea de distancia, también nos equivocaremos necesariamente; una mosca que pase veloz a unas pulgadas de distancia de nuestros ojos nos parecerá en ese caso un pájaro que estaría a mucha distancia; un caballo parado en medio de un campo en actitud semejante, por ejemplo, a la de un carnero, no nos parecerá más que un carnero grande mientras no reconozcamos que se trata de un caballo; pero en cuanto lo reconozcamos, al instante nos parecerá del tamaño de un caballo y rectificaremos inmediatamente nuestro primer juicio».

«Por tanto, siempre que nos encontremos de noche en lugares desconocidos donde no podamos apreciar la distancia ni podamos reconocer la forma de las cosas debido a la oscuridad, correremos el peligro de caer en todo momento en error con los juicios que hagamos sobre los objetos que se presenten; de ahí es de donde procede el terror y la especie de espanto interno que la oscuridad de la noche hace sentir a casi todos los hombres; en eso se funda la apariencia de los espectros y de las figuras gigantescas y espantosas que tantas personas dicen haber visto: por regla general les respondemos que tales figuras estaban en su imaginación; sin embargo, podían estar realmente en sus ojos, y es muy posible que hayan visto en efecto lo que dicen haber visto; porque siempre que sobre un objeto sólo se pueda juzgar por el ángulo que forma en el ojo, debe ocurrir necesariamente que tal objeto desconocido crezca y se agrande a medida que esté más cerca, y que si al principio pareció al espectador que no puede conocer lo que ve, ni juzgar a qué distancia lo ve, que si al principio le pareció, digo, de una altura de varios pies, cuando estaba a una distancia de veinte o treinta pasos, debe parecer de una altura de varias toesas cuando sólo esté alejado unos pocos pies, cosa que, en efecto, debe sorprenderle y asustarle hasta que llegue por fin a tocar el

objeto o a reconocerlo, porque, en el instante mismo en que reconozca lo que es, ese objeto que le parecía gigantesco disminuirá de golpe y no le parecerá que tiene más tamaño que el real; más si huimos o no osamos acercarnos, es seguro que de ese objeto no tendremos otra idea que la de la imagen que formaba en el ojo, y realmente habremos visto una figura gigantesca o espantosa por el tamaño y la forma. El prejuicio de los espectros se funda, por tanto, en la naturaleza, y tales apariencias no dependen, como creen los filósofos, únicamente de la imaginación». *Hist. nat.*, t. IV, pág. 22, in-12.

En el texto he intentado mostrar que en parte siempre dependen de ella, y, por lo que se refiere a la causa explicada en ese pasaje, vemos que el hábito de caminar de noche debe enseñarnos a distinguir las apariencias que el parecido de las formas y la diversidad de las distancias hacen tomar a los objetos ante nuestra vista en la oscuridad; porque, cuando el aire todavía es bastante claro para permitirnos percibir los contornos de los objetos, como en un alejamiento mayor hay más aire interpuesto, siempre habremos de ver esos contornos menos marcados cuando el objeto esté más lejos de nosotros, lo cual basta, a fuerza de costumbre, para preservarnos del error que aquí explica el señor de Buffon. Sea cual fuere la explicación que se prefiera, mi método es siempre eficaz, y aquel que la experiencia confirma perfectamente.

[22] Para ejercitarles la atención, no les digáis nunca sino cosas que ellos tengan un interés sensible y presente en comprender bien; sobre todo, nada profuso, jamás una palabra superflua. Tampoco dejéis en vuestros discursos ni oscuridad ni equívoco.

[23] Célebre maestro de danza de París que, conociendo bien su mundo, se hacía el extravagante por astucia, y atribuía a su arte una importancia que la gente fingía encontrar ridícula, pero que en el fondo le proporcionaba el mayor respeto. En otro arte no menos frívolo, todavía hoy vemos a un artista cómico hacerse de igual modo el importante y el loco, y triunfar saliéndose con la suya. Tal método es siempre seguro en Francia. El verdadero talento, más simple y menos charlatán, no hace ahí fortuna. La modestia es en ese país la virtud de los necios.

[24] Paseo campestre, como se verá al instante. Los paseos públicos de las ciudades son perniciosos para los niños de ambos sexos. En es ellos donde empiezan a hacerse vanos y a querer ser mirados; es en el Luxemburgo, en las Tullerías y en el Palais Royal sobre todo donde la bella juventud de París adquiere ese aire impertinente y fatuo que la vuelve tan ridícula y la convierte en objeto de burla y odio en toda Europa.

[25] Un niño de siete años ha hecho desde esa época cosas más sorprendentes todavía*. (Nota del ejemplar C.).

[26] Ved *La Arcadia* de Pausanias**, ved también el fragmento de Plutarco transcrito más adelante.

[27] Hace siglos que los mallorquines han perdido esa costumbre, que es del tiempo de la celebridad de sus honderos.

[28] Sé que los ingleses se jactan mucho de su humanidad y del buen natural de su nación, que denominan *good natured people*; pero por más que griten cuanto puedan, nadie lo repite con ellos.

[29] Los banianos*** que se abstienen de toda carne con más severidad que los gauros son casi tan dulces como ellos; pero como su moral es menos pura y su culto menos razonable, no son gentes tan honestas.

[30] Uno de los traductores ingleses**** de este libro ha puesto de relieve aquí mi menosprecio, y los dos lo han corregido. Los carniceros y los cirujanos son aceptados como testigos, pero no se admite a los primeros como jurados o pares en el juicio de crímenes, y los cirujanos lo son. (Nota del ejemplar C.).

---

* Alusión a Mozart, nacido en 1756; durante el invierno de 1763-1764, Mozar se presentó junto con su hermana en los salones parisinos por vez primera; obtuvieron gran éxito y fueron presentados en la corte.

** En el capítulo I de la *Arcadia*, Pausanias muestra a Pelasgo enseñando a los hombres a alimentarse de hayucos del suelo.

*** Los banianos, secta de mercaderes brahamanistas, son vegetarianos.

**** Rousseau parece haber tomado de Locke sus alusiones a carniceros y cirujanos ingleses. El *Emilio* se tadujo inmediatamente al inglés: primero por William Kenrick, traductor también de *La Nouvelle Héloïse* (1762); luego, por Thomas Nugent, traductor de Montesquieu y Condillac (1763). Kenrick escribió además unas *Observations on Mr. Rousseau's new system of education with some remarks on the different translations of that celebrated work* (1763). La nota de Kenrick a la que alude Rousseau dice: «El traductor debe hacer observar que nuestro ingenioso autor parece haber olvidado, en esta nota, lo que afirmaba solemnemente en otra parte: que la fuerza del cuerpo y del alma son esenciales para la constitución y el carácter de un hombre. Si alguna vez hubiera tenido ocasión de conocer al pueblo inglés mejor de lo que parece conocerlo al presente, podría saber que los ingleses no se enorgullecen de esta debilidad humana, de ese aire de dulzura de su buen natural que caracteriza a los bebedores de leche».

En 1762, en la correspondencia con Mme. de Boufleurs, Rousseau manifiesta sus vacilaciones para viajar a Londres, «en la que no es siquiera seguro que mi última obra y la nota sobre el *good natured people* no borre el efecto de la *Heloïse* que podía conseguirme ahí una acogida favorable». De cualquier modo, este episodio dejará un mal recuerdo en Rousseau: «Me acusaba yo de locura por haberme confiado a un inglés, nación personalmente animada contra mí, y de la que jamás se ha citado ningún acto de justicia en contra de su propio interés» (*Dialogues*, «Historie du précedent écrit», (*O.C.*, t. I, pág. 983).

[31] Los antiguos historiadores están llenos de puntos de vista que podrían utilizarse, aunque los hechos que presentan sean falsos: pero no sabemos sacar ninguna verdadera utilidad de la historia; la crítica erudita lo absorbe todo, como si importara mucho que un hecho fuese verdadero, siempre que del mismo pueda sacarse una instrucción provechosa. Los hombres sensatos deben mirar la historia como un tejido de fábulas cuya moral es muy apropiada al corazón humano.

[32] *Natia.* Empleo esta palabra en su acepción italiana porque no encuentro su sinónimo en francés. Si me equivoco, poco me importa con tal que se me entienda*.

[33] El atractivo del hábito viene de la pereza connatural al hombre, y esa pereza aumenta si nos entregamos a ella; se hace con mayor facilidad lo que ya se ha hecho, si la ruta está despejada se vuelve más fácil de seguir. También podemos observar que el imperio del hábito es muy grande en los viejos y en las gentes indolentes, muy pequeño en la juventud y en las gentes vivas. Tal régimen sólo es bueno para las almas débiles, y las debilita más cada día. El único hábito útil para los niños es someterse sin esfuerzo a la necesidad de las cosas, y el único hábito útil a los hombres es someterse sin esfuerzo a la razón. Cualquier otro hábito es un vicio.

Libro III

[1] «No he podido dejar de reír al leer una sutil crítica de M. de Formey sobre este breve cuento. «*Este cubiletero*, dice, *que se pica de emulación frente a un niño y sermonea gravemente a su preceptor es un individuo del mundo de los Emilios*». El ingenioso M. de Formey no ha podido comprender que esa breve escena estaba preparada y que el prestidigitador estaba instruido en el papel que tenía que hacer; porque, en efecto, eso es lo que no he dicho. Pero, en cambio, ¿cuántas veces he declarado que yo no escribía para personas a las que hay que decirles todo?» (Nota del ejemplar C.).

[2] «¿He debido considerar a algún lector lo bastante estúpido como para no sentir en esta reprimenda un discurso dictado palabra a palabra por el ayo para secundar sus miras? ¿Han debido suponerme a mí mismo lo bastante estúpido para dar naturalmente ese lenguaje a un prestidigitador? Creía haber dado pruebas, al menos, del talante bastante mediocre de hacer hablar a las gentes en el espíritu de su estado. Véase también el final del párrafo siguiente. ¿No era explicarlo

* El término empleado por Rousseau es *natif* en el sentido de «aportado al nacer». Sólo se empleaba en el sentido de «originario de».

todo para cualquiera que no fuera M. Formey?» (Nota del ejemplar C.).

[3] «Esa humillación, esas desgracias son de mi invención y no de la del prestidigitador. Puesto que M. de Formey quería apoderarse durante mi vida de mi libro, y hacerlo imprimir sin más trabajo que el de quitar mi nombre para poner en él el suyo, debía al menos tomarse la molestia, no digo de componerlo, sino de leerlo» (Nota del ejemplar C.).

[4] He observado a menudo que en las doctas enseñanzas que se da a los niños, se piense menos en hacerse escuchar por ellos que por los mayores que están presentes. Estoy muy seguro de lo que digo, porque he hecho esa observación sobre mí mismo.

[5] En toda explicación que se quiera dar al niño, contribuye mucho a volverse atento que la preceda cierta solemnidad.

[6] Los vinos que venden al detall los vinateros de París, aunque no todos estén litargirizados, rara vez están libres de plomo; porque los mostradores de esos taberneros están forrados de ese metal, y porque el vino que se vierte en la medida, al pasar y quedarse sobre el plomo, siempre disuelve alguna parte. Es raro que un abuso tan manifiesto y tan peligroso sea tolerado por la policía. Bien es verdad que como las gentes acomodadas apenas beben esos vinos, están poco expuestas a ser envenenadas por ellos.

[7] El ácido vegetal es muy suave. Si fuera un ácido mineral y estuviera menos extendido, la unión no se produciría sin efervescencia.

[8] Petronio.

[9] Para nosotros, el tiempo pierde su medida cuando nuestras pasiones quieren regular su curso a su antojo. El reloj del sabio es la igualdad de humor y la paz del alma; está siempre en hora y la conoce siempre.

[10] El gusto que por el campo supongo a mi alumno es fruto natural de su educación. No teniendo además nada de ese aire fatuo y emperejilado que tanto agrada a las mujeres, es menos festejado que otros niños; por consiguiente, se complace menos en ellas y se deprava menos en su compañía, porque aún no está en condiciones de sentir su encanto. Me he guardado de enseñarle a besarles la mano, a decirles necedades, e incluso a indicarle los miramientos que con preferencia a los hombres les son debidos; me he hecho una ley inviolable de no exigirle nada que la razón no ponga a su alcance, y para un niño no hay ninguna buena razón para tratar a un sexo de modo distinto que al otro.

[11] Tengo por imposible que las grandes monarquías de Europa duren mucho tiempo; todas han brillado, y todo Estado que brilla está en su declive. Para mis adentros tengo otras razones más particulares

de esta máxima; pero no es oportuno decirlas, y cualquiera puede verlas sobradamente.

[12] Vonone, hijo de Fraato, rey de los partos.

[13] No había sastres entre los antiguos: las ropas de los hombres las hacían en el hogar las mujeres.

[14] Juven. Sat. II.

Libro IV

[1] «*En las ciudades*, dice el señor de Buffon, *y entre las gentes acomodadas, los niños acostumbrados a alimentos abundantes y suculentos llegan antes a ese estado; en el campo y entre el pueblo pobre, los niños son más tardíos porque están mal y escasamente nutridos; necesitan dos o tres años más*». *Hist. nat.*, t. IV, pág. 238. ADmito la observación pero no la explicación, pues en las regiones en que el aldeano se alimenta muy bien y come mucho como en el Valais e incluso en ciertos cantones montañosos de Italia como el Friul, la edad de pubertad es en ambos sexos igualmente más tardía que en el seno de las ciudades, donde para satisfacer la vanidad con frecuencia se pone en el comer una parsimonia excesiva, y donde la mayoría hace, como reza el proverbio, *traje de terciopelo y vientre de ruido*. En esas montañas sorprende ver a unos muchachotes fuertes como hombres todavía con la voz aguda y la barbilla sin barba, y a muchachas altas, además muy formadas, sin ninguna señal periódica de su sexo. Diferencia que en mi opinión proviene únicamente de que, en la sencillez de su costumbres, su imaginación tranquila y calma durante más tiempo hace fermentar la sangre más tarde, y vuelve su temperamento menos precoz.

[2] Esto parece cambiar algo ahora; los estados parecen volverse más estables, y por eso los hombres se vuelven más duros.

[3] El apego puede pasarse sin correspondencia, la amistad nunca. Es un intercambio, un contrato como los otros; pero el más sagrado de todos. La palabra *amigo* no tiene otro correlativo que ella misma. Todo hombre que no es amigo de su amigo es a buen seguro un bribón; porque sólo rindiendo amistad o fingiendo rendirla se la puede conseguir.

[4] El precepto mismo de obrar con otros como queremos que obren con nosotros no tiene más fundamento verdadero que la conciencia y el sentimiento; porque ¿dónde está la razón precisa de obrar como si yo fuera otro, sobre todo cuando moralmente estoy seguro de que no me encontraré nunca en el mismo caso? ¿Y quién me responde de que, siguiendo fielmente esta máxima, lograré que la sigan igual conmigo? El malvado se aprovecha de la probidad del justo y de su

propia injusticia; está muy contento de que todo el mundo sea *justo* excepto él. Digan lo que quieran, este acuerdo no es muy ventajoso para las gentes de bien. Cuando la fuerza de un alma expansiva me identifica con mi semejante y yo me siento, por así decir, en él, es para no sufrir por lo que no quiero que sufra; me intereso en él por amor de mí, y la razón del precepto está en la naturaleza misma, que me inspira el deseo de mi bienestar en cualquier lugar en que me sienta existir. De donde concluyo que no es verdad que los preceptos de la ley natural se funden únicamente en la razón; tienen una base más sólida y más segura. El amor de los hombres derivado del amor de sí es el principio de la justicia humana. El sumario de toda la moral está dado en el evangelio por el de la ley.

[5] El espíritu universal de las leyes de todos los países es favorecer siempre al fuerte contra el débil, y al que tiene contra el que no tiene nada; tal inconveniente es inevitable, y no admite excepción.

[6] Ved Dávila, Guicciardini, Strada, Solís, Maquiavelo, y a veces el mismo Thou. Vertot es casi el único que sabe pintar sin hacer retratos*.

[7] Sólo uno de nuestros historiadores que imitó a Tácito en los grandes rasgos, se atrevió a imitar a Suetonio y a transcribir a veces a Commines en los pequeños, y esto que ha añadido valor a su libro le ha convertido en objeto de crítica entre nosotros**.

[8] Creo que sin ningún reparo puedo contar la salud y la buena constitución entre el número de ventajas adquiridas por su educación, o más bien en el número de dones de la naturaleza que su educación le ha conservado.

---

* Enrico-Caterino Dávila (1576-1632), autor italiano que escribió una *Historia de las guerras civiles*, desde Francisco II a Enrique IV. Publicada en 1630, se tradujo al francés en 1644.

Francesco Guicciardini (1483-1540), autor de una *Storia di Italia*(1561), traducida en 1568 al francés.

Famiano Strada, jesuita italiano (1572-1649), autor de dos *Décadas* sobre las guerras de Flandes, traducidas al francés en 1644 y 1652 respectivamente.

Antonio de Solís y Ribadeneyra (1610-1688), cuya *Historia de la conquista de México* (1684) se tradujo al francés en 1691.

El presidente de Thou (1553-1617) escribió una *Historia sui temporis* (1604-1608).

El abate de Vertot (1655-1735) fue autor de una *Histoire des révolutions de Portugal* (1689) y otra *Histoire des révolutions de Suède (1695), de gran fama durante mucho tiempo.*

** Alude Rousseau a Charles Duclos (1704-1772), a quien conoció en 1745-1747; en las *Confessions* le califica de «el único amigo verdadero que he tenido entre las gentes de letras». Su *Histoire de Louis XI* (1745-1746) era una voluminosa compilación de los volúmenes manuscritos del abate Legrand; Saint-Beuve le califica de «resumidor con genio».

[9] Por lo demás, en esta trampa caerá poco nuestro alumno, al que tantos entretenimientos rodean, él, que no se aburrió en su vida, y que apenas si sabe para qué sirve el dinero. Dado que el interés y la vanidad son los dos móviles con que se guía a los niños, esos dos mismos móviles sirven a las cortesanas y a los buscones para apoderarse de ellos luego. Cuando veis excitar su avidez con premios, con recompensas, cuando los veis aplaudir a los diez años en un acto público en el colegio, estáis viendo cómo les harán dejar a los veinte la bolsa en un garito y su salud en un lugar de mala fama. Se puede apostar que el más sabio de la clase se volverá el más jugador y el más pervertido. Los medios que no se usaron en la infancia no están sujetos al mismo abuso en la juventud. Pero debe recordarse que en este punto mi máxima constante es ponerse en lo peor. Primero trato de prevenir el vicio, y luego lo supongo a fin de remediarlo.

[10] Y si a él le buscan pendencia, ¿cómo se comportará? Yo respondo de que nunca tendrá una pendencia, de que jamás dará pie para tenerla. Pero, en fin, proseguirán: ¿Quién está a salvo de una bofetada o de un mentís por parte de un bruto, de un borracho o de un chulo que, por el placer de matar a su hombre, empieza por deshonrarle? Eso es otra cosa: no es preciso que el honor de los ciudadanos ni su vida esté a merced de un salvaje, de un borracho o de un chulo, y de un accidente sejemante no podemos preservarnos más que de la caída de una teja. Una bofetada y un mentís recibido y soportado tienen efectos civiles que ninguna prudencia puede prevenir y de los que ningún tribunal puede vengar al ofendido. La insuficiencia de las leyes le otorga, en este punto, su independencia; él es entonces el único magistrado, el único juez entre el ofensor y él; es el único intérprete y ministro de la ley natural, se debe justicia a sí mismo y es el único que puede otorgársela, y no hay sobre la tierra ningún gobierno tan insensato como para castigarle por habérsela hecho en semejante caso. No digo que deba ir a batirse, eso es una extravagancia; digo que él se debe a la justicia y que es el único dispensador de ella. Sin tantos vanos edictos contra los duelos, si yo fuera soberano respondo de que nunca habría ni bofetadas ni mentís dados en mis estados, y lo conseguiría con un medio muy simple en el que no tendrían que intervenir los tribunales. Sea como fuere, en semejante caso Emilio sabe la justicia que a sí mismo se debe, y el ejemplo que debe a la seguridad de las personas de honor. No depende del hombre más firme impedir que se le insulte, pero sí depende de él impedir que se jacten mucho tiempo de haberle insultado*.

---

* El tema del duelo fue una preocupación constante de Rousseau, que lo aborda en la *Lettre à d'Alembert* y en la *Nouvelle Héloïse* (sobre una disputa entre Saint-Preux y Milord Edouard). Es una carta al abate Maydieu de 14 de marzo de 1770 se alude incluso a este pasaje del *Emilio*: «El difunto rey de Prusia, que ya era gran aficionado a la disciplina militar, pasando revista a uno de sus

[11] Plutarco, *Traitté de l'amour*, trad. de Amyot. Así es como empezaba al principio la tragedia *Menalippe*; pero los clamores del pueblo de Atenas forzaron a Eurípides a cambiar ese comienzo.

[12] Sobre el estado natural del espíritu humano y sobre la lentitud de sus progresos, véase la primera parte del *Discurso sobre la desigualdad*.

[13] Las relaciones de M. de la Condamine nos hablan de un pueblo que sólo sabía contar hasta tres. Sin embargo, los hombres que formaban ese pueblo tenían manos y habían contemplado a menudo sus dedos sin poder contar hasta cinco*.

[14] Este reposo sólo es, si se quiere, relativo; pero dado que observamos el más y el menos en el movimiento, concebimos con toda claridad uno de los dos términos extremos, que es el reposo, y lo concebimos con tal nitidez que incluso nos sentimos inclinados a tomar por absoluto el reposo que no es más que relativo. Ahora bien, no es verdad que el movimiento sea la esencia de la materia, si ésta puede concebirse en reposo.

[15] Los químicos consideran el flogisto** o el elemento del fuego como disperso, inmóvil y estancado en los mixtos de que forma parte,

---

regimientos quedó tan descontento de la maniobra que, en lugar de imitar el noble uso que Luis XIV encolerizado había hecho de su bastón, llegó a golpear con el suyo al mayor que estaba al mando. El oficial ultrajado retrocede dos pasos, echa mano a una de sus pistolas, la dispara a los pies del caballo del rey, y con la otra se descerraja la cabeza. Este hecho, en el que nunca pienso sin estremecerme de admiración, se me ocurrió repetidas veces al escribir el *Emilio*, y lo apliqué por mí mismo en el caso de un particular que deshonra a otro, pero modificando el acto por la diferencia de los personajes... Sobre este capítulo del honor, la insuficiencia de las leyes nos deja siempre en el estado de naturaleza: creo haber probado esto en mi *Lettre à M. d'Alembert sur les Spectacles*. El honor de un hombre no puede tener más defensor verdadero ni vengador verdadero que él mismo» (*Correspondance Générale*, t. XIX, págs. 302-303). A la nota hace alusión el *I.er Dialogue*, donde el Francés dice: «Sólo recuerdo que se cita una nota del *Emilio* en que abiertamente se enseña el asesinato». Y Rousseau replica a continuación: «Un autor que escribe según su corazón está sujeto, cuando se apasiona, a fogosidades que lo llevan más allá de su objetivo. (...) Son las imprudencias de un hombre que confía en sí mismo, y de quien el alma generosa no supone siquiera que pueda dudarse de él» (*O.C.*, t. I, págs. 694-695).

* En su *Relation abrégée d'un voyage fait dans l'interieur de l'Amérique meridionale* (París, 1745), La Condamine habla de la lengua de los yameos y de la lengua «brasileña», que no pasan del número 3.

** *Flogisto*: principio imaginado por Sthal en el siglo XVIII para explicar los fenómenos caloríficos, y que suponía que formaban parte de la composición de todos los cuerpos, desprendiéndose de ellos durante la combustión.

El fuego, según las *Institutions chymiques* de Rousseau, es un cuerpo, principio de toda fluidez. Y los *mixtos* son «toda substancia formada por el concurso de dos o más principios que por su unión no forman más que un único todo» (*Institutions chymiques*, I, 2. *Annales. J. J. Rousseau*, tomo XII, pág. 30).

hasta que causas extrañas lo desprenden, lo reúnen, lo ponen en movimiento y lo convierten en fuego.

[16] He hecho todos los esfuerzos de que soy capaz para concebir una molécula viviente, sin poder lograrlo. La idea de la materia sintiente sin tener sentidos me parece ininteligible y contradictoria; para adoptar o rechazar esa idea habría que empezar por comprenderla, y confieso que yo no tengo esa suerte.

[17] Si no se tuviera la prueba, ¿se creería que la extravagancia humana pudiera ser llevada hasta ese punto? *Amatus Lusitanus* aseguraba haber visto un hombrecillo de una pulgada encerrado en un vaso que *Julius* Camillus, cual otro Prometeo. había hecho mediante la ciencia alquímica. Paracelso, *De natura rerum*, enseña la forma de producir esos hombrecillos, y sostiene que los pigmeos, los faunos, los sátiros y las ninfas fueron engendrados por la química. En efecto, no veo que en adelante quede algo que hacer para establecer la posibilidad de esos hechos, como no sea afirmar desde ahora que la materia orgánica resiste el ardor del fuego, y que sus moléculas pueden conservarse con vida en un hornillo reverbero*.

[18] Me parece que, lejos de decir que las rocas piensan, la filosofía moderna ha descubierto por el contrario que los hombres no piensan. En la naturaleza no admite más que seres sensitivos, y toda la diferencia que encuentra entre un hombre y una piedra es que el hombre es un ser sensitivo que tiene sensaciones y la piedra un ser sensitivo que no las tiene. Pero, si es cierto que toda materia siente, ¿dónde concebiría yo la unidad sensitiva o el yo individual? ¿Será en cada molécula de materia, o en los cuerpos agregativos? ¿Situaré de igual modo esa unidad en los fluidos y en los sólidos, en los mixtos y en los elementos? Se dice que en la naturaleza no hay más que individuos, pero ¿cuáles son esos individuos? ¿Es un solo ser sensitivo, o contiene tantos como granos de arena? Si cada átomo elemental es un ser sensitivo, ¿cómo concebiré yo esa íntima comunicación por la que el uno se siente en el otro, de suerte que sus dos *yo* se confundan en uno? La atracción puede ser una ley de la naturaleza cuyo misterio nos es deconocido; pero al menos concebimos que la atracción que actúa según las masas no tiene nada incompatible con la extensión y la divisibilidad. ¿Concebís lo mismo del sentimiento? la partes sensibles son extensas pero el ser sensitivo es indivisible y uno; no se reparte, es todo entero o nulo: el ser sensitivo no es pues un cuerpo. No sé cómo

---

* Joannes Rodericus, llamado Amatus Lusitanus, médico judío-portugués del siglo XVI, y Paracelso (1493-1541), de quien la leyenda asegura que construyó un *homunculus*.

Hornillo de reverbero: hornillo que concentra la llama (*Institutions chymiques*, III, 11, *Anales. J. J. Rousseau*, t. XIII, pág. 56).

lo entienden nuestros materialistas, pero me parece que las mismas dificultades que les han hecho rechazar el pensamiento deberían hacerles rechazar también el sentimiento, y no veo por qué, una vez dado el primer paso, no habían de dar el segundo. ¿Les costará más? Y puesto que están seguros de que no piensan, ¿cómo osan afirmar que sienten?

[19] Cuando los antiguos llamaban *Optimus Maximus* al Dios supremo decían gran verdad; pero diciendo *Maximus Optimus* habrían hablado con mayor exactitud, porque su bondad procede de su poder: es bueno porque es grande.

[20] *Non pas pour nous, non pas por nous, Seigneur,*
Mais pour ton nom, mais por ton propre honneur,
O Dieu! fais-nous revivre!
*Ps. 115**.

[21] La filosofía moderna, que sólo admite lo que ella explica, se guarda de admitir esa oscura facultad llamada *instinto* que sin ningún conocimiento adquirido parece guiar a los animales hacia algún fin. Según uno de nuestros más sabios filósofos, el instinto no es más que un hábito privado de reflexión, pero adquirido al reflexionar, y de la forma en que explica este progreso debe concluirse que los niños reflexionan más que los hombres; paradoja demasiado extraña como para que merezca la pena examinarla. Sin entrar aquí en esa discusión, pregunto qué nombre debo dar al ardor con que mi perro hace la guerra a los topos que no come, a la paciencia con que los acecha a veces horas enteras, y a la habilidad con que los atrapa, los saca fuera de la tierra en el momento en que se asoman, y los mata luego para dejarlos allí, sin que nunca nadie le haya adiestrado en esta caza, ni le hayan informado de que allí había topos. También pregunto, y esto es más importante, por qué la primera vez que amenacé a ese mismo perro, se echó al suelo de espaldas, con las patas replegadas, en una actitud suplicante y la más propia para conmoverme; postura en la que se hubiera guardado mucho de permanecer si, sin dejarme ablandar, le hubiera golpeado en ese estado. ¡Cómo! Mi perro, muy pequeño todavía y casi recién nacido, ¿había adquirido ya ideas morales, sabía lo que eran clemencia y generosidad? ¿Con qué luces adquiridas esperaba calmarme abandonándose así a mi discreción? Todos los perros del mundo hacen poco más o menos lo mismo en igual caso, y no afirmo nada que cada cual no pueda verificar. Que los filósofos, que rechazan tan despectivamente el instinto, tengan a bien explicar este hecho por el solo juego de las sensaciones y de los conocimientos

---

* Rousseau toma el Salmo 115 de la traducción del Salterio ginebrino de 1698: «No por nosotros, no por vosotros, Señor,/ sino por tu nombre, sino por tu propio honor,/ oh Dios, haznos revivir».

que éstas nos hacen adquirir; que lo expliquen de una manera satisfactoria para cualquier hombre sentato; entonces ya no tendré nada que decir, y no hablaré de instinto.

[22] Esto es, en mi opinión, lo que el buen Vicario podría decir actualmente al público*.

[23] «*Todos afirman,* dice un sacerdote bueno y sabio**, *que la tienen y la creen (y todos usan esta jerga), y no de los hombres ni de criatura alguna, sino de Dios.*

Pero, a decir verdad, sin adular ni ocultar nada, no es así: digan lo que quieran, las reciben de manos y medios humanos; testimonio primeramente: la manera en que las religiones fueron recibidas en el mundo y lo son todavía a diario por los particulares; la nación, el país, el lugar da la religión; se es de aquella que tienen el lugar donde uno ha nacido y ha sido educado: somos circuncidados, bautizados, judíos, mahometanos, cristianos antes de que sepamos que somos hombres, la religión no es de nuestro arbitrio y elección; testimonio después: la vida y las costumbres que tal mal concuerdan con la religión; testimonio que por ocasiones humanas y muy ligeras va contra el contenido de su religión» Charron, *De la sagesse*, L. II, cap. 5, pág. 257. Edición de Bordeaux, 1601.

Es muy de suponer que la sincera profesión de fe del virtuoso teologal de Condom no hubiera diferido mucho de la del Vicario saboyano.

[24] Esto es formal en mil lugares de la Escritura, y entre otros en el *Deuteronomio*, capítulo XIII, donde se dice que si un profeta que anuncia dioses extranjeros confirma sus discursos mediante prodigios y que lo que predice ocurre, lejos de tener con él alguna consideración debe ejecutarse a ese profeta. Por tanto, cuando los paganos mataban a los apóstoles que les anunciaban un Dios extranjero y les probaban su misión mediante predicciones y milagros, no veo nada sólido que objetarles que no pudiesen volver contra nosotros al momento. Ahora bien, ¿qué se puede hacer en tal caso? Una sola cosa: volver al razonamiento y dejar los milagros. Más hubiera valido no recurrir a ellos. He ahí el sentido común más simple, que sólo se oscurece a fuerza de distinciones cuando menos sutilísimas. ¡Sutilezas en el cristianismo! Pero ¿se equivocó Jesucristo al prometer el reino de los

---

* El público al que se alude es el mismo de la quinta Carta de la montaña: «Considerad el estado religioso de Europa en el momento en que yo publiqué mi libro, y veréis que era más que probable que fuera acogido en todas partes. La religión, desacreditada en todos los países por la filosofía, había perdido su ascendente sobre el pueblo» (*Lettres écrites de la montagne, O.C.*, t. III, pág. 802).

** Una de la variantes del manuscrito alude al «sacerdote bueno y sabio» completando la definición con «católico romano». Porque el hecho de que Charron fuera sacerdote católico daba mayor valor a la observación.

cielos a los simples? ¿Se equivocó al iniciar el más hermoso de sus discursos felicitando a los pobres de espíritu si era necesario tanto ingenio para entender su doctrina y para aprender a creer en él? Cuando me hayáis probado que debo someterme, todo irá muy bien; pero para probármelo poneos a mi alcance; medid vuestros razonamientos por la capacidad de un pobre de espíritu, o en caso contrario dejo de reconocer en vos al verdadero díscipulo de vuestro maestro, y no es su doctrina lo que me anunciáis*.

[25] Cuenta Plutarco que los estoicos, entre otras extravagantes paradojas, sostenían que en un juicio contradictorio era inútil oír a las dos partes; porque, decían, o el primero ha probado sus palabras, o no las ha probado. Si las ha probado, no tiene razón y debe ser desestimada su demanda. En mi opinión, el método de todos los que admiten una revelación exclusiva se parece mucho al de estos estoicos. Cuando cada cual pretende tener razón él sólo, para elegir entre tantos partidos hay que escucharlos a todos, o se es injusto**.

[26] Entre mil hechos conocidos he aquí uno que no necesita comentario. En el siglo XVI, habiendo condenado los teólogos católicos al fuego todos los libros de los judíos sin distinción, el ilustre y docto Reuclin, consultado sobre este asunto, se granjeó enemistades terribles a punto estuvieron de perderle, sólo por opinar que podían conservarse aquellos de estos libros que no contuvieran nada contra el cristianismo, y que trataban materias indiferentes a la religión***.

[27] *De Rep.*, Dial. 2.

[28] Ved en el discurso de la montaña el paralelismo que él mismo establece entre la moral de Moisés y la suya (Mat. c. 5, V, 21 y ss.).

[29] El deber de seguir y de amar la religión del país propio no alcanza hasta los dogmas contrarios a la buena moral como el de la intolerancia. Es este dogma horrible el que arma a los hombres unos contra otros y los hace a todos enemigos del género humano. La distinción entre la tolerancia civil y la tolerancia teológica es pueril y vana. Estas dos tolerancias son inseparables y no puede admitirse la una sin la otra. Ni siquiera los ángeles vivirían en paz con unos hombres a los que mirasen como los enemigos de Dios.

---

* Tanto la alusión al *Deuteronomio* (XIII), como las objeciones de los paganos proceden de las *Dissertations* de Dom Calmet

* * Plutarco, *Disputas de los filósofos estoicos*, 7.

* * * Johannes Reuclin (1455-1522) fue el padre de la filología hebraica en Alemania; además de varios textos filológicos sobre rudimentos lingüísticos, acento y ortografía, estudió los textos talmúdicos y la cábala. Cuando, en 1509, un judío converso, Pfeffenkorn, apoyado por los dominicos de Colonia, obtuvo autorización del emperador Maximiliano par destruir los libros judaicos, Reuclin entabló una violenta polémica (1511) con Hochstratten, prior de los dominicos de Colonia e Inquisidor.

[30] Los dos partidos se atacan recíprocamente con tantos sofismas que sería empresa inmensa y temeraría querer anotarlos todos; ya es mucho indicar algunos a medida que se presentan. Uno de los más familiares al partido filosofista* consiste en oponer un supuesto pueblo de buenos filósofos a un pueblo de malos cristianos; ¡como si un pueblo de verdaderos filósofos fuera más fácil de hacer que un publo de verdaderos cristianos! No sé si entre los individuos es más fácil de encontrar el uno que el otro; pero sí sé que, desde el momento en que se trata de pueblos, hay que suponer que abusarán de la filosofía sin religión, como los nuestros abusan de la religión sin filosofía, y a mi entender esto cambia mucho el estado de la cuestión.

Bayle ha demostrado muy bien que el fanatismo es más pernicioso que el ateísmo, y es irrefutable; pero lo que ha omitido decir, y que no es menos cierto, es que el fanatismo, aunque sanguinario y cruel, es sin embargo una pasión grande y fuerte que eleva el corazón del hombre, que le hace despreciar la muerte, que le da una energía prodigiosa, y que no hay sino que dirigirlo mejor para sacar de él las más sublimes virtudes; mientras que la irreligión y en general el espíritu razonador y filosófico apega a la vida, afemina, envilece las almas, concentra todas las pasiones en la bajeza del interés particular, en la abyección del *yo* humano, y zapa casi, casi en silencio, los verdaderos fundamentos de toda sociedad, porque lo que los intereses particulares tienen en común es tan poca cosa que nunca compensará lo que tienen de opuesto.

Si el ateísmo no hace verter la sangre de los hombres es menos por amor a la paz que por indiferencia hacia el bien; vayan las cosas como vayan, poco le importa al pretendido sabio con tal que él permanezca tranquilo en su gabinete. Sus prinipios no hacen matar a los hombres, pero les impiden nacer destruyendo las costumbres que los multiplican, separándolos de su especie, reduciendo todas sus afecciones a un secreto egoísmo tan funesto para la población como para la virtud. La indiferencia filosófica se parece a la tranquilidad del Estado bajo el despotismo; es la tranquilidad de la muerte; es más destructiva que la guerra misma.

Así, el fanatismo, aunque más funesto en sus efectos inmediatos que lo que hoy se denomina espíritu filosófico, lo es mucho menos en sus consecuencias. Por otra parte, es muy cómodo hacer ostentación de hermosas máximas en libros, pero la cuestión consiste en saber si esas máximas concuerdan con la doctrina, si derivan necesariamente de ella, y esto es lo que hasta ahora no parece claro. Todavía queda por saber si la filosofía, a placer y sobre el trono, refrenaría bien la

---

* *Philosophiste*: neologismo de época que designa a «ciertos falsos filósofos modernos», según el *Dictionnaire critique* de Féraud (1787-1788).

vanagloria, el interés, la ambición, las pequeñas pasiones del hombre, y si practicaría esa humildad tan dulce que nos pondera con la pluma en la mano*.

Por sus principios, la filosofía no puede hacer ningún bien que la religión no haga todavía mejor; y la religión hace muchos que la filosofía no podría hacer.

En cuanto a la práctica, es otra cosa; pero hay que examinarlo. Ningún hombre sigue en todo punto su religión cuando tiene una, cierto. Los más apenas la tienen y no siguen en nada la que tienen, también esto es verdad; pero, en fin, algunos tienen una, la siguen al menos en parte, y es indudable que motivos de religión les impiden con frecuencia obrar mal y obtienen de ellos virtudes, acciones loables que no se habrían producido sin esos motivos.

Si un fraile niega un depósito, ¿qué se sigue sino que se lo había confiado un necio? Si Pascal hubiera negado uno, esto probaría que Pascal, era un hipócrita, y nada más. ¡Pero un monje!... ¿Son acaso las gentes que trafican con la religión quienes la tienen? Todos los delitos que se comenten en el clero, como en otras partes, no prueban que la religión sea inútil, sino que poquísimas gentes tienen religión.

Nuestros gobiernos modernos deben sin duda alguna al cristianos su más sólida autoridad y sus revoluciones menos frecuentes: los ha vuelto a ellos mismos menos sanguinarios; esto se demuestra comparándolos con los gobiernos antiguos. La religión mejor conocida, descartando el fanatismo, ha dado más suavidad a las costumbres cristianas. Este cambio no es obra de las letras, porque doquiera han brillado la humanidad no ha sido más respetada; las crueldades de los atenienses, de los egipcios, de los emperadores de Roma, de los chinos lo atestiguan. ¡Cuántas obras de misericordia son cosa del Evangelio! ¡Cuántas restituciones y reparaciones no ha obligado a hacer la confesión entre católicos! Cuando se acercan las épocas de la comunión, ¿cuántas reconciliaciones y limosnas no producen entre nosotros? El jubileo de los hebreos**, ¡cuán menos ávidos volvía a los usurpadores, cuántas miserias no prevenía! La fraternidad legal unía a toda la nación, no se veía un mendigo entre ellos, tampoco se ve entre los

* Bayle comparaba el ateísmo con la superstición y la idolatría, pero no con el fanatismo. En el *Ensayo sobre el origen de las lenguas*, Rousseau elogiaba, sin embargo, el fanatismo: «El fanatismo nos parece siempre risible, porque no tienen entre nosotros voz para hacerse oír. Incluso nuestros fanáticos no son verdaderos fanáticos, no son más que bribones o locos» (*ed. cit.*, cap. XI, pág. 82).

** Sobre el año jubilar de los hebreos véase *Levítico*, XXV, 11-55. La alusión a la crueldad de los chinos apunta contra la admiración que filósofos como Voltaire y Helvecio sentían por ellos.

turcos donde son innumerables las fundaciones pías. Son, por principio de religión, hospitalarios incluso con los enemigos de su culto.

Los mahometanos dicen, según Chardin, que tras el examen que ha de seguir a la resurreción universal, todos los cuerpos irán a pasar un puente llamado Poul-Serrho, lanzado por encima del fuego enterno, puente al que, según dicen, puede llamarse el tercer y último examen y el verdadero juicio fial, porque es en él donde se hará la separación de los buenos y los malos,... etc.

«Los persas, prosigue Chardin, están muy infatuados de ese puente, y cuando alguien sufre una injuria de la que no puede alcanzar satisfacción por ningún medio y en ningún tiempo, su último consuelo es decir: *Bueno, por Dios vivo que me lo pagarás el doble en el último día; no pasarás el Poul-Serrho si antes no me das satisfacción; me agarraré al faldón de tu ropa y me arrojaré a tus piernas.* He visto muchas gentes eminentes, y de toda clase de profesiones que, al saber que se gritaría así: *haro* cuando pasaran ese punto temible, solicitaban a quienes tenían queja de ellos que los perdonasen; a mi mí mismo me ocurrió cien veces. Gentes de calidad que por indelicadeza me habían obligado a hacer gestiones que de otro modo yo no hubiese querido, me abordaban al cabo de cierto tiempo cuando pensaban que el pesar ya había pasado y me decía: *Por favor, halal becon antchisra*, es decir: *Haz que este asunto sea lícito o justo.* Algunos incluso me hicieron regalos y me prestaron servicios para que los perdonase, declarando que lo hacían de buen corazón; cuya causa no es otra que esa creencia de que no pasará el puente del infierno quien no haya devuelto hasta el último céntimo a quienes se ha oprimido»,. T. 7, in-12, pág. 50*.

¿He de creer que la idea de este puente que repara tantas iniquidades no evita nunca ninguna? Si se quitase a los personas esta idea convenciéndoles de que no hay ni *Poul-Serrho* ni nada semejante donde los oprimidos sean vengados después de la muerte de sus tiranos, ¿no es evidente que esto los tranquilizaría mucho y los libraría

---

* La larga cita de Chardin y el final de la nota van dirigidos contra Helvecio que, con ejemplos orientales, concluía en *De l'Esprit* (II, 24); «Todos estos ejemplos, y otros mil parecidos, prueban que la esperanza o el temor a las penas o los placeres temporales son tan eficaces y tan propios para formar hombres virtuosos como esas penas y esos placeres eternos que, considerados en la perspectiva del futuro, causan por lo general una impresión demasiado débil para sacrificar a ellos placeres criminales, pero presentes».

La cita procede del *Voyage de Monsieur la chevalier Chardin, en Perse, et autres lieux de l'Oriente.*

Poul-Serrho: errata de la primera edición de *Les Voyages*, por *Poul-Serra*, transcripción que Chardin da de *Pul-i-Sirat*, término que significa 'Puente sobre el medio del camino'.

del cuidado de aplacar a esos desgraciados? Es, pues, falso que esa doctrina no sea perjudicial; porque no sería la verdad.

Filósofo, tus leyes morales son muy hermosas, pero muéstrame por favor su sanción. Deja por un momento de divagar, y dime claramente lo que pones en lugar del *Poul-Serrho.*

[31] No hay nadie que vea la infancia con tanto desprecio como los que salen de ella, como no hay país donde las rangos se guarden con mayor afectación que aquellos donde la desigualdad no es grande, y donde todos y cada uno siempre teme ser confundido con su inferior.

[32] *Avantures du Sieur C. Le Beau, avocat en Parlement,* t. II, pág. 70.

[33] El clero romano los ha conservado muy hábilmente, y a ejemplo suyo algunas repúblicas, entre otras la de Venecia. Por eso el gobierno veneciano, a pesar de la caída del estado, goza, todavía bajo el aparato de su antigua majestad, de todo el afecto, de toda la adoración del pueblo, y, después del Papa adornado con su tiara, tal vez no haya ni rey ni potentado ni hombre tan respetado en el mundo como el Dogo de Venecia, que carece de poder y de autoridad, pero que está sacralizado por su pompa y adornado bajo su cuerno ducal con un peinado de mujer. Esta ceremonia del Bucentauro, que tanto hace reír a los necios, haría derramar al populacho de Venecia toda su sangre por el mantenimiento de su tiránico gobierno*.

[34] ¡Cómo si hubiera ciudadanos que no fuesen miembros de la ciudad y no participasen, como tales, en la autoriedad soberana! Pero habiéndoles parecido oportuno a los franceses usurpar ese respetable nombre de ciudadanos, debido antiguamente a los miembros de las ciudades galas, han desnaturalizado su idea hasta el punto de que ya no significa nada. Un hombre que acaba de escribirme muchas tonterías contra *La Nouvelle Héloïse* ha adornado su firma con el título de *Ciudadano de Paimbeuf,* y ha creído brindarme una excelente broma.

[35] *Considérations sur les moeurs de ce siècle,* por M. Duclos, pág. 65.

[36] Esto queda probado en un ensayo sobre el *principio de la melodía* que se hallará en la colección de mis escritos**.

[37] Para aparentar que se divierten mucho, dos mujeres de mundo hacen ley de no acostarse nunca antes de las cinco de la mañana. En el rigor del invierno sus criados pasan la noche en la calle esperándolas, con muchos apuros para garantizarse de no quedar helados. Se entra

---

* Hasta el año 1797, fecha en que Venecia pasó, por el tratado de Campo-Formio, a Austria, el Dogo de Venecia iba el día de la ascensión de cada año sobre un rico bajel llamado *Bucentauro* a celebrar las bodas de la república veneciana con el Adriático.

** «Ensayos sobre el origen de las lenguas», corrige el ejemplar C.

en una noche, o, mejor dicho, una mañana en el piso donde estas dos personas tan divertidas dejaban pasar las horas sin contarlas: las encuentran completamente solas, durmiendo cada una en un sillón.

[38] *Mulierem fortem quis inveniet? Procul, et de ultimis finibus pretium ejus.* Prov. xxxj, 10*.

Libro V

[1] Ya he señalado que los rechazos de melindres y de arrumacos son comunes a casi todas las hembras, incluso entre los animales, e incluso cuando están más dispuestas a rendirse; se precisa no haber observado nunca sus maniobras para discrepar en este punto.

[2] Puede haber una desproporción tal de edad y de fuerza que se produzca una violencia real, pero, tratando aquí del estado relativo de los sexos según el orden de la naturaleza, considero ambos en la relación común que constituye este estado.

[3] Sin esto, la especie se debilitaría necesariamente; para que se conserve es preciso que, compensando todo, cada mujer tenga unos cuatro hijos; porque de los niños que nacen se muere cerca de la mitad antes de que puedan tener otros, y han de quedar dos para representar al padre y a la madre. Ved si las ciudades os han de proporcionar esa población.

[4] La timidez de las mujeres también es un instinto de la naturaleza contra el doble riesgo que corren durante su embarazo.

[5] Un niño se vuelve importuno cuando le conviene serlo; pero nunca pedirá dos veces la misma cosa si la primera respuesta es siempre irrevocable.

[6] Las mujeres que tienen la piel suficientemente blanca para prescindir de encajes, provocarían despecho en las otras si no los llevasen. Casi siempre son personas feas las que dirigen las modas, a las que las bellas cometen la tontería de someterse.

[7] Si en los lugares en que he puesto *no sé*, la pequeña responde de otro modo hay que desconfiar de su respuesta y hacer que la explique con cuidado.

[8] La pequeña dirá esto porque lo ha oído decir, pero hay que verificar si tiene alguna idea exacta de la muerte, porque esa idea no es tan simple ni está tan al alcance de los niños como se piensa. En el pequeño poema de *Abel* puede verse un ejemplo de la forma en que se

---

* Nota añadida en pruebas: «¿Quién encontrará una mujer virtuosa? Está lejos; venida del fin del mundo, tendrá su precio». *Proverbios*, XXXI, 10. Elogio de la mujer virtuosa [virtuosa]. Bover y Cantera (*ed. cit.*) traducen del hebreo: «Una mujer fuerte, ¿quién la encontrará?/ Por cima de las perlas se alza su valor».

debe dar. Esa obra encantadora respira una sencillez deliciosa de la que nunca podremos alimentarnos en demasía para conversar con los niños*.

[9] Con el consentimiento del espíritu no podría aplicarse la idea de la eternidad a las generaciones humanas. Toda sucesión numérica reducida a acto es incompatible con esta idea.

[10] Sé que las mujeres que han tomado abiertamente su decisión sobre determinado punto pretenden hacerse estimar por esa franqueza, y juran que, en ese punto, no hay nada estimable que no se encuentre en ellas; pero también sé de sobra que nunca han persuadido de esto más que a necios. Eliminando el mayor freno de su sexo, ¿qué queda que las retenga, y de qué honor harán caso después de haber renunciado al que les es propio? Una vez que han dado rienda suelta a sus pasiones, ya no tienen ningún interés en resistirlas: *nec foemina amissa pudicitia abnuerit***. ¿Autor alguno conoció jamás mejor el corazón humano en los dos sexos que quien dijo esto?

[11] La vía del hombre en su juventud era una de las cuatro cosas que el Sabio no podía comprender; la quinta era la impudicia de la mujer adúltera, *quae comedit, et tergens os suum dicit: non sum operata malum*. Prov. XXX, 20***.

[12] Dice Brantôme que, en tiempos de Francisco I, una joven que tenía un amante charlatán le impuso un silencio absoluto e ilimitado que él guardó tan fielmente durante dos años enteros que creyeron que se había vuelto mudo por enfermedad. Cierto día, en plena reunión, su amante, que en esos tiempos en que el amor se hacía con misterio no era conocida por tal, se ufanó de curarle inmediatamente, y lo hizo con esta sola palabra: *hablad*. ¿No hay en ese amor algo grande y heroico? ¿Qué más hubiera hecho la filosofía de Pitágoras con todo su fasto? ¿No imaginaríamos a una divinidad dando a un mortal, con una sola palabra, el órgano del habla? ¿Qué mujer podría contar hoy con un silencio semejante por un solo día, aunque debiera pagarlo con todo el precio que ella pudiera poner?

[13] Al salir del Palacio se encuentra un amplio huerto de cuatro arpendes rodeado y cerrado alrededor, plantado de grandes árboles floridos que producen peras, manzanas de granada y de otras especies de las más hermosas, higueras de dulce fruto y olivos verdeantes. Durante todo el año nunca quedan sin frutos esos árboles, en invierno

* Alusión a *La Mort d'Abel*, poema de Gessner, traducido al francés en 1759.

** «Cuando una mujer ha perdido su pudor, no hará nada por recuperarlo» (Tácito, *Anales*, IV, 3). Rousseau escribe el latín de la época barroca, que cometía ultracorrecciones como ese *foemina* por *femina*.

*** «Tal es el proceder de la mujer adúltera; come y, limpiándose la boca, dice: 'Ningún mal he hecho'» (Sagrada Biblia, *ed. cit.*).

y en verano el dulce aliento del viento del poniente hace a un tiempo germinar los unos y madurar los otros. Se ve a la pera y la manzana envejecer y secarse en su árbol, el higo en la higuera y la uva en la cepa. La viña inagotable no cesa de cargarse con nuevas uvas; hacen cocer y confitar unas al sol en una era, mientras se vendimian otras, dejando en la planta las que aún están en flor, en agraz o que empieza a oscurecer. En uno de los extremos, dos arriates bien cultivados y cubiertos de flores todo el año están adornados con dos fuentes, una de las cuales vierte en todo el jardín, y la otra, después de haber atravesado el Palacio, es conducida a un edificio elevado en la ciudad para abrevar a los ciudadanos»*.

Tal es la descripción del jardín real de Alcínoo en el séptimo libro de la Odisea, en el que, para vergüenza de ese viejo soñador de Homero y de los príncipes de su tiempo, no se ven ni emparrados, ni estatuas, ni cascadas, ni cuadros de césped.

[14] Confieso que le estoy agradecido a la madre de Sofía que no le haya dejado estropear en el jabón unas manos tan suaves como las suyas, y que Emilio debe besar con tanta frecuencia.

[15] La especie de disimulo a que aquí me refiero es opuesta a la que les conviene y que reciben de la naturaleza; la una consiste en disimular los sentimientos que tienen y la otra en fingir los que no tienen. Todas las mujeres del mundo se pasan la vida haciendo trofeo de su pretendida sensibilidad y nunca aman nada más que a sí mismas.

[16] Cuidar a un campesino enfermo no es purgarlo, darle drogas, enviarle un cirujano. De nada de todo eso tienen necesidad esas pobres gentes en sus enfermedades, sino de alimento mejor y más abundante. Ayunad vosotros cuando tengáis fiebre; pero cuando vuestros campesinos la tengan, dadles carne y vino: casi todas las enfermedades provienen de miseria y de agotamiento; su mejor tisana está en vuestra bodega; su único boticario debe ser vuestro carnicero.

[17] Si tuvieran uno, ese superior común no sería otro que el soberano, y entonces el derecho de esclavitud fundado en el derecho de soberanía no sería su norma.

[18] Estas cuestiones y proposiciones están sacadas en su mayoría del *Contrato social*, sacado a su vez de una obra mayor emprendida sin consultar mis fuerzas, y abandonada hace mucho tiempo. El pequeño tratado que he separado de ella, y cuyo sumario figura aquí, se publicará aparte**.

---

* *Odisea*, VII, 112-131 (Véase traducción de José Manuel Pabón, Gredos, Madrid, 1982).

** Se anuncia aquí la publicación del *Contrato*, que, sin embargo, debido a las difucultades de impresión del *Emilio*, apareció casi dos meses antes.

[19] Se recordará que aquí solo trato de hablar de los magistrados supremos o jefes de la nación, pues los demás no son sino sus substitutos en tal o cual parte.

[20] Desde que yo escribía esto, las razones *a favor* han sido expuestas en el extracto de ese proyecto; las razones *en contra*, al menos las que me han parecido sólidas, se encontrarán en la colección de mis escritos a continuación de ese mismo extracto.

Obras de Jean-Jacques Rousseau

Ouvres complètes, Bibliothèque de la Pléiade, bajo la dirección de B. GAGNEBIN y de M. RAYMOND, cuatro volúmenes aparecidos entre 1959 y 1969 (a falta de un tomo). El *Emilio* se encuentra en el volumen IV. En esa edición no han sido publicadas todavía dos obras de importancia: *Lettre à d'Alembert sur les spectacles,* Ginebra, Droz, 1948, y *Essai sur l'origine des langues,* ed. Ch. Porset, Burdeos, 1968 [ed. castellana: *Ensayo sobre el origen de las lenguas,* ed. de M. Armiño, Madrid, 1980].

Correspondance générale, ed. de Leigh, Ginebra, 1965 (en curso de publicación).

Las ensoñaciones del paseante solitario, ed. de M. Armiño. Alianza Editorial, Madrid, 1979.

Del Contrato social. Discursos, conteniendo: *Del Contrato social. Discurso sobre las ciencias y las artes. Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad ente los hombres,* ed. de M. Armiño. Alianza Editorial, 1980.

Sobre Rousseau: estudios de conjunto

STAROBINSKI, J.: *J. J. Rousseau, la transparence et l'obstacle, suivi de Sept essais sur Rousseau,* París, 1971 (2.ª edición).

«J. J. Rousseau et le péril de la réflexion», en *L'oeil vivant*, París, 1960, pág.s 93-190.

LECERCLE, J. L.: *J. J. Rousseau, modernité d'un classique*, París, 1973.

VARIOS: *J. J. Rousseau*, Neuchâtel, 1962 (en especial las contribuciones de DERATHÉ, R.: *L'unite de la pensée de J. J. Rousseau* págs. 203-218; y LÉVI-STRAUSS, C.: *J. J. Rousseau, fondateur des sciences de l'homme).*

Sobre la pedagogía de Rousseau y el Emilio

JIMACK, P. D.: *La genèse et la rédaction de l'Émile*, in «Studies on Voltaire and the Eighteenth Century», XII, 1960.

MARTIN RANG: *Rousseau Lehre vom Menschen*, Göttingen, 1959.

RAVIER, A.: *L'education de l'homme nouveau*, Lyon, 1941.

WALLON, H.: Introducción al *Émile*, ed. de Vallon y Lecercle, Paris, 1958.

LAUNAY MICHAEL: Introducción al *Émile*, Garnier-Flammarion, Paris, 1966.

TOBIASSEN ROLF: *Nature et nature humaine dans* l'Émile *de Jean-Jacques Rousseau*, Osló, 1961.

VARIOS: *Jean-Jacques Rousseau et son oeuvre. Problèmes et recherches*, (Coloquio de París, 16-20 de octubre de 1962), París, Klincksieck, 1964 (En particular las comunicaciones de BELAVAL, DEBESSE y MARTIN RANG).

Cronología

1712. 28 de junio: Nacimiento de Jean-Jacques Rousseau en Ginebra, de una familia de origen francés. Nueve días más tarde muere su madre de fiebre continua. Una tía, Suzanne Rousseau, educa al huérfano.

1718/19. Primeras lecturas: «Las novelas acabaron con el verano de 1719... Sobre todo Plutarco se volvió mi favorito», entre los historiadores y moralistas.

1721. El hermano mayor de Rousseau, dedicado al vagabundeo, desaparece.

1722. Isaac Rousseau, padre de Jean-Jacques, se expatría a raíz de una disputa con un militar retirado, perteneciente a una de las familias más poderosas de la ciudad. Se instala en Nyon, mientras Jean-Jacques es confiado al pastor Lambercier, en Bossey, hasta 1724, «para aprender junto con el latín todo ese menudo fárrago de que lo acompañan bajo el nombre de educación».

1724. Regreso a Ginebra de Rousseau, que vive con su tío; comienza a trabajar, como aprendiz, con Masseron, escribano de la ciudad. Muy a disgusto, al año siguiente

firma un contrato de aprendizaje con un grabador, «hombre zafio y violento», por cinco años.

1728. 14 de marzo. Al volver de un paseo, Rousseau encuentra cerradas las puertas de la ciudad, y decide abandonar Ginebra y lanzarse a la aventura; siete días más tarde llega a Annency, donde se presenta a Mme. de Warens; el 21 de abril, Rousseau abjura el protestantismo en Turín, donde vive en el Hospicio de Catecúmenos gracias a su protectora. Entre julio y diciembre sirve en casa de Mme. de Vercellis como lacayo. «Algunas veces iba a ver a un abate saboyano llamado Sr. Gaime». Robo de una cinta, cuya culpabilidad recae sobre una criada llamada Marion.

1729. Entre febrero y junio sirve en casa del conde de Gouvon, donde se convierte en secretario de su hijo, el abate de Gouvon; luego regresa a Annency, donde vuelve a encontrarse con Mme. de Warens; allí conoció a «un joven abate llamado Sr. Gâtier... Reuniendo al Sr. Gâtier con el Sr. Gaime, hice de esos dos dignos sacerdotes el original del Vicario saboyano». Pronto sigue su vagabundeo por Lyon, Friburgo, Lausana, Neuchâtel, Berna y Soleure, durante este año y el siguiente, enseñando música.

1730. Intérprete de un falso archimandrita que trata de restablecer el Santo Sepulcro, Rousseau será recogido por la embajada francesa en Soleure (abril). En junio realiza su primer viaje a París donde trabaja como preceptor durante dos meses; a fines de año se reúne con Mme. de Warens en Chambéry, que le recomienda para el catastro de Saboya; en ese empleo permanecerá ochos meses.

1732. En junio comienza a dar clases de música en Chambéry. Amante y hombre de confianza de Mme. de Warens realiza diversos viajes.

1735/ó/1736. Primera estancia en Les Charmettes con Mme. de Warens.

1737. En junio, tras un accidente de laboratorio que pone en peligro sus ojos, Jean-Jacques hace testamento. Se instala en septiembre en Montpellier, en busca de un diagnóstico de la Facultad de Medicina para sus persistentes enfermedades.

1738. Regreso a Chambéry, donde es acogido con frialdad. De todos modos se instalará en Les Charmettes hasta 1740. Pasa los dos años leyendo e instruyéndose como autodidacta.

1740. Preceptor en Lyon de los dos hijos del Señor de Mably. En noviembre-diciembre escribe el *Projet pour l'éducation de M. de Sainte-Marie.*

1742. En agosto llega a París para prsentar a la Academia un nuevo sistema de notación musical, que aparecerá en enero de 1743. Primeros encuentros con Diderot.

1743. Publica la *Dissertation sur la musique moderne* (enero). En primavera es introducido en casa de Mme. Dupin, con cuyo yerno se entrega a estudios de química. El 4 de septiembre llega a Venecia para ocupar el puesto de secretario del Sr. del Montaigu, embajador de Francia.

1744. El 22 de agosto, tras una violenta querella con Montaigu, regresa a París.

1745. Conoce a Thérèse Levasseur, costurera, de veintitrés años. Hace representar *Les Muses galantes*, y retoca *Les Fêtes de Ramire*, de Rameau y Voltaire, con quien se halla en muy buenas relaciones.

1746. Estancia en Chenonceaux, en casa de los Dupin; secretario de Mme. Dupin. Ayuda a los Dupin a preparar una refutación del *Espíritu de las leyes*, de Montesquieu, y una obra sobre las mujeres. «Fuimos a pasar el otoño (...) al castillo de Chenonceaux (...). Mientras yo engordaba en Chenonceaux, mi pobre Thérèse engordaba en París de otra manera (...) el niño (...) fue depositado por

la comadrona en la oficina del Hospicio (...). Al año siguiente, el mismo inconveniente y el mismo expediente». Ese hijo, el primero de Rousseau, que ingresó como el resto de los suyos en el Hospicio, nació a finales de otoño.

1747. Muerte de Isaac Rousseau, padre del filósofo. Conocimiento de Mme. d'Épinay.

1748. Mme. d'Épinay le presenta a su cuñada, Mlle. de Bellegarde, poco antes del matrimonio de ésta con el conde de Houdetot. Cena todas las semanas con el equipo de la *Enciclopedia.* Nacimiento del segundo hijo de Rousseau, también depositado en el Hospicio.

1749. D'Alembert le encarga los artículos sobre música para la *Enciclopedia.* En agosto se produce la «*illumination de Vincennes*» cuando iba a esa cárcel a visitar a Diderot, arrestado el 24 de julio. Conoce a Grimm.

1750. Su *Discurso sobre las Ciencias y las Artes* es premiado por la Academia de Dijon, que lo publica a finales de año.

1751. Rousseau abandona cualquier otra pretensión como medio de vida que no sea la de copista de música. Nacimiento de su tercer hijo: «Thérèse quedó embarazada por tercera vez (...). Mi tercer hijo fue depositado en el Hospicio, igual que los primeros, y lo mismo ocurrió con los dos siguientes». Vivas polémicas en torno al *Discurso sobre las ciencias.* «Decidido a pasar en la independencia y la pobreza el poco tiempo que me quedaba por vivir... de cajero de un financiero me hice copista de música».

1752. Representación de su ópera *Devin de village*, en octubre, en Fontainebleau, ante la corte; sin embargo, renuncia a una audiencia del monarca, a la que había sido convocado. El 18 de diciembre se representa *Narcisse* en el

Teatro Francés. Diderot reprocha a Rousseau haber dejado escapar la pensión real.

1753. Publicación de una *Lettre sur la musique française*, que origina controversias entre los directores de la Opera; en noviembre-diciembre, la orquesta de la Opera cuelga a Rousseau en efigie, y se le retiran sus entradas para los espectáculos.

1754. Durante una estancia en Ginebra, Rousseau vuelve al seno de la Iglesia calvinista y recupera la ciudadanía ginebrina. Además de diversos trabajos literarios compone el *Discurso sobre el origen de la desigualdad*, que aparecerá en abril del año siguiente.

1755. «He recibido, señor —le escribe Voltaire el 30 de agosto— vuestro nuevo libro contra el género humano, se lo agradezco». Respuesta muy amable de Rousseau, que en septiembre promete a Mme. d'Épinay instalarse en la primavera siguiente en una pequeña casa de su parque, L'Hermitage, que ella ha mandado acondicinar para él. En la *Enciclopedia* aparece su artículo *Économie politique*, donde Rousseau preconiza «*la educación pública bajo reglas prescritas por el gobierno*».

1756. Se instala en L'Hermitage en compañía de Thérèse y la madre de ésta. En los bosques de Montmorency sueña: «He aquí al austero Jean-Jacques vuelto de pronto pastor extravagante».

1757. Entre abril y mayo, querella y reconciliación con Diderot a propósito de *Le Fils naturel*; en esa misma fecha se enamora de Sophie d'Houdetot, que provoca los celos de Mme. d'Épinay; en octubre-noviembre, querella y ruptura con Grimm; en diciembre, Mme. D'Épinay rompe con Rousseau, que es albergado por el mariscal de Luxemburgo en Le Mont-Louis, en el mismo Montmorency.

1758. En mayo, Mme. d'Houdetot rompe todas sus relaciones

con Rousseau, que poco más tarde concluye *La Nouvelle Héloise*; en octubre aparece la *Lettre a d'Alembert sur les Spectacles*, en la que se enfrenta con d'Alembert y con Voltaire. Consumación de su ruptura con Diderot.

1759. Se instala provisionalmente en el Petit Château de Montmorency, propiedad también del mariscal de Luxemburgo. En esa «isla encantada» compone el quinto libro del *Emilio*, y remata la primera versión. Regresa en julio a su reparado alojamiento de Mont-Louis.

1760. Trabaja en *Del Contrato social* y en el *Emilio*, confiando el manuscrito definitivo a Mme. de Luxemburgo. Publicación de *La Nouvelle Héloïse* en noviembre. Dos meses antes, había sido visitado por el príncipe de Conti.

1761. En enero se pone a la venta en París *La Nouvelle Héloïse*, que obtiene un éxito inmenso. En Ginebra, en cambio, encuentra gran número de censores. Creyendo su fin inminente, el 12 de junio encomienda a Thérèse la tarea de buscar al mayor de sus hijos, depositado en el Hospicio. Fracaso. En octubre, el impresor Duchesne comienza a imprimir el *Emilio* en Paris. En noviembre, Rousseau sufre delirios, al imaginar que el manuscrito del *Emilio* se halla en manos de los jesuitas, que estarían mutilándolo.

1762. En enero, redacción de las cuatro *Lettres à Malesherbes*; en abril aparece *Del Contrato social*, cuiya entrada en Francia es inmediatamente prohibida; a finales de mayo, sin embargo, el *Emilio* es puesto a la venta en París, y rápidamente condenado por el Parlamente parisino. Se ordena la detención del autor, que abandona Francia; el 14 de junio llega a Yverdon; pocos días después, tanto el *Emilio* como *Del Contrato social* son prohibidos en Ginebra. La Sorbona y el Parlamento ordenan la quema de ambos títulos. Un mes más tarde es expulsado de Yverdon, por presiones del gobierno de Berna; debe refugiarse en Môtiers-Travers, en el principado de Neuchâtel, dependiente del rey de Prusia. En Chambéry,

muere Mme. de Warens; el *Emilio* es condenado también por Holanda y por el Consejo Escolar de Berna; en agosto, aparece un mandamiento del arzobispo de París contra el *Emilio*. Rousseau pide ayuda a Federico II de Prusia.

1763. En marzo, Rousseau escribe su carta de respuesta al arzobispo de París *Lettre à Christophe de Beaumont, archevêque de Paris.* Tras renunciar a su ciudadanía ginebrina, aparece un panfleto contra él, obra del fiscal general Tronchin: *Lettres écrites de la Campagne*, a las que al año siguiente, en octubre, responderá Rousseau desde Amsterdan con las *Lettres écrites de la Montagne.*

1764. Se aficiona a la botánica mientras inicia sus *Confessions.* A finales de diciembre aparece, anónimo, en Ginebra, el panfleto anti-rousseauniano *Le sentiment des citoyens*, obra de Voltaire, que Rousseau, equivocadamente, atribuye al pastor protestante Vernes. En ese panfleto se le acusa de haber abandonado a sus hijos.

1765. Las *Lettres écrites de la Montagne* son quemadas en La Haya y París, y atacadas en Ginebra. Alentados por el pastor de Môtiers, los habitantes del pueblo lapidan su casa la noche del 6 de spetiembre. Rousseau huye a la isla de Saint-Pierre, de donde será expulsado al cabo de varias semanas. El 22 de octubre recibe una carta de Hume ofreciéndole asilo en Inglaterra. Tras pasar por Berlin y Basilea, es recibido en Estrasburgo con algunos honores; pero seguirá viaje a París, a donde llega el 16 de diciembre, bajo la protección del príncipe de Conti. Todo París acude a verle.

1766. El 4 de enero sale para Calais, bajo la protección de David Hume, que lo hospeda en su casa de Londres. A finales de marzo se instala en Wooton, en Staffordshire; prosigue las *Confessions*; no tarda en pelearse con Hume, por carta; todo terminará con un libelo de Hume, apoyado por los filósofos, que con el título de *L'Exposé succinct*, firman en París el 20 de octubre. La

versión inglesa aparecerá bajo el título de *Concise and Genuine Account*, en noviembre. Rousseau redacta los primeros libros de las *Confessions* en Wooton.

1767. En marzo, el rey de Inglaterra, George III, concede a Rousseau una pensión; de pronto, en mayo, Rousseau parte precipitadamente hacia Francia, pasa algunos días en Fleury-sous-Meudon, al lado de Mirabeau, y en Trye-le-Château, al lado del príncipe de Conti. Lleva una vida errante llena de angustias y enfermedades. En noviembre se pone a la venta en París su *Dictionnaire de musique.*

1768. En primavera comienza a aparecer en la correspondencia de Rousseau la idea de un «complot universal» organizado contra él; su existencia se tranquiliza algo, herboriza en la Grande-Chartreuse, se instala en Bourgoin, en el Delfinado, y en agosto contrae matrimonio civil con Thérese Levasseur. Mientras concluye las *Confessions,* comienza a ofrecer el manuscrito a algunos amigos.

1770. En verano, y tras pasar por Lyon, se instala en París, donde vuelve a su oficio de copista y acaba la segunda parte de las *Confessions*; de ese libro realizará una primera lectura pública en noviembre o diciembre.

1771. La policia prohíbe las lecturas de las *Confessions* a petición de Mme. d'Épinay; en julio se producen los primeros contactos con Bernardín de Saint-Pierre.

1772-1776. Sigue copiando música mientras redacta, corrige y pone en limpio *Rousseau juge de Jean-Jacques, Dialogues* y comienza *Las Ensoñaciones del paseante solitario.* Se afana al mismo tiempo en botánica, preparando una introducción a su *Dictionnaire des termes d'usage en botanique.*

1776. El 2 de febrero trata de poner sobre el altar de Notre-Dame el nanuscrito de sus *Dialogues*, pero fracasa por estar la cancela cerrada. En abril empieza a repartir por

la calle, a los transeúntes, su mensaje *A tout françois aimant encor la justice et la vérité*, que también envía a sus corresponsales. El 24 de octubre, en Ménilmontant, es arrollado por un perro; el accidente determina la orientación última de su pensamiento como relata el segundo paseo de *Las Ensoñaciones*. En diciembre, le *Courrier d'Avignon* anuncia falsamente la muerte de Rousseau.

1777. Prosigue *Las Ensoñaciones* hasta el séptimo paseo; poco a poco abandona el trabajo de copista. En una memoria narra la penosa situación material por la que atraviesa su hogar. El conde Duprat le ofrece un asilo, que Rousseau rechaza.

1778. Entre enero y abril redacta los paseos 8, 9 y 10 de las *Ensoñaciones*. El 2 de mayo remite a Paul Moltou una copia autógrafa de las *Confessions* (el manuscrito de Ginebra) y de los *Dialogues*; pocos días más tarde se instala en Ermenonville, en casa de su amigo el marqués de Girardin. Se entrega a la herborización. El 30 de mayo, dos meses despues de su coronación pública en la Comédie Française, muere Voltaire.

El 2 de julio, tras un paseo por el parque de Ermenonville, Rousseau almuerza con Thérèse y su criada. Luego, violentos dolores de cabeza le obligan a acostarse. A las once de la mañana del día siguiente, muere. El escultor Houdon hace la mascarilla del filósofo. El 4 de julio es inhumado en la isla des Pleupiers, en el centro del parque de Ermenonville, de donde serán trasladados sus restos en 1794, al Panteón.

1780. En Inglaterra aparecen los tres *Dialogues*.

1782. En Ginebra se edita, en primavera, la primera parte de las *Confessions*, seguida de *Las Ensoñaciones*, y poco más tarde de los tres *Dialogues*.

1789. En otoño aparece la segunda parte de las *Confessions*.

Índice

Prólogo, por Mauro Armiño 7

EMILIO, O DE LA EDUCACIÓN
Prefacio 27
Libro I 33
Libro II 89
Libro III 215
Libro IV 281
Libro V 483

Notas de Rousseau al EMILIO 657

Bibliografía 685
Cronología 687

1284 José María Martín Triana:
El libro de la ópera

1285 Julián Marías:
La mujer y su sombra

1286 Julio Cortázar:
Octaedro

1287 José Luis Romero:
Estudio de la mentalidad burguesa

1288 Miguel Barnet:
Gallego

1289 Luis Goytisolo:
La cólera de Aquiles
Antagonía, III

1290 Miguel Arenillas Parra y Clemente Sáenz Ridruejo:
Guía Física de España
3. Los ríos

1291 Nicolás Maquiavelo.
Discursos sobre la primera década de Tito Livio

1292 Guillermo fatas y Gonzalo M. Borrás:
Diccionario de términos de arte y elementos de arqueología y numismática

1293 Alejo Carpentier:
Guerra del tiempo y otros relatos

1294 Ernest Renan:
¿Qué es una nación?
Cartas a Strauss

1295 Inés Ortega:
El libro de los pollos, las gallinas, el pato y le perdiz

1296 Apuleyo:
El asno de oro

1297 Ramiro A. Calle:
Salud psíquica a través del yoga

1298 Luis Goytisolo:
Teoría del conocimiento
Antagonía, IV

1299 Henry James:
Washington Square

1300 De Tales a Demócrito:
Fragmentos presocráticos

1301 Lorenzo Villalonga:
Muerte de dama

1302 Stuart Piggott (dirección):
Historia de las civilizaciones
1. El despertar de la civilización

1303 Lourdes March:
La cocina mediterránea

1304 Robert B. Parker:
Dios salve al niño
Una novela de Spenser

1305 Spinoza:
Correspondencia

1306 Catulo:
Poesías

1307 Rudyard Kipling:
Capitanes intrépidos

1308 Bertolt Brecht:
Narrativa completa, 1
Relatos, 1913-1927

1309 Voltaire:
Cartas filosóficas

1310 Javier Tusell:
La dictadura de Franco

1311 Juan de Cárdenas:
Problemas y secretos maravillosos de las Indias

1312 August Derleth:
El rastro de Cthulhu

1313 Chrétien de Troyes:
El caballero del león

1314 Edward Bacon (dirección):
Historia de las civilizaciones
2. Civilizaciones extinguidas

1315 Robert B. Parker:
Ceremonia
Una novela de Spenser

1316 Al-Hamadani:
Venturas y desventuras del pícaro Abu L-Fath de Alejandría (Maqamat)

1317 A. J. Ayer:
Hume

1318 Michael Grant (dirección):
Historia de las civilizaciones
3. Grecia y Roma

1319 Domingo F. Sarmiento:
Facundo

1320 Emile Durheim:
Las reglas del método sociológico y otros escritos sobre filosofía de las ciencias sociales

1321 Sofocles:
Ayax - Las Traquinias - Antígona - Edipo Rey

1322 David Hume:
Sobre el suicidio y otros ensayos

1323 Arnold Toynbee (dirección):
Historia de las civilizaciones
4. El crisol del cristianismo

1324 Celso:
El discurso verdadero contra los cristianos

1325 Spinoza:
Tratado de la reforma del entendimiento
Principios de filosofía de Descartes
Pensamientos metafísicos

1326 Joseph Conrad:
La posada de las dos brujas
y otros relatos

1327 María Victoria Llamas:
El libro del microondas

1328 Bertolt Brecht:
Teatro completo, 2
Vida de Eduardo II de Inglaterra.
Un hombre es un hombre.
El elefantito

1329 Alejo Carpentier:
Los pasos perdidos

1330 David Talbot Rice (dirección):
Historia de las civilizaciones
5. La Alta Edad Media

1331 Francisco Ayala:
Los usurpadores

1332 G. K. Chesterton:
El candor del padre Brown

1333 Stanislaw Lem:
Ciberiada

1334 Manuel Pedraza Roca:
El libro del bar

1335 José Lezama Lima:
Muerte de Narciso. Antología poética

1336 August Derleth:
La máscara de Cthulhu

1337 Joan Evans (dirección):
Historia de las civilizaciones
6. La Baja Edad Media

1338 Isaac Asimov, Martin Greenberg y
Charles G. Waugh (selección):
Se acabaron las espinacas y otros
delitos por computadora

1339 Grupo Riglos:
El libro de las pajaritas de papel

1340 Denys Hay (dirección):
Historia de las civilizaciones
7. La época del Renacimiento

1341 Mario Bussagli:
Atila

1342 Friedrich Nietzsche:
Consideraciones intempestivas, 1
Introducción y traducción de
Andrés Sánchez Pascual

1343 Blanca Tello y Francisco López
Bermúdez:
Guía física de España
4. Los lagos

1344 Miguel de Unamuno:
Paz en la guerra

1345 Ana Castañer v Teresa Fuertes:
El libro del jamón y la matanza

1346 Hugh Trevor-Roper (dirección):
Historia de las civilizaciones
8. La época de la expansión
Europa y el mundo desde 1559
hasta 1660

1347 José Deleito y Piñuela:
El rey se divierte

1348 Fray Toribio de Benavente (Motolinía):
Historia de los indios
de la Nueva España

1349 Platón:
La República

1350 J. H. Brennan:
Los engendros del demonio
1. Lobo de Fuego

1351 José Deleito y Piñuela:
... también se divierte el pueblo

1352 Miguel Barnet:
Canción de Rachel

1353 Juan Rulfo:
Antología personal

1354 Josep Lladonosa i Giró
El libro de la cocina catalana

1355 J. H. Brennan:
Los engendros del demonio
2. Las criptas del terror

1356 Wilhelm Baum:
Ludwig Wittgenstein

1357 Oliver Sacks:
La jaqueca

1358 Pedro Sarmiento de Gamboa:
Los viajes al estrecho de Magallanes

1359 Hans Christian Andersen
Viaje por España

1360 Simone Ortega e Inés Ortega:
El libro de los potajes, las sopas,
las cremas y los gazpachos

1361 Salustio:
La conjuración de Catilina
La guerra de Yugurta

1362 Erich Valentin:
Guía de Mozart

1363 Pilar Iglesias:
El libro del tomate

1364 Jack London:
El lobo de mar

1365 Mario Benedetti:
Gracias por el fuego

1365 Martin Gardner:
La ciencia: lo bueno, lo malo
y lo falso

1367 Miguel de Unamuno:
Andanzas y visiones españolas

1368 Rafael Alberti:
A la pintura (Poema del color
y la línea) 1945-1976

1369 Carlos García Gual:
Los siete sabios (y tres más)

1370 Pedro Calderón de la Barca:
La vida es sueño

1371 Jules Verne:
La isla Misteriosa

1372 Alfred Cobban (dirección):
Historia de las civilizaciones
9. El siglo XVIII. Europa en la época
de la Ilustración

1373 Pedro Rodríguez Santidrián:
Diccionario de las religiones

1374 Pedro Salinas:
Poesía completa, 1

1375 José Alcina Franch:
Mitos y literatura azteca

1376 Francisco Páez de la Cadena:
El libro de las plantas de interior

1377 Stanislaw Lem:
Congreso de futurología

1378 Manuel M. Martínez Llopis:
Historia de la gastronomía española

1379 Asa Briggs (dirección):
Historia de las civilizaciones
10. El siglo XIX. Las condiciones del progreso

1380 Platón:
El banquete

1381 Manuel Bernabé Flores:
Curiosidades matemáticas

1382 Alejo Carpentier:
Écue-yamba-o

1383 José Manuel Caballero Bonald:
Doble vida
Antología poética

1384 Antonio Escohotado:
Historia de las drogas, 1

1385 Tucídides:
Historia de la guerra del Peloponeso

1386 Miguel Barnet:
La vida real

1387 J. H. Brennan:
Los engendros del demonio
3. El sino de los demonios

1388 J. H. Brennan:
Los engendros del demonio
4. El mal antiguo

1389 Algazel:
Confesiones

1390 Jorge Amado:
Capitanes de la arena

1391 Miguel de Unamuno:
Amor y pedagogía

1392 Juan Benet:
Un viaje de invierno

1393 Antonio Escohotado:
Historia de las drogas, 2

1394 Inmanuel Kant:
Principios metafísicos de la ciencia de la naturaleza

1395 Girolamo Benzoni:
Historia del Nuevo Mundo

1396 G. K. Chesterton:
La sagacidad del Padre Brown

1397 G. W. Leibniz:
Filosofía para princesas

1398 Carlos Barral:
Antología poética

1400 Bertolt Brecht:
Narrativa completa, 2
Relatos (1927-1949)

1401 Luis San Valentín:
La cocina de las monjas

1402 Emmanuel Sieyès:
¿Qué es el Tercer Estado?

1403 Rubén Darío:
El modernismo y otros ensayos

1404 Antonio Escohotado:
Historia de las drogas, 3

1405 Juan Perucho:
Los laberintos bizantinos

1406 Gerald Durrell:
El arca sobrecargada

1407 Pedro Salinas:
Poesías completas, 2

1408 Walter Kolneder:
Guía de Vivaldi

1409 Alan Bullock (dirección):
Historia de las civilizaciones
11. El siglo XX. La historia de nuestro tiempo

1410 José María Guelbenzu:
El río de la luna

1411 Edward T. Hall:
El lenguaje silencioso

1412 Daniel J. Boorstin (dirección):
Historia de las civilizaciones
12. Estados Unidos

1413 José Hermano Saravia:
Historia de Portugal

1414 Hans Christian Andersen:
La reina de las nieves y otros cuentos

1415 José Alcina Franch:
Mitos y literatura maya

1416 Rafael Alberti:
Retornos de lo vivo lejano

1417 Inés Ortega:
El libro de las verduras y las ensaladas

1418 R. L. Stevenson:
El club de los suicidas
El diamante del rajá

1419 Alan Bullock:
La tradición humanista en Occidente

1420 Cicerón:
Las leyes

1421 P. C. W. Davies y J. R. Brown:
El espíritu del átomo
Una discusión sobre los misterios de la física cuántica

1422 Calderón de la Barca:
El alcalde de Zalamea

1423 Ramón Casilda Béjar:
Guía de la banca y el consumidor

1424 José Alcina Franch:
Mitos y literatura quechua y aymara

1425 Isaac Asimov:
Palabras en el mapa

1426 Jenofonte:
Helénicas

1427 Claude Allegre:
Las iras de la tierra

1428 José Miguel Oviedo:
Antología crítica del cuento hispanoamericano

1429 Silvia Venturi:
El libro de la cocina italiana

1430 Elie Faure:
Historia del arte
1. El arte antiguo

1431 Miguel de Molinos:
Guía espiritual

1432 Robert B. Parker:
Tierra prometida

1433 Lourdes March y Alicia Ríos:
El libro del aceite y la aceituna

1434 Pedro Salinas:
Poesías completas, 3
Razón de amor

1435 Fernando Vallespín, Carlos García Gual, Javier Arce, Andrés Barcala y María Jesús Viguera:
Historia de la teoría política, 1

1436 Ramiro A. Calle:
Yoga y deporte

1437 Bertolt Brecht:
Teatro completo, 3

1438 Paloma Gómez Borrero:
El libro de la pasta

1439 Jesús López Pacheco:
Lucha contra el murciélago
y otros cuentos

1440 Rafael Alberti:
Baladas y canciones del Paraná

1441 Henrik Ibsen:
Casa de muñecas
Hedda Gabler

1442 Robert B. Parker:
Un águila de montaña

1443 Juan Suárez de Peralta:
Tratado del descubrimiento de las Yndias y su conquista

1444 Inmanuel Kant:
Observaciones acerca del sentimiento de lo bello y de lo sublime

1445 Robert B. Parker:
La espiral

1446 Alejandro Pradera:
El libro de la fotografía

1447 Manuel Martínez Llopis:
Luis Irízar
Las cocinas de España

1448 P. C. W. Davies y J. Brown:
Supercuerdas
¿Una teoría de todo?

1449 Jack London:
La llamada de la naturaleza. Bâtard

1450, 1451 Leon Tolstoi:
Ana Karenina